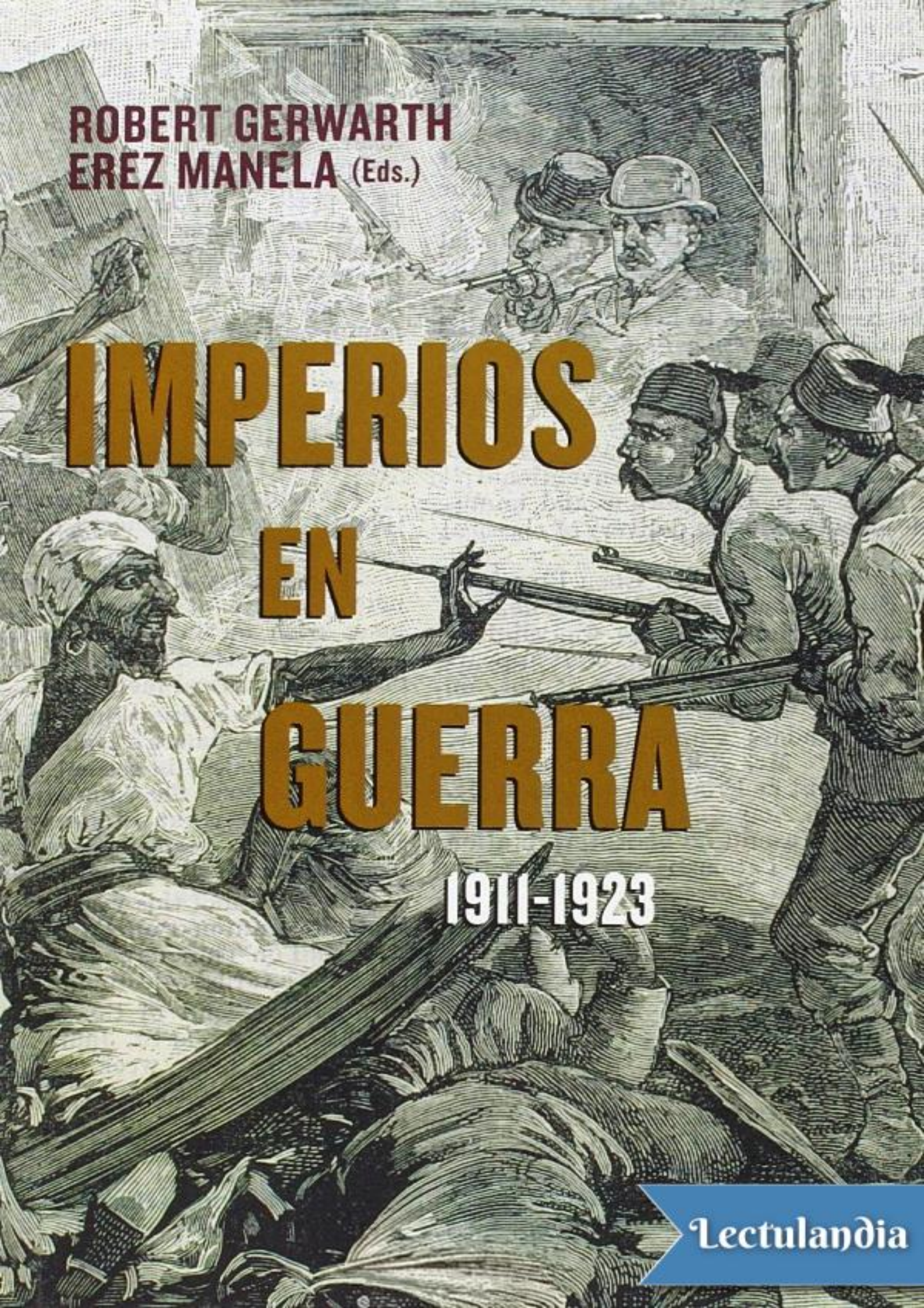


ROBERT GERWARTH
EREZ MANELA (Eds.)

IMPERIOS EN GUERRA

1911-1923

Lectulandia

Imperios en guerra, ofrece una nueva perspectiva sobre la historia de la Gran Guerra, ampliando su narración en el tiempo y en el espacio e incluyendo los conflictos violentos que la precedieron y siguieron: de la invasión italiana de Libia en 1911 a la violencia masiva que hasta 1923 siguió al derrumbamiento de los imperios otomano, ruso y austriaco.

El lector asistirá al drama de millones de súbditos imperiales llamados a defender los intereses de sus gobiernos en escenarios de guerra más allá de las fronteras de Europa: movilizaciones globales que vieron a soldados africanos y trabajadores chinos en las trincheras del Frente Occidental, tropas indias en Jerusalén y militares japoneses ocupando territorio chino.

Imperios en guerra presenta la Primera Guerra Mundial como un conflicto global de imperios más que como una guerra entre estados-nación cuyo desenlace final será no solo el derrumbamiento de los imperios específicos, sino también el del orden imperial mundial.

Robert Gerwarth y Erez Manela actúan principalmente como editores (o coordinadores) de esta obra.

Esto significa que su labor ha consistido en:

Diseñar el enfoque del libro y seleccionar los temas a tratar.

Reunir a un equipo de historiadores especialistas (autores) para que cada uno escribiera un capítulo sobre un imperio o región específica.

Supervisar y unificar el contenido para que el libro tenga coherencia global.

De hecho, en la misma portada se puede ver que debajo de sus nombres aparece la abreviatura "(*Eds.*)", que proviene del inglés *Editors*.

Este libro es una obra colectiva que reúne a algunos de los historiadores más destacados en el estudio de los imperios y la Primera Guerra Mundial. Cada capítulo se centra en un imperio o región específica, analizando cómo vivieron el conflicto desde 1911 hasta 1923.

Aquí se detallan algunos de los historiadores clave que colaboraron en el volumen:

Imperio Otomano: Mustafa Aksakal (especialista en la historia otomana tardía).

Imperio Alemán: Heather Jones (conocida por sus estudios sobre prisioneros de guerra y violencia).

Imperio Ruso: Joshua Sanborn.

Imperio Francés: Richard S. Fogarty (experto en las tropas coloniales francesas).

Imperio Italiano: Richard Bosworth y Giuseppe Finaldi.

Austria-Hungría: Peter Haslinger.

África Imperial Británica: Bill Nasson.

Los dominios, Irlanda e India: Stephen Garton.

Imperio Portugués: Filipe Ribeiro de Meneses.

Imperio Japonés: Frederick R. Dickinson.

China: Xu Guoqi.

Estados Unidos: Christopher 8.

Los imperios en la Conferencia de Paz de Versalles: Leonard V. Smith.

España neutral: un contraejemplo: James Matthews.

Este enfoque permite al lector entender que la guerra no terminó en 1918 para todo el mundo; en muchos de estos territorios, la violencia continuó durante años debido al colapso de las estructuras imperiales.

AA. VV.

Imperios en guerra (1911-1923)

ePub r1.0
Titivillus 01.04.2026

Título original: *The Great War as a Global War: Imperial Conflict and the Reconfiguration of World Order, 1911–1923*
AA. VV., 2015
Edición: Robert Gerwarth & Erez Manela
Imagen de cubierta: *Clashes in Alexandria in 1882. Anglo-Egyptian War, Egypt, 19th century*. Dea Picture Libraryuel
Traducción: Maysi Veuthey Martínez

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

Por la naturaleza de la red, puede que algunos de los vínculos a páginas web en el libro ya no sean accesibles.

Índice de contenido

Imperios en guerra (1911-1923)
Agradecimientos
Mapas
INTRODUCCIÓN
    MOVILIZACIÓN DE IMPERIOS PARA LA GUERRA
    IMPERIOS DESMANTELADOS, IMPERIOS EN EXPANSIÓN
CAPÍTULO 1
    El Imperio otomano
        UN FINAL MENOS BRUSCO Y DESAFORTUNADO
        UN INESPERADO SUCESO CAMINO DE TARSO
        LA PRIMAVERA OTOMANA Y LAS GUERRAS DE 1911-1913
        LA GRAN GUERRA COMO GRAN OPORTUNIDAD
        VIOLENCIA Y VIABILIDAD
        CONCLUSIÓN: EL LENTO FINAL DEL IMPERIO
CAPÍTULO 2
    El Imperio italiano
        LIBIA
        ÁFRICA ORIENTAL
        CONCLUSIONES
CAPÍTULO 3
    El Imperio alemán
        INTRODUCCIÓN
        EL IMPERIO ALEMÁN DE 1871
        EL IMPERIO CONTINENTAL ALEMÁN EN TIEMPOS DE GUERRA
        EL IMPERIO GLOBAL ALEMÁN EN GUERRA
        CONCLUSIONES
CAPÍTULO 4
    Austria-Hungría
        INTRODUCCIÓN: LA MONARQUÍA DE LOS HABSBURGO ANTES DE 1914
        EL ESCENARIO DE LA GUERRA EN EL ESTE Y LA MONARQUÍA DE LOS HABSBURGO

MOVILIZACIÓN NACIONAL Y DESINTEGRACIÓN DEL IMPERIO
ESTADOS SUCESORES DE HABSBURGO: ¿VECINOS O RIVALES?
CONCLUSIONES
CAPÍTULO 5
El Imperio ruso
INTRODUCCIÓN: NACIONALISMO E IMPERIO EN LA VÍSPERA DE LA GUERRA
LA GUERRA EN UN ESPACIO COLONIZADO 1914-1916
EL DERRUMBAMIENTO DEL ESTADO Y LA DESCOLONIZACIÓN 1916-1918
CONCLUSIÓN: MUERTE Y RENACIMIENTO DEL IMPERIO EN LA GUERRA CIVIL RUSA
CAPÍTULO 6
El Imperio francés
MISE EN VALEUR
RESERVA DE HOMBRES
¿APOTEOSIS O CREPÚSCULO DEL IMPERIO?
CAPÍTULO 7
África británica imperial
INTRODUCCIÓN: EL AUTOENGAÑO DE LA NEUTRALIDAD LOCAL
ACTIVOS CRUCIALES Y ALGUNAS EXPERIENCIAS VARIADAS
INQUIETUD BAJO LAS CARGAS DE LA GUERRA
LA MOVILIZACIÓN DE UNA VARIADA BOLSA DE HOMBRES
HOSTILIDADES
HOSTILIDADES ALGO MÁS COMPLICADAS
INTERVENIR PARA REPRIMIR
CONCLUSIONES: UN AJUSTE DE CUENTAS Y ALGUNAS SOMBRAS MÁS
CAPÍTULO 8
Los dominios, Irlanda e India
LA MOVILIZACIÓN Y SUS INSATISFACCIONES
TENSIONES EN EL FRENTE CIVIL
REIMAGINANDO EL IMPERIO
CAPÍTULO 9.

El Imperio portugués
EL IMPERIO PORTUGUÉS EN 1914
ACTIVIDAD MILITAR EN ANGOLA Y MOZAMBIQUE, 1914-1918
REPERCUSIÓN DE LA GUERRA: PARÍS
REPERCUSIÓN DE LA GUERRA: PORTUGAL
CAPÍTULO 10
El Japón imperial
OPORTUNIDADES DE ORIENTE
JAPÓN ENTRA EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL
GANANCIAS DE LA GUERRA PARA JAPÓN IMPERIAL
LA GRAN GUERRA Y EL DESTINO DEL IMPERIO JAPONÉS
CONCLUSIONES
CAPÍTULO 11
China y el imperio
EL AÑO 1895 Y EL DESTINO DE DOS IMPERIOS
LAS VEINTIUNA EXIGENCIAS Y EL SUEÑO DE UN NUEVO IMPERIO CHINO
UN SEGUNDO INTENTO DE RESTAURAR EL IMPERIO CHINO
LA GRAN GUERRA Y SUS GRANDES IMPLICACIONES
CAPÍTULO 12
El Imperio de los Estados Unidos
PRÓLOGO: EL CANAL DE PANAMÁ: 1914
EL IMPERIO DE LOS ESTADOS UNIDOS EN EL INICIO DE LA GUERRA
LA MOVILIZACIÓN DEL IMPERIO
MANTENER EL ORDEN: LA VIGILANCIA POLICIAL DEL IMPERIO DE LOS ESTADOS UNIDOS
EPÍLOGO
CAPÍTULO 13
Los imperios en la Conferencia de Paz de Versalles
EL ASCENSO DEL ESTADO SUCESOR EN LA EUROPA POSIMPERIAL
EL PACTO DE LA LIGA DE NACIONES Y EL ATAQUE DISCURSIVO AL IMPERIO

«LOS IMPERIOS SON LO QUE LOS ESTADOS HACEN DE ELLOS»
CONCLUSIÓN
CAPÍTULO 14
España neutral: un contraejemplo
ESTABLECIENDO Y DEFENDIENDO LA NEUTRALIDAD
LA NATURALEZA DE LA NEUTRALIDAD
MANTENIENDO LA NEUTRALIDAD
LA NEUTRALIDAD Y LA POSGUERRA
CONCLUSIONES
LISTA DE COLABORADORES
LISTA DE MAPAS
LISTA DE ILUSTRACIONES
Notas

IMPERIOS EN GUERRA, 1911-1923

Robert Gerwarth y Erez Manela
(Eds.)

Traducción: Maysi Veuthey

Agradecimientos

El presente volumen es el resultado de un trabajo colaborativo llevado a cabo durante varios años. Muchos de los autores reunidos en este volumen se encontraron en dos congresos temáticos en Dublín en 2010 y 2012. Los editores quieren mostrar su agradecimiento a los participantes y comentaristas, que aportaron contribuciones extensas y fundamentales. Ni las conferencias ni la publicación de este libro habrían sido posibles sin la generosa financiación otorgada por el European Research Council (ERC) para el proyecto con sede en Dublín «Limits of Demobilization», y con profundo reconocimiento agradecemos el apoyo financiero imprescindible del ERC.

Estamos también inmensamente agradecidos a nuestro equipo editorial en OUP —especialmente a Christopher Wheeler, Robert Faber, y Cathryn Steele— por el entusiasmo que han depositado en el libro desde su concepción a su producción. Tres revisores anónimos para OUP fueron más allá de sus obligaciones y proporcionaron contribuciones cruciales, y les agradecemos inmensamente sus útiles comentarios.

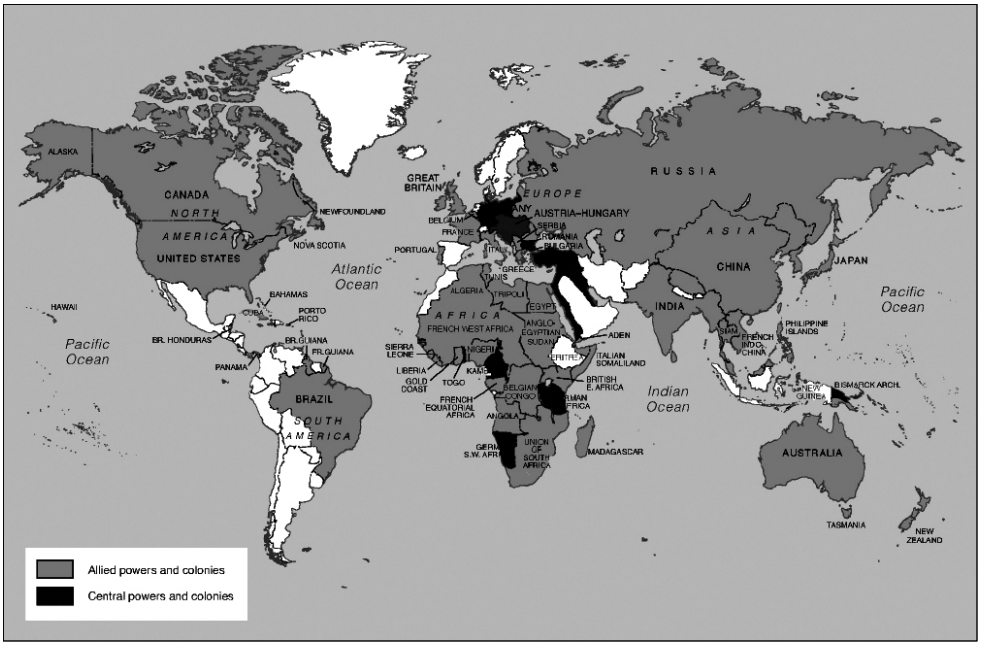
Por último, deseamos dar las gracias a nuestros colaboradores, cuyo permanente compromiso con el proyecto hizo que nuestro trabajo fuera intelectualmente muy satisfactorio e incluso —a pesar de lo funesto del tema— altamente placentero.

ROBERT GERWARTH y EREZ MANELA
Septiembre 2013

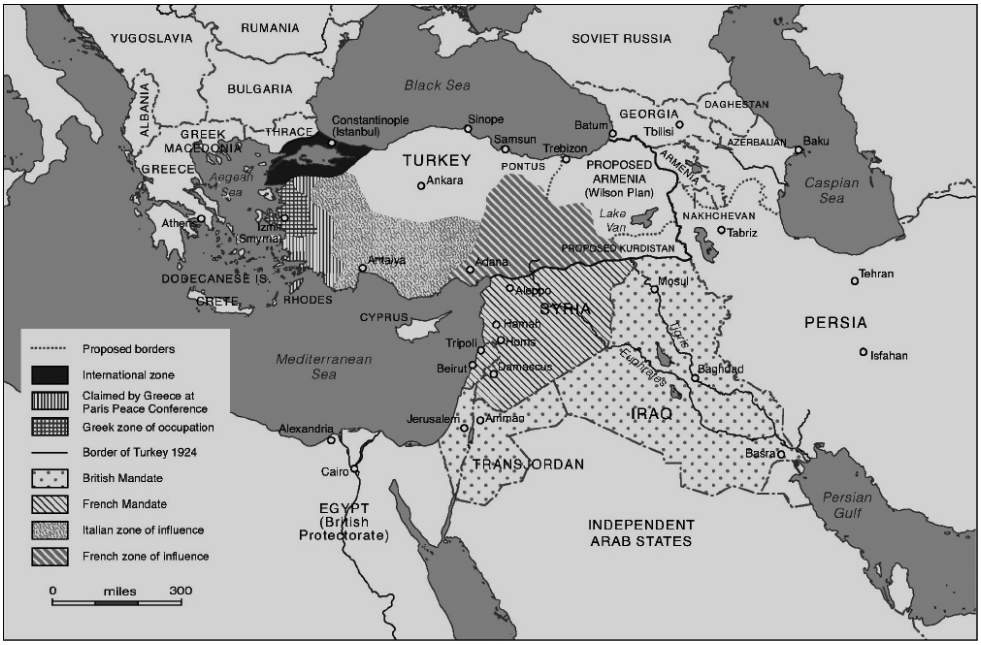
Mapas

Mapa 1.—Europa en 1911.

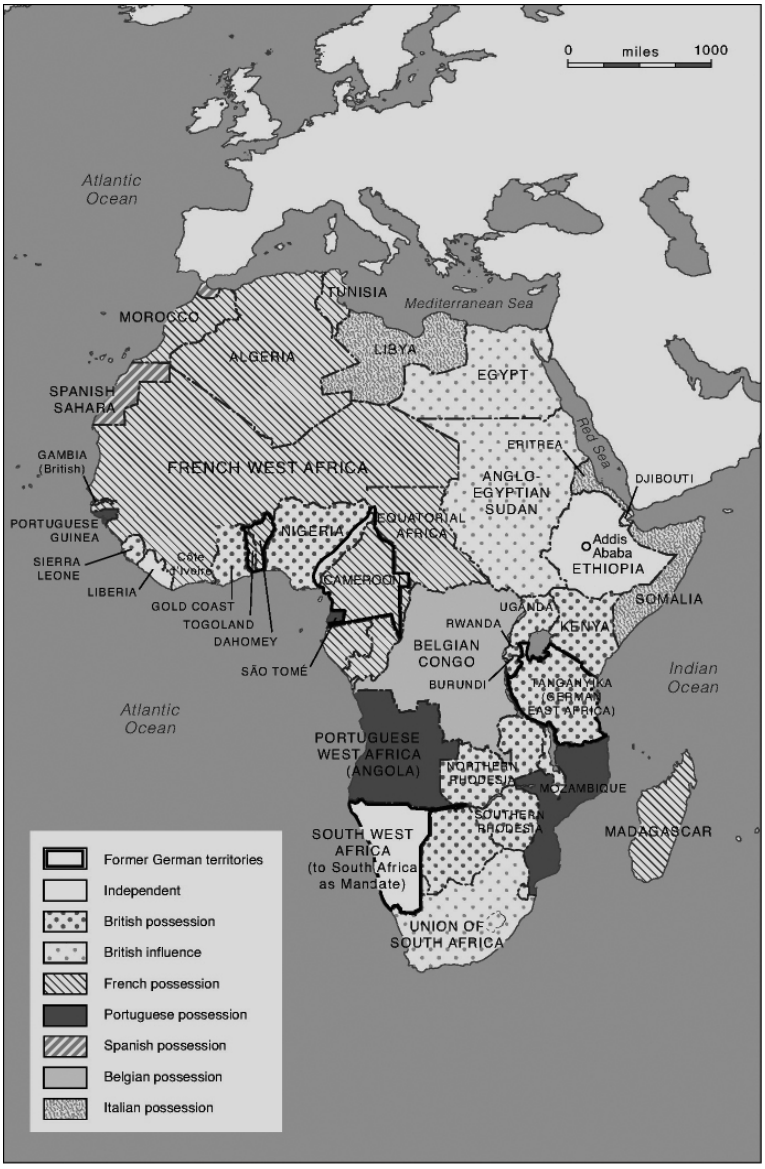
Mapa 2.—Europa en 1920.



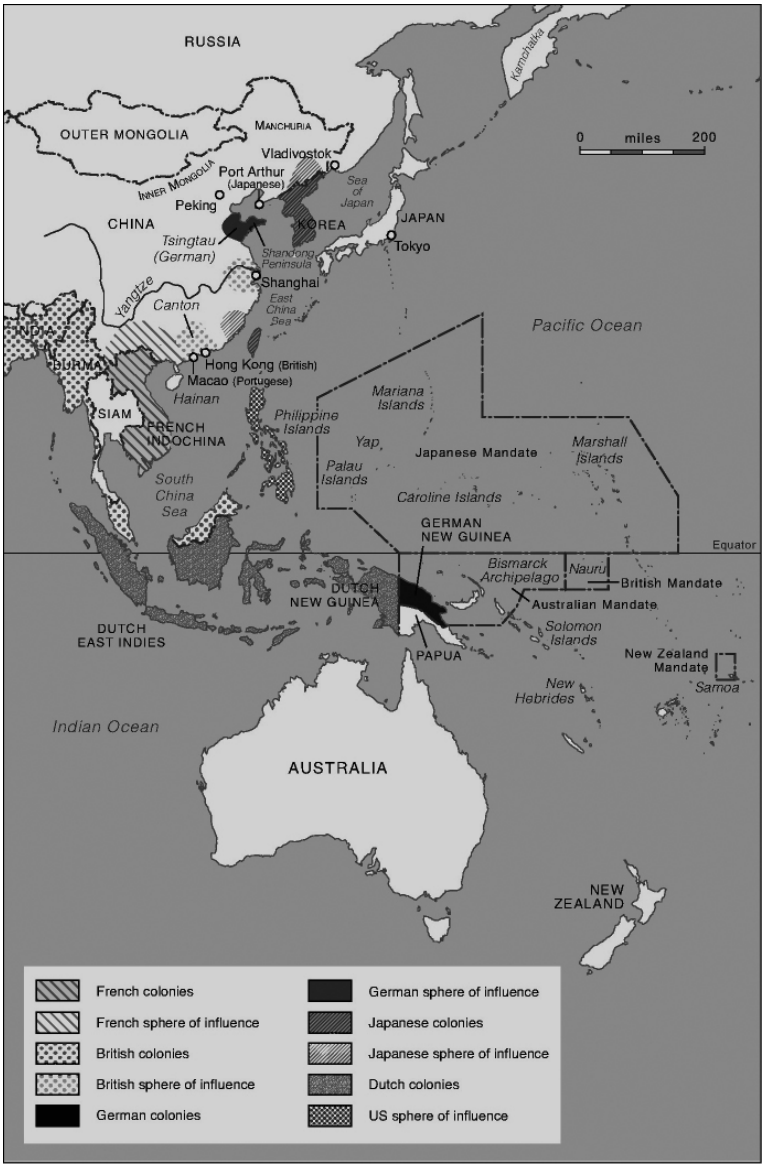
Mapa 3.—Un mundo en guerra, 1917.



Mapa 4.—Cambios territoriales en el mundo, 1918-1922: Oriente Medio.



Mapa 5.—Cambios territoriales en el mundo, 1918-1922: África.



Mapa 6.—Cambios territoriales en el mundo, 1918-1922: China y el Pacífico.

INTRODUCCIÓN

ROBERT GERWARTH y EREZ MANELA

Oficialmente, la Primera Guerra Mundial acabó a finales del 1918 con la victoria de los Aliados. Tras ella, desaparecieron tres centenarios y vastos imperios, el otomano, el austro-húngaro y el Romanov. Un cuarto imperio, el Imperio de los Hohenzollern, que había llegado a ser un gran imperio territorial en el último año de la guerra, cuando ocupaba inmensos territorios de la Europa Centro-Oriental, quedó significativamente reducido en cuanto a su tamaño, privado de sus colonias de ultramar y transformado en una democracia parlamentaria. Los victoriosos imperios de Europa Occidental, a pesar de sus importantes beneficios territoriales gracias a la Conferencia de Paz de París, se vieron igualmente afectados por el cataclismo de la guerra: Irlanda obtuvo su independencia tras una sangrienta guerrilla contra las fuerzas británicas, mientras que en Egipto, India, Irak, Afganistán y Burma, Londres respondía con considerable fuerza a la agitación reinante. Francia contraatacaba a la resistencia a sus ambiciones imperialistas en Argelia, Siria, Indochina y Marruecos. Japón hizo otro tanto en Corea.

Benito Mussolini, hablando sobre la desintegración de los grandes imperios territoriales de Europa y de los nuevos desafíos a que se enfrentaban los imperios navales, hacía el siguiente inquietante comentario en un artículo de *Il Popolo d'Italia*: ni la caída de la antigua Roma ni la

derrota de Napoleón pueden compararse por su impacto en la historia con la remodelación actual del mapa de Europa. «La tierra entera tiembla. Todos los continentes están desgarrados por la misma crisis. No hay una sola parte del planeta […] que no haya sido sacudida por el ciclón. En la vieja Europa se extinguen los hombres, se quiebran los sistemas, se desmoronan las instituciones»[1].

Por una vez, Mussolini tenía razón. Durante siglos, la historia de Europa, y, por tanto, la historia mundial, había sido una historia de imperios, tanto en el continente europeo como desde el punto de vista de la exploración, expansión y conquista de territorios de ultramar. Los actores imperiales como Estados Unidos, Japón y el Imperio otomano configuraron sus respectivas esferas de influencia y de dominación colonial. En la cima de esta expansión imperial, gran parte de los territorios terrestres del mundo habitado se dividieron en imperios oficiales o territorios económicamente dependientes. En el siglo XX, este mundo se desintegró radicalmente, cuando estos inmensos imperios se desmoronaron o se vieron sometidos a una gran presión con el cataclismo de la Primera Guerra Mundial.

Ni la Primera Guerra Mundial ni sus efectos sobre el paisaje político de Europa son temas que desdeñe la investigación histórica. Ahora bien —quizá comprensiblemente, dado el impacto que tuvo el enfrentamiento en Europa Occidental—, la mayoría de la literatura producida a partir de 1918 se ha centrado en los acontecimientos del Frente Occidental y en su impacto en las Alemania, Francia y Gran Bretaña metropolitanas. La mayoría de estas historias quedan enmarcadas entre dos supuestos «clásicos»: primero, que la guerra empezó con el sonido de las «pistolas de agosto» en 1914 y que finalizó con el armisticio del 11 de noviembre de 1918; segundo, que era principalmente un asunto europeo. Mientras que las minorías étnicas, las tropas imperiales y los escenarios de lucha, de reclutamiento y de revueltas de Europa Oriental o no europeos son, en el mejor de los casos, incidentes secundarios en las consideraciones de la historia general de guerra y paz del Frente Occidental[2].

Ambos supuestos han dominado y definido durante décadas la historiografía occidental de la Gran Guerra. Y, a pesar de que la literatura basada en estas hipótesis ha ofrecido conocimientos muy valiosos sobre

las causas y las consecuencias de este conflicto, este libro pretende ampliar el marco en el que se ha escrito la historia de la Gran Guerra y partir de dos premisas que divergen de estos supuestos. La primera es que conviene examinar la guerra dentro de un marco más largo (temporalmente) y más ancho (espacialmente) que el habitual. Centrarse en el periodo entre agosto de 1914 y noviembre de 1918 tiene más sentido para las potencias vencedoras del Frente Occidental (especialmente Gran Bretaña y Francia) de lo que lo tiene para una gran parte de Europa Centro-Oriental y Suroriental o para esas tropas coloniales cuya desmovilización no empezó en noviembre de 1918. El paroxismo de 1914-1918 fue el epicentro de un ciclo de conflictos imperiales armados que en algunas partes de Europa comenzó en 1911, con el ataque italiano en territorios del norte de África y del Mediterráneo previamente controlados por el Imperio otomano, y las guerras Balcánicas, que estalló el año siguiente[3]. Además, las numerosas oleadas de violencia desencadenadas por el colapso de los imperios continuaron hasta 1923, cuando el Tratado de Lausana definió los territorios de la nueva república de Turquía y puso fin a las ambiciones territoriales griegas en Asia Menor con el mayor intercambio de población de la historia hasta la Segunda Guerra Mundial[4]. El fin de la guerra civil irlandesa ese mismo año, la adopción de una medida de equilibrio en Alemania tras el final de la ocupación franco-belga del Ruhr, la estabilización del régimen bolchevique en Rusia con su decisiva victoria en aquella sangrienta guerra civil, así como la confirmación de la Nueva Política Económica a la muerte de Lenin en 1924, además de la reconfiguración de las relaciones de poder en Asia Oriental durante la Conferencia de Washington dos años antes, todo ello eran otros tantos indicios de que, de momento, se había roto el círculo de violencia.

El segundo argumento de este libro es que no debemos considerar la Primera Guerra Mundial solo como una guerra entre Estados-nación europeos, sino, fundamentalmente, como una guerra de imperios mundiales multiétnicos. Charles Maier definió los imperios como entidades supranacionales caracterizadas «por su tamaño, por su jerarquización étnica y por un régimen que centraliza el poder, pero incorpora a diferentes élites sociales o étnicas en su gestión»[5]. En esta obra empleamos «imperio» como un concepto global y abierto, que se

refiere a una forma de gobierno cuyos territorios y cuya población están organizados jerárquicamente en relación al centro del imperio, y así es precisamente como se veían a sí mismas por aquel entonces la mayoría de las formas de gobierno analizadas en este libro. Considerar la Gran Guerra como una guerra entre imperios en lugar de entre Estados-nación nos permite ver, como muestran varios de los capítulos siguientes, cómo los distintos contendientes movilizaban, desplegaban y desmovilizaban a las poblaciones del imperio de maneras diferentes y qué importancia tiene esto tanto para la historia general de la guerra como para los propios grupos movilizados. Además, si consideramos seriamente el conflicto como una guerra *mundial*, tenemos que adoptar, un siglo después, una perspectiva que rinda más plenamente justicia a los millones de súbditos del imperio llamados a filas para defender los intereses de sus Gobiernos imperiales, a los escenarios de guerra situados muy lejos de Europa, en Asia y África, y, más ampliamente, a la labor y a las experiencias de incalculables personas de fuera del continente europeo[6].

La movilización de millones de súbditos imperiales en los dos bandos del conflicto resultó imprescindible para todos los Estados combatientes, de Alemania a los Imperios otomano, Habsburgo y Romanov, y, por supuesto, para las potencias de la Entente. Los soldados de la India, África, Canadá y Australia, entre otros, sirvieron todos ellos en el Frente Occidental y también en diversos escenarios secundarios, y cientos de miles murieron. Los trabajadores no combatientes, especialmente procedentes de China, resultaron ser también vitales para el desarrollo de la guerra, como lo fue la implicación del Imperio japonés, que, según explica Frederick Dickinson en su capítulo, aprovecharon la guerra como una oportunidad tanto para aumentar su penetración en China como para llevar a cabo una amplia ocupación de Siberia, que se prolongaría hasta 1922. La participación de tropas imperiales, trabajadores chinos y demás en la Gran Guerra convirtió lo que había empezado como un conflicto europeo en una guerra mundial y muestra cómo lo que durante tiempo se vio fundamentalmente como un conflicto entre Estados es una guerra imperial. La lucha también tuvo lugar fuera de Europa, desde Siberia y el Asia Oriental hasta en Medio Oriente, desde el Pacífico Sur hasta las amplias campañas militares en África Oriental. Cientos de miles de

personas sintieron profundamente el impacto de la guerra, pues esta trajo consigo el reclutamiento, la ocupación la inflación y, también, en muchos casos, nuevas oportunidades, ideas, planes y esperanzas.

Solo cuando se ve la guerra con esta óptica ampliada, se puede captar en todo su sentido el significado y las implicaciones que tuvo. Considerar la Gran Guerra como una guerra para la supervivencia y la expansión imperial nos ayuda a situar el conflicto en un contexto espacial y cronológico más extenso, el que empezó en 1911 con la invasión italiana de los territorios otomanos del norte de África y la guerra de los Balcanes de 1912-1913 y que desató un proceso de declive imperial que, finalmente, llevaría al colapso violento de un orden mundial basado en imperios territoriales y lo sustituyó por otro fundamentado en el Estado-nación como la única forma de organización política internacionalmente legitimada.

El marco imperial facilita, igualmente, entender que la violencia masiva de la guerra no terminó con el armisticio de 1918, y advertir cómo la violencia anterior a agosto de 1914 y que continuó tras noviembre de 1918 era, de hecho, parte del mismo proceso de reajuste de nuevos modelos mundiales de poder y legitimidad. Después de 1918, se prolongaron durante años conflictos violentos a gran escala, pues la Gran Guerra destruyó los dinásticos Imperios de Rusia, Austria-Hungría y Turquía otomana, y creó una frontera duramente contestada en Alemania Oriental, dejando de este modo «zonas arrasadas» o grandes extensiones de territorio donde la desaparición de fronteras originó espacios sin orden o sin una autoridad estatal clara[7]. En las zonas arrasadas de los imperios territoriales dinásticos de Europa Central y Oriental, los regímenes revolucionarios asumieron el poder y luego cayeron en medio de una gran violencia. Las carnicerías de la guerra civil rusa siguieron produciéndose, al igual que unos cuantos proyectos de ayuda a gran escala, pero todavía están poco estudiadas en nuestros días. Y, por supuesto, la guerra civil que arrasó Anatolia con sus masacres y su traslado de población de alcance sin precedentes. La violencia a gran escala no llegó a su fin hasta el Tratado de Lausana en 1923, el cual estabilizó, al menos temporalmente, el conflicto posimperial en el sudeste de Europa y en Asia Menor.

Pero el conflicto asestó también un golpe sustancial incluso a los imperios que emergieron victoriosos. Ya en la primavera de 1919, Gran Bretaña se enfrentaba a una grave agitación civil en Egipto y en el Punyab. En mayo, el ejército británico se involucró en los campos abiertos de la tercera guerra afgana, e Irlanda empezaba a precipitarse en un dilatado periodo de insurgencia que llevaría al establecimiento del Estado Libre de Irlanda. El Imperio británico hizo uso de una violencia extrema y generalizada, incluyendo masacres de civiles y bombardeos aéreos para sofocar las revueltas de Irlanda, India, Irak y cualquier otro lugar, y no fue el único en hacerlo. Los franceses se enfrentaron con saña para repeler la feroz resistencia a su actuación expansionista en el levante e Indochina; los japoneses luchaban para contener los desafíos a su imperio en la península coreana, al tiempo que intentaban ensanchar su influencia en la Siberia profunda. En efecto, toda la estructura del orden mundial imperial sufrió una violenta convulsión como consecuencia del armisticio, incluso cuando alcanzaba su mayor extensión territorial. La violencia generalizada de la guerra no terminó, solo cambió de forma y de foco.

MOVILIZACIÓN DE IMPERIOS PARA LA GUERRA

Cuando en 1914 Europa entró en guerra era —y lo había sido durante siglos— un continente dominado por imperios dinásticos con amplias posesiones territoriales, tanto en el continente como fuera de él. Al finalizar el cataclismo del conflicto industrial, tres de estos imperios se desplomaron y se enfrentaron a la disolución territorial, mientras otros se enfrentaban a graves problemas de lo que Paul Kennedy llamó «sobredimensión imperial». Sin embargo, algunos de los contendientes se estaban enfrentando al declive del imperio desde hacía mucho más tiempo, en particular, el Imperio otomano, bajo presión desde la crisis de Oriente en la década de 1870. Haciendo uso de las oportunidades que ofrecía la poca habilidad de los otomanos para prevenir su gradual desintegración, Italia —un recién llegado en el estatus imperial— declaró la guerra a los otomanos en septiembre de 1911. Concebida originalmente como una guerra para ocupar las provincias otomanas de Tripolitania y Cirenaica, siguiendo la tradición de las conquistas coloniales europeas del dieciocho,

la campaña italiana contra el ejército otomano subió rápidamente en intensidad, ambición y alcance geográfico, alimentando el odio racial y religioso por el Mediterráneo Oriental y los Balcanes[8].

Justo un año después, en octubre de 1912, Serbia, Montenegro, Grecia y Bulgaria declararon la guerra al Imperio otomano y lograron una victoria decisiva[9]. Las guerras de los Balcanes tuvieron inmediatamente un efecto lateral. Cuando la Liga Balcánica empezó su guerra contra el Imperio otomano, desafiando el *statu quo* en los Balcanes, la monarquía del Danubio se vio obligada a repensar su política en estos últimos. Serbia era el Estado que había obtenido una mayor victoria, con la mayor expansión territorial en las dos guerras balcánicas. Tras la derrota del Imperio otomano y su retirada de Europa, a Austria-Hungría, un Estado multinacional con una escasa mayoría eslava, le preocupaba ser el próximo «malo» y objetivo de un futuro ataque serbio, lo que ayuda a explicar la postura inflexible de Viena en la crisis de julio de 1914.

En cuanto se juzgó inevitable una guerra europea de mayor amplitud, se hizo evidente que todos los combatientes llamarían a filas a sus súbditos imperiales para que tomaran las armas. Durante todo el decurso de la Gran Guerra en el Frente Oriental, las partes beligerantes imperiales lucharon con ejércitos multiétnicos en espacios colonizados. En agosto de 1914, Rusia ordenó una movilización general, recurriendo a reservistas para que se incorporaran al ejército en el oeste. La composición del ejército reflejaba la composición multiétnica del país. Si la población étnica rusa del imperio era en 1897 de aproximadamente el 44 por ciento de la población total, los rusos aportaban el 50 por ciento aproximadamente (75 por ciento si se consideraban juntos a los rusos, los ucranianos y los bielorrusos) al gran ejército imperial, con más de once millones de personas combatiendo en 1917, mientras que el resto procedía de los más de 150 grupos étnicos de, a menudo, menos de cinco millones de personas, que habitaban en los territorios del Imperio Romanov[10].

El principal oponente de Rusia en el Frente Sur, el Imperio otomano, dependía también mucho del alistamiento de minorías étnicas y religiosas, como demuestra Mustafa Aksakal en su capítulo. Mientras que habitualmente la cifra de soldados árabes de la que se habla es de 300 000 (o 10 por ciento del número total de hombres movilizados), estimaciones

recientes sugieren que los alistados procedentes de las provincias de lengua árabe podrían superar el 26 por ciento. Además, de los 49 238 hombres que desertaron en la provincia de Aydin entre agosto de 1914 y junio de 1916, aproximadamente el 59 por ciento eran musulmanes y el 41 por ciento no musulmanes, lo que indica que los otomanos recurrían en gran medida a sus minorías cristianas (fundamentalmente griegos, armenios y asirios)[11]. Sin embargo, en el transcurso de la guerra de 1914, el Estado cuestionaba cada vez más la lealtad de la población no turca y no musulmana del imperio, reprimiéndolos violentamente y, por tanto, acabando con la viabilidad del imperio.

La guerra acentuó también las tensiones interétnicas en el Imperio austro-húngaro, tema de la colaboración de Peter Haslinger en este libro, del que puede decirse que era el imperio territorial con mayor diversidad étnica, con más de diez comunidades étnico-lingüísticas dentro de sus fronteras[12]. El ejército de Habsburgo reclutaba a sus soldados en todas estas comunidades que, según el censo oficial de 1910, estaba compuesto por el 23 por ciento de germanohablantes, cerca del 20 por ciento de húngaros, el 16 por ciento de checos o eslovacos, casi el 10 por ciento de polacos y cerca del 9 por ciento de serbios, croatas o bosnios, el 8 por ciento de ucranianos, el 6 por ciento de rumanos y toda una multitud de comunidades étnicas menores[13].

Incluso el ejército imperial alemán —aparentemente el más homogéneo étnicamente de todos los combatientes— se apoyó mucho en las abundantes minorías religiosas y étnicas del país, especialmente las de las tierras limítrofes (incluso aunque rara vez operaran como soldados en las zonas limítrofes de donde eran originarios)[14]. Excluyendo a los áskaris al servicio de Alemania y los portadores africanos del general Lettow-Vorbeck (que era una fuerza independiente), aproximadamente un 10 por ciento del ejército alemán era reclutado entre las minorías, incluyendo unos 850 000 polacos (6 por ciento del total de hombres),[15] 400 000 a 500 000 alsacianos y loreneses (3-4 por ciento),[16] unos 100 000 judíos (menos del 1 por ciento),[17] así como 26 000 daneses[18] y un pequeño número de sorbas, sinti y roma[19]. El caso germano, tratado en el capítulo de Heather Jones, ilustra cómo se daba más de una vía para ser un imperio: era el único de los combatientes que se definía a sí mismo tanto

como un imperio territorial europeo, significativamente ampliado tras el Tratado de Brest-Litovsk, como un imperio de ultramar con ambiciones mundiales.

Cuando los imperios territoriales europeos movilizaron a sus multi-étnicas tropas imperiales a principios de agosto de 1914, también los británicos y los franceses recurrieron a sus imperios para que participaran en el esfuerzo de la guerra. En 1914, Londres y París controlaban los dos mayores imperios coloniales del mundo, y se valdrían ampliamente de ellos durante la guerra, tanto para obtener recursos humanos como materiales. Para Francia, el imperio desempeñaba un papel esencial en su fuerza y su capacidad para emprender una guerra contra Alemania. La guerra era un campo de pruebas para el llamamiento del general Mangin a la movilización de «la force noire», una importante reserva de tropas africanas con la que contrarrestar la desventaja demográfica francesa frente a Alemania[20]. Además de los 90 000 soldados indígenas ya bajo las armas cuando empezó la guerra, Francia reclutó entre 1914 y 1918 cerca de 500 000 soldados coloniales, incluidos 166 000 africanos occidentales, 46 000 malgaches, 50 000 indochinos (más 50 000 trabajadores de esta colonia francesa), 140 000 argelinos, 47 000 tunecinos y 24 300 marroquíes[21]. Muchas de estas tropas coloniales francesas servían en Europa.

Richard Fogarty expone en su capítulo que la movilización de recursos imperiales incluían no solo reservas de hombres, sino también la utilización de los recursos económicos y financieros de las colonias. Y la contribución total —en toneladas de bienes, francos, trabajadores y soldados— tenía una preponderancia mayor en la imaginación de los franceses de lo que sugerirían simplemente los números. En la movilización cultural que fue tan importante en este conflicto, las colonias eran especialmente visibles, y la guerra dejó también profundas huellas en el propio imperio y en su población. Al fin y al cabo, aunque realmente fue la Segunda Guerra Mundial la que inauguró el proceso de descolonización, esta primera guerra desempeñó un papel importante en la desestabilización del Gobierno francés en sus posesiones de ultramar y en el socavamiento de las relaciones coloniales sobre las que se apoyaba dicho Gobierno.

Lo mismo puede decirse del Imperio británico, aunque de manera más desigual, como exponen los capítulos de Bill Nasson y de Stephen Garton. El capítulo de Garton se centra en las partes del imperio que aportaron la mayoría de los efectivos y de los recursos materiales y financieros al esfuerzo de la guerra: los dominios, y especialmente Canadá, Australia y Nueva Zelanda, así como Irlanda y la India (esta última proporcionó una abundante fuente de efectivos, 1,4 millones de hombres se alistaron hasta diciembre de 1919). El capítulo examina el impacto y las consecuencias de la participación en estas partes del imperio, y explora las tensiones sociales, políticas y culturales que se produjeron debido a la movilización para la guerra, rastreando la gradual transición del «entusiasmo inocente» a una creciente ambivalencia e, incluso, a la total resistencia hacia el esfuerzo de la guerra.

La movilización inicial británica de las tropas de África, en cambio, fue relativamente modesta y condujo a resultados en cierto modo diferentes, tal como pone de manifiesto Bill Nasson en su capítulo. Siguiendo la planificación del Comité de Defensa Imperial, los gobernadores y sus consejeros militares buscaban, en primer lugar, la seguridad de sus propias colonias y, después, apoderarse de los puertos africanos de Alemania y de las estaciones de transmisión sin hilos de Togoland (Togo), Camerún, África alemana Sudoccidental (Namibia) y África alemana Oriental (Tanzania). El objetivo inicial de la movilización colonial británica fue formar un número suficiente de fuerzas locales para apoderarse de las regiones costeras del África alemana con la mayor rapidez posible. Esto parecía ser relativamente fácil en Sudáfrica, donde Louis Botha, el primer ministro de la nueva Unión Sudafricana, aceptó de buen grado la «invitación» de Londres de apoderarse de puntos estratégicos en el África Sudoccidental alemana en septiembre de 1914.

Pero las a menudo arbitrarias prácticas de reclutamiento en la África británica llevaron en ocasiones a una violenta resistencia[22]. También en Sudáfrica, brotaba la resistencia, espoleada por el profundo resentimiento que sentían muchos afrikáneres contra el Imperio británico tras la guerra anglo-bóer[23]. La inmensa mayoría de los africanos reclutados durante la Primera Guerra Mundial no eran, sin embargo, tropas de combate. En su lugar, servían como trabajadores o portadores en el escenario africano de

la guerra. Entre ellos, murieron hasta 200 000 (la mayoría como resultado de enfermedades como la malaria y, la más mortal en tiempos de guerra, la disentería; más que en combate), y entre los trabajadores que servían en África, el porcentaje de muertes pudiera haber sido tan alto como el 20 por ciento[24].

Los asuntos eran más sencillos, en cierto modo, con las colonias blancas —el tema de la colaboración de Stephen Garton a este volumen—. Cuando Londres declaró la guerra en 1914, no consideró conveniente consultar a los primeros ministros del dominio. Sin embargo, muchos líderes y comentaristas acogieron con entusiasmo la llamada a las armas, y se comprometieron con Gran Bretaña «hasta el último hombre y el último shilling» o, en Canadá, «hasta el último dólar»[25]. Canadá, Sudáfrica, Australia, Nueva Zelanda y Terranova contribuyeron con unos 1,3 millones de hombres al esfuerzo de guerra británico[26]. Proporcionalmente, Nueva Zelanda hizo una de las mayores contribuciones en el Imperio británico (con un 5 por ciento de sus hombres de entre 15 y 49 años muertos), mientras Australia (con 300 000 soldados enviados a ultramar, de los que 60 000 murieron y 150 000 volvieron heridos, minusválidos, enfermos y marcados psicológicamente) sufrió un porcentaje de bajas cercano a los dos tercios, el más alto de todas las fuerzas al servicio de los Aliados[27].

La movilización en el contexto colonial fue delicada. Aunque el Imperio británico había utilizado regularmente a las tropas coloniales en el área imperial, no lo había hecho en Europa enfrentándose a otros hombres blancos. Después de todo, una guerra librada a los dos lados con tropas auxiliares nativas era casi como minar el principio en el que descansaba el colonialismo: la idea de la superioridad racial de los blancos. Si se entrenaba a uno de «color» para matar a otros europeos, ¿qué garantía había de que este no atacara un día a sus propios señores coloniales? Sin embargo, ante las abundantes bajas que sufrió el Cuerpo de expedición británico en agosto de 1914, se desviaron dos divisiones indias a Francia. Los franceses, por su parte, tenían que persuadir a los hombres del norte de África para que hicieran la guerra en Alemania, un país con el que no tenían discrepancias, para defender un imperio que los había reducido a ciudadanos de segunda clase en su propia patria. La tarea se había hecho

todavía más difícil debido a la propaganda alemana que aprovechaba la lealtad islámica para volver a los musulmanes del norte de África contra Francia[28]. Pero en Francia las tropas imperiales servían en Europa desde el principio. Las tropas norteafricanas fueron enviadas a la frontera belga, donde combatieron primero en Charleroi, el 21 de agosto. En un solo día de lucha, los batallones de 1200 soldados de infantería se redujeron a menos de 500 (los porcentajes iniciales de bajas entre los turcos llegaban al 60 por ciento entre muertos y heridos. En total, unos 6500 soldados norteafricanos murieron solamente entre agosto y diciembre de 1914, y muchos miles más fueron heridos)[29].

La movilización imperial se hizo primordial para el esfuerzo de guerra de los Aliados a partir de 1915. Después de perder batallas decisivas contra los alemanes en el Frente Oriental, un decreto del 25 de junio de 1916 recurría a hombres de Asia Central, previamente exentos, para servir en batallones de trabajo, desencadenando agitación y resistencia en toda la región. También para los británicos movilizar la mano de obra imperial se convirtió en una importantísima necesidad estratégica. Tras haber sufrido casi medio millón de bajas en la batalla de Somme en 1916 y enfrentado a compromisos imperiales que se extendían desde la India a Mesopotamia, a los Dardanelos, el Gobierno de coalición en Londres rompió con su venerada tradición inglesa de servicio militar voluntario e impuso el servicio militar obligatorio y universal en Gran Bretaña en marzo de 1916. Los intentos de Londres por convencer a Irlanda y a los autogobiernos de los dominios blancos a imitarle provocó controversias y encontró un éxito limitado. Bajo estas circunstancias, se hizo primordial reclutar más tropas, lo que llevó a los estrategas imperiales a reconsiderar sus puntos de vista sobre el valor militar de los súbditos africanos. En varias de las colonias, los que elegían reclutar o los que animaban a que lo hicieran otros hacían sus cálculos políticos. Los líderes del Congreso Nacional de la India o muchos partidarios del autogobierno en Irlanda apoyaron la guerra con la esperanza de conseguir una mayor autonomía política, quizá incluso la independencia nacional. Mohandas K. Gandhi, que volvió a la India en 1915 de su larga estancia en Sudáfrica, como todo el mundo sabe, hacía campaña para reclutar a sus compañeros indios para luchar por el imperio, con la esperanza de que la participación india en el esfuerzo de guerra

imperial situaría a la India en el mismo nivel que los dominios blancos en la estructura imperial y se la considerara cualificada para obtener la autonomía. Londres alentaba esta forma de pensar, prometiendo en tiempo de guerra una mayor participación de los indios en su propio gobierno[30]. Esta estrategia de prometer determinadas medidas para la autodeterminación después de la guerra a cambio de apoyo en tiempos de guerra se aplicaba también en otros lugares, quizá la más conocida por todos sean las incompatibles promesas de tiempos de guerra que se hicieron a los árabes y judíos sobre la Palestina otomana[31].

Tampoco se limitaba esta lógica a los contextos formales de las colonias. Tal como expone Xu Guoqi en su capítulo recientemente reeditado, China también veía el apoyo al esfuerzo de guerra de los Aliados como el precio a pagar para poder participar en la toma de decisiones en los acuerdos de la posguerra y ocupar un lugar de igualdad en la sociedad internacional. A partir del verano de 1915, Pekín permitió a los Aliados reclutar hasta 140 000 trabajadores chinos para el frente europeo, y en 1917, a pesar de la debilidad y de las divisiones internas del régimen de Pekín, la república China se incorporó a la guerra del lado de los Aliados. En este sentido, la guerra supuso una gran desilusión para muchos que habían esperado aprovechar el apoyo al esfuerzo de guerra de los Aliados para conseguir avanzar en sus reclamaciones de autogobierno. Esto marcará la pauta del conflicto anticolonialista que durará décadas, en particular, con las radicales promesas de la Revolución Bolchevique en Rusia aun más atractivas para aquellos que buscaban desprenderse del yugo colonial.

IMPERIOS DESMANTELADOS, IMPERIOS EN EXPANSIÓN

El anuncio del armisticio el 11 de noviembre de 1918, auguraba un mundo nuevo con profundas contradicciones. Los imperios se desintegraban, pero también se expandía y, mientras en el Frente Occidental y en algunos otros escenarios cesaba la violencia, en otros continuaba e incluso a veces se intensificaba. Así sucedió especialmente en los antiguos territorios del Imperio ruso, que, tal como se argumenta en el capítulo de Joshua Sanborn, vivió un momento de «descolonización»

cuando la estructura imperial, imperfecta, pero relativamente estable en 1914, se derrumbó como resultado de la Gran Guerra. La crisis del imperio empezó en 1914, cuando la imposición de la ley marcial en las zonas fronterizas dañó profundamente la autoridad gubernamental y provocó una gran inseguridad entre los muchos grupos étnicos diferentes que vivían en esas zonas de guerra; y se intensificó con las derrotas militares de 1915 y la rebelión anticolonialista que sacudió a toda la Asia Central zarista el año siguiente, y cuando las élites políticas se volvieron unas contra otras. La descolonización culminó el año revolucionario de 1917. Proliferaron nuevos programas para la estructura del Estado, que finalmente condujeron a los movimientos por la autonomía o la independencia en todas las zonas fronterizas imperiales.

Como consecuencia del derrumbamiento del imperio y el surgimiento de violentos movimientos bolcheviques y antibolcheviques enfrentados, se propagó una ola de violencia de posguerra desde Finlandia y los Estados bálticos, pasando por Rusia y Ucrania, Polonia, Austria, Hungría, Alemania, por todas partes en los Balcanes, hasta Anatolia, el Cáucaso y Oriente Medio. E incluso Checoslovaquia, que durante mucho tiempo se consideró como una isla de paz, experimentó significativas tensiones interétnicas y violencia. El número de muertos en el breve periodo entre el final oficial de la Gran Guerra en 1918 y el Tratado de Lausana en 1923 fue extraordinario: incluidos los muertos en la guerra civil rusa, muy por encima de cuatro millones de personas perdieron su vida como resultado de las guerras civiles o las luchas interétnicas, sin contar los millones de desplazados y refugiados que huyeron del caos desencadenado en Europa Oriental y Central[32].

En los dominios imperiales más allá de Europa, la violencia, aunque ni mucho menos tan desmedida como lo fue en el continente, sin embargo, también estaba generalizada. De hecho, los años inmediatamente posteriores a la guerra vieron cómo se extendía la agitación por gran parte del Medio Oriente y de Asia. En Egipto, la Revolución de 1919, que estalló en la primavera siguiente al armisticio, incluía tanto las protestas callejeras masivas de las ciudades como los actos de sabotaje generalizados en las áreas rurales, cuyos objetivos eran las líneas del telégrafo y otros símbolos de la autoridad imperial. Los nacionalistas

egipcios, que veían la Conferencia de Paz como una oportunidad para liberarse de la intromisión británica, fueron sintiéndose cada vez más frustrados al ver esfumarse sus esperanzas de ser escuchados, movilizándose contundentemente contra la presencia británica. A pesar de que Londres consiguió evitar la internacionalización del conflicto egipcio, la constante inestabilidad le forzó a otorgarle unilateralmente la independencia en 1922, reservándose, no obstante, los «intereses fundamentales» del Canal de Suez. Pero los nacionalistas egipcios se fueron volviendo cada vez más agresivos durante la posguerra y las relaciones fueron cada vez más tensas hasta la quiebra final del poder británico en Egipto en 1956[33].

También en la India, se generalizaron los disturbios en la primavera de 1919, cuando Gandhi, entre otros, movilizaron a los indios contra las llamadas «Black Acts [Actas Negras]» de Westminster: las Rowlatt Acts, que prorrogaban las medidas de emergencia de tiempos de guerra a tiempos de paz —un intento imperial para contener la resistencia que generaba aun más resistencia—. La muerte de cientos de manifestantes desarmados que rompieron el toque de queda en la ciudad panyabí de Amristar se convirtió en un llamamiento a cerrar filas y un referente de la resistencia nacionalista. Al igual que en Egipto, las autoridades británicas intentaron aprovechar las divisiones que existían entre los indios para mantener su influencia, pero no pudieron recuperar la ilusión de armonía y legitimidad imperial que había rodeado el Delhi Durbar de 1911, celebrado para conmemorar la coronación de Jorge V como soberano de la India. Cuando en 1927 el Congreso Nacional Indio adoptó como objetivo oficial la ruptura total con el vínculo imperial, situó en el centro del movimiento independentista lo que, hasta 1914, había sido muy marginal en el discurso político indio[34].

Cuando los responsables imperiales británicos quisieron restablecer el orden y contener las crisis en cascada que se iban desencadenando en sus antiguos dominios, intentaron igualmente dar forma y controlar los nuevos territorios que habían anexionado como resultado de la guerra y, sobre todo, los desmembrados del extinto Imperio otomano y adjudicados al Imperio británico por la nueva disposición del mandato de la Sociedad de Naciones. La cuestión de Palestina parecía, por el momento, relativamente

manejable, pero los esfuerzos para reconciliar las promesas hechas a Londres en tiempo de guerra por los aliados franceses y árabes y, simultáneamente, la necesidad de encontrar un instrumento de control para el recién adquirido mandato del rico en petróleo Irak, hizo concebir la ingeniosa idea de instalar al príncipe hijazi Faisal bin Hussein, expulsado de su patria por la rival casa de Saud y, poco después, de Siria por los franceses, como monarca de Mesopotamia. Este paso, junto con la brutal aplicación de la recientemente desarrollada fuerza aérea británica en la represión de las pertinaces revueltas tribales, consiguió estabilizar la situación en el mandato a principios de los años 20, al menos durante un tiempo[35].

Los mandatos franceses resultaron ser incluso más problemáticos en el periodo de entreguerras, al igual que otras partes del Imperio francés. Entre otros levantamientos contra el Gobierno colonial francés destacan la guerra del Rif (1925-1926), la revuelta siria (1925-1930), la rebelión del «Congo-Wara» en el África Ecuatorial francesa y el motín de Yen Bai en Indochina (1930-1931)[36]. Es evidente que el encuentro de trabajadores y *troupes coloniales* con las ideologías políticas, sociales y económicas rivales (socialismo, sindicalismo y comunismo, entre otras) empezaba a tener sus efectos en muchas colonias francesas. De todos es conocido que la propuesta de Wilson para la autodeterminación impulsó a Ho Chi Minh a preguntarse sobre la aplicabilidad del concepto a las posesiones coloniales fuera de Europa. Mientras, en África, prominentes personalidades políticas, como Blaise Diagne, explotaban la retórica y los ideales de universalidad e igualitarismo franceses para conseguir un papel destacado para los no blancos en el Imperio francés, mientras en las posesiones francesas del norte de África los ánimos estaban cada vez más turbados.

Es cierto que la gran mayoría de veteranos africanos no se levantaban contra sus señores coloniales[37]. Pero si las *troupes indigènes* no proporcionaban un contingente para la organización de la violencia anticolonial no era porque estos hombres estuvieran satisfechos en el alegre disfrute de los crecientes derechos y aceptación bajo un colonialismo republicano francés, progresivo y humanitario. Ante todo, había obstáculos prácticos para la movilización paramilitar. Una vez

desmovilizados y devueltos a sus sociedades coloniales, estos hombres volvían a ocupar sus sitios en una jerarquía social y política que era mucho más profundamente racista y rígida que la de la metrópoli o la del Ejército, y donde los mecanismos de control político y social los desarrollaban y los utilizaban gobernadores coloniales celosos y desconfiados, que utilizaban los controles legales y raciales con tenacidad para mantener el «prestigio» blanco[38]. Donde se produjeron rebeliones, invariablemente se respondió de un modo implacable. El ejército francés y las autoridades coloniales desplegaron una fuerza aplastante contra las cuatro principales rebeliones del periodo de entreguerras, haciendo uso, al igual que los británicos, de la última tecnología militar, como la fuerza aérea, gas y tanques, y de su superioridad numérica, de fuerza de fuego, de comunicaciones y logística.

Los británicos y los franceses no fueron los únicos que tuvieron que luchar por consolidar sus beneficios territoriales y recuperar la legitimidad del Gobierno imperial durante los años inmediatamente posteriores a la guerra. Los dirigentes japoneses lidiaron con éxito en París para mantener los territorios y otras concesiones que habían ganado en China durante la guerra, obteniendo el reconocimiento de las otras potencias aliadas de su toma de poder de los antiguos territorios de Alemania en la provincia de Shandong. Al mismo tiempo, reprimían brutalmente la resistencia que se había generalizado asociada al Movimiento del Primero de Marzo en su colonia coreana, un movimiento que estalló en la primavera de 1919, inspirado en parte por la retórica wilsoniana de la autodeterminación. A pesar de los deseos de Corea de recibir apoyo por parte de los Estados Unidos, sin embargo, Washington adoptó una estudiada postura de neutralidad en la cuestión de Corea, cuyo estatus de colonia consideraba un asunto zanjado[39].

Los propios Estados Unidos poseían, por supuesto, varias colonias en ese periodo, legados territoriales de su victoria en la guerra entre España y Estados Unidos. Aunque Washington ya había dado más pasos que otras potencias coloniales en el consentimiento del autogobierno nativo en las Filipinas y en Puerto Rico, durante los años de la guerra las fuerzas de los Estados Unidos ocuparon Haiti y la República Dominicana y dirigieron varias incursiones en territorio mejicano, mientras consolidaba cuasi protectorados en Cuba, Nicaragua y en otros puntos del Caribe. Tal como

expone Christopher Capozzola en su capítulo, aunque los Estados Unidos no reclutaron muchas tropas coloniales para luchar en Europa, desarrollaron durante esos años una estrategia para vigilar sus cada vez mayores dominios, que conformarían sus relaciones con las colonias y cuasi colonias durante las décadas venideras. Al mismo tiempo, Woodrow Wilson y sus sucesores empezaron a imaginar un imperio americano mucho más ambicioso, un imperio global de Estados-nación interconectados en una organización internacional y gobernados por los principios del libre comercio. En este nuevo orden, los Estados Unidos serían el primero entre iguales y, en ella, la preponderancia económica (y luego militar) de Estados Unidos mantendría la hegemonía de Washington mundialmente. De ahí su búsqueda de un nuevo orden en Asia Oriental, un objetivo alcanzado al menos temporalmente con la Conferencia de Washington de 1922, que pretendía estabilizar el orden de posguerra en el «Lejano Oriente» casi de la misma manera que la de Lausana lo haría en el «Próximo Oriente» el año siguiente.

Leonard Smith expone, en el último capítulo de este libro, cómo los imperios supusieron tanto problemas como soluciones en la Conferencia de Paz de París. La desintegración de la monarquía de los Habsburgo, de la Rusia imperial y del Imperio otomano dejó un vacío de soberanía en la Europa Central y Oriental, así como en el Medio Oriente. El marco discursivo wilsoniano aceptado por las Grandes Potencias en la época del armisticio con Alemania en noviembre de 1918 legitimaba los Estados-nación autodeteminados sucesores del imperio. Al continuar la pacificación más allá de lo que fue el Frente Occidental, las Grandes Potencias imperiales resultaron ser cada vez menos capaces de controlar la paz impuesta. La expansión imperial, a pesar de las resoluciones de la Sociedad de Naciones, sentó las bases para los inestables Estados sucesores. En el acuerdo de Anatolia en 1923, los Estados sucesores marcaron rápidamente los límites de la autoridad imperial.

Incluso habían cambiado fundamentalmente las relaciones entre los dominios blancos y el Imperio británico. Los dominios exigían un lugar de pleno derecho en la conferencia y luchaban por sus propios intereses[40]. No obstante, la forma de nacionalismo variaba en los distintos dominios colonizados. En Canadá y en Sudáfrica el problema apremiante para

apaciguar a las importantes comunidades étnicas no británicas que se sentían insatisfechas y, después de la guerra, resentidas, provocó que se activara el sentimiento nacionalista como lazo ideológico que mantuviera unidos los frágiles sistemas de gobierno de los años de posguerra. En ambos dominios, el nacionalismo se articulaba en torno a un alejamiento del imperio —más republicano, autosuficiente y basado en un sentimiento de diferencia cultural respecto a los británicos—[41]. En Australia y Nueva Zelanda, sin embargo, aunque el nacionalismo era igualmente fuerte, estaba orientado en torno a la pareja madurez nacional y lealtad al imperio. Lejos del nacionalismo como antítesis del imperio, como sucedía en otros dominios colonizados, en Australia y Nueva Zelanda, la nación y el imperio estaban inextricablemente ligados[42].

El alcance geográfico de este volumen refleja la ambición que tenemos de devolverle a la Gran Guerra su naturaleza de guerra *mundial*, de prestar la debida atención a imperios que habitualmente reciben poca atención en las historias generales de la Gran Guerra, como, por ejemplo, Portugal, una joven república que se mantenía frágilmente aferrada a sus dominios imperiales y que era financiera y económicamente incapaz de explotarlos. Incluso antes de que el país se incorporara a la guerra, en marzo de 1916, ya se habían producido importantes luchas en sus principales posesiones africanas, Angola y Mozambique, las dos con varios grupos étnicos locales y con guarniciones lideradas por europeos de las vecinas colonias alemanas. Pero, una vez que Portugal entró en la contienda, la situación empeoró considerablemente: más de las dos terceras partes de las bajas mortales de Portugal relacionadas con la guerra se produjeron en África, y las pérdidas mortales entre la población indígena fue incalculablemente mayor. Durante la Conferencia de Paz de París se plantearon serias dudas sobre la pertinencia de Portugal como país colonizador, según la reorganización wilsoniana. Sin embargo, las campañas africanas se consideraron en la metrópoli como parte de la lucha contra Alemania, y como tal se conmemoraron, y por ello, como un componente esencial del derecho de Portugal al imperio.

Italia es otro importante, y a menudo ignorado, partícipe en la contienda imperial en este periodo, tal como exponen Richard Bosworth y Giuseppe Finaldi en su capítulo. Considerada generalmente como la menor

de las Grandes Potencias y, además, obligada a compararse con el fantasma imperial de la antigua Roma, la «Tercera Italia» se unió a la carrera por el imperio cuando y donde pudo. Aunque el resultado fue un imperio de «harapos y remiendos», la invasión italiana de la Libia otomana en 1911 presagiaba el camino a la guerra, y el Imperio italiano estuvo también representado en la guerra en Europa. Las tropas africanas, enroladas en Eritrea y en la Somalia, intentaron, a menudo poco eficazmente y con frecuencia de manera brutal, afianzar su inestable gobierno en Libia, mientras que todos los estrategas sensatos pedían que el país centrara su fuerza en Europa. Una vez ganada la guerra europea, Italia volvió a la «pacificación» de la «cuarta orilla», matando a unos 100 000 indígenas bajo la dictadura fascista que tomó el control en octubre de 1922 en Roma.

La Gran Guerra fue una guerra de imperios, mantenida fundamentalmente por los imperios y para la supervivencia o la expansión del imperio. Quizá irónicamente, lo que provocó fue un debilitamiento de los imperios dinásticos —durante siglos el tipo preeminente de organización estatal— y de la expansión y adquisición imperial como lógica principal de las relaciones entre Estados en cuestiones mundiales. Ninguno de los tres imperios dinásticos de parte de las Potencias Centrales sobrevivió a la guerra con la forma que tenía antes de ella, y todos ellos (y las partes que los constituían, al menos en Europa) se reorganizaron en una u otra forma de república, incluso, a veces, manteniendo las formas territoriales y, habitualmente, algunas prácticas opresivas de sus predecesores imperiales bajo un nuevo disfraz. Los imperios de la parte aliada —con la notable y significativa excepción de Rusia— consiguieron sobrevivir e incluso expandir sus territorios, pero una guerra en la que se luchaba por los «derechos de las naciones más pequeñas» no podía sino socavar gravemente la legitimidad de las formaciones imperiales y deterioraba las relaciones entre los centros y las periferias imperiales, incluso las más entusiastas —en concreto los «dominios blancos» de la Corona británica—. No era simplemente que la igualdad en sacrificios implicara la igualdad en estatus y derechos, después de todo, las poblaciones «periféricas» habían luchado para los imperios durante milenios sin esperar o recibir tal recompensa. Era que la lógica del

gobierno popular, que sostenía que la legitimidad política no derivaba de la sanción divina sino del pueblo, había por fin conseguido, después de un largo y arduo proceso, el reconocimiento casi universal. El argumento de la civilización —el último reducto de la canallada imperial— en gran medida había quedado ahogado en el océano de sangre que bañaba los campos de batalla, incluso —y especialmente— en las provincias europeas más civilizadas de los imperios.

La violencia de la posguerra que sacudía los territorios de gran parte de los participantes, tanto de los vencedores como de los perdedores, fue en parte una pugna por los restos de los imperios caídos. Pero reflejaba también la crisis de la legitimidad imperial, que había prendido con la guerra y sus consecuencias. La espectacular aparición del presidente Wilson en el escenario internacional, con su discurso de la autodeterminación y de los derechos de las naciones pequeñas, junto al aún incierto, pero cada vez más evidente espectro de la revolución en Rusia y en otros lugares de Europa Central y del este, todo ello dio lugar a una explosiva combinación de ideas, ejemplos y posibles fuentes de respaldo para los enemigos de cualquier imperio. La circulación de la información y de las ideas por todo el mundo, a un ritmo acelerado debido a la guerra y a los adelantos tecnológicos e institucionales, supuso que el contagio antiimperialista se extendiera rápidamente. En 1923, al tiempo que, momentáneamente, los Estados Unidos se retiraban de la escena mundial, las redes de organizaciones comunistas, alentadas por el apoyo del entonces consolidado régimen de Moscú, comenzaron a crear por todo el mundo la estructura organizativa para la revolución contra el imperio. Mientras, los antiguos territorios europeos de los Habsburgo, tras un proceso a menudo sangriento y generalmente caótico, pero cuyo rumbo general estaba bastante claro, se constituyeron en Estados-nación. En todo el mundo, el Estado imperial como forma de gobierno territorial estaba siendo atacado y yendo en retroceso, mientras que el Estado-nación estaba en auge. Y, aunque fueron necesarias varias décadas más y una guerra, incluso más destructiva, entre 1937 y 1945 para culminar el proceso de disolución del imperio, la Gran Guerra de 1911-1923 fue un hito decisivo en este proceso.

CAPÍTULO 1

El Imperio otomano

MUSTAFA AKSAKAL

UN FINAL MENOS BRUSCO Y DESAFORTUNADO

¿Fue el Imperio otomano «un afortunado experimento de multinacionalismo, destruido por las Grandes Potencias durante la Primera Guerra Mundial»?[1] O ¿fue un Estado fallido, que pedía préstamos que no podía devolver, oprimía a sus súbditos, ultrajaba a la población no musulmana y excitaba su deseo de independencia, y por ello precipitó la intervención de las Grandes Potencias y allanó el camino hacia su destrucción? O, como se ha dicho, ¿«se convirtió, como otros imperios multinacionales y multirreligiosos, simplemente en un anacronismo», un imperio cuyos dirigentes aceptaron «lo inevitable» y decidieron «abandonar la idea de imperio y conformarse con una república nacional»?[2] Quizá, como se ha apuntado también, la desintegración del imperio a partir de 1850 era un «fracaso inevitable» debido a su desventaja en cuanto a competitividad industrial, su relativamente poca población (y, por tanto, mano de obra militar), su valiosa situación geoestratégica y su carácter multiétnico en una época en la que la legitimidad política dependía de los

llamamientos nacionalistas[3]. Haldie Edib, la novelista otomana, feminista, activista política y oficial del Ejército, reflexionaba en sus escritos de 1928 sobre el final de los otomanos con palabras que solo insinuaban la catástrofe humana que tuvo lugar:

> [En octubre de 1918] Era consciente de que el Imperio otomano se había derrumbado estrepitosamente, y que no solo los líderes unionistas responsables acabaron sepultados bajo el aplastante peso de aquel. Aunque la desintegración había empezado casi un siglo antes y aunque yo estaba convencida de que, con guerra o sin ella, de cualquier modo el imperio estaba condenado al fracaso, sin embargo, con una política más previsora, el final podría haber sido menos brusco y desafortunado. Pero al margen de esto, la irreversibilidad de la disolución del imperio era un hecho inevitable[4].

Las respuestas a todas estas preguntas dependen de las fuentes de los que preguntan. Si escuchamos las explicaciones de la mayoría de los diplomáticos europeos, los historiadores pueden llegar a la conclusión de que fue la propia mala gestión del imperio lo que provocó su final. Cuando se le da preferencia a las fuentes otomanas, acostumbra a verse de otro modo, el imperio se presenta como una «víctima del imperialismo europeo», gimiendo siempre bajo las predadoras prácticas de las Grandes Potencias europeas que deseaban que el imperio se dividiera, en un juego conocido como la «cuestión de Oriente», incluso desde que Catalina la Grande puso su mirada en «Tsargrad» (es decir, Constantinopla/Estambul) y Napoleón Bonaparte declaraba que quienquiera que poseyera Constantinopla gobernaría el mundo.

Durante el siglo XIX y hasta la Primera Guerra Mundial, los observadores contemporáneos mantuvieron estas opiniones contradictorias sobre el imperio, y son las que desde entonces han configurado el criterio de los historiadores. No es este capítulo el lugar para resolver esta dicotomía, pero planteo la cuestión aquí porque está implícita en cualquier interpretación que se haga de los últimos años del imperio. Se tiene que tener en cuenta que ni el paradigma de «insolvente Estado otomano» ni el de «víctima del imperialismo europeo» puede explicar el final del imperio.

Incluso antes de que arrancara el imperialismo europeo, entre 1760 y 1830 el imperio vivió un periodo de «renovarse o morir»[5]. Además, no puede atribuírsele solo a las intrigas europeas el surgimiento del nacionalismo étnico en el Imperio otomano; el nacionalismo y la tendencia hacia el Estado-nación eran un fenómeno global, no exclusivo del Imperio otomano[6]. Ahora bien, queda fuera de toda duda que la intervención europea en favor de las poblaciones cristianas del imperio politizó las relaciones entre musulmanes y cristianos en todos los territorios otomanos, alimentando la violencia religiosa y étnica.

Este capítulo rastrea los principales acontecimientos del imperio sin aceptar como una conclusión ineludible. Considera a los dirigentes del imperio y a sus pueblos como actores en sus escenarios particulares, que actúan bajo las condiciones de la guerra y, después de 1915, de la guerra total. Este capítulo trata del «brusco y desafortunado final» del imperio.

UN INESPERADO SUCESO CAMINO DE TARSO

Cuando el archiduque Francisco Fernando preparaba su visita a Sarajevo a finales de junio de 1914, un incidente poco habitual provocó el pánico de la gente de Tarso, una ciudad otomana a más de mil millas al este, cerca de Adana. Las comisarías de Policía de la ciudad recibieron una entrega de correo sellado procedente del Gobierno imperial de Estambul. Las instrucciones que la acompañaban especificaban que la saca de correos solo debía abrirse en el momento de la movilización. Aun así, la saca fue abierta, y reveló que había órdenes de movilización que debían ser enviadas a todos los pueblos de los alrededores. No es sorprendente que las inesperadas noticias desataran la confusión y los rumores de reclutamiento y guerra inminentes[7]. ¿Por qué Estambul tomaba medidas para la movilización a finales de junio de 1914, unos días *antes* de que un serbio-bosnio de 19 años asesinara al archiduque de Habsburgo y a su mujer, y *antes* de que se hiciera patente que el asesinato de la pareja desencadenaría la guerra entre Austria-Hungría y Serbia y, posiblemente, una guerra general, mundial? ¿Estaba predispuesto el Estado otomano a una guerra, según se refleja en el prematuro anuncio de las órdenes de reclutamiento de las autoridades de Tarso? ¿O fue solo un error

burocrático en un procedimiento rutinario al que no debía darse mayor significado?

Cuando Austria-Hungría le declaró la guerra a Serbia el 28 de julio de 1914 —y Alemania a Rusia, Francia y Bélgica en el lapso de una semana—, ya se tambaleaban los cimientos imperiales de los otomanos, debido a las graves crisis internas e internacionales y a las tres guerras que mantuvo solo desde 1911. Aunque la dinastía otomana sobrevivió hasta 1922, perdurando más que las casas regentes de los Habsburgo, los Hohenzollern y los Romanov, no sucedió lo mismo con millones de otomanos, la mayoría civiles. La Casa de Osman había gobernado los dominios otomanos desde aproximadamente 1299. En primer lugar, se establecieron en las zonas del norte y del oeste de Anatolia, antes de extenderse al sudeste de Europa en el siglo XIV y conquistar los terrenos del este de Arabia en el primer cuarto del siglo XVI. En ese momento, el sultán otomano se arrogó también el título de califa, el pináculo de los musulmanes del mundo. El último sultán de la Casa de Osman, Mehmed VI, se vio obligado a exiliarse en 1922, a lo que siguió la proclamación de la república turca el 29 de octubre de 1923, exactamente nueve años después del día siguiente al ataque naval otomano contra Rusia en el Mar Negro y que llevó al imperio a la guerra mundial. El califato fue abolido en marzo de 1924. El entierro de Mehmed VI en Damasco, fuera de las fronteras de la república de Atatürk, simbolizaba el esfuerzo que hacía el nuevo régimen por borrar el pasado otomano de la nueva Turquía.

La biografía del asesino de Francisco Fernando, Gavrilo Princip, se entrelazaba con la del imperio. Princip había nacido en la Bosnia otomana en 1894, y la organización para la que había llevado a cabo el atentado, Joven Bosnia, reclamaba la unión de Bosnia con Serbia, un Estado que había conseguido su independencia formal del Imperio otomano en 1878, pero sin la Bosnia de Princip. Por el contrario, Bosnia, al igual que Herzegovina, fue primero ocupada por los Habsburgo en 1878 y, luego, en 1908, anexionada.

LA PRIMAVERA OTOMANA Y LAS GUERRAS DE 1911-1913

La revolución constitucional de julio de 1908 tuvo como consecuencia las elecciones en todo el imperio y el primer Parlamento desde 1878, que abrió paso a una breve Primavera otomana. «Todo el país cobró vida de golpe», informaba un joven corresponsal ruso en *Pravda*, Leon Trotsky, en diciembre de 1908[8]. La «revolución popular» de Arribaí[9] inicialmente se parecía mucho a un golpe militar, pero la fugaz apertura mostraba el potencial de la viabilidad política del imperio[10]. Manifestaciones masivas y festivales celebraban el acontecimiento. En el Parlamento, los diputados electos representaban a las distintas partes del imperio. Una multitud de organizaciones nuevas, clubs y periódicos abogaban por la unidad y la conciliación entre los grupos étnicos del imperio (otomanismo) y por la descentralización[11]. Según Firka-i Ibad, un partido político otomanista, «actualmente el Gobierno de Turquía [*Türkiye hükümeti*] y las naciones otomanas están formados por elementos turcos, árabes, albaneses, kurdos, armenios, griegos ortodoxos [*Rum*], judíos, búlgaros y otros muchos. Todos los elementos están unidos y en alianza con los otros»[12]. Sin embargo, los que provocaron el golpe de Estado y forzaron la proclamación de la constitución —el Comité de Unión y Progreso— demostraban escaso compromiso con la política democrática. La violencia étnica a gran escala en Adana y los asesinatos políticos, incluyendo los de periodistas, defraudaban las esperanzas de 1908. En 1911, el apoyo popular al nuevo Gobierno dirigido por el Comité de Unión y Progreso decayó rápidamente y se trasladó hacia el nuevo partido Libertad y Entente[13].

En septiembre de ese mismo año, Italia atacó y ocupó la Tripoli otomana, en el norte de África (Libia), con el único deseo de ampliar el imperio, provocando protestas contra la injusticia en todos los territorios otomanos y más allá[14]. Para reducir la consiguiente resistencia local, las autoridades italianas ahorcaron públicamente a catorce agitadores. En Esmirna, una emotiva pieza condenaba el ataque italiano e incitaba al apoyo popular[15]. Con la esperanza de obtener el respaldo de la diplomacia europea, los políticos otomanos y los estudiantes de Derecho Internacional advertían, sin demasiado éxito, de la ilegitimidad de la acción italiana[16]. Un año después, en octubre de 1912, cuando todavía seguía en guerra con Italia, Estambul se enfrentaba a otra crisis militar. Un

ejército combinado de tropas griegas, montenegrinas y serbias se apoderó de las tres provincias otomanas europeas de Kosovo, Monastir y Salónica en medio de terribles atrocidades cometidas contra los civiles[17]. En julio de 1913, durante la segunda guerra balcánica, las tropas otomanas volvieron a tomar Edirne / Adrianópolis, una antigua capital imperial, en contra de las severas advertencias de las Grandes Potencias. Pero, a pesar de haber recuperado Edirne, el imperio había perdido territorios que habían estado bajo su poder desde el siglo XIV. El imperio había perdido también a su población cristiana. Los cálculos sobre la población otomana sitúan el total (a excepción de Egipto), para 1872, en aproximadamente veintinueve millones, con algo más de la mitad residentes en los territorios europeos del imperio. En 1872, cerca de la mitad de la población no era musulmana. En 1906, la población había bajado a unos veintiún millones, de la que apenas un cuarto del total de la población no era musulmana[18].

Para algunos, la derrota en las guerras de los Balcanes demostraba sin duda alguna la deslealtad de los cristianos del imperio. Los cristianos habían proporcionado una cuarta parte de las fuerzas otomanas en la primera guerra de los Balcanes, y, en opinión de algunos, fue su actuación lo que provocó la derrota y no el hecho de que los ejércitos otomanos se enfrentaran a fuerzas mucho mayores en la mayoría de los escenarios[19]. El antiguo gobernador de Salónica —un importante centro urbano otomano, ahora también perdido— publicó una carta abierta en la que afirmaba que los cristianos ortodoxos del imperio no solo habían fracasado en su servicio militar, sino que también se habían abstenido de unirse a los musulmanes del imperio con donaciones financieras para apoyar el esfuerzo de guerra[20]. Los negocios propiedad de musulmanes promocionaban sus productos con anuncios hostiles hacia los súbditos y negocios no musulmanes. Después de 1912, la designación «otomano» en anuncios impresos se destinaba exclusivamente a los «musulmanes / turcos»[21]. En el campo, los habitantes de las ciudades y los aldeanos se encontraban con otra generación de refugiados. Escuchaban directamente de los propios supervivientes los relatos de limpieza étnica (véase Fig. 1). Según los registros oficiales otomanos, en 1915 llegaron al imperio 297 928 refugiados musulmanes de los Balcanes, número que probablemente ascendió hasta los 640 000 en 1920[22].

El hombre en la cúspide de las fuerzas armadas otomanas durante los años de la Primera Guerra Mundial, el ministro de Guerra, Enver Pachá (1881-1922), había crecido en la guerra de guerrillas de Libia y los sangrientos conflictos de los Balcanes (y fue uno de los oficiales revolucionarios que derrocó al Sultán Abdülhamid II en 1908-1909). Enver («Bey» hasta enero de 1914, después «Pachá») y los hombres de su entorno —muchos de ellos naturales de los Balcanes— interpretaron estos conflictos como una agresión cristiana[23]. Todas las partes utilizaban el lenguaje religioso en estos conflictos, como el rey de Grecia, por ejemplo, que declaraba que su ejército libraba la «guerra santa de la justicia y la libertad para los pueblos oprimidos de Oriente»[24].

Fig. 1.—Refugiados en Tracia, c. 1915. La convulsión de 1911-1923 ocasionó millones de refugiados y desplazados.

Estas experiencias de violencia infundían en Enver y en amplios segmentos de la sociedad un profundo sentimiento de victimismo[25]. Como se expuso en un artículo, «nuestro honor y nuestra dignidad de pueblo no puede preservarse con estos viejos libros de legislación internacional, sino solo por medio de la guerra»[26]. La violencia, manifestaba el artículo, solo puede vencerse con más violencia. Entre enero y junio de 1914 se expulsaron de las regiones costeras del oeste de Anatolia y de Tracia a unos 200 000 cristianos ortodoxos.

Para otros, como los miembros del liberal *Hürriyet ve İtilaf Fırkdası*, o para importantes personalidades, como Amir Shakib Arslan y Satiíal-Husriy (que desempeñaron cargos dirigentes en el nacionalismo panárabe después de la guerra), el otomanismo —el movimiento que insistía en la coexistencia de los pueblos otomanos de diferentes procedencias religiosas y étnicas dentro del marco imperial— seguía ofreciendo una importante vía de futuro[27]. De hecho, Shakib Arslan, a principios de 1915, dirigió una unidad de voluntarios árabes como apoyo en la primera campaña de Kemal Pachá en el Canal de Suez contra las tropas británicas de Egipto. Durante la Primera Guerra Mundial, e incluso después de ella, muchos creían que el otomanismo seguía ofreciendo un marco imperial viable, pero después de 1912-1913 quedó como algo marginal[28].

La idea de que la multietnicidad del imperio —en una época de nacionalismo e imperialismo europeo— amenazaba la existencia del Imperio otomano, por supuesto, no era nueva en 1912. Después de la guerra con Rusia en 1877, el Sultán Abdülhamid II había declarado que era inaceptable que los no musulmanes habitaran regiones de importancia estratégica para la defensa de la capital[29]. En 1908, algunos líderes del Comité de Unión y Progreso ya habían decidido que no debía haber «nacionalidades» en el imperio, que el imperio no debía «convertirse en una nueva Austria», en referencia al *Ausgleich* de 1867, que convirtió el Imperio de los Habsburgo en una monarquía dual e introdujo otras recientes reformas. Su objetivo era la creación de «un Estado-nación turco unificado, con escuelas turcas, administración turca, [y] un sistema legal turco»[30].

Sin embargo, aunque el Comité de Unión y Progreso puso en marcha la revolución de 1908, en un par de años había perdido gran parte de su apoyo, aferrándose al poder político mediante coacciones y elecciones amañadas. Las guerras italiana y de los Balcanes permitieron que el partido tomara de nuevo el control; sin estas guerras, es muy posible que el declinar del Comité de Unión y Progreso hubiese continuado y que no fuera su ideología, sino la de otros, la que hubiese marcado la actuación política. No obstante, la convergencia de una derrota traumática, dirigentes militaristas y la Primera Guerra Mundial resultó catastrófica.

LA GRAN GUERRA COMO GRAN OPORTUNIDAD

El Comité de Unión y Progreso se benefició de la crisis militar de 1911-1913. Los líderes de la organización confiaban en una diversidad de jóvenes oficiales militares y de civiles para que tomaran iniciativas. Influidos por el discurso internacional de la pseudociencia del darwinismo social, los simpatizantes del comité abogaban por la acción intensa. Como ya hemos visto, ya la había llevado a cabo Enver Bey y sus hombres en la revolución constitucional de 1908, la resistencia armada contra Italia y la segunda guerra de los Balcanes, que dio como resultado la recuperación de Edirne. En enero de 1913, además, los oficiales militares atacaron las oficinas del Gran Visir, asesinaron al ministro de Guerra y derrocaron el Gabinete, sustituyéndolo por uno dominado por el Comité. El nuevo Gabinete, respaldado por oficiales entrenados por el general alemán Colmar von der Goltz, organizó una milicia alemana para reformar el ejército. La misión militar alemana llegó a Estambul en diciembre de 1913, donde se unió a los oficiales navales británicos y a los oficiales de gendarmería franceses que ya trabajaban en el imperio. Para continuar con la reforma militar, el Gobierno buscó también la protección internacional a través de una alianza militar. Al ser rechazado cuando pretendía una alianza con Londres en 1913, el Gran Visir Said Halim entabló conversaciones con Berlín. Said Halim y Enver confiaban en que una alianza con Alemania le proporcionaría seguridad militar contra ataques como los sufridos por parte de Italia y los Estados balcánicos, y la cobertura necesaria para el desarrollo y la industrialización interna. La

propia Alemania y Japón ofrecían modelos de éxito a esta estrategia de rápida «modernización militarista»[31].

Una alianza militar daría también más poder a Estambul en las negociaciones diplomáticas, como las relacionadas con las demandas de las Grandes Potencias para la mejora de las condiciones de vida y de la seguridad personal en las provincias imperiales del este de Anatolia, hogar de una amplia población de armenios y kurdos. Además, amplios segmentos de la prensa apoyaban el tono agresivo y las políticas activistas del Comité de Unión y Progreso. «Nuestra entrada en la [Primera] Guerra [Mundial] no fue obra de un solo individuo», declaraba después un prominente oficial, «sino el resultado de varios y complejos factores», especialmente «nuestra prensa» y «la opinión pública»[32].

Solo la coyuntura de la crisis de julio decidió a Berlín a aceptar firmar una alianza militar el 2 de agosto de 1914. Para los dirigentes otomanos, el Tratado de Alianza, válido durante siete años, fue un importante logró diplomático. La derrota de Alemania —y la guerra total cuyo umbral acababa de traspasar— era difícil de predecir desde la situación privilegiada de 1914. Habían demandado y recibido de Alemania oro, hombres y material, y aceptado mantener la alianza incluso al precio de una guerra, así pues, la Marina otomana atacó a Rusia a través del Mar Negro el 29 de octubre de 1914.

El impacto militar inmediato de la operación fue escaso, pero sus consecuencias, considerando la destrucción y devastación que le siguieron, fueron enormes. La guerra europea se había extendido hasta las profundidades del este mediterráneo y durante los cuatro años siguientes incineraría el tejido social del Imperio otomano. Con su entrada en el fuego de la guerra los dirigentes otomanos habían demostrado su compromiso con los aliados alemanes. Berlín tendría que honrar los intereses otomanos en los acuerdos de paz que se adoptaran en las negociaciones —suponiendo, claro, que Berlín mismo formara parte de la mesa de negociaciones, como vencedor o en igualdad de condiciones con sus adversarios—. «Cuando veo todo lo que ha hecho Rusia durante siglos para destruirnos, y todo lo que han hecho los británicos durante estos últimos años», expresaba Kemal Pachá, el ministro de Marina, «contemplo esta nueva crisis como una bendición. Confío en que esta sea la última

deuda que tengan que pagar de los turcos [*Türklerin*] para vivir como una nación honorable o salir gloriosamente de la escena de la historia»[33]. Goltz Pachá hablaba de ello en términos igual de ampulosos: «Bravo, la vieja Turquía tiene ahora la oportunidad […] de un solo golpe, de levantarse por sí misma hasta lo más alto de su antigua gloria. ¡Ojalá no pierda esta oportunidad![34]»

En los cinco primeros meses de su participación en la guerra, Estambul lanzó tres campañas adicionales —una ideológica y dos militares—. En noviembre de 1914, el sultán otomán declaró que la guerra era una guerra santa, haciendo un llamamiento no solo a los súbditos musulmanes del imperio, sino a los musulmanes de todo el mundo, residentes en los Imperios británico, francés y ruso, para que apoyaran el esfuerzo de guerra otomano y de sus aliados, los Imperios alemán y de los Habsburgo. Aunque el dirigente otomano aparentemente acataba los deseos del káiser, Estambul tenía su agenda propia e interna para la proclamación de la yihad. Desde el punto de vista otomano, la proclamación de la yihad no pretendía tanto la movilización de las poblaciones musulmanas en los imperios coloniales de la Entente —en la India y Egipto británicos, en Asia Central y el Cáucaso rusos, y en el África del Norte francés— como la movilización de las poblaciones musulmanas del propio Imperio otomano partidarias de Osman[35].

Después, Estambul lanzó dos operaciones ofensivas en antiguos territorios otomanos. A finales de 1914, la Tercera Armada se internó en territorio ganado por Rusia en 1878. A principios de 1915, una fuerza dirigida por Kemal Pachá intentó cruzar el Canal de Suez hacia Egipto, ocupado por británicos desde 1882. Las dos campañas fracasaron y ninguna de las dos operaciones consiguió inspirar la revolución entre los musulmanes de los Imperios ruso y británico. Dirigida para apoderarse de la ciudad de Sarıkamış, la campaña en Rusia resultó ser un auténtico desastre militar. La Tercera Armada otomana, luchando a unas temperaturas congeladoras y minada por las enfermedades, perdió decenas de miles de hombres en pocos días[36]. En la memoria colectiva de la guerra en Turquía, el fracaso de Sarıkamış fue un reflejo para el triunfo de Galípoli en 1915-1916. Y mientras Sarıkamış quedó personificada en Enver y se convirtió en la representación de los errores y la decadencia del

imperio, Galípoli quedó personificada por el Mustafá Kemal y se convirtió en la representación del triunfo definitivo de la república, la «hora suprema de los turcos». Sin embargo, sus inmediatas secuelas fueron cargar la derrota a la población armenia de la región y a los batallones de voluntarios armenios, que se pusieron del lado ruso.

VIOLENCIA Y VIABILIDAD

En 1909, el nuevo Parlamento aprobó la ley del servicio militar obligatorio aplicable a todos los otomanos en edad militar, musulmanes y no musulmanes. En 1911, casi la cuarta parte de todos los jóvenes que ingresaron en el servicio militar no eran musulmanes. Las guerras de 1911-1913, sin embargo, y el deterioro que supuso para las relaciones entre los musulmanes y los cristianos en el interior del imperio, minaron los intentos de utilizar el ejército imperial como una «escuela [unificada] para la nación» (como describía después Mustafa Kemal a los militares turcos durante la república). Con la declaración de la movilización, en agosto de 1914, el Ejército reclutó a todos los hombres con edades comprendidas entre los 20 y los 45 años —unos tres millones en total al terminar la guerra—. Mientras la mayoría de los reclutados procedían de Anatolia, quizá algo más de la cuarta parte procedía de los territorios árabes del imperio[37]. Entre la población civil se dejó sentir inmediatamente la escasez de alimentos y de mano de obra. Muchos soldados sucumbieron a la enfermedad incluso antes de que el imperio entrara en la guerra a finales de octubre de 1914, mientras que otros desertaron.

Si la coexistencia imperial todavía era posible en agosto de 1914, esta posibilidad se destruyó en el transcurso de la guerra. La guerra, en agosto de 1914, intensificó inmediatamente las acusaciones de deslealtad al imperio de los no musulmanes y los no turcos. Los armenios y los kurdos eran considerados como posibles aliados de Rusia; los judíos, de Gran Bretaña; los cristianos árabes, de Francia; los musulmanes árabes (en torno a Sharif Husayn de la Meca), de Gran Bretaña; y los cristianos ortodoxos, de Grecia. Afloró una dinámica violenta que fue haciéndose cada vez más radical al ir avanzando la guerra: el Estado adoptó medidas preventivas

contra la población cuya lealtad estaba en sospecha, y estas medidas, a su vez, enemistaban a regiones enteras. Los conflictos, resultado de estas políticas de Estado junto a las condiciones de hambruna y enfermedades a lo largo de cuatro años, disolvieron cualquier resto de vigor imperial.

En cuanto empezó la guerra, los alistados armenios, en particular, fueron sospechosos de desertar al bando ruso. Desde la década de 1870, ya existían débiles movimientos de reclamación de independencia entre los armenios, pero ni las élites armenias ni el patriarcado de Estambul ni los aproximadamente 2,1 millones de armenios, la mayoría campesinos, habían apoyado nunca a grupos revolucionarios[38]. Sin embargo, ya antes de la derrota de Sarıkamış, se había hecho evidente que en las filas los armenios destacaban como posibles desertores al bando ruso. A algunos se les disparó preventivamente —accidentalmente—, como relataba un soldado, Ali Rıza[39]. Estas sospechas se confirmaron cuando varios batallones de voluntarios, compuestos por armenios otomanos y dirigidos por un antiguo diputado del Parlamento otomano, se alinearon del lado del ejército ruso[40]. Para Ali Rıza era inconcebible que armenios y turcos pudieran nunca volver a ser «hermanos y conciudadanos», jurando que «envenenaría y mataría a tres o cuatro armenios» cuando se le presentase la oportunidad. Los lazos que habían mantenido unidos los grupos étnicos y religiosos del imperio se estaban destruyendo ahora rápidamente[41].

Tras el desastre de Sarıkamış, el 25 de febrero de 1915, el ministro de Guerra Enver dictó una orden oficial para que todos los armenios de uniforme fueran desarmados y colocados en batallones de trabajo, convirtiéndolos en «presa fácil»[42]. Con las amargas derrotas de Sarıkamış y de Suez tras ellos, y con la perspectiva de un ataque naval aliado en los estrechos, los unionistas declararon, en abril de 1915, a los armenios rebeldes. El 24 de abril de 1915, el Gobierno empezó a arrestar a líderes políticos, comerciantes e intelectuales armenios, incluidos los residentes en Estambul. El 27 de mayo de 1915, el ministro del Interior, Tarat, dictó órdenes de deportación de armenios por poner en riesgo las operaciones militares otomanas. En julio de 1915, el Ejército asignaba soldados a los trabajos de agricultura, «porque todos los armenios habían sido deportados y los musulmanes habían sido alistados». Si no se hubieran proporcionado soldados para estos trabajos, se habrían arriesgado

las cosechas y «la escasez y el hambre» se habrían apoderado del país, poniendo en peligro los suministros del ejército y, por tanto, abriendo la vía al «desastre» militar[43].

Desposeídos de sus propiedades y sus tierras, los armenios se vieron obligados a marchar hacia el sur por un camino de lágrimas en el que muchos de los deportados, especialmente mujeres y niños, morían de hambre, desfallecían de cansancio o eran asesinados. Hagop Mıntzuri ofrece una historia trágicamente característica. Hagop había nacido en el seno de una familia armenia, cerca de la ciudad de Erzincan. En edad militar, fue reclutado como panadero en agosto de 1914. Nunca más vería a su mujer, Voğida, ni a ninguno de sus cuatro hijos, Nurhan, de seis años; Maranik, de cuatro; Anahit, de dos y el bebé Haço. Junto a la madre de Hagop, de cincuenta y cinco años, Nanik, y su abuela de ochenta años, Melkon, y todos los demás cristianos del pueblo, fueron deportados y nunca más se volvió a saber de ellos[44].

Talat, cuando escribía en 1921 desde su escondite de Berlín sobre el *Aghet* (la catástrofe) armenio, afirmaba que, al principio, él se había opuesto a la orden de deportación porque sabía que se habían reclutado fuerzas de policía y de gendarmería en el ejército y habían «sido remplazadas por milicias». Que estas fuerzas irregulares tuvieran el cometido de agrupar a la población rural armenia y deportarla, «sabía», decía Talat, «que acarrearía consecuencias dramáticas»[45]. Si sus vacilaciones habían sido ciertas alguna vez, a principios de 1915 habían desaparecido. Las intenciones manifiestas que había detrás de estas deportaciones eran impedir cualquier subversión de los locales en las operaciones militares otomanas en Anatolia Oriental. De igual modo que la expulsión de los ortodoxos griegos de Anatolia Oriental (turcos otomanos: *Ruma*) en la primavera de 1914, la expulsión de los armenios de Anatolia tenía como objetivo eliminar cualquier rastro de movimiento nacionalista que pudiera hacer tambalearse la autoridad otomana. Cuando en mayo de 1918 el Gobierno negoció sus fronteras orientales con Rusia, los líderes otomanos se opusieron a la creación de un Estado armenio. Talat —desde 1917 también Gran Visir y, por tanto, Pachá— había nacido en territorio cedido a Bulgaria. Un Estado armenio, decía, «se habría convertido en una Bulgaria del Este», una meta oficial de expansión a

expensas de los otomanos y, por ello, debe evitarse a toda costa. «Hay que eliminar el absceso de raíz», añadía[46].

También se vigiló y se deportó a los líderes árabes y kurdos y a la población cuya lealtad se cuestionaba. Por ejemplo, en agosto de 1914, incluso antes de que Estambul entrara en la Primera Guerra Mundial, el gobernador del distrito de Bekaa, un fértil valle hogar de numerosos católicos maronitas, católicos griegos y de comunidades ortodoxas, expresaba su preocupación por «la malintencionada población del Monte Líbano y, especialmente, de la ciudad de Zahla». Según su relato, la prensa de Zahla manifestaba «un excesivo apoyo a Francia», de manera que «herían los corazones de los ummah musulmanes». Esto había ido sucediendo así «desde la guerra de los Balcanes». El «afecto de Zahla por Francia había alcanzado» a esas alturas «niveles de veneración». Semejante osadía, insistía el gobernador, era inaceptable. Recomendaba la inmediata deposición del gobernador militar de Zahla, Ibrahim Abu Hatir Efendi, que permitía una hostilidad «tan abierta» hacia el Estado otomano, y el cierre inmediato del periódico *Zahla al-Ratat*[47]. Bekir Sami, el gobernador de Beirut, describía la dinámica dominante en el Monte Líbano con términos rotundos: «Tanto los maronitas como los ortodoxos apoyan con su corazón y con su mente [*kalben ve ruhen*] a Francia y a Rusia»[48]. Igual que los drusos, primero se habían inclinado por los británicos, pero ahora, conjeturaba el gobernador, «como están más o menos relacionados con el Islam, sus sentimientos se inclinan hacia el eminente gobierno del sultán». Pero, seguía el gobernador, el cónsul británico trabaja día y noche para ganarse a los drusos.

El imperio entró en la Primera Guerra Mundial en un momento en que su tejido imperial, tras las guerras de los Balcanes, ya había empezado a deshilacharse. Un ejemplo ilustra el cargado clima que se respiraba, cuando un incidente nimio desató la ira del gobernador Bekir Sami. «El 11 de septiembre de 1911, en el pueblo de Suq al Gharb, un hombre llamado Shoufani concibió un espectáculo público que consistía en desmontar una bandera que ondeaba sobre una tienda y, una vez en el suelo, pisarla». El oficial de Policía local obligó a Shoufani a volver a poner la bandera en su sitio y no dio más importancia al asunto. Cuando Bekir Sami, el hombre de Estambul destacado en el lugar, se enteró del incidente, se enfureció e

informó del suceso a la capital con las más severas palabras. La acción de Shoufani, escribía, «demuestra el manifiesto y patente odio hacia el Gobierno que siente la gente del barrio del Monte Líbano». Si no se toman medidas estrictas, advertía el gobernador, podrían ocurrir más «incidentes como este». «Creo que ha llegado el momento de tomar las medidas necesarias contra el Monte [*Cebel'e karşı tedabir-i-lazimaittihazı zamanı geldiğine*]». Proponía que el Gobierno pusiera fin al estatus de autonomía del Monte Líbano, que estaba vigente desde 1861. Gobernando directamente, de nuevo, el Monte Líbano, Estambul podría reforzar su autoridad sobre la región y ejercer el control sobre la población, argumentaba Bekir Sami[49].

Se puso el Monte Líbano bajo estricta vigilancia, porque se sospechaba «que con la influencia del cónsul [francés] en Beirut y la connivencia de la empresa de ferrocarriles se podrían pasar de contrabando armas al Monte Líbano». Por eso, se decidió que «todos y cada uno de los trenes que partieran de Beirut» hacia Zahla «deben someterse a una vigilancia constante y secreta»[50].

La región que abarcaba desde Aleppo a Suez, los territorios de habla árabe del imperio, estaban bajo el gobierno militar de Kemal Pachá, el comandante de la Cuarta Armada. La grave escasez de alimentos estaba generalizada en todo el imperio, pero en ningún sitio era tan terrible como en Siria y, especialmente, en el Monte Líbano. El régimen de Kemal reclutaba hombres para el ejército y para los batallones de trabajo. También se incrementaron los impuestos especiales de guerra para financiar los dos ataques en el Canal de Suez y en Egipto. Por otra parte, una plaga de langosta, que acabó con cualquier brote verde, azotó la región en 1915. Además, un bloqueo anglo-francés impedía que llegara asistencia del exterior. La insuficiencia de trenes, y su estricto control por las autoridades militares, imposibilitaba la rápida distribución del suministro de alimentos. En diciembre de 1915 había una hambruna generalizada. En Siria, una de cada siete personas —cerca de medio millón de personas— había muerto de inanición al final de la guerra. (Véase fig. 2 sobre los intentos de destruir los huevos de langosta con lanzallamas).

Sakib Arslan, probablemente el intelectual árabe más importante del periodo de entreguerras, actuaba como enlace crítico entre Kemal Pachá y

la población árabe a la que gobernaba. Shakib también conoció mucho a Enver y a Talat. En su relato sobre esta época como asistente de Kemal, Shakib cuenta que intentó de todas las maneras posibles hacer cambiar de opinión a Kemal respecto a los arrestos y las deportaciones de los líderes árabes. Especialmente, se oponía a las deportaciones y a los ahorcamientos públicos de conocidos líderes árabes en Beirut en agosto de 1915 y en Damasco en mayo de 1916. Shakib advertía a Kemal de que las ejecuciones «serán motivo de separación entre árabes y turcos»[51]. Un investigador sacó la conclusión de que «los actos de Kemal en Siria eran comparables por su naturaleza, si no por su alcance, a la política que se había mantenido respecto a los armenios en Anatolia Oriental. Ambas se debían al temor a que pudiera producirse un levantamiento nacionalista estimulado por las potencias enemigas». En los dos casos, sin embargo, «la amenaza era más aparente que real»[52].

Investigaciones posteriores tendrán que demostrar si se utilizaron los alimentos como arma contra la población de Monte Líbano y de Siria, tal como muchos denunciaron en ese momento. Lo que está claro, sin embargo, es que las privaciones que trajo la guerra y las propias políticas del Estado debilitaron la legitimidad otomana en los territorios árabes. Ohannes Pachá, un cristiano armenio, asumió el puesto de gobernador de Monte Líbano en 1913, entonces todavía «un auténtico otomanista». Cuando finalizó la guerra, su fe en el imperio había desaparecido[53]. En la memoria colectiva libanesa, incluso hoy en día, estremece recordar la orden otomana de movilización de esta área[54]. Private İsha, un recluta en Jerusalén, se hacía eco de sentimientos similares y anotaba en su diario del 17 de diciembre de 1915: «Si el Gobierno tuviera algo de dignidad, habría almacenado trigo en sus hangares y lo distribuiría a la población a un precio fijo o incluso pondría parte de las provisiones de los militares a disposición de la población. Si persisten estas condiciones, el pueblo se rebelará y derrocará este Gobierno»[55]. Salim Tamari lo presentó recientemente de la siguiente manera: «Cuatro años miserables de tiranía», al final, «borraron cuatro siglos de un rico y complejo patrimonio otomano»[56].

Fig. 2.—Quema de langostas en Palestina, c. 1915. En un solo día, un enjambre de langostas del tamaño de Manhattan podía consumir aproximadamente la cantidad de alimento equivalente a la consumida por cuarenta y dos millones de seres humanos en el mismo periodo.

El bloqueo naval anglo-francés, situado en la costa siria, intensificó las condiciones de la crisis de hambre en la región. Durante 1913-1914, el imperio había importado una cantidad neta de aproximadamente 88 000 toneladas de cereales. La guerra puso fin a las importaciones, al tiempo que el reclutamiento militar y la confiscación de los animales de tiro redujo la fuerza de trabajo agrícola disponible. La superficie de tierra cosechable se había reducido a casi la mitad. Todos aquellos que no estaban en edad de reclutamiento militar fueron sujetos al reclutamiento agrícola, como escolares, ancianos y mujeres, convertidos en trabajadores del campo. Al ampliarse el reclutamiento para que un mayor número de hombres formaran parte del servicio militar, el ministro de Guerra implantó un batallón de trabajadores compuesto por mujeres que empleó a cientos de ellas[57].

Cuando se fue extendiendo el hambre en Siria, el cónsul francés en El Cairo alertó a su Gobierno de que cientos de miles habían muerto de hambre y sugirió que se les socorriera, proporcionándoles ayuda alimentaria. La respuesta británica, sin embargo, fue que el empeoramiento de las condiciones era exactamente lo que se buscaba con el bloqueo: «El secretario de Estado de su Majestad para Asuntos Exteriores expresa su ferviente esperanza de que el Gobierno francés no alentará este plan […] Los aliados de la Entente sencillamente están siendo chantajeados para que remedien la escasez de provisiones, que es precisamente lo que pretende producir el bloqueo». Los franceses concluyeron que sus aliados británicos «consideran el hambre como un agente que conducirá a los árabes a la revuelta»[58].

Desde su nombramiento en 1908, el gran jerife de la Meca —el guardián de las ciudades santas de La Meca y Medina—, Husayn ibn Ali, quería gobernar Arabia con la menor interferencia posible de Estambul. Como contrapartida a este gobierno semiautónomo, Husayn se comprometió a mantener el orden público y garantizar la estabilidad de la región. En agosto de 1914, con la guerra en marcha en Europa, el gobernador local reclamaba la destitución inmediata de Husayn. Si continuaba la guerra, aseguraba el gobernador, el jerife se uniría indudablemente a la potencia extranjera[59].

Cuando Husayn se rebeló contra Estambul, en junio de 1916, su posición se había vuelto insostenible. Tras una campaña de ocho meses, a pesar de las enormes pérdidas humanas y materiales, la Entente había abandonado su misión de tomar los Dardanelos y Constantinopla. En su operación principal en Irak, un ejército británico, que contaba con un gran contingente de tropas indias, había subido de Basora y tomado Bagdad, pero fue derrotado en Kut en abril de 1916. La inteligencia británica, dirigida por el general Charles Townshend, contaba con el apoyo de la población shia, cuya lealtad al Estado suní otomano se consideraba frágil. Bajo estas circunstancias, la presión británica se centró en el jerife. Atrapado entre el mandato de terror de Kemal Pachá, por un lado, y la amenaza de la invasión militar británica a través del Mar Rojo, por otra, Husayn aceptó la oferta británica de un Estado árabe bajo su gobierno. Equipados con dinero, material e inteligencia británicos, varios cientos de árabes tomaron las armas contra las fuerzas otomanas. Sin embargo, las esperanzas de la Entente de que la acción de Husayn incitaría a una revuelta árabe general, desde La Meca hasta Damasco, se vieron frustradas. El levantamiento de Husayn fracasó en su intento de provocar cualquier desafío serio a la autoridad en Siria, pues esta, paralizada por el hambre, demostró estar fuertemente controlada por Kemal.

La revolución rusa, que estalló en 1917, permitió que los otomanos volvieran a Erzurum y Trabzon, que anteriormente había ocupado el ejército ruso, y que obtuvieran territorios adicionales en el Cáucaso. Sin embargo, al prolongarse la guerra, el imperio no pudo contrarrestar la superioridad numérica de la Entente. Las tropas británicas tomaron Jerusalén en diciembre de 1917. En octubre de 1918, las fuerzas británicas habían alcanzado Aleppo, en el norte de Siria, y un segundo ejército británico se desplazaba hacia la capital otomana tras abrirse camino en Salónica. Los otomanos, como sus aliados, habían sido derrotados. El 30 de octubre de 1918 un grupo de representantes otomanos firmaba un armisticio a bordo de un acorazado británico. Pocos días después, otro grupo de otomanos, incluyendo a Kemal, Enver y Talat, huyeron de Estambul a bordo de otro barco, esta vez alemán.

CONCLUSIÓN: EL LENTO FINAL DEL IMPERIO

Tanto en los territorios ocupados árabes como en los territorios no ocupados de Anatolia, el proceso por el que fue remplazado el imperio por el Estado-nación no fue sencillo. Con el armisticio a punto, el Gobierno otomano aspiraba a conservar cualquier territorio que no estuviera ocupado. Tampoco se detuvo la lucha. En la primera mitad de 1919, las fuerzas británicas y francesas ocuparon Estambul, mientras Grecia se instalaba en el oeste en la costa del Egeo e Italia en el sur. En el este, los Estados independientes armenios y kurdos estaban listos para tomar forma.

En su propio estilo wilsoniano, oficiales otomanos y organizaciones civiles y políticas invocaban el duodécimo punto del presidente estadounidense, que propugnaba «la soberanía segura a la parte turca del actual Imperio otomano». Flanqueados por carteles que reproducían los doce puntos de Wilson, Halide Edib y un sinfín de oradores se dirigían a una multitud de 200 000 personas en mayo de 1919. Con las fuerzas francesa y británica ocupando el Gobierno del sultán en Estambul, élites locales, antiguos jefes y soldados desmovilizados organizaron fuerzas de resistencia. Inicialmente, estaban desunidas, hasta que en 1919 reforzaron su coordinación. Finalmente, quedaron centralizadas bajo el mando de Mustafa Kemal, el héroe de Galípoli y antiguo rival y oponente político de Enver Pachá. La ideología que sustentaba este movimiento estaba basada, más que en la identidad étnica o nacional, en la identidad religiosa. En agosto de 1920, el Gobierno del sultán en Estambul aceptó firmar un Tratado de Paz en la ciudad suiza de Sèvres. Las noticias del tratado llevaron a la acción al movimiento de resistencia, que lo rechazaba, aseguraron la ayuda bolchevique y derrotaron al ejército armenio en el este antes de enfrentarse repetidamente a los ejércitos griegos, lo que culminó con la toma de Esmirna en un clima de gran violencia en septiembre de 1922. La asamblea de Ankara abolió entonces el sultanato, manteniendo, no obstante, el califato durante dos años más. El sultanato otomano había llegado a su fin. Ankara envió a sus representantes a Lausana para negociar la paz. El tratado resultante reconocía la soberanía de Ankara sobre el territorio del imperio que aún quedaba. Tras mucha destrucción, el punto duodécimo de Wilson, hasta donde concernía a las partes del Imperio otomano, se hizo realidad. En cuanto a las «otras nacionalidades», se instauró un nuevo régimen de mandatos británico y francés, pero desde

luego ninguno que proporcionara «una oportunidad de desarrollo autónomo totalmente libre», como había propuesto Wilson.

La debilidad que había padecido el imperio desde el siglo XIX en adelante —su inseguridad militar, sus no resueltos problemas de pluralidad étnica y religiosa, su deficiente desarrollo económico— definió también, en distintos grados, los inestables regímenes que sustituyeron a los otomanos. El gran número de víctimas, desplazados y migraciones forzosas, además, tuvieron consecuencias socio-económicas a largo plazo, pues la población urbana no volvió a alcanzar los niveles de la preguerra hasta principios de los años 50. En Anatolia / Turquía, los estándares de vida se hundieron espectacularmente, las cifras del PIB de los años 20 eran aproximadamente la mitad que las de la preguerra[60]. La población de la Anatolia otomana fluctuaba justo por debajo de los dieciséis millones en 1913; en 1927 estaba todavía por debajo de los catorce millones[61]. Los efectos de transformación que tuvo la guerra en Siria no fueron menos profundas, dejando tras de sí un paisaje igualmente devastado y «un orden social destrozado»[62].

En el Imperio otomano, la guerra entre 1911-1922 tuvo como consecuencia unas condiciones que destruyeron el tejido imperial del Estado. Sigue siendo válido hoy en día el deseo retrospectivo de Halide Edib de que hubiera habido una «política previsora». La historia de la última década del imperio sigue estando profundamente politizada actualmente. La «tragedia política» y el «cataclismo» que reconoce David Stevenson en su historia de Europa tiene también una versión otomana: la tragedia aquí es que los líderes otomanos que llegaron al poder ya no eran capaces de encontrar soluciones políticas y, en su lugar, optaron por soluciones militares. Lo hicieron apoyándose en la experiencia que tenía el imperio desde el siglo XIX. Desistiendo de la diplomacia y de las instituciones del sistema internacional, optaron por remodelar el imperio y a su población como una «nación en armas». En el imperio no todos estarían dispuestos a servir en esta «nación en armas o no todos tendrían la oportunidad de hacerlo». Este nuevo rumbo vaticinaba el final del imperio.

CAPÍTULO 2

El Imperio italiano

RICHARD BOSWORTH y GIUSEPPE FINALDI

En 1911, el Gobierno italiano financió varias celebraciones grandiosas con motivo del quincuagésimo aniversario de la fundación de su Estado nación en el *Risorgimento*. En la retórica patriótica, era el momento de reivindicar los logros de la «Tercera Italia». El adjetivo implicaba el patrimonio del tiempo y la tradición de imperio, la afirmación, común a todo el mundo conscientemente «civilizado», de tener una «historia» inscrita en la construcción de la nación, y una grandeza de pasado y de futuro grabada en su identidad nacional. Pero para Italia había complicaciones evidentes. La «Primera Italia» había florecido en la época clásica, cuando Roma mandaba en toda Europa, Asia Menor y el norte de África; un imperio que seguía siendo venerado por los hombres de Estado en la *belle époque*, formados como estaban en la cultura latina y griega. La «Segunda Italia» tenía una base política más difusa, pero evocaba el Renacimiento, cuando los ciudadanos de los Estados italianos estaban a la cabeza de todo el mundo occidental en cultura, conocimiento y arte, y ayudaron al renacimiento de la civilización después de que hubiera caído bajo el yugo del «barbarismo». Quizá fuera un imperio más amable y

apacible que el de los césares, pero, desde luego, fue un imperio cuyos artefactos dominaban todos los museos y galerías.

La denominación «Tercera Italia» suponía la determinación del Estado-nación, renacido en el *Risorgimento* de igualar a sus aclamados y formidables ancestros. Sin embargo, en todos los aspectos, Italia solo era «la menor de las Grandes Potencias» en una época de hierro y sangre, con una economía que se había quedado atrás respecto a la primera y segunda Revolución Industrial, una sociedad que, en el mejor de los casos, se sentía solo tímidamente nacionalizada, y unas fuerzas armadas que se recordaban, principalmente, por la derrota naval que sufrieron a manos de los austríacos en Lissa, en 1866, y, aun peor, por la sufrida ante los etíopes del emperador Menelik treinta años después en Adua[1]. Una complicación más para añadir era el hecho de que Roma era la sede de un imperio (espiritual) en el que no se ponía el sol, el Vaticano, centro administrativo mundial de la Iglesia católica. La inmensa mayoría de los italianos eran católicos de una u otra corriente. Pero las disputas del *Risorgimento* habían enfrentado al Estado con la Iglesia en un conflicto que no se resolvería hasta la firma de los Pactos de Letrán entre el papa Pío XI y el dictador fascista Benito Mussolini, en 1929. Antes de la Primera Guerra Mundial, los miembros de la élite liberal eran habitualmente anticlericales en sus planteamientos sobre el papado, pues la Iglesia condenaba por perversa su ideología imbricada con la francmasonería. Por su parte, los prelados se muestran sarcásticos con los liberales usurpadores de Roma, como, por ejemplo, en las burlas de la revista jesuita, *La Cività Cattolica*, con motivo de las celebraciones de 1911. En el fondo, el Vaticano no se había rendido del todo en su reivindicación por un «poder temporal» y, si Italia hubiera perdido la Primera Guerra Mundial, habría vuelto a buscar la manera de gobernar Roma.

En muchos aspectos, por tanto, el espectro del «imperio» sobrevolaba el Estado-nación italiano como si estuviera buscando su sitio en el mundo. En particular, las palabras latinas *mare nostrum* se convirtieron en parte del vocabulario político habitual bastante antes de que el fascismo alardeara de su compromiso especial con la *romanità* (el espíritu de la Roma clásica). El batir de las alas del tan esperado imperio pudo escucharse cuando un miembro local de la «generación de 1914» como el

futurista Filippo Tommaso Marinetti instaba a bombardear hasta sus entrañas los centros históricos de Roma, Venecia y Florencia, manteniendo que solo eso podría liberar a la Italia moderna de las perniciosas «glorias» de su pasado y forjarse un gran destino imperial futuro. El actual imperio de «harapos y remiendos» en este o aquel desierto de África Oriental estaba ahí cuando el historiador inglés Arnold Toynbee, al empezar su reflexión sobre «el auge y caída de las civilizaciones», escribía refiriéndose a los italianos de entonces como «*dagos*» o «parásitos», incluso aunque declaraba que se sentía «transportado» por todo lo que podía encontrar de los «Antiguos»[2]. Su insatisfecho ajuste de cuentas con su pasado vuelve a estar ahí cuando, después de que Italia entrara en la Primera Guerra Mundial nueve meses tarde, el 24 de mayo de 1915, sin ser una gran potencia y tampoco realmente una pequeña, su periódico más acreditado, *Il Corriere della Sera* de Milán, publicaba en un editorial que se había alcanzado la «cumbre del *Risorgimento*» cuando Italia «desenvainó su espada y habló a la manera romana desde el Campidoglio»[3].

LIBIA

La versión italiana de la Primera Guerra Mundial era mostrarse tan imperial como cualquier otra de las Grandes Potencias, pero imperial en su propio estilo, fluctuando entre la (débil) realidad de los hombres en tierras africanas y el (extremadamente poderoso) mito. Después de todo, *alea jacta est*, los dados se echaron en 1911 (los periodistas de la época usaban habitualmente la frase de César), cuando la celebración de los cincuenta años de la condición de nación desembocó inmediatamente en una campaña naval y militar (y, de hecho, aérea; fue entonces cuando Italia fue pionera en bombardear desde el aire). El 29 de septiembre el ministro italiano en Constantinopla anunció formalmente a los otomanos que Italia estaba en guerra con ellos; había tropas navegando en el Mediterráneo con el objetivo de tomar las provincias de Tripolitania y Cirenaica, románticamente renombradas por sus invasores europeos «Libia», la denominación que había tenido bajo los césares. Los nacionalistas alegaban que el territorio había producido enormes cantidades de grano

para Roma; el lugar, decían, que los católicos píos veían como blasfemo, era «nuestra tierra prometida»[4]. Una tonadilla llamada *Tripoli, bel suol di amore* (Trípoli, bella tierra de amor) llegó a ser la canción más famosa del año y sonaba alegremente en muchos quioscos de las numerosas, bellas e «históricas» plazas de Italia. Desde un punto de vista más práctico, también se corría la voz de que su conquista proporcionaría grandes cantidades de tierra fértil para la población de la península, especialmente de su mitad sur, campesinos pobres. De este modo, se detendría la «hemorragia» de sangre emigrante hacia las Américas (como había dicho Antonino Di San Giuliano, ministro de Exteriores entre 1911-1914); en 1913 más de 870 000 italianos dejaron su tierra y, paradójicamente, construyeron fuera del Estado-nación un imperio no oficial de las Italias, que era y seguiría siendo mucho más extenso, y económica y culturalmente más productivo que cualquiera conquistado por Italia[5].

En opinión de los planificadores políticos, lo que era más importante es que una nueva colonia en el Mediterráneo catapultaría por fin a Italia al nivel de las verdaderas Grandes Potencias y borraría el desgraciado recuerdo de Adua. Entre los que se sentían especialmente atraídos por la idea del imperio estaban los miembros de la familia real, los Saboya, sin duda porque esperaban que gracias a ello se atenuarían las burlas de las dinastías de las Grandes Potencias más relevantes. Con este anhelo, encontraron alianzas implícitas en muchos burgueses, que «siempre vestían uniformes de la Marina»[6] y leían por placer y por vivir emociones los cuentos de Emilio Salgari, con sus narraciones de proezas en lugares lejanos, donde los sugerentes cuerpos de las mujeres no estaban tan tapados como lo estaban en Europa. Para muchos italianos «respetables», los sueños de un imperio eran parte de la fórmula para ser respetables.

No todo el mundo estaba de acuerdo. El imperio podía dividir a los italianos con tanta rapidez como podía unirlos. Los socialistas, como el joven Benito Mussolini, consideraban la intrusión en Libia como un burdo intento de desviar la atención de la clase obrera de su lucha particular contra los patronos. A algunos de los liberales y republicanos más cautelosos les preocupaba que el nacionalismo racional y moderado del *Risorgimento* estaba siendo subvertido por la excesiva y peligrosa retórica imperialista del denso poeta Gabriele D’Annunzio, o, a partir de 1910, por

el filósofo de la Asociación Nacionalista, Enrico Corradini. El periodista e historiador Gaetano Salvemini manifestaba los temores de otros, que sentían que los recursos ilimitados de Italia iban a despilfarrarse conquistando un «enorme cajón de arena» cuando sería mejor dedicar esas inversiones directamente al sur de Italia, para infraestructuras y modernización. Otros más cuestionaban los deseos de buscar territorios fuera de las fronteras cuando, en los mismos límites del país había, según se decía, italianos que se pudrían bajo la opresión austriaca[7]. Para estos irredentistas, la clave de toda política italiana debería estar en Europa y no desviarse con quimeras africanas. La nación tiene que estar definitivamente compuesta por todos los hablantes italianos, e Italia debería llegar a sus fronteras naturales en el Brenero, en el Carso, encima de Trieste y a lo largo del litoral istriano y dálmata. Como respuesta, el periodista proguerra Giuseppe Bevione instaba a los jefes políticos del país a creer en las «virtudes de nuestra raza» y confiar en ellas para acometer un «gran esfuerzo»[8]. Después de todo, añadía, no hay razón para tener escrúpulos morales, porque los árabes, los bereberes y los judíos de Libia estaban esperando con el alma en un puño a que los severos pero heroicos y justos descendientes de los legionarios romanos derrotaran a los odiados jefes turcos[9].

Sin embargo, cuando los ejércitos italianos desembarcaron les esperaba una amarga sorpresa: tras la fácil y rápida ocupación de las principales ciudades costeras de los *vilayets*, facilitada por estar estas situadas en el radio de alcance de la artillería naval italiana, la invasión se estancó. Las fuerzas turcas hicieron una retirada táctica y resistieron con tenacidad. Y lo que era más inquietante, a las fuerzas turcas se les unió la mayoría de la población local, aparentemente ajena a la secular «opresión» otomana. Pronto hubo pruebas de esta terrible resistencia. Dos semanas después de haber desembarcado, los italianos fueron expulsados de Trípoli, manteniendo un perímetro semicircular de 25 kilómetros de radio. La mañana del 23 de octubre, las fuerzas turco-árabes organizaron un enérgico contraataque e irrumpieron en Sciara Sciat. Al mismo tiempo, fuerzas indígenas surgieron por la retaguardia, y se produjo una matanza. Posteriormente, se reveló que los italianos capturados fueron crucificados en palmeras de dátiles, castrados, mutilados; se encontró un pozo cegado

con los cuerpos de los prisioneros, a los que habían atado las manos y los pies antes de tirarlos vivos en él[10]. Los italianos, que solo unos días antes se preguntaban jocosamente cuánto durarían sus vacaciones en África, quedaron aterrorizados y se revolvieron contra los árabes «traidores» ferozmente. Ante la vista de una prensa extranjera paralizada, se siguieron unos días de salvajismo. Las calles de la capital libia se llenaron de cadáveres y patíbulos, disipando cualquier ilusión de que Italia fuera a hacer de Trípoli una «tierra de amor»[11].

A los italianos no les quedó más remedio que aprender que una guerra imperial no era un paseo por el parque y que no podía separarse confiadamente de la política interna, donde los socialistas habían empezado a bloquear trenes militares y a organizar paralizaciones en puertos importantes. Peor aun, la guerra libia conllevaba peligrosas implicaciones para la poco cómoda situación internacional de Italia como el tercer miembro de la Triple Alianza con la Alemania imperial y posible objetivo irredentista, Austria-Hungría, mientras seguía siendo «amiga» de cada uno de los de la Triple Entente, Gran Bretaña imperial, Francia imperial (a menudo una molesta «hermanastra latina» con condescendientes reivindicaciones de ser una heredera de Roma más valiente que los italianos) y la Rusia imperial[12].

Pero por el momento, el Ejército estaba dispuesto a cerrar los ojos y pensar solo en la nación. Incapaz de escapar al asedio y en un intento desesperado por forzar a los otomanos a admitir la derrota, la Marina intensificó la guerra en el Mediterráneo Oriental: en febrero de 1912, se bombardeó Beirut; en abril se bombardearon las fortalezas que defendían los Dardanelos, y en mayo se ocuparon las islas del Dodecaneso, en el Egeo, incluidas Rodas, Cos y Patmos. La noche del 19 de julio, un impetuoso capitán de navío, Enrico Millo, «ocupó» los Dardanelos, encabezando una flotilla de cinco lanchas torpederas que penetró unos veinticinco kilómetros hasta los estrechos, en un osado y temerario ataque que el primer ministro, Giovanni Giolitti, no había autorizado, aunque el líder liberal rechazara tajantemente las recomendaciones de sus aliados y amigos de que se retractara de su arbitraria declaración de octubre de 1911 de que Italia se había anexionado a Libia[13].

Sin embargo, no fue este ímpetu lo que llevó a Turquía a la mesa de negociaciones, sino la eclosión de la guerra de los Balcanes en 1912, aunque los cebos financieros del empresario veneciano Giuseppe Volpi, dedicado desde el verano a congraciar al líder de Jóvenes Turcos con las empresas italianas patrocinadas por el Estado pudieron haber sido una ayuda muy útil. En cualquier caso, dada su comprometida situación, el régimen turco, cuyo propio imperio sentía la amenaza de la disolución, decidió desplegar sus fuerzas para conservar lo que le quedaba de sus territorios europeos y, de mala gana, aceptó que ya no podía defender sus posesiones africanas. En Ouchy, un barrio de Lausana, en octubre de 1912, se firmó el Tratado de Paz que confirmaba las anexiones de Italia.

La relación entre lo que acordaron los hombres de traje en los acogedores alrededores de su hotel en Suiza y lo que realmente podía ocurrir en Tripolitania y Cirenaica no era en modo alguno segura. El hecho de que entre los comandantes que luchaban en Libia estuviera Enver Bey, así como el joven Mustafa Kemal, era una prueba clara del calibre de los oponentes de Italia y era un indicio de que era improbable que se hubiera aceptado como permanente la pérdida de las provincias, lo que provocaría disturbios —por ejemplo, una guerra mundial—. Enver Bey, miembro del triunvirato que gobernó Turquía entre 1914 y 1918 y hombre fundamental para llevar al imperio al lado de los alemanes, era un «joven turco» comprometido que prometió que revertiría el débil pasado del Imperio otomano, condescendiente con la intrusión europea. Cuando Enver abandonó Libia para luchar en los Balcanes, dejó tras él armas y hombres, y garantizó a los «rebeldes árabes» que seguirían llegando armas desde Turquía, mientras la población local siguiera resistiendo al Gobierno italiano. La jurisdicción otomana sobre los asuntos religiosos de Libia, garantizada por el Tratado de Ouchy, se convirtió en el canal por el que llegaban a los *muyahidines* antiitalianos los fondos secretos recogidos por todo el mundo musulmán[14]. La llaga sangrienta de Libia empeoró después de 1915, especialmente después de que Italia declarara tardíamente la guerra a Turquía (15 de agosto; oficialmente no estuvo en guerra con Alemania hasta un año después). Durante los meses que transcurrieron entre Ouchy y el asesinato de Sarajevo, Italia había tratado

de imponer un gobierno de estilo propio, pero siguió las normas europeas para el Imperio africano. Lo consiguió con éxito limitado.

Puesto que, a pesar de que la campaña de Libia había terminado, continuaba el enfrentamiento; el problema más inmediato que tenía Italia era su falta de experiencia en cuanto a la contienda armada en las colonias y en el desierto. Desde el punto de vista italiano, el único descubrimiento positivo fue saber cuan útil podía ser el despliegue de los áskaris de Eritrea. Estos soldados, principalmente musulmanes, reclutados en la colonia primogénita de Italia en las costas del Mar Rojo llegaron a ser el alma de las fuerzas armadas durante los años siguientes. Gracias a una férrea censura, se le pudieron ocultar a la prensa las numerosas derrotas del ejército italiano, incluso aquellas a las que Ferdinando Martini, ministro de las Colonias entre 1914 y 1918, se refería en privado como «peores que Adua»[15]. De vuelta a Roma, se ignoraron los cientos de víctimas áskaris y, hasta donde fue posible, se silenció el número de soldados italianos sacrificados; puede que murieran cien mil, casi el doble que en Adua[16].

El resuelto esfuerzo de imponer el poder italiano más allá de las ciudades costeras dio como resultado, en julio de 1914, lo que, al menos en el papel, parecía el éxito de dos años de campaña militar. Fezán (sur de Trípoli), así como gran parte de Gebel cirenaico, estaban en manos italianas, con columnas móviles fuertemente armadas empujando hacia el interior. Aunque, «empujando» quizá sea, en cierto modo, una exageración, pues el coronel Antonio Miani necesitó un año (agosto de 1913 a agosto de 1914) para llegar desde Sirte, en el Mediterráneo, hasta Ghat, en la frontera sur con Argelia[17]. No obstante, en el verano de 1914 parecía factible establecer firmemente el poder italiano. Pero, como señala Angelo del Boca, el preeminente historiador italiano del imperio, era agosto de 1914 y la guerra «súbitamente barajó de nuevo las cartas»[18].

La carta ganadora fue «la Gran Revuelta Árabe», la respuesta directa a la proclamación de guerra santa que hizo el sultán turco en noviembre de 1914. Como Italia era neutral, no era el enemigo principal de Turquía, pero sí lo era Gran Bretaña, y la tentativa turco-alemana de conquistar Egipto se convirtió en el punto de apoyo para poner fin al poder británico en el Oriente Medio. La cofradía islámica sanusí, cuyos dos millones de

miembros estaban dispersos por la frontera oriental de Egipto, el desierto libio y hasta el África Occidental francés, fue un valioso activo en el plan de invasión de Egipto, que habían fraguado los alemanes y Enver Bey. Repentinamente, los desmoralizados *muyahidines* libios, abandonados en 1912, se vieron elegidos como los guerreros sagrados de Alá en una renovada y titánica lucha contra el infiel. En Fezán, Ahmad al Sharif lideró una nueva rebelión sanusí, e Italia, que se estaba preparando para intervenir en los Alpes, no estuvo dispuesta a invertir allí más recursos para el imperio, y así la estructura del poder italiano en la colonia se desintegraba poco a poco.

Fig. 3.—Soldados italianos pasando el rato encerrados en un fuerte cerca de Tobruk, mayo de 1914.

En abril de 1915, en Gasr Bu Hadi, sur de Misrata, los insurgentes árabes aniquilaron una columna italiana de soldados, causando más de mil muertos y cautivando a cientos de hombres. En su huida, los italianos abandonaron a manos de sus enemigos un arsenal de rifles, millones de municiones, ametralladoras y cañones de campaña[19]. En Tarhuna, en

junio, la columna que evacuaba la ciudad sitiada fue atacada; todos los eritreos acuartelados en la ciudad fueron asesinados, quizá como revancha a la masacre cometida el año anterior en Sirte. En el bando italiano murieron más de 2000 hombres y casi 400 fueron hechos prisioneros por los insurgentes. Uno tras otro, fueron cayendo en manos de los rebeldes los territorios ocupados hasta 1914, mientras los submarinos alemanes empezaban a suministrar armas y otro material de apoyo a la resistencia local a través del puerto de Gasar Hamat, cerca de Misrata[20].

Para Italia la alternativa era fácil: ¿hay que ocuparse del imperio o hay que concentrarse en las ambiciones irredentistas en Trento y Trieste?, ¿hay que derrochar más recursos en la colonia para recuperar lo perdido en 1914-1915 o hay que retirarse a las posiciones alcanzadas al principio de la invasión en 1911—es decir, áreas dentro del radio de acción de la artillería naval—? No es de sorprender que fuera la última opción la que prevaleciera: incluso para los mayores imperios, durante la Guerra Mundial, había que ocuparse más de «Europa» que de «África». Es difícil determinar hasta qué punto esta abdicación se debió a la fuerza de los *muyahidines* o a la debilidad de los italianos. En realidad, lo que sucedió fue que el estallido de la guerra en Europa ya había desplazado de Libia la «opinión pública» de la élite, un foco de interés que, en cualquier caso, se había vuelto cada vez más difuso desde que se proclamó la «victoria», en octubre de 1912. Los pareceres de D'Annunzio y de Corradini (ahora compartidos por Mussolini e incluso por Salvemini) desviaron sus plumas de los debates imperialistas a la «reclamación» de territorios a lo largo de la frontera nororiental y, en consecuencia, a la batalla al estilo romano y a la victoria en dichos territorios. El mago de las palabras se concentró entonces en el heroísmo en la «cuarta guerra del *Risorgimento*» en lugar de en el avance legionario en África del Norte[21].

Volver a evocar el espíritu de Garibaldi y de Mazzini no significaba, sin embargo, que se hubiera olvidado el imperio. Todo lo contrario. El primer ministro Antonio Salandra (1914-1916), el ministro de Exteriores Sidney Sonnino (1914-1916) y, especialmente, Gaspare Colosimo, sucesor de Martini en el Ministerio de las Colonias (1916-1919), así como una gran cantidad de comentaristas políticos, veían la guerra de Europa como un argumento para obtener beneficios coloniales cuando los vencedores se

reunieran para establecer acuerdos de la posguerra[22]. Dando por hecho que la victoria completaría el destino europeo de la nación en Trento y Trieste, Colosimo preparó, en 1916, una lista de conquistas imperiales que extenderían el dominio italiano no solo por Libia y el Cuerno de África, sino por grandes franjas de Asia Menor (asumiendo el colapso final del Imperio otomano), Dalmacia (donde reemplazarían el gobierno de los Habsburgo en territorios —se insistía extensamente— que en otra época fueron magnánimamente gobernados por el Imperio de la república Veneciana, otro gran fantasma de la historia que los versados en retórica podrían añadir al espíritu de Roma como fundamento para la expansión de la Tercera Italia) e incluso la oficialmente olvidada, aunque aún recordada, Etiopía. Además había un plan, llevado a cabo en 1919, de apropiarse de la reliquia austriaca de una «concesión» en China y añadirla a la de Tienstsin (Tianjin), que le había sido otorgada a Italia por las Grandes Potencias tras su (mediocre) participación en la represión de la rebelión de los Boxer en 1901.

La victoria, aunque dificultosa y «mutilada» (lastimero adjetivo de D'Annunzio), propagó las ambiciones entre la élite nacional. El Instituto Colonial Italiano, un grupo colonialista de presión fundado en 1905[23], convocó apresuradamente un congreso en el que mostraba su armonía con el nuevo espíritu. «No nos oponemos a la preeminencia de Francia e Inglaterra en cuanto a las colonias», afirmaba cortésmente un conferenciante en enero de 1919. Incluso podemos aceptar «que redondeen su ya dominante posición con más colonias. Pero, en cualquier caso, Italia debe conseguir la igualdad territorial en ultramar», añadía ásperamente[24]. Francesco Caroselli, funcionario con una larga carrera de administrador de las colonias italianas, publicaba sus pensamientos sobre el recién adquirido estatus de Italia cuando la guerra llegaba a su victorioso final: «De ahora en adelante», decía, «renovada por la guerra, la contribución de nuestra patria a la civilización y al progreso compartido del mundo no será inferior, material o moralmente, al de cualquier otra de las Grandes Potencias»[25].

En la historiografía alemana de los años 60, Fritz Fischer causó consternación cuando insinuó que los sueños de Bethmann Hollweg sobre *Mitteleuropa* y *Drang nach Osten* corrían paralelos al imperio nazi por

venir. Los historiadores italianos, despreocupadamente patrióticos en la idea de que la Primera Guerra Mundial fue «el mayor triunfo» de la historia nacional,[26] apenas se habían preguntado si los objetivos de Colosimo y las esperanzas de todos esos miembros de la élite nacional que pagaban sus cuotas al Instituto Colonial no superaban los de cualquier fascista futuro en su fábula de una Italia que gobernaba sobre el *mare nostrum* y más allá.

Respecto a estos ávidos sueños italianos, hay que admitir que poco podía hacer Italia en África para que se apoyaran sus reivindicaciones. Todas las colonias italianas hacían frontera con territorio de los Aliados, no con el de alemanes o turcos, de modo que sus posibilidades de expansión a otros territorios —sobreentendiendo que lo que se había mantenido en la guerra se convertiría en permanente después de ella— no era una vía abierta para Italia (excepto para sus puestos navales fronterizos) en las islas del Dodecaneso, donde la presencia italiana inquietaba a los británicos, que casi la veían como una amenaza para su valiosa «ruta de la India». Mantener las posesiones, y hacerlo de la manera menos onerosa posible mientras acababa el conflicto en Europa, se convirtió en la piedra angular de la política en tiempos de guerra. Liugi Cadorna, mariscal de campo, un piamontés cuyos antecedentes le hacían naturalmente eurocéntrico, se oponía sistemáticamente a que se malgastaran recursos luchando contra las tribus en África. En 1914, se le asignó la tarea de preparar al ejército italiano para una gran guerra europea, y quedó inmediatamente horrorizado cuando vio la cantidad de dinero, hombres y material que había desplegado en Libia[27]. Sin embargo, no fue una decisión automática que en julio de 1915 Cardona diera la orden de abandonar Fezán y Tripolitania, reduciendo el territorio a la propia Trípoli y al puerto de Homs. Tras el colapso italiano en Caporetto en 1917, incluso seguía considerando trasladar a los soldados italianos (unos nada poco considerables 40 000) que habían quedado en Libia a la brecha del Frente Nororiental. El comandante italiano fue inmediatamente destituido por Colosimo, que advertía que si se retiraban más tropas de Libia, esta pasaría inmediatamente a ser una «provincia austro-alemana» y, en consecuencia, desaparecería cualquier sentimiento que quedara entre los británicos de que Italia contribuía a la causa aliada en África[28].

Las buenas noticias para los italianos eran que Cirenaica no estaba totalmente perdida, incluso aunque no fuera gracias a la pericia militar italiana. En esta región ya se había producido una retirada hacia la costa en 1915. Y, lo que era más importante, los turcos habían convencido al líder sanusí Ahmad al Sharif de que atacara Egipto para cumplir parte del sueño turco-alemán de ahogar al protectorado británico con una irresistible riada islámica. Solo un insignificante número de egipcios respondió a la *fetua* otomana. Al Sharif descubrió pronto que no podía reproducir contra los británicos sus fáciles victorias sobre los italianos. Las fuerzas británicas se pusieron en marcha hacia Agagia en febrero de 1916. El beligerante líder sanusí tuvo que retirarse y su primo, Mohamed Idris es Senussi, sumiso hacia los británicos, tomó el cargo como líder de la cofradía. De este modo, a Italia se le proporcionaba una vía de salida de su embarazosamente débil posición en los territorios orientales de Libia. Gran Bretaña aceptó incluir a los italianos en el acuerdo negociado sobre el destino de Cirenaica. A cambio del reconocimiento por parte de Italia de que la cofradía islámica gobernara *de facto* la región, a Italia se le permitía conservar el gobierno directo sobre una pequeña franja de territorio en el norte. Los acuerdos de Acroma, firmados entre Italia e Idris es Senussi en abril de 1917, daban a cada una de las partes una vaga preponderancia en la Cirenaica. Entre líneas, se sobreentendía que el *modus vivendi* garantizaba la independencia efectiva de los sanusís en todos los territorios a partir de una franja costera (nunca de más de 40 kilómetros de ancho) donde prevalecía Italia. Aunque después de 1918 estos acuerdos se formularon, en términos wilsonianos, como muestra de voluntad del nuevo espíritu que impregnaba las relaciones internacionales y coloniales, esto resultó ser, como señala el antropólogo británico Edward Evans-Pritchard, «una tregua más que un tratado», cuando Italia (fascista) estuvo lista para vestir de nuevo el manto imperialista[29].

Pero los problemas no tardarían en aflorar. El precio que la cofradía había pagado por romper sus lazos con Constantinopla había sido el de tener que adoptar un aspecto más «nacional» que islámico. Es decir, la solución política a la que se había llegado era buena para el objetivo a corto plazo de ganar la guerra contra Turquía, pero no era tan perfecta para las expectativas a largo plazo de mantener un Gobierno colonial italiano

sin oposición. Sin embargo, la situación podría haber sido peor. Si Al Sharif no hubiera atacado a los británicos, ¿qué fundamento podía haber mantenido la legitimidad italiana en Cirenaica? Tal como estaban las cosas, Italia había conservado un destello de autoridad imperial solo porque, para los británicos, «las obligaciones hacia Italia (como aliado) eran más fuertes que el escepticismo que había suscitado»[30] la actuación de Italia en el frente, tanto en África como en Europa, con el añadido, especialmente en Caporetto, de los antiguos clichés de que «los italianos no podían (o, no querían) luchar».

Cuando la victoria en Europa estaba próxima, incluso Trípoli y los oasis que la rodean, el último reducto de la gloria imperial en África del Norte, quedaron reducidas a estado de sitio. Defendido por trincheras, fuertes, torretas de ametralladoras, puestos de artillería y alambradas eléctricas[31], los italianos que estaban dentro se encontraban aterrados y eran despiadados. Todos los árabes eran asesinos potenciales y el ladrido perdido de un perro, el maullar de un gato o una hoja de palmera volando por los aires por la noche, según cuenta Gherardo Pantano, un oficial apostado en la ciudad asediada, provocaba el fuego aterrorizado de las ráfagas de ametralladora con el único propósito de encontrar algo de desahogo. De día, en los cafés de la ciudad y en los comedores de los cuarteles, las conversaciones giraban en torno a los ahorcamientos, los disparos y la destrucción, que eran necesarios para conquistar Tripolitania completa y definitivamente. Estas charlas llevaban, por el momento, solo a dar rienda suelta a la rabia racista con esos desgraciados «nativos» que se habían quedado dentro del perímetro fortificado, más que arrepentidos, según Pantano, de haber perdido la oportunidad de unirse a los rebeldes[32]. La «(re)conquista romana», más brutal por la pátina fascista después de que Mussolini marchara sobre Roma en octubre de 1922, vendría después[33]. Pero las mentes de los frustrados invasores ya la habían planeado mucho antes.

ÁFRICA ORIENTAL

Italia había obtenido Eritrea (o lo que tomó ese nombre en 1890 a partir de un término clásico griego para decir «tierra roja», que no ha

tenido ningún significado político hasta la conquista de los europeos) en la década de 1880 a través de negociaciones con los jefes tribales y derrotando por poco la exangüe soberanía otomana. En 1986, en Adua, Eritrea dejó repentinamente de cumplir su función principal, que era servir de trampolín para impulsar la expansión en Etiopía y ampliar el Imperio africano. Paradójicamente, a partir de entonces, el Gobierno italiano en la colonia se volvió más resuelto, si bien rara vez era el centro de la política de dominación. Al no ser ya un aperitivo para el banquete etíope, Eritrea, durante los diez años de gobernación de Ferdinando Martini, se sumergió en una existencia relativamente pacífica en la que se sentaron las bases de una colonia nacional permanente, aunque adormecida, en la que vivía un pequeño puñado de italianos de dudosa definición. Puede que Martini se desviviera por construir columnatas neorrenacentistas en la capital de su país de adopción, Asmara, pero, irónicamente, ni en la imaginación colonialista más desmedida podía igualar la extensión de las «Little Italies» de Nueva York o Buenos Aires.

No obstante, las relaciones con Etiopía eran generalmente cordiales. En 1902, un tratado delimitó las fronteras entre la colonia italiana y el imperio de las tierras altas, y en 1906, el acuerdo tripartito entre Gran Bretaña, Francia e Italia garantizaba bienintencionadamente la integridad de Etiopía, aunque Italia presagiaba que tras la muerte de Menelik los acontecimientos podrían provocar su preponderancia (y, de hecho, un imperio de África Oriental unida), como en el fondo muchas instituciones diplomáticas tenían asumido que sucedería. Uno de los motivos que subyacían tras el «acuerdo» de 1906 era que, con la intención de que la nueva *Weltpolitik* llegara hasta Adis Abeba, una legación procedente de Berlín se encaminaba hacia la corte de Menelik[34]. Se hablaba incluso de la «penetración» japonesa en Etiopía. Pero este parloteo apenas preocupaba a los italianos en su toma de decisiones antes de 1914.

El estallido de lo que, después de todo, fue la Guerra Mundial, hizo que empezaran a manifestarse algunos temores en Eritrea, principalmente debido a la fluctuante política del vecino Imperio de Etiopía. A diferencia de Libia, durante el conflicto no hubo un ápice de rebelión en esta colonia. En cierta medida, para sorpresa del gobernador Giuseppe Salvago Raggi, algunos musulmanes y cristianos que habían sido incorporados juntos en

las milicias, por ejemplo, fueron enviados a luchar y morir en los entornos de Tripoli, se mantuvieron como súbditos leales de Roma[35].

Pero a lo largo de la frontera había disturbios, y entre 1914 y 1916 amenazaban con propagarse a Eritrea. En diciembre de 1913 falleció Manelik, todavía celebrado como conquistador, pero con la unidad de su imperio en absoluto asegurada. El poder pasó a su joven nieto Lij Iyasu. Su corto reinado (1913-1916) sigue dividiendo a la opinión en Etiopía[36]. Algunos cronistas le consideran un modernizador que quería trascender las diferencias religiosas en favor de una plena identidad nacional etíope, en otras palabras, el inventor potencial de una nueva historia, un nacionalizador de las masas[37]. Para otros analistas más críticos, era un apóstata decidido a destruir el lugar sagrado de la cristiandad ortodoxa copta por medio de la reestructuración de la sociedad etíope bajo un falso islam igualitario, un enemigo herético de la historia nacional «real». Sus detractores coetáneos, al mando de los cuales estaba el futuro emperador, el longevo Tafari Makonnen (que tomó el nombre de Haile Selassie en su ascenso al trono en 1930), acusaba a Iyasu de traición a su religión y a su país. Esta apostasía espiritual y nacional supuestamente se simbolizó en el regalo que Iyasu hizo al cónsul turco en Harrar Mahazar Bey en 1914, una bandera etíope en la que la habitual inscripción en geez: «El leon de la tribu de Judá ha vencido», había sido sustituida por la árabe: «No hay más dios que Alá y Mahoma es el mensajero de Alá»[38].

Estos gestos, sean o no apócrifos, habrían tenido poco interés fuera de Etiopía si no hubiera sido en el año 1914 y el receptor del estandarte de Iyasu el cónsul turco. Los devaneos de Iyasu con el islam significaban que la «estrategia mundial» de alemanes y turcos en los primeros años de guerra estaba encontrando un terreno fértil incluso en las tierras altas de Etiopía[39]. Convencido por la legación alemana de que solo era cuestión de tiempo que los Poderes Centrales vencieran en Europa, Iyasu y sus amigos y partidarios abandonaron su tradicional deferencia por Gran Bretaña y Francia. Lo que aconsejaban los agentes alemanes y turcos en la esfera militar era que Etiopía se introdujera en Sudán, lo que podría acelerar el colapso del poder británico en Egipto. Una vez alcanzada la victoria, Etiopía podría anexionarse los territorios de Eritrea, partes de Kenya, así como toda Somalia[40]. Es decir, el proyecto consistía en un

vasto imperio islámico del que él (todavía un jovencito de 19 años en 1914) sería la cabeza, con una Etiopía islamizada como centro. Iyasu abandonó la élite cristiana de Adis Abeba e hizo de Muslim Harrar su base, desde donde estableció relaciones con Sayed Mohamed Abdullah Hassan, conocido despectivamente en Europa como «Mad Mullah»,[41] quien, durante más de una década, fue el fulcro de la resistencia islámica al colonialismo británico e italiano en Somalia. Más fiable era el padre de Iyasu, Ras Mikael, islamista convertido al cristianismo, que podía enviar a 80 000 hombres a la provincia de Wollo, en la frontera sur de Eritrea.

Aunque, hasta el momento, Italia era neutral en el conflicto europeo, la nueva dirección que tomaba Etiopía alarmaba a los diplomáticos italianos y a los planificadores políticos. En un desfile militar, el joven portador de la corona había prometido a sus hombres que solo se le consagraría como emperador cuando hubiera «ocupado Asmara y sus caballos hubieran abrevado en Masauwa», el principal puerto de Eritrea[42]. A principios de 1915, Salvago Raggi se vio enfrentado a cinco agentes de Alemania que habían llegado a Eritrea con la petición de viajar a Etiopía. El grupo de alemanes estaba compuesto por el eminente profesor de arqueología africana Leo Frobenius, sospechoso de complementar su estudio académico sobre el arte rupestre de Sudán con la intriga internacional[43]. Se impidió que Frobenius siguiera adelante, pero él consiguió repartir furtivamente algunos panfletos en árabe y en amárico a lo largo de la frontera, donde se encontró con Lij Iyasu avivando sus ya considerables fantasías[44].

Tras la entrada de Italia en la guerra del lado de la Entente, la situación parecía precipitarse, pero, en realidad, Eritrea había obtenido la protección de las dos súper-potencias africanas, Gran Bretaña y Francia. El imperio islámico de Lij Iyasu, patrocinado por Alemania, resultó ser fugaz. En septiembre de 1916, el joven Ras Tafari y la vieja guardia cristiana dieron un golpe y proclamaron a la hija de Menelik, Zawditu, emperadora, con su primo Tafari como regente. Iyasu fue depuesto alegando apostasía. Después de la guerra, fue supuestamente puesto en arresto domiciliario, al parecer en una lujosa casa, para morir convenientemente en 1935, justo después de que la Italia fascista empezara su invasión en Etiopía con la mención en su propaganda de la posible restauración de un monarca

legítimo. De vuelta a 1916, el ministro italiano en Adis Abeba, Giuseppe Colli di Felizzano, fue quien proporcionó la «prueba» de que Iyasu se había convertido al islam,[45] aunque las ametralladoras prometidas por los franceses quizá también alentaron la audacia de Tafari[46]. Etiopía se sumergió en una guerra civil, que se parecía mucho a las luchas dinásticas que habían azotado con frecuencia el país después de la muerte de un monarca, pero esta vez el derramamiento de sangre tenía la pátina de la Primera Guerra Mundial. Cuando, a principios de 1917, fue coronada Zawditu, los británicos, franceses e italianos mandaron a sus representantes a la ceremonia, pero los alemanes y los turcos no lo hicieron. La caída de Iyasu significaba que en Massauwa y Asmara el Gobierno colonial podía volver a su habitual letargo. Aparte de este breve susto, como recordaba Salvago Raggi en una visita a Italia, había llegado a entender que, de ahora en adelante, «la colonia no sería llamada a colaborar en absoluto en la guerra»[47].

Si Eritrea era un oasis de paz (o algo así), Somalia estaba aún más en la periferia del conflicto mundial. En 1980 se impuso el poder italiano, de nuevo más a base de intercambios con los jefes locales que por la acción militar. Las ciudades costeras se las habían arrendado al sultán de Zanzíbar con el apoyo financiero de los británicos y dadas en concesión a una compañía concesionaria cuyo director ejecutivo, Eugenio Filonardi, se pasó una década viajando por la costa somalí para convencer a los nativos de que pusieran sus ciudades y pueblos bajo la «protección» de Italia. A menudo, una pequeña cantidad de dinero o un cañonazo del barco de Filonardi atracado en el mar era suficientemente convincente para que se pusiera la firma en la línea punteada. Con estos métodos burdos, pero efectivos, y un pago sustancial a los gobernantes de los dos grandes sultanatos en la frontera norte de la Somalia británica, Mijjertein y Obbia, el protectorado fue tomando forma, al menos en los mapas europeos.

La sociedad somalí estaba dividida en grupos tribales, con la esclavitud como pilar de su economía. Los pastores nómadas somalíes dominaban a los granjeros bantúes en una división del trabajo cruel, pero consagrada, que la ley musulmana sancionaba de acuerdo con una regulación minuciosamente definida[48]. Las tentativas italianas por erradicar la esclavitud eran tímidas y esporádicas, pues no se disponía de

los recursos necesarios para llevar a cabo una transformación tan radical de la economía somalí y sustituirla por algo más «moderno». En 1903 vivían sesenta italianos en el protectorado, la mayoría como «residentes» al estilo británico o como «pseudoinspectores de distrito», una cantidad incluso menor que en Eritrea. Se jactaban de su autoridad ante los desastrados sátrapas y, escoltado con armas, intentaban aprovecharse de todo lo que podían durante sus breves permanencias[49]. Después de una serie de escándalos de corrupción muy divulgados, en 1905 el experimento de la concesión, no precisamente una moderna Compañía de las Indias Orientales, dejó de funcionar y Somalia se convirtió en una colonia en sí.

Se produjeron revueltas contra el Gobierno italiano. La tribu birmal, por ejemplo, se alzó contra las tentativas italianas de suprimir la esclavitud,[50] y algunas zonas e incluso ciudades costeras se convirtieron en lugares no recomendados para los blancos[51]. Italia estaba preparada para renunciar a la jurisdicción sobre regiones enteras, como sucedió en 1904, cuando, para evitar luchar, se le entregó al «Mad Mullah», Sayed Mohammed Abdullah Hassan, el valle Nogal para que lo gobernara a su antojo. No obstante, la colonia era hasta 1914 relativamente tranquila, en parte porque los somalíes, a diferencia de los libios y los etíopes, no tenían acceso fácil a las armas europeas.

Durante la Primera Guerra Mundial, el único problema que perturbaba a la colonia era, aparte de la escasez de noticias procedentes de Europa[52], una serie de potenciales amenazas que, como en Eritrea, nunca se consolidaban como amenazas reales; unos cuantos áskaris reclutados localmente eran suficientes para patrullar los pueblos costeros. Como se ha descrito anteriormente, las consecuencias del paso de la aquiescencia del orden europeo dominante en África Oriental a la beligerancia bajo el gobierno de Lij Iyasu podía ser tan inquietante en Somalia como en Eritrea. Pero la declaración italiana de guerra en Turquía y la inclusión de Italia en la lista de Estados cristianos contra los que se había pronunciado la yihad, hizo que pasase inadvertido[53].

Sin embargo, Sayed Mohammed Abdullah Hassan, cuyos derviches habían estado dirigiendo la guerra de guerrillas contra la autoridad británica e italiana en el norte de Somalia desde la década de 1980, supo de la *fetua* y respondió positivamente a las proposiciones de una alianza

activa con Iyasu. En 1917, el Mullah fue nombrado por los turcos emir de Somalia, aunque, puesto que la carta oficial que le informaba de la concesión del honor había sido interceptada por agentes italianos en Aden, es posible que nunca le llegara el nombramiento[54]. En cuanto a la incitación de los alemanes de que Mullah liderara un levantamiento islámico, el único agente que consiguió llegar fue un mecánico llamado Emil Kirsche. Lij Iyasu lo envió cruzando Etiopía, donde había pedido refugio para escapar de que lo confinaran en el Yibuti francés en el estallido de la guerra, hasta la corte de Mullah, en Taleh, donde, bajo amenaza de flagelación, se esperaba que hiciera milagros con su última colección de armas estropeadas. Cualquier ilusión de que Sayed Mohammed Abdullah Hassan hubiera reunido por ello a la Alemania cristiana en un frente unido contra los británicos y los italianos podía haberse desvanecido por el hecho de que, cuando el Mullah estaba en presencia del desafortunado Kirsche, se habría tapado la nariz y cubierto la boca con un trapo para «que no pudiera respirar el mismo aire que el blanco infiel»[55].

Desde la perspectiva italiana, en la Guerra Mundial, como así había sido antes de 1914, se podía dejar a Sayed Mohammed Abdullah Hassan que hiciera lo que quisiera en algún lugar distante del norte de Somalia, en la frontera con la Somalia británica y controlado por el recientemente formado Cuerpo Británico de Camellos. Además, el asedio de sus derviches no afectaba a las fuerzas armadas italianas, sino a los sultanes «protegidos» de Obbia y Mijjertein, que demostraron ser eficaces en la contención de la zona que estaba bajo el mando de Mullah. Durante la guerra, el Mullah esencialmente organizaba su propio reino derviche en las marchas etíopes de las posesiones británicas e italianas, pero causaba pocos inconvenientes al poder europeo instalado en la costa, donde era más importante, en lo que era una curiosa versión de la política del «vive y deja vivir» que apaciguaba a los tercios de Flandes. La soñada alianza del Mullah, Etiopía, Alemania y Turquía, perdió toda la fuerza cuando Iyasu fue destituido en 1916. De la misma manera que en Libia, los italianos conservaron todas las zonas costeras posibles y pospusieron una ocupación total del territorio y el control sobre la mayoría de la población hasta que ganaran la guerra en Europa. El chaparro y sometido rey Víctor Manuel no

era un hombre que olvidara muchos datos reseñables en su obsesivamente fáctico diario, pero un historiador podía llegar a la conclusión de que él y el resto de las instituciones liberales estaban de acuerdo en que, al menos mientras seguía el combate en Isonzo y Piave o en el Monte Grappa, toda África no valía lo que los huesos de un sencillo granadero piamontés o napolitano.

CONCLUSIONES

Durante la Gran Guerra, Italia no hizo nada para consolidar su poder en África. Abandonó la mayor parte de Libia y añadió muy poco a lo que ya había conseguido en Eritrea y no conseguido en Somalia. Sin embargo, incongruentemente, mientras declinaba el poder italiano en ese continente, en los Ministerios en Roma y entre los escritores que ansiaban el nuevo orden de la posguerra y esperaban poder ganar mayor presencia en él, se diseñaban planes para la adquisición de territorio imperial.

Estos hombres consideraban que su ambición estaba garantizada porque Italia había acertado al elegir el bando en la Primera Guerra Mundial, y porque su contribución había sido decisiva. Inmediatamente, la motivación nacional de la «cuarta guerra del *Risorgimento*» se amplió con el deseo de un imperio que igualara al de las Grandes Potencias, y la «historia» de Roma y Venecia era un argumento convincente para que pareciera que la Tercera Italia recuperaba, por tanto, un imperio y no que se enfrentara a una novedad disparatada. No importaba que en Libia el Gobierno italiano fuera precario y que en África Oriental fuera frágil; había llegado el momento de que Eritrea y Somalia se unieran en un gigantesco protectorado africano que incluyera Etiopia y el Yibuti francés. Los incontables kilómetros cuadrados de Libia se podían ampliar en las fronteras de Chad y de Egipto. Las pequeñas islas italianas el Mediterráneo Oriental podrían ser trampolines para grandes zonas de Anatolia y, quizá, para centros de interés aun más al este[56].

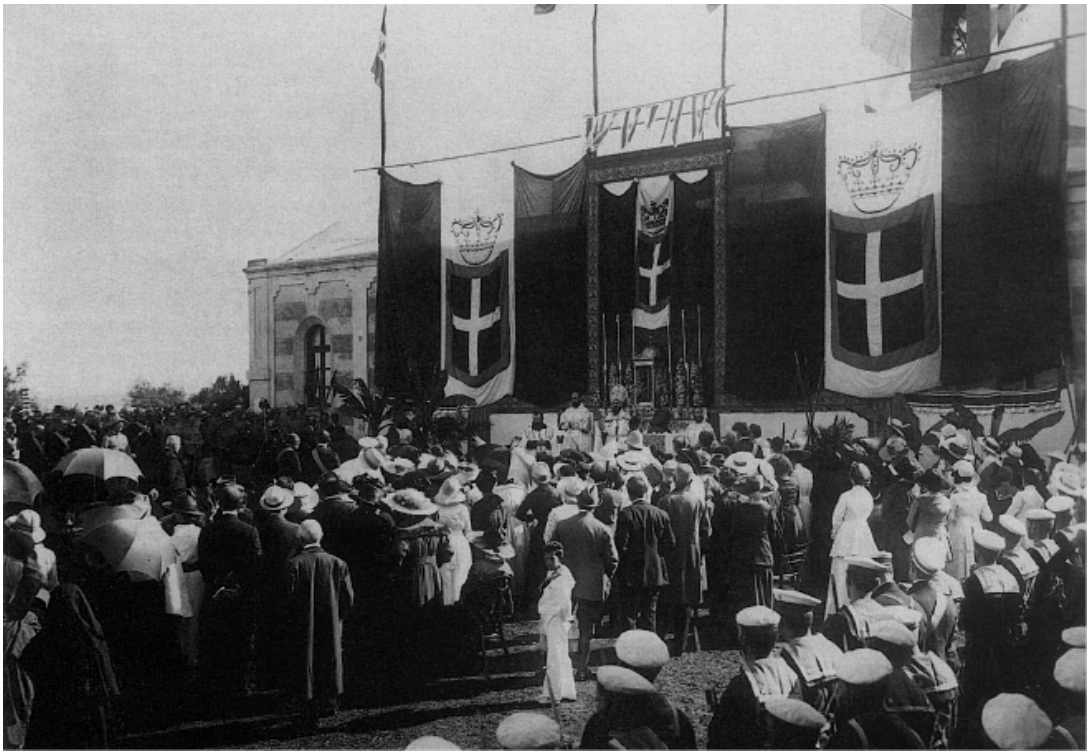


Fig. 4.—Residentes italianos en Eritrea en un acto de agradecimiento por la victoria italiana en la guerra europea. Asmara, 7 de noviembre de 1918.

La historia de las islas del Dodecaneso era peculiar. Conquistadas en primer lugar como moneda de cambio para acelerar que Turquía aceptara la anexión de Libia a Italia, las islas permanecieron en posesión de Italia hasta su derrota en la Segunda Guerra Mundial. Entre 1912 y 1914, la excusa de que la guerra de Libia realmente no había concluido, permitió que Italia declarara que no estaba obligada por el Tratado de Ouchy a devolverlas[57]. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, se evaporaron definitivamente las posibilidades de que fueran devueltas a Turquía, pero Grecia, basándose en la autodeterminación nacional, podía reivindicarlas, y así lo hizo en París al finalizar la guerra. Italia parecía estar dispuesta a ceder las islas si Grecia apoyaba sus reivindicaciones en el sudeste de Anatolia, pero las propias ambiciones de Grecia y su derrota final a manos de la república de Kemal en 1922 frustraron las pretensiones de Italia en Asia Menor. El Dodecaneso, adquirido como moneda de cambio,

mantenido como trampolín, parecía ser ahora poco más que un accidente de la historia reciente. De todas formas, en 1923 ya no había ningún obstáculo para su anexión permanente, aunque las razones para ello, aparte del principio patriótico de no entregar nunca lo que se conquistó una vez y su valor como símbolos de una pretendida influencia en el Mediterráneo Oriental, no estaban claras. ¿Las islas iban a ser «colonias»? El término oficial utilizado era «Posesiones italianas en el Egeo»[58]. Como en tantos otros casos del «Imperio» italiano, las islas se habían mantenido con la esperanza de que en el futuro se presentara alguna otra oportunidad de ampliar la expansión. Quizá también había un cierto placer en eludir lo que al principio fueron insistentes exigencias británicas, inspiradas en el temor de que bases navales hostiles cruzaran la ruta a la India, de que las islas pasaran a Grecia.

Mientras estos variados sueños se esbozaban sobre papel o en las mentes de los italianos, el anclaje colonial subsistía en Trípoli, mientras fuera de la ciudad los habitantes nativos reorganizaban su sociedad sin sentirse demasiado inclinados a sus supuestos señores coloniales. Incluso había conversaciones (que llegaron a hacerse realidad en 1918), para crear una «república tripolitana», en la cual esta destacable y autóctona innovación política, como la cofradía Senusí en Cirenaica, se convirtió en el modelo de gobierno *de facto* en todo el territorio, excepto en los reductos costeros italianos[59]. En la inmediata posguerra, la «república tripolitana» y la monarquía de Idris es Senussi fueron reconocidas como interlocutoras en los círculos oficiales en Roma, que hablaban, a veces, como si aprobaran un enfoque «liberal wilsoniano» respecto a la colonización. No obstante, en realidad, la única política posible en estas circunstancias era la negociación en cualesquiera condiciones, una muestra de la debilidad política y económica de Italia; mirando retrospectivamente, una leve prueba de que la Italia liberal era una colonizadora benévola, comparada con su sucesora fascista.

Benito Mussolini fue nombrado primer ministro en octubre de 1922 y dictador de un Estado «totalitario» en enero de 1925. El fascismo se comprometió a reafirmar las reivindicaciones nacionales de que Italia era un Gran Poder, respaldadas por los ruidosos alardes de un imperio por forjar, especialmente en el *mare nostrum*. En la práctica, esta *romanità* era

difícilmente posible, aunque el régimen reocupó brutalmente Libia y luego intentó la conquista de Etiopía (donde las legiones de César nunca habían transitado) en 1935-1936. En 1939 también se apoderó de Albania, donde estableció un curioso régimen imperial muy diferente al de la anexión alemana, con nobles promesas de formar a los albaneses en el fascismo.

Estas cuestiones estaban por venir. Pero un claro ejemplo de la continuidad de los sueños y las intenciones imperiales entre los sistemas liberal y fascista lo encontramos en la carrera de Giuseppe Volpi, el en otro tiempo artífice de la paz en 1912, así como el rico empresario que, en 1917, persuadió al Gobierno nacional para que financiara el desarrollo industrial de Marghera y así pudiera volver a ser grande «otra vez». Este fue el hombre de recursos que en julio de 1921 fue nombrado gobernador de Tripolitania por Giovanni Amendola, ministro de las Colonias, un demócrata liberal destinado a morir en 1926 tras una brutal paliza fascista. Pero Volpi siguió en Trípoli hasta julio de 1925, aceptando gustoso instrucciones del Gobierno de Mussolini de seguir adelante con la reconquista. De hecho, fue Volpi, brillantemente definido como «el fiel amigo de sus amigos, que sabía también cómo ser amigo de los enemigos de sus amigos para llegar a arreglos que no fueran causa de descontento para nadie», quien lanzó la carrera del entonces coronel Rodolfo Graziani[60]. Este, el más sanguinario de los generales fascistas, no tardó en vanagloriarse de haber logrado la «paz romana» en la colonia con el sacrificio de unos 100 000 libios muertos. Pero esta «pacificación» pertenece al futuro. En 1925, cuando Volpi regresó triunfante de sus obligaciones imperiales para aceptar el más apetitoso puesto de ministro de Hacienda, el rey Víctor Manuel le concedió el título de conde de «Misurata» (Misrata), un eufónico título que su hijo, que todavía vive en Venecia, sigue llevando.

Después de todo, desde la distancia, la mayor razón práctica que tenía Italia para poseer Libia (no se había descubierto petróleo durante el gobierno italiano), o cualquiera de sus desesperadamente pobres colonias, era poblarla de colonos. La distancia entre esta teoría y la realidad se debía por completo a todo el proyecto imperialista italiano. De acuerdo con los súbditos coloniales italianos, Italia nunca consideró seriamente (excepto para Albania) concederles la autonomía y la participación en una

hipotética «gran Italia», como hacían Francia y Gran Bretaña. Lo que Italia esperaba del imperio no eran nativos italianoparlantes que gestionaran sus propios negocios, con un «comisario de distrito» aquí o allá que supervisara los impuestos, la ley y el orden, sino tierras. Italia quería una Australia o una Argentina, pero no una India. Los acontecimientos de la Gran Guerra no sirvieron en absoluto para solucionar estas evidentes necesidades; en lugar de ello, en la posguerra, el imperio de la Tercera Italia fue un fracaso todavía más patente en cuanto a su propósito fundamental. En 1921, sin contar con el personal militar, residían en Somalia 656 italianos, en Eritrea 3635 y en Libia 27 495[61]. De los últimos, la mayoría eran obreros, artesanos, tenderos u oficinistas en Trípoli, una gran parte de ellos probablemente habrían estado allí, aunque Libia nunca hubiera llegado a ser una colonia italiana. Después de todo, un número mucho mayor de italianos habían abandonado «las Italias» para encontrar una vida en Túnez, Argelia o Alejandría, y habían construido su propio *mare nostrum* fuera del Estado nacional. Allí remendaban zapatos, construían casas, horneaban pan, dirigían cafés o, como la familia Ferrero, que se había trasladado a Argelia en 1907, acabaron exportando al mundo couscous y la salsa tunecina harissa. En cuanto a las cantidades de abundante terreno rural, pero malo para el cultivo, en un lejano imperio, en 1921, cuatro décadas de retórica y matanzas dieron como resultado el asentamiento de tantos campesinos como podrían haberse establecido cómodamente en una única aldea del interior de Italia[62]. La Tercera Italia nunca hizo otra cosa que construir un imperio de ilusiones.

CAPÍTULO 3

El Imperio alemán

HEATHER JONES

INTRODUCCIÓN

La relación alemana con el imperio era especialmente compleja, lo que supone un estímulo para entender los conceptos tradicionales, cronológicos y espaciales del imperialismo en la Gran Guerra. Sus manifestaciones en la preguerra han sido, durante mucho tiempo, el centro de atención de los estudios historiográficos. Es un eterno argumento histórico, y también la idea básica de muchas disertaciones universitarias, que el imperialismo alemán fue uno de los factores causantes de la Primera Guerra Mundial. La reticencia de Otto von Bismarck, a finales del siglo XIX, a la adquisición de un puñado de colonias en ultramar y la defensa de Bernhard von Bülow de la *Weltpolitik* se mencionan a menudo como los giros fatales en el camino que llevó inevitablemente a enfrentarse a otros imperios, en particular, cuando Alemania quiso construir una fuerza naval que correspondiera a sus crecientes aspiraciones coloniales y competir con las del Estado imperial que más ansiaba imitar, Gran Bretaña[1].

A este debate sobre el papel del imperialismo alemán como causante de la Primera Guerra Mundial se ha añadido muy recientemente una ola de nuevos trabajos sobre la naturaleza del proyecto colonial alemán en África durante la preguerra, y que recalcan su violenta, a veces genocida, represión de los levantamientos nativos de los pueblos herero, nama y maji-maji. Esto ha dado como resultado una discusión historiográfica sobre la singularidad o similitud del proyecto colonial alemán en África con el de otros imperios y su posible legado a largo plazo para el nazismo[2].

Tanto un debate como otro sobre el Imperio alemán de la preguerra nos obligan finalmente a considerar con más flexibilidad los límites cronológicos en relación con la Gran Guerra de Alemania. En primer lugar, el debate sobre el papel del imperialismo alemán en los orígenes de la guerra apunta cada vez más a 1911 y la segunda crisis marroquí como el ensayo clave para 1914, cuando se radicalizó el temor francés de una agresión violenta de Alemania, lo que llevó a Francia posteriormente a abrazar la alianza militar con Rusia. El mismo año, la invasión italiana de la Libia otomana desencadenó en Alemania debates sobre una posible guerra futura entre imperios. En 1911, Europa veía cómo nacían formas de guerra cultural, particularmente en la prensa, que alimentarían directamente la movilización de 1914. Segundo, la historiadora Isabel Hull ha sostenido que la radicalización militar alemana en Europa después de 1914 seguía el patrón de la batalla de aniquilación que se utilizó en la represión de los herero, nama y maji-maji. Según esta interpretación, la violencia alemana de la Gran Guerra se originó en parte en las colonias ya en 1904[3].

Si examinar a Alemania como un imperio en lugar de hacerlo como un Estado-nación hace pensar que algunas formas de violencia de la Gran Guerra empezaron en las prácticas imperiales anteriores a 1914, también nos lleva a considerar que este solapamiento se mantuvo más tiempo que el que se pensaba antes, hasta el periodo 1918-1923. El nuevo Estado polaco, que incluía territorios (especialmente en Posen y Silesia) que anteriormente habían sido parte del Reich alemán de Guillermo, vivió violentos enfrentamientos, que con frecuencia revelaban elementos de un paradigma de descolonización, entre irredentistas alemanes que

consideraban las zonas de etnia polaca del Reich de 1871 como legítimo territorio del Imperio alemán y los secesionistas polacos que deseaban unirse a la nueva Polonia; ejemplo de ello es el levantamiento silesiano[4].

Aquí es de suma importancia entender la gran complejidad de lo que realmente significaba la idea de «imperio» para Alemania en la época de la Primera Guerra Mundial. Sin lugar a dudas, el caso alemán satisface la definición de imperio de Charles Maer como una entidad supranacional caracterizada «por la jerarquización étnica», pero también era algo más complejo, con estructuras internas federales descentralizadas en el Reich y el diversificado poder colonial formal y blando de ultramar[5]. En otras palabras, el concepto «Imperio alemán» abarca múltiples funciones imperiales del Estado alemán. Además, durante la guerra, el concepto «Imperio alemán» se refería, de hecho, a los distintos componentes imperiales solapados que constituyeron el *Kaiserreich*: primero, el concepto «Imperio alemán» se refería a lo que podría definirse como el imperio «interno», el territorio incluido dentro de los límites del Reich anteriores a 1914, que se concibieron como un imperio desde su fundación en 1871; segundo, el término que hacía referencia a la visión de Alemania en tiempos de guerra, un imperio continental europeo que gobernaba sobre los territorios anexionados y sobre los Estados satélite incluidos en la esfera italiana como consecuencia del conflicto; y tercero, el término que se refería a Alemania como un imperio mundial, que aludía al imperio colonial de la preguerra que Alemania había acumulado en ultramar en África, Asia y el Pacífico. Por ello, al estudiar hasta qué punto concebía Alemania la guerra en términos «imperiales» es necesario considerar cada uno de estos tres componentes del Imperio alemán y cómo se solapaban. En otras palabras, en la guerra el Imperio alemán no debería considerarse como un conjunto de frentes militares diferenciados, sino como una serie interconectada de asunciones imperiales que fundamentaban la toma de decisiones de la política militar y exterior en sus diferentes frentes y zonas de ocupación, que se desplegaban desde Shandong, en China, hasta Zanzíbar, en África; y desde Samoa, en el Pacífico, hasta Curlandia, en el Báltico.

Este capítulo irá considerando cada uno de estos tres componentes del Imperio alemán para analizar qué ideas de imperio dieron forma al

esfuerzo y la experiencia de guerra y cómo los distintos componentes territoriales del Imperio alemán se relacionaban entre sí. Un estudio así es oportuno dado el reciente movimiento que vuelve a analizar la naturaleza global de la Primera Guerra Mundial en la historiografía. Nos ayudará también significativamente para extraer algunas conclusiones respecto a la precisión —o no— de la afirmación británica en tiempos de guerra, que figuraba preponderantemente en la propaganda aliada, de que el Estado alemán era, en la Primera Guerra Mundial, un imperio que desató una guerra de conquistas coloniales —acusación un poco irónica, dado que en el Gobierno británico y en sus instituciones se adoptaba la pose de ir en defensa de Bélgica como medio para comenzar una guerra destinada a la adquisición territorial estratégica del imperio, especialmente en el Oriente Medio[6].

EL IMPERIO ALEMÁN DE 1871

Es importante aquí resaltar la naturaleza fundamental del Estado alemán, que ilustra el primer componente de dicho imperio que estuvo en juego durante la Primera Guerra Mundial —el Estado alemán dentro de sus fronteras de 1871 como un Estado imperial—. El *Kaiserreich* se entendía entonces que era, simultáneamente, un Estado-nación y un imperio. La ambición de ser «imperio» estuvo presente desde la misma fundación del Estado en 1871, cuando Alemania reclamaba el estatus de imperio en el uso del término *Reich*, que pretendía ser una recuperación del «Sacro Imperio Romano Germánico», que dejó de existir en 1806, cuando Napoleón lo disolvió como entidad legal[7]. Este nuevo Estado estaba diseñado para ser tajantemente distinto a un reino como Prusia; en lugar de ello, era una federación imperial. El nuevo Imperio germánico reclamaba, por consiguiente, el estatus y la complejidad de un Imperio, aunque fuera, al principio, un imperio sin territorios coloniales en ultramar. Lo formó en lo que se puede llamar sus límites internos: tanto en su política como en su planteamiento hacia las minorías no germanas, delimitó, dentro de los límites del Estado, unos espacios coloniales que debían ser conquistados[8]. Los integrantes más importantes eran las regiones no étnicas del Reich, especialmente Alsacia-Lorena, conseguidas

gracias al Tratado de Frankfurt al final de la guerra franco-prusiana, y las zonas orientales étnicamente polacas[9]. Citando a Sebastian Conrad, durante el periodo de 1871 a 1914, «Polonia» fue convirtiéndose en una colonia artificial —de hecho, casi una colonia real— para el Imperio alemán[10]. Las áreas polacas de Posen y Prusia Oriental vivieron una discriminación especial: «El programa alemán de colonización llevado a cabo por el Gobierno desde 1886 aumentaba la tensión en ambas provincias, especialmente una vez aprobada en 1908 la ley que permitía la expropiación de terreno propiedad de polacos para el reasentamiento de alemanes»[11]. Como señaló Philip Ther: «En términos etno-lingüísticos, el imperio de 1871 no era tan alemán como la confederación de 1815; se incluyó a millones de polacos y de polacoparlantes»[12].

Inicialmente, fue este nivel *primario* de imperio —representado por las fronteras del propio Reich— lo que movilizó a más alemanes para defenderlo en 1914, en particular partidarios de la Socialdemocracia, que era el partido mayoritario en el Reichstag. La idea popular que se tenía en Alemania de la guerra en agosto de 1914 era que al principio se trataba de un conflicto defensivo para defender las fronteras del Reich de 1871 contra los cercos a los que eran sometidas y contra la beligerancia rusa[13]. Además, entre las respuestas a lo que se percibía como un ataque de Rusia y Francia al Reich, estaban las de quienes afirmaban que la mejor manera de defender el Reich era expandirlo creando una nueva periferia colonial que estuviera bajo el control alemán. Lo mismo manifestaba Bethmann-Holloweg cuando se refería a «asegurar nuestras fronteras contra cualquier peligro, bloqueando los accesos a la invasión desde Bélgica y Polonia»[14]. Esa orientación hacia la seguridad es lo que explica las ambiciones anexionistas imperiales del programa de 1914 de Bethmann-Holloweg, puestas de manifiesto por Fritz Fischer en *Germany's Aims in the First World War* (1967)[15]. Este programa preveía una serie de beneficios para la expansión de Alemania en caso de victoria, como eran que Luxemburgo pasara a ser un Estado federal alemán, Bélgica perdería territorio en favor de Alemania en las anexiones y se convertiría en un Estado vasallo, se crearía una unidad económica de *Mitteleuropa* que favorecería a Alemania, las fronteras con Rusia se alejarían tanto como fuera posible de la frontera oriental de Alemania, y

también buscaría Alemania crear un «imperio continuo de África Central»[16]. Estas ideas expansionistas ganaron terreno con la continuidad de la guerra, dividiendo finalmente, en 1917, a la opinión pública y a la política, como muestra la Resolución de Paz del Reichstag de ese mismo año, cuando los partidos que se oponían a la idea de las anexiones alemanas de territorios conquistados para el Reich se enfrentaron a las voces de la derecha, que apoyaban la expansión.

En otras palabras, cómo consolidar el imperio de 1871 y protegerlo fue fundamental para la movilización alemana en tiempos de guerra —lo dejan también muy claro los temores respecto a la población interior no alemana de Alemania—, de unos 3,5 millones de polacos y 1,8 millones de alsaciano-loreneses, a los que se consideraba súbditos, no reconocidos culturalmente como ciudadanos alemanes plenos, potencialmente desleales y secesionistas, y motivo por el que eran discriminados[17]. Fue un alivio cuando en 1914 los polacos obedecieron a la llamada a filas[18]. En la movilización en Posen la descripción de estos hombres era «súbditos prusianos con la anotación "lengua materna, polaco"» («súbditos», no «ciudadanos»), y pocos polacos sirvieron como oficiales[19]. A partir de marzo de 1915, se sometía a escrutinio a los alsaciano-loreneses y, si eran presumiblemente poco fiables, se les enviaba al Frente Oriental; en noviembre de 1915, a los polacos se los dispersó entre unidades de mayoría germanoparlante[20]. Los debates sobre cómo movilizar a estos grupos de no-alemanes que formaban parte del imperio de 1871 y las restricciones que imponía el Ejército sobre dónde se les podía utilizar para luchar seguían de cerca la línea de las preocupaciones pre-1914, respecto a la necesidad de poner en marcha políticas para «germanizar» a estos grupos y consolidar las zonas de habla polaca y francesa dentro del conjunto del Reich —un proyecto de imperialismo interno, aunque de pequeña escala—. Estas cuestiones pueden calificarse de temores imperiales «locales», que afectaban a las minorías internas dentro del Reich. Sin embargo, a estos temores locales se sumaron otros más amplios durante la guerra, los transnacionales. El más claro ejemplo de ello es la cantinela constante en la propaganda alemana durante la guerra de que el Reich de 1897 para defender sus fronteras se enfrentaba a «un mundo de enemigos»[21]. Se servía de los temores alemanes a los Imperios francés y

británico más que de sus Estados metropolitanos y, en particular, del peligro que representaban los súbditos coloniales de color. Parece que esto se relacionó íntimamente con discursos anteriores derivados de cómo se le presentó a la población alemana de dentro de los límites del Reich de 1871 el levantamiento de los herero y su brutal represión[22]. El mal concepto que Alemania tenía de sus súbditos coloniales y su rebelión se proyectaba ahora en los súbditos coloniales británicos y franceses, que eran utilizados para luchar contra el Reich, tanto en ultramar como en el Frente Occidental, donde Gran Bretaña empleaba tropas indias y Francia, que había estado debatiendo sobre el empleo de tropas africanas para compensar el descenso demográfico francés desde la aparición en 1910 del libro del general Mangin, *La Force Noire*, utilizaba unidades de árabes y negros africanos. Alemania acusaba a estas tropas coloniales de no librar la guerra según las costumbres y las normas europeas. La suma de los temores imperiales locales y las inquietudes coloniales de ultramar resultan también visibles en la movilización cultural de asentamientos de alemanes blancos en las colonias africanas alemanas. Como puso de manifiesto Daniel Steinbach, los colonizadores proyectaban sobre el paisaje africano el concepto alemán de *Heimat*, la idea de una patria alemana que los alemanes se sentían obligados a defender, una idea muy presente en la movilización cultural en Alemania en 1914-1915 —por ejemplo, equiparando el Monte Kilimanjaro con los Alpes Bávaros— para estimular a los colonizadores a luchar para defender la colonia[23]. Estos colonizadores trataban de definir el espacio colonial dentro de un lenguaje nacional de *Heimat*, mientras que en la metrópoli alemana se utilizaban a menudo frases imperialistas para definir la interacción con las regiones no-germanas —las ideas de nacional e imperial no se separaban entre imperio interno y de ultramar.

De hecho, como señala Sebastian Conrad, el *Kaiserreich* era parte de un mundo globalizante y se consideraba a sí mismo como metrópoli de un Imperio alemán que tenía tanto componentes internos como de ultramar[24]. A partir de 1880, influyentes grupos de presión alemanes, como la Liga Colonial, la Liga Naval y la Liga Pangermánica, habían reclamado colonias de ultramar para transformar el Imperio alemán de 1871 en un modelo más contemporáneo de imperio-Estado-nación, como

el liderado por Gran Bretaña y Francia. Finalmente, esta presión obligó a Bismarck a cambiar su política y al Imperio alemán a adquirir colonias en ultramar[25]. Es importante insistir aquí en que en 1914 no existía una clara oposición entre «imperio» y «Estado-nación» *per se*. Generalmente, no se los veía como diametralmente opuestos; la radicalización y la propagación de la idea de que habitualmente estaban en oposición fue en sí misma en gran parte consecuencia de la Gran Guerra[26]. Para muchos europeos, la forma económicamente más avanzada de Estado era aquel en el que el núcleo era un Estado-nación con múltiples territorios satélite, ya fueran colindantes, como en el caso de los imperios en tierra continental europea, como Rusia; o de ultramar, como en el caso de Gran Bretaña y Francia[27]. En aquella época, la cúspide de la modernidad, y, de hecho, el periodo de entreguerras, se consideraba que era una categoría de Estado construida siguiendo el modelo británico o francés, que se estimaban como una exitosa combinación de Estado-nación e imperio. Esta creencia de que un imperio-Estado-nación era la forma de Estado más moderna y económicamente avanzada ayuda a explicar gran parte de lo que tiene que ver con las ambiciones alemanas en tiempos de guerra. Alemania se consideraba tanto un Estado-nación como un imperio, antes durante la Primera Guerra Mundial, sin que esto se viera como una contradicción; y las fantasías imperiales influyeron en la cultura alemana de modo semejante a como sucedió en Gran Bretaña y en Francia[28].

EL IMPERIO CONTINENTAL ALEMÁN EN TIEMPOS DE GUERRA

En este entramado de puntos de vista sobre la relación entre imperio, Estado-nación y modernidad es donde debemos encontrar un contexto más amplio para el segundo componente del Imperio alemán durante la guerra: la evolución alemana de los objetivos de guerra, cuya idea era convertirse en un gran imperio territorial continental. Las nuevas ideas de un Imperio alemán continental florecieron como resultado de la rápida conquista militar de grandes cantidades de territorio europeo continental, especialmente en el este. En muchos sentidos, lo que sucedió aquí fue una dinámica contingente, similar a la descrita por Robinson y Gallagher en su

teoría de la expansión imperial en relación con el Imperio británico, por la cual la falta de seguridad en la periferia provoca la expansión imperial para proteger el territorio existente: Estados satélite y anexiones utilizados como parte de un proceso para colonizar el este se consideran ahora opciones válidas para proteger las fronteras del Reich de 1871 de una posible agresión rusa[29]. Tal como escribió Friederich von Schwerin, presidente de Frankfurt / Oder y miembro de la Liga Pangermánica, en un memorándum en marzo de 1915 para la cancillería, la guerra suponía «una oportunidad —quizá por última vez en la historia del mundo— para que Alemania recuperara su misión imperial en el este» (véase figura 5)[30]. Este imperio continental en tiempos de guerra difería de los otros dos niveles del Imperio alemán —el interno y el global— en varios aspectos. Primero, era casi por completo consecuencia del conflicto y de la superioridad del ejército alemán lo que había permitido ganar el control de vastos fragmentos de tierra y de varias grandes ciudades, generalmente en la Europa Oriental, aunque también en el norte de Francia y en el oeste de Bélgica. Por ello era temporal, contingente a la ocupación de guerra, y tenía que consolidarse rápidamente bajo una inmensa presión debida al bloqueo y a las necesidades alemanas de recursos para la guerra, en un clima bélico de expectativas extremas. Segundo, acogía la idea de las anexiones como medio para adquirir y sostener el imperio; el lenguaje de las anexiones formulaba la visión de cómo este imperio colonial se desarrollaría, con frecuencia sin respetar las leyes internacionales. Desde este punto de vista, el Partido de la Patria Alemana, que rápidamente consiguió un millón de miembros desde su fundación en 1917, concebía el este como un área del futuro Imperio alemán a fuerza de derechos de conquista. En los análisis de Andrew Donson sobre literatura juvenil en tiempos de guerra también estaban demasiado presentes estas voces imperiales: «Veo que el mañana traerá un gran futuro a Alemania»; un chico en una historia juvenil en época de guerra soñaba: «He visto mi patria en lo más alto de su poder como el Imperio de Europa —una meta por la que todos podemos estar orgullosos de morir—»[31]. Tercero, era un imperio motivado por la diáspora, basado en el sueño anterior a 1914 de unir a la población de etnia alemana dispersa por la Europa Oriental en un gran *Imperium* germano que englobaría también prácticas comunes a otros

imperios de la época, reasentamiento de la población y jerarquías de control sobre los recursos económicos[32]. Como sostiene convincentemente Annemarie Sammartino, «Los éxitos alemanes en el Frente Oriental estimularon muy diversas fantasías [sic] sobre la expansión territorial y el desplazamiento de la población en los territorios ocupados. Los *Auslandsdeutsche* proporcionaban la excusa para estos planes y la prueba de su potencial éxito»[33]. De esta manera, el Imperio alemán continental en tiempos de guerra mezclaba ideas en relación a cómo los Estados europeos controlaban sus posesiones de ultramar con cómo funcionaría un futuro Imperio alemán territorial continental. Esto era esencialmente nuevo y radical; la aplicación a las culturas de los blancos europeos de las ideas de una jerarquía racial y de una concepción colonial de los derechos de los nativos limitados a la autodeterminación fue como un mazazo para la opinión pública internacional. En este intento de fusionar el colonialismo de ultramar con viejos conceptos de imperio europeo, Alemania estaba abriendo una brecha. Por ejemplo, el jefe de la fuerza policial alemana de Ober Ost, el régimen alemán de ocupación en la región del Báltico, era el general Rochus Schmidt, un «viejo africano oriental» que había servido en la colonia africana alemana; los «inexpertos gendarmes de Schmidt abusaban particularmente de su poder sobre las poblaciones nativas en Europa Oriental, igual que habían hecho sus anteriores policías en África»[34].

Fig. 5.—Construyendo un imperio del este. Guillermo II otorgando medallas en Varsovia. Septiembre de 1915.

Respecto a Europa Oriental, la idea de un Imperio alemán continental había sido durante mucho tiempo un sueño de militares expansionistas, radicales de derechas y burócratas del Estado encargados de lidiar con el problema polaco interno sobre cómo convertir a los «polacos en alemanes», un proceso que imitaba algunos aspectos de las actividades de la tercera república francesa en ese momento[35]. Por ello, era un proyecto íntimamente ligado al imperio interno dentro de las fronteras del Reich anterior a 1914, puesto que estaba fundamentalmente asociado a los conceptos previos de cómo asimilar a la población polaca interna del Reich. Así pues, el sueño de guerra de un imperio europeo continental alemán tenía raíces muy antiguas[36]. Era un discurso retórico anterior a 1914, que se actualizó inesperadamente durante el conflicto.

La nueva tarea, si examinamos la naturaleza y las actitudes culturales de los regímenes de ocupación alemanes en Europa Oriental, encargada de

construir este nuevo Imperio alemán continental, respalda considerablemente el argumento de Fritz Fischer de que la Primera Guerra Mundial fue una guerra imperial para Alemania, cuyo objetivo era defender, consolidar y expandir el Imperio alemán desarrollando proyectos territoriales durante el conflicto en la región báltica, Ucrania, Rumanía y gran parte de lo que había sido la Polonia rusa[37]. Como ha puesto de manifiesto Vejas Gabriel Liulevicius, la guerra alemana en el este se libraba como si fuera una guerra de conquista colonial, considerando a los habitantes locales cada vez más como «nativos», y conquistaba tierras con el objetivo de explotarlas despiadadamente, particularmente Ober Ost, donde «en las calles, a los nativos se les obligaba a dejar paso a los oficiales alemanes, a saludarlos y a inclinarse ante ellos. La violencia se convirtió cada vez más en rutina […] Debido a la necesidad de ofrecer un frente unido, no se controlaba desde arriba la brutalidad hacia los nativos»[38]. La ley de Ober Ost solo se aplicaba a los nativos, mientras que a los alemanes se los juzgaba por la ley alemana —una división colonial característica de las normas legales en los imperios contemporáneos, que habitualmente diferenciaba entre los derechos de un ciudadano y los de un súbdito del imperio—[39]. También se contemplaba el asentamiento de alemanes en estas zonas conquistadas, lo que había sido en ocasiones promovido, en el periodo anterior a la guerra, por grupos nacionalistas, que propugnaban la migración alemana hacia el este y el orden que estos asentamientos traería a la región[40]. También en esto había un claro solapamiento con la retórica anterior a la guerra, en relación con los asentamientos alemanes en África y su «misión civilizadora»[41].

EL IMPERIO GLOBAL ALEMÁN EN GUERRA

Como hemos mencionado antes, la extensión colonial del esfuerzo de guerra de Alemania a la Europa del Este no fue un hecho aislado en 1914. Alemania tenía un imperio global de ultramar sólidamente arraigado, que era fundamental para la manera de percibir e imaginar su esfuerzo de guerra como un todo, que incluía en África, África Sudoccidental alemana, África Oriental alemana, Camerún y Togolandia; en Asia, sus territorios arrendados en Jiaozhou, en la provincia de Shandong, en el norte de

China, obtenidos con un arrendamiento de noventa y nueve años en 1898, donde una pequeña colonia alemana se había establecido en Qingdao (Tsingtao); y en el Pacífico, Samoa, Nueva Guinea alemana, Kaiser-Wilhelmsland y el archipiélago Bismarck, con las islas de Marshall, Carolina y Mariana entre sus posesiones.

Alemania también iba ganando terreno al establecer un extenso Imperio alemán no oficial. Fue sobre todo desarrollado a través de misiones militares y de comercio, que se centraban en emplear estrategias de «poder blando» para implantar la influencia imperial alemana informal en el norte de África, especialmente en Marruecos, y en el Imperio otomano, donde fue enviado el general alemán Liman von Sanders para actuar como consejero militar[42].

Dicho de otro modo, en 1914 Alemania se estaba convirtiendo en un rival imperial serio. Algunos estudios de historiografía recientes han afirmado que el imperio de ultramar alemán no era muy importante, debido tanto a su tamaño como a su bajo valor económico para el Reich, que tuvo que subvencionarlos considerablemente, excepto Togo[43]. Sin embargo, esta afirmación se debe en gran parte a que se ha puesto la atención en el valor económico de las colonias alemanas de ultramar para la economía interior del *Kaiserreich*. Por el contrario, si consideramos el imperio en términos simbólicos y estratégicos, las adquisiciones imperiales de Alemania en ultramar tuvieron mucho más impacto debido a su localización. En 1914, el Imperio alemán estaba en alza en una serie de regiones geográficamente delicadas para Gran Bretaña y Francia; Marruecos, el Imperio otomano y las zonas colindantes a la nueva colonia británica de Sudáfrica, consecuencia de los desórdenes de la guerra divisoria de los bóeres. Alemania iba ganando una notable influencia en estas áreas. Esto no siempre la había enfrentado a Gran Bretaña, que a menudo había elegido, antes de 1914, colaborar con las ambiciones imperiales alemanas, por ejemplo, proporcionando suministros comerciales vía Sudáfrica durante el despiadado aplastamiento del pueblo herero en África del Sudoeste alemana en 1904-1907[44]. Pero el «poder blando» alemán fue poco a poco entrando en competencia con los destinos imperiales de Gran Bretaña y Francia antes de 1914. Además, se consideraba mucho más en cuanto a crear numerosos vínculos militares en

caso de guerra; esto fue precisamente lo que ocurrió en el caso del Imperio otomano, donde el general Liman von Sanders, inicialmente jefe de la misión militar alemana, desempeñó un papel significativo en el esfuerzo de guerra del Imperio otomano, al mando del primer ejército turco y, después, del quinto ejército turco en Galípoli, antes de terminar la guerra al mando de una fuerza constituida por tropas germanas y otomanas en el frente de Palestina. En el caso del Imperio otomano, el poder blando imperial de la preguerra se transformó en una estrecha alianza militar durante la guerra.

El objetivo alemán de conseguir un imperio global implicaba, al principio de la guerra en 1914, dos estrategias principales: la primera, extender la guerra para desviar a las fuerzas británicas de Europa a la defensa de puestos avanzados del imperio[45]. Y la segunda (propuesta al Kaiser por Max von Oppenheim), alimentar la revolución en el interior de los Imperios británico, francés y ruso, especialmente entre sus súbditos musulmanes, fomentando la llamada a la yihad declarada el 12 de noviembre de 1914 por el sultán otomano aliado de Alemania[46].

Durante la guerra, los programas alemanes para la revolución ponen de manifiesto sus aspiraciones a un imperio global. No había acciones aisladas, sino una estrategia imperial complementaria al conflicto armado convencional, dirigida conjuntamente por el Ministerio de Exteriores alemán y la Sección Política del equipo de la Reserva General, estrategia que abarcaba el mundo islámico, Rusia, el Cáucaso, África del Norte y Oriente Próximo, así como Irlanda[47]. Se aportó apoyo financiero alemán a los grupos disidentes para que los revolucionarios subversivos tomaran el poder, con la esperanza de que sus subsiguientes regímenes acogieran la influencia alemana y, de este modo, se extendería el poder blando del Imperio alemán y se crearían Estados tapón que protegerían las fronteras alemanas. En Berlín, en 1918, tuvieron lugar conversaciones con revolucionarios finlandeses, georgianos, persas e indios; el nacionalista irlandés Roger Casement recibió ayuda en su intento de crear una brigada formada por prisioneros irlandeses en campos alemanes que luchara contra Gran Bretaña en Irlanda[48]. El Gobierno alemán alentaba movimientos separatistas en zonas que había ocupado antes Alemania, y en otras más lejanas, en Flandes, entre las nacionalidades fronterizas oprimidas de

Rusia —en particular, en Ucrania— y en lo que había sido la Polonia rusa[49]. Oskar von Niedermayer dirigió una misión alemana para impulsar una subversión en Afganistán, mientras Wener Otto von Hentig y Mahendra Pratap viajaban a Afganistán con la intención de contactar con revolucionarios políticos de la India[50]. Este procedimiento era profundamente transnacional, basado en «el objetivo de la expansión económica de Alemana a *Mitteleuropa*, Oriente Próximo, la cuenca del Caspio, a Asia Central y a lo largo de las fronteras de los Imperios británico y ruso, así como en las buscadas movilizaciones de grupos disidentes de todo tipo como agentes al servicio del Imperio alemán», que intercambiaban ideas: «El Comité Persa, por ejemplo, prestaba especial atención a la situación de los nacionalistas ucranianos en 1918 y estuvo en contacto con nacionalistas indios durante la guerra»[51].

Sin embargo, las dos primeras estrategias alemanas en tiempos de guerra fueron infructuosas. Las colonias de ultramar alemanas cayeron rápidamente al inicio de la guerra, por lo que fracasó su intención de desviar a las fuerzas británica o francesa de Europa, y el programa revolucionario alemán tuvo poco éxito —con la importante excepción de la Revolución Bolchevique en Rusia.

El enclave alemán en Qingdao, en China, fue uno de los primeros que se perdió, rápidamente conquistado por Japón, un aliado de la Entente, que lo codiciaba desde hacía tiempo. El 7 de agosto, Gran Bretaña solicitó la ayuda de Japón para controlar a la Marina alemana en aguas de Asia Oriental, y Japón utilizó esto como pretexto para exigir a Alemania que entregara Qingdao. Cuando Alemania se negó, Japón respondió declarándole la guerra. Inmediatamente, Alemania requirió a todos los hombres adultos alemanes que estaban en China que viajaran a Qingdao para defenderlo: acudieron aproximadamente 2500, que se unieron a otros 2500 soldados alemanes que ya estaban destacados en la ciudad[52]. Qingdao cayó el 7 de noviembre de 1914, tras un breve sitio japonés, con 28 000 soldados japoneses; se estimaron unas pérdidas de 224 alemanes, pero de aproximadamente 4000 japoneses[53]. Unos 5000 soldados y civiles alemanes cayeron prisioneros de los japoneses, que generalmente los trataron bien. Japón conquistó, igualmente, las islas de la Micronesia alemana. Las colonias alemanas de Samoa Occidental, Nueva Guinea y el

archipiélago Bismarck fueron tomadas entre agosto y noviembre de 1914 por los ejércitos australiano y neozelandés, a petición de Gran Bretaña. Todas estas colonias se asignaron bajo mandato a los captores, a excepción de Qingdao, que fue devuelta a China en 1922.

En África, la primera colonia en caer fue Togo, poco defendida cuando los Aliados atacaron para apoderarse de sus puestos de comunicación por radio. Aquí, el 12 de agosto de 1914, el sargento mayor Alhaji Grunshi, de la fuerza fronteriza británica del África Occidental, «fue el primer soldado al servicio británico en disparar un tiro en la Gran Guerra»; treinta días después, el 25 de agosto, el gobernador de Togo se rindió[54]. En las restantes colonias alemanas en África, África del Sudoeste se rindió el 9 de julio de 1915, en gran parte conquistada por tropas sudafricanas aliadas con Gran Bretaña. El primer ministro sudafricano, Louis Botha, y el ministro de Guerra, Jan Smuts, querían invadir África del Sudoeste en respuesta a la solicitud de Gran Bretaña, pues codiciaban sus territorios para construir una «gran Sudáfrica». Pero los soldados bóer del ejército sudafricano se rebelaron para no apoyar a los británicos, contra los que habían luchado implacablemente solo una década antes. No obstante, la rebelión fracasó. El 13 de mayo de 1915, Windhoek, la capital de Sudáfrica del Sudoeste alemana, cayó. Un total de 1300 *Schutztruppen* alemanes murieron defendiendo África del Sudoeste; sus oponentes sudafricanos perdieron solo 250 hombres. La tercera posesión alemana en África que se entregó fue Camerún. Duala fue tomada en septiembre de 1914 y el resto de la colonia se conquistó el 20 de febrero de 1916. Luchando en condiciones extremadamente difíciles, las fuerzas que defendían las colonias alemanas en África afrontaron grandes pérdidas debido a las enfermedades y necesitaron un gran número de porteadores africanos: en Camerún, los alemanes calculaban entre dos y tres porteadores por cada soldado; en total, Alemania empleó hasta 40 000 porteadores en la campaña[55].

Así, las nuevas posibilidades que ofrecían los éxitos militares de Alemania para lograr un imperio continental territorial alemán dentro de Europa se hicieron irónicamente realidad, precisamente en el momento en que Alemania se enfrentaba a la pérdida de la tercera dimensión de su «Imperio alemán», sus colonias de ultramar, de las que a finales de 1916

solo quedaba sin conquistar África Oriental. Allí, una fuerza al estilo guerrilla dirigida por Paul von Lettow-Vorbeck seguía combatiendo a las fuerzas aliadas, en gran medida eludiéndolas. El jefe de una *Schutztruppen* colonial alemana de aproximadamente 218 europeos y 2542 soldados negros en África Oriental alemana, Lettow-Vorbeck, al principio de la guerra comenzó con una campaña móvil, inicialmente apoyado por ataques navales del *Königsber*, un acorazado alemán que evitó a los Aliados hasta el 11 de julio de 1915. Sin embargo, en la segunda mitad de la guerra, las fuerzas de Lettow-Vorbeck se habían reducido enormemente y, finalmente, tuvo que retirarse a la colonia portuguesa de Mozambique para seguir combatiendo. No se rindieron hasta el 25 de noviembre de 1918, en Abercorn —la guerra en África duró más que en Europa.

Las hazañas de Lettow-Vorbeck tuvieron una considerable influencia en la cultura metropolitana alemana[56]. A su vuelta en 1919, él y sus hombres fueron honrados con un desfile militar en Berlín. La gran cantidad de elogios que en el interior de Alemania se le rendían, durante la guerra y después de ella, a la valentía de Lettow-Vorbeck dio lugar a un discurso que legitimaba la campaña de guerrilla en las zonas fronterizas a las órdenes de un jefe militar independiente, autónomo y carismático, algo que guardaba similitudes con el discurso de las campañas de los Freikorps en el Báltico en 1918-1919. De igual manera, durante la guerra, la «heroica» guerra en las colonias se utilizaba como fuente de historias patrióticas con la intención de movilizar a la juventud alemana. En especial, el caso del Emden, el crucero torpedeado en el océano Índico en 1914 tras hundir sesenta naves británicas, y las hazañas de su tripulación desembarcada, que fue capturada por los británicos, pero que después escaparon, era tema de historias de aventuras durante la guerra[57]. Los discursos del valor de los militares de las colonias duraron mucho más que la realidad del control alemán de sus posesiones coloniales en ultramar.

Por encima de todo, la guerra en África desafiaba la unidad cultural blanca de la preguerra en la consecución de su proyecto colonizador. Esto tenía implicaciones obvias para los colonizadores alemanes, británicos y franceses, muchos de los cuales, en 1914, esperaban inicialmente que la guerra no se propagara a las colonias africanas y que la unidad blanca sería preservada. Este fue el caso en África Oriental alemana; por el contrario,

en África del Sudoeste alemana había un cierto grado de entusiasmo de guerra en 1914[58]. El principal temor de los colonizadores era que si la población blanca de África tomaba partidos en bandos contrarios en la guerra, estas divisiones podrían explotarlas los nativos para ganar poder. El ver a los blancos luchar entre ellos socavaría la idea de la superioridad de la civilización blanca; peor aun, si las autoridades coloniales optaban por emplear soldados negros en la guerra en las colonias contra la población blanca enemiga, esto debilitaría la jerarquía racial sobre la que reposaba la norma blanca, y podría alentar a los negros a rebelarse contra el orden racial colonial[59]. Por esta razón, tras la rendición de Lettow-Vorbeck, los británicos tuvieron la precaución de no desarmar a sus soldados blancos en presencia de los nativos negros, puesto que esto se veía como algo humillante para los blancos a los ojos de los negros[60].

Así pues, la extensión de la guerra a las colonias en África en 1914 destruyó la idea de un proyecto homogéneo compartido por los blancos. Una consecuencia de esto fue que, además, se fortaleció el desarrollo de las ideas antropológicas que consideraban que había «diferentes» razas blancas, que, a su vez, se relacionaban en Europa con conceptos de jerarquías raciales entre los pueblos europeos. Quizá el vector transnacional más claro para estas ideas fueran los antropólogos que, antes de la guerra, habían trabajado en ultramar estudiando a los pueblos «nativos»[61]. Con el estallido del conflicto, estos viajes se hicieron imposibles, de modo que el imperialismo antropológico alemán regresó «a casa»; los antropólogos continuaban su trabajo clasificando las diferencias raciales y el comportamiento cultural a través del estudio de prisioneros de guerra de los campos alemanes[62]. Esto incluía la clasificación no solo de grupos raciales de negros o de asiáticos, sino también de «razas» blancas dentro de Europa: tártaros, eslavos, normandos o celtas, por ejemplo; que más adelante contribuiría a desarrollar las ideas de jerarquías raciales en Europa, dotándolas de respetabilidad.

La guerra tuvo, de este modo, un importante impacto en la relación entre los discursos sobre la raza y el imperialismo alemán —que tuvo ramificaciones a través de los tres componentes imperiales del Imperio alemán—. Quizá el elemento más importante fue la manera en cómo cambió la guerra la construcción de cómo la raza determinaba lo que

constituía la violencia «legítima» e «ilegítima». Antes de la guerra, estaba culturalmente aceptado que ciertos tipos de prácticas violentas no estaban permitidas en la guerra entre naciones «civilizadas», pero que esas limitaciones no se aplicaban en las guerras contra pueblos indígenas de ultramar colonizados, donde eran permisibles mayores grados de violencia antes de 1914, aunque es importante no asumir que no se aplicara ningún límite en absoluto: los extremos genocidas de los alemanes en la represión del genocidio de los herero en 1904-1907 provocó airadas respuestas de amplios segmentos de la sociedad europea, especialmente los socialistas, y desencadenó las críticas de otros poderes coloniales, que reprocharon a Alemania su mala administración colonial. Sin embargo, en general, la violencia perpetrada por los blancos contra los negros podía ser legitimada culturalmente de maneras que no era posible hacerlo respecto a la violencia entre grupos blancos o de negros contra blancos. Esta legitimación tenía una sólida base en la idea común en Europa en aquella época, mezclada con el racismo contemporáneo, de que la población negra empleaba formas extremas de violencia en la guerra, como la mutilación de cadáveres, el canibalismo, el asesinato de prisioneros y la tortura.

Durante la Primera Guerra Mundial, esta relación entre raza y formas legítimas de violencia imperial —y el debate que lo rodeó— se trasladó físicamente a Europa, cuando los británicos utilizaron unidades indias y los franceses emplearon unidades de negros africanos y árabes del norte de África en el Frente Occidental (véase fig. 6). Muchos alemanes creían que las tropas coloniales trajeron sus prácticas violentas, extremas y bárbaras de las colonias a Europa y afirmaban que el uso de soldados no blancos en los campos de batalla europeos era un crimen de guerra. En parte, se trataba también de un argumento de conveniencia, puesto que los alemanes no tenían acceso a la cantidad de tropas coloniales entrenadas que tenían Gran Bretaña y Francia[63]. A su vez, la violencia de los alemanes contra los herero en 1904-1907 se convirtió en un argumento central de la propaganda británica de guerra, que acusaba a Alemania de mal gobierno colonial. Al mismo tiempo, en Europa del Este, Alemania y Austria-Hungría se empleaba formas arbitrarias de violencia, que anteriormente se habían asociado con la contienda colonial, como la ejecución indiscriminada de partisanos, por ejemplo. Si antes de 1914 la

raza era el factor clave que determinaba si se podía emplear legítima o ilegítimamente un tipo particular de violencia en un integrante del Imperio alemán de ultramar, la guerra en Europa vio cómo se extendía esta idea a las adquisiciones territoriales alemanas de la guerra en Europa del Este, donde los grupos étnicos se clasificaban y percibían cada vez más en términos raciales, y estas clasificaciones legitimaban su explotación y, a menudo violenta, opresión. La diferencia entre la esfera colonial de ultramar y los frentes de guerra europeos del Imperio alemán se difuminaba cuando, tanto en el Frente Oriental como en el Occidental, entre los beligerantes se desataba el debate sobre lo que constituía el uso imperial legítimo de la violencia por Alemania como ocupante o colonizador, y por Francia y Gran Bretaña como dueños coloniales.

Fig. 6.—Prisioneros de guerra del imperio. Soldados franceses negros y blancos capturados en el Fuerte Douaumont.

Había claros vínculos e influencias transnacionales entre los componentes europeos y de ultramar del imperialismo alemán de la

guerra, especialmente en términos de gobierno imperial, antropología y en la idea de la existencia de una «misión civilizadora», específicamente imperial, de Alemania. Además, el lenguaje que se utilizaba para la guerra en Europa —barbarie, odio tribal, atrocidad— era un lenguaje adoptado en gran parte de la estrategia descriptiva que se había empleado para la guerra en las colonias antes de 1914. Los rumores que corrían respecto a que los soldados alemanes cortaban las manos a los niños belgas tenían íntima conexión con las crónicas de la preguerra que relataban este tipo real de mutilaciones de trabajadores negros en la colonia del rey Leopoldo en el Congo. Los debates sobre raza y violencia no solo exponían los temores sobre cómo las prácticas guerreras tribales podían importarse a Europa, sino otros temores más profundos que indicaban que la propia Europa no era, de hecho, diferente a África —uno de los puntos que sancionaba a nivel mundial la superioridad de los europeos blancos era la creencia de que los blancos ejercían el autocontrol con respecto a la violencia—. Freud, y muchos otros, vinculaban la violencia de la guerra entre los europeos con un deseo primitivo. En este conflicto, la civilización europea aparece de pronto como un revestimiento constructivo. La guerra en Europa se volvió «africana», irónicamente, mientras en conflicto en África en 1914-1918 se fue convirtiendo en algo romántico, enmarcado en el lenguaje de la aventura, el liderazgo heroico y la exploración.

En ningún lugar resulta esto tan evidente como en la paradoja de que, mientras Alemania condenaba el empleo de negros, indios y árabes en los campos de batalla europeos, porque se suponía que utilizaban formas de violencia primitivas, inaceptables y bárbaras, al mismo tiempo alababa el comportamiento luchador de sus propios soldados negros, los áskaris, en las colonias alemanas[64]. En particular, se idealizó a esos soldados negros que lucharon con Lettow-Vorbeck en África Oriental. Se llegó a retratar a sus áskaris negros como «civilizados» y románticos, mientras que la guerra en Europa cada vez se representaba más como primitiva y bárbara. Esta descripción de los áskaris era, en gran parte, un mito: como señala Michelle Moyd, «cerca de 3000 áskaris (sobre aproximadamente 12 000)» desertaron de las fuerzas alemanas de *Scutztruppe* en África Oriental durante la guerra[65]. Sin embargo, la representación de los áskaris era la

de la lealtad a Alemania, tipificada en la siguiente descripción en las memorias de Lettow Vorbeck:

> Todos nuestros soldados, nativos y europeos, siempre han estado convencidos de que Alemania no podía ser batida en esta guerra, y estaban resueltos a luchar hasta el final […] siempre que hablaba sobre este tema con uno de mis más disciplinados, él siempre me aseguraba: «Yo siempre me mantendré fiel a usted y lucharé hasta que caiga»[66].

En una inversión total de las normas anteriores a 1914, la guerra en las colonias se presenta ahora como menos extrema, menos violenta, más limitada y más caballerosa que en Europa, en parte porque la contienda industrial no había tenido lugar en el ámbito de ultramar, y en parte porque era tan difícil obtener información en Alemania de lo que realmente estaba sucediendo en las colonias durante la guerra debido al éxito de los Aliados en el control de las rutas marinas y de las estaciones de transmisión de radio, y, lo más importante de todo, porque la guerra en la mayoría de las colonias alemanas había terminado en 1916[67]. Esta idea se alimentó aun más después de la guerra gracias al comportamiento cortés recíproco de los anteriores antagonistas coloniales: Lettow-Vorbeck entabló amistad con Jan Smuts, su antiguo oponente. En una ocasión, en 1929, estando Lettow-Vorbeck invitado a un banquete de veteranos británicos de África Oriental, Smuts propuso un brindis por él[68].

Esta representación de un combate de caballeros en África durante la Primera Guerra Mundial era, por supuesto, una ilusión: la guerra devastaba extensiones agrícolas africanas y le costó la vida a «más de 200 000 africanos» que servían como soldados o trabajadores en África, la mayoría de los cuales moría a causa de las enfermedades, más que por las balas enemigas[69]. Había también un mito limitado a la descripción del combate: la propaganda alemana acusaba a los franceses de recluir en Dahomey, en terribles condiciones, a colonizadores alemanes, incluidos mujeres y niños, de zonas controladas por los franceses. Igualmente, Alemania acusaba a Francia de maltratar a los prisioneros de guerra alemanes que eran capturados en el Frente Occidental, pero se los enviaba a campos de prisioneros de guerra en el norte de África. Una de las

principales acusaciones era que Francia había destinado soldados árabes y blancos para vigilar a estos prisioneros[70]. La propaganda alemana aseguraba que estos soldados sometían a los hombres a torturas y a la violencia colonial primitiva; en realidad, las protestas se debían a que hacer prisioneros de guerra alemanes en el norte de África, especialmente en Marruecos, era una humillación deliberada de Francia a las ambiciones imperiales alemanas de la preguerra en la región. A diferencia de ello, Gran Bretaña evacuaba a sus prisioneros de guerra de África a Egipto, y también a Ahmednagar, en la India; no obstante, apenas transcendía la polémica respecto a estas transferencias[71].

En realidad, la región en la que las ambiciones imperialistas alemanas incumbieron más íntimamente a la violencia extrema durante la guerra fue el Imperio otomano, que formaba parte del ámbito de poder blando no oficial del Imperio alemán, a través de proyectos comerciales y del papel de Alemania como consejero militar de los otomanos, más que como integrante real del Imperio alemán. El debate historiográfico sigue dilucidando hasta qué punto fue Alemania cómplice del genocidio otomano de los armenios, especialmente en el nivel local, dado el fracaso alemán para proteger a los armenios que trabajaban en la línea de ferrocarril Berlín-Bagdad, un proyecto de construcción bajo el control alemán. La intervención alemana para evitar el genocidio armenio nunca fue posible; su imperativo predominante era mantener su influencia de poder blando sobre su vital aliado de guerra, especialmente cuando la evidente debilidad del Imperio otomano significó que esa influencia daba la posibilidad a Alemania de conseguir el acceso a los mercados del Oriente Medio y a rutas comerciales en el futuro.

De hecho, la pérdida de todas las colonias de ultramar del Imperio alemán, con la excepción de África Oriental alemana, en 1917 significaba que las ambiciones imperialistas alemanas tenían ahora que centrarse cada vez más en Europa del Este y en el Medio Oriente. Por una parte, esto alentaba a los pangermanistas y a otras voces radicales de la derecha, que veían la oportunidad de anexionar territorios y de acrecentar la influencia imperial; por otra parte, provocaba una fuerte oposición entre los que habían entrado en la guerra creyendo que era meramente un conflicto defensivo, como el SPD y el Partido de Centro. Durante la Primera Guerra

Mundial nunca hubo consenso sobre cuál debería ser el futuro imperial de Alemania —la opinión pública estaba dividida en esta cuestión y poderosos grupos en Alemania, como el SPD, que se opuso al imperio en la preguerra, siguieron oponiéndose en la guerra—. En un principio, perdieron razones con la euforia alemana por las ganancias territoriales de Alemania durante la primera mitad de la guerra, en 1914-1916, pero las recobraron en 1917, cuando fue aumentando el agotamiento por la guerra entre los trabajadores alemanes. Pero, en este punto, el imperialismo alemán ganó también una amplia franja de partidarios en el Partido de la Patria y se concibieron nuevas formas de «imperio» como única recompensa aceptable por los inmensos costes de la guerra, aunque diferían sobre qué integrantes del imperio deberían ser priorizados en el caso de una victoria alemana. En otras palabras, lo que a menudo se definía como esfuerzo alemán de guerra «nacional» solo podía amortizarse con recompensas «imperiales»: por esto, la situación en el Imperio alemán de ultramar y en Europa interactuaban íntimamente.

La propaganda británica describía el esfuerzo de guerra alemán como el de una expansión imperial. Edwyn Bevan, en sus escritos de febrero de 1918, alertaba a sus lectores de las anexiones alemanas de las costas de Flandes y de los distritos mineros franceses de Briey y Longwy, y de la creación de una *Mitteleuropa* de una «unión política, militar y económica más estrecha entre el Imperio alemán y sus aliados —Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía— con la idea de formar un cinturón continuo de poder alemán desde Hamburgo al Golfo Pérsico, un gran reino central europeo capaz de definir el mundo», y del establecimiento de un gran Imperio alemán en África tropical «que se extienda por el continente desde el Atlántico hasta el océano Índico»[72]. Esta convicción británica —que los objetivos de la guerra de Alemania eran el dominio imperial del mundo— fue un importante impedimento en las negociaciones de paz durante la guerra.

Estas interpretaciones imperiales de lo que estaba en juego en la Primera Guerra Mundial eran algo común. Jennifer Jenkins señala: «Más de un diplomático tenía visiones de zeppelines que llevaban mercancías alemanas por encima del Cáucaso al Golfo Pérsico» en un nuevo espacio imperial creado por la guerra en el que el dominaba el comercio

alemán[73]. Además, al proseguir la guerra, la debilidad de Austria-Hungría las llevaba cada vez más a ser concebidas como un Estado satélite de Alemania. Con el Tratado de Brest-Litovsk, en la primavera de 1918, resultó claro qué tendencia había ganado en Alemania: la visión expansionista anexionista en el Este había dado resultados espectaculares y Brest-Litovsk, si se hubiera mantenido, habría marcado la fundación de un nuevo Imperio alemán territorial colonial. Solo unos pocos meses después todo se daría la vuelta con la derrota en el Frente Occidental, lo que significó que Alemania nunca volviera a recuperar su imperio de ultramar, perdiera sus adquisiciones territoriales de la guerra en el continente europeo, incluidas aquellas establecidas en el Tratado de Brest-Litovsk, y perdiera un gran número de partes del imperio de 1871 con la devolución de Alsacia-Lorena a Francia y de las cesiones territoriales a la nueva Polonia. Los tres componentes originales del Imperio alemán en guerra en 1914-1918 se habían esfumado.

CONCLUSIONES

El Imperio alemán en guerra en 1914-1918 era tanto un Estado imperial como un proyecto imperial en progreso. Sus tres componentes imperiales, el Reich de 1817, el imperio imperial de ocupación de los tiempos de guerra y las colonias de ultramar, se solapaban e interactuaban de maneras que aún no están estudiadas por los historiadores. Alemania, como imperio, era un partícipe principal en la globalización anterior a 1914, el comercio libre y la ideología de tener una misión civilizadora —la globalización anterior a 1914 iba de la mano con el imperialismo—. No es posible entender la pérdida de estatus que experimentaron los Estados alemanes con el armisticio y el Tratado de Versalles de noviembre de 1918 sin reconocer la escala y la complejidad del Imperio alemán que luchó en la guerra, y su desmantelamiento como consecuencia de ellos. De hecho, sin reconocer la magnitud y la complejidad de las dimensiones del imperio y de las aspiraciones del *Kaiserreich* no es posible entender totalmente las razones por las que Weimar les parece un Estado mutilado a los nacionalistas alemanes de periodo de entreguerras: bien entrados los años 20, los grupos de derechas protestaban enérgicamente por las pérdidas

alemanas de colonias y de territorio del Este tras el Tratado de Versalles. Personajes como el antiguo colonialista Heinrich Schnee fueron fundamentales en las campañas por la devolución de las colonias africanas de Alemania; otros, como el jefe del Reichswehr, Hans von Seeckt, se centraban en las tierras cedidas al nuevo Estado de Polonia[74]. Un aspecto fundamental de la inestabilidad alemana de la entreguerra lo causaba la dificultad de la transición de un imperio a una república —una dificultad encarnada en el título de constitución de Weimar, que seguía utilizando el viejo término «Reich» *die Verfassung des deutschen Reiches* para un nuevo Estado republicano.

Esto nos devuelve a la cuestión que planteábamos al principio: ¿hasta qué punto debemos concebir a Alemania en la Primera Guerra Mundial como un imperio que libraba una guerra de conquista imperial colonial? De este capítulo se infiere que las ideas imperiales alemanas durante la Gran Guerra eran multifacéticas y complejas. El caso alemán difería del británico y el francés en que sus aspiraciones a un imperio territorial continental europeo durante la guerra incorporó una dinámica de diáspora; su recurso a las formas coloniales de coacción contra las poblaciones blancas de Europa era también nuevo y radical. Ahora bien, la aspiración a un imperio global en sí mismo no era diferente de la de Gran Bretaña o Francia; con respecto al Medio Oriente y a África, Gran Bretaña, Francia y Alemania, las tres alimentaban ambiciones imperiales similares. Asimismo, la estructura del *Kaiserreich* de 1871, como imperio y como Estado-nación, puede compararse con el Reino Unido, que era tanto la metrópoli de un imperio mundial como una nación-Estado «británica», y pretendía además asimilar la entidad étnicamente diferente de Irlanda. El Imperio británico distinguía también entre ciudadanos y súbditos británicos —una jerarquía legar que garantizaba que no todos eran iguales ante la ley—. Tanto Gran Bretaña como Alemania libraban su guerra a las órdenes de un rey-emperador. Por último, en muchos aspectos el Imperio alemán en guerra no era tan diferente de sus enemigos; para los contemporáneos no había una oposición distinta entre Estado-nación e imperio: la modernidad del modelo imperio-Estados-nación británico y francés es a lo que aspiraba Alemania.

En general, Alemania estaba también sujeta a tendencias más amplias. El desmoronamiento, en la posguerra, de los imperios territoriales internos de Europa y sus ideologías imperiales respecto al control de las identidades étnicas europeas de los súbditos colindantes radicalizaron la violencia de tal manera que, aunque lejos de ser idéntica, tenía ciertas similitudes con la violencia poscolonial en las colonias de ultramar. Seguramente no es ir demasiado lejos ver en los Freikorps alemanes del Este (pequeñas unidades de combatientes profesionales remunerados, que incluía a veteranos de guerra, organizados en forma de caudillismo, muy alejados del control de la metrópoli y con frecuencia reclutados entre los de la diáspora alemana, que vivían más allá de los límites del Reich o en las tierras fronterizas) características comunes con alguna fuerza de asentamiento colonial, radicalizada como respuesta al desmoronamiento imperial y a su retirada, como ocurriría, más adelantado el siglo, en el caso de Rodesia, por nombrar solo una posible comparación. La brutalidad de las prácticas de combate de los Freikorps en el Báltico parece que tuvieron una dimensión colonial como respuesta radical al despliegue y a la retirada imperial.

Más ampliamente, la ola de violencia en Europa del Este se originó después de 1918 por el vacío imperial y las disputas fronterizas entre Estados-nación que sucedieron al imperio en la región —ambos, rasgos clásicos del conflicto poscolonial más avanzado el siglo—, puesto que era común en esta zona tratar de imponer las identidades nacionales radicalizadas al campesinado, que hasta el momento se había identificado casi unánimemente con las locales o las dinásticas-imperiales. El legado del Imperio alemán en el Este —tanto el imperio del Reich de 1871 como el imperio expansionista temporal de ocupación en tiempos de guerra— formaba parte de este tenso proceso de semidescolonización: la retirada de la zona del Imperio alemán obtuvo una fuerte contestación durante los años de entreguerras por parte de la derecha alemana, al tiempo que el Estado de la nueva Polonia radicalizaba su imposición de nacionalismo para romper culturalmente con sus anteriores gobernantes imperiales —Rusia y Alemania—. Sus guerras fronterizas con Ucrania, Rusia soviética y Lituania, sus intentos de incorporar a veteranos expertos que habían combatido en las fuerzas imperiales alemanas al ejército nacional

de la nueva Polonia y la inculpación a la población minoritaria de ser «otros», desde el punto de vista étnico, todo ello era sintomático de los temores provocados por el rechazo de los antiguos poderes imperiales a aceptar que habían perdido todos sus derechos de interferir en esos territorios que ahora pertenecían a la nueva Polonia.

Antes de la Primera Guerra Mundial, la globalización la había dirigido el imperio. En su estela, esta relación era mucho más tensa. Para la República de Weimar, la exclusión en Europa conllevaba la exclusión de los mercados imperiales británicos y franceses. En el Imperio británico, la circulación de hombres y bienes protegían, en parte, la economía del Reino Unido de las turbulencias del periodo de entreguerras. Weimar no tenía esa protección global. En lugar de ello, Weimar luchaba con el problemático legado del imperialismo alemán de la guerra. El lenguaje del «imperio» se centraba ahora en los «territorios perdidos» del Reich de 1871, en especial, en Polonia, desestabilizando la república. La diferencia jerárquica imperial entre ciudadano alemán y súbdito se puede decir que se volvió hacia adentro, lo que puede verse en los debates del periodo de entreguerras, en los que se discutía acaloradamente sobre quién podía ser ciudadano alemán y si los judíos, los comunistas o los inmigrantes de Europa del Este debían ser excluidos. La ideología del *Lebensraum* se volvió una heredera acumulativa de todas las políticas de inmigración, que alguna vez fueron abordadas por los tres componentes que construyeron el imperio de guerra alemán. Irónicamente, fue con la pérdida del imperio y la fundación de la República de Weimar cuando los alemanes consideraron por primera vez adoptar estrictamente el modelo de Estado-nación, algo que los nacionalistas alemanes consideraron finalmente imposible de aceptar. Esta sensación de pérdida de una identidad imperial de Reich fue algo que los nazis reconocieron como una fuente de resentimiento durante la citada república —no fue accidental que ganaran apoyo con una retórica basada en el establecimiento de un Tercer Reich—. Por último, los nazis fueron capaces de volver a movilizar elementos de la profundamente compleja relación alemana anterior con la idea de «imperial» como soporte de su concepto de un «imperio racial», con terribles consecuencias.

CAPÍTULO 4

Austria-Hungría

PETER HASLINGER

INTRODUCCIÓN:
LA MONARQUÍA DE LOS HABSBURGO ANTES DE 1914

Antes de la Primera Guerra Mundial, algunos observadores consideraban que la monarquía de los Habsburgo era un elemento anacrónico de la política europea. Con una población de cincuenta y un millones de habitantes, Austria-Hungría era la tercera estructura de Estado más populosa de la Europa de 1910 (después de los Imperios ruso y alemán). Sin embargo, cada vez era menos capaz de hacer frente a los desafíos de una época cuya base tenía que ser el Estado nacionalizado, la movilización política y la comunicación de masas. A pesar del buen funcionamiento de la burocracia en los territorios occidentales, el complejo tejido de la monarquía de los Habsburgo reflejaba el antiguo principio de una estructura dinástica, el modelo de gobierno seguía descansando en la vieja concepción universalista de sí mismo y en la idea de solidaridad entre los pueblos de la monarquía. En relación con esto, el aspecto decisivo de Austria-Hungría era el de una población relativamente

heterogénea en lo que a la lengua hablada se refería[1]. Como consecuencia, la lealtad y el patriotismo dinásticos estaban concebidos para actuar como complemento a los sentimientos étnicos y, por ello, posibilitar la integración de los distintos grupos nacionales bajo el gobernante y su administración[2]. De este modo, los gobernantes de los Habsburgo habían obtenido la legitimidad política gracias a establecer un equilibrio entre las diez o doce «tribus» (*Volksstämme* o comunidades etnolingüísticas) dentro del sistema político de la monarquía a partir de finales del siglo XVIII. También por esta razón, el sistema político de la monarquía de los Habsburgo oscilaba entre un gobierno autocrático con elementos militaristas y la democracia parlamentaria limitada. Helmut Rumpler mantiene que era esta combinación la que «satisfacía las necesidades de una comunidad de países tan heterogénea nacional, cultural y económicamente»[3].

Cuando debido a las revoluciones y a las guerras de independencia de 1848-1849 se vio amenazada la unidad de la monarquía, el nuevo emperador Francisco José concibió una política de «divide y vencerás» con la esperanza de demostrar que los grupos nacionales podían coexistir dentro de su imperio metalingüístico, a pesar de que las tendencias nacionalistas volvieron a ir en aumento durante la década de 1860. La decisión más trascendental en este aspecto fue el compromiso (*Ausgleich*) austro-húngaro de 1867, tras el cual Hungría, ahora un reino soberano, empezó a ocuparse por sí mismo de sus intereses y de su estrategia de nacionalización. El ejemplo de Hungría despertaba ilusiones y deseos políticos en prácticamente todos los lugares (especialmente entre las élites checas, polacas y croatas[4]). Ideas que habían surgido ya a principios del siglo XIX y que señalaban que los territorios lingüísticamente compactos que existían dentro de los límites territoriales de la corona tenían derecho a voz en las decisiones políticas se fueron haciendo más populares. Debido a la constante oposición húngara, sin embargo, el envejecido emperador y rey Francisco José impedía deliberadamente la creación de otros territorios protonacionales.

Después de que la disputa checo-alemana de 1897 respecto al uso de las lenguas en la administración del Estado retara seriamente a todo el sistema político, Francisco José empezó a aplicar cada vez con más

frecuencia leyes de emergencia en el Estado austríaco y a aprobar iniciativas a nivel regional y local que transformaron la vida política basada en la representación proporcional de los grupos étnicos (como los llamados pequeños compromisos de Moravia de 1905-1906 o Bucovina de 1910, así como acuerdos locales en Budweis/České Budějovice en 1913). En otras tierras y ciudades de la corona del Estado austríaco (como Viena, Praga o Liubliana/Laibach), sin embargo, los activistas nacionales eran prácticamente libres de poner en marcha sus planes nacionalistas —incluso aunque pretendieran la asimilación lingüística de las minorías locales— dentro de los límites de la legislación del Estado. En el Estado austríaco no había ningún grupo lingüístico que fuera objetivo de discriminación política sistemática desde el centro. Aunque el sistema político austro-húngaro no satisfacía completamente ninguno de los movimientos nacionales, ni siquiera los alemanes o húngaros, la política de Francisco José obtuvo algunos éxitos al concebir un marco político de negociación. Por ello, en la víspera de la Primera Guerra Mundial, parecía posible el compromiso nacional incluso en Bohemia, la tierra más desarrollada de la corona, que se había hecho prácticamente ingobernable en 1913 debido a los conflictos nacionales entre los representantes políticos de Chequia y Alemania[5].

Sin ambiciones serias respecto a ganar posiciones en ultramar, los círculos militares abrigaban fantasías expansionistas en la dirección de los Balcanes, fantasías alimentadas por la integración de Bosnia y Herzegovina en la monarquía de los Habsburgo. Las dos provincias fueron ocupadas por la monarquía austro-húngara después del congreso de Berlín de 1878 y, aunque internacionalmente Bosnia siguió siendo parte del Imperio otomano hasta su anexión en 1908, se integró en el sistema económico de la monarquía de los Habsburgo y todos sus asuntos importantes se resolvían exclusivamente en Viena. En el plano local, no obstante, se conservaron las estructuras otomanas y las normas legales, o se ajustaron para servir a los intereses austro-húngaros. Como consecuencia de ello, las comunidades confesionales-nacionales jugaron un papel determinante en el sistema político de Bosnia-Herzegovina desde el principio del gobierno de los Habsburgo. Los católicos (o croatas), los ortodoxos (o serbios) y los musulmanes (Bosnjaks, como se los llamaba en

la administración de Viena) tenían representación política proporcional en órganos que disponían de voz en asuntos estrictamente culturales y locales.

Desde el punto de vista del emperador Francisco José, Bosnia-Herzegovina era el único territorio ganado y perdido durante su reinado, y los musulmanes de Bosnia representaban la tesela exótica en el étnica y culturalmente plural mosaico imperial. En la década de 1880, toda una serie de publicaciones de los círculos militares describían a Bosnia-Herzegovina como una región llena de recursos naturales necesarios, como oro o madera, pero también como una región a la que no había llegado la civilización moderna y, por tanto, objetivo para que un gran poder europeo acometiera su «desarrollo cultural» (*Kulturarbeit*)[6]. Los musulmanes de Bosnia se veían bien como un pueblo incapaz de seguir los modelos europeos de desarrollo moderno, bien como nobles salvajes cuya buena integración en el imperio podía servir como ejemplo de que la idea del imperio era una fuerza integradora que servía de puente entre distintas estructuras culturales. Para algunos autores cercanos a la administración imperial, Bosnia podría también ofrecer oportunidades para una mayor expansión hacia los Balcanes, donde el sistema otomano se mostraba cada vez menos capaz de mantener la lealtad y la seguridad. A diferencia de todas las demás potencias europeas y de sus intereses egoístas, como insinuaban estas publicaciones, la monarquía de los Habsburgo era el único Estado con la suficiente experiencia para tratar con prudencia las diferentes fisuras etnolingüísticas y etnoconfesionales, alimentando al mismo tiempo la misión civilizadora necesaria para llevar la paz y la prosperidad a una región desatendida de Europa[7].

Si las cada vez peores relaciones que tenían Alemania y Chequia constituían el nudo gordiano de la cuestión de la nacionalidad en Austria, el asunto de los eslavos del sur era un tema de interés principal en cuanto a política exterior, el primero de todos en la dirección de los Balcanes y Rusia. Además, las fuerzas políticas de la monarquía de los Habsburgo iban en contra de la consolidación de tres o cuatro naciones sudeslavas diferentes en dicha monarquía. Para preparar alternativas a la estructura dual, el sucesor al trono de los Habsburgo, el archiduque Francisco Fernando, consideraba la posibilidad de transformar Austria-Hungría en

una monarquía trial con un Estado, Eslavia del Sur, junto a los de Austria y a Hungría. En 1905, el dálmata croata Franjo Supilo organizó un congreso en Fiume (Rijeka) para fomentar la colaboración entre serbios y croatas en el interior de Austria-Hungría. A Rusia y a Serbia, sin embargo, les causaba gran irritación la anexión de Bosnia-Herzegovina, proclamada el 3 de octubre de 1908, lo que se añadió a la tensión de la preguerra entre las Grandes Potencias europeas. A pesar de la transformación, en 1910, del sistema político de Bosnia-Herzegovina, que introducía un Parlamento regional de relativa autoridad, la provincia siguió siendo políticamente inestable debido a la radicalización de una generación joven que veía pocas posibilidades de desarrollo. Todos los subgrupos de Eslavia del Sur formaron nuevas asociaciones que adoptaron una actitud diferente respecto a la monarquía de los Habsburgo. Según Ivo Lederer, *Slovenski Jug* (Juventud eslovena), *Mlada Bosna* (Joven Bosnia), *Ujedinjenje ili smert* (Unificación o muerte) y otras muchas compartían dos puntos: odio a Austria-Hungría y la perspectiva de un posible Estado yugoslavo unido. En 1911, incitados por corrientes en favor de Yugoslavia en Croacia, Eslovenia, Montenegro y, especialmente, en Dalmacia, Belgrado, con la aprobación de San Petersburgo, se dispuso a hacer realidad los anteriores sueños de Serbia de un concierto balcánico. La nueva alianza tuvo resultados trágicos, y el triunfo de las armas serbias en 1912-1913 concedió argumentos para considerar la misión serbia como el Piamonte de los eslavos del sur[8].

EL ESCENARIO DE LA GUERRA EN EL ESTE Y LA MONARQUÍA DE LOS HABSBURGO

Los resultados de las dos guerras de los Balcanes (8 de octubre de 1912 y 21 de julio de 1913) no fue solo un serio revés para la estrategia austro-húngara de imperialismo blando en los Balcanes. Las guerras hicieron evidente para los observadores que Austria-Hungría había perdido terreno en la península balcánica frente a su principal rival en la región, el Imperio zarista. No solo la monarquía de los Habsburgo tenía poca influencia en la expansión territorial de Serbia y Montenegro, sino que, incluso el éxito de la política exterior de Austria-Hungría en la región, la

fundación de un Estado albano, provocó nuevas tensiones en el ámbito internacional[9]. El final del gobierno otomano en gran parte de Europa impulsó las ideas expansionistas en Viena, como expresaba el conde Leopoldo Berchtold, que consideró la idea de declarar la guerra a Serbia[10].

En el verano de 1914, la estrategia de distraer la opinión pública de los cada vez mayores conflictos interiores por medio de una guerra localizada ganaba popularidad entre las élites políticas austro-húngaras[11]. En las principales ciudades de la monarquía de los Habsburgo se extendía el entusiasmo por la guerra contra Serbia, y, en general, la lealtad dinástica permanecía incuestionable. Como afirma Martin Zückert, «se hizo claramente reconocible una "tradicional" y largamente establecida obligación hacia el imperio que se remontaba al siglo XVI»[12]. No obstante, Austria-Hungría entró en la Primera Guerra Mundial con todo un paisaje interior lleno de fricciones nacionales y políticas. El estallido de la guerra empezó pronto a alterar el delicado equilibrio que había estado funcionando hasta 1914, gracias a un sistema cada vez más complejo de compromisos regionales y a la estrategia global del divide y vencerás. El asesinato de Francisco Fernando en Sarajevo el 28 de junio de 1914 desencadenó, por ello, una cadena de acontecimientos que no solo alteraron los elementos básicos de la política de los Habsburgo, sino que también abrieron ventanas a la posibilidad de escenarios futuros alternativos que harían innecesario un sistema político complicado y, en parte, ya disfuncional.

En primer lugar, para los círculos imperial y militar la guerra ofrecía perspectivas de expansión territorial. Cuando el consejo imperial de ministros decidió a puerta cerrada declarar la guerra el 19 de julio de 1914, primero se abstuvo de anexionarse Serbia y expresó su intención de reducir su territorio únicamente por medio de modificaciones fronterizas, principalmente de carácter estratégico. Sin embargo, al continuar la guerra, el Gobierno austríaco, los círculos militares y el Ministerio de Exteriores plantearon ideas de un mayor alcance en las expansiones territoriales, incluso aunque esto implicara la creación de una tercera entidad cuasi estatal junto a Austria y a Hungría dentro del territorio Habsburgo. Aunque el influyente primer ministro húngaro, István Tisza, tuvo éxito en su

oposición respecto a dar un paso concreto en esta dirección, estas consideraciones hicieron evidente a cualquier observador que la estructura dual de la monarquía de los Habsburgo no tenía que conservarse a toda costa, incluso en el caso de una victoria. Más aun, quedó claro también que las posiciones austro-húngaras en cuanto a sus objetivos de guerra dependían mucho de las consideraciones de la política exterior alemana y, por ello, estaban también indirectamente influidas por el Movimiento de los Objetivos de Guerra y por la Liga Pangermánica[13].

Para la transformación de una estructura dual de Austria-Hungría en una monarquía trial había tres opciones, que cambiaron en importancia y prioridad durante la guerra. Las más frecuentes y conocidas por el público fueron las menciones a la así llamada solución austro-polaca, que se concretó, en primer lugar, en las ideas desarrolladas por el ministro de Exteriores Berchtold y en debates en el consejo imperial en agosto de 1914 (donde los planes para promulgar la correspondiente declaración fueron rechazados solo tras la contundente oposición de Tisza). Incluso después del manifiesto de Guillermo II y Francisco José, el 5 de noviembre de 1916, en el que se establecía el autogobierno y el reino independiente de Polonia —que decía que las Potencias Centrales instituían un reino polaco fuera de los anteriores territorios rusos—, esta opción se mantuvo en los planes secretos de los Habsburgo. Piotr Wandycz nos recuerda, no obstante, uno de los efectos laterales de esta declaración conjunta que posteriormente limitaría las posibilidades de que se materializara la idea austriaca: «A pesar de que el manifiesto era una declaración de intenciones más que un acuerdo político, internacionalizó la cuestión polaca hasta un punto de no retorno. Más aun, colocó a los polacos en posición de ser cortejados por los dos bandos beligerantes»[14].

El segundo conjunto de consideraciones nos devuelve a la idea de Francisco Fernando de crear un Estado de Eslavia del Sur en el interior de la monarquía de los Habsburgo; sin embargo, bajo las circunstancias de la guerra, esta idea implicaba un elemento expansionista: este tercer Estado bajo el gobierno de los Habsburgo se suponía que tenía que contener amplias partes de Serbia y Montenegro, a veces incluso Albania del Norte. En el consejo conjunto de ministros del 7 de enero de 1916, Tisza se opuso de nuevo enérgicamente a la integración del territorio serbio y a que

hubiera una mayor población eslava, y la decisión se pospuso[15]. La tercera opción, menos común, preveía la adscripción de Rumanía, o al menos de sus territorios occidentales, a la monarquía de los Habsburgo. Detrás de todas estas opciones, sin embargo, no había una estrategia global, de manera que las preferencias variaban con el transcurrir de la guerra y, al mismo tiempo, dependían cada vez más de las consideraciones alemanas[16]. Incluso cuando, después de la muerte de Francisco José I, su sucesor, Carlos, inició un debate sobre los objetivos de guerra en el consejo imperial el 12 de enero de 1917, se señaló la expansión territorial hacia el noreste (Polonia) y el sudeste (Serbia, Montenegro, Rumanía) como un objetivo de guerra. El objetivo mínimo era conservar la integridad territorial de la monarquía de los Habsburgo.

Pero también desde el punto de vista de las resoluciones que tomaran las fuerzas aliadas en un acuerdo europeo de la posguerra, la continuación de la guerra forzaba a la monarquía a estar a la defensiva. En primer lugar, para impedir que los posibles aliados de las Potencias Centrales entraran en guerra y se enfrentaran a la Entente, los políticos franceses, británicos y rusos ofrecieron importantes beneficios territoriales a Italia y Rumanía en los Tratados Secretos de Londres (abril de 1915) y Bucarest (agosto de 1916). Rusia, Serbia y Montenegro tenían que expandirse hacia el oeste tras la victoria de la Entente[17]. Aparte de estas decisiones y de esta diplomacia secreta, había, sin embargo, otro elemento importante que empezaba a moldear las perspectivas de la política exterior de Francia y Gran Bretaña. Grupos de exiliados de la monarquía de los Habsburgo, sobre todo de raíces checo(eslovacas) y de Eslavia del Sur, comenzaron puntualmente a buscar contacto con expertos británicos y franceses de Europa Central, como Henry Wicham Steed, Robert W. Seton-Watson o Ernest Denis (las actividades de Tomáš Garrigue Masaryk y de Edvard Beneš, después presidente y ministro de Exteriores de la primera república checoslovaca, fueron las más importantes). Aunque hasta la primavera de 1918 los responsables políticos se sentían reacios a adoptar la idea de la «nueva Europa», que abogaba por sustituir los imperios multinacionales por Estados-nación, la posibilidad de hacerlo si no había más opciones encontró cada vez más aceptación entre las capas medias de los Ministerios de Exteriores británico y francés. Así, aunque los planes de la

Entente para la monarquía de los Habsburgo fueran que en la posguerra transformara su sistema político y su composición constitucional interna, sin cuestionar en ningún momento su existencia misma, sin embargo, ya en 1915 empezaron a barajarse opciones alternativas en las administraciones de política exterior y en los círculos de planificación.

Además, la organización militar de Austria-Hungría demostró pronto estar mal preparada para las condiciones de una guerra mecanizada y la movilización de masas. La inadecuada preparación, poco desarrolladas infraestructuras, el empleo inapropiado de los soldados y de las provisiones fueron factores que limitaban la capacidad del Imperio de los Habsburgo para lidiar con los desafíos a los que se enfrentaban los ejércitos en la Primera Guerra Mundial. Insuficiente soporte de tropa, artillería obsoleta, una red ferroviaria escasa, una base industrial demasiado deficiente para luchar en una guerra total y un sistema de aprovisionamiento que funcionaba pésimamente ponían al ejército de los Habsburgo en gran desventaja[18]. Esta descripción general la ha expuesto con gran detalle Graydon Tunstall en su obra sobre la guerra de Invierno en los Cárpatos, que en 1914-1915 dejó un millón de muertos o heridos en ambos lados del frente ruso-austro-húngaro: «El escenario de los Cárpatos carecía de […] líneas de comunicación y otros medios necesarios para hacer maniobrar a ejércitos masivos. […] La experiencia de las contiendas de montaña que caracterizaban las ofensivas invernales de los Cárpatos era completamente diferente de la de la guerra de trincheras de occidente»[19].

Durante mucho tiempo, se dio por hecho que en el Frente Occidental la Primera Guerra Mundial provocaba la movilización de las sociedades y la institución de una cultura de guerra en todos los ámbitos de la vida cotidiana[20]. Por ello, la innovación técnica y en infraestructuras conllevaba la experiencia del grupo de la muerte anónima. Dennis Showalter había manifestado que el «resultado neto de toda esta flexibilidad y adaptabilidad era la pérdida de millones de hombres, el gasto de millones de proyectiles y el consumo de millones de toneladas de recursos para nada que se pareciera remotamente a unos logros proporcionales»[21]. Este tipo de movilización general y la instauración de culturas de guerra era, sin embargo, mucho menos característica para los teatros de operaciones en el este. A diferencia de la «cultura de la

competencia» y la burocratización de Occidente, [22] los sistemas sociales y de infraestructuras se demostraban menos capaces para adaptarse al nuevo carácter que la guerra había adquirido ahora y, debido a sus operaciones más móviles, la población civil también se involucraba más en el conflicto armado[23]. Lo que también constituía una profunda diferencia respecto al frente en Occidente eran las dinámicas de «movilización desintegrada». Dietrich Beyrau y Pavel Shcherbinin afirmaban que los imperios situados en el centro de la mitad oriental de Europa se demostraron menos capaces de conseguir un consenso político sobre los objetivos de la guerra. En lugar de ello, se desestabilizaban desde dentro por falta de legitimidad política y por las complejas relaciones interétnicas que se desequilibraban en el transcurso de la guerra[24].

Aparte de las crecientes dificultades en el aprovisionamiento, que también hostigaban a otros Estados beligerantes, hay tres aspectos que deben mencionarse aquí para el caso de Austria-Hungría: primero, la guerra no solo estimulaba las fantasías expansionistas en el nivel del imperio, sino que también fomentaba iniciativas para sustituir el complejo entramado político que había creado en las pasadas décadas por una estructura clara de Estados cuasi nacionales que se basaran en el predominio de alemanes y húngaros dentro de este sistema renovado. Hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, Francisco José I había respetado los complejos acuerdos constitucionales y había incentivado discretamente experimentos constitucionales que estabilizaran los movimientos nacionales conflictivos. Ahora, bajo la influencia de importantes grupos militares, el emperador austríaco y rey de Hungría empezó a abandonar esta política de flexibilidad integradora. En primer lugar, en 1915 las relaciones austro-húngaras se redefinieron en un mayor reconocimiento de la soberanía húngara a cambio de fijar las condiciones de una política de comercio exterior conjunta y compartir la financiación de las fuerzas armadas (la conocida como *Ausgleich*), durante veinte años y no solo para diez años, como era usual. En segundo lugar, en marzo y abril de 1916 grupos nacionales alemanes de dentro de Austria y un grupo de políticos destacados presentaron a Francisco José y a los círculos militares destacados dos memorándums en los que se exponía su plan de

manera definitiva para introducir un sistema centralizado en el Estado austríaco y organizar legítimamente el dominio alemán en él.

En el transcurso de la guerra, no obstante, el pensamiento geopolítico también fue aceptado por naciones menos dominantes, no solo por sus representantes en el exilio, sino también por los que seguían siendo políticamente activos dentro de las fronteras de Austria-Hungría. Estos programas se desarrollaron sometidos a las condiciones de la censura hasta principios de 1917, si era necesario, con la adaptación creativa de la lógica de la propaganda de guerra de las Potencias Centrales. Hasta entonces, las alternativas a la integridad del Imperio de los Habsburgo eran clandestinas y, a menudo, con mensajes altamente complacientes. Su objetivo común era garantizar la existencia de la nación bajo cualquier circunstancia en el futuro. Esto se interconecta con otro factor que hay que tomar en consideración cuando se explica cómo la monarquía compuesta de Austria-Hungría se transformó en un sistema político descompuesto: el alcance de las represalias que se aplicaron, no solo en el frente, sino también en el interior, contra grupos que habían sido señalados para ser más atentamente observados. Fueron especialmente contraproducentes las medidas administrativas y judiciales que introdujeron la sospecha colectiva y la estigmatización étnica como *leitmotiv* de la cultura política austro-húngara. Varias formas de represión preventiva alienaron a grupos que habían mantenido una lealtad crítica hacia la dinastía de los Habsburgo hasta ahora y todavía tenían esperanzas de que una reforma del imperio a la larga apoyaría sus deseos de emancipación nacional. La mayoría de estas medidas represivas se tomaron contra eslavos del sur, ucranianos y judíos. Culminaron en atrocidades consumadas contra la población civil de la propia Serbia (como en Äabac, el 17 de agosto de 1914, o en Ljeöca dos días después), pero también contra ciudadanos austríacos o húngaros en Voivodina y Bosnia-Herzegovina, así como en la ejecución por sospecha de espionaje para el ejército zarista y propiciar su avance hacia el oeste de aproximadamente 30 000 lugareños (incluidas mujeres) en Galitzia. La represión preventiva incluyó también el internamiento de unos 10 000 serbios, ucranianos e italianos, y juicios militares a unos 1000 checos, ucranianos, serbios, eslovenos e italianos, muchos de los cuales fueron sentenciados a muerte y ejecutados[25].

MOVILIZACIÓN NACIONAL Y DESINTEGRACIÓN DEL IMPERIO

Cuando el 21 de noviembre de 1916 murió Francisco José I, había sido el símbolo de la unidad de las naciones y de la integridad territorial de la monarquía durante casi cincuenta años. Para su sucesor, Carlos I (Carlos IV como rey húngaro), la situación económica en Austria-Hungría apenas era ya manejable. Tras la introducción del control estatal sobre la distribución de grano en 1915, se produjeron las primeras revueltas por hambre el 16 de mayo de 1916 en Viena y, a finales de 1916, una caída a la mitad en las cifras de la cosecha respecto al nivel de la preguerra. En 1917, en el Estado de Austria había 9 millones económicamente independientes de las ayudas del Estado, frente a 16,5 millones que dependían de ayuda alimentaria[26]. Para salvar su imperio, Carlos decidió redefinir las pautas políticas generales y volver a incluir a todos los grupos nacionales en los planes de los Habsburgo. Anunció una amnistía para los presos políticos el 2 de julio de 1917 y ordenó poner en libertad, entre otros, a 1000 checos, incluido el demócrata nacional Karel Kramař, que había sido juzgado y sentenciado a muerte por alta traición debido a sus contactos con el zar Nicolás II en 1914. Con este paso, Carlos I reactivó casi inmediatamente las exigencias de la preguerra de federalizar Austria-Hungría. Ahora, bajo las circunstancias de la guerra, el agotamiento general y la desesperación, un asunto que había formado parte de la política diaria antes de 1914, adquirió enseguida nuevas dinámicas de movilización y de antagonismo. Cuando el Parlamento austríaco reabrió todavía bajo la impresión de los acontecimientos revolucionarios acaecidos en Rusia el 30 de mayo de 1917, representantes de varios movimientos nacionales expresaron públicamente su descontento con la represión y la censura, e insistieron en el cumplimiento de los derechos históricos de sus regiones y de su población de acuerdo con sus agendas nacionales específicas[27]. Solo unas pocas semanas después, con la declaración de Corfu, firmada el 20 de julio de 1917, el Gobierno serbio en el exilio y políticos de la Eslavia del Sur de los Habsburgo, activistas contrarios a esta monarquía, acordaron crear un Estado yugoslavo tras el fin de la guerra[28].

Sin duda, Carlos I estaba lleno de buenas intenciones, pero «la brecha entre la narrativa de la legitimidad de los Habsburgo basada en la idea de Estado como ejecutor de la benevolente voluntad del emperador y la realidad de la disociación causada por la guerra se había hecho demasiado grande»[29]. En los meses siguientes, los debates sobre los conceptos de autonomía y autodeterminación estaban basados en el nuevo tipo de pensamiento geopolítico, que cada vez movilizaban más a las élites no-alemanas y no húngaras y a los círculos académicos. En aquella época, se desarrolló todo un mercado de publicaciones que tenían como meta dirigir la atención de sus lectores a los peligros que amenazaban a la nación si no se levantaban contra los que ellos definían como traidores potenciales de su futura existencia.

En este ambiente caldeado, las deserciones masivas añadían leña al fuego. Muchos de estos desertores eran reclutados para legiones y funcionaban como unidades simbólicas de combate del lado de las fuerzas aliadas, de las cuales solo unas pocas, como la Legión Checoslovaca, desempeñarían más adelante un papel decisivo en las batallas. En consecuencia, los políticos alemanes acusaban en los periódicos locales y nacionales de falta de lealtad, de separatismo y de chauvinismo a los checos, y los portavoces alemanes lanzaron un ataque a sus homólogos checos en el Parlamento vienés en diciembre de 1917, acusándolos de haber albergado sentimientos subversivos contra Austria-Hungría desde mucho antes de la guerra. Con el transcurso de los acontecimientos, publicaron un libro de más de 400 páginas que documentaba sus alegaciones[30]. Como reacción, el 6 de enero de 1918 los representantes checos pronunciaron una declaración que hacía referencia directa a la consigna de autodeterminación que daría a los checoslovacos el derecho a crear un Estado independiente y a participar en la futura Conferencia de Paz. Al incluir a los eslovacos en su programa territorial, el documento cuestionaba abiertamente el sistema constitucional dual y desafiaba la hegemonía germano-húngara[31].

Este círculo vicioso de escalada verbal estaba, por supuesto, íntimamente conectado con dos documentos que influyeron mucho a la hora de dar forma a los discursos en Austria-Hungría. El primero de ellos es la Declaración de los Derechos de los Pueblos de Rusia, proclamada por

el Gobierno bolchevique el 15 de noviembre de 1917, que declaraba el derecho de los pueblos de Rusia a la autodeterminación, incluida la secesión y la constitución de un Estado separado[32]. Esto no solo alentó a Moldavia, Finlandia y Lituania a dar ese paso a finales de año; en general, el impacto «inmediato» de la revolución rusa fue inmenso en Europa Central y del Este[33]. El segundo documento que aquí es muy relevante son los Catorce Puntos de Wilson, que hizo públicos en una sesión conjunta del Congreso el 8 de enero de 1918, donde el famoso punto diez dice lo siguiente: «A los pueblos de Austria-Hungría, cuyo puesto entre las naciones deseamos ver salvaguardado y garantizado, deberá serles permitida la posibilidad de un desarrollo autónomo». En la misma declaración, sin embargo, ya se había cuestionado la integridad territorial del Imperio de los Habsburgo con la exigencia de reajustar las fronteras con Italia «siguiendo las líneas de nacionalidad claramente reconocibles» y la creación de un Estado polaco independiente que «deberá incluir los territorios incontestablemente habitados por polacos»[34].

En enero de 1918, las huelgas paralizaron la economía de Austria-Hungría, y durante todo el año fueron frecuentes y generalizadas las revueltas locales, los saqueos y los motines. Debido a la agitación y a la falta de ayuda del Gobierno central de Viena, las administraciones regionales de los diferentes territorios de la corona fueron adquiriendo más y más responsabilidades en el ámbito de la política social. Un hecho al que a menudo no se ha prestado la debida atención en este aspecto es que, con pocas excepciones, las administraciones locales y municipales, así como un segmento de la burocracia territorial de la corona, no formaban parte del sistema administrativo austríaco. Por ello, esas estructuras, junto a su personal, hacían las veces de zona de resguardo para movimientos nacionales bajo condiciones de guerra y condujeron a la regionalización de constelaciones de poder en muchas partes del Estado austríaco (no tanto en Hungría). En un ambiente de tensión creciente, cualquier intento de consolidar internacionalmente la posición de la monarquía de los Habsburgo llevaba aparejado irritación, recelos y resistencia, al menos por parte de uno de los grupos nacionales involucrados. Estos problemas los provocó, por ejemplo, el Tratado de Paz con Ucrania en Brest-Litovsk el 9 de febrero de 1918. Con la esperanza de asegurarse una abundante

importación de grano, Austria-Hungría acordó que la región de Chelmo fuera cedida a Ucrania y, en un protocolo secreto que se firmó el 8 de febrero, la monarquía prometía crear un territorio ucraniano de la corona en Galitzia del Este y Bucovina[35]. En cuanto se difundieron las noticias sobre este acuerdo, la prensa de Galitzia acusó a Austria-Hungría de haber traicionado los intereses de sus ciudadanos polacos[36].

Fig. 7.—Tierras fronterizas del imperio asediadas: trincheras austro-húngaras en la antigua provincia de Rusia Occidental, Volinia. 1917.

Fig. 8.—Tierras fronterizas del imperio asediadas II: la destruida plaza del mercado de la ciudad asediada de Ostrołęka, anteriormente parte del Imperio ruso, en mayo de 1916.

Entre el 8 y el 11 de abril de 1918, tuvo lugar en Roma el «Congreso de las nacionalidades oprimidas», con representantes de los checos, los eslovacos, los sudeslavos, los italianos, los polacos y los rumanos, que exigían su completa independencia y el derecho al territorio habitado por sus respectivas naciones. Sin embargo, más importante fue el golpe decisivo a las esperanzas de algunas partes de una paz independiente con la monarquía de los Habsburgo. El conocido como «*affaire* Sixto», del 12 de abril de 1918[37], dejaba perfectamente claro que para Francia un acuerdo para la monarquía de los Habsburgo ya no era una opción viable, y meses después se siguieron una serie de declaraciones que sellaron la partición de Austria-Hungría en Estados nacionales. El 9 de agosto de 1918, el Gobierno británico reconoció a Checoslovaquia como potencia beligerante alineada del lado de la Entente y al Consejo Nacional Checo en París como su representante político, y, tras algunas dudas, los Estados

Unidos hicieron otro tanto con un reconocimiento *de facto* el 3 de septiembre de 1918. En cuanto a las últimas esperanzas de firmar una paz por separado con Austria-Hungría, «se disipó del programa diplomático en la primavera de 1918 […] las tres potencias principales optaron por la solución nacionalista»[38].

En agosto y septiembre de 1918, representantes de todas las comunidades nacionales ya diseñaban una estrategia para asegurarse la máxima influencia en el proceso de toma de decisiones. Los círculos dominantes de todos los movimientos nacionales de Austria-Hungría estaban absorbidos en aunar las diferentes ideas de un futuro Estado independiente, tanto dentro de Austria-Hungría como desde el exilio. En esos tiempos, la guerra había desencadenado una dinámica que ya había llegado a un punto de no retorno en el verano de 1918. La última señal necesaria fuer la caída del frente de los Balcanes a mediados de septiembre de 1918. El 6 de octubre de 1918, setenta y tres representantes sudeslavos del consejo imperial y de las dietas de las tierras de la corona fundaron el consejo nacional de eslovenos, croatas y serbios y el 14 de octubre se anunció en París la formación de un Gobierno provisional checoslovaco. Cuando el emperador Carlos convocó a Anton Koroöec, un político esloveno, presidente del Club yugoslavo en el Parlamento austríaco y político influyente en la Yugoslavia del periodo de entreguerras, a su corte el 11 de octubre para exponerle que el Imperio de los Habsburgo podía transformarse para satisfacer los deseos de los sudeslavos, Koroöec sencillamente respondió: «Lo que ha sucedido hasta ahora es suficiente para que desconfiemos de usted»[39]. Como muestra este episodio, los conceptos de soberanía y de autodeterminación para los colectivos nacionales se habían vuelto definitivamente incompatibles con la lealtad dinástica heredada del pasado. Cuando Carlos I intentó iniciar una reforma general del sistema constitucional el 16 de octubre con el objetivo de alentar la creación de Estados nacionales que siguieran unidos bajo el gobierno de los Habsburgo, la preparación de las distintas revoluciones y la creación de Estados-nación independientes ya estaba en su apogeo.

ESTADOS SUCESORES DE HABSBURGO: ¿VECINOS O RIVALES?

Aunque en octubre y noviembre de 1918 una serie de revoluciones dio por concluido el fin de la monarquía de los Habsburgo, se puede decir que esto no fue más que el último paso de un proceso de disolución gradual por movilización. Este proceso, no obstante, no terminó en noviembre de 1918. Según Mark Hatlie, la Primera Guerra Mundial en el este europeo fue ambivalente desde el momento que no tuvo un fin claro[40]. La desintegración de los órdenes imperiales, el ambiente sociorevolucionario, la euforia nacional y la rivalidad entre los Estados sucesores sobre determinados territorios originaron un contexto de ansiedad e incertidumbre. Además, a los prisioneros de guerra que volvían del cautiverio en Rusia se los consideraba, no injustificadamente, todavía bajo la influencia del bolchevismo. T. Berend sugiere:

> La generación de la guerra no podía escapar a los efectos traumáticos de esta, y el descontento social se asociaba cada vez más a la decepción y a la desilusión. […] La Gran Guerra preparó el terreno: movilizó y armó al pueblo y dio una oportunidad a toda la población masculina adulta para que se organizara, se entrenara y dirigiera ataques armados contra sus enemigos en nombre de las aspiraciones nacionales. Metas que antes de la guerra parecían imposibles de alcanzar, de pronto se hicieron realidad en el final de la guerra[41].

Por eso, a las élites de los nuevos Estados nacionales le interesaba transformar la incipiente revolución social en una revolución nacional. La radicalización general que siguió al final de la guerra abría ventanas de oportunidad en dos niveles: en el nivel local, para la represalia contra los especuladores bélicos y los representantes de los grupos rivales (que dieron también lugar a violencia y matanzas interétnicas), y en el nivel de las élites de los Estados emergentes, que buscaban garantizarse las mejores posiciones posibles para la próxima Conferencia de Paz, para evitar que se viniera abajo el orden y el suministro durante el invierno de 1918-1919, y para inclinar el radicalismo hacia la izquierda o la derecha. Cuando nos

planteamos la pregunta de Robert Gerwarth y John Horne, «cómo la violencia militar fue subsumida en la política posterior a la Primera Guerra Mundial»,[42] es importante remitirnos a la total plasticidad de la situación. Dados los objetivos de guerra de los Aliados y las estipulaciones de los Tratados Secretos con Italia, Serbia, Montenegro y Rumanía que los bolcheviques habían publicado en el diario *Izvestija* en noviembre de 1917 para desacreditar el antiguo orden diplomático ante los ojos del mundo, la rivalidad territorial que se había originado rápidamente entre los nuevos Estados nacionales vecinos dio lugar a movilizaciones de otra naturaleza. Como consecuencia de la planificación geopolítica de los tiempos de guerra y de las estructuras étnicamente variadas de los asentamientos de muchas zonas limítrofes dentro de la monarquía de los Habsburgo, surgieron nuevos puntos de disputa. La incompatibilidad de las ideas y de los supuestos territorios nacionales fue caldo de cultivo para impulsar la intensificación de la violencia y alentó a varios grupos a continuar con actividades militares contra los representantes de conceptos territoriales rivales.

En muchas regiones de Austria-Hungría la transición de la administración imperial a la de los Estados nacionales emergentes fue comparativamente suave y estuvo acompañada solo de vandalismo contra los símbolos del antiguo orden. Cuando en octubre-noviembre de 1918 las administraciones autónomas de las tierras de la corona ya tenían entre manos una nación, los representantes del Estado imperial o central normalmente se limitaban a pasar las responsabilidades a sus homólogos regionales o a varios consejos nacionales. Sin embargo, en áreas mestizas o de disputa, donde había controversia sobre la futura localización de las fronteras, se mezclaron pronto las medidas de autodefensa con la acción precautoria para anticiparse a los pasos que pudieran dar los rivales para definir la soberanía de un Estado-nación. En ese momento, no había recelo exclusivamente contra los representantes del palidecido orden imperial-monárquico. El antagonismo nacional sobre la ubicación de las fronteras perpetuaba también las rivalidades interétnicas de la guerra y los desacuerdos respecto a la forma futura del Estado. Bajo estas circunstancias, los conflictos de intereses y las formas de movilización política de los tiempos de guerra, como los mítines masivos, las

comunicaciones o la política simbólica, se transformaron fácilmente en confrontación violenta entre grupos rivales e incluía la intimidación de las élites o de otros segmentos sociales. A veces, la población local solo se vio gravemente afectada por las consecuencias de la guerra después de noviembre de 1918, porque ahora aparecían conflictos interétnicos en zonas donde no había habido apenas violencia antes —tanto por la presencia de fuerzas paramilitares como por la amenaza de que las futuras fronteras de los estados pudieran separar a comunidades locales[43].

Podemos identificar varias regiones caracterizadas por la cultura de la violencia: Silesia austriaca, Carintia del Sur, Hungría Occidental, Galitzia del Este o el Banato son ejemplos reveladores de cómo las zonas en contacto con grupos étnicos y religiosos se transformaron en espacios claramente demarcados por «fronteras de violencia»[44]. Aquí, la espiral de violencia la inició menos la guerra que las dinámicas del periodo de posguerra. El ejemplo de Lemberg demuestra la complejidad de este periodo, cuando las autoridades imperiales austríacas y los movimientos nacionales ucraniano y polaco competían por la influencia con la comunidad judía —que sufrió inmensamente durante las matanzas de noviembre 1918— como víctima de ambos movimientos nacionales[45]. Desde una perspectiva más general, James Diehl señala el alcance de la militarización de los criterios políticos: «La movilización masiva de la sociedad para la Primera Guerra Mundial llevó a grupos anteriormente pasivos o marginalizados al ámbito de la economía nacional y de la política. En la posguerra, el fortalecimiento de grupos anteriormente privados de derechos hizo realidad la política de las masas. El sacrificio de la guerra combinado con las dificultades económicas de la posguerra dio lugar a una desilusión generalizada, especialmente entre los Estados sucesores de las anteriores Potencias Centrales, como muestra claramente el ejemplo de Hungría[46]». Cuando fueron haciéndose mayores las dificultades económicas de la posguerra, la

> práctica del tiempo de la guerra de dividir el mundo entre amigos y oponentes y de demonizar a los enemigos se siguió manteniendo en los tiempos de paz por la naturaleza cada vez más ideológica de la política. […] Los oponentes sociales y políticos se consideraban como una amenaza existencial y se deslegitimizaban. Se descartaba

> el compromiso. Se buscaba la destrucción total de los enemigos. A la política interna se le incorporaban las actitudes y las tácticas asociadas con la guerra total.

Además, el final de la guerra hizo accesible el material para pasar a la acción.

> Las armas estaban en todas partes y algunos Estados perdieron su monopolio sobre los medios de violencia. Además del material militar, había un tipo de excedente social de la guerra: los veteranos. […] Por ello, cualquier nación combatiente albergaba un importante ejército de posguerra de hombres incapaces de desmovilizarse psicológicamente. En relación con este problema, las democracias establecidas tenían ventaja[47].

El nuevo tipo de movilización era el resultado de la competencia territorial que rápidamente afloró como consecuencia de la planificación geopolítica y de nuevas referencias, como los tratados que pactaron los Aliados con Italia y Rumanía y que reveló el Gobierno bolchevique. Durante el verano y el otoño de 1918, todos los movimientos nacionales de Austria-Hungría fueron absorbidos por las diferentes concepciones para el futuro Estado —de los grupos de dentro de Austria-Hungría así como de los políticos exiliados y de los Estados vecinos—, aunque solo como anticipación a lo que se pensaba que sería el plan de las potencias aliadas. Además, los representantes destacados de las comunidades nacionales intentaban asegurarse canales de comunicación directa con París, Londres y Washington, y empezaron a elaborar y a presentar borradores y mapas que deberían adaptar las principales potencias aliadas, en primer lugar, Francia, para la futura ubicación de algunas fronteras. Ofrecían también el empleo de tropas nacionales bajo mando aliado para estar físicamente presentes en lugares que tenían un interés estratégico.

La incompatibilidad de las ideas y de los supuestos territorios nacionales fue caldo de cultivo para impulsar la intensificación de la violencia y alentó a los grupos armados a seguir luchando y a pasar a la acción en defensa propia o, incluso, llegar a un hecho consumado donde la ubicación de las fronteras todavía era incierta. En este contexto, una

reacción en cadena transformó la mentalidad y las inclinaciones de todos los agentes involucrados. La «extendida e ilimitada violencia que caracterizaba los estados de secesión de Europa del Este» y a lo que hace referencia Alan Kramer, no estaba tan generalizada en la monarquía de los Habsburgo como en sus equivalentes rusos y otomanos, puesto que en muchas regiones de Austria-Hungría la transición de la administración imperial a la de los Estados nacionales emergentes fue comparativamente suave y estuvo acompañada solo de vandalismo contra los símbolos del antiguo orden. No obstante, creaba un serio problema en esas zonas disputadas «donde el poder era débil y las regiones cambiaban de manos varias veces»[48].

El desgaste económico y de infraestructuras y las cada vez peores condiciones sanitarias —intensificado por la gripe española, que golpeó a poblaciones agotadas por cuatro años de guerra—[49] alimentaron el conflicto en el nivel local y estimularon la competencia geoestratégica respecto a la ubicación de las futuras fronteras entre los dirigentes políticos, así como en los círculos radicales dispuestos a emprender acciones militares preventivas. Esto dio lugar tanto a las llamadas pequeñas guerras, es decir, conflictos militares que podían definirse regionalmente y donde se luchaba por la ubicación de las fronteras (como entre Checoslovaquia y Polonia por el ducado de Teschen), como a guerras civiles (como en Finlandia) o a una dinámica en la que a una radicalización le seguía otra (como en Hungría o Bulgaria). En algunas zonas o campañas militares, como en los países del Báltico o durante la guerra de los soviets rusos, varios factores se entrelazaban unos con otros. En este contexto de misión nacional, las declaraciones no solo adquirían elementos de liberación social y cultural, de emancipación y participación, con promesas de reforma agraria, seguridad social para los obreros y la introducción del sufragio femenino. También incluían mensajes negativos que clasificaban a los grupos, dentro de la población del territorio propio del futuro Estado, como extranjeros o demasiado dominantes en el ámbito político y económico y que, por ello, habían impedido prosperar al colectivo nacional en el pasado.

CONCLUSIONES

Muchos observadores contemporáneos no pudieron dejar de señalar el perdurable legado de todas estas dinámicas. Por ejemplo, en 1921 el primer ministro italiano, Francesco S. Nitti, expresaba su escepticismo respecto a la estabilidad del nuevo orden geopolítico en Europa:

> Los recientes tratados que regulan, o se supone que regulan, las relaciones entre los pueblos son, de hecho, solo una terrible regresión, la negación de todos esos principios que habían sido considerados como una conquista inalienable de derecho público. El presidente Wilson, con su Sociedad de las Naciones, ha sido el factor más responsable de las barreras que se han levantado entre las naciones[50].

Los duraderos efectos de la guerra y de la movilización de masas fueron especialmente visibles en el caso de todos los Estados sucesores de la monaquía de los Habsburgo. En ellos, el momento de la movilización y de la desmovilización no solo lo determinó la guerra en sí. Dependió, en gran medida, de las estructuras de preguerra y de las actitudes políticas que se transformaron durante la guerra. Debido al cambio político hacia medidas represivas motivadas por la estigmatización étnica, la guerra estimuló automáticamente las fantasías territoriales que se orientaron a la puesta en práctica de escenarios políticos alternativos.

En cuanto empezaron a disiparse las lealtades hacia al imperio y se aceleró el desmembramiento del Imperio de los Habsburgo, estos conceptos ideológicos y geopolíticos intensificaron la fricción que provocaba la composición multinacional y multirreligiosa de la población. El desmantelamiento de las administraciones imperiales y la desintegración de un sentimiento común de orden público y seguridad personal abrieron una ventana a la posibilidad de resolver antiguas deudas e intentar llevar a efecto programas radicales revolucionarios. El hecho de que esta situación abierta ofreciera también posibilidades para poner en práctica ideas utópicas aplicables a una sociedad nacional propia aceleró aún más el uso de la violencia en el nivel inferior.

En estas regiones controvertidas, la Primera Guerra Mundial fue solo un primer paso hacia la movilización de mentes y recursos. A menudo, su población se vio más gravemente afectada por las consecuencias de la

guerra después de noviembre de 1918, tanto por la presencia de fuerzas paramilitares luchando entre sí como por la amenaza de que las futuras fronteras de los Estados pudieran separar a comunidades locales. El cambio del sistema político del dinástico austro-húngaro al de varios Estados-nación hizo que la vida política fuera mucho más democrática y permitió la participación política de partes de la población que hasta entonces no habían tenido voz en la política. No obstante, la disolución de la monarquía multinacional difícilmente resolvió ninguno de los problemas que se derivaron del conflicto de intereses de los grupos nacionales en competencia. La creación de nuevos Estados de tamaño medio o pequeño que, o eran multinacionales con considerables porcentajes de población minoritaria, o se veían obligados a asimilar la pérdida no solo de territorio, sino también de conacionales en favor de los Estados colindantes, duplicó más que resolvió el problema principal al que se había enfrentado la monarquía de los Habsburgo antes de la guerra. Ni que decir tiene que este escenario geopolítico tuvo graves consecuencias en el periodo de entreguerras para la futura estabilidad de casi todos los Estados sucesores.

Capítulo 5

El Imperio ruso

Joshua Sanborn

INTRODUCCIÓN: NACIONALISMO E IMPERIO EN LA VÍSPERA DE LA GUERRA

El Imperio ruso merecía claramente su lugar en la mesa de las Grandes Potencias. Aunque Moscú había sido solo un modesto principado en el siglo xv y principios del xvi, se extendió en tamaño e influencia durante la Edad Moderna. Sus famosos zares (Caesars): Iván el Terrible, Pedro el Grande, Catalina la Grande, fueron todos ambiciosos conquistadores imperiales. Iván toma la cuenca del Volga y abre el camino a Asia. Pedro combatió por su victoria en el norte y fundó una nueva capital en el borde del Báltico. Catalina anexionó la mitad de Polonia y estableció con firmeza el poder ruso en la costa norte del Mar Negro. Sus sucesores consolidaron y ampliaron la expansión en Transcaucasia, Asia Central, el norte de China y a orillas de la península balcánica. A finales del siglo xix, Rusia era el imperio más grande del mundo, abarcando la sexta parte de la tierra firme del planeta. Y, a pesar del acceso a las vías acuáticas que las

conquistas militares habían abierto, Rusia era fundamentalmente un imperio de tierra firme. Las tentativas de desarrollar una fuerza naval tuvieron algunas modestas victorias locales (como contra Suecia en la Gran Guerra del Norte) y también algunos notables fracasos (como contra Japón en la guerra ruso-japonesa). Pero, finalmente, la debilidad naval y la lentitud con que Rusia desarrollaba los sistemas rápidos de transporte entrañaban que la capacidad de Rusia para proyectar fuerza y poder más allá de sus fronteras estaba en gran parte limitada a lo lejos que pudieran llegar sus soldados.

En un sentido, pues, Rusia era un hombre muy alto con brazos muy cortos y pies muy lentos; imposible de ignorar, muy peligroso de cerca, pero posible de ser neutralizado si se mantenía una respetuosa y cautelosa distancia. No obstante, no debemos suponer que fuera un hombre torpe. Al contrario, cuando conseguía establecer y mantener el control imperial, el Gobierno mostraba habitualmente una considerable destreza. La historia de la construcción del Imperio ruso es una historia de adaptación y de fuerza. El puño de nuestro hombre imperial era de fiar: firme si estaba bajo presión, relajado cuando le convenía. La consolidación del poder ruso en las regiones conquistadas normalmente se lograba gracias a la cooptación, y solo se recurría a las armas en caso necesario. Las élites autóctonas mantenían su poder en las administraciones y las cortes locales, y muchas se incorporaron a la clase noble[1]. En otras palabras, el Imperio ruso se ajusta a la definición de Charles Maier de un imperio como «un régimen que centraliza el poder, pero incorpora[ba] distintas élites étnicas y/o sociales en su gestión»[2]. Este fue un imperio que triunfó gracias a la descentralización, de hecho, y a la creación de redes personales de poder. Los gobernadores locales y los generales eran responsables de la población y de los territorios que estaban bajo su control. Mantenían las burocracias, a veces inmensas, pero su autoridad derivaba directamente de la persona del zar, quien los designaba. Era una estructura jerárquica de estatus y autoridad, que iba desde el emperador, a través de sus nobles, hasta los siervos, los ciudadanos y otros grupos corporativos de la sociedad, como las minorías étnicas o religiosas en las tierras fronterizas de Rusia.

Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XIX, varios acontecimientos hicieron imposible continuar con este modelo que había tenido tanto éxito.

Los cambios fundamentales que trajeron consigo la emancipación de los siervos en 1861 y las subsiguientes «Grandes Reformas» abrieron la puerta a la moderna política de masas en Rusia. El nacionalismo fue el mecanismo clave por el que se desarrolló la política de masas durante los siguientes cincuenta años. Si muchos movimientos nacionalistas de Europa del Este fueron bastante reducidos y limitados durante la primera mitad del siglo XIX, en la última mitad empezaron a extenderse rápidamente[3]. La rebelión polaca de 1863 y una oleada de activismo ucraniano en la década de 1870 aterraron a la élite imperial y, cuando Alejandro III subió al trono en 1881, tomó la peligrosa decisión de poner en marcha un impeditivo programa de asimilación forzada conocido como «rusificación»[4]. La rusificación fue un fracaso que provocó una encolerizada reacción, hizo más por aumentar la concienciación étnica entre las masas de la periferia imperial de lo que nunca habían hecho la diligente labor de los etnógrafos autóctonos o los agitadores políticos.

Los años 90 conocieron acontecimientos políticos relevantes. Tanto en las zonas fronterizas como en el centro se formaron partidos políticos ilegales: los partidos nacionalistas polacos de izquierdas y de derechas, la Unión (Bund) judía y el Partido Obrero Socialdemócrata, por nombrar unos pocos. Además, cambió la política de exteriores del imperio. La construcción del ferrocarril transiberiano permitió a los políticos y a las élites económicas de San Petersburgo centrarse en agresivas fantasías respecto a Asia Oriental. En los primeros años del nuevo siglo, Rusia se unió a la coalición antibóxer, en busca de un ámbito de influencia en el norte de Corea. La desastrosa guerra entre Rusia y Japón (1904-1905) que se derivó de ello desató una crisis imperial no solo en el ámbito internacional, sino también en el interno. La rusificación, el nacimiento (y la supresión) de instituciones políticas de masas y el fermento social característico de una fase de rápida industrialización, todo ello dio lugar a una situación explosiva que estalló en los primeros meses de 1905. Se sucedió una grave revolución, que devoró todo el imperio y amenazó con derrocar al zar. Los activistas políticos liberales presionaban para conseguir libertades civiles y políticas para todos los componentes del imperio, pero centraron su atención en los asuntos de interés «rusos», como la creación de un nuevo Parlamento. Los nacionalistas y los

socialistas tenían también objetivos políticos, pero estos no se alcanzaron tan fácilmente. Los nacionalistas de la derecha volvieron su frustración contra la población judía de Ucrania y Polonia, mientras que a los nacionalistas de la izquierda les irritaba el nuevo régimen imperial «constitucional».

Pero el genio de la participación política y la movilización del partido étnico ya había sido liberado de la botella, y los años entre 1905 y 1914 se colmaron de enfrentamientos relacionados con asuntos étnicos y con el Estado imperial. Los nacionalistas locales discutían con los fortalecidos nacionalistas rusos sobre asuntos de todo tipo, sobre todo relacionados con el alcance en las regiones fronterizas occidentales de los Gobiernos locales elegidos[5]. En ningún caso, sin embargo, fue el nacionalismo separatista un peligro real para la integridad del imperio. El Gobierno no se sometió a los nacionalistas durante la crisis de 1905 y no lo haría después de que hubiera pasado la oleada revolucionaria. Si cabe, insistió provocativamente sobre sus propias prerrogativas imperiales, cuando el primer ministro, Petr Stolypin, acogió el nacionalismo ruso como una estrategia de gobierno nueva y necesaria para un imperio moderno. Fue asesinado en el Teatro de la Ópera de Kiev en 1911.

LA GUERRA EN UN ESPACIO COLONIZADO 1914-1916

Durante todo el transcurso de la Gran Guerra en el Frente Este, los combatientes imperiales lucharon con ejércitos multiétnicos en espacios colonizados. En agosto de 1914, Rusia llevó a cabo una movilización general, llamando a los reservistas que habían terminado su periodo de servicio en época de paz años antes de ingresar en la estructura militar en el oeste. La composición del ejército quedaba determinada, por tanto, por la elección de alistamiento que se había hecho durante cuarenta años desde que se adoptó el reclutamiento «universal» en 1874. Puesto que el presupuesto era demasiado pequeño para soportar el reclutamiento universal en cualquier momento anterior a la guerra, el Estado tenía la capacidad de tomar decisiones sobre qué súbditos imperiales tendrían que servir. El régimen de exenciones era deliberado. Los números de sorteo de reclutamiento era mucho menos importante que la categoría de

reclutamiento en la que un joven en particular era incluido. Algunos de estos criterios de selección estaban individualizados: el examen médico, por ejemplo, era un momento importante para la filtración. Otros se basaban en incentivos, como las exenciones o tratamiento especial para determinadas profesiones. Pero la mayoría de ellos tenían naturaleza etnopolítica. Los finlandeses estaban exentos de ser reclutados, un punto ratificado y dejado en claro tras un intento fallido de reclutarlos en 1901. Muchos pueblos del Cáucaso y de Transcaucasia estaban exentos ante el temor que hasta hacía muy poco causaba armar a pueblos guerreros hostiles. Y muchos grupos étnicos del Asia rusa, especialmente los recién conquistados Kazajos, Kirguises y Uzbekos, en Asia Central, estaban exentos por las dudas que se tenía sobre si estaban lo suficientemente «civilizados» como para cumplir con sus obligaciones militares honrada y contundentemente. Al mismo tiempo, otros muchos grupos étnicos —polacos, ucranianos, bielorrusos, letones, etc.— eran reclutados según los mismos criterios que se utilizaban en Rusia central. El temor a los nacionalismos llevó a veces a poner en práctica políticas para desplegar a los grupos étnicos potencialmente agitadores en frentes alejados de sus hogares, para limitar el porcentaje de ellos en una unidad militar dada, o para restringirles el acceso a los cuerpos oficiales; pero todos estos grupos eran parte integral del ejército imperial ruso. Los judíos, como siempre, eran un caso especial: se los reclutaba, pero a menudo se los maltrataba y se les impedía acceder a puestos de mando. Muchos jóvenes judíos respondían tratando de evadirse del reclutamiento, pero la mayoría servía bajo condiciones opresivas, tanto en la guerra como en la paz[6].

Los problemas étnicos en el ejército desempeñarán un papel importante en la aceleración del desmoronamiento del imperio en 1916 y 1917, pero durante los dos primeros años de la guerra el problema imperial de mayor importancia estaba relacionado con los civiles. El hecho de que las zonas de combate y las retaguardias profundas de los ejércitos combatientes se encontraran en espacios colonizados tuvo tremendas consecuencias. Ninguna de las principales batallas del Frente Este tuvo lugar en la Rusia, Alemania, Austria o Hungría de hoy en día, y solo un puñado ocurrió en la Turquía contemporánea. La mayoría se desarrolló en lo que ahora es Polonia, Lituania, Letonia, Bielorrusia y Ucrania. La

consecuencia de este campo de batalla colonial es que el ejército de Rusia era, en aspectos importantes, un ejército de ocupación, incluso aunque estuviera luchando en su lado de la frontera de 1914. Esta dinámica de ocupación militar se hizo más intensa debido a la decisión, los primeros días de la guerra, de declarar bajo ley marcial las zonas de combate profundo. El antiguo sistema de gobierno imperial fue suprimido por el gobierno militar en una zona cuya superficie era mayor que Alemania, al mando de hombres sin absolutamente ninguna experiencia en la administración civil.

Como consecuencia de ello, el Estado empezó a desplomarse. Esta transformación en el Estado y en su gobierno fue lo que más impacto tuvo en el colapso del imperio. La guerra, y no el activismo nacionalista, mutiló al imperio. El ascenso del nacionalismo separatista, del que hablaremos más adelante, llenó el vacío que había dejado la quiebra del Estado imperial. Esta quiebra no fue completa hasta 1917, pero ya en los primeros días de la guerra podemos encontrar sus indicios. Se apartó a los administradores imperiales de las zonas fronterizas, algunos de ellos con experiencia. La ley marcial significaba que tenían que informar al Stavka (Cuartel General de las Fuerzas Armadas) además de a sus ministros civiles en Petrogrado. Esta confusión de autoridad, combinada con el peligro de captura por las fuerzas alemanas, condujo a muchos de ellos a huir incluso antes de que empezaran las principales operaciones de combate. Los que permanecían se enfrentaban a situaciones peligrosas. El caso del consejero de Estado Agafonov, el jefe del distrito fronterizo polaco de Nieszawa, era habitual. Hizo lo que pudo para cumplir con sus obligaciones durante la movilización, asegurándose de que hombres y caballos acudieran al punto de recogida en Kutno, a algo menos de 100 kilómetros, y después organizó un servicio de oración colectivo en la plaza del pueblo de Nieszawa el 5 de agosto de 1914. Un destacamento alemán de entre 200 y 250 hombres que merodeaba por el río Vístula llegó a los alrededores del pueblo durante el servicio, lo rodeó y aterrorizó a la población. Los alemanes secuestraron a Agafonov, le obligaron a anunciar varias decisiones y le amenazaron repetidamente. Cuando, un par de semanas después, los alemanes se retiraron, Agafonov huyó de Nieszawa, primero a Kutno y después a Varsovia[7]. En Varsovia se encontró con

otros muchos oficiales civiles conmocionados, la mayoría de los cuales había huido antes para evitar su misma suerte o algo peor.

Con la mayoría de los administradores imperiales apartados, solo quedaban dos posibles fuentes de gobierno: las autoridades militares o las autoridades locales que aún permanecían en sus lugares. Estos dos grupos —uno de ellos fuertemente armado, cuyos componentes eran en su mayoría rusos y partidarios del imperio; el otro compuesto por élites locales desarmadas, en gran parte con inclinaciones nacionalistas— tendrían una relación poco cómoda. En cierto modo sorprendentemente, fueron los locales los que gobernaron casi en todo. El Stavka no tenía servicio de administración civil al principio de la guerra y necesitó semanas para conseguir un funcionamiento incluso limitado sobre el terreno. Sin personal y con poca idea de lo que estaban haciendo, eran ineficaces. Los soldados de combate en el lugar se cruzaban con los civiles locales, pero de forma caótica. Para las élites locales se presentó la oportunidad de gobernar, especialmente en Polonia, y la aprovecharon por toda la zona fronteriza[8]. Si podemos identificar el momento en el que por primera vez se sembraron en el terreno del Imperio ruso las semillas de los nuevos Estados independientes, ese es este en los primeros años de la guerra.

Esto no quiere decir que el Ejército no desempeñara ningún papel en la vida civil local. Todo lo contrario, era enormemente importante, pero a menudo lo hacía de manera que socavaba el poder del Estado y la estabilidad social y, por ello, también el sistema imperial. Fundamentalmente había dos ámbitos en los que se entrometía el Ejército, con resultados perniciosos: la economía y las relaciones etnopolíticas en las tierras fronterizas. La transformación de la economía del imperio en la guerra es un tema amplio (y poco estudiado). Trataré aquí solo por encima el problema más importante y evidente para civiles y hombres de Estado por igual: la inflación. Todo el que estaba en una posición de poder sabía que la situación de emergencia originada por la guerra podía llevar a subir los precios. Desgraciadamente, pocos de ellos entendían las razones profundas e inexorables que llevaban a la inflación. Al desaparecer el comercio internacional, se redujeron las mercancías; los obreros fueron movilizados por el Ejército y la violencia hizo que el comercio fuera

peligroso. Aumentaba la demanda, especialmente por parte del populoso ejército que ahora vivía en las fronteras. También la situación fiscal requería que el Ministerio de Economía pusiera en marcha políticas inflacionistas para facilitar la alimentación y el equipamiento del ejército. Sin embargo, tanto los militares como los civiles y, sorprendentemente, un amplio sector de la administración del zar, consideraban que el abuso en los precios se debía a especuladores irresponsables. Por ello, varias de las primeras disposiciones de autoridades civiles, como Agafonov, y, después, de mandos militares, eran órdenes a los comerciantes para que dejaran sus precios fijos. Los oficiales publicaron listas en las que se indicaba el precio máximo que los comerciantes podían cobrar y auguraban terribles consecuencias a aquellos que subieran los precios. El temor a la inflación también los condujo a arrestar a cualquier comerciante que descubrieran almacenando bienes, pues sospechaban que los estaban acumulando solo para provocar artificialmente escasez, de modo que se justificaría que los precios fueran más altos. Estas políticas destruyeron la economía de las zonas fronterizas, pues dificultaban enormemente el comercio. Muchos comerciantes huyeron o cerraron sus negocios. Los nuevos emprendedores prefirieron trabajar en el ahora floreciente mercado negro. La respuesta fue redoblar sus políticas, no solo en las zonas fronterizas, sino también en el interior del imperio, donde pronto se extendieron los estragos de la inflación.

Este sentimiento anticomercial, tanto en el contexto del antisemitismo histórico como en el de tipo más moderno que se había madurado durante la última década anterior a la guerra, sin duda iba ligado a una campaña contra los judíos de la frontera occidental. Dicha campaña la encabezó el ejército ruso, en especial el general Ianushkevich, el jefe del Estado Mayor de Stavka. Según señala Eric Lohr, el ejército estaba involucrado en «casi todos los pogromos» de 1915[9]. A los judíos se los amenazaba, se los perseguía, se los golpeaba, se los arrestaba, se los asesinaba y se los deportaba en grandes cantidades, y tanto los oficiales como los civiles locales tomaron parte en ello[10]. Cuando los civiles adquirieron más relevancia, las frustraciones económicas cuyo origen era la inflación, fueron un punto central en el conflicto[11]. Pero esta campaña no era más que la señal más evidente de un cambio mayor en la política étnica. El

Gobierno imperial había sido precavido en la movilización de grupos étnicos antes de la guerra, pues consideraba inquietantes incluso las actividades de los grupos nacionalistas rusos que apoyaban la monarquía. Este control desapareció prácticamente cuando se declaró la guerra. En el transcurso de esta se desarrolló una campaña a gran escala para expropiar las propiedades de los grupos étnicos alemanes. Se alentaba a los «rutenos» de Galitzia a abrazar sus identidades «no austríacas». Después de años en los que les estuvo prohibido, los voluntarios polacos, georgianos y armenios pudieron formar unidades militares étnicas. Se peinaban los campos de prisioneros de guerra y se les clasificaba por grupos étnicos. A los prisioneros eslavos de los ejércitos austro-húngaros se los situaba en los mejores puestos y se les instaba a apoyar la causa de la Entente.

Si esta era la situación en el lado ruso de la frontera, en las zonas ocupadas de la Galitzia austríaca la situación era incluso peor. Las políticas de control de precios eran iguales en ambos lados de la frontera, pero los administradores del ejército causaron incluso más estragos al establecer un tipo de cambio inaceptable entre las monedas rusa y austríaca. Además, la tercera economía del saqueo y las confiscaciones era mucho más marcada en los territorios extranjeros ocupados que en el lado ruso de la frontera. A finales de 1914, la mayoría de la población local, incluso la parte eslava de la misma, vivía atemorizada y resentida con los soldados rusos[12]. También la situación etnopolítica se volvió más agitada, pues los extremistas militares y otros varios fanáticos religiosos y políticos pululaban por Galitzia intentando rehacerla a su propia imagen. Sin instituciones que sirvieran de contrapeso para detenerlos, el único que podía poner freno a su comportamiento era el consternado gobernador general de los territorios ocupados, el conde Georgii Bobrinskii. Bobrinskii no era un liberal, pero le alarmaba por el extremismo. Finalmente, también él perdió el control de la situación y acabó siendo culpado de muchas de las políticas a las que se enfrentó. La ocupación fue un total desastre que enemistó a posibles amigos y debilitó el poder ruso en varios aspectos importantes[13].

Todo esto se vino abajo en 1915. La ofensiva austro-alemana que había empezado a lo largo de la línea Gorlice-Tarnóv bajo el general Mackensen

obtuvo una espléndida victoria en la primavera de 1915, empujando a las tropas rusas y a las fuerzas de ocupación no solo fuera de los territorios de Galitzia que habían conquistado en 1914, sino también profundamente hacia el interior del Imperio ruso. Al final del verano, Rusia había perdido todos sus territorios en Polonia y grandes partes de la Ucrania contemporánea. El ejército había sido empujado hacia el interior de la zona del lago Narach de Bielorrusia y a las puertas de Riga en Letonia. El antiguo Imperio ruso no volvería nunca a Polonia (aunque sí lo haría, brevemente, a partes de Galitzia), pero la experiencia de la movilización étnica del Gobierno local y, por último, de la organización militar sería tremendamente importante para las élites nacionalistas en los años posteriores.

En la metrópoli imperial, las derrotas militares de 1915 socavaron profundamente la legitimidad del régimen zarista y rasgaron el tejido de la sociedad rusa. La oposición política, que en un arranque de espíritu patriótico había decidido en 1914 apoyar al régimen zarista, cambió de dirección en 1915. Reprochó al Gobierno no solo su lamentable liderazgo que llevó a los desastres militares, sino su gestión de los asuntos civiles. Las oleadas de refugiados y deportados que llegaban a Rusia Central y a Siberia en 1914 se convirtieron en un torrente durante el verano de 1915. Se unían a las decenas de miles de refugiados armenios que habían huido a territorio ruso en busca de protección durante el genocidio auspiciado por los turcos el mismo año. De los seis millones de personas desplazadas, más de la mitad fueron rechazadas entre abril y septiembre de 1915. Las autoridades locales y también los funcionarios civiles temían que estos migrantes pudieran propagar enfermedades, ser una carga para la economía y dejar claramente palpable el caos de las líneas del frente. En muchos aspectos, no estaban equivocados, pero también hubo otros efectos inesperados. Muchos de los refugiados, al ser civiles de las zonas fronterizas, no eran de etnia rusa. Cuando llegaron a territorio extraño de las provincias del centro de Rusia, empobrecidos y amenazados, recurrían unos a otros y a sus propias élites políticas en busca de ayuda. Como consecuencia de ello, el problema de los refugiados se convirtió en una experiencia nacionalizadora, cuando sociedades de ayuda polacas, letonas, armenias, etc., se hicieron cargo de organizar la asistencia[14]. La «cuestión

de los refugiados» fue solo uno de los asuntos conflictivos que la dimensión imperial de la guerra reveló a los políticos rusos y a los activistas. El desastre de la ocupación de Galitzia, el genocidio armenio, el aumento de unidades militares autóctonas, los intentos de socavar los imperios enemigos por medio del reclutamiento nacionalista en campos de prisioneros de guerra (y por medio de operaciones de inteligencia): todos estos elementos fueron clave en la creciente crisis política. Esta crisis debe entenderse ahora en su totalidad, no solo como una cuestión de legitimidad autocrática, sino como una crisis a gran escala.

Esta crisis se relajó temporalmente entre el otoño de 1915 y el verano de 1916. El ejército demostró que era capaz no solo de detener el avance del enemigo en su territorio, sino incluso de ocuparse de sus propias conquistas. Los principales logros los consiguió contra los otomanos en el sur. A finales de 1915 y principios de 1916, la creciente actividad alemana y otomana en Persia asustó a las autoridades británicas y rusas, que habían puesto al debilitado país bajo su esfera de influencia en 1907. Los británicos pidieron a los rusos que mandaran tropas al norte de Persia, y los mandos rusos accedieron. El general Baratov dirigió una victoriosa expedición que ocupó Hamadan y Qom en diciembre de 1915 e hicieron patente la naturaleza del predominio militar y político de Rusia en la zona. Este dominio se debilitó cuando, tras un desacertado esfuerzo por socorrer a las fuerzas británicas sitiadas en Kut-al-Amara en abril de 1916, la enfermedad desgastó a las tropas y los otomanos lanzaron una contraofensiva, pero el Imperio ruso estaba todavía vivo y en condiciones en el Oriente Medio. Fue incluso más evidente durante la victoriosa invasión de Anatolia del Este, cuando el general Yudénich fue capaz de tomar las principales posiciones estratégicas de Erzerum y Trabzon a principios de 1916. Las fuerzas rusas ganaron también terreno en Europa, cuando una ofensiva de primavera bajo las órdenes del general Brusilov en el Frente Sudoccidental permitió a las fuerzas rusas volver a las zonas ocupadas que habían conquistado y luego perdido durante los años anteriores. Una vez más, los asuntos de la ocupación de Galitzia vuelven a estar en primer plano, aunque esta vez los escarmentados administradores se movieron con más cautela que el primer año de la guerra.

EL DERRUMBAMIENTO DEL ESTADO Y LA DESCOLONIZACIÓN 1916-1918

La recuperación del ejército ruso en 1916 no pudo salvar al antiguo régimen. En primer lugar, las victorias militares fueron dispares y no decisivas. La conquista del norte de Persia, de Anatolia del Este y de Galitzia del Este fue impactante, pero eso no acabaría con la guerra. No solo los alemanes seguían firmemente atrincherados a lo largo de todo el sector norte de la línea, sino que los rusos tampoco dejaron fuera de combate a los otomanos y a los austríacos. En segundo lugar, los altos mandos militares que lograron una victoria (generalmente, Yudénich y Brusilov) lo consiguieron apartándose del *statu quo*, no reiterándolo. Sin embargo, Brusilov se vio obligado a entablar violentas batallas con mandos de otros frentes y con sus propios superiores para que se le permitiera probar un nuevo procedimiento táctico y estratégico, e incluso habiendo demostrado su efectividad, se negaban tanto a que cambiara el método de ellos como a apoyar su ofensiva de manera significativa.

Sin embargo, lo más importante es que las victorias no pudieron reparar lo que política y socialmente se había roto en el imperio. A no mucho tardar, estos problemas surgieron bajo formas incluso más letales. Lo primero que quebró fue el sistema económico, particularmente en cuanto a la mano de obra. Debido a la movilización masiva de hombres para las fuerzas armadas, el Imperio ruso padeció escasez de mano de obra durante la guerra en prácticamente todos los sectores de la economía. Igual que sucedía en otros países combatientes, la mano de obra se transformó para adaptarse a las nuevas circunstancias. Las mujeres desempeñaron papeles que hasta entonces les estaban vedados, no solo en la economía industrial, sino también en el campo, donde tuvieron que realizar «los trabajos de los hombres» en el pueblo, además de sus propias tareas anteriores a la guerra. Pero incluso esto no era suficiente, así que el Estado tuvo que recurrir al trabajo forzado. La forma más obvia de abastecerse era con la población de los prisioneros de guerra, que alcanzaban los dos millones y estaban repartidos tanto en zonas rurales como urbanas. Pero desde el mismo principio de la guerra, los mandos del ejército habían reclutado mano de obra local para llevar a cabo trabajos de infraestructuras

cruciales. La necesidad de esta mano de obra creció muy pronunciadamente. Incluso antes de las adquisiciones territoriales de la primavera y el verano, los generales pedían desesperadamente más mano de obra. Pronto supieron que el pozo de prisioneros de guerra se había agotado y que ya no había más mano de obra disponible. Habían huido tantos que no había más excedentes. En consecuencia, en mayo y junio de 1916, el Consejo de Ministros acordó un plan para reclutar a las minorías étnicas exentas del servicio militar para las brigadas de trabajos forzados. El grueso de estos trabajadores vendría de las zonas de Asia Central que habían sido anexionadas a finales de la segunda mitad del siglo XIX. Nicolás II ordenó el reclutamiento en un edicto imperial el 25 de junio de 1916[15].

Si tenemos que precisar el momento en que el Gobierno imperial pasó de una situación de crisis a una situación revolucionaria, sería este, en el verano de 1916 en Uzbekistán y Kazajistán. Todas las patologías del control imperial ruso quedaron a la vista en 1916: falta de previsión, aplicación torpe, corrupción y brutalidad. Puesto que no se había planeado reclutar a estos hombres, no existían listas de registro. Sin registros, los oficiales recurrieron a miembros seleccionados de las élites locales para que les dijeran a quién podían elegir para el reclutamiento. Muchos de estos redactaron listas en las que incluían a sus enemigos en lugar de a los jóvenes de sus distritos y excluían a los que les habían pagado para ello. El reclutamiento empezó el 2 de julio y las revueltas empezaron solo dos días después en Khojent. Rápidamente se extendieron y tuvo que proclamarse la ley marcial en Turquestán el 17 de julio. En agosto, se desataron disturbios en Syr Daria, donde destacamentos de cientos de rebeldes atacaron las principales líneas férreas rusas. En septiembre, toda la estepa estaba devorada. La violencia rebelde, que originalmente se había dirigido contra las élites locales y, después, contra los oficiales y las instituciones del imperio, se dirigía ahora cada vez más contra los colonizadores rusos. Se destruyeron las propiedades de 9000 familias rusas y murieron más de 3500 colonos. Estaba abiertamente en marcha una guerra civil anticolonial. Los rusos reclutaron a 110 000 uzbekos, kazajos y kirguís, pero decenas de miles de estos hombres murieron, huyeron o estaban

incapacitados. Solo Semirechye perdió el 20 por ciento de su población y el 50 por ciento de su ganado (véase fig. 9)[16].

Fig. 9.—Obreros de Kazajstán en el Frente Oriental.

En los albores de 1917, el imperio era muy diferente de lo que había sido dos años y medio antes. Las fronteras occidentales estaban bajo ocupación extranjera o bajo el cada vez más coercitivo régimen militar. Los nacionalistas iban ganando silenciosamente influencia cuando la caída del Estado fue provocando un vacío político cada vez mayor. En Oriente Medio, el imperio se expandía, pero solo dentro del marco de una cada vez más evidente guerra étnica en la región[17]. En Asia Central la rebelión había hecho trizas las sociedades locales y había conducido a despiadadas represalias. Todavía se mantenía la dinastía Romanov y con ella los más de 300 años de autoridad personal e institucional que organizaba la vida política por toda la extensión del imperio. Mientras se mantuvo la monarquía, también se mantuvo el control imperial.

Por eso, fue la Revolución de Febrero la que marcó el principio del fin. Las manifestaciones y las revueltas que pusieron a la capital de rodillas poco tenían que ver con el imperio en sí. Las protestas empezaron con las reclamaciones por la escasez de alimentos y pronto se ampliaron para incluir críticas al esfuerzo de guerra y a la competencia del Gobierno. En días, estaban exigiendo el fin de la autocracia. Sin apoyo político interno, incluso entre los altos mandos del ejército, el zar se vio obligado a abdicar. Su marcha dejaba un enorme hueco simbólico e institucional en medio del sistema político, un hecho que preocupaba a varios de los más ardientes críticos de la monarquía. Los cuerpos que sustituyeron a la autocracia —el revitalizado Soviet de obreros y soldados y el Gobierno provisional encabezado por liberales procedentes del Parlamento y de las principales organizaciones humanitarias de la guerra— compartían un programa básico de igualdad cívica y autodeterminación nacional. ¿Qué futuro podía tener el imperio en estas condiciones? Esta pregunta tuvieron que planteársela todas las minorías nacionalistas a lo largo de 1917, pero que no valoraron lo suficiente los políticos liberales que aceptaron el nombramiento ministerial en el nuevo Gobierno. Estos hombres imaginaron un futuro en el que llegaban a su fin el chovinismo ruso y la supremacía nacional, de un Estado multiétnico basado en los ideales de igualdad y respeto mutuo. Pero también admitían que este Estado conservaría los focos de poder en Rusia Central, que el ruso sería la lengua del Estado y que se mantendría dentro de las fronteras de entonces. Además, seguían concibiendo a Rusia como miembro fundador del club imperial de las Grandes Potencias.

Estas asunciones tácitas constituían el principal ángulo muerto para los liberales, y varios arruinaron una carrera política a lo largo del año revolucionario de 1917. La primera de estas víctimas fue Pavel Miliukov, el líder del Partido Democrático Constitucional (Kadet). Las ideas imperiales arruinaron completamente a Miliukov. Una de sus primeras acciones como ministro de Asuntos Exteriores fue afirmar que Rusia continuaría cumpliendo con las obligaciones que había contraído en sus alianzas y que seguiría combatiendo en la guerra contra el «militarismo prusiano». Su actitud inflexible alejó a muchos de la izquierda y tuvo, casi inmediatamente, que dar marcha atrás. Aseguró a los Aliados que Rusia

seguiría en la guerra, pero también prometió que el Gobierno «abriría una vía para la expresión de la voluntad popular» en relación con el mantenimiento de las hostilidades. Continuaba también insistiendo en los objetivos de la guerra, especialmente que Rusia tomaría el control de los Estrechos tras la victoriosa conclusión del conflicto. Esto abrió un espacio político para atacar el liderazgo liberal de Rusia en cuanto más comprometido con el beneficio imperial que con el bienestar de sus propios soldados y ciudadanos. Los políticos socialistas aprovecharon inmediatamente su oportunidad. Los moderados, como Isaak Tsereteli, articularon una política de defensismo revolucionario en el que el ejército podría seguir luchando, pero solo para proteger la democracia revolucionaria y la patria. Buscarían una paz basada en el eslogan «ninguna anexion ni contribución». Cuando Miliukov se opuso, Vladimir Lenin, que acababa de volver, aprovechó la oportunidad para impulsar el discurso en una dirección más radical, proclamando en el principio mismo de su Tesis de Abril que la Gran Guerra era «indiscutiblemente una guerra imperialista, de rapiña». El conflicto no tardó en trasladarse a las calles, donde multitudes de manifestantes clamaban contra «Miliukov-Dardanelleski» y exigían su destitución. Unos días después, tanto Miliukov como el ministro de Guerra Aleksandr Guchkov dimitieron antes que ceder el control sobre la política exterior de Rusia al Sóviet[18].

Si para los liberales era difícil llegar a un acuerdo con el carácter imperial de su política exterior, lo mismo sucedía con su política interior. El fin de la dinastía dio esperanzas a los nacionalistas de los territorios fronterizos de que la situación política cambiaría drásticamente. Los nacionalistas de Finlandia, Ucrania, Georgia y de otros lugares empezaron a fabular nuevas ideas, nuevos programas y nuevas instituciones. En Ucrania, por ejemplo, solo cuatro días después de que Kiev se enterara del éxito de la revolución en Petrogrado, los políticos ucranianos crearon la Rada Central (Parlamento) como núcleo del movimiento nacionalista, con el importante historiador y figura cultural Mykhailo Hrushevsky como presidente. La Rada «presidía el impresionante resurgimiento de la vida política y cultural ucraniana»[19]. Reaparecieron periódicos que habían estado prohibidos, se formaron unidades militares étnicas y se estableció un diálogo entre los nuevos partidos políticos. Los gestos por la

independencia se hacían todavía cautelosamente y no eran frecuentes. La Rada se declaró solo autónoma, no independiente, cuando dio su primer paso de importancia constitucional en junio de 1917, una pauta que se repetiría en Finlandia. Incluso la autonomía era excesiva para los liberales rusos (por no hablar de los de la derecha rusa). El Gobierno provisional reaccionó con recelo hacia el surgimiento de ideales nacionalistas, especialmente la víspera de una gran ofensiva militar en Ucrania, y negoció con la Rada solo bajo fuerte coacción y a costa de que muchos de los Kadet en el Gobierno tuvieran que resignarse[20].

Fig. 10.—Soldados reclutados de los campos de prisioneros de guerra alemanes haciendo la instrucción en la nueva 1.ª División del ejército ucraniano, 1918.

Con el consenso imperial deshilachado y roto en la metrópoli, las periferias del imperio se hundían en el desorden violento. Otra vez, el combate desempeñaba un papel importante. El ejército ruso, todavía convulsionado por la revolución, lanzó una desesperada ofensiva en

Galitzia en junio. La ofensiva tuvo éxito en poco tiempo, pero cuando las Potencias Centrales contraatacaron, las líneas rusas se rompieron, esta vez para siempre. Las unidades desaparecieron, luchaban unas contra otras, saquearon los pueblos, quemaron las granjas y se dispersaron violentamente hacia sus hogares. El final del verano de 1917 fue un periodo de anarquía abierta en Ucrania, con no solo el poder imperial, sino también el estatal, que se evaporaban en una orgía de violencia. En agosto, la ciudad de Riga, que se mantuvo firme como la punta norte del frente de Letonia, se rindió a las fuerzas alemanas. En Petrogrado y Moscú, la postura del imperialismo del antiguo régimen se hizo cada vez más insostenible. Los soviets no solo se hicieron más poderosos, sino que cayeron cada vez más bajo el dominio bolchevique. En lugar de hambre, prometían alimentos; en lugar de dominio de una clase, prometían tierras; en lugar de guerra, prometían paz; y en lugar de imperio, prometían autodeterminación nacional. En octubre, tomaron la capital, arrestaron a los ministros del Gobierno provisional y proclamaron que todo el poder en Rusia había pasado al Sóviet.

Si la Revolución de Febrero había sido la señal para que los nacionalistas presionaran por la autonomía, la Revolución de Octubre fue la señal para la secesión. Los bolcheviques no solo utilizaron la autodeterminación como un eslogan, sino que iban claramente a tener problemas para sobrevivir incluso en sus baluartes urbanos de Rusia Central. Antes de que los bolcheviques se hicieran con el poder, Rusia había sido despojada de Polonia, Lituania y gran parte de Letonia. Poco después del golpe, grupos hostiles a los bolcheviques se escondieron en Estonia, próximos a la capital. Finlandia logró su independencia por medio de negociaciones con Lenin y el Consejo de los Comisarios del Pueblo durante las vacaciones de Año Nuevo. Ucrania emprendió formalmente una guerra civil, especialmente después de que la Rada firmara una paz por separado con Alemania para ahuyentar la amenaza Roja (véase fig. 10). Para los nacionalistas de Finlandia, Letonia, Lituania, Polonia y Ucrania, «independencia» significaba ahora dependencia del ambicioso Imperio alemán, una condición que se hizo más acusada en marzo de 1918, cuando los bolcheviques cedieron casi todos estos territorios fronterizos a la soberanía alemana en el Tratado de Brest-Litovsk.

En el Cáucaso, los nacionalistas estaban atrapados entre el colapso del Imperio ruso y el apenas más saludable Estado otomano. Los otomanos deseaban aprovechar su ventaja inmediatamente después del Tratado Brest-Litovsk. Irritados por la repoblación a gran escala de Anatolia del Este con refugiados armenios protegidos por los rusos, auspiciaron asaltos de grupos paramilitares kurdos como una manera de reducir la fuerza armenia y avivar la violenta discordia que había entre los dos grupos. Igual de importante, los Jóvenes Turcos cambiaron de opinión sobre la conveniencia de crear un Estado independiente en la Transcaucasia. Enver Pachá consideraba ahora favorablemente este Estado como amortiguador contra los desórdenes rusos y como medio para evitar el sentimiento armenio al diluirlo en un Estado multiétnico[21]. Sucedió, sin embargo, que muchos nacionalistas de la región eran también socialistas comprometidos y querían primero unir su suerte a la «democracia rusa». El frágil y joven Seim (Parlamento) transcaucásico hizo un llamamiento a la guerra contra el avance de las fuerzas otomanas en abril de 1918 antes que perder la confianza en la revolución, pero su resistencia duró solo un breve lapso de tiempo. El 22 de abril de 1918, el Seim se declaró independiente.

Menos de un mes después, el imperio se desintegró aún más. La revuelta de la Legión Checa a lo largo de la ruta del ferrocarril transiberiano en mayo de 1918 le dio a las fuerzas antibolcheviques la posibilidad de formar su propio Gobierno en la Asia rusa, lo que hicieron inmediatamente. El Comité de Miembros de la Asamblea Constituyente, o Komuch, extendió su poder por el río Volga en el despertar del Levantamiento Checo en el verano de 1918, y se trasladó más al este. La fuerza bolchevique declinaba. En agosto, el Komuch y los checos tomaron Kazán, la ciudad del Volga que fue la primera conquista imperial de Iván el Terrible en 1552. Con sus fronteras occidentales bajo control alemán, sus territorios caucásicos presionados por los otomanos, y amplias franjas del sur y del este bajo el comando de diferentes pequeños Estados y caudillos militares, la Rusia del gobierno bolchevique se redujo a los límites de la antigua Moscovia. La historia del Imperio ruso en la Gran Guerra es la historia de un colapso total y completo.

CONCLUSIÓN:
MUERTE Y RENACIMIENTO DEL IMPERIO EN LA GUERRA CIVIL RUSA

En cierto modo sorprendentemente, el completo colapso imperial no se tradujo en el final del imperialismo, ni siquiera del de tipo abierto y acaparador. A lo largo de todas las antiguas fronteras de 1918 y 1919, imperialistas rusos declarados que evitaban el gobierno bolchevique se codeaban con nacionalistas que exigían la autonomía o la independencia. Estos rusos «blancos» no habían aprendido ninguna lección política importante de los agitados años anteriores. Muchos insistían, como lo habían hecho a lo largo de 1917, en que los cambios fundamentales del Estado y del orden territorial tenían que esperar una resolución de la Asamblea Constituyente. Este organismo, largamente prometido durante 1917, solo se reunió una vez en 1918 antes de ser disuelto por los soldados bolcheviques. Las élites de la periferia, aunque hubieran tenido la infinita paciencia que se necesitaba para depositar sus esperanzas en la asamblea, tenían poco interés en que fuera restaurada. Los acontecimientos de 1917 le habían demostrado a todo el mundo que hubiera estado atento que los políticos rusos de todo el espectro, desde los socialistas moderados hasta los ultraconservadores, soñaban con un Estado ruso grande e indivisible que conservaría sus conquistas imperiales.

El comportamiento de los generales blancos y de los políticos confirmaba todos los días su chovinismo básico y su ceguera política voluntarista. Era evidente que la revolución había debilitado el poder del centro y había permitido a los emprendedores políticos y militares de la periferia establecer regímenes de control local y regional. De hecho, los ejércitos blancos y las células políticas eran en sí mismos manifestaciones de esta descentralización fundamental del poder y la violencia. Muy pronto surgieron los caudillos militares blancos y constituyeron una importante fuerza antibolchevique en muchas regiones, muy especialmente en Siberia[22]. El Ejército de Voluntarios del general Denikin en el sur de Rusia y el Ejército Blanco del noroeste del general Yudénich en Estonia eran también de alcance sobre todo local, aunque tuvieran grandes objetivos políticos. Sin embargo, a estos líderes blancos parecía que les

desconcertaban y les ofendían otros políticos regionales y actores militares, incluso los que prometían apoyo para la cruzada antibolchevique. Denikin, por ejemplo, resoplaba furiosamente ante las pretensiones de autonomía expresadas por los Gobiernos cosacos que alojaban a sus hombres a lo largo de los ríos Don y Kuban. Rechazaba con arrogancia las desesperadas súplicas de Hetman Skoropadskii para que le prestara auxilio en Ucrania, a pesar de que Skoropadskii era el mejor político ucraniano que podía desear, alegando que «el Ejército de Voluntarios no reconoce como autoridad legal en la Pequeña Rusia la autoridad de Heman Skoropadskii, que había empleado fuerzas que eran hostiles a Rusia [p. ej. en Alemania] con la intención de crear un Estado independiente ucraniano»[23]. De igual modo, Denikin despreciaba las tentativas del Gobierno georgiano de buscar la protección mutua ante la amenaza del Ejército Rojo. En lugar de ello, pretendía reparaciones a la propiedad «rusa» perdida cuando Georgia declaró su independencia. Al final, los blancos eligieron atacar militarmente a las tropas rusas (en Sochi) antes que aceptar un matrimonio de conveniencia[24]. Se podrían contar historias similares sobre el comportamiento de Yudénich en Estonia y del gobierno del almirante Kochak en Siberia. El imperialismo recalcitrante fue una de las principales razones por las que las fuerzas antibolcheviques fueron incapaces de coordinar sus esfuerzos en la guerra civil rusa.

Los aspectos etnopolíticos eran también evidentes en la política de los Ejércitos Blancos hacia las poblaciones civiles. El año 1919, muy especialmente, se convirtió en un año de terror blanco contra la población judía de Ucrania. Muchos grupos diferentes de antibolcheviques participaron en la masacre. Las tropas de Symon Petliura y el Directorio ucraniano fueron los más conocidos, que representaran el 40 por ciento de los incidentes violentos, pero las unidades del Ejército de Voluntarios también participaron, prometiendo destruir la «diabólica fuerza que vive en los corazones de los judeo-comunistas». Los ataques empezaron en Volynsk y pronto se extendieron al resto de Ucrania. El grado de depredación fue mucho mayor que el que se produjo en los pogromos de la preguerra e incluso excedió la violencia que envolvió las deportaciones masivas de judíos durante la Gran Guerra. En algunas ciudades, se llegó a asesinar a uno de cada tres judíos. La violencia se caracterizaba por la

humillación, la acusación y la tortura. Se produjeron más de 1500 pogromos. Los cálculos sobre el número de judíos asesinados varían mucho, desde un mínimo de 50 000 hasta un máximo de 200 000. Cientos de miles más, heridos o tullidos[25].

El terror blanco antijudío era solo un aspecto del caleidoscopio de la violencia que cayó sobre el antiguo imperio entre 1918 y 1921. Cuando se desvaneció el control estatal y la economía se hundió totalmente, aumentó la violencia criminal. Multitudes de personas cruzando el territorio también sembraban violencia a su paso: los prisioneros de guerra de las Potencias Centrales volvían a su casa a pie, los residentes de ciudades huían de ellas hambrientos y buscaban comida en el campo, y los refugiados políticos se subían a los trenes, se montaban en los caballos o iban andando para encontrar regímenes que quisieran acogerlos. En estas condiciones, las enfermedades también proliferaban. Después estaba el conflicto armado en sí mismo. En la guerra civil, cada ciudad, cada pueblo era un posible campo de batalla. Algunos de los enfrentamientos eran simples escaramuzas entre pelotones intrusos o fuerzas de requisición de alimentos y fuerzas de autodefensa precipitadamente organizadas. Algunas tuvieron lugar entre formaciones mayores, como en las batallas de Siberia y del sur de Rusia entre los Ejércitos Rojo y Blanco. Por último, estaban las sublevaciones a gran escala y los incidentes de violencia política. En julio de 1918, el ala izquierda del Partido Socialista Revolucionario, que había hecho causa común con los bolcheviques después de la Revolución de Octubre, se escindió en una elocuente rebelión. Asesinaron al embajador alemán, secuestraron al jefe de la Cheka (la Policía política del Sóviet) e instigaron un gran levantamiento en la ciudad de Yaroslavl bajo Mikhail Muravíev, un desertor del Ejército Rojo. Los bolcheviques fueron capaces de contrarrestar la amenaza militar con una invasión sangrienta y una campaña de terror en Yaroslavl, e incluso más allá. Y lo que es más importante, la derrota del SR de Izquierda, que había luchado por la descentralización y por una confederación laxa de gobiernos socialistas, dejó vía libre a los centralistas bolcheviques para volver a pensar en un nuevo Estado centralizado en los territorios del antiguo imperio. El 10 de julio de 1918 hicieron exactamente eso, redactaron un borrador de constitución en el «V Congreso de los soviets de todas las Rusias» que

aseguraba el control centralizado del partido en todos los niveles del gobierno[26].

Esto nos lleva al tema del imperialismo rojo. Lenin abogó con insistencia por un partido centralizado y disciplinado, y durante todo su liderazgo creyó que era necesaria una dictadura para consolidar y desarrollar la revolución. No era, por decirlo suavemente, un ejemplar defensor de la descentralización. Ni tampoco, por supuesto, creía que la revolución debiera limitarse solo al núcleo étnico de la Gran Rusia. La revolución y sus revolucionarios eran siempre multinacionales. Donde hubiera territorios que se pudieran disputar, el Ejército Rojo sería enviado a conquistarlos, sin importar las fronteras de la preguerra o los patrones étnicos de los asentamientos. Para mérito de Lenin, él reconocía que sería fácil que los pueblos colonizados vieran en las tropas Rojas no unos libertadores, sino una nueva oleada de poder moscovita. Esto era especialmente problemático porque las pautas de colonización de la preguerra habían creado clases obreras rusas en función de su identidad étnica en cónclaves urbanos en los territorios fronterizos. Por ello, una «dictadura del proletariado» que dependiera de los soviets urbanos como su base política local podría correr el grave riesgo de contaminar el proyecto comunista con la mancha del colonialismo chovinista. En algunos lugares, como las regiones de Asia Central que habían vivido los baños de sangre de 1916-1917, esto era especialmente probable y peligroso. Estos temores se confirmaron absolutamente. Asia Central se convirtió en el violento escenario de la explotación étnica en el que los autóctonos se veían excluidos no solo del poder político, sino también del acceso a los recursos básicos. Una terrible hambruna devastó la región. Como era de esperar, pronto se produjeron sublevaciones cuando grupos de hombres desesperados y descontentos se reunieron para proteger sus vidas y sus culturas de la nueva remesa de opresores eslavos[27]. Estos levantamientos eran algo más que un mero incordio; amenazaban el gobierno de los soviets de por sí. Los bolcheviques pudieron empezar el proceso de volver a crear un Estado por medio de conquistas, pero no consiguieron reconciliarse con los pueblos no rusos, su Gobierno estaría siempre en peligro.

Así pues, los líderes bolcheviques trataron de encontrar soluciones al dilema imperial con fórmulas que ninguno de sus predecesores, ni los zaristas ni los Gobiernos provisionales, habían contemplado, y con medios que sus oponentes blancos se negaban categóricamente a consentir. La solución de Lenin era pragmática e ideológica. Los bolcheviques, al afirmar los derechos de las naciones a la «autodeterminación» y establecer el tan deseado sistema federal en el aparato del Estado, aceptaban la reciente historia revolucionaria del imperio y la nación (y sus propios eslóganes de 1917). Al mismo tiempo, proseguían con su propia visión de las políticas revolucionarias al insistir sobre el control dictatorial de un solo partido —el suyo—, centralizado y rigurosamente jerarquizado. Así como el partido, en la famosa máxima de Stalin, aplicaría una política que fuera «nacional en la forma, socialista en el contenido», también planificaría una especie de federalismo «potemkin», federal en sus principios, pero bolchevique en la práctica. No hubo, de hecho, ninguna devolución o descentralización significativa[28].

En realidad, el proceso de construcción del imperio y del Estado durante la guerra civil fue mucho más desordenado. Tenía que serlo. La economía estaba en caída libre, en todas partes se producían enfrentamientos violentos, algunos territorios estaban ocupados por ejércitos extranjeros, y la mayoría del resto los tomaban de tanto en tanto los movimientos antibolcheviques y caudillos militares corrientes. Era difícil transmitir a tiempo desde Moscú las instrucciones a los oficiales locales e, incluso cuando se recibían estas directrices, a menudo eran ignoradas. Lo que funcionaba en Minsk podía muy bien ser destructivo en Tashkent. No obstante, hubo alguna pautas, especialmente a lo largo de 1919: el Ejército Rojo y la Checa penetrarían en las zonas de efervescencia conflictiva y reducirían a las fuerzas que se les opusieran, matando a los recalcitrantes y buscando sinergias con importantes grupos y personalidades políticamente indecisos. Estos grupos de actores fronterizos indecisos a menudo incluían élites autóctonas. Los bolcheviques habrían castigado y excluido a estos grupos, mientras que desde Moscú se insistía en intentar asimilarlos[29]. El resultado de estos conflictos y negociaciones dependía, otra vez, del momento y del lugar, pero a finales de la guerra se había creado un nuevo espacio imperial con

su centro en el Kremlin. En 1921, los bolcheviques habían reconquistado muchos de los territorios que habían controlado los zares. Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania y Polonia se convirtieron en Estados independientes, pero Ucrania, Georgia, Armenia, Azerbaiyán y toda la Asia Central rusa se incorporaron en una nueva federación comunista. Las sociedades y las élites locales, conquistadas por el Ejército Rojo y gobernadas por el partido, no se llamaban a engaño sobre la posibilidad del autogobierno. Sin embargo, era igual de evidente que este era un imperio diferente: el chovinismo ruso se denunciaba públicamente (aunque no siempre estuviera atenuado en la práctica), los líderes rojos rechazaban el término «imperio», y las estructuras tradicionales de poder se habían resquebrajado para siempre. Cuando lo más alto de la directiva quiso crear una nueva élite política en las fronteras que garantizara la hegemonía bolchevique al tiempo que asegurara a los habitantes locales que el proyecto comunista era de ellos mismos. Este proyecto también encalló, pero no sin antes producir unos efectos sociales y políticos duraderos en el espacio político soviético.

CAPÍTULO 6

El Imperio francés

RICHARD S. FOGARTY

En 1923, punto final cronológico del estudio objeto de este volumen sobre las historias de los imperios durante la Primera Guerra Mundial, Albert Sarraut publicó *La Mise en valeur des colonies françaises*. Sarraut, que era entonces el ministro de las Colonias y que anteriormente había sido gobernador general de Indochina (más tarde, en los años 30 sirvió como primer ministro), argumentaba que Francia tenía que hacer mejor uso material de su imperio, y esta *mise en valeur*, o explotación económica racional, se convirtió en la consigna de la política colonial francesa global entre las dos guerras. La experiencia de la Gran Guerra, alegaba Sarraut, dejaba claro que Francia no solo debía, sino que podía embarcarse en este ambicioso proyecto para que el imperio mereciera verdaderamente la pena: «Las colonias, por tanto, ya no eran simplemente esas tierras lejanas donde se desarrollan los sueños y las fantasías de los novelistas», eran tierras rebosantes de vida, ricas en hombres, ricas en recursos naturales, que habían demostrado su vitalidad en las horas de mayor peligro. Con estos resultados positivos, la «empresa coloniale demostraba que "compensaba"»[1]. Los dos pilares sobre los que se había apoyado

entonces Francia, y se apoyaría en alguna guerra futura, aclaraba, eran la ayuda económica que podían ofrecer las colonias y las reservas de mano de obra.

Mucho antes de que Sarraut escribiera estas líneas, el Imperio francés desempeñaba un papel crucial en los acontecimientos que llevaron al comienzo oficial de la guerra en 1914, y esto pone de relieve el imperativo de ampliar la lente cronológica con la que miramos la Gran Guerra, tal como desea hacer esta obra. Desde 1890, el Gobierno francés estaba muy preocupado por su rivalidad imperial con Alemania, habiendo conseguido, por ejemplo, desanimar a los inversores franceses para que ayudaran a financiar la línea de ferrocarril Berlín-Bagdad planeada por el Kaiser. El camino hacia la guerra en Europa debía pasar necesariamente por Marruecos, donde las rivalidades imperiales franco-alemanas eran más acusadas. En 1905 y, de nuevo, en 1911, parecía que las tensiones llevarían a la guerra, incluso a una guerra europea general, dado el sistema de alianzas que imperaba en las relaciones interestatales en la región, cuando las exigencias de Alemania por una mayor influencia en un territorio que cada vez caía más bajo el control francés provocó una seria crisis diplomática. La violencia no estaba ausente en estos hechos: el Káiser anunció las intenciones alemanas mandando un cañonero al puerto de Agadir para ver desbaratados sus planes por la unidad de la Entente y la indiferencia de Austria; Francia estuvo activamente comprometida en operaciones militares en Marruecos hasta 1912, e incluso después, cuando el territorio pasó a ser, como protectorado, parte del Imperio colonial.

Los efectos de las ambiciones imperiales francesas seguían resonando, dentro y fuera del imperio. En el otoño de 1912, inspirada por el reconocimiento de las reclamaciones francesas sobre Marruecos, Italia entró en guerra con el Imperio otomano y se instaló en Libia y Tripolitania[2]. Ese mismo año, para abordar una situación de seguridad internacional cada vez más peligrosa, el ejército francés emprendió por primera vez un reclutamiento oficial entre la población autóctona tanto en África Occidental francesa como en Argelia. El oficial del ejército Charles Mangin había expuesto enérgicamente en su libro de 1910, *La Force Noire*, que la seguridad europea y mundial de Francia dependían de las reservas coloniales de hombres que podían servir como soldados[3]. En

parte debido a estos impulsos anteriores a la guerra, el ejército francés reclutaría extensamente entre las poblaciones autóctonas durante la guerra. Y mucho después del armisticio, Mangin y otros desearían poner de relieve el valor del imperio y apaciguar a una Francia en relativo declive con argumentos similares a «100 millones de hombres franceses» amparando la defensa de la metrópoli y de las colonias.

Así pues, el Imperio colonial francés es una parte clave en la historia más amplia, desde el punto de vista cronológico y territorial, de la Gran Guerra. Las colonias desempeñaron también un papel crucial en el imaginario francés de la guerra y de la posguerra, debido a que el imperio desempeñó un papel muy importante ayudando a Francia a mantener una guerra total ente 1914 y 1918. Y los efectos de la guerra siguieron moldeando los acontecimientos en las colonias después de 1918, precisamente por el papel prominente que imperó en el esfuerzo de guerra de Francia. De hecho, la Gran Guerra no involucró simplemente a Francia como uno de los principales combatientes, sino que fue «La plus grande France», o «La gran Francia», como se conocía a la entidad combinada de la nación y de las posesiones de ultramar, la que fue a la guerra en 1914. Esta Gran Francia era un ejemplo clásico del tipo de política que tenía en mente Charles Maier cuando dio la definición de imperio que sirve de principio organizador de este libro sobre los imperios en guerra: su territorio era extenso, disperso por el mundo, de hecho; su organización era multiétnica, jerárquica y centralizada; y su existencia dependía de la cooperación de las élites colonizadas (y de aquellos otros que accedían a un estatus más o menos elitista)[4]. El centro imperial en Europa estaba firmemente ligado a las colonias, en términos políticos, económicos y culturales[5]. Esto significa que el esfuerzo y la fatiga de la guerra no solo actuaban en la metrópoli, sino que alcanzaban los espacios y las vidas del amplio imperio, profunda y transcendentalmente. Por supuesto, esto no es sorprendente si consideramos la condición general de la Gran Guerra como una guerra mundial, pero es importante recordar que la inmensa extensión del Imperio colonial francés de esa época —entonces el más amplio y extendido, desde el África del Norte y Occidental, hasta Madagascar, Indochina, el Pacífico y el Caribe— contribuía a que la guerra fuera verdaderamente global[6]. La participación como soldados de

más de 500 000 súbditos coloniales no europeos, y de otros 200 000 obreros en el esfuerzo de guerra en Europa es el ejemplo más vívido, si no el único, del papel integral del imperio en la guerra de Francia.

El alcance global de la Gran Guerra tuvo consecuencias a lo largo y ancho de la Gran Francia. Ciertamente, la guerra no debilitó definitivamente el control de Francia sobre sus colonias, por ejemplo, provocando en las colonias movimientos por la independencia. Pero había señales claras de que la confianza en la estabilidad y la rentabilidad del imperio expuestas en obras como las de Sarraut y en acontecimientos conmemorativos como la Exposición Colonial en París en 1931 (que proporcionaba manifestaciones concretas y espectaculares de la celebración textual de Sarraut sobre la utilidad del imperio y sus contribuciones a la *grandeur* francesa) enmascaraban auténticas grietas y fisuras en el edificio del imperio[7]. Sería la Segunda Guerra Mundial la que tendría una influencia más directa en la desestabilización del Gobierno francés en las colonias, pero la primera guerra global, total, arrancó un proceso que culminó después de la segunda[8]. Y este proceso se originó en parte como respuesta a las presiones a las que Francia sometió a su imperio al explotar los dos aspectos que Sarraut identificaba como las mayores fuentes de recursos del apoyo colonial: económico y mano de obra.

MISE EN VALEUR

El imperio ayudó a sentar los cimientos de esta guerra industrializada y moderna, en la que la carrera por la movilización y el despliegue de recursos físicos, exhaustivamente y a largo plazo, jugó un papel —quizá el papel— crucial. Sarraut calculaba que los territorios franceses que estaban bajo la autoridad del ministro de las Colonias —África Occidental y Ecuatorial, Indochina y Madagascar, así como las otras posesiones más pequeñas esparcidas por otras partes de África, los océanos Índico y Pacífico, el Caribe, y otras varias partes del mundo— contribuyeron con casi 650 millones de francos al coste de la guerra gracias a préstamos de guerra y a donaciones altruistas, y enviaron aproximadamente 2,5 toneladas de materiales diversos a Francia entre 1914 y 1918[9]. Los

territorios franceses del norte de África —Túnez, Argelia y Marruecos— clasificados por varias razones al margen del resto del imperio, aportaron cerca de un billón de francos en suscripciones de préstamos de guerra y unos tres millones de toneladas de materiales relacionados con la guerra[10]. Esto no era algo insignificante, pero hay que recordar que el Gobierno francés recaudó en la nación unos 100 billones de francos en bonos durante la guerra, de modo que la contribución colonial fue menos del 2 por ciento, y que en 1918 Francia gastaba 34 billones de francos por año en la guerra[11]. Además, la cantidad de material relacionado con la guerra que importaba Francia eclipsaba la contribución colonial, y las colonias servían más bien como fuente de avituallamiento y no de materiales —como carbón o gasolina, necesarios para las industrias pesadas de la guerra— ni de productos manufacturados[12].

Sin embargo, los esfuerzos franceses para que el imperio mereciera la pena durante esta época de amenaza existencial y de necesidades urgentes tuvieron efectos que se percibieron ampliamente en las colonias. El Estado francés intervino más directamente que nunca en la economía colonial, estableciendo prioridades y decidiendo tanto sobre la producción como sobre la distribución de los recursos, aunque hubiera, por supuesto, variaciones regionales y temporales a lo ancho del imperio y a lo largo de los cuatro años de guerra. Las colonias que constituyeron la extensa federación de África Occidental francesa (l'Afrique Occidentale Française [AOF]) ilustran nítidamente este punto. Durante los primeros dos años de guerra hubo poca intervención directa del Estado en la economía de la AOF, dejando que las principales empresas de importación y exportación que operaban en la zona gestionaran sus negocios como consideraran apropiado. En 1916, sin embargo, la administración colonial empezó a evolucionar hacia el intervencionismo como respuesta a las demandas de la metrópoli. Bajo el gobernador activista, el general Joos Van Vollenhoven, en 1917, el Estado dirigía cada vez más la actividad económica, especialmente en cuanto a la producción de aceites de palma y de cacahuete, los principales productos de exportación de la AOF. La intervención canalizaba los esfuerzos de la población nativa hacia el aumento de producción y el transporte de estos productos, reorientando y perturbando las economías locales. Al final de la guerra, el esfuerzo para

contribuir a la economía de guerra de Francia dejó «profundas huellas en toda la AOF, aparte de en los territorios más lejanos y subdesarrollados de Mauritania y Niger»[13]. El descontento y la agitación de los trabajadores seguían resonando bastante después de 1918.

En todo el imperio, las requisas de la guerra significaban que el Estado fijaba los precios a los que pagaba los recursos coloniales, de modo que los productores obtenían menos que el valor de mercado de sus productos. Las dificultades de transporte, especialmente acusadas para las posesiones más distantes, en Indochina y Madagascar, y las colonias caribeñas cuyos productos tenían que cruzar el océano Atlántico patrullado por submarinos alemanes, reducía a veces la ayuda económica que podía proporcionar el imperio, al mismo tiempo que hacía que escasearan las exportaciones a las colonias e impulsaba la inflación. Incluso en las colonias o en los sectores donde las necesidades de la metrópoli estimulaban el crecimiento y hacían subir los beneficios —como Argelia, donde había grandes granjas, propiedad de europeos, que suministraban grandes cantidades de grano, vino y cordero; y Marruecos, que como protectorado estaba protegido de algunas de las formas más directas de intervención estatal francesa—, el precio de estar implicado en una economía imperial era más evidente que nunca para los colonizados[14]. En algunas partes del imperio, como Madagascar, que experimentó un espectacular incremento de sus exportaciones a la metrópoli, la combinación de las presiones de la época de la guerra y los acontecimientos internos amenazó con provocar una auténtica «debacle económica y monetaria»[15].

Lo que mencionamos de la situación monetaria de Madagascar es indicativo de la contribución financiera que la metrópoli exigía a las colonias, además de enviar toneladas de bienes a precios reducidos. Si bien es cierto que la contribución colonial suponía también aquí un pequeño porcentaje del total general recaudado, cuya gran parte procedía de la compra de bonos nacionales y de préstamos extranjeros, los importes no eran despreciables en el contexto colonial. Aquí se trataba de «compensar» al imperio, como señalaba Sarrut en su elogio de la posguerra al papel de las colonias, en sentido totalmente literal. De todas las colonias, aparte del norte de África, la federación de Indochina fue la que aportó la mayor contribución financiera al esfuerzo de guerra. Los 367

millones de francos en bonos de guerra recaudados en Indochina sumaban fácilmente más de la mitad del total recaudado en todas las otras colonias. La colonia también participó con casi la mitad de todas las contribuciones del imperio a través de asociaciones benéficas realizando trabajos relacionados con la guerra, mientras que las localidades de Indochina eran especialmente activas en «adoptar» pueblos franceses destruidos por la guerra[16]. No es de extrañar, puesto que Indochina era una de las colonias más ricas del Imperio francés y gran parte de su ayuda procedía de colonos pudientes y otros colonizadores europeos. No obstante, prácticamente la tercera parte del total recaudado en Indochina por préstamos de guerra venía de los bolsillos de la población autóctona. La misma proporción vale para la mayor contribución de Argelia, es decir, que las poblaciones autóctonas del imperio estuvieron verdaderamente muy involucradas en el esfuerzo de guerra francés[17].

El ejemplo de Indochina nos sirve para recordar que esta contribución colonial conllevaba un coste para la economía y la población autóctonas, así como para la estabilidad del Gobierno francés. Más allá de sus contribuciones financieras, Indochina exportaba a Francia más toneladas de bienes relacionados con la guerra que cualquier otra colonia, excepto África Occidental francesa, lo que era casi una hazaña, considerando las dificultades para el transporte de materiales que tenía que cubrir la enorme distancia entre el sudeste de Asia y la metrópoli[18]. Además, las alteraciones de la guerra provocaron una significativa reducción del comercio, en general, entre la colonia y la metrópoli, ya que los comerciantes de Indochina tenían que vender en los mercados asiáticos cuando no podían llegar a Francia, y la perturbación de la relación económica causó dificultades en el periodo de la posguerra[19]. Y es importante recordar que, aunque la «Banque d'Indochine» seguía creciendo, incluso con más fuerza, y que el presupuesto colonial de Indochina arrojaba superávit durante los años de guerra, el sufrimiento y el descontento eran evidentes en algunas zonas. Tonkin sufrió por culpa del hambre, al tiempo que reducidas guarniciones coloniales hacían frente a amenazas periódicas de los piratas, insurgentes nacionalistas e incuso *tirailleurs indochinois* (soldados autóctonos) amotinados en 1917[20]. Nada de esto amenazaba seriamente al Gobierno francés del momento,

pero era un recuerdo de que la guerra, aunque distante en sus principales combates, afectaba a todas las áreas del Imperio colonial francés y planteaba posibles problemas para la estabilidad futura. Incluso un equilibrio en los pagos que empezó a favorecer a las colonias al final de la guerra no era gratuito: la reducción de las importaciones francesas suponía que en algunos aspectos los estándares de vida materiales descendían, y las exportaciones coloniales que se expandían eran solo las que las autoridades metropolitanas consideraban esenciales para el esfuerzo de guerra, de modo que otros sectores sufrieron auténticas disminuciones y distorsiones de suministro. Finalmente, como señala un historiador, «el comercio colonial contrataba en cualquier parte»[21].

Así, la contribución colonial al esfuerzo de guerra es más patente en algunos de sus efectos sobre las colonias que si se mide como un porcentaje del total de los materiales de guerra enviados o del dinero recaudado. La contribución económica y financiera es también más evidente cuando se considera el lugar que ocupaba el imperio en la cultura de Francia en tiempos de guerra. Como señala el historiador Jacques Frémeaux, si es cierto que «sería totalmente utópico esperar una colaboración considerable de países con recursos limitados cuando se considera en comparación con lo habitual en las sociedades industrializadas», también es cierto que «la contribución (de las colonias) es, a pesar de todo, mucho más cuantiosa de lo que podía haberse esperado»[22]. Y este era el sentimiento, y la esperanza, que subyacía al entusiasmo de Sarraut y de otros respecto a la contribución colonial a la victoria en 1918. La guerra moderna, industrial, consumía enormes cantidades de dinero y de recursos, y el Estado esperaba encontrar las dos cosas en las colonias. De hecho, cuando se considera el papel económico y financiero que desempeñó el imperio durante un plazo más largo, en la historia de los siglos XIX y XX, se deben recordar no solo los grandes datos que se encuentran en los balances generales, sino el lugar de las colonias en el imaginario económico de una época. Las facturas totales del Imperio francés, su beneficio real, nunca superaron sus costes[23]. Pero esto no significa que muchos líderes políticos y hombres de negocios no esperaran que las colonias pagaran dividendos reales, que merecieran la pena. En resumen, muchos no eran desconocedores de que el imperio era, de hecho,

una piedra de molino atada al cuello del capitalismo francés y del desarrollo económico, pero confiaban en lo contrario.

Quizá sea este fenómeno cultural de la creencia en la utilidad económica del imperio lo que sigue alimentando el pensamiento contemporáneo que recorre las líneas que trazaron Marx, Hobson y Lenin. En el caso de Francia y del Imperio francés, Sarraut ofrece la mejor prueba de la confianza económica en el imperio y del entusiasmo por él, a menudo estrechamente ligados a las experiencias de la Gran Guerra. «Por ello», escribía, «estas colonias, durante mucho tiempo consideradas con indiferencia como un lujo incómodo, aunque indispensable para mantener el prestigio internacional de una gran nación, demostraron llamativamente durante los momentos de peligro que podían prestar un apoyo efectivo a la defensa de la metrópoli»[24]. En este aspecto, las colonias desempeñaron un papel crucial en lo que los historiadores señalan como de tanta importancia en la guerra de Francia: la movilización cultural[25]. En resumen, para muchos, el imperio era claramente incluso más importante psicológica que materialmente, aunque las ilusiones de la base material de la salud y la fuerza del imperio alimentaran la visión psicológica.

En los carteles que anunciaban préstamos para la guerra, se puede ver de forma muy realista lo que un historiador llamó la «exaltación oficial» de la potencial contribución económica de las colonias al esfuerzo de guerra francés[26]. Por ejemplo, dos carteles de 1920, en los que se anunciaban bonos vendidos por Crédit Foncier d'Algérie et de Tunisie para ayudar en la reconstrucción de la posguerra, destacaban la ayuda material que las colonias ofrecían a la metrópoli. Representaban puertos llenos de actividad durante la guerra, símbolos de la capacidad de Francia para hacer rentable su imperio, y los mismos puertos enaltecidos por Sarraut y otros de donde salían toneladas de materiales. Los puertos hierven de actividad, argelinos nativos moviendo los productos del imperio destinados a enriquecer a la metrópoli devastada por la guerra. En uno de ellos, sale humo de las chimeneas de las fábricas que convierten las materias primas de las colonias en productos terminados (véase fig. 11)[27]. Estas imágenes transmitían un claro mensaje: las materias primas y el trabajo en las colonias ayudan a alimentar una economía orientada por primera vez a impulsar la guerra moderna industrializada.

Este cartel, y otros, mostraban el lugar que ocupaban las economías coloniales en el imaginario cultural francés durante la guerra. Recordaban al público francés, en las colonias y en la metrópoli, que Francia podía contar con su imperio para que trabajara en su beneficio en la lucha existencial contra Alemania, que «la grande France […] no podía perder»[28]. Estos sentimientos siguieron resonando en el periodo de la posguerra, y no solo en anuncios de créditos para la reconstrucción. Incluso los mayores impulsores del Imperio colonial antes de 1914 reconocían que era, como lo describió un historiador, un «mosaico»[29]. Después de 1918, Sarraut era solo una de las voces que citaba la guerra como prueba de que Francia podía obtener más de su imperio con un enfoque más sistemático. Uno de sus predecesores, el ministro de las Colonias Herry Simon, reivindicaba que se acabara con el «capricho» y el azar que habían caracterizado la construcción del imperio y que se inaugurara un «plan regular» para el desarrollo económico y la explotación de las colonias, cuya necesidad había sido la primera lección de la guerra[30]. En el periodo de entreguerras, la *mise en valeur*, que resultaba tan seductora durante la guerra, conduciría a la política colonial francesa a llevar a cabo mayores esfuerzos para explotar el imperio[31].

Fig. 11.—Un cartel de 1920 que anuncia un préstamo de guerra para ayudar a pagar los costes de la reforma. Las colonias podían proporcionar ayuda económica para la reconstrucción de la posguerra, del mismo modo que habían ayudado a la metrópoli en la guerra.

RESERVA DE HOMBRES

En 1915, salió un anuncio característico del ambiente en tiempo de guerra, uno que tendría un enorme éxito y seguiría apareciendo mucho y con mucha repercusión en la cultura francesa durante muchas décadas

después del final de la guerra. Un africano sonriente, con el uniforme inmediatamente reconocible de un *tirailleur sénégalais*, uno de los 134 000 que vinieron a Francia a luchar en el Frente Occidental, aparecía en los carteles y en los paquetes de la bebida caliente para el desayuno Banania. Rápidamente, se convirtió en uno de los iconos más reconocibles de la historia de la publicidad francesa. La imagen de Banania explotaba la popularidad de los soldados entre el público francés, como también otras imágenes similares de estos soldados utilizadas por otros publicistas, pero también ponía en evidencia que esta popularidad estaba impregnada de supuestos radicalizados sobre la naturaleza de los africanos negros, y estos supuestos contribuían a alejar a los súbditos coloniales, incluso a los que llevaban uniforme francés, de la nación por la que luchaban. La exagerada sonrisa reflejaba la idea común que se tenía de los africanos negros como simples y buenos por naturaleza, con un efecto global abiertamente paternalista y racista. Léopold Sédar Senghor, el gran poeta africano y primer presidente del Senegal independiente, reaccionó contra la continua utilización de estas imágenes mucho después de la guerra, y expresaba su deseo de arrancar de las paredes de París estos carteles que presentaban el insultante rostro de un *tirailleur*[32].

Las contribuciones de personas de las colonias al esfuerzo de guerra eran, de hecho, mucho más conocidas que la importación de los tipos de materias que hacían posibles productos exóticos como Banania. Esto es válido tanto si se mide por el impacto cultural del momento en la metrópoli como por la huella que dejó en los años posteriores a 1918 y en la historiografía de aquella época. Francia reclutó, e importó, tanto soldados como obreros. Casi 200 000 súbditos coloniales vinieron a Francia para trabajar en industrias bélicas entre 1914 y 1918. La mayoría venía del norte de África (y casi todos de Argelia) y de Indochina, junto con unos pocos miles de Madagascar. (Aunque no eran súbditos coloniales, unos 37 000 trabajadores chinos se unieron también a la mano de obra no europea en Francia). El Estado francés supervisaba y controlaba de cerca a los trabajadores coloniales que estaban en Francia, sometiéndolos a una estrecha vigilancia y segregación siempre que era posible, y, generalmente, discriminándolos en los lugares de trabajo. Un historiador caracterizó su situación como esencialmente la del «trabajo

forzado», lo que no es sorprendente si consideramos que una de sus fuentes, un musulmán norteafricano, escribió: «Los infieles me han cogido por la fuerza […] Trabajo como un condenado»[33]. Además, el resentimiento, la discriminación e, incluso, la violencia por causas raciales eran reacciones comunes de la población civil francesa ante la presencia de estos hombres en tierra francesa y en puestos de trabajo franceses[34].

Sin embargo, aunque los trabajadores coloniales fueran un aspecto importante y visible de la participación de la Gran Francia en la guerra, la participación de soldados como el *tirailleur sénégalais* reproducido en el anuncio de Banania amenazaban mucho más, tanto numérica como culturalmente. Unos 500 000 súbditos coloniales se incorporaron al ejército francés y llegaron a la metrópoli para servir en el Frente Occidental. No es accidental que la obra de Sarraut donde alababa la contribución imperial al esfuerzo de guerra y recomendaba una *mise en valeur* más sistemática en la posguerra dedicara un espacio tan grande a documentar el capital humano que el imperio había prestado al esfuerzo de guerra y debatir sobre él —de hecho, más espacio que el dedicado a documentar las contribuciones económicas y financieras del imperio—. Era mucho más fácil calcular (en puras cifras de hombres), y la presencia de trabajadores en las fábricas y otros trabajos en Francia, y de soldados en los campos de batalla habían causado una fuerte impresión. Los soldados atraían la mayor atención, porque eran más numerosos y su contribución al esfuerzo de guerra parecía más directa y conllevaba, potencialmente, el sacrificio máximo. Pagarían lo que a menudo los oficiales franceses llamaban el «impuesto de sangre». Los soldados representaban para muchos la espectacular confirmación del genio y eficacia de la generosa misión de civilización francesa en su imperio, y los colonizados debían ese impuesto de sangre precisamente por lo mucho que, supuestamente, se habían beneficiado de la tutela francesa.

Durante muchas décadas, Francia se había servido de sus súbditos coloniales para el ejército, y los años inmediatamente anteriores a 1914 vieron aumentar la agitación por extender este uso, tanto a la Policía del imperio como incluso a la defensa nacional interna. La obra de Mangin de 1910, en la que aboga por reclutar en África Occidental, *La Force Noire*, fue una aportación clave a este discurso. Adolphe Messimy (después

ministro de las Colonias y, en 1914, ministro de Guerra) apoyaba las ideas de Mangin con una referencia directa al impuesto de sangre: «África nos ha costado montones de oro, miles de soldados y ríos de sangre. No soñamos con pedir que nos devuelvan el oro, pero los hombres y la sangre tienen que devolverlos con intereses»[35]. En 1912, Francia había emprendido el reclutamiento en dos de sus más importantes «reservas de hombres», Argelia y Africa Occidental. En este sentido, se involucraron claramente los recursos de mano de obra de la Gran Francia en un esfuerzo general por expandir el ejército de Francia y su capacidad para la defensa nacional —en 1913, una controvertida medida aumentó el tiempo del servicio militar universal obligatorio para los hombres franceses de dos a tres años— en una Europa y un mundo que cada vez se veía más amenazado por las ambiciones y el militarismo alemanes[36].

Cuando en 1914 empezó la guerra, Francia ya tenía a su disposición casi 90 000 súbditos coloniales, conocidos como *troupes indigènes* (o tropas indígenas), en su ejército[37]. Los cientos de miles de bajas francesas solo en los primeros meses de la guerra motivó enseguida reclutamientos más extensos y con mayor intensidad en las colonias. A finales de 1914, solo tras cinco meses de lucha, el ejército francés había perdido por encima de 300 000 hombres. A finales de 1915, Francia había perdido al menos la mitad de los más de 1,3 millones de hombres que murieron antes de que acabara la guerra, y más de la mitad de los más de 3 millones de heridos lo fueron durante ese mismo año[38]. La crisis de la mano de obra, combinada con un sentimiento de derecho debido a la ideología de su misión civilizadora, llevó a las autoridades a volverse al imperio como fuente de soldados.

No es accidental que los primeros movimientos hacia un reclutamiento intensivo en el imperio empezaran durante el terrible segundo año de guerra. El año siguiente vio incluso esfuerzos mayores. Después de que las dificultades con el transporte y las circunstancias locales en las colonias llevaran a desacelerar el reclutamiento en 1917, 1918 vio bajo el implacable mando del primer ministro y ministro de Guerra, Georges Clemenceau, un renovado impulso para explotar los recursos imperiales de mano de obra. El último año de guerra brindó, en general, más reclutamientos que cualquiera de los años anteriores, aunque Madagascar e

Indochina proporcionaron menos soldados ese año que los anteriores debido a problemas políticos y logísticos específicos de esas colonias. En total, África Occidental proporciono unos 166 000 reclutas durante la guerra; Argelia, 140 000; Indochina, 50 000; Túnez, 47 000; Madagascar, 46 000; y Marruecos, 24 000[39]. No todos estos hombres sirvieron en Europa, pero sí la gran mayoría, y se sumaron a los 90 000 de las *troupes indigènes*, que ya estaban bajo armas en 1914. Así, de los más de ocho millones de franceses que fueron movilizados para la guerra para defender a su nación entre 1914 y 1918, medio millón no eran ciudadanos, sino solo súbditos coloniales.

La historia del reclutamiento es larga y complicada, pero en general se procedía por el alistamiento voluntario y por el reclutamiento obligatorio. Había diferencias entre las colonias —así, por ejemplo, el alistamiento era exclusivamente voluntario en Marruecos, y solo obligatorio en Túnez, con una mezcla de métodos en Argelia, África Occidental, Indochina y Madagascar—[40]. Pero es importante darse cuenta de que, aunque no hay duda de que muchos hombres que se alistaban fundamentalmente de manera voluntaria (por dinero, estatus, aventura u oportunidad), incluso muchos de los así llamados voluntarios, habían sido más o menos sometidos a presión coercitiva. Si bien los oficiales de las colonias se tranquilizaban pensando que los alistamientos voluntarios y las expresiones, entre los indígenas, de devoción y entusiasmo por la causa francesa en la guerra demostraban el fuerte vínculo con el imperio que sentían sus súbditos, no obstante, hay que considerar que esta «lealtad por el imperio» era más aparente que real. Pocas veces superó los meses iniciales de la guerra y se ponía más de manifiesto entre los que tenían algo que ganar, dando pruebas de su lealtad a la administración francesa. Para los demás, era necesario obligarlos para defender Francia y su imperio.

En África Occidental, por ejemplo, la coacción fue parte fundamental de los métodos franceses, generalmente canalizada a través de los administradores regionales coloniales e intermediarios africanos en el nivel local por medio del empleo de un sistema de cuotas administrado por auxiliares locales indígenas. Para alcanzar las cuotas establecidas por la administración colonial con la mínima alteración social, uno de los

métodos que utilizaban los notables era hacer «voluntarios» a hombres que no eran indispensables en la comunidad y, a veces, a los que era poco probable que pasaran los exámenes físicos: los pobres, los enfermos, los esclavos, los huérfanos, los marginados, los hijos más jóvenes[41]. Los oficiales de las colonias multaban o encarcelaban a los jefes renuentes e incluso secuestraban a sus padres o a otros parientes de posibles reclutas. Como recordaba un veterano senegalés:

> Muchos hombres jóvenes huían […], pero ellos arrestaban a sus padres. […] Muchas veces las madres les decían a sus hijos: «Sabes que han tomado nota de tu nombre y has huido. Y ahora han arrestado a tu padre y lo van a llevar a prisión. Así que ve e incorpórate al ejército». Y muchas veces ellos iban y se incorporaban al ejército para que sus padres fueran liberados[42].

Pueblos enteros sufrieron castigos colectivos por desobediencia, como la destrucción de las cosechas, el ganado y otras propiedades[43]. Estas prácticas era suficientemente conocidas para que se ridiculizaran en el semanario satírico francés, el *Canard enchainé,* que señalaba que los encargados del reclutamiento conseguían alistamientos voluntarios extendiendo unas cuerdas entre los dos extremos de un pueblo y etiquetando a todos los que quedaban dentro de las cuerdas como voluntarios y «presuntos héroes»[44].

En Indochina, los alistamientos se suponía que eran voluntarios, pero las formas de coacción, sutiles o directas, hacían poner también en duda el entusiasmo de la población autóctona por defender la metrópoli. Los líderes de la comunidad local coaccionaban a los hombres, generalmente campesinos pobres, para que se unieran al esfuerzo de guerra de modo que estos notables pudieran demostrar su lealtad y, por tanto, su mérito a la administración francesa[45]. Incluso el voluntariado más auténtico era muchas veces fruto del deseo de escapar a la pobreza y a la necesidad, más que de la devoción por Francia[46]. En Madagascar, el pago de recompensas a los agentes por cada nuevo recluta aumentaba las posibilidades de corrupción y ponía en serio entredicho la naturaleza voluntaria de los alistamientos[47].

A pesar de todo esto, la resistencia a ser reclutados no era tan grande como quizá pudiera esperarse, e incluso las rebeliones más graves de los años de guerra a menudo tenían su origen en causas externas a las exigencias del Estado colonial. Dos de las mayores amenazas al Gobierno colonial francés durante la guerra —un levantamiento de la corte del emperador Duy Tan de Annam, en Indochina, y la resistencia en Madagascar de la sociedad secreta anticolonial VVS, las dos en 1916— tenían su origen en circunstancias y reclamaciones de la preguerra. La guerra sencillamente proporcionó una oportunidad conveniente para actuar mientras las autoridades estaban ocupadas con los acontecimientos de la metrópoli, pero los franceses reprimieron brutal y contundentemente ambos movimientos. Aunque también hubo resistencia a las reclamaciones específicas de la guerra. El reclutamiento intensivo, tanto de soldados como de obreros, exacerbó tensiones que, a veces, quedaron al descubierto. En la federación de Indochina, el descontento popular y la falta de cooperación redujeron significativamente las contribuciones de Camboya y de Cochinchina. Esto no sorprendió en absoluto al ministro de Guerra, puesto que los camboyanos, argumentaba, «estaban totalmente desprovistos de los sentimientos y la mentalidad necesarios para tener un *élan* patriótico»[48]. Algunos malgaches también se negaron a cooperar, y un grupo de hombres de las islas Comoras declaraba: «Si los blancos nos necesitan como *tirailleurs*, tendrán que cogernos por la fuerza»[49]. En África Occidental, igualmente, algunos hombres mostraban lo opuesto al patriotismo esperado, pues se resistían al reclutamiento con métodos que iban desde la presentación intencionada de candidatos no aptos para el servicio, la huida al monte o a zonas vecinas que no estaban controladas por los franceses, hasta la deserción, e incluso a la revuelta armada sin ambages. La violencia grave no era frecuente y, habitualmente, tenía sus raíces en un resentimiento generalizado y que se dirigía desde hacía tiempo hacia las políticas coloniales francesas, pero la intensificación del reclutamiento podía llevar los niveles de descontento desde el fuego lento hasta la ebullición[50]. La resistencia al reclutamiento en sí mismo no es sorprendente, puesto que los africanos consideraban que el alistamiento en el ejército francés conllevaba «la muerte segura de sus hijos»[51], o de los

maridos. Una viuda lamentaba la cooperación de su marido con los reclutadores: «murió porque no quería huir»[52].

En Argelia, el descontento permanente con el Gobierno colonial se mezclaba también con los asuntos inmediatos del reclutamiento. El reclutamiento forzoso de 1914 provocó algunas «sorpresas», como las calificaba el eufemismo francés[53]. En octubre, en la comuna de Mascara, en Orán, una muchedumbre atacó violentamente a unos oficiales que estaban intentando registrar a los argelinos para reclutarlos, y capturaron, mataron y mutilaron a dos soldados autóctonos argelinos al servicio de los franceses[54]. Este y otros incidentes no impidieron que los oficiales mantuvieran, en general, el orden y obtuvieran reclutamientos tanto forzosos como por alistamientos voluntarios, pero pusieron de manifiesto las tensiones a las que estaban sometidos los franceses y sus súbditos coloniales, debidas a las exigencias durante la guerra de hombres de las colonias, y quizá de sus vidas, y las relaciones que había entre ellos[55]. Un ampliado y temprano llamamiento a filas en 1916 —no por casualidad el año crítico de la batalla de Verdún— y un reclutamiento más agresivo de voluntarios en la colonia provocó una «situación explosiva» entre la población argelina[56]. Las revueltas en el departamento de Constantina en otoño fueron sin duda alguna el resultado de las presiones del reclutamiento[57]. Los soldados y los trabajadores que ya estaban en Francia tomaron nota, como revelaron los censores postales[58]. Lamentando el reclutamiento forzoso de sus tres hermanos, un argelino exponía la aflicción de su propia familia en un contexto más amplio, el de la condena al Gobierno francés en general: «Todo nuestro país está sumido en la mayor de las desgracias por culpa del reclutamiento forzoso. ¡Cambia, Dios mío, esta desgraciada situación de los musulmanes por una mejor! Amén»[59].

No hay duda de que el reclutamiento causó varios problemas en el Imperio francés, y estos incidentes y el amplio descontento acabó provocando la inestabilidad en el Gobierno colonial y en las relaciones entre la metrópoli y la colonia, el colonizador y el colonizado. Pero esto no impidió que Francia reclutara cientos de miles de *troupes indigènes* ni que estos hombres fueran muy populares en Francia como símbolos del éxito de la nación en su misión civilizadora y en hacer una guerra total para

salvar a la patria. Sin embargo, esta popularidad no significa que Francia acogiera a sus súbditos coloniales inequívocamente. El ejército relegaba a muchos súbditos coloniales a ser mano de obra en lugar de a funciones de combate, pues muchos oficiales dudaban de su valor marcial en una guerra moderna contra un enemigo europeo. Y los oficiales militares frecuentemente veían a estas *troupes indigènes* que luchaban a través de la neblina de los estereotipos. La opinión general mantenía que los africanos occidentales eran guerreros feroces debido a su naturaleza salvaje, primitiva, y era fundamental la mano dura de los oficiales blancos para canalizar de manera productiva este salvajismo. Aunque, de hecho, algunos soldados indígenas podían llegar a ser oficiales, dado el compromiso de Francia con la igualdad y la meritocracia en el ejército (un compromiso que destacaba en contraste con las actitudes británica y americana respecto a la raza en los rangos), los súbditos coloniales que no eran blancos solo podían llegar a los niveles más bajos de la jerarquía, y aun así, con mucha dificultad. La fe musulmana de los soldados de África del Norte hacía dudar de que estos hombres fueran de confianza en la lucha contra una alianza que incluía al Imperio otomano. Y el Islam, particularmente en el caso de los argelinos, resultó ser una barrera insuperable para ofrecer generalizadamente la recompensa de la ciudadanía a los hombres que habían luchado para defender una *patrie* que, evidentemente, nunca sería la suya. También la raza y la cultura eran barreras suficientes para impedir la naturalización de los soldados de otras colonias.

Pero el hecho de que estas no fueran barreras para muchas mujeres francesas que intimaron con trabajadores o soldados coloniales, algunas incluso que se casaron y fundaron familias durante y después de la guerra, demuestra que no todo el mundo en Francia pretendía excluir a los súbditos coloniales de la nación a la que estaban sirviendo en esos tiempos de necesidad. Un sargento indochino escribía en una carta: «Los domingos vamos a pasear con mujeres [francesas], igual que lo haríamos en Indochina, con muestras propias mujeres en casa»[60]. Un soldado malgache estaba incluso más cegado (por el amor): «¿Qué os voy a contar de las mujeres blancas? Allí [en Madagascar], las tememos. Aquí vienen hacia nosotros y nos solicitan atrayéndonos con su encanto… ¡Qué delicia

sus besos!… Me olvido de Madagascar por culpa de ellas»[61]. No obstante, estas aventuras causaban mucha ansiedad entre algunos oficiales, e incluso soldados, en el frente[62]. Una unidad del ejército que se amotinó en 1917, incluía entre sus reclamaciones: «No queremos a los negros en París ni en otras regiones abusando de nuestras esposas»[63].

La ambigüedad en la acogida de Francia a los habitantes de su imperio se extendía también a otra cuestión de gran importancia para las *troupes indigènes* y para los que las mandaban, y también de gran importancia en la cultura francesa en general: la lengua. El famoso anuncio de Banania con el sonriente *tirailleur sénégalais*, un recurso cultural reconocido como uno de los más perdurables y famosos testamentos de la popularidad de estos soldados, es también un perfecto ejemplo de la ambigüedad que caracterizaba las actitudes sobre la lengua y la raza. Porque solo la imagen del *tirailleur* implicaba un mensaje racista. El eslogan «Y'a bon!» que acompañaba la campaña publicitaria, y que permaneció íntimamente ligado a Banania incluso después de que la imagen del *tirailleur* desapareciera a finales del siglo XX, estaba inspirado por el peculiar pidgin-francés que se hablaba en las tropas de África Occidental[64]. Los oficiales franceses del ejército no hacían nada por desalentar el uso de estas y otras expresiones no gramaticales, y, de hecho, animaban a que se usaran al institucionalizar el pidgin-francés como la lengua preferida en los entrenamientos y en las órdenes en las unidades de África Occidental. Esto no se debía solo a la conveniencia —la necesidad de formar rápidamente soldados que hablaban muy poco francés o nada—, sino también a la idea de que enseñar un francés correcto era demasiado arduo para la mentalidad simplista de los *tirailleur*[65]. Un *tirailleur* condenaba este empobrecimiento de la lengua como «palabras que emplean los europeos para hacer burla a los senegaleses»[66]. Ciertamente, este pobre francés reforzaba la idea que muchos tenían en Francia de que los negros africanos eran primitivos y faltos de inteligencia, y el eslogan de Banania daba la imagen ampliamente aceptada en la sociedad francesa.

La caracterización de los africanos occidentales como salvajes primitivos daba lugar a una doble imagen de los *tirailleur sénégalais*. Por una parte, su inteligencia limitada, combinada con la simplicidad ingenua y la inocencia, engendraba en ellos una lealtad fiera a sus protectores

franceses. Por otra parte, los africanos occidentales eran guerreros feroces, incluso si no eran compatibles con algunos aspectos del combate moderno. Los *tirailleurs sénégalais* consideraban que los franceses que se encontraban con ellos los trataban como si fueran niños pequeños y, al mismo tiempo, esperaban que esgrimieran en el frente el salvajismo propio de su raza en aras de Francia. Sobre la llegada de su unidad a Francia, un soldado de África Occidental oyó a gente que gritaba en la muchedumbre alineada en las calles: «¡Cortadle la cabeza a los alemanes!»[67]

Igual que sucede con el papel económico del imperio, en los carteles de propaganda se puede ver el lugar que ocupaban las *troupes indigènes* en la imaginación francesa y en la movilización cultural durante la guerra. Las tropas africanas occidentales eran las más conocidas y las más populares entre las que venían de las colonias para luchar en Francia, en gran parte por su reputación de ferocidad primitiva. Pero, aunque muchas imágenes celebraran su valor, «ellos cargan “con furia” o demuestran una “fiereza infernal” de una manera que delata su aterrador salvajismo»[68]. Y lo mismo es válido para las descripciones de las tropas de otras zonas del imperio, como África del Norte. En otras palabras, estas imágenes hacían evidente la distancia que separaba al supuesto espectador de la imagen, a la persona blanca nativa, del otro, exótico, salvaje, colonial, que luchaba por Francia.

Fig. 12.—Un cartel de 1918 en el que se anuncia un préstamo de guerra. El ardor marcial representado celebra la contribución de los soldados norteafricanos al esfuerzo de guerra, mientras el evidente exotismo de las imágenes sugiere que estos soldados siguen fuera de lo que se consideraba la comunidad de la Francia europea.

El cartel de Georges Clairin, de 1918, que anunciaba un préstamo de guerra de Crédit Foncier d'Algérie et de Tunisie, es un buen ejemplo de esta mirada exotizante (véase fig. 12)[69]. La escena representa a unos soldados norteafricanos, casi con toda certeza argelinos, aunque no están específicamente identificados. Estos eran los más numerosos de todos los contingentes procedentes de las colonias y, como era el caso con los soldados de África Occidental, muchos consideraban que, por ser guerreros primitivos y fieros, eran los mejores como «fuerzas de choque». Esta actitud venía de antes de la guerra y, en gran parte, tenía su origen en las imágenes de la contienda a la que Francia se había enfrentado, y

librado, durante la conquista colonial de Argelia[70]. En esta representación, los horrores del Frente Occidental están totalmente sublimados en favor de una visión exótica y romántica de la guerra librada en el *bled* abierto de África del Norte. Los argelinos cargan a lomos de caballo, un estilo de guerra completamente eliminado en el Frente Occidental en 1918, conducidos por una impresionante figura sobre una magnífica montura profusamente enjaezada. Al fondo ondea la bandera francesa tricolor, tranquilizando al espectador porque toda esta agresión está dirigida a un enemigo común fuera del marco del cuadro, incluso aunque la figura central cabalgue a la batalla bajo el estandarte verde del profeta. Aquí se han atenuado los peligros del Islam, implicado en el servicio a Francia. El exotismo es esencialmente etéreo, pues la hueste de guerreros árabes con ropajes blancos flotando en el aire parece que surgen como fantasmas de debajo del suelo. Como de costumbre, el mensaje es doble. Un ardor marcial como este traerá la victoria a una Francia reforzada por los recursos de mano de obra de su imperio, pero estos hombres siguen siendo diferentes, cultural y esencialmente siguen fuera de la nación.

¿APOTEOSIS O CREPÚSCULO DEL IMPERIO?

El Imperio francés desempeñó un importante papel en el esfuerzo de guerra francés entre 1914 y 1918. A pesar de que la contribución en hombres y equipamiento bélico fue relativamente pequeña en el contexto del gigantesco esfuerzo de uno de los principales combatientes que libraron la primera guerra industrializada del mundo, las colonias seguían teniendo mucha importancia en algunos aspectos de la movilización cultural de Francia y en la imagen que en la posguerra se tenía de lo que el imperio significó en la defensa nacional y en la vida nacional. La desmovilización oficial fue relativamente sencilla y rápida, desde el punto de vista francés, ya que las economías coloniales se reorientaron hacia la actividad normal y el ejército francés trasladó a las *troupes indigènes* tan rápido como fue posible. Desde el punto de vista de los súbditos coloniales, el trastrocamiento económico y la alteración que produjo el reclutamiento no fueron tan fáciles de olvidar ni de superar. Y la

desmovilización cultural en la metrópoli y en las colonias tampoco fue tan sencilla[71]. Como hemos visto, los efectos sobre muchos franceses fue el de aumentar la conciencia del valor del imperio y el de revivificar los esfuerzos por hacer que el imperio «compensara», pero en el imperio y entre su gente también se despertó una mayor conciencia de otro tipo. Los efectos reales sobre la estabilidad colonial en la posguerra se produjeron en los ámbitos de la política, la cultura y la memoria, de manera que tanto los franceses nativos como los *indigènes* de las colonias se volvieron más conscientes que nunca de las relaciones de explotación y racismo que había en el corazón del imperio y del abismo que separaba a los colonizadores y a los colonizados.

A pesar de ser bienvenidos como defensores de la nación en un momento de gran peligro, los súbditos coloniales no obtuvieron un agradecimiento perceptible por parte del orden social jerárquico y racista que reguló sus vidas en las colonias y moldeó la visión de sus actividades en Francia. Sin duda, no recibieron una cálida acogida como iguales en la comunidad nacional. En este sentido, la guerra sencillamente reforzó el control imperial francés y las ideas y relaciones que lo constituían. Para algunos, como Albert Sarraut, esto corroboraba la utilidad del imperio y demostraba su solidez, al tiempo que confirmaba el genio del colonialismo francés y su misión civilizadora. Visto desde otros ángulos, la situación, sin embargo, no estaba tan clara. Incluso una espectacular expansión del imperio al finalizar la guerra, sin duda el apogeo de la extensión territorial del imperio, delataba debilidades e inseguridades cruciales en el alma de la empresa colonial francesa.

En la Conferencia de San Remo de 1920, Francia y Gran Bretaña resolvieron sus diferencias, incubadas durante mucho tiempo, sobre el destino colonial de los antiguos territorios otomanos en el Medio Oriente, con Francia asumiendo el control de los mandatos de la Liga de Naciones de Siria y Líbano. Al absorberlos, además de otros antiguos territorios alemanes en África, añadía una gran cantidad de territorio y población al ya extenso Imperio francés. La guerra, al parecer, lo único que había hecho era expandir el imperio, fortaleciendo el imperialismo y el control colonial francés. Sin embargo, si se mira más de cerca, no todo era para bien. Algunos líderes franceses deseaban e incluso esperaban una transición

pacífica al control francés en Siria, y los impulsores franceses del imperio, conocidos como el partido sirio, afirmaban que la influencia francesa en la región era ya tan fuerte y llevaba tanto tiempo asentada que la población aceptaría fácilmente el Gobierno francés impuesto. Pero el rey Faisal, que había instaurado el Gobierno hachemita de la región en Damasco en 1918, estaba decidido a conservar el control local y se opuso al relevo francés. Resultó que Francia tuvo que luchar por Siria y, aunque venció definitivamente en la batalla de Maysalun, en julio de 1920, la constante resistencia hacía evidente que en Siria muchos no estaban satisfechos con que los franceses los gobernaran. El único camino para mantener el control efectivo era dividir el territorio en varios Estados pequeños, desistiendo del antiguo sueño francés de «la Syrié intégrale»[72]. Durante todo el periodo del mandato, hasta 1946, Francia pudo mantener el control sobre la agitada población solo con el recurso constante a la violencia, tanto abiertamente por medio de la acción militar y policial en tierra y desde el aire, como más sutilmente a través de la planificación urbana y de las iniciativas políticas dirigidas a debilitar la resistencia[73]. Fracasaron incluso los intentos de desarrollar empresas culturales —educación, lengua, arte, propaganda, movimientos juveniles, y otras— para fortalecer los vínculos con Francia y reforzar la influencia francesa y el control político, hasta que el bombardeo francés de Damasco en 1945 mostró de una vez por todas cómo un régimen colonial débil solo tiene la violencia a su disposición[74]. Y ni siquiera esto pudo impedir que Siria dejara el Imperio francés al año siguiente.

El Oriente Medio no fue la única área donde los efectos y las lecciones de la Gran Guerra no fueron exactamente lo que habían deseado los imperialistas. En el ámbito de la política y la cultura, la hipocresía de la misión civilizadora francesa, la violencia al desnudo, la injusticia y la discriminación del colonialismo fue lo más destacable de la guerra y de sus consecuencias. Para muchos súbditos coloniales, los acontecimientos de los años de guerra se convirtieron en referencias clave y vivas de las mayores injusticias del colonialismo francés. Por ejemplo, el 1 de agosto de 1922, Nguyen Ai Quoc, conocido después como Ho Chi Minh, publicó una carta abierta en *Le Paria*, un periódico anticolonial parisino. Dirigida al ministro de las Colonias Albert Sarraut, que justo un año después

mantendría que la experiencia de guerra era una prueba de que el Imperio francés «compensaba», la carta de Quoc rezumaba ironía:

> Bajo vuestro proconsulado, los anameses conocieron la verdadera prosperidad y la auténtica felicidad, la felicidad de ver su pueblo salpicado por todas partes con un creciente número de tiendas de alcohol y de opio que, junto a los pelotones de fusilamiento, los prisioneros, la «democracia» y todo el mejorado aparato de la civilización moderna, se combinaron para hacer de los anameses los más avanzados de los asiáticos y los más felices de los mortales.

Entre otros aspectos de la llamada misión civilizadora de Francia, Quoc señala específicamente los acontecimientos relacionados con la guerra, durante una parte de la cual Sarraut había sido gobernador general en Indochina (1917-1919): «actos de beneficencia […] como reclutamiento forzoso y préstamos obligados, represiones sangrientas, el destronamiento y el exilio de reyes, profanación de lugares sagrados, etc.», y la estrecha vigilancia bajo la cual puso el Estado francés a los indochinos políticamente activos que vivían en Francia, como Quoc, después de la guerra[75]. De hecho, la guerra proporcionó el contexto esencial para la carta de Quoc, como también lo haría para la formación política de Ho Chi Minh. Y, aunque el anticolonialismo de Indochina y el nacionalismo vietnamita tenían raíces diferentes y más profundas que las que se desarrollaron durante la Gran Guerra y como causa de ella, las experiencias de la región entre 1914 y 1918 alimentaron decisivamente la crítica de Quoc y el posterior movimiento independentista de Ho.

Más allá de las quejas que provocaran acciones específicas francesas durante la guerra, esta pudo haber contribuido a una conciencia cada vez mayor de la inalterabilidad de una orden colonial basada en el racismo, aunque esto es difícil, o quizá imposible, de cuantificar con precisión. Otro líder en la lucha contra el colonialismo francés, esta vez en África, Léopold Sédar Senghor, evocaba más tarde este aspecto de la experiencia de la guerra colonial. Los carteles de Banania que caracterizaban al *tirailleur sénégalais* sonriente que había visto en París durante el periodo de entreguerras le enfurecía y, por supuesto, la conexión de esta imagen

con la guerra era inevitable. Más tarde describiría la travesía intelectual y espiritual hacia la independencia que hicieron él y otros, señalando que finalmente se iluminaba el entendimiento: «La asimilación fue un fracaso; podíamos asimilar las matemáticas o la lengua francesa, pero nunca podríamos arrancarnos nuestras pieles negras o extirparnos nuestras almas negras. Y, de esta manera, emprendimos nuestra ferviente búsqueda del "santo grial": nuestra alma colectiva. Y la encontramos»[76]. Esta búsqueda pudo perfectamente haber empezado antes de 1914 y no se completó hasta 1945, pero las repercusiones de la Gran Guerra en las colonias y en las relaciones coloniales ayudaron sin duda a precipitar la travesía.

Capítulo 7

África británica imperial

Bill Nasson

INTRODUCCIÓN:
EL AUTOENGAÑO DE LA NEUTRALIDAD LOCAL

El diario londinense *Independent*, en marzo de 2013, en una reflexión sobre el décimo aniversario de la participación en la controvertida guerra de Irak, concluía respecto a esta turbulenta invasión y el consecuente empantanamiento en Afganistán que, definitivamente, había terminado con la «idea de que Gran Bretaña podía librar guerras simultáneamente en dos frentes»[1]. Poco más de un siglo antes, el alcance de su poder imperial había permitido hacer no solo eso, sino mucho más. Por muy improvisado, desordenado y lleno de fisuras que haya podido llegar a parecerles el Imperio británico —o «el sistema-mundo británico»[2]— a influyentes historiadores actuales, entre 1914 y 1918 los británicos eran capaces no solo de mantener una guerra en «tres frentes —en Europa, en el mar y en Oriente Medio— para defender su imperio»[3], además, la declaración de guerra de Londres contra Berlín suponía levantar la veda para varias campañas menores, esencialmente coloniales, para capturar territorios

alemanes dispersos en el Pacífico y, el tema de este capítulo, en África. El continente ofrece, para Gran Bretaña, el más notable ejemplo de que este conflicto iba a ser una guerra con un gran alcance imperial, en la que, para defender los intereses de la metrópoli, se activarían los territorios coloniales británicos, con súbditos británicos coloniales de los más diversos orígenes étnicos y estatus políticos. Las respuestas, participación y experiencias de los súbditos imperiales alistados para defender las necesidades de este núcleo europeo serían, también, claramente diferenciadas. Atrapada en una hercúlea competencia entre imperios globales, la población del África británica se alistaría no solo en una guerra nacional defensiva, sino en una guerra multinacional de expansión imperial. Para los habitantes de los vulnerables territorios imperiales enemigos que se encontraban en su trayectoria, la Primera Guerra Mundial significaría el alistamiento en una guerra de supervivencia imperial.

Sin embargo, inicialmente, este decurso de los acontecimientos no parecía necesariamente inevitable y evidente. Aquí, como en el caso del Pacífico para Nueva Guinea alemana y Samoa alemana en el Pacífico, es fácil deducir el argumento obvio de que Gran Bretaña no iba a la guerra contra Alemania para «conseguir más colonias»[4]. Por otra parte, su imperio colonial africano establecido podría ser muy apetecible para Alemania, un Estado europeo en tensión insatisfecho por su déficit imperial. De igual manera, en 1914, las ganancias territoriales africanas estaban más allá de sus posibilidades, pues el poder local alemán no sentía ningún deseo de igualar a las británicas o, lo que es más, a las de Francia. Igual que para Gran Bretaña, su guerra para conservar el *statu quo* mundial contra un desafío alemán no implicaba necesariamente una necesidad imperiosa de añadir más territorios y súbditos coloniales a su ya poblado Imperio africano de más de treinta y cinco millones de habitantes. En cualquier caso, más allá de algunas consideraciones estratégicas, después de todo, había «poco que le tentara» en las colonias alemanas de África Occidental, Camerún y Togo, en África Sudoccidental y en África Oriental, aunque estas últimas posesiones fueran potencialmente productivas desde el punto de vista agrícola.

En conjunto, estos cuatro territorios «no habían producido dinero desde que se convirtieron en colonias alemanas, y no parecía que fueran a

producirlo». Sin embargo, «la ocasión de la guerra»[5] les brindaba a los británicos una oportunidad irresistible de poner sus manos encima de otra parte de África, en lugar de simplemente señalar allí un tiempo de acuartelamiento mientras se resolvía en Francia la supervivencia y el futuro de su enorme imperio colonial.

Respecto a esto, sin duda ganaría peso preservar la seguridad del suelo británico en África, pero no hasta muy tarde en el teatro europeo del conflicto. En ese estadio final, cabe destacar el impacto sobre la resistencia imperial que produjo, en 1918, el importante último aliento de la ofensiva alemana, golpeando a Francia y Gran Bretaña en sus talones. Ante la desalentadora perspectiva de Francia y también ante la posibilidad de que Italia abandonara la guerra, en junio de ese año, el Gabinete de Guerra de Lloyd George se asomaba a un abismo imperial. Con los franceses y los italianos descartados, los revitalizados alemanes podían reforzar lazos con los otomanos, lo que suponía que todo el Oriente Medio caería en su circuito. Para el preocupado Lord Milner, director de estrategia del Gabinete de Lloyd George, «el mundo entero» de «estas islas» podría entonces estar en riesgo. La lucha que quedaba por librar debería ser pues «sobre todo, por África», en la que «la cabeza de puente de Palestina»[6] podría ofrecer una puerta abierta al enemigo. Pero esto no fue más que una breve pesadilla.

Al principio, al estar tan lejos del centro o violenta morada de las hostilidades de 1914, la postura británica de las colonias africanas parecía que aconsejara más la inercia que una confrontación dramática con cualquier adversario imperial. Sin duda, nunca se consideró ni remotamente que los problemas territoriales de África colonial pudieran provocar un conflicto anglo-alemán. No hay que olvidar la opinión que el secretario de Asuntos Exteriores británico, Sir Edward Grey, difundió en fecha tan reciente como el 1911, que tenía poca importancia para los británicos quién fuera su vecino colonial, si Francia o Alemania. De hecho, si llegara el caso, Grey se mostraba incluso abierto a algún acuerdo conveniente por el cual las colonias portuguesas en África, descartadas por «decrépitas», podían dividirse con el consentimiento mutuo entre Londres y Berlín, y repartirse con un «espíritu pro-alemán»[7]. A pesar de la duradera y largamente establecida alianza anglo-portuguesa, los

mandarines londinenses del departamento colonial consideraban al raquítico Imperio africano lisboeta como de poca monta. Bélgica se veía con un desprecio similar. En sus Gobiernos coloniales africanos se los agrupaba no solo como los más ineptos, sino también como «las más crueles e inhumanas de las potencias coloniales»[8].

Igualmente, desde una perspectiva colonial más amplia, las rivalidades continentales subyacentes no significaba que se tradujeran en problemas locales, en el sentido de que las condiciones de preguerra en una colonia fueran una seria inquietud para la otra. Donde seguía latiendo el malestar de los campesinos y los trabajadores urbanos a lo largo de 1912 y 1913 como secuela de la reciente pelea por África y su partición a gran escala por parte de las fuerzas europeas en competición, las confrontaciones entre los súbditos insatisfechos y las autoridades coloniales se limitaban a ser territoriales. Las bolsas muy localizadas y a menudo prácticamente encubiertas, no se superponían en las fronteras externas de las colonias europeas. Por ello, África oriental británica (Kenia) no se contaminó de la rebelión Maji-Maji de 1905-1907 en África Oriental alemana (Tanganica). De igual manera, la guerra genocida herero-alemana de 1904-1907 en África Sudoccidental fue una cuestión disciplinaria alemana. A lo largo de la frontera colonial, el dominio británico de Sudáfrica dormitaba, salvo alguna muestra de inquietud en el periódico inglés más liberal, como el *Cape Argus* en relación a que los prisioneros hereros y nama estaban siendo maltratados por los alemanes en campos de concentración justo al otro lado de su frontera[9].

Al haber sido incapaz de consolidar una presencia territorial importante, Alemania era muy exánime en ese terreno. Para Gran Bretaña, solo Francia, por supuesto, y su maremágnum de colonias en el norte, centro y oeste de África constituía otra potencia imperial importante. Aunque la superficie del imperio colonial británico era mejor y estaba menos amalgamado, sus propiedades diseminadas más ampliamente por las regiones del sur y del centro-sur, del este y del oeste, y del norte, incluida una lengua de territorio costero en el cuerno de África, formaban el auténtico núcleo del imperialismo europeo. Tampoco todo era pura apariencia. El Imperio británico tenía mayor número de súbditos africanos,

una minoría de colonos blancos mucho más populosa y unas bolsas de producción minera, de otras industrias y agrícola más importantes.

Aun así, antes de la guerra, la huella militar británica era simplemente la de un trivial y rutinario compromiso colonial. Donde se habían establecido ejércitos coloniales africanos salpimentados de oficiales blancos, estos eran pocos. Por ejemplo, en el territorio británico de África Central de Nyasalandia había no más de 100 tropas indias y un par de oficiales blancos[10]. Mientras estas fuerzas coloniales estaban ocupadas manteniendo el orden y haciendo cumplir las exigencias de los nuevos tributos de la administración civil colonial, como el cobro de las tasas, apenas eran equivalentes a una importante concentración de poder militar. En particular, al no tener el cometido de ofensivas externas o de la defensa de la frontera, no eran más que un trampolín para lanzar operaciones de guerra. De hecho, las posibilidades de que África escapara o se viera arrastrada a una conflagración mundial eran, como mínimo, iguales.

De hecho, la necesidad básica de no participar en la guerra podía verse en varios niveles. En África Occidental, el comandante Kurt von Doering, el gobernador interino de la pequeña colonia alemana de Togo, rogaba al gobernador de la vecina Costa del Oro británica (Ghana), Sir Hugh Clifford, que aceptara un armisticio regional que mantuviera la neutralidad del territorio. Compartían el punto de vista de que la alternativa de una batalla expondría a los súbditos coloniales africanos al penoso espectáculo de ver a europeos luchando entre sí. ¿Quién sabía las funestas consecuencias que esto podría traer para el prestigio y la autoridad blancos? En la costa opuesta, Sir Henry Conway Belfield, el gobernador del protectorado británico de África Oriental (Kenia), no tenía muchos deseos de hostilidades y anunció que «esta guerra no era del interés de África Oriental británica»[11]. Su vecino homólogo alemán, el Dr. Heinrich Schnee, pensaba lo mismo, totalmente de acuerdo con la neutralidad regional y agitando una rama de olivo declaró que la capital de Dar es Salaam y el puerto de Tanga ciudades abiertas libres.

El noroeste del más reciente Estado británico autogobernado por colonos blancos, la Unión de Sudáfrica, fundada en 1910, se extendía junto a África del Sudoeste alemana. Entrelazadas por el comercio, el parentesco y otros lazos familiares entre los afrikáneres antibritánicos del

Cabo Norte y los colonizadores alemanes cercanos, las zonas limítrofes eran muy permeables. En ellas, el gobernador Theodor Seitz y sus oficiales superiores permanecían a la expectativa, pero no batían los sables para no provocar a Sudáfrica. La colonia sería defendida contra cualquier agresión enemiga, pero se prefería hacer tiempo hasta que Berlín estuviera en condiciones de asegurarse un puesto de privilegio gracias a la «victoria en Europa»[12].

Este estudiado y temprano distanciamiento de las hostilidades se había expresado en otros distritos imperiales británicos. En la industrializada Sudáfrica, grupos alternativos de la clase obrera radical blanca, como la Federación Socialdemócrata y la Federación Industrial Sudafricana, agitaban sus manifestaciones antibélicas previamente a la declaración de guerra británica. Para los militantes de izquierdas, desanimados por la visión de un movimiento obrero británico derrumbado por el esfuerzo de guerra imperialista, al menos «la guerra parecía abrir nuevas oportunidades en Sudáfrica»[13]. Si los obreros británicos en casa estaban sordos, quizá en circunstancias coloniales más activas aguzaran los oídos. Así, transmitiendo el contrabando europeo de las convicciones de guerra antiimperialista, visitando a los militantes obreros o a disidentes británicos inmigrantes se incitaba a la resistencia a la guerra.

No solo era la izquierda de piel blanca en África, en 1914, la que temía lo que podría acarrear una guerra total, para los intereses comerciales de los colonos que se dedicaban a la agricultura y para los comerciantes parecía muy evidente que las hostilidades no serían buenas para sus negocios. Los plantadores de sisal en África Oriental, los granjeros de avestruces en Sudáfrica y los productores de carne de res de Rodesia no perdieron tiempo para expresar sus preocupaciones. Una guerra mayor pondría en riesgo la prosperidad rural, tanto en el mercado interno como en el imperio y los canales de comercio mundial se verían amenazados. No menos sobrecogedora era la perspectiva de extrema escasez si las rutas de transporte desde Gran Bretaña se vieran socavadas. Estas preocupaciones no solo se referían al flujo de equipamiento industrial o manufacturado, como bicicletas, mantas o galletas, sino también, como señalaba a primeros de 1914 un agitado lector blanco del rodesiano *Bulawayo*

Chronicle, respecto a «necesidades básicas» como artículos de punto *Pringle* o abrigos *Jaeger*[14].

ACTIVOS CRUCIALES Y ALGUNAS EXPERIENCIAS VARIADAS

En vista de los peligros que preveía que habría en el transporte durante la guerra, había un profundo interés en el producto más valioso y más indispensable de África subtropical, el lingote de oro. Estratégicamente vital para los británicos, el oro era el reluciente eje del acoplamiento imperial entre Sudáfrica, el líder mundial en producción de oro, y Londres, ya que en 1914 las minas de Witwaterstand abastecían al Banco de Inglaterra con las dos terceras partes de sus reservas del precioso metal. El estallido de la guerra haría que la seguridad del suministro de oro, la firme base financiera del sistema británico mundial de la libra esterlina, se convirtiera en lo que la Cámara de Minas de Johannesburgo calificó de «un asunto muy complejo»[15]. Desde luego, era algo que no se podía dejar en el aire. Aunque el coste de su solución sería más tarde una cuestión espinosa entre el Banco de Inglaterra y los capitalistas de la minería de Johannesburgo, Londres selló un acuerdo por el que protegería los lingotes de los peligros de los saqueadores marítimos alemanes por medio del almacenamiento en una Sudáfrica impenetrable, mientras la City de Londres proporcionaría cobertura crediticia para su precio de compra hasta que fuera seguro reanudar el traslado por mar. Con las dificultades de la guerra o sin ellas, la posesión del oro de los dominios procedente de África siguió siento la vara de medir con la que se juzgaba el poder financiero de la City.

Al mismo tiempo, el desabastecimiento de la guerra, consecuencia de la contracción del comercio con ultramar, no fue el desastre que la mayoría de los agoreros observadores había imaginado. Para el sur de África, con su más de un millón de colonos blancos y sus abundantes activos económicos, el incipiente y aún lento desarrollo industrial se vio espectacularmente estimulado por la necesidad de sustituir las importaciones. En 1915, la unión de consumidores a falta de textiles de Manchester y de calzado de Northampton podían obtener las prendas de

fábricas locales de Ciudad del Cabo, y las botas y varios tipos de calzado de Port Elizabeth. En una tímida celebración nacional de esta independencia productiva, al final de las hostilidades el *Agricultural Journal of South Africa* agradecía la prosperidad de la guerra por haber hecho posible que los granjeros del comercio interno alimentaran a «los vastos ejércitos británicos en el campo de batalla», no solo en el norte del continente y en Oriente Medio, sino también en Francia, creando las halagüeñas condiciones en las que «nosotros, en Sudáfrica, tenemos la espléndida oportunidad de producir más»[16].

La guerra que Gran Bretaña puso en marcha en sus territorios de África fue, claramente, un capítulo en su historia de «utilización de los recursos de su imperio para permitirle comportarse como una potencia principal de un modo que no tenía precedentes en su historia»[17]. Aquí se desarrolló una guerra por partes, que concluyó rápidamente en el flanco izquierdo del continente y que estremeció durante todo el periodo del conflicto mundial a la parte oriental del continente. Y fue también una guerra ignominiosa. Con pocos triunfos que levantaran la moral en el campo de batalla, dejó que sus voluntarios blancos en favor del imperio derramaran su sangre en Europa para fecundar leyendas de heroísmo y sacrificio, como en el caso de la Fuerza Expedicionaria Sudafricana que, una vez prácticamente diezmada en el Somme en 1916, se convirtió en un símbolo de una nación anglo-afrikáner, «las manos unidas por la British Commonwealth contra un adversario común»[18].

No menos significativo para la comprensión del lugar que ocupó la guerra en la vida de las comunidades más profundamente rurales y desconectadas, por ejemplo, la zona central de Nigeria o el lejano sur de Rodesia del Sur es que aquella simplemente pasó por encima de la cabeza de sus habitantes, su existencia apenas se percibió. La escasez y el alza de los precios era una carga habitual y constante dada la inestabilidad de los sistemas productivo y ecológico local. También por eso, la naturaleza de la presencia y el control colonial británicos en 1918 era más o menos el mismo que había sido en 1913. De hecho, para los africanos que tenían poca idea de que estaban viviendo bajo la corona británica o de que pertenecían a una colonia constitucional, la guerra no fue, quizá, más que un tiempo de lánguido merodear.

Donde los habitantes del África británica no podían ofrecer la otra mejilla era donde urgía su sustento marítimo. Aunque el poder marítimo jugara sin lugar a dudas un «papel relativamente limitado en la Gran Guerra», comparado con su importancia primordial tanto en las guerras revolucionarias francesas como en la Segunda Guerra Mundial[19], África era un punto final estratégico para las vías navegables mundiales de Gran Bretaña. Sus aguas atlánticas y del océano Índico eran los tramos periféricos del Canal de la Mancha, establecidos para permanecer bajo el dominio del patrullaje de la Royal Navy desde sus puertos de Simonstown en el Cabo y su base del Escuadrón de África Occidental de Freetown. Aunque limitada, la amenaza real de ataques del comercio alemán local a las rutas marítimas de los tramos de sur, oeste y este de África lo seguía siendo para «las conexiones que permitirían a Gran Bretaña aprovechar los recursos, tanto de su imperio como de sus socios comerciales neutrales»[20]. En este sentido, aunque el conflicto africano de Gran Bretaña estaba relacionado con las colonias, lo estaba menos con la tierra y mucho más con el mar.

INQUIETUD BAJO LAS CARGAS DE LA GUERRA

Muchos de los de las tierras que se vieron atrapadas por ella, asociaron la guerra —a uno u otro nivel de intensidad— a una sucesión secundaria de levantamientos y rebeliones relámpago contra sus más severas imposiciones —especialmente el reclutamiento forzoso de mano obrera para la larga campaña del África Oriental—. Al mismo tiempo, el estallido del conflicto fue también, en un sentido, el responsable de una intensificación general de las quejas por las exacciones coloniales, afectando a asuntos como la ejecución de tributos, requisiciones y las levas de trabajo. Por ello, el carácter espinoso de la estricta pacificación colonial se agravó con la guerra, empujando en lugares como Nyasalandia británica a algunos grupos a lo que llegó a ser una «crisis» claustrofóbica[21]. Allí, donde muy pronto llegó el reclutamiento forzoso a gran escala y donde habían sido altas las pérdidas de las tropas auxiliares laborales durante las primeras campañas contra los alemanes, pronto se desbordó el resentimiento. Lanzaron la curiosamente dignificada figura de John

Chilembwe, un destacado predicador baptista evangélico que iba de aquí para allá denunciando la guerra y que, en 1915, promovió un breve levantamiento utópico para «dar un golpe y morir»[22].

A lo largo de la costa sudeste, entre tanto, la más excitable de las comunidades zulús desposeídas anhelaba la derrota británica y acordaba un estatus especial a Alemania: incluso cerveza le esperaba a su llegada a la flota de alta mar en las costas de Natal, porque suponían que, una vez que Natal hubiese sido tomado, su «escasez de tierra» podía remediarla una potencia europea más benévola[23]. Al mismo tiempo, la retirada de las guarniciones de los distritos de Transkei para realizar un servicio ofensivo en otro lugar, estimuló también esas fantasías entre los habitantes campesinos descontentos. Estar psicológicamente en armonía con los alemanes y con las actividades y los avances de Alemania contra «los ingleses» y «el rey» se convirtió en «una especie de metáfora de la resistencia»[24].

Junto a ese exhibicionismo incompleto, había también un rechazo más general a una guerra europea no deseada. Así, tanto en la Costa del Oro como en Nigeria se observaban brotes de movimientos independentistas de cristianos africanos que provocaban sus partidarios como testimonio contra las reclamaciones de una guerra incomprensible que debía haber seguido siendo un asunto entre europeos. En movimientos de retirada defensivos, una forma de secesión psicológica y espiritual de un mundo en guerra detestado, estas formaciones religiosas marginales podían adquirir también un matiz milenario que invocara un próximo momento apocalíptico. Para unos cuantos cabecillas religiosos de toda Rodesia del Norte hasta la Costa del Oro, lo único que les quedaba a los africanos era prepararse para aceptar el inminente fin de un mundo sin sentido. Porque, cuando la plaga del devastador Gobierno europeo retroceda, lo que quedará por delante será la segunda venida de Cristo. Más irónica que mesiánica era la opinión desde Sudáfrica del pedagogo cristiano de los xhosa D. D. T. Jabavu. Los africanos «se sorprendieron», señalaba con sarcasmo en septiembre de 1914, «de que las naciones europeas que van por delante en educación y en cristianismo no encuentren otros medios que la espada y las armas destructivas acumuladas para resolver sus diferencias diplomáticas»[25].

LA MOVILIZACIÓN DE UNA VARIADA BOLSA DE HOMBRES

La elección de reclutamiento voluntario o forzoso de los participantes africanos estaba muy clara para los mandos británicos. Había, sin lugar a dudas, experiencia de servicio en unidades como los Fusileros Africanos del Rey o la Fuerza Fronteriza de África Occidental. Detrás de sus barracones había otros hombres. Para los jóvenes del campo que no tenían cualificación y que deseaban escapar de la generalmente sofocante autoridad patriarcal de los ancianos del pueblo, el servicio militar ofrecía el incentivo de la huida, incluyendo viajes y un empleo razonablemente pagado. Otros se alistaban porque la vuelta a la vida militar suponía una oportunidad de recuperar la identidad de un duro guerrero, que habían perdido después de la conquista colonial.

Incluso en los alistamientos para los servicios más bajos en ultramar, en Francia, en el contingente de trabajadores nativos de Sudáfrica, había reclutas que se aferraban a un imaginario y vago sentimiento de ciudadanía de un imperio y de pertenencia a lo «civilizado». Como «cristianos» y «no salvajes» del «país del rey», declaraba un recluta del contingente en 1917, su «gran deber» estaba con «el rey y la Unión»[26]. En este aspecto, pocos eran más ardientes que el líder de color de la Organización del Pueblo Africano, con base en El Cabo. A Abdullah Abdurhman se le encontraba instruyendo a su audiencia sobre el peligro que suponía disminuir su apoyo a la causa británica, pues, «si el Imperio británico caía, todos caerían con él»[27].

Probablemente eran mucho más comunes los motivos menos idealistas —o más elásticos— para alistarse como soldado. Para muchos reclutas coloniales, la guerra era añadir más ritmo a la más mundana de las actividades humanas, trabajar, y a partir de 1914 servía como alternativa para los trabajadores inmigrantes de África del Sur y Central que, de otro modo, habrían ido a las minas de oro de Johannesburgo. Considerar como un negocio personal el emplearse en la extendida guerra africana de Gran Bretaña conllevaba a veces una gran dosis de creatividad e inventiva. En Nyasalandia, por ejemplo, las preferencias británicas en cuanto al reclutamiento de etnias eran los yao, soldados cuyo excelente «espíritu

marcial» se celebraba, lo que rápidamente activó la imaginación de los voluntarios para los batallones locales de los Fusileros Africanos del Rey (KAR). Deleitándose en el cultivo de una ostentosa estética militar, un variado surtido de aspirantes a soldados pretendía el inmaculado carácter de la masculinidad yao, pues se sabía que era «el más buscado por los oficiales de reclutamiento de los KAR»[28].

Pero tampoco era esta la única muestra de subversión de los luchadores africanos comunes que no eran famosos por ninguna vinculación ideológica o política a la causa imperial para la que habían sido empleados. Pues, una vez que ya estaban alistados, su lealtad podía transformarse hasta ser fina como una telaraña. Por eso, a lo largo de la extendida lucha en África del Este, había soldados británicos africanos que servían en el bando de los alemanes, a veces cambiándose de uno a otro, descaradamente, una y otra vez. De hecho, sencillamente, estaban haciendo lo que muchos yao de Nyasalandia habían hecho en los años de la preguerra, licenciándose ellos mismos de los KAR para unirse a las guarniciones alemanas de África del Este. Con paga y beneficios adicionales por el servicio allí, mejor que nada de lo disponible en las filas coloniales británicas, algunos hombres de territorios como Rodesia del Norte o Nyasalandia consideraban los combates del servicio áskari como la opción sensiblemente mejor remunerada. Por algo era que, a menudo, los alemanes recurrían a términos ingleses de mando, de ejercicios de entrenamiento rutinarios y para las notas de la corneta. Tampoco, por la misma razón, era raro que se invirtiera la lengua y los oficiales británicos recurrieran al alemán en las órdenes de los desfiles[29].

Como en el este de África, desde 1914 en adelante, los canales regionales de trabajadores emigrantes en África del Sur y Central, así como en la Costa de Oro, Nigeria y otros lugares del África Occidental británica, se vieron inmersos en alistamientos militares para tropas de voluntarios. Por las necesidades de la guerra, se buscaba capturar a inmigrantes locales para empujar a que se vistieran de caqui hombres que habitualmente combinaban la producción campesina con periodos de tiempo de trabajo remunerado. Pero, al llevar a cabo su ocupación en rutas de trabajo establecidas, los reclutadores militares británicos tenían que ingeniárselas y no podían permitirse ser discriminatorios. Una

consecuencia llamativa es que una considerable proporción de soldados del Regimiento de la Costa del Oro no procedían del África británica sino de África Occidental francesa, ya que los hombres huían al territorio colonial británico para salvarse del casi esclavizante reclutamiento forzoso de los hambrientos reclutadores franceses. Otro efecto notable de esta movilidad de los tiempos de guerra era que hasta el «70 por ciento» de los soldados de la Primera Guerra Mundial que formaban parte del Regimiento de Rodesia compuesto por nativos no procedían ni de las colonias británicas del norte ni del sur de la Compañía de Sudáfrica, sino que eran «originarios de otros territorios»[30]. Para los responsables de las fuerzas imperiales, había muchas cosas que no sabían o eran incapaces de saber de los africanos que estaban bajo sus órdenes, y mucho menos conocer por qué estaban bajo las armas británicas.

HOSTILIDADES

Los africanos en armas estaban confinados al suelo africano, pues la política británica era restringir sus servicios al continente. ¿Qué pasaba entonces con los combates militares de los que se les había hecho formar parte? El primero de ellos supuso el inicio de la Primera Guerra Mundial para los británicos y venía de las fuerzas de la Costa del Oro, en agosto de 1914; fuerzas que habían sido movilizadas en julio en previsión del estallido de las hostilidades europeas.

Coordinada con Francia, Gran Bretaña se movió rápidamente para apoderarse de las mal defendidas colonias alemanas de África Occidental de Togolandia y Camerún. En efecto, el primer asalto de la guerra mundial, estas campañas menores de conquista imperial las llevaron a cabo batallones del Regimiento de la Costa de Oro y reclutas coloniales que los acompañaban, y soldados de Dahomey y otras colonias francesas vecinas. Encajados entre territorios enemigos, los alemanes de Togo solo podían intentar jugar una carta, la de la paz. Así, rogaron a los Aliados que se detuvieran para evitarle la guerra a África Occidental gracias a un armisticio regional negociado. Las invasiones rápidas de Gran Bretaña por el oeste y de Francia desde el este frustraron toda ilusión diplomática.

El principal objetivo británico era, por supuesto, estratégico: la pequeña capital portuaria de Togo y la destrucción de las instalaciones de la estación de radio alemana, lo que se logró fácilmente tras deshacerse de la delgada línea de *Schutztruppen* paramilitares locales antes de finalizar agosto. A pesar de haber compartido una breve y efectiva campaña improvisada, en un rincón de sus corazones imperiales seguían quedando instintos competitivos, con una tibia coordinación entre Gran Bretaña y Francia como consecuencia de que «las dos potencias estaban impacientes por controlar la colonia alemana»[31].

A diferencia de Togolandia, poco más que una estrecha franja costera atlántica, Camerún alemán demostró ser un hueso más duro de roer, con su interior montañoso y unos densos accesos boscosos que proporcionaban una resistente pantalla defensiva para las fuerzas alemanas que se enfrentaban a la invasión de una fuerza fronteriza británica de África Occidental, que pasaban desde la vecina Nigeria. De nuevo, Gran Bretaña se coordinó con Francia, que introdujo tropas procedentes de sus posesiones de África Occidental y Ecuatorial. Y aquí, de nuevo, lo que los británicos buscaban ante todo era apoderarse de los puertos para aplastar los navíos alemanes y destruir las estaciones de radio y así impedir las comunicaciones del enemigo. Predecible también era la titubeante coordinación anglo-francesa, con escasa comunicación en un campo con profunda división en las órdenes militares y débil vinculación entre Londres y París respecto a la política general. La intrusión independiente —y generalmente no deseada— de Bélgica, que no había conseguido mantener neutral al Congo, complicaba aun más los asuntos británicos.

En lo que pronto se convertiría en una lucha rastrera por hacerse con el control de Camerún, las fuerzas invasoras británicas no lo tenían fácil y, en 1915, la mayor parte de su infantería nigeriana tuvo que ser reforzada con tropas asiáticas en forma de un batallón indio. Pero este, al zozobrar en los ríos y pantanos de África Occidental, contribuyó poco al éxito final de las armas imperiales. En ocasiones, los británicos fueron incluso bloqueados por las osadas incursiones alemanas en Nigeria, que sembraron el pánico a lo largo de la frontera este e incluso dispersaron al emir de Yola. Los acosados alemanes fueron capaces de aguantar hasta febrero de 1916, cuando el último de los desesperados defensores se rindió o huyó a

refugiarse al enclave neutral español de Río Muni. Esto dejó a Gran Bretaña al mando al acabar una campaña que había ido a trompicones hacia su final[32].

En su movimiento contra la colonia de Berlín que se encontraba más al sur —África Sudoccidental alemana—, Londres estaba totalmente liberado de que París ensombreciera su campaña y no tenía necesidad de prestar mucha atención, si es que tenía que prestarle alguna, a la presencia de la cercana colonia de Lisboa que estaba inmediatamente al norte —África Occidental portuguesa (Angola)—. Todo lo que se necesitaba era una ofensiva de su dominio satélite. A principios de agosto, el secretario colonial, Lewis Harcourt, solicitó a la Unión de Sudáfrica, constitucionalmente en guerra junto a otros dominios con autogobierno, que rindiera a Gran Bretaña lo que él llamó, en una memorable frase, «un gran y urgente servicio imperial»[33]. Se trataba de organizar una fuerza expedicionaria de asalto que, ayudada por la Royal Navy, invadiría África Sudoccidental alemana para llevar a cabo lo que se había vuelto más necesario y urgente, tomar los puertos principales y apagar las estaciones de radio clave para controlar las comunicaciones y los movimientos enemigos en el Atlántico Sur.

Esta inmensa colonia tenía fronteras terrestres y marinas tremendamente expuestas que era prácticamente imposible cubrir. Y las defensas alemanas a las que se enfrentaba Gran Bretaña eran exiguas. Establecidas para proteger a los colonos y para extinguir cualquier posible sublevación africana futura como consecuencia del levantamiento de los herero a principios de 1900, no estaban preparadas para rechazar un asalto externo, menos aun el que ahora se cernía, una invasión combinada terrestre y anfibia de un adversario vecino muy bien armado.

La fuerza expedicionaria de África del Sudoeste estaba formada solo por combatientes blancos y unos pocos artilleros de color del Cabo, debido a la prohibición racista de Pretoria de que hubiera africanos en la división, a diferencia de otras campañas británicas, que llevaron a cabo esencialmente soldados africanos coloniales, respaldados de vez en cuando por indios y pequeñas unidades de otras tropas del imperio. Esto convertía este teatro de hostilidades en el ejemplo más cercano de una «guerra de blancos» en el transcurso de la guerra imperial en África. La Unión

involucró lo que, en términos comparativos, fue una fuerza enorme de unos 45 000 combatientes a principios de 1915, cubierta por aproximadamente 33 000 soldados africanos y de color desarmados.

Fig. 13.—Un afrikáner flexible que antes había luchado contra el Imperio británico, pero que ahora disfrutaba luchando por él: general Louis Botha, primer ministro de la Unión de Sudáfrica.

Pretoria lanzó su ofensiva local a mediados de septiembre de 1914, codo con codo con Gran Bretaña. Las condiciones para un desembarco

costero estaban garantizadas por las Royal Navy, que para entonces había eliminado cualquier amenaza de interferencia naval alemana al derrotar al Escuadrón del Asia Oriental comandado por el vicealmirante Maximilian Graf von Spee. Después, sus cañones bombardearon las instalaciones de radio y portuarias de los puertos alemanes clave de Swakopmund y Luderitz. La armada británica aportó también una unidad de carros blindados y un avión para equipar al recientemente formado Cuerpo de Aviación Sudafricana. A finales de 1914, el Cuerpo Aéreo Real trasladó a un puñado de sus pilotos desde Francia al sudoeste de África para reforzar las fuerzas sudafricanas. Su corpulento jefe, el general Louis Botha, fue en otro tiempo un guerrero republicano de comando venerado por sus ataques a caballo (véase fig. 13). Ahora, en la colonia alemana que había invadido activamente, Botha se internó en la zona desértica con un biplano Henry Farman del Cuerpo Aéreo Real. Para el Imperio británico africano, difícilmente podía haber una mejor transición de un adversario en la guerra colonial a un colaborador en la guerra imperial, ni de la silla de caballo del siglo XIX a la cabina de avión del siglo XX.

Con una fuerza militar inmensamente mayor, superiores transportes y gran cantidad de suministros y equipamiento, la incursión combinada anfibia y terrestre de la Unión anuló a sus oponentes alemanes en solo unos meses. Sin poder seguir cediendo más terreno ni durante más tiempo, el gobernador Seitz rindió su colonia en julio de 1915. Esto representaba la primera victoria imperial británica de la guerra y el primer armisticio vinculante, con condiciones magnánimas. El objetivo estratégico de Londres de eliminar los puertos y las comunicaciones de radio alemanas se había alcanzado con relativamente fáciles acciones alternativas que habían costado la vida de algo más de 200 soldados.

Sin oponentes, la línea marítima vital alrededor del Cabo de Buena Esperanza podía ahora garantizar su «antigua importancia»[34] para la defensa imperial británica, dado el riesgo que suponía la ruta a la India y a Australia por el Canal de Suez debido a la alianza de los alemanes y los otomanos. Para el secretario colonial, «en lugar de que Sudáfrica se haya separado del Imperio británico», como podía temerse menos de dos décadas antes, las fuerzas leales han «obtenido una destacada victoria por la causa de este imperio». En otros lugares, las capitales de los dominios

las tomaban comandos de afrikáneres; ahora, las camaleónicas colonias se habían vuelto leales al imperio y cabalgaban a la capital de la colonia, Windhoek, en apoyo al rey Jorge V. Por debajo de todo esto, estaba la calculada realidad de los propios planes expansionistas y subimperiales de Louis Botha y de Jan Smuts. A ojos de su Gobierno, la conquista sudafricana de África Occidental había, ante todo, alejado los fantasmas republicanos antibritánicos de los bóeres del cambio de siglo. Para la Unión, había llegado el momento, y ya estaba maduro, de «formar parte del mundo adulto de la potencia imperial»[35].

En el fondo, el logro colonial de incorporar la antigua África Sudoccidental alemana a su futuro era una asimilación territorial que excedía los objetivos estratégicos imperiales que Gran Bretaña se había marcado. Dicho esto, Sudáfrica, que había posibilitado que los británicos bloquearan la salida del Atlántico Sur a los fletes alemanes, quedó como el acceso a un inmenso patio trasero. Los términos flexibles de la ocupación militar de la Unión se alcanzaron fomentando la conformidad alemana y la colaboración de la minoría blanca estable al propiciar que los afrikáneres rurales se establecieran junto a los colonos alemanes en el territorio. En 1917, un satisfecho Jan Smuts le refería en Londres a una de sus audiencias que tanto le admiraban que «hemos empezado a crear una nueva base blanca en Sudáfrica y, a día de hoy, estamos en situación de seguir avanzando hacia el norte y de civilizar el continente africano»[36]. Aunque todavía lejos de aflojar las cadenas de Londres, «desde su comienzo», la campaña militar para absorber los territorios coloniales alemanes del norte del río Naranja había sido «concebida como una expansión territorial a largo plazo». La resolución del problema estratégico de un par de puestos del Atlántico y de transmisores de largo alcance abrió paso a una nueva jefatura colonial «al pasar África Sudoccidental de ser el buque insignia de las posesiones coloniales de una distante metrópoli europea, la patria alemana, a convertirse en una provincia de una potencia imperial emergente más allá de su frontera sur»[37]. Alimentada por las necesidades británicas durante la guerra, la idea anglo-afrikáner de 1910 de una Unión más extensa, empezó a multiplicarse. La esporádica resistencia, desde principios a mediados de los años 20, del pueblo báster y de otros habitantes indígenas a las indeseadas imposiciones de esa Unión

más extensa se sofocaron con políticas paramilitares punitivas por medio de «agresivas» exhibiciones de fuerza y ayudadas por el «advenimiento del aeroplano»[38].

HOSTILIDADES ALGO MÁS COMPLICADAS

La campaña en África, que duró tanto como las hostilidades en Europa, fue más implacable y más continuada, y sus consecuencias sobre el trastocamiento de la economía local, más severas. Lo que aquí nació fue una versión africana de la guerra de desgaste —su sistema era el de la movilidad al tiempo que todo quedaba ensangrentado—. En realidad, duró más que la guerra, que había concluido en noviembre de 1918. En las últimas hostilidades registradas, el 12 de noviembre, los áskaris alemanes (soldados locales de África Oriental) tendieron una emboscada a un motociclista enemigo. Entre sus dispersos despachos, estaba la notificación y los detalles del armisticio que había tenido lugar los días anteriores.

La para entonces agotada, aislada y acorralada, pero todavía invicta, fuerza alemana de 150 *Schutztruppen* y oficiales coloniales y casi 4500 áskaris con sus seguidores de campamento descubrían ahora que en algún lugar habían terminado su guerra por ellos. Así, el 25 de noviembre de 1918, las fuerzas británicas bajo el mando del general sudafricano Jaap van Deventer, aceptaron la rendición de la última columna alemana en Abercorn, en Rodesia del Norte. Al menos con esto se terminó la enorme violencia, desgaste y brutalidad de la serpenteante campaña que la había precedido, concentrada en la región entre África Oriental británica y África Oriental portuguesa (Mozambique), y que empujaba por Rodesia Nororiental y hacia Nyasalandia británica.

Al principio, Gran Bretaña tenía puesta la mira sobre todo en los puertos y en las estaciones de radio. En el temprano ataque a una colonia enemiga que tenía aproximadamente el tamaño de Francia, la Royal Navy bombardeó Dar es Salaam y le arrebató el puerto de Tanga gracias al desembarco de una Fuerza Expedicionaria India a principios de 1914. El plan consistía en combinar este ataque con una invasión por tierra desde

Kenia, con idea de tomar el control del ferrocarril para cortar la espina dorsal de las comunicaciones alemanas.

Pero este golpe definitivo tuvo una conexión pésima. A pesar de que los invasores británicos los sobrepasaban en número, el belicoso comandante de las fuerzas alemanas de África Oriental, Paul Emil von Lettow-Vorbeck, no solo repelió la amenaza costera, sino que también irrumpió en territorio británico, seccionando Kenia y atacando el estratégicamente importante ferrocarril de Uganda. Para cuando finalmente acabó la acción en este escenario africano subsidiario, el número total de muertos entre todas las fuerzas imperiales británicas que tomaron parte en la lucha y las unidades de apoyo «superaba el total de americanos muertos en la Gran Guerra»[39].

Ya en el inicio, había bastantes observadores británicos, entre ellos comandantes muy bien considerados, como el general de brigada Reginald Hoskins, para quienes África Oriental era, para cualquier plazo de tiempo, un terreno indeseable para la contienda. Completamente cubierto de fétidas ciénagas, envuelto en enfermedades parasitarias como la malaria o el tifus, punzante maleza y densos matorrales, calor abrasador y humedad sofocante, este entorno operativo resultaba excesivamente extremo. Pero, al finalizar 1915, para cuando los británicos habían tenido que lidiar con los belgas en la consecución de sus objetivos expansionistas coloniales, la campaña de África Oriental era de principio a fin contra las fuerzas alemanas que estaban listas para el desafío.

A pesar de que entonces la fuerza militar británica era solo ligeramente superior a la de su enemigo, su vacilante mando en África Oriental echó mano de otra carta en un intento de acabar con los alemanes en una ofensiva decisiva en 1916. Se trataba de un contingente expedicionario de 25 000 aguerridos sudafricanos bajo el mando personal de Jan Smuts, un superficial soldado-político a quien nunca desalentó su falta de experiencia en mandos complejos y de envergadura. Para la prensa de la Unión partidaria de la guerra, con las fuerzas anglo-indias holgazaneando e incapaces de hacer progresos, la facilidad con la que los «resistentes comandos» de la Unión habían eliminado a los alemanes era un argumento convincente a favor de enviar «el número apropiado de europeos»[40]. La

tenacidad de las gacelas [*Springboks*] blancas despejarían los lodazales de África Oriental británica y recuperarían la decaída moral del imperio.

A pesar de que los refuerzos de la Unión fueron bienvenidos, la llegada de un contingente militar de Sudáfrica causó asombro en el Gabinete de Guerra, debido a que la política militar británica era emplear africanos de las colonias para que hicieran el trabajo de derrotar a los alemanes en África Oriental. Las tropas blancas procedentes de las sociedades colonizadoras en Sudáfrica y Rodesia del Sur se suponía que debían utilizarse para reforzar las fuerzas británicas en sus principales campañas europeas. Del mismo modo, en este caso particular, personalidades ajenas al Gabinete de Guerra se dieron cuenta de que era un valor político añadido que garantizaría la base del África británica. Tanto Harcourt como el gobernador general de la Unión, Lord Buxton, llegaron en 1915 a la conclusión de que una contribución a la campaña imperial en África Oriental era un paso natural y tácticamente deseable para Sudáfrica, dada la continua división en su electorado blanco durante la guerra. Tendría, imaginaban con optimismo, un «efecto totalmente positivo en Sudáfrica al permitir que los bóeres, leales a Gran Bretaña, tomaran parte en la guerra sin tener que luchar abiertamente junto a los británicos en Europa, por lo que podía ser interpretado como intereses británicos»[41]. Esto fue, si no distorsionado, sí al menos dudosamente razonado —aparentemente sería más aceptable para los afrikáneres antiimperialistas que la gacela durmiera con el león a los pies del Kilimanjaro a que ellos lo hicieran cerca del río Somme—.

Después de todo, los intereses británicos en disputa en África estaban indisolublemente unidos a los de Europa. Y esta vez, de nuevo, tenían implicaciones geopolíticas para la Unión. Para el intrigante Smuts, el dividendo político por la conquista de África Oriental alemana, gracias principalmente a las tropas de las Fuerzas de Defensa de la Unión Sudafricana, sería una oportunidad para regatear con los dos, Londres y Lisboa. Con la colonia alemana bajo su control y Gran Bretaña agradecida al reconocer la supremacía militar de Sudáfrica, la Unión podía cederle a Portugal la parte sur del territorio colonial que habían incautado a cambio de su puerto de la bahía de Delagoa, en la costa oriental de Mozambique.

Sin embargo, el Imperio británico en África Oriental no estaba dispuesto a abrirse a un dominio local excesivamente ambicioso. En África Sudoccidental alemana, a Pretoria se le había dado rienda suelta, con solo un ligero entornar de ojos de Whitehall. Por el contrario, en África Oriental, el general Smuts se encontraba con un importante contratiempo. El Gabinete de Guerra vigilaba muy de cerca una campaña que, una vez que Smuts había conseguido reemplazar al general Sir Horace Smith Dorrien como comandante general de las fuerzas británicas en febrero de 1916, se convirtió en una expedición sudafricana. Como proclamaba *The Great War* en enero de 1917, el esfuerzo del imperio contra Lettow-Vorbeck había sido la Gran Campaña del «General Smuts» en África Oriental alemana[42]. Sin embargo, aun así, Pretoria fue incapaz de aprovechar la iniciativa militar que tenía para registrar una colonia conquistada en su haber.

Esta iniciativa militar estaba, en cualquier caso, condenada a deshacerse en las manos de Smuts. Con el obstáculo de su propia inexperiencia para dirigir un gran comando imperial de más de 50 000 soldados de nacionalidades, culturas e idiomas distintos, y desbordado por unas condiciones desconocidas e implacablemente duras, no acabó en absoluto por conseguir su pretenciosa afirmación de que tendría a los alemanes contra las cuerdas al empezar el año 1917. Hubo avances, pero ni se acorralaron ni se fracturaron los ágiles ejércitos de Lettow-Vorbeck. Por entonces, Portugal se había unido a Bélgica en lo que se convirtió en una disputa europea menor, y la fragmentación en las órdenes, la mala coordinación, las interminables discusiones y las comunicaciones la mitad de las veces ignoradas entre Gran Bretaña y sus desdeñados aliados coloniales fueron creando un quebradero de cabeza político que se añadía a las arduas condiciones de la lucha. En particular, Londres, y también Pretoria, querían liberar a África Oriental de la irritación de la ineficaz intervención militar portuguesa.

El problema sobre dónde había llegado Smuts y qué se imaginaba él que había logrado se resolvió a principios de 1917, cuando se lo trasladó al Gabinete Imperial de Guerra, un puesto para el que sin duda se le consideraba más apto. Por entonces, las tropas blancas de Gran Bretaña estaban prácticamente agotadas, con la evacuación de decenas de miles de

soldados de infantería de la Unión que habían caído debido a las enfermedades y a la escasez de comida. Renqueando de vuelta a Durban, se llevaron consigo la perdida ilusión sudafricana de una demostración decisiva de la habilidad militar europea.

De todo esto, se filtraba una realidad africana inexorable, pues el peso de la campaña británica simplemente lo asumió en cuerpo y alma un gran número de tropas africanas, unos KAR incrementados masivamente junto a fuerzas de África Occidental impulsadas desde Nigeria y desde la Costa de Oro. Con el tiempo, también intervino el Regimiento Nativo de Rodesia, cuando el comandante Lettow-Vorbeck zigzagueaba hacia abajo a África Central, se sumergía en Nyasalandia e iba arrastrando a las fuerzas británicas a su paso. Cuando los alemanes se vieron obligados a capitular, habían mantenido a los británicos en la bahía durante cuatro años y medio y habían inmovilizado a más de 160 000 soldados, además de mantener ocupada a la Royal Navy (véase fig. 14).

La miseria y el sufrimiento de la campaña consumieron a los combatientes británicos, incluidos algunos sudafricanos que había entre ellos y que se desilusionaron por las circunstancias del terreno. En parte, la guerra imperial en África Occidental estaba haciendo difícil crear un vínculo de dominio blanco nacional que lucha fraternalmente: a los hombres se los mandaba de acá para allá entre las brigadas británicas, los soldados africanos de Rodesia o de la Costa del Oro sustituían a los jinetes perdidos en la caballería de Sudáfrica y, a veces, el cuerpo de motociclistas sudafricano llegó a encontrarse montando con los regimientos indios. Sin embargo, en un sentido mucho peor que estas imprevistas adaptaciones, era tener la dolorosa conciencia de haberse hecho ilusiones: en lugar de haberse ido a alguna imaginaria guerra europea en donde los principales combates tenían lugar en campo abierto, ellos acabaron pudriéndose en una guerra colonial en la selva marcial. «Ah, daría lo que fuera por estar en Francia», escribía un desconsolado soldado de infantería, hablando de sus ilusiones; «allí uno vive como un caballero y muere como un hombre, aquí uno vive como un cerdo y muere como un perro»[43].

Con diferencia, el reparto del león —y más— de esta agonía no la hicieron los patrióticos voluntarios blancos de escuelas universitarias, sino cientos de miles de reclutas conscriptos, portadores y cargadores africanos

rurales. Gran Bretaña alistaba o reclutaba obligatoriamente trabajadores auxiliares de todas sus posesiones de África Central y Oriental, unos 200 000 habitantes solo de Nyasalandia, mientras que a principios de 1917 unos 230 000 habían sido arrastrados desde Rodesia. En total, se estima que solo los británicos emplearon al menos un millón de portadores.

Minados por enfermedades respiratorias e intestinales, expuestos a unas condiciones climáticas especialmente duras y casi siempre mal alimentados, estos desatendidos obreros transportistas sufrían unas tasas de mortandad terribles, con pérdidas entre los portadores y los cargadores africanos que superaban las 100 000 víctimas. Hubo que esperar hasta 1934 para que el Gabinete Colonial reconociera la catastrófica mortandad de la guerra, y lo reconociera finalmente como un «escándalo»[44].

Tampoco esto fue todo. El saqueo aleatorio de las economías ganaderas y agrarias en modo alguno fue exclusivo de las esqueléticas tropas de Lettow-Vorbeck, obligadas a mantener la guerra con los mínimos recursos a base de subsistir con aquello de lo que pudieran apoderarse. Bloqueado con sus propios e inmensos problemas de suministro, un hambriento campamento británico requisaba ganado, grano y cualquier otro cultivo comestible, con sus esforzadas columnas que se mantenían en parte, o a veces totalmente, del pillaje rutinario en asentamientos campesinos que se encontraban a su paso. Para impedir que las famélicas unidades alemanas que actuaban en las inmediaciones consiguieran sustento, se arrasaban y se incendiaban las poblaciones, dejando los campos devastados y el ganado desperdigado. Cuando se puso en práctica la política de la tierra quemada, a los británicos, naturalmente, no les faltaba la experiencia de la guerra colonial anterior a 1914. Más recientemente, se habían producido los destrozos de los granjeros republicanos bóeres del Estado Libre de Orange y de Transvaal en la guerra de Sudáfrica para impedir que la guerrilla enemiga tuviera acceso al sustento. Otra vez, para toda la población el conflicto armado significaba que «la guerra había llegado a casa»[45].

En un contexto imperial más amplio, posiblemente hay algo que nos sugiere que el comportamiento de Gran Bretaña en Sudáfrica en los primeros años de 1900 podía considerarse más o menos como una especie de turbulento preámbulo de lo que sería Gran Bretaña en África Oriental

dos décadas después, donde lo que pudo presenciarse fue el desbocamiento de «formas extremas de brutalidad militarizada contra civiles»[46]. La consecuencia inevitable no fue solo el enorme sufrimiento y el trauma de cientos de miles de civiles cuyas vidas fueron consumidas por las fuerzas imperiales. También hubo una devastadora escasez de alimentos después de 1916, llegando, en opinión de algunos historiadores generales de África, a una crisis de supervivencia que rayó la «completa hambruna»[47].

Fig. 14.—Los oponentes de Botha: las tropas imperiales africanas de Alemania.

INTERVENIR PARA REPRIMIR

En otros lugares del continente, la participación armada de Gran Bretaña era una empresa más sutil y sofisticada. Desde el punto de vista político, África del Norte era más complicada y necesitaba algo más que simplemente despejar el terreno del enemigo alemán. En esta región, la

guerra vio cómo Gran Bretaña se enredaba en acciones cíclicas para repeler algún desafío a su posición imperial, resistiendo en las zonas disputadas y enfrentándose a lo que, a veces, parecían ser constantes espirales de asaltos y de rebeliones menores llevadas a cabo por bandas islámicas expectantes. Aunque, al mismo tiempo, los desórdenes de la guerra ofrecían a Londres el acicate de la necesidad de reforzar su influencia colonial. En el enorme Sudán anglo-egipcio, el infiel británico era cada vez más consciente de las pedregosas circunstancias del norte del Sahara, que eran consecuencia del estallido de la guerra. En breve, habría razones para exhibir su fuerza y empujar su control más hacia el oeste.

Ahí, Ali Dinar, el gobernador del sultanato de Darfur, había estado coqueteando descaradamente con los otomanos, los alemanes y la refractaria sanusiyya libia desde 1915. Esta osadía provocó que el gobernador británico de Sudán, el general Sir Reginald Wingate, adoptara medidas drásticas en un territorio que se estaba volviendo intolerablemente díscolo. A principios de 1916, envió una expedición de castigo para captar la atención del sultán. Era una formación imperial de manual, compuesta por la Fuerza Británica de la Frontera Occidental, incluidos soldados australianos, neozelandeses, egipcios, sijs y gurkas. Pronto apodada como la «fuerza árida de agotamiento» por sus quejumbrosos soldados de infantería, el ejército del desierto sometió debidamente al engreído sultanato, matando al propio Ali Dinar en el proceso[48].

Sin embargo, a pesar de esta incursión Wingate tenía que seguir siendo precavido en una región musulmana que seguiría siendo potencialmente turbulenta. No en vano, el proverbialmente astuto escocés se mantuvo alejado de cualquier confrontación importante y restauró una tenue estabilidad, manteniendo un buen trato con las órdenes dominantes de los sufíes de Sudán. En el mismo nivel relativamente liberal del comportamiento francés en Argelia y Marruecos, los británicos pretendían alcanzar un tipo similar de acercamiento a las fuerzas locales más influyentes. Esto fue suficiente para atenuar la amenaza de lo que en otro caso habría sido una creciente insurgencia islámica, con ataques como la yihad de 1916 lanzada por Adb Allah Suhay, que quedó enseguida en agua de borrajas por falta de ímpetu popular.

Para garantizarse el poder real que controla el Sudán anglo-egipcio, la presencia imperial de Gran Bretaña en el bloque de África Nororiental llegó a descansar en una especie de estabilidad nerviosa o de equilibrio delicado que, a pesar de todo, garantizaba que su bandera, junto a la de Egipto, seguiría ondeando firmemente en el condominio sudanés. A esto ayudaba también el refuerzo de la posición británica a través de la frontera norte en 1914, cuando, como reacción a la entrada de Turquía en la guerra, formalizó su presencia de ocupación en Egipto declarándolo un protectorado. Al introducir las fuerzas coloniales, especialmente el ejército indio, en el extremo mediterráneo de su Imperio africano Gran Bretaña apuntalaba efectivamente sus activos estratégicos en la región, en particular el Canal de Suez[49].

CONCLUSIONES:
UN AJUSTE DE CUENTAS Y ALGUNAS SOMBRAS MÁS

Esencialmente, las fuerzas motrices que dirigieron la causa británica estaban alimentadas desde fuera del continente. Por una parte, la campaña londinense de conquista militar representaba la finalización de una África imperial alemana, una postdata de principios del siglo XX al anterior balance general de pérdidas y ganancias. Londres reforzaba su «globalidad colonial» a costa de Alemania, para quien las colonias eran, en cualquier caso, «menos importantes de lo que lo eran para Gran Bretaña»[50]. Por eso, no sin falta de razón, los investigadores ven el impacto de la guerra como el equivalente a la segunda partición de África. En otro lugar, Gran Bretaña estaba llevando a cabo una guerra extramuros sobre África en compañía de los aliados imperiales europeos que no le agradaban y de los que recelaba. Bélgica suponía un riesgo por la posibilidad de que pudiera utilizar un territorio enemigo ganado como moneda de cambio colonial si llegara a entablar negociaciones bilaterales con Berlín para firmar una paz separada. Luego estaba el inestable Portugal, que tanto Londres como Pretoria consideraban impotente, pero, no obstante, una molestia. Al final, no hubo compensación con Lisboa y las fantasías subimperiales de Sudáfrica de dominar el norte del Limpopo se quedaron en nada.

Ciertamente, estaba bastante claro el resultado después de 1918. Gran Bretaña adquirió la mayor parte de la antigua África Oriental Alemana, así como la deseada Tanganica que completaría la última pieza del gran arco imperial que va desde Ciudad del Cabo hasta El Cairo. Con tan apreciada extensión de control, era fácil dejar la mayor parte de una marginal Togolandia y Camerún a los deseos de Francia. Oportunamente, los británicos incorporarían su parte de Togo dentro de la vecina Costa del Oro. En África del Sur, el control de Sudáfrica sobre África Sudoccidental, como en el caso de otras colonias enemigas conquistadas, fue ordenado por la recientemente creada Liga de Naciones bajo su sistema de mandatos. El propio Jan Smuts lo concibió como un «sustituto tapadera de la anexión para tranquilizar a Woodrow Wilson sobre los derechos de las naciones sometidas y la autodeterminación»[51], las zonas de mandato «no eran colonias»[52]. Sin embargo, en la práctica la antigua África Sudoccidental alemana fue constantemente absorbida y administrada como una provincia más de la Unión. Un viejo país blanco del Imperio africano adquiría ahora su propio grano colonial al reprimir los brotes de agitación como la rebelión de los *bondelswarts* en 1922 con aviones heredados de la guerra, guiados por pilotos de bombarderos que se habían ganado la reputación de aviadores con talento «nacidos en la colonia» por todo África Oriental y Francia.

No fue esto exactamente lo que se tenía en mente con la distribución general de las responsabilidades de los mandatos que, como una especie de tutela neoimperial, se comprometía a llevar a cabo una transición desde una época de imperialismo devastador a una de custodia de la reforma colonial, con comportamientos menos militares y con un mayor énfasis en el bienestar y en los intereses políticos de los africanos. Y, aunque esto haya podido ser un caso extremo de insensible desconsideración hacia las expectativas de los mandatos, efectivamente, los nuevos territorios de Gran Bretaña acabaron siendo gobernados como cualquier otra de sus colonias. Por todo ello, la Liga de Naciones los inspeccionó para comprobar el desarrollo de las condiciones sanitarias.

En un sentido, difícilmente podía ser de otra manera. Al ser, junto a Francia, el miembro individual con más poder, Gran Bretaña seguía

teniendo la sartén por el mando en África, igual que otras Grandes Potencias coloniales.

Ahora bien, la intención del sistema de mandatos no fue en vano y tuvo un resultado: abrió paso a una nueva época de cuestionamiento y de opinión internacional, como cuando el mandato de una gran potencia era sometido a inspección por la Secretaría de la Liga y aquella tenía que ampliar la información a su Consejo sobre las responsabilidades que le habían confiado. Tal como difundía la publicidad en la década de 1920, las cuestiones que afectaban a Gran Bretaña como régimen mandatario tenían su peso en las conciencias y en el discurso político. Así pues, como se ha comentado, la cuestión es que la adopción de los mandatos debe ser vista menos como un nuevo sistema de gobierno y mucho más como la gestación de una investigación internacional, «un mecanismo para generar conversaciones»[53].

Por supuesto, en los años posteriores a la guerra las conversaciones estaban generalizadas. No hay duda de que se daba rienda suelta al malestar —incluso como resentimiento medio oculto— que sentían las élites africanas a lo largo y ancho del África colonial británica. Para aquellos que se habían unido a la guerra a través de unidades de suscripción y de ofertas para servir, la Gran Guerra había sido algo similar a una «experiencia nacional» mucho antes de la muy posterior construcción imaginaria de cualquiera de sus naciones. Esto y las continuas dificultades que se ponían a sus aspiraciones políticas y sociales en tiempos de paz, podrían haber provocado los crecientes llamamientos en algunas partes de África Occidental británica para conseguir una mayor representación en el Gobierno de la gente intelectualmente preparada; y las protestas en territorios del sur y del centro para conseguir la autodeterminación y la erradicación de la discriminación y la opresión.

¿Hasta qué punto influyeron estos progresos de los inmediatos años de la posguerra en los movimientos de descolonización a más largo plazo? Respecto a esto, probablemente sea justo decir que la experiencia de la Gran Guerra, a diferencia de lo que sucedió con la Segunda Guerra Mundial, no representó un engranaje que dirigiera el moderno reto nacionalista contra la autoridad colonial británica. Esta, después de todo, siguió siendo sólida como una roca, incluso a finales de los años 30. De

hecho, uno de los discursos más antiguos de la historia africana posterior a la independencia, el que concede después de 1918 a los veteranos de guerra un papel político instrumental e influyente, ha sido desechado hace tiempo por considerarse demasiado exagerado y prematuro.

Al mismo tiempo, sigue siendo importante evaluar qué es lo que prefiguró la Gran Guerra para los posteriores movimientos políticos de descolonización de África. Lo que alentó, la mitad de las veces, fue una variedad de actitudes y valores firmes y enérgicos que presagiaban lo que sería la estructura del moderno nacionalismo anticolonial. Con formas que a veces se superponían y otras que se diferenciaban, adoptaban un tono de mayor confrontación en la manifestación de sus reclamaciones.

Las quejas procedían repetidamente de los obreros urbanos militantes y los sindicalistas, las asociaciones de ayuda mutua y de autodesarrollo, los pequeños periódicos de la *intelligentsia*, los granjeros y campesinos progresistas y los movimientos cristianos que, tras haberse desvinculado del tutelaje de las misiones británicas, rechazaban las proclamas civilizadoras del gobierno colonial. En algunos lugares, la guerra había arrojado una luz lacerante sobre el Imperio africano de Gran Bretaña y el incipiente desencanto anticolonialista de los últimos años de la época de entreguerras habría absorbido algunos de estos rayos. Dicho esto, en los años inmediatamente posteriores a 1918 los toques de trompeta contra el poder colonial sonaban todavía a lata y no eran peligrosos para las murallas del Jericó londinense. La guerra había presenciado la consolidación final de las estructuras coloniales africanas, y su legado había traído sistemas más severos para ejercer la autoridad para la administración de los súbditos, para explotar los entornos económicos y para emplear tecnológica y administrativamente medios más eficientes para mantener un orden colonial estable. Sin duda, habría tensiones que vencer y resistencia urbana y rural que sofocar. Pero, en un nivel fundamental, la Gran Guerra «probablemente marcó el último punto álgido del reinado de la fuerza»[54].

Esta perspectiva histórica puede ser un punto tan bueno como cualquier otro para recordar una resistencia refleja —e innovadora— a la guerra imperial británica. A falta de un mandato popular para la acción en 1914, la declaración de Sudáfrica de una ofensiva no motivada contra

África Sudoccidental alemana suponía un riesgo provocativo. Como era de esperar, esto exacerbó a un grupo de generales afrikáners desafectados y desleales que con unos 11 000 pobres seguidores rurales se quitaron su traje caqui y se dispusieron a derrocar al Gobierno y reclamar la independencia de la república bóer, perdida en favor de Gran Bretaña en 1902. La rebelión afrikáner de 1914, en gran parte sostenida por pobres blancos sin tierras, se iba extendiendo con imperialistas antibritánicos, la unión antianglicista o las corrientes progermánicas. Concentrada en nefastos sueños utópicos de una redentora independencia republicana nacional, fue una «rebelión desesperada»[55]. Louis Botha y Jan Smuts rechazaron amablemente como un suicidio político una oferta del Whitehall de tropas australianas y neozelandesas para ayudarles a solucionar los altercados, y emplearon a sus propias tropas leales a la corona para apaciguar a las republicanas.

El resentimiento radical afrikáner por la abominación imperial británica seguía latente, dando sus últimos coletazos, como en las derrotas de la Unión de África Oriental y las pérdidas de sus fuerzas europeas en el Frente Occidental. La venganza final —de un tipo perversamente indirecto— llegó en un momento muy singular, noviembre de 1918. Como el periódico nacionalista *Het Volk* tranquilizaba a sus lectores, no había necesidad de sentirse descorazonado por el resultado de la guerra. Después de todo, seguro que no todo estaba perdido, pues había acabado con una «victoria del republicanismo, pues, en cualquier caso, la verdadera responsable de la victoria era América»[56]. Así eran las ilusiones de no vivir para un imperio, cuando precisamente era en uno donde la Gran Guerra había encerrado con mayores seguridades que antes a los pueblos del África británica.

Sin embargo, algo de este deseo de mostrarse un poco contrario a la corona británica persistió durante la paz y bajo algunas maneras muy resonantes. Con motivo de la inauguración del monumento conmemorativo de la guerra nacional de Sudáfrica, en Delville Wood, en el Somme en 1926, J. B. M. Hertzog, neutral durante la guerra y ahora primer ministro nacionalista de la Unión, rindió homenaje a los «inocentes afrikáneres» que cayeron en la Guerra Mundial por un «perdurable» aliado, «en defensa de Francia»[57]. Aunque no era un separatista radical, a

principios de la década fue el primer hombre de Estado del imperio Commonwealth en visitar el recientemente constituido Estado Libre Irlandés, otra república sofocada. Por entonces, había también otras fuerzas intermitentes en acción, como el garveyismo americano que se fue implantando en África del Sur y en África Occidental. Seducidos por los sermones de una comunidad negra universal y autosuficiente, los estridentes adeptos de Sudáfrica declaraban que en la reciente guerra América había suplantado al rey Jorge V y a su país, y que los americanos negros llegarían «en aviones y lanzarían bombas de carbón abrasador sobre los europeos y también sobre los africanos infieles»[58].

Era, con su hipnótico estilo, una historia comprensiblemente atractiva. Pero quizá también iba un poco más lejos, pues sugería que, para algunos habitantes de África británica, la guerra que habían sufrido recientemente había hecho que se empañaran y se complicaran los términos en los que se suponía que ellos resumían su comportamiento como súbditos y ciudadanos coloniales de la Corona británica.

CAPÍTULO 8

Los dominios, Irlanda e India

STEPHEN GARTON

El primer soldado del servicio británico que disparó en la Primera Guerra Mundial fue un africano de la Fuerza Fronteriza de África Occidental, Alhaji Grunshi, cuando intentaban tomar Lomé, la capital de Togolandia, en agosto de 1914[1]. Las primeras bajas militares australianas de la Primera Guerra Mundial, el oficial médico Brian Pockley y el marinero de primera Billy Williams, no cayeron cargando contra la playa de la ensenada de Anzac, Galípoli, sino atacando una estación de comunicaciones en Kabakaul, en Nueva Guinea alemana (Kaiser Wilhelmsland) el 11 de septiembre de 1914. Allí, la defensa alemana fue rápidamente anulada, rindiéndose diez días después, y la colonia quedó asegurada para Gran Bretaña y su imperio[2]. La primera actuación de las fuerzas neozelandesas se produjo también lejos de las costas de Galípoli. La pequeña fuerza neozelandesa desembarcó en Apia, Samoa alemana, el 29 de agosto de 1914, se apoderó de la colonia alemana, enfrentándose solo a una resistencia simbólica y sin sufrir ninguna baja[3]. El despertar de la India a la realidad de la guerra fue, sin embargo, más traumático. El 22 de septiembre el crucero Emden entró en el puerto de Madrás (Chennai) y

disparó 125 salvas, destruyendo una zona de depósitos de gasolina y hundiendo un navío mercante, además de causar víctimas y provocar el pánico en la ciudad. Cientos de personas huyeron ante el temor de la invasión[4].

La Primera Guerra Mundial puede que fuera un conflicto entre potencias europeas, en el que las batallas se desarrollaron generalmente en Europa, Oriente Medio y África, pero también involucró a gente de todo el mundo y necesitó participar militarmente en muchos continentes y en la mayoría de los principales océanos del mundo. Los pueblos de las múltiples colonias, reinos, protectorados y dominios del Imperio británico se vieron envueltos en este conflicto mundial: algunos enviaron importantes recursos de mano de obra para apoyar a Gran Bretaña, más de dos millones de soldados se alistaron para servir en el exterior, otros formaban milicias internas para salvaguardar las posesiones británicas, mientras que las fuerzas de ocupación volvían a casa y muchos se encargaban de las operaciones militares vitales, el suministro y las estaciones de comunicación como soporte a Gran Bretaña en la guerra contra Alemania y sus aliados. El primer año de la guerra, cuando varias de las acciones estratégicamente más importantes se desarrollaban en el mar, lo que requería la movilización de recursos navales, de suministros y de comunicaciones, los conflictos se alineaban por toda la amplitud del globo, no solo en el Atlántico Norte y en el Mediterráneo, sino desde las islas Malvinas y Sudamérica hasta el Pacífico, los mares en torno a Oceanía y a Asia Sudoriental y en el océano Índico. En el Imperio británico había quien pensaba que la guerra estaba muy cerca de casa, y en muchos casos las fuerzas de las colonias y de los dominios eran vitales para defender los intereses británicos lejos de Europa. Fue el HMAS australiano Sidney el que hundió el crucero ligero alemán Emden, en las islas Cocos el 9 de noviembre de 1914, después de que el crucero alemán hubiera hundido o capturado más de treinta mercantes o barcos de guerra aliados[5].

El cómo ha quedado representado este hecho en la historiografía predominante del imperio varía con el tiempo. En los años inmediatamente posteriores a la guerra, la idea de que había sido un conflicto que había involucrado a todo el imperio y que se había luchado en todo el mismo era

incontestable y ampliamente aceptada. Historias populares, como los cinco volúmenes de *The Empire at War* (1921-1928) de Sir Charles Prestwood Lucas, documentaban con entusiasmo y orgullo que los conflictos y las acciones tenían lugar no solo en Europa y en el Medio Oriente, sino en todos los rincones del mundo, desde Sudán hasta las islas Cocos, con capítulos dedicados a China, Malasia, Ceilán (Sri Lanka), Myanmar, India, Sudamérica, y las islas Malvinas[6]. En los años 1960, sin embargo, a la sombra de una segunda gran conflagración mundial, el foco de interés se había desplazado principalmente a Europa y Oriente Medio[7].

Sin embargo, más recientemente, los historiadores han vuelto de nuevo a empezar a enfocar la Primera Guerra Mundial como un conflicto verdaderamente mundial. En algunas manos menos refinadas esto supone uno o dos capítulos simbólicos dedicados a África y el Pacífico, se presta mayor atención a Europa Oriental y a Oriente Medio, y la máxima atención sigue centrándose en Europa Occidental[8]. No obstante, en manos más capaces, como las de Hew Strachan, el enfrentamiento de las potencias europeas se ve en su contexto global completo como una lucha que se mantuvo de una punta a la otra del mundo y que involucró a gran parte de las sociedades mundiales. Más importante aun es que estos estudios registran las complejas maneras en que los acontecimientos, por ejemplo, en el Atlántico Sur, Samoa o África Occidental tuvieron profundas repercusiones para el enfrentamiento de las potencias europeas desde una perspectiva más general, al determinar, como hicieron, factores vitales como las comunicaciones militares, las rutas comerciales y de suministro, el control de los mares y la moral[9]. No obstante, el punto de vista principal, incluso en los mejores de estos estudios, es fundamentalmente Europa. Es una historia de potencias europeas alrededor del mundo. Lo que se ha perdido es el punto de vista de las periferias del imperio. ¿Cómo respondieron a la guerra, la padecieron, la entendieron los australianos, canadienses, indios, sudafricanos, irlandeses, neozelandeses, cameruneses, indios occidentales, malasios, tibetanos y otros muchos? ¿Cómo sufrieron la guerra las colonias de los imperios, en lugar de las potencias europeas? Y, más aun, ¿cuáles fueron las consecuencias de esta experiencia para su manera de entender el imperio y el papel de este en su futuro?

Investigando estas cuestiones, el presente capítulo examina un pedazo del más amplio Imperio británico. Las tierras contribuyeron significativamente con mano de obra y recursos al esfuerzo de guerra: los dominios, especialmente Canadá, Australia y Nueva Zelanda, y también India e Irlanda. Hay otros muchos aspectos de la experiencia del Imperio británico en la Gran Guerra, algunos de ellos, especialmente África, abordados en otra parte de este volumen. Pero en los dominios, India e Irlanda, el esfuerzo de guerra tuvo profundos efectos políticos, económicos y culturales, sin embargo, ofrecieron también una oportunidad para explorar la diversidad y la complejidad de las relaciones imperiales británicas. Mientras que la India era una colonia sujeta a los dictados de Westminster, Irlanda tenía allí representación, a pesar de su estatus colonial. Australia, Canadá y Nueva Zelanda, por otra parte, eran naciones independientes dentro del imperio, sujetas a los dictados de Gran Bretaña en relación a asuntos de política exterior, pero naciones que necesitaban que se las persuadiera, además de mandarlas para garantizarse una participación efectiva. El sistema de gobierno del Imperio británico no era un centro y una periferia, donde la autoridad emanaba del corazón del imperio hacia las colonias y dependencias, sino una entidad polimorfa, que necesitaba desplegar diversas estrategias que abarcaban desde la autoridad imperial, el mando militar, incentivos políticos, sentimiento y lazos étnicos, hasta la cultura y la religión para movilizar para la guerra. Además, en los lejanos rincones del Imperio británico, la experiencia de la guerra moldeaba y centraba la comprensión del propósito del propio imperio. Finalmente, la desmovilización tuvo un fuerte impacto en estas sociedades. La vuelta de los soldados a culturas divididas y llenas de problemas, que sufrían recesión económica, y el intento de sobrellevar su profundo dolor personal y sus pérdidas alimentaban un nacionalismo manifiesto y latente dentro del imperio. Mientras que el inicio de la Gran Guerra proclamaba un amplio y entusiasta compromiso con el imperio, la guerra y sus secuelas engendraron las condiciones para la explosión de las aspiraciones nacionalistas que, al final, alterarán profundamente la naturaleza del mismo e, incluso, presagiarán su fin.

LA MOVILIZACIÓN Y SUS INSATISFACCIONES

Cuando, en agosto de 1914, Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania y a sus aliados, lo hizo en nombre del imperio. Con esta declaración, Gran Bretaña confiaba en que todas las partes del imperio, unas setenta colonias, principados, protectorados, reinos y dominios irían inevitablemente también a la guerra. El Gobierno británico no buscó, ni nunca consideró que necesitara buscar, el permiso o el acuerdo de ninguna parte del imperio, ni siquiera de los dominios autogobernados, aunque observó el protocolo diplomático de informar inmediatamente de la decisión a las autoridades gobernantes en todo el imperio, y a los Gobiernos de los dominios. El extendido imperio se convirtió en una fuente de recursos vitales (alimentos, prendas de vestir, provisiones), material de defensa, comunicaciones, inteligencia militar y mano de obra para la prosecución del esfuerzo de guerra británico. Las expectativas y las consecuencias del esfuerzo de guerra del imperio fueron profundas. Para establecer las fuerzas imperiales militares y apoyar sus esfuerzos, sin mencionar la provisión de todas las fuerzas en Europa, Medio Oriente y otras partes del globo, se necesitaban planes colectivos de bonos de guerra y de letras del tesoro que garantizaran que los fondos públicos y privados se desviaran al esfuerzo de guerra. Mientras la propia Gran Bretaña alcanzó con este mecanismo 2000 millones de libras esterlinas, otras partes del imperio, especialmente los dominios, contribuyeron también: otros mil millones más de Canadá, Australia e India solamente. Un endeudamiento tan enorme tuvo profundos efectos económicos a largo plazo sobre las economías de la posguerra de Gran Bretaña y del imperio[10].

¿Era consciente Gran Bretaña de que en 1914 le hablaba al imperio como un todo, comprometiendo a los pueblos que estaban bajo su soberanía con una guerra injustificada? La movilización de mano de obra en defensa de los intereses británicos sugieren que no. Las cifras son dignas de atención. India movilizó más de un millón de hombres, cerca de 900 000 de ellos sirvieron fuera de su país. Canadá envió cerca de 500 000 a Europa y a Oriente Medio, Irlanda 200 000, Australia, por encima de 300 000 y Nueva Zelanda 100 000. Sudáfrica formó a 100 000 para luchar en el continente africano y envió contingentes de 20 000 a 30 000 a Europa. Las Indias Occidentales formaron un regimiento de más de 15 000

hombres que sirvió fundamentalmente en África y Egipto. Había también guarniciones en India, Malasia, Hong Kong y Singapur. Fuerzas similares de lo que posteriormente sería Palestina, Egipto, Catar, Omán, Arabia Saudí y otros lugares del Medio Oriente fueron cruciales para el éxito de la campaña de Oriente Medio. Muchas de estas tropas estaban compuestas por soldados de vanguardia, que murieron en defensa de los intereses del imperio alrededor de 60 000 australianos y un número similar de canadienses; 53 000 indios, 35 000 irlandeses, cerca de 20 000 neozelandeses y más de 1000 hombres de las Indias Occidentales[11]. Muchos más volvieron a casa con graves lesiones físicas o psicológicas. El sacrificio de las fuerzas del imperio en apoyo de Gran Bretaña fue significativo se mida como se mida. En términos de proporción de las fuerzas en Europa y en Oriente Medio, la Fuerza Imperial Australiana tuvo el mayor porcentaje de víctimas (65 por ciento) de todas las fuerzas del lado de Gran Bretaña y sus aliados, pero los canadienses (50 por ciento) y los neozelandeses (59 por ciento) no les iban muy a la zaga. Aunque en términos de la población total movilizada para la guerra se alistó una mayor proporción de británicos (uno de cada once) que de cualquier otro lugar del imperio, el hecho de que se alistara el 5 por ciento de canadienses, el 7 por ciento de australianos y casi el 9 por ciento de neozelandeses no era una nimiedad[12]. Además, sin tener en cuenta la proporción, seguía siendo una pesada carga a largo plazo la de ocuparse durante mucho tiempo después de que hubiera cesado el conflicto de tantos soldados heridos o enfermos, lo que alimentó un mito muy extendido, particularmente en Australia, de un «sacrificio de sangre»[13]. Soldados del imperio lucharon y murieron por Gran Bretaña.

No se debe perder de vista el alcance general de esta movilización al indagar más profundamente en las evidencias. A pesar del claro entusiasmo por el esfuerzo de guerra británico, había razones para preocuparse en Westminster y en algunos de los principales dominios y colonias. ¿El apoyo a la autonomía irlandesa debilitaría el esfuerzo de guerra allí? ¿Los resentimientos de los afrikáneres respecto a la guerra bóer minarían el entusiasmo por el alistamiento o, peor, animarían que se apoyara a Alemania? ¿Cómo responderían respectivamente las minorías quebequenses irlandesas católicas en Canadá y en Australia a la llamada a

las armas? ¿Los indios, especialmente los líderes deseosos de promover el Gobierno local, apoyarían al imperio? En 1914, estas eran preguntas oportunas.

Por lo general, estos temores no tenían fundamento. El ideal de un imperio benigno en oposición a la brutalidad de los «hunos» era una útil propaganda de guerra. Las preocupaciones sobre la lealtad de las minorías étnicas en los dominios o de las mayorías indígenas en las colonias quedaron rápidamente aplacadas por el entusiasmo que mostraron grupos como el quebequense o los indios occidentales por alistarse[14]. En Sudáfrica, a excepción de una pequeña rebelión nacionalista afrikáner dirigida por los generales Koos de la Rey y C. F. Beyers, que rápidamente se aplastó, no hubo dudas por parte de los gobiernos de Smuts y de Botha en la movilización para atacar las colonias alemanas en África Sudoccidental y en África Oriental[15]. No obstante, la celeridad con que los Gobiernos, particularmente en los dominios, acogieron la guerra esconde tensiones más profundas. El entusiasmo popular pudo haber sido alto, pero los patrones de alistamiento muestran que los residentes canadienses y australianos que habían nacido en Gran Bretaña estaban mucho más dispuestos a alistarse que los que habían nacido en cada uno de los dominios y, tras disiparse el entusiasmo inicial por alistarse, los canadienses francófonos y los australianos irlandeses católicos eran más reticentes al voluntariado que otros canadienses o australianos. En parte, el compromiso de los dominios de luchar en el extranjero por Gran Bretaña y su imperio simbolizaba, como ha afirmado Jay Winter, la existencia de una significativa diáspora británica en los dominios coloniales[16].

Fig. 15.—La llamada a los sentimientos: un cartel de reclutamiento irlandés, 1915.

La cuestión de lealtad más apremiante para el imperio era, sin embargo, considerando además la fuerza de sus sentimientos de autonomía, si los nacionalistas irlandeses e indios apoyarían el esfuerzo de guerra. La lealtad al imperio no podía darse por garantizada y esto presentaba graves problemas políticos para el Gobierno liberal de Asquith, que mal podía permitirse revueltas internas dentro del imperio justo

cuando la unidad imperial era imperativa. Del mismo modo, en la movilización para la confrontación, el Gobierno británico creía que era vital desviar la mano de obra y los recursos a la línea de frente, lo que conllevaba el riesgo de poner en peligro la paz en las periferias del imperio. Se trataba de un contexto que también era un desafío para los nacionalistas en las colonias. ¿Debían demostrar su lealtad a Gran Bretaña con la esperanza de asegurarse unos beneficios políticos en la posguerra o tenían que aprovechar la vulnerabilidad del imperio en tiempos de guerra para avanzar en la causa de la autonomía (véase fig. 15)?

Para el Gobierno de Asquith había pocas dudas de que Edward Carson y los unionistas del Ulster apoyarían el esfuerzo de guerra. La cuestión acuciante era la disposición de John Redmond y los Voluntarios Nacionalistas de respaldar a Gran Bretaña. Redmond era, en el fondo, un nacionalista constitucional, que creía que se tenían más posibilidades de obtener beneficios para la causa nacionalista gracias a la lealtad que a la rebelión, aunque no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad de asegurarse concesiones. Se abstuvo de comprometerse con los Nacionalistas hasta septiembre, cuando Asquith finalmente aceptó y se aprobó la tercera propuesta de autogobierno, aunque Edward Carson insistió en que el acta debía posponerse hasta finalizar la guerra. Carson presionaba también para que se excluyeran del acta los condados del norte, otra concesión que tuvo que hacer Asquith. Redmond pudo haber asegurado la autonomía con el compromiso, pero en la movilización de irlandeses voluntarios para el esfuerzo de guerra tenía que andar con cuidado. En lugar de hacer de la lealtad su llamada a las armas, esquivó cuidadosamente esta trampa y argumentó, en lugar de ello, que las atrocidades belgas exigían que los irlandeses defendieran los «derechos de las naciones pequeñas». Su llamamiento fue efectivo. Los voluntarios desbordaban las estaciones de reclutamiento en los primeros meses de la guerra. En general, unos 200 000 irlandeses acudieron voluntarios al servicio y posiblemente otros 30 000 sirvieron en regimientos británicos[17].

El triunfo de Redmond fue pírrico. El Gobierno británico no consiguió ver que la política nacionalista irlandesa no la determinaba solamente las acciones de líderes como Redmond y Carson. Como afirma John Horne,

en realidad había cuatro variedades de tipos de Estado que rompían la lealtad política irlandesa: los unionistas, los unionistas del Ulster, los nacionalistas y los republicanos[18]. El acuerdo alcanzado entre Redmond, Carson y Asquith dio rienda suelta a una serie de fuerzas políticas para las que ninguno estaba preparado, alimentando la pequeña y militante causa republicana que, finalmente, llevó a la tragedia de Pascua de 1916. Aunque los republicanos no atrajeron el apoyo popular en la Irlanda católica en los primeros años de guerra, la brutalidad de la respuesta británica contra los rebeldes en 1916 y su martirio minó el entusiasmo por el esfuerzo de guerra y, por último, marginó a Redmond. En el momento de su muerte, en 1918, era un líder solo de nombre; la política irlandesa se había alejado de su enfoque constitucional[19].

En India, la situación era menos volátil. La mayoría de los miembros del Congreso Nacional Indio esperaban que la lealtad se vería recompensada y apoyaban el esfuerzo de guerra, aunque, como Redmond, presionaban para obtener concesiones en un contexto en el que el Gobierno de Gran Bretaña era vulnerable. Tanto el Congreso como la Liga Musulmana pedían señales de avances hacia el autogobierno en la posguerra y, en 1916, unieron sus fuerzas con la firma del Pacto Lucknow en la búsqueda de la autonomía para la India[20]. Aunque la contención británica de los movimientos nacionalistas indios fue a veces represiva, especialmente en el aplastamiento del movimiento de protesta swadeshi por la partición de Bengala en 1905, y su respuesta a la autonomía escasa, por medio de las reformas Morley-Minto de 1909, los nacionalistas indios esperaban más concesiones en el estallido de la Gran Guerra[21]. Gran Bretaña les había dado esperanzas de que sería así. En 1914, el primer ministro Asquith declaró que «a partir de ahora, los asuntos indios habrá que tratarlos desde un punto de vista diferente»[22]. No obstante, Gran Bretaña también insistía en que eran condición previa para la reforma las disposiciones de mayor seguridad promulgadas en el Acta de Defensa India en 1915. A través de una mayor censura y del retraso en la entrega de poderes, Gran Bretaña procuraría que la India estuviera segura para devolver más divisiones a Europa para la guerra[23].

Los temores de Gran Bretaña sobre la seguridad interna en la India no eran infundados. La guerra despertó las esperanzas de pequeños grupos de

revolucionarios indios, dentro y fuera de la India, de que el desvío de fuerzas de ocupación británicas a Europa (Gran Bretaña dejó un ejército simbólico de 15 000 soldados británicos y cipayos en la India durante la guerra) brindaba una oportunidad para derrocar al Gobierno británico. Estos revolucionarios, especialmente el grupo bengalí Jungatar, tenían el apoyo de grupos independentistas indios en Malasia, Singapur y el Partido Ghadar en Norteamérica. Contactaron con los republicanos irlandeses para obtener consejos y apoyo, y trataron también de establecer relaciones con Alemania, con la esperanza de que el Gobierno alemán les proporcionara hombres y material para facilitarles la lucha armada. Se estableció en Berlín un Comité de Independencia India dirigido por Virendaranath Chattopadhyaya, Champakaraman Pillaiy Abinash Bhattacharya y junto a estos diversos (pero no unidos) nacionalistas indios radicales planeó un motín pan-indio el día de Navidad de 1915. En total, unos 4000 partidarios de Ghadar se introdujeron en India para prestar apoyo al derrocamiento armado del Gobierno británico en la India, pero la inteligencia británica desbarató fácilmente el complot. Estos grupos radicales siguieron fomentando la disidencia entre los indios, con intentos de provocar estallidos de violencia en Singapur, Lahore y Afganistán, pero nunca asumieron el mando del apoyo a la corriente principal del movimiento nacionalista[24]. En general, los dirigentes políticos indios se comprometían al esfuerzo de guerra, considerando que tenían más que ganar a través de la lealtad que de la deslealtad.

A pesar de que la rebeldía organizada contra Gran Bretaña y la más amplia oposición a la movilización en apoyo de esta por todo el imperio durante la Primera Guerra Mundial eran limitadas, cuando la guerra empezó a hacerse interminable las profundas fisuras sociales se hicieron más obvias. El entusiasmo por el alistamiento decayó cuando el coste humano en el Frente Occidental se hizo más evidente. A pesar de que los altos porcentajes de víctimas alimentaban la demanda de más voluntarios, las tasas de alistamiento bajaban y al imperio le costaba cumplir con las cuotas que Gran Bretaña demandaba[25]. En este contexto, florecían las acusaciones de falta de patriotismo imperial y los alegatos de cobardía. Las plumas blancas y las exhortaciones de que Gran Bretaña «os necesita» eran las dos caras de la moneda del alistamiento, la no oficial y la oficial.

En Canadá, las declaraciones de que los canadienses francófonos estaban eludiendo su obligación alistando un porcentaje menor que los canadienses ingleses reflejan las tensiones sociales y políticas que surgían como consecuencia de la disminución en las tasas de alistamiento. Los canadienses franceses, por su parte, señalaban que el hecho de que los voluntarios quebequenses hubieran sido puestos bajo el mando de oficiales canadienses británicos exacerbaba las tensiones étnicas y socavaba la moral de los canadienses franceses[26]. En Irlanda, los católicos se alistaban en porcentajes menores que los del Ulster, pero, a pesar del tópico de la falta de compromiso católico con el esfuerzo de guerra, análisis más recientes han demostrado que los diferenciales clave en tasas de alistamiento quiebran a lo largo de diferentes líneas, más alto en el noreste industrial y más lento en distritos agrícolas y en la empobrecida franja atlántica[27]. En Australia, se lanzaban acusaciones parecidas a los irlandeses católicos, cuando la tasa cayó de 35 000 voluntarios al mes en 1915 a 6000 en 1916, aunque, como en Canadá y en Irlanda, las diferencias en tasas de alistamiento entre zonas urbanas y rurales, la última siempre más alta, parecen haber sido factores significativos[28].

Pero, para Gran Bretaña, el problema no era solo el número de reclutados, sino también su calidad. A lo largo de toda la guerra, la lealtad de los reclutas irlandeses católicos era motivo de preocupación, y en Gran Bretaña circulaban historias sobre sus deficiencias como soldados[29]. También preocupaba la falta de disciplina de las tropas coloniales, particularmente las australianas, aunque a los batallones australianos, en general, se los consideraba como efectivos soldados de vanguardia[30]. Sin embargo, una cuestión que provocaba más presión era la pertinencia de que fueran soldados no europeos los que lucharan por el imperio o defendieran las posesiones británicas, cuando las fuerzas de ocupación se redujeron al esqueleto para reforzar los ejércitos en Europa. Otra consideración a tener en cuenta era evitar mandar a negros a combatir contra europeos, un factor que significaba que las tropas indias, africanas e indias occidentales combatieran la mayoría de las veces más en África y Medio Oriente que en Europa. Las ideas dominantes del siglo XIX sobre la superioridad europea como «raza marcial», combinadas con las sospechas respecto a la lealtad de los pueblos no europeos, basadas en experiencias

como la primera guerra de la independencia india de 1857 (para los británicos el Motín Indio), significaba que Gran Bretaña y los dominios eran muy precavidos en la movilización de grandes números de indígenas. En Australia, donde la población aborigen era pequeña y la idea de que se trataba de una «raza en extinción» particularmente prevalente, existían disposiciones legislativas formales que prohibían su alistamiento. Sin embargo, cuando el número de voluntarios declinaba, oficiales de reclutamiento desesperados hacían oídos sordos a estas restricciones y más de 500 australianos indígenas posiblemente lucharon con distinción como miembros hechos y derechos de las unidades australianas en Europa y en Oriente Medio[31]. En África, los negros constituían el grueso de las fuerzas de apoyo —portadores, guías, exploradores, cocineros— aunque, al irse alargando la campaña en África Oriental, cada vez más africanos se convirtieron en soldados de vanguardia y, al prolongarse la guerra en Europa, se enviaron algunas unidades negras al Frente Occidental[32].

La excepción eran los pueblos indígenas de Nueva Zelanda y los pueblos de las regiones del norte de la India. Los maoríes suponían un número importante de alistados. Su reputación de «noble pueblo guerrero» animaba a las autoridades encargadas de los reclutamientos a aceptar e incluso promover su alistamiento. El estatus de los maoríes había sido siempre mucho más alto que el de los aborígenes australianos, y las fuerzas maoríes eran parte integral de la fuerza neozelandesa, con más de 2000 maoríes[33] sirviendo en el exterior. El alistamiento en la India era más polémico. Dado el tamaño de su población y la larga tradición de las fuerzas cipayas, no cabía duda de que las autoridades británicas en la India iban a necesitar un importante reclutamiento de tropas indias. Sin embargo, en este contexto en el que dominaban los estereotipos sobre las «razas marciales» del montañoso noroeste, las regiones del Punyab y del Himalaya, especialmente afganos, pastunes, baluchis, sijs y gurkas, el reclutamiento se centraba fundamentalmente en estas regiones. Muchos de estos soldados procedían de castas tradicionalmente guerreras, aunque al ir progresando la guerra, los oficiales de reclutamiento tuvieron que extender sus redes a otras tribus y grupos, como los kodagu, mahares, télugus, berads de Bombay (Mumbai) y los tiyares en Malabar. Los mejores salarios y otros beneficios animaban a alistarse, aunque las autoridades

británicas seguían prefiriendo centrar sus esfuerzos de reclutamiento en el norte mejor que en el sur[34].

En todo el imperio las tasas de alistamiento de voluntarios empezaban a declinar y en 1916 esto suponía ya que se produjera una crisis de mano de obra para las fuerzas imperiales británicas. Las llamadas para alistarse eran cada vez más urgentes y cada vez se ampliaba más la red para incluir a grupos que antes no se consideraban aceptables para el combate. Las necesidades de mano de obra hicieron que se superaran las sensibilidades raciales, y en 1918 había indios, indios occidentales y africanos luchando en Francia y Bélgica junto a los británicos y a los soldados de los dominios. Cuando la escasez se hizo más aguda, decreció incluso la clase de los soldados de los dominios. A principios de 1918, Sir Neville Howse, jefe de los Servicios Médicos en Londres de la Fuerza Imperial Australiana, se quejaba de las condiciones físicas y mentales de los nuevos reclutas australianos. Solo en 1917 se devolvieron a Australia por incapaces a 16 000, muchos de los cuales padecían, por ejemplo, de senilidad, tenían las manos deformadas, les faltaban dedos, tenían pies planos, padecían imbecilidad, epilepsia y otras afecciones debilitantes[35]. Al final, muchas partes del imperio, con las destacadas excepciones de Australia, Irlanda y Terranova, recurrieron al reclutamiento obligatorio en un esfuerzo desesperado por mantener la mano de obra que se necesitaba para proseguir con el esfuerzo de guerra, aunque la obligatoriedad no añadió un número importante de mano de obra militar al imperio, pues la mayoría de las fuerzas de reclutamiento forzoso entraron en acción solo en 1918[36].

En 1917, desde la perspectiva de Westminster, el declinar del entusiasmo por el esfuerzo de guerra provocaba una aguda crisis política y de mano de obra. El Frente Occidental parecía haberse empantanado en un callejón sin salida, con pocas posibilidades de ganar para ambos bandos. Salir de ese punto muerto aparentemente exigía más mano de obra y recursos en un momento en que el entusiasmo estaba en su nivel más bajo. En este desesperado contexto, Westminster aumentó la presión sobre el presidente Wilson para que Estados Unidos entrara en la guerra, lo que sucedió en abril de 1917, y buscó hacer concesiones a las fuerzas nacionalistas del imperio para mantener su compromiso con el esfuerzo de

guerra. En junio de 1917, Edwin Montague, el nuevo secretario de Estado para la India, propuso un mayor esfuerzo a cambio del «desarrollo de instituciones de autogobierno en la India» y, más tarde, ese mismo año, viajó a la India para reunirse con los líderes nacionalistas indios para discutir esta propuesta. El consiguiente Informe Montagu-Chelmsford comprometía a Gran Bretaña a llevar a cabo unas reformas en la posguerra que promovieran gradualmente el autogobierno indio[37].

La inquietud por los compromisos de paz del presidente Wilson, el empeoramiento de la situación política en Rusia, el descenso del número de reclutas, el declinar del entusiasmo en el imperio por proporcionar más hombres y más material, y las amenazas de rebeliones abiertas en varias partes del imperio, especialmente en Irlanda, fomentó la creencia de que Gran Bretaña tenía que hacer más concesiones a la sensibilidad colonial. Si los Aliados iban a romper este punto muerto en Europa, el Gobierno británico necesitaba apuntalar el apoyo dentro del imperio a un esfuerzo de guerra renovado. En este contexto, Gran Bretaña esperaba que el apoyo a la causa sionista podía cambiar radicalmente el paisaje, fortaleciendo el apoyo a la guerra en Estados Unidos y Rusia y, con suerte, trayendo ayuda financiera adicional para el esfuerzo de guerra, aunque existía el riesgo de alejar el apoyo árabe, que había estado persiguiendo desde 1915. La Declaración de Balfour, de octubre de 1917, proponía Palestina como el hogar nacional para el pueblo judío, lo que puso en marcha una serie de tensiones políticas entre nacionalistas árabes y sionistas que iban a afectar profundamente a la política del Medio Oriente durante generaciones[38]. Lo que parecían ser prudentes iniciativas diplomáticas para mantener el esfuerzo de guerra en 1917, deterioró los lazos imperiales en la época de la posguerra. Mientras varios dominios se hacían con territorios de mandatos como consecuencia de Versalles, convirtiéndose ellos mismos en potencias imperiales menores, los esfuerzos de Gran Bretaña por cortejar a los árabes y a los sionistas se derrumbaron. Más aun, el levantamiento egipcio de 1919 contra el Gobierno británico fue una manifestación visible del profundo malestar que causaban los esfuerzos británicos por controlar antiguos territorios del Imperio otomano.

El conflicto cambió también la experiencia que se tenía del imperio. Aunque los contingentes coloniales lucharon desde las primeras campañas

(Sudán y de Sudáfrica, por ejemplo), la escala y la enormidad de la Gran Guerra eran tales que muchos súbditos y ciudadanos del imperio se reunieron, física y culturalmente, por primera vez (véase fig. 16). Los soldados del imperio servían en las principales campañas de la guerra y participaron en varias de las más intensas batallas —Galípoli, Somme, *Passchendaele*, Sinai y Palestina—. Además, a pesar de los esfuerzos iniciales por impedir que los regimientos negros lucharan en Europa, evidente en el hecho de que al principio se desplegaran en gran medida regimientos de India Occidental y de la India en África y en Oriente Medio, la escasez de mano de obra en Europa llevó inevitablemente a su participación en el Frente Occidental, donde lucharon junto a las fuerzas británicas y las de los dominios y contra Alemania y sus aliados. A pesar de que la mayoría de los regimientos indios sirvieran en África y en Oriente Medio, en 1918 más de 100 000 soldados indios estaban estacionados en Europa[39].

La experiencia de la línea del frente podía tanto borrar como reforzar los prejuicios raciales. Los soldados indios tenían la sensación de que trabajaban bajo mayores restricciones de permisos que sus equivalentes británicos o de los dominios y se quejaban de lo que consideraban un trato injusto por parte de los oficiales británicos[40]. A veces, los prejuicios eran públicos. En 1918, se le negó al regimiento de las Indias Occidentales un aumento en la paga que se les había concedido a todas las demás tropas. Como respuesta, 180 sargentos del regimiento presentaron una reclamación a la Secretaría de Estado en la que se quejaban del trato discriminatorio en cuanto a la paga y a las promociones. La tardanza en la respuesta por parte de las autoridades británicas provocó que, en diciembre de 1918, el regimiento se amotinara en Taranto, Italia, y finalmente se les concedió a los soldados de India Occidental un aumento igual que a sus colegas[41]. Por otra parte, soldados de todo el imperio se sintieron unidos gracias a la experiencia de combate compartida y por su desprecio también compartido al Alto Mando Británico. Además, los soldados de color con frecuencia ganaron un recién descubierto respeto. Los soldados indios obtuvieron cerca de 13 000 condecoraciones durante la guerra, incluyendo doce Cruces Victoria, y a varios se les concedieron Comisiones Reales para mandar a sus propias unidades[42].

Fig. 16.—El imperio políglota: soldados de todo el imperio luchan por Gran Bretaña.

En el frente, las fuerzas imperiales se dieron cuenta de que, aunque compartían una lengua y una herencia política, había diferencias idiomáticas y de acento que los señalaban. Incluso aunque un significativo número de los que estaban en unidades australianas, neozelandesas o canadienses, por ejemplo, había nacido en el Reino Unido, el tiempo pasado lejos de casa los había transformado, aguzando su sentimiento de que las cosas eran distintas en las colonias. Los soldados podían compartir historias de sus vidas en las distintas partes del imperio, destacando las diferencias de sus experiencias, no solo de los dominios, sino también de otras partes del imperio. Además, los desastres militares británicos, particularmente en los tres primeros años de la guerra, horadaban la imagen de su fuerza, que a veces los soldados indios e irlandeses habían creído todopoderosa[43]. Las exigencias de la guerra promovían también una mayor independencia y autonomía entre las fuerzas imperiales. Los oficiales indios experimentaron la presión del mando. En Galípoli, las

unidades australianas y neozelandesas servían juntas en el Cuerpo de Ejército de Australia y Nueva Zelanda, una parte del conjunto de la Fuerza Expedicionaria Británica, pero en el Frente Occidental se separaron en la Fuerza Imperial Australiana y la Fuerza Expedicionaria de Nueva Zelanda y estaban cada vez más bajo mando colonial en lugar de británico[44]. Estas experiencias reforzaban el sentimiento de diferencia respecto a Gran Bretaña y de independencia de ella (véase fig. 17). En algunos casos, los soldados del imperio se sentían más cercanos entre sí que con el corazón del imperio para el que luchaban. Tras la desmovilización, un soldado indio en Bombay, por ejemplo, escribía para el periódico local citando la apreciación de un oficial australiano amigo suyo: «—imperio—. No quiero nada de un imperio en el que no soy igual que cualquier otro»[45]. Para algunos, la experiencia de la guerra supuso la pérdida de la fe en el imperio.

Fig. 17.—La atracción del hogar: un soldado australiano en Egipto mantiene sus lazos con la nación al tiempo que lucha por el imperio.

TENSIONES EN EL FRENTE CIVIL

La contribución del Imperio británico, particularmente de los dominios, a la financiación, a los recursos y al combate en la guerra en Europa y en Oriente Medio tuvo importantes efectos culturales, políticos y económicos en el país. En la periferia del imperio estos quedaban determinados por las circunstancias locales, pero desde una perspectiva transnacional; lo que es digno de ser tenido en cuenta es a la gente común en las experiencias del frente civil a través de las diversas partes del imperio. En términos básicos, el compromiso de apoyar el esfuerzo de guerra impuso una importante carga financiera y de mano de obra a esas partes del Imperio británico que se vieron más involucradas, lo que provocó una presión económica, social y política que desgastó el apoyo a la guerra, dividió a sus sociedades e hizo que surgieran importantes cuestiones respecto al futuro del imperio. Las consecuencias para las relaciones imperiales variaban enormemente, dependiendo en gran medida de cómo interpretaban las distintas partes del imperio el sentido de la guerra, cómo honraban a los caídos en la guerra y gestionaban la desmovilización, pero la experiencia de los años de guerra se había ido conformando con tensiones y presiones comunes. Lo que empezó como un «entusiasmo inocente» acabó en acritud y recriminación[46].

Las presiones económicas eran fuertes. Con la declaración de la guerra, Gran Bretaña necesitó fondos, recursos materiales y mano de obra de todo su imperio. En gran parte, los suministraban dominios económicamente poderosos y prósperos —especialmente Canadá, Australia y Nueva Zelanda, así como la India—. Los efectos fueron: primero, el alistamiento provocó una grave falta de mano de obra en algunos sectores. Segundo, hubo que recaudar una cantidad importante de fondos para soportar el esfuerzo de guerra y eso significó tanto el endeudamiento a largo plazo como la depresión de las economías de la posguerra, pero también la desviación del capital desde proyectos económicos de gran alcance a las industrias de la guerra (ropa, armas, equipamiento) y a la producción primaria (particularmente, alimentación). Por ello, algunos sectores de la economía experimentaron un importante crecimiento y otros languidecieron, incapaces de obtener capital para desarrollar o mantener la productividad. Por último, gran parte de lo producido por la industria primaria y secundaria de la guerra se enviaba al

exterior. De nuevo, esto beneficiaba a algunos sectores de la economía interna, como el transporte y los fletes, pero disuadía de invertir en otros[47]. Donde el capital local era insuficiente para cumplir con las demandas de la guerra, a veces los Gobiernos daban los pasos necesarios para cubrir los vacíos. En Australia la industria naviera era insuficiente para cumplir los requerimientos de transporte de tropas y material a Europa, y el Gobierno estableció la Commonwealth Shipping Line para cubrir las insuficiencias[48].

Estas dimensiones estructurales de las economías del imperio en la época de la guerra tuvieron un impacto considerable en la vida diaria en el frente civil. Los efectos más obvios fueron la grave escasez de bienes y servicios clave, lo que a su vez alimentaba la inflación interna. En todo el imperio, especialmente en Canadá, Australia e India, los precios subieron hasta un 30 por ciento durante la guerra. Sin embargo, las subidas de salario se quedaban muy por detrás, solo un 12 por ciento en el mismo periodo en Australia, con un desfase similar en Canadá, Nueva Zelanda e India. A esto hay que añadir la subida de impuestos en muchas partes del imperio para financiar el esfuerzo de guerra. Los impuestos territoriales en la India casi se doblaron en 1917 y los impuestos a la importación textil subieron el 7,5 por ciento[49]. Las consecuencias de todo esto eran importantes dificultades económicas internas y, cuando la guerra se fue prolongando, los efectos fueron aun mayores. A partir de principios de 1917, el número de huelgas promovidas por los sindicatos aumentó en muchas partes del imperio debido al sentimiento de frustración cada vez mayor de los habitantes por la carga que tenían que soportar. Canadá vivió 169 huelgas en 1918, más que el total de los tres años anteriores juntos. En Australia, la huelga general de Nueva Gales del Sur, en 1917, por los salarios y las condiciones en los ferrocarriles fue la más violenta de una serie de huelgas en varios sectores industriales[50]. Pero las protestas se extendieron bastante más allá de los límites de las organizaciones obreras. Disturbios por los precios de los alimentos, liderados por comunidades de granjeros y tribus en zonas rurales de la India, que protestaban por el aumento de precios en productos básicos como la sal, el aceite o las especias. En 1918, la primera hambruna importante en una década vino a sumarse a la tan extendida miseria[51]. Las protestas no quedaban limitadas

a las zonas rurales. En Australia, amas de casa de Melbourne, incitadas por feministas, promovieron una importante protesta por la subida de precios y la escasez crónica de alimentos[52].

La evidencia de que otros prosperaban exacerbaba los motivos de queja. Mientras algunas industrias pasaban penalidades como consecuencia de la guerra, otras progresaban con el suministro de recursos esenciales para el esfuerzo de guerra o beneficiándose de la falta de competencia británica. En la India, a la sombra de las demandas de la guerra, surgieron industrias manufactureras de hierro, acero, cemento, químicas y de construcción, mientras que los comerciantes y los fabricantes de algodón, lana e industrias del papel, libres de la competencia de los fabricantes de Lancashire, podían tanto proveer al mercado interno como explotar la inflación para obtener beneficios considerables[53]. Los granjeros irlandeses prosperaban con el suministro de alimentos debido al bloqueo alemán, pero este mismo bloqueo supuso escasez y una importante inflación para los trabajadores urbanos, además de que hubo que imponer el racionamiento[54]. En muchas partes del imperio circulaban historias sobre la «especulación» de la guerra, lo que alimentaba aun más la ira, el resentimiento y la convicción de que los ciudadanos comunes estaban soportando todo el peso de la guerra mientras los capitalistas locales prosperaban.

En todo el imperio el mantenimiento del orden público y la represión de la disidencia durante la guerra eran consideraciones primordiales para los Gobiernos coloniales. En los dominios, la India, Irlanda y otras partes del imperio se promulgaron leyes que otorgaban a los Gobiernos mayores poderes para detener a los ciudadanos y censurar publicaciones. Se estableció un fuerte sistema burocrático de censura para controlar los discursos públicos y asegurarse de que no circulaban libremente expresiones antibritánicas o progermánicas. Los libros, los artículos, las revistas, los periódicos y los panfletos que pudieran socavar la moral del frente civil o cuestionar el esfuerzo de guerra se sometían a un riguroso escrutinio y se bloqueaban. De igual modo, se impusieron severas restricciones al derecho de asamblea pública. En Australia y la India, por ejemplo, las reuniones de más de tres a cinco personas eran ilegales, hasta que se obtuviera un permiso de la Policía. Junto a la censura y la coacción

estaba la propaganda. En la India, el comité central publicitario generó 4 millones de folletos, 2,5 millones de diarios de guerra y más de 300 000 carteles, y publicó 275 comunicados, en el empeño por mantener la ayuda pública al esfuerzo de guerra[55].

Para reprimir la oposición local a la guerra eran imprescindibles mayores poderes de vigilancia y coacción. En la India, los revolucionarios que estaban asociados con el movimiento Ghadar eran rutinariamente encarcelados[56]. Aunque en Australia la amenaza de revueltas era mucho menor, las autoridades no eran menos implacables al utilizar los poderes del tiempo de guerra para acabar con los movimientos radicales. En 1917, los líderes de un grupo obrero radical, el Industrial Workers of the World, fueron condenados a tres años de prisión por los falsos cargos de incendios provocados[57]. El incidente más trágico de la represión durante la guerra fue la ejecución de los líderes republicanos de la rebelión de Pascua de 1916 en Dublín. En los días de represión de la revuelta, el Gobierno arrestó a cerca de 3500 ciudadanos, de los cuales 90 fueron condenados a muerte. Al final, catorce de estos líderes fueron ejecutados en el intervalo de tres semanas desde que se realizó el primer disparo, convirtiendo para siempre a estos rebeldes en mártires de la causa republicana[58]. La regulación social durante la guerra afectaba también a asuntos más mundanos. Había una mayor regulación respecto a la venta de alcohol y a las horas de apertura de los hoteles, restricciones en cuanto a carreras de caballos, deportes y otras actividades de ocio, todo ello para mantener el orden y estimular el alistamiento —acciones que limitaban la vida cotidiana en el frente civil[59].

La reclusión de los inmigrantes iba de la mano con la intensificación de la vigilancia policial del frente civil, particularmente en Canadá y en Australia, donde había importantes comunidades alemanas. Australia internó a cerca de 7000 supuestos «extranjeros enemigos», incluso aunque algunos fueran de la segunda generación de australianos alemanes. En el clima de temor fomentado por el discurso de amenazas internas, las comunidades se comportaban para demostrar su «lealtad». Más de setenta ciudades y pueblos cambiaron con prontitud sus nombres oficiales alemanes por algo más australiano —Steinfeld se convirtió en Stonefield y Blumberg se convirtió en Birdwood—. En Canadá, conforme a los

términos del Acta de Medidas de Guerra de 1914, 80 000 ciudadanos de ascendencia alemana, austríaca, húngara y ucraniana fueron registrados como «extranjeros enemigos» y cerca de 9000 fueron internados en campos de trabajo[60].

A pesar de estas medidas de represión de la disidencia y de cultivo de la lealtad, bajo la presión de la movilización de guerra se fueron ensanchando las fisuras sociales, étnicas, religiosas y políticas. Algunas de estas tensiones cristalizaron en torno a cuestiones del reclutamiento. En muchas partes del imperio, el reclutamiento forzoso era una cuestión polémica, particularmente en los dominios y en Irlanda. En 1916 y 1917, cuando el número de voluntarios decaía, los Gobiernos coloniales y de los dominios, bajo la presión desde Whitehall de mantener el número de soldados, proponían el reclutamiento forzoso, lo que provocó que prendieran las divisiones sociales sobre la guerra. Los republicanos irlandeses y también los nacionalistas en general, las clases trabajadoras y, específicamente, los canadienses francófonos, los australianos y los irlandeses católicos eran considerados como los mayores opositores al reclutamiento forzoso. En los dominios y en Irlanda surgieron ligas antirreclutamiento obligatorio y en muchas partes del imperio se produjeron disturbios y manifestaciones en oposición a él. A pesar de que estas campañas dan a entender que la oposición era ciertamente algo común en determinadas clases sociales, etnias y grupos religiosos —especialmente, los australianos, los irlandeses, canadienses francófonos de la clase obrera, en contraste con los protestantes y los conservadores británicos de clase media—, investigaciones recientes han complicado este cuadro al señalar la significativa oposición que se producía en las áreas rurales, donde se temía por la pérdida de la ya escasa mano de obra agrícola. En Australia, las mujeres de clase obrera votaban distinto de lo que votaban sus homólogos masculinos, pues estaban a favor del reclutamiento forzoso porque consideraban que los hijos y los maridos que luchaban en el exterior necesitaban más ayuda[61].

La batalla del reclutamiento obligatorio fue amarga, especialmente en Australia, donde el Gobierno se derrumbó como consecuencia de ella. El primer ministro laborista, William Morris Hughes, convocó un referéndum nacional sobre el reclutamiento obligatorio en 1916 en un esfuerzo

desesperado de vencer la oposición al reclutamiento en su propio partido. Fracasó. Como resultado de ello, abandonó el Partido Laborista y con un pequeño grupo de miembros afines cambió de bando para unir sus fuerzas a la oposición conservadora, formando un nuevo Gobierno y manteniendo su condición de primer ministro. En 1917, volvió a dirigirse al pueblo con el mismo asunto del reclutamiento forzoso. Por segunda vez, manifestaciones masivas lideradas por los sindicatos, la Iglesia católica y facciones anti-Huges en el Partido Laborista se opusieron al reclutamiento forzoso, obteniendo de nuevo la victoria, aunque los laboristas estuvieron en la jungla política al menos dos décadas a partir de entonces. A pesar de que estas irreconciliables disputas cimentaron la imagen de la «deslealtad» de los australianos irlandeses católicos de clase obrera, un examen más detallado hace pensar que algunos australianos no votaron en contra del reclutamiento forzoso porque se opusieran a la guerra, sino porque cuestionaban la moralidad de enviar hombres en contra de su voluntad a «llenarse de sangre las manos»[62].

En las periferias del imperio, especialmente en los dominios, la India e Irlanda, las tensiones sociales, económicas, étnicas y políticas fueron empeorando en los últimos años de guerra. La vuelta de los soldados después del armisticio añadió otro elemento desestabilizador a lo que muchos temían que ya era una mezcla explosiva. Los soldados que habían vuelto, especialmente los heridos, los enfermos, los mutilados y los afectados psicológicamente, representaban no solo una carga importante para el erario, sino también un desafío en términos de reinserción social. La alegría de la vuelta duraba poco cuando los soldados se enfrentaban al estancamiento de las economías y a la división de las sociedades civiles. Tras un inmediato repunte en muchas economías en los primeros meses tras el armisticio, a mediados de 1919 la contracción en la producción de material bélico, las dificultades a las que se enfrentaban las industrias al tener que reconvertirse de la manufactura de guerra a la de tiempos de paz, la contracción del comercio mundial debida en parte a que el transporte por barco se dedicó a la desmovilización, el endeudamiento de la posguerra, la caída de precios de las materias primas y las malas cosechas de la India impulsaron una profunda recesión económica[63].

El declive económico avivó el problema generalizado respecto al «carácter» y al «temperamento» de los hombres que volvían del frente. Los informes sobre los disturbios que se producían en los campos de desmovilización se añadían a la preocupación de que la guerra podía haber «embrutecido» a los veteranos haciendo que no fueran aptos para la vida civil[64]. Informes de bandas de veteranos errantes que atacaban aleatoriamente a organizaciones de trabajadores, restaurantes «con precios abusivos», tiendas y fábricas dirigidas por especuladores y negocios de inmigrantes alimentaban esta percepción[65]. A estos hombres se los veía como personas emocionalmente marcadas por años matando, lo que había hecho que perdieran la normal compasión humana[66]. Los políticos, como el antiguo primer ministro australiano John Watson, comentaban habitualmente la «condición inestable» de los soldados retornados[67]. Estas preocupaciones respaldaban el deseo generalizado de instalar a los veteranos en el campo, especialmente en los dominios, donde los programas para el establecimiento de los soldados en Canadá, Australia y Nueva Zelanda era un medio de favorecer que los decepcionados veteranos se mantuvieran lejos de las ciudades donde podían caer presa del libertinaje, mientras que en el campo podían convertirse en robustos terratenientes rurales. Gran Bretaña consideraba también el potencial de los asentamientos en el campo como un medio de facilitar la reinserción de los veteranos, estableciendo un programa de asentamientos en el imperio para enviar a los veteranos británicos a los dominios para que allí se dedicaran a la explotación de granjas[68].

Los programas de asentamientos de soldados formaban parte de un conjunto más amplio de medidas políticas para la reinserción de los veteranos en la vida civil. Había generosos beneficios para el reestablecimiento, que incluían pensiones, preferencia en los empleos, programas vocacionales y educativos, préstamos para viviendas, en algunos países preferencia de empleo para los puestos del Gobierno y amplios servicios médicos, hospitalarios y de convalecencia. En Gran Bretaña y en todo el imperio, los políticos proclamaban el noble sacrificio de los hombres que habían servido al rey y al país, y el de las familias de los que habían muerto como la deuda que tenía que ser reparada. La retórica de nobles pensamientos, independientemente de si bien

intencionada o no, creó el potencial para lo que Adam Seipp llamó «crisis de reciprocidad»[69]. A pesar de las promesas de compensación, pocas veces se hacía lo suficiente a los ojos de los veteranos, que la realidad quedaba muy lejos de sus expectativas. Humillantes tests de idoneidad, largas colas, patronos tacaños, burócratas entrometidos y animadversión huraña por parte de los civiles determinaron las condiciones que provocarían la decepción de los veteranos. En Canadá, se manifestaron cientos de ellos en apoyo a la «Resolución Calgary», que exigía una significativa gratificación para los veteranos como compensación por sus pérdidas de ingresos[70]. En Australia, el primer ministro, William Morris Hughes, a pesar de sus simpatías por los soldados retornados, se desesperaba ante sus constantes demandas de cada vez más beneficios, comentando ásperamente que no podía «hacer milagros»[71].

Las tensiones económicas y sociales en el frente civil durante la guerra, intensificadas por la profunda recesión económica de 1919 junto con la vuelta de los insatisfechos soldados, originaron un clima de inestabilidad que explotó en una serie de huelgas, levantamientos y otras formas de conflicto social en los años inmediatamente posteriores a la guerra en Gran Bretaña y en muchas partes del imperio. Aunque muchos de estos conflictos eran algo más que simples luchas de veteranos, manifestaciones más amplias de profundas divisiones sociales y de tensiones económicas, a menudo los principales participantes en estos tumultuarios acontecimientos eran soldados retornados. En junio de 1919, el conflicto laboral canadiense más famoso del siglo XX tuvo lugar en las calles de Winnipeg, donde más de 20 000 unionistas se enfrentaron a la Policía y a las milicias por los salarios y las condiciones de trabajo, con el resultado de dos muertos y treinta heridos graves[72].

Los veteranos canadienses lucharon en ambos bandos en este enfrentamiento. El mismo año, los veteranos tuvieron también una importante participación en ambos bandos en una serie de huelgas mayoritarias en Nueva Zelanda, y de nuevo los unionistas fueron aplastados[73]. En la India, después de la guerra siguieron los conflictos agrarios, culminando en marzo de 1921 en Karhaiya, donde había ostensiblemente excipayos entre los líderes[74].

Los soldados retornados también se manifestaban en defensa de los derechos y los privilegios de los veteranos. En Australia, entre 1919 y 1920, multitud de soldados retornados, con frecuencia cientos de hombres, atacaban tiendas, otros negocios y las oficinas del Gobierno cuando sentían que no se les trataba con el debido respeto. En Darwin, los veteranos se amotinaron por la lentitud y la reticencia con que se aprovisionaban sus privilegios. Atacaron la residencia del administrador local y se hicieron cargo de las oficinas del Gobierno[75]. Los veteranos también destacaban en las violentas protestas contra la «deslealtad». En Gran Bretaña y en los dominios, a su vuelta, los hombres se encontraban con que el activismo laboral radical amenazaba y potencialmente socavaba la sociedad por la que habían luchado. El temor a la «Amenaza Roja» creó un ambiente en el que los veteranos creían ser los ciudadanos mejor preparados para defender el orden social de la amenaza de elementos desleales y de influencias extranjeras. A veces, esto degeneraba en violentos ataques a los inmigrantes. La xenofobia estaba muy extendida. En esta situación, los veteranos estaban listos para tomar cartas en el asunto[76]. En Australia hubo por lo menos once revueltas importantes contra la deslealtad en ciudades y pueblos de todo el país. En estos disturbios a menudo participaban cientos de manifestantes, muchos de ellos soldados retornados, que atacaban a los que consideraban desleales: generalmente irlandeses católicos, unionistas, partidarios del Sinn Féin, supuestos bolcheviques y conocidos activistas laborales, de los que a menudo se decía que no habían ayudado a los Anzacs durante la guerra[77]. Cuando los tumultos que siguieron inmediatamente el final de la guerra se apaciguaron, algunos de grupos de soldados retornados más radicales formaron el núcleo de organizaciones paramilitares y de «ejércitos secretos» que pretendían defender el orden social contra el radicalismo de la clase obrera durante la época de entreguerras[78].

Los veteranos ofrecían a los Gobiernos la posibilidad de mantener el orden social bajo la intensa presión de la desmovilización. Con la excepción de Irlanda, el imperio permaneció, sin embargo, intacto y ni Gran Bretaña ni sus colonias cayeron en la categoría de Estados fallidos tan común en Europa y en Oriente Medio, que George Mosse vio como la prueba de la deshumanización que iba de lo individual a lo colectivo. En

lugar de ello, las autoridades de Gran Bretaña, de los dominios y de las colonias negociaban las amenazas que planteaban los hombres retornados para de este modo restaurar el orden social[79]. La victoria ayudaba, pero hacía falta mucho más para cimentar una reintegración exitosa de los decepcionados veteranos. En la propia Gran Bretaña, como afirma Jon Lawrence, se difundía la idea de gente «pacífica» para unir a la nación y neutralizar la amenaza de deshumanización, en un momento de profunda división y descontento[80]. De igual modo, en los dominios, el nacionalismo se convirtió en el lazo ideológico que servía como prevención al colapso de estos países bajo la presión económica, social y política del mundo de la posguerra, mientras, al mismo tiempo, transformaba su relación con el imperio. Sin embargo, en el caso de Irlanda y de la India, el nacionalismo se convirtió en un medio para desafiar a la autoridad británica y lo situó en el camino de la independencia.

REIMAGINANDO EL IMPERIO

Con la firma del Tratado de Versalles, el Imperio británico llegó a su apogeo al cubrir más partes del globo que nunca antes en su historia. Las antiguas colonias alemanas se convirtieron en territorios bajo mandato sometidos al control británico o de su dominio, mientras que partes del antiguo Imperio otomano, especialmente en Oriente Medio, quedaron igualmente anexionadas. Antes de transcurridos cuarenta años, el imperio se había convertido en una mancomunidad, un simulacro constitucional desprovisto de poder. La India e Irlanda eran ahora naciones independientes, los antiguos dominios, también naciones de pleno derecho, aunque en el caso de Australia, Nueva Zelanda y Canadá con el monarca británico aún a la cabeza del Estado, y otras muchas partes del antiguo imperio, particularmente en África y en Asia, habían logrado la condición de nación o estaban encerradas en amargas luchas independentistas. Las semillas de esta transformación, de imperio a mancomunidad, en muchos casos se habían sembrado mucho antes de la Gran Guerra; el autogobierno en Irlanda, el nacionalismo afrikáner y la independencia india eran todos ellos movimientos del siglo XIX que se

mantuvieron en el siglo XX. Pero la Gran Guerra aceleró la evolución de estas fuerzas de cambio y preparó el ambiente en el que pudieron reimaginarse los vínculos del imperio.

Algo fundamental para esta reimaginación fue el nuevo lenguaje de autodeterminación, popularizado por el presidente Woodrow Wilson. En el verano indio del «momento wilsoniano» anticolonialista, los nacionalistas abrazaron este nuevo marco retórico para presionar en sus campañas, alejándose del viejo discurso del autogobierno al de la autodeterminación. Estas esperanzas se desvanecieron con el resultado del Tratado de Versalles, que dejaba sin responder cuestiones de las relaciones coloniales o las aplazaba para que fueran consideradas en una fecha futura por la Liga de Naciones[81]. Sin embargo, en el contexto del Imperio británico, el nacionalismo se convirtió tanto en el aglutinante de la estabilidad social y política como en un arma para socavar las relaciones imperiales. Una parte integrante del éxito del nacionalismo en ambas situaciones fue la inestabilidad de la guerra y de la posguerra. El nacionalismo se convirtió en un medio para unir sociedades destrozadas por las tensiones étnicas, sociales y económicas, y también un medio para sacar partido a esas tensiones, para transformarlo de un movimiento de élite a un movimiento de masas. En esto diverge la experiencia de los dominios de la de Irlanda y la India.

El historiador canadiense J. M. S. Careless afirma que el «nacionalismo del dominio» fue la consecuencia común de la Gran Guerra para los dominios británicos[82]. A pesar de que Gran Bretaña había declarado la guerra en 1914 sin llevar a cabo una consulta formal en los dominios, tras su experiencia de sacrificio todos exigieron su propio asiento en la mesa de Versalles y algunos de ellos se convirtieron en potencias imperiales menores como consecuencia del control que adquirieron sobre territorios de mandato, como Nueva Guinea alemana y Samoa. El primer ministro australiano William Morris Hughes recalcaba constantemente sus «60 000 muertos» como base moral sobre la que apoyar sus reclamaciones en Versalles, a menudo para fastidio de otros delegados, especialmente cuando alegaba los derechos de los «dominios blancos» sobre aliados «inferiores», como Japón[83]. Sin embargo, también había presiones internas que impulsaban el nacionalismo. Las minorías

afrikáneres y quebequenses en Sudáfrica y en Canadá respectivamente quedaron apartadas por su experiencia de la guerra, ambas en la línea de vanguardia y en el frente civil. En los años inmediatamente posteriores al final de la guerra, los políticos de Sudáfrica y de Canadá se enfrentaron a un dilema, pues apelar al imperio para unir al pueblo había perdido atractivo. La supervivencia política en los años de la entreguerra dependía del apaciguamiento de estas minorías étnicas a través de llamamientos a la unidad nacional más que a la unidad imperial. En Canadá, por ejemplo, el recientemente elegido Partido Liberal, liderado por Mackenzie King, era muy dependiente del apoyo quebequense, y apelaba al nacionalismo canadiense y a que la guerra ya estaba superada para cimentar un largo periodo de gobierno liberal a partir de 1921[84].

Sin embargo, Jay Winter ofrece un retrato más complejo del nacionalismo de la posguerra en los dominios. Aunque destaca la mayor independencia de los dominios después de la guerra y las maneras en como se hizo uso del nacionalismo para estabilizar estas sociedades de la posguerra, también indaga en cómo la experiencia del sacrificio y del duelo colectivo por la generación perdida también unió al imperio con los «lazos del recuerdo»[85]. En los años de entreguerras, se ponían de manifiesto y se reforzaban los vínculos de un sacrificio compartido a través de la Comisión Imperial de Tumbas de Guerra, de formas de conmemoración transnacional, como el Día del Armisticio, y de la extraordinaria proliferación de monumentos locales conmemorativos de la guerra en los dominios. La *realpolitik* también tenía su parte en la perpetuación de los antiguos lazos imperiales en una época de nacionalismo de los dominios. Canadá estaba receloso del dominio de Estados Unidos, y a Australia y a Nueva Zelanda les preocupaba su aislamiento cerca de la «amenazadora» Asia. Pero también había una vinculación genuinamente profunda, cultural y emocional, aspectos pulidos por la experiencia compartida del sacrificio. En Australia, la antigua fidelidad al imperio estaba soldada a un nacionalismo emergente, lo que daba origen a una forma distinta «nacionalismo-imperio», en la que la lealtad al imperio era simultáneamente lealtad a la nación[86].

Destacados políticos y representantes de la causa del soldado retornado a Australia proclamaron el desembarco en Galípoli como el nacimiento de

la nación, y el Día de Anzac, en 1917, con motivo de la conmemoración del desembarco como el día nacional más importante en Australia. En otros aspectos, las conmemoraciones australianas eran diferentes de las demás. En los monumentos conmemorativos de la Commonwealth lo habitual era inscribir los nombres de los que murieron en determinado acontecimiento; en muchos monumentos conmemorativos australianos los nombres que se inscribían eran los de todos aquellos que prestaron servicio[87]. Los aznacs pasaron simbólicamente de ser soldados del imperio a ser la encarnación de las virtudes nacionales australianas —igualitarismo, entrañable bravuconería, compañerismo y valentía temeraria— en el corazón de la iconografía nacionalista, lugar que siguen ocupando actualmente[88]. Irónicamente, esto hizo que la «crisis de la reciprocidad» fuera especialmente aguda en Australia. La falta de una recompensa adecuada por parte de los Gobiernos a los hombres que volvían, debido a su supuestamente simbólica importancia, los hizo sentirse especialmente agraviados, lo que alimentó los disturbios de los soldados retornados en los años de la posguerra y estimuló una mayor participación en las organizaciones de servicios a los retornados de la que se daba en sus homólogas en otras partes del imperio[89]. Una segunda consecuencia fue que mantuvo la fidelidad al imperio como un elemento central de la identidad australiana. Los soldados australianos habían luchado por el rey y por la patria, y en este contexto la deslealtad se consideraba la expresión de una crítica tanto a la nación como al imperio.

En todo el imperio, durante los años de la posguerra, era apremiante la necesidad de reprimir el descontento y mantener el orden político y social. Mientras que en Gran Bretaña y en los dominios, a menudo reconfigurados e imaginados de forma diferente, el nacionalismo era una medida vital que se utilizaba para mantener el orden social y suavizar el descontento de los retornados, en otros contextos se convirtió en la piedra de toque para la oposición a Gran Bretaña y al imperio. La guerra y las conmemoraciones podían crear vínculos imperiales, pero la experiencia podía también socavar la fe en el imperio. La guerra y la vuelta agudizaron los prejuicios raciales. Muchos soldados de la India Occidental, África y la India, al igual que sus equivalentes americanos africanos, volvían a casa con la profunda sensación de agravio al darse cuenta de que su sacrificio no había

servido para recibir un trato más igualitario. Esta sensación de descontento alimentaba el nacionalismo y los movimientos en pro de los derechos civiles[90].

Acontecimientos de la misma importancia en el frente civil podían impulsar la desintegración de los lazos con el imperio. Irlanda es un caso evidente. El contexto político había cambiado allí irrevocablemente a partir de la Pascua de 1916. Los nacionalistas estaban en declive y el republicanismo, bajo el liderazgo del Sinn Féin, era el movimiento dominante fuera del Ulster y de los condados del norte. Mientras que los unionistas del Ulster homenajeaban a los soldados que volvían y les conferían muchos de los beneficios que en otros lugares del imperio se les otorgaban a los veteranos, en el sur esos hombres eran considerados como representantes de un esfuerzo político ahora desacreditado. Muchos de los que volvían tenían la sensación de haber luchado por la causa equivocada y los del frente civil reforzaban esta percepción. Aunque recibían el subsidio de una pensión básica, sin embargo, existía un amplio prejuicio hacia ellos. Como consecuencia de ello, el desempleo entre los veteranos irlandeses de fuera del Ulster era de cerca del 50 por ciento, cinco veces más alto que en Gran Bretaña. Peor aun, el IRA sospechaba que los veteranos estaban de parte de Gran Bretaña en la batalla de la posguerra por lograr la independencia, y al menos 120 veteranos fueron asesinados por partidarios republicanos en un intento por acabar con la lealtad de los soldados retornados a Gran Bretaña. Mientras los veteranos del Ulster habitualmente ingresaban en el cuerpo especial de Policía para luchar contra el republicanismo y mantener la supremacía del protestantismo, otros irlandeses se enfrentaban a una difícil elección: unirse al IRA o ser perseguidos. Algunos, para escapar, se alistaron en ejércitos en ultramar. En lugar de ser integrados en una sociedad donde se les concediera un trato especial por su sacrificio, los veteranos irlandeses se vieron arrastrados a una sangrienta guerra civil por la creación del Estado Libre de Irlanda[91]. Los primeros años de la posguerra se vieron sacudidos por la implacable lucha republicana que finalmente llevó al Tratado Anglo-Irlandés de 1921, que concedía la independencia al dominio y le otorgaba el nuevo estatus de Estado Libre Irlandés, quedando los seis condados del Ulster como parte del Reino Unido[92].

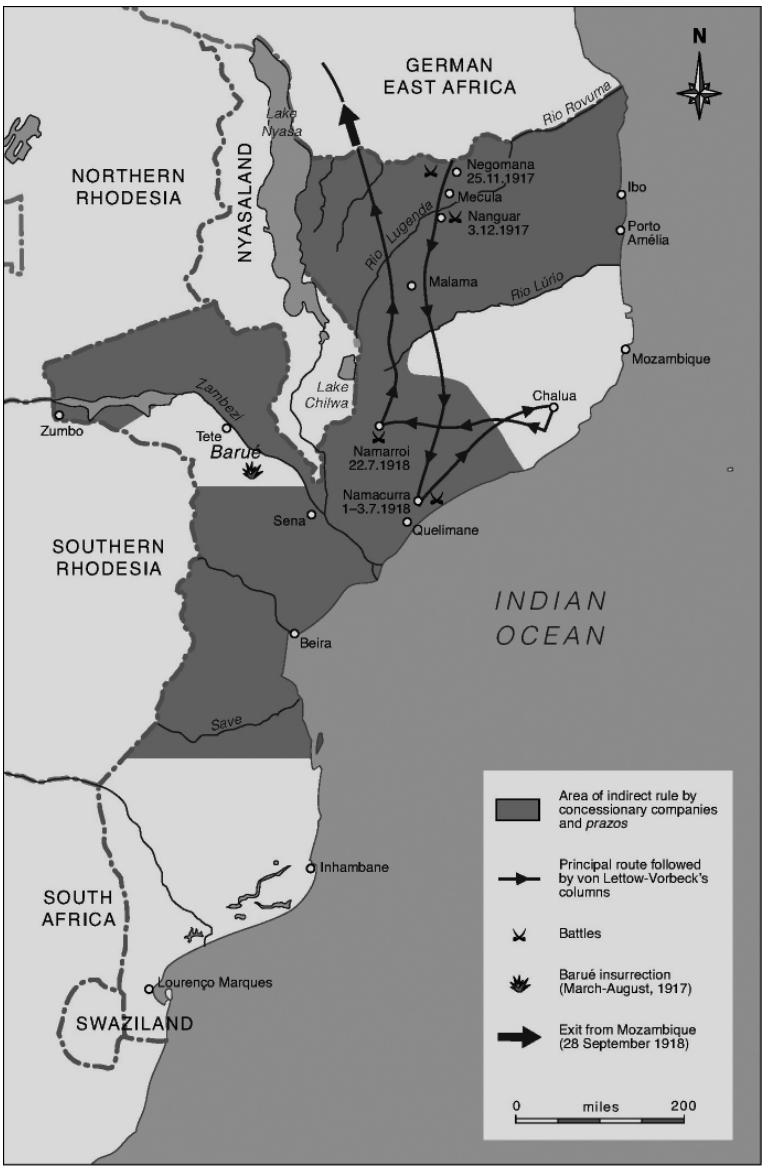
En otros lugares del imperio, el esfuerzo por apuntalar la autoridad británica y mantener el orden social después de la guerra produjo también efectos indeseados. Las reformas de 1918 de Montagu-Chelmsford quizá se consideraron en Whitehall un gesto sincero encaminado a un autogobierno limitado, pero quedó muy lejos de las expectativas indias de acuerdo con sus aspiraciones wilsonianas de autodeterminacón. Además, las autoridades británicas no supieron ver la importancia del nuevo líder del panorama político indio. Gandhi había vuelto a la India en 1915 y, aunque había apoyado el esfuerzo de guerra, estaba decidido a seguir los nuevos métodos de desobediencia civil para avanzar en la causa independentista. Se ha vertido mucha tinta sobre el papel de Gandhi, pero en un nivel fundamental consiguió convertir una aspiración de la clase media formada en un movimiento auténticamente de masas. Le ayudó la penetrante crisis económica de los años de la guerra y de la posguerra, que preparó el caldo de cultivo del descontento social en el campo y en las ciudades, favorecido por el error de cálculo de las autoridades británicas que intentaban imponer orden en los años posteriores a la guerra.

Los esfuerzos británicos por mantener un control firme en los años inmediatamente posteriores a la guerra se convirtieron en una ventaja para Gandhi, que le llevaron de la periferia del movimiento nacionalista a su centro, uniendo muchas de las distintas facciones del antiguo movimiento independentista y creando lazos efectivos, aunque frágiles, entre los nacionalistas hindúes y los musulmanes. Las autoridades británicas de la India, ante el temor de que se produjeran alteraciones en el orden debidas al descontento, intentaron extender las facultades de detención y arresto que tenían durante la guerra más allá del armisticio. En 1917, el Gobierno británico de la India constituyó un comité para aconsejar sobre cómo controlar el terrorismo durante la guerra y después de ella. El Rowlatt Committee recomendaba que la Policía tuviera mayores facultades para reprimir el terrorismo y en 1919 el Parlamento aprobó el Acta Rowlatt. La protesta de los nacionalistas indios fue inmediata. En su opinión, Gran Bretaña con una mano había otorgado unas facultades mezquinas e inadecuadas al Gobierno local y, con la otra, les había acordado de libertades y de la libre expresión que se les había otorgado a otros súbditos británicos en otras partes del imperio. Gandhi incitó a la protesta e instauró

la desobediencia civil masiva en muchas partes de la India. En Bombay, cerca de 150 000 trabajadores de las fábricas fueron a la huelga en apoyo a la Satyagraha de Rowlatt, y en todo el país se produjeron alteraciones similares, especialmente en las principales ciudades y pueblos. En Bombay (Mumbai), Sir George Lloyd demostró bastante control, pero en Punyab el general Michael O'Dwyer ordenó al ejército que disparara contra los manifestantes en Armristsar, matando a cerca de 1000 personas e hiriendo a muchos más —que, a partir de entonces, fueron grandes mártires de la independencia—. Tuvieron que pasar otros veinte años antes de que el movimiento nacionalista venciera, pero la Satyagraha de Rowlatt había transformado el movimiento nacionalista indio en una fuerza que era auténticamente nacionalista en sus aspiraciones y de masas en su alcance[93].

La Gran Guerra reunió al Imperio británico en defensa de los intereses imperiales de Gran Bretaña e implicó a gente de todo el mundo en un conflicto global que dejó intactas muy pocas sociedades del imperio. El resultado de la movilización y la experiencia de guerra en la periferia del imperio tuvieron efectos contradictorios. En algunos aspectos unió al imperio en remembranzas colectivas de su participación en esta guerra para poner fin a todas las guerras. En otros aspectos, desencadenó las ambiciones y los sentimientos nacionalistas que eran la perdición del imperio. Incluso en Australia y en Nueva Zelanda, donde la reacción a la Gran Guerra fue la promoción de los ideales de lealtad a Gran Bretaña y al imperio, no se podían mantener estos sentimientos sin asociarlos a las nuevas aspiraciones nacionalistas, creando una filosofía política de nacionalismo imperial. La participación en la guerra y las tensiones políticas y sociales internas que surgieron entre los partícipes del Imperio británico alimentaron los sentimientos nacionalistas y la sensación de que Gran Bretaña estaba en declive, por lo que las nuevas naciones tendrían que ser más autosuficientes en el futuro. Los ideales de autodeterminación de Wilson cristalizaron las ambiciones nacionalistas, dándoles una perspectiva más radical. En este contexto, la Gran Guerra precipitó y, en algunos casos, inició los sentimientos y los movimientos nacionalistas en todo el imperio. El Imperio británico puede que alcanzara su mayor extensión geográfica y su mayor importancia política al final de la guerra,

pero este triunfo fue también su acta de defunción. En muchos casos, fue necesaria una segunda conflagración mundial para acabar con la agonía del imperio y transformarlo en una mancomunidad de socios iguales, pero la Gran Guerra dio un considerable impulso a estas fuerzas políticas y culturales. En este sentido, la Gran Guerra fue no solo una guerra por el imperio y entre imperios, sino también una guerra, en aspectos que muchos participantes no entendieron en su momento, contra el imperio.



Mapa 7.—La guerra en el África portuguesa.

Capítulo 9.

El Imperio portugués

Filipe Ribeiro de Meneses

El 5 de septiembre de 1923 el diario lisboeta *O Século* describía en su portada los días previos a la conmemoración que había tenido lugar el día anterior, por la campaña de 1914-1915 en Angola del Sur. Durante el evento, que había tenido una gran audiencia, se les concedió a los estandartes del Primer Escuadrón de los Dragones de la Provincia de la Meseta de Angola y a la Primera Batería de ametralladoras indígena de Mozambique la medalla del valor militar, mientras que el escuadrón de la Quinta Compañía de Infantería Indígena de Mozambique recibió la Cruz de Guerra de Primera Clase. Una patria agradecida y, como decía el periódico, común, reconocía su valor a soldados de la metrópoli, colonos angolanos blancos y soldados negros de Mozambique. Según *O Século*, «la campaña de murmuraciones que insinuaba que los gloriosos esfuerzos de los que habían luchado en tierras africanas, contra hombres y contra bestias, sufriendo las inclemencias del clima y la traición de tantos negros, habían quedado en el olvido, fue acallada ayer» frente al apoyo popular que quedaba probado en las calles de la capital. El artículo continuaba:

> El sentido de la campaña que ahora se celebra confiere un gran prestigio a la república. Fue la primera hazaña de armas que llevó a cabo el nuevo régimen y la sangre que se derramó fue la primera sangre portuguesa derramada en nombre de la causa por la que, después, haríamos tantos sacrificios: la causa de los Aliados, la causa de la ley frente a la injusticia, la causa de la libertad, y la cultura occidental frente a la tiranía militarista y a la barbarie de los teutones.

Este pasaje y el evento al que se refiere suscitan una serie de preguntas: ¿Por qué luchaban en las colonias portuguesas, incluso antes de que el país estuviera en guerra, contra Alemania? ¿En qué consistían las «traiciones de tantos negros»? ¿Y por qué había una campaña de murmuraciones contra la memoria de los hechos militares que ahora se conmemoraban? Responder a estas preguntas requiere no solo un sumario de los acontecimientos en África portuguesa durante la guerra, sino también la descripción de la política colonial contemporánea y una reflexión sobre la naturaleza del Imperio portugués. Esto era una empresa en la que habitualmente las fábulas triunfaban sobre los hechos, y en la que, en el siglo XX, las aspiraciones y el sentimiento nacionalista de la metrópoli oscurecían las realidades coloniales con consecuencias, desgraciadamente, trágicas. La definición que hace Charles Maier de imperio resumida en la Introducción de este volumen, es suficientemente amplia como para incluir a Portugal y a sus colonias, una rudimentaria, aunque respetable, colección de territorios dispersos por tres continentes. Empezando por la Primera Guerra Mundial y culminando con el éxodo en masa de los colonos portugueses desde Angola en 1975, cuando la una vez apreciada colonia se vio inmersa en una guerra civil, el colonialismo portugués estaba marcado por un profundo malentendido, por parte de la población de la metrópoli, de la naturaleza de la vida africana. Así, aflora una paradoja. Es cierto que, como escribió recientemente Fernando Tavares Pimenta, «el siglo XX portugués» era radicalmente diferente del «siglo XX europeo», y que esta «diferencia era consecuencia del desproporcionado factor colonial en la historia portuguesa»[1]. Sin embargo, esto no significa que los acontecimientos de África calaran en la conciencia portuguesa o que alguna vez surgiera una «mentalidad

imperial» en Portugal; por ello, el filósofo Eduardo Lourenço podía describir, en 1974, la descolonización en curso como «una prueba contrarreloj para escapar de una herencia colonial que no nos había afectado, que ni siquiera habíamos sentido»[2].

EL IMPERIO PORTUGUÉS EN 1914

Tras décadas de negligencia, la monarquía constitucional portuguesa se embarcó en un programa de exploración y asentamiento colonial hacia finales del siglo XIX, como un intento por compensar un estancado esfuerzo de modernización, conocido como *Regeneração*. El país, tras un prometedor comienzo, había sido incapaz, a expensas de sus propios recursos, de alcanzar a las otras potencias europeas en los campos económico, social y político[3]. La monarquía y los partidos políticos que la servían intentaron entonces llegar a un nuevo pacto con el pueblo sobre la suposición de que en África aguardaban la gloria nacional y una gran riqueza —pero finalmente fue la percepción de que otros se estaban peleando por ese mismo África lo que despertó a Portugal de su letargo colonial—. No se prestó demasiada atención a las cuestiones de por qué o con qué propósito estaba Portugal a punto de actuar —pero la idea de que otros estaban violando los territorios que desde hacía tiempo los portugueses consideraban que caían dentro de su ámbito era un acicate para los Gobiernos—. La Conferencia de Berlín de 1884-1885 daba a entender que todo este territorio se dividiría entre otras potencias europeas, por muy larga que fuera la historia de la presencia de Portugal en ellos, si no se hacía algo rápidamente. Y así, sin considerar demasiado los recursos humanos y materiales de que se disponía, en 1887 Portugal, en el ahora famoso *mapa cor-de-rosa* (mapa rosado) reclamó no solo Angola y Mozambique, cuyas fronteras estaban más o menos establecidas, sino todo el territorio que había entre ellas, el territorio, en rasgos generales, de la futura Federación de Rodesia y Nyasalandia. Esta vertiginosa visión de un segundo Brasil en África, que se extendía desde el Atlántico al océano Índico, la echaron abajo rápidamente los británicos que, en enero de 1890, lanzaron un ultimátum por el que obligaban a los portugueses a retirar sus ejércitos de lo que hoy es Zimbabue.

Lo que había empezado como una aventura de nacionalismo estatal fomentado por la Corona desembocó en la humillación de esta y la del país. El Partido Republicano Portugués aprovechó este fracaso y puso en marcha una primera insurrección, que fracasó el año siguiente. No obstante, pocos se pararon a preguntarse por qué Portugal necesitaba estas enormes extensiones de territorio, cómo podía ocuparlas y desarrollarlas y cómo podría imponer su voluntad a todos sus habitantes. Por eso, aunque se hacía gala de interesarse por los temas coloniales europeos de actualidad —la difusión de la civilización y de la verdad cristiana—, sin embargo, se hacía muy poco por asegurarse de que este «peso del hombre blanco» realmente recayera sobre los hombros de los portugueses asentados en las colonias o que el Estado había enviado allí, a menudo como una alternativa a una pena de prisión en su país.

El ultimátum británico no acabó con los devaneos monárquicos con África. Angola y Mozambique eran todavía portugueses y el reconocimiento británico quedó garantizado más adelante ese mismo año. Sus fronteras con los territorios belgas y alemanes también quedaron más cuidadosamente trazadas (Bélgica reconocía el derecho de Portugal a la región angoleña de Lunda, que resultó ser extremadamente rica gracias a sus abundantes minas de diamantes). Además, sus guerras de «pacificación», largas y costosas, forjaron algunos héroes —hombres como Mouzinho de Alburquerque y Paiva Couceiro— para que el público portugués los convirtiera en ídolos, especialmente a mediados de la década de 1890. Pero estas no eran más que costosas campañas defensivas con las que las fuerzas armadas portuguesas protegían lo que los diplomáticos habían negociado; no añadían nada nuevo a los territorios que, en la mayoría de los casos, los portugueses dejaban como estaban porque sencillamente no tenían los fondos necesarios para transformar sus colonias. La falta de habilidad para encontrar inversores portugueses que reunieran suficiente capital y lo canalizaran a las colonias llevó a la creación de compañías concesionarias de la corona, activas en Mozambique, pero que tuvieron resultados decepcionantes[4]. Los emigrantes portugueses también desdeñaron las colonias y siguieron equivocándose cruzando el Atlántico, especialmente hacia Brasil.

Fig. 18.—Afonso Costa, el destacado hombre de Estado republicano, entendió el problema al que se enfrentaban las colonias de Portugal, pero fue incapaz de llevar a cabo reformas significativas.

En octubre de 1910, Portugal se convirtió en una república; el poder pasó a manos de una nueva élite gobernante procedente de círculos —clases medias urbanas— que hasta ahora se habían mantenido a distancia. Aunque el Partido Republicano Portugués pronto se dividiría en varias secciones enfrentadas, reflejo del amplio espectro ideológico que había en su organización, todas estas facciones estaban de acuerdo en la necesidad para Portugal de seguir siendo una potencia colonial. Los republicanos eran nacionalistas, con una lectura peculiar, aunque con puntos débiles, de la historia de Portugal, según la cual el genio nacional

que se manifestaba en el pasado, especialmente en tiempos de los descubrimientos, había sido reprimido e incluso casi extinguido por fuerzas reaccionarias como las de la Corona y la Iglesia católica. Era misión de los republicanos llevar al pueblo, a través de un proceso de autodescubrimiento, a la grandeza, y el imperio —que todavía se consideraba el vínculo vivo con el glorioso pasado— tenía un papel importante que jugar en este proceso[5]. Para ellos, pues, la importancia del imperio residía fundamentalmente en su naturaleza didáctica. La esperanza de obtener considerables riquezas de África tampoco se había extinguido. Cuando Afonso Costa, el líder indiscutible del Partido Democrático, la principal formación política del régimen, publicó su primer excedente presupuestario, asignó parte del dinero sobrante a la marina, cuyo desarrollo era esencial para mantener las ambiciones coloniales de Portugal (véase fig. 18). Pero el mismo Afonso Costa hacía también el conocido comentario de que, por el bien del imperio, lo que Portugal necesitaba no eran masas de gente pobre —ya tenía una buena cantidad— para enviar como colonos a tierras inhóspitas, sino más bien unos pocos hombres con mucho dinero para invertir[6]. Puesto que no había inversiones, estas tenían que venir del Estado, o el Estado tenía que involucrarse mucho en la gestión de las colonias para asegurarse que alguien, en algún lugar, obtuviera beneficios.

Para entonces, Costa y otros políticos ya se habían dado cuenta de lo difícil que era convertir sus ambiciones coloniales en política, y llevarla a cabo. La república tenía un programa colonial, que sus líderes confiaban en que provocaría una auténtica transformación de la posición de Portugal en sus provincias de ultramar. Un sinfín de enemigos, animados por muchos y a menudo contradictorios sentimientos, traicionaban cada vez más estas aspiraciones. El más poderoso de todos era, sin embargo, la incapacidad de Lisboa de hacer el mejor uso posible de los recursos de que disponía en las colonias. El mayor pecado de Portugal, a ojos del resto de Europa, era su propia pobreza, que le impedía llevar a cabo su misión colonial fundamental de desarrollo. La riqueza de Angola y de Mozambique seguía sin ser explotada por la autoridad de Lisboa, pues estaba bajo la de los gobernantes indígenas locales,[7] que trabajarían con la población (es decir, con los blancos locales) para identificar qué

reformas eran necesarias para estimular la vida colonial y cuándo había que ponerlas en marcha. Libres de la tutela de *Terreiro do Paço*, las autoridades coloniales del lugar tomarían las decisiones necesarias para desarrollar racionalmente las colonias. Era el reflejo, en muchos aspectos, del plan para transferir, en el Portugal metropolitano, el poder a las largamente ignoradas estructuras municipales. Se mencionaban pocas novedades respecto a la misión civilizadora y se hacía menos aun para ponerla en marcha. De hecho, la oposición de los republicanos a la Iglesia católica en la metrópoli hizo que la cooperación con la Iglesia en las colonias fuera más difícil. Los planes para una «misión laica» se quedaban encima de la mesa. Igual que antes a la monarquía, a la república se le hizo difícil conciliar los intereses de los diferentes grupos involucrados en el debate colonial: intereses de empresas metropolitanas, los (pocos) colonos del lugar y la población indígena[8]. Además, la república no podía permitirse renunciar a los impuestos de importación y exportación que se aplicaba a los bienes procedentes de las colonias o con destino a ellas, incluso aunque esto supusiera otro obstáculo al desarrollo de las colonias[9].

Por eso, a pesar del cambio de régimen, el problema central de Portugal seguía siendo la falta de dinero. La vida económica en la metrópoli y en las colonias tenía poca actividad; sin fondos apropiados, no podía haber mucha presencia administrativa en África que hiciera cumplir las leyes, aunque fueran bien intencionadas; sin administración ni mejoras materiales (como una red de transporte en funcionamiento), no vendrían más colonos. La vida financiera del imperio estaba encomendada a un único banco, el Banco Nacional Ultramarino. Tenía una posición que le permitía aplicar enormes porcentajes de interés, lo que hacía invariablemente, en detrimento de las colonias. Las campañas militares continuaban como antes, mientras la falta de conmiseración en las capitales europeas respecto a las penurias de Lisboa hacía que los Gobiernos extranjeros fueran más receptivos a las quejas de grupos privados en relación a las condiciones de vida y de trabajo en los territorios portugueses. Se prestó especial atención al trato que se daba a los trabajadores angoleños que habían sido enviados a las plantaciones de chocolate de São Tomé e Príncipe, que se convirtió en *cause célèbre*

durante los años previos a la Primera Guerra Mundial[10]. Todos estos problemas afectaban igualmente a las compañías concesionarias activas en Mozambique, cuyos accionistas cambiaban según los intereses y las circunstancias más allá del control de Portugal, y cuyas actuaciones, en términos de desarrollo económico y de defensa de la soberanía portuguesa, no alcanzaban las expectativas iniciales.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, no es sorprendente que la experiencia de la Primera Guerra Mundial que tuvo el Imperio portugués sea absolutamente original y difícil de incluir en cualquier generalización sobre los imperios en guerra. Cuando Europa estaba inmersa en la mayor guerra que se recuerda, Portugal estaba dirigido por políticos poco prácticos y sin experiencia que apenas entendían la realidad de sus obligaciones internacionales y coloniales. Tampoco es sorprendente que la idea de movilizar el imperio para la guerra se viera como algo ajeno cuando se trataba del esfuerzo de guerra de Portugal. La movilización de recursos humanos y materiales de manera que afectara al resultado de la lucha en Europa suponía un control material sobre el territorio y un nivel de interacción con la población que estaba sencillamente más allá de la capacidad del Estado portugués y de sus agentes. La muy escasa movilización que tuvo lugar se limitó a auxiliar el esfuerzo de guerra en África, que consumió también enormes recursos europeos. René Pélissier, un historiador francés que ha hecho más que ningún otro por explicar las campañas de «pacificación» portuguesas en los siglos XIX y XX, documenta que 825 oficiales y 18 613 hombres se enviaron solo a Mozambique, a lo que hay que añadir los 303 oficiales y 682 sargentos enviados a comandar a 10 278 soldados de las unidades africanas[11]. Únicamente se movilizó la metrópoli de Portugal para asegurar las fronteras del imperio, en un tiempo difícil y con terribles consecuencias humanas, en lugar de al revés. Sin embargo, en Lisboa la defensa del imperio se veía como un asunto marginal, con el interés de los Gobiernos centrado en el Frente Occidental, donde se envió un importante ejército, el Corpo Expedicionário Português (CEP). Las promesas que hicieron a los Aliados en relación con África y Francia dio lugar al reclutamiento de hombres completamente inadecuados y a situar en puestos de alta responsabilidad a oficiales inexpertos, incompetentes o políticamente desencantados[12]. ¿En qué consistió

finalmente la movilización del imperio para Portugal? Las mayores colonias, Angola y Mozambique, estaban, como ya hemos visto, muy subdesarrolladas; el control portugués, básicamente ejercido por la amenaza de la fuerza militar, era tenue y solo recientemente instalado en gran parte de estos territorios; el pago de una tasa sobre las cabañas —que a menudo no la recaudaban agentes oficiales del Estado, sino simples viajantes de comercio— era el único punto de contacto entre los africanos y la administración portuguesa o sus representantes. En todo Mozambique, y no empleados por el Estado en una u otra función, había menos de 1000 colonos, la mayoría concentrados en torno a Lourenço Marques, Manica y Beira. Las cifras para Angola son comparables, aunque el número de descendientes mestizos de portugueses, que constituían una élite local, era mucho mayor. En consecuencia, las dos colonias servían en tiempos de paz como puntos de acceso al interior de África, especialmente Rodesia, y como reservas de mano de obra. El Estado colonial participó durante mucho tiempo en asegurar mano de obra para empresas privadas. Angola proporcionaba trabajadores para las plantaciones de cacao en las islas São Tomé y Príncipe; Mozambique para las minas en los Estados del Rand y Rodesia. No es de sorprender, por tanto, que la movilización más eficiente en la guerra fuera la de mano de obra, especialmente como portadores para los ejércitos en campaña, tanto portugueses como no portugueses. Es difícil dar cifras completas y exactas. Pélissier, basándose en un anterior trabajo de E. Azambuja Martins, sugiere que se suministraron 30 000 portadores al ejército británico, mientras que los portugueses utilizaron 60 000[13]. La manera como se los reclutó y las condiciones que padecieron durante el servicio en los ejércitos tendría significativas consecuencias. Había también, como acabamos de ver, unidades reclutadas en el imperio, con suboficiales y oficiales portugueses al mando de soldados africanos, que, como norma, eran enviados a cualquier colonia distinta de la suya (no sucedía lo mismo con los soldados locales blancos). Finalmente, como también veremos, y en línea con prácticas anteriores, los portugueses formaban «auxiliares» locales, grupos étnicos amistosos empleados para arrasar las áreas en manos de los que se rebelaban contra la autoridad estatal.

En otras palabras, mientras países como Gran Bretaña y Francia (e incluso Bélgica) utilizaban sus colonias para fortalecer el esfuerzo de guerra económico y para reforzar los ejércitos que luchaban en el Frente Occidental y en otros frentes, Portugal se vio obligado a enviar soldados europeos y africanos a los campos de batalla africanos; además, estos solo se desplegaban en parte para hacer frente a las pequeñas fuerzas alemanas formadas contra ellos. La gran parte del esfuerzo de guerra portugués en África durante la guerra se dedicó a luchar contra los africanos.

ACTIVIDAD MILITAR EN ANGOLA Y MOZAMBIQUE, 1914-1918

Las unidades militares alemanas, al creer equivocadamente que Portugal, el más antiguo aliado de Inglaterra, estaba en guerra con Alemania, llevaron a cabo ataques transfronterizos a las guarniciones portuguesas del sur de Angola y del norte de Mozambique en cuanto empezó la guerra en Europa. En diciembre de 1914, se intensificó un posterior conflicto en la frontera del sur de Angola, provocando un importante ataque alemán y la derrota portuguesa en la batalla de Naulila[14]. Todo el sistema defensivo portugués en esta recientemente «pacificada» región se colapsó con el pánico que se produjo y empezó una rebelión indígena que involucró a los cuañamas. Entonces los portugueses intentaron restablecer el control sobre Angola del Sur, mientras los Aliados conquistaban África Sudoccidental alemana. Lisboa envió una nueva expedición al mando del general de 63 años Pereira de Eça. Uniendo sus tropas con las que todavía estaban sobre el terreno, pudo contar con 265 oficiales, 7489 hombres de otros rangos y 60 cañones y ametralladoras. De nuevo se ocupó el territorio, se construyeron carreteras (800 kilómetros), líneas de telégrafo y de teléfono, etc. Esta fue una campaña extremadamente violenta que muestra a los portugueses llevando a cabo una política de terror, con un extendido reclutamiento forzoso de hombres para trabajar, tanto en Angola como en São Tomé. En las sesiones secretas del Parlamento, en Lisboa, en julio de 1917 se difundieron alegaciones de crímenes de guerra llevados a cabo por estas fuerzas[15]. Y en la batalla de Môngua, librada entre el 18 y el 20 de agosto de 1915, la campaña fue

testigo de una de las mayores batallas entre tropas europeas y africanas. Una consecuencia inmediata de la derrota del rey Mandume Ya Ndemufayo en Môngua fue la masiva huida de la población hacia África Sudoccidental, entonces bajo la administración de Sudáfrica.

Alemania le declaró la guerra a Portugal en marzo de 1916. Los portugueses, que habían reforzado sus ejércitos en la frontera entre Mozambique y África Oriental alemana, ocuparon rápidamente el territorio de Kionga, en el margen derecho de la desembocadura del río Rovuma,[16] pero fueron repelidos posteriormente en abril, cuando intentaban cruzar el río hacia la parte principal de la colonia alemana. En julio, llegó el general Ferreira Gil, a la cabeza de una amplia expedición, con más de 4500 hombres, entre oficiales y soldados. Estaba bajo la intensa presión política del nuevo Gobierno de la Unión Sagrada de conseguir un triunfo militar, pero tal como señala Hew Strachan, era rehén de las ambiciones sudafricanas en Mozambique[17]. Su misión final, llevar al ejército portugués al interior del territorio alemán, a través de Masasi, alejados del mar o de cualquier ruta importante, suponía un desafío; carente de toda experiencia reseñable en la lucha en África, Ferreira Gil, que permanecía en su cuartel general de Palma, en la costa de Mozambique, entendió que era imposible completar la misión. Los portugueses gozaban de una importante superioridad numérica, pero se movían demasiado despacio. La mayoría eran reclutas rasos, con poco entrenamiento para luchar, o incluso para mantenerse sano, en África. El apoyo logístico y médico era escaso y las fuerzas portuguesas parecía que tenían poca memoria organizativa (increíblemente, según un relato, su alimentación consistía en gran parte en bacalao salado, lo que requería tan valioso agua para cocerlo y aumentaba la sed de los hombres). Tomaron Newala, su primer objetivo, el 22 de octubre, pero ya en un estado penoso, fueron incapaces de seguir más allá. Rápidamente fueron rodeados por una pequeña fuerza alemana a las órdenes del capitán Looff, comandante del crucero hundido Königsberg, que trajo consigo una de las armas pesadas rescatadas del navío. Después de una semana de asedio, y tras fracasar un intento de auxilio, los portugueses escaparon y se retiraron en desorden al interior de Mozambique la noche del 28 de noviembre, convergiendo el Palma en total desorden y salvados de la derrota absoluta solo por las

condiciones de la estación de lluvias y la oportuna intervención de la fuerza naval británica. Hubo un gran número de víctimas y se culpó a Ferreira Gil de esta debacle[18]. Para empeorar las cosas, estalló una revuelta en Angola Oriental, mencionada habitualmente como Revuelta Luchazes[19]. El pago de la tasa sobre cabaña —cuya recaudación era la única función de las autoridades locales— estaba a menudo marcado por prácticas explotadoras y fue la chispa que la provocó. Era un área enorme y dispersamente poblada, cuyos jefes tribales no estaban totalmente convencidos de la fuerza de los portugueses. La revuelta empezó en junio de 1916, pero la intervención duró hasta abril de 1917. Dio lugar también a un movimiento a gran escala de la población civil, esta vez hacia la Rodesia controlada por los británicos.

El año 1917 fue una interminable pesadilla para los portugueses en África. En abril le tocó el turno a las plantaciones de café de Amboim y de Novo Redondo, en Angola, de desatar una revuelta (los terribles abusos con los trabajadores y las expropiaciones de tierras por parte de los colonos, mientras el ejército permanecía impasible). Los rebeldes de las tribus no pudieron alcanzar a los blancos dentro de sus fuertes, pero atacaron sus posesiones y sus almacenes de café, mataron a colonos y a sus familias e intentaron destruir su vínculo económico con la tierra. Esta revuelta ocasionó la mayor pérdida de vidas europeas en Angola hasta 1961. El informe oficial de los acontecimientos señalaba la relación causal entre la violencia y las prácticas explotadoras de los colonos y los comerciantes. Finalmente, fue aplastada por tropas auxiliares de Ovimbundo —una guerra de negros contra negros legitimada por las autoridades coloniales—. En parte, esto se debía a que el gobernador general de Angola, Massano de Amorim, no quería causar una crisis política en Portugal pidiendo más tropas, y tuvo que actuar con lo poco que tenía. La lucha duraría hasta el verano de 1918.

No lejos de allí, en el margen izquierdo del río Cuanza (la región de Libolo), el grupo étnico ambundo también se rebeló ese año: todo el distrito sur de Cuanza estuvo en estado de sitio a partir del 23 de julio. La primera fuerza militar enviada fue repelida; los blancos de la zona fueron rodeados en un fuerte, Calulo. La revuelta duró también hasta 1918 y fue finalmente sofocada por fuerzas que incluían 40 oficiales, 50 sargentos,

275 soldados europeos y 1200 soldados africanos, a un alto precio para la población local[20].

La rebelión más grave, sin embargo, sucedió en el otro lado de África, a lo largo del vital río Zambeze, que divide en dos Mozambique. La revuelta, más intensa en el antiguo Reino de Barué, duró de marzo a septiembre, y se extendía río arriba hasta el distrito de Tete y río abajo a lo largo del margen sur del Zambeze. Finalmente, fue sofocada por fuerzas europeas y tropas auxiliares africanas. Fue debida al exceso de tasas impuestas y al reclutamiento cada vez mayor de hombres, para trabajar en los proyectos de carreteras (Tete a Salisbury) y como portadores para el esfuerzo de guerra. Se los capturaba y se los enviaba encadenados a Quelimane, y de allí al norte, entre escenas de gran violencia. Antes de la rebelión, se hicieron muchos preparativos: se levantaron empalizadas fortificadas y hubo negociaciones entre Nongwe Nongwe y Makossa, hijos de un antiguo gobernante derrocado, otros jefes locales e, incluso, con las autoridades británicas de Rodesia, que rechazaron proporcionar ayuda. La iniciativa fue asistida por un médium espiritual e impulsada por la medicina tradicional, que prometía convertir las balas en agua. Se puede afirmar que si aquí hubo movilización durante la guerra, esta fue contra los portugueses, de los que había muy pocos en la zona. Se reunieron hasta 15 000 guerreros, pero, a falta de un objetivo claro distinto al de oponerse a los portugueses, la rebelión estaba, en definitiva, sentenciada[21]. Una importante contribución para su represión final la hicieron tropas auxiliares de 10 000 a 15 000 hombres de la cercana Angonia. Se les pagaban 10 chelines al mes y se les permitía llevarse todo el botín que fueran capaces de cargar, incluidas mujeres y niños. El enfrentamiento resultante se ha descrito como la última gran campaña de esclavos en África. Unas 12 000 personas buscaron refugio en Rodesia, mientras la subsiguiente represión y la desaparición de los últimos reaccionarios se mantuvieron hasta el final de las operaciones y su naturaleza en secreto[22].

La primavera de 1917 vivió también una revuelta en Macondo, en el norte de Mozambique, presumiblemente debido a los elevados impuestos. Se conoce poco de este acontecimiento, excepto por el hecho de que se reprimió con ayuda de las tropas auxiliares makuas (una situación que, como la dependencia de las tropas auxiliares de Angune, en el distrito de

Tete, se reproduciría en la lucha independentista de Mozambique de los años 1960). Y, como si todo esto no fuera suficiente, 1917 vivió también la primera invasión alemana de Mozambique, que trajo la guerra a la provincia de Nyasalandia, y duró desde abril a septiembre de 1917. Dirigida por el capitán Von Stümer, estos 400 hombres (la mayoría, por supuesto, soldados africanos o áskaris) buscaban provisiones y también llevaban a cabo actividades de reconocimiento. El pueblo ajaua les dio la bienvenida y les proporcionó alimentos. Algunos informes destacan la vinculación con la revuelta del reverendo John Chilembwe; otros hablan de la difusión de la propaganda yihadista por los alemanes. Naturalmente, los portugueses temían que los alemanes pudieran trasladarse hacia el sur e incorporarse finalmente a la revuelta de Zambeze. La presión de británicos y portugueses obligó a los alemanes a retirarse, y los portugueses resolvieron la revuelta[23].

El peor golpe de todos, sin embargo, estaba reservado para final de año. Las fuerzas alemanas bajo el mando del general Von Lettow-Vorbeck, sometido a una fuerte presión en África Oriental, derrotó una importante posición portuguesa en Negomano, en la frontera del río Rovuma, y cruzó hacia Mozambique, donde iban a encontrar una buena cosecha[24]. Según algunas crónicas, el comandante portugués, Mayor Teixeira Pinto, herido al comienzo de la batalla, se suicidó[25]. Von Lettow-Vorbeck escribiría más tarde:

> Enterramos 200 enemigos muertos, y liberamos a unos 150 europeos después de tomarles juramento de que no volverían a luchar durante la guerra contra los alemanes o sus aliados; se hizo prisioneros a unos cuantos cientos de áskaris. Valiosos tratamientos médicos. Se capturaron provisiones, tan necesarias para nosotros […] y varios cientos de kilos de municiones europeas, un gran número de rifles, seis ametralladoras y unos treinta caballos[26].

La mitad de la fuerza alemana se reequipó con los rifles portugueses, para los que también se había capturado abundante munición. La decepción de los Aliados fue grande. El 6 de enero de 1918 el ministro británico en Lisboa transmitió al ministro de Asuntos Exteriores portugués una nota que decía:

> La información recibida por el Gobierno de Su Majestad respecto a África Oriental portuguesa muestra que el estado de cosas es muy serio y que la presente situación indica que es posible un grave desastre que incluya importantes pérdidas humanas y de material. Parece que las fuerzas alemanas, que han entrado en territorio portugués, han subsistido desde entonces con las provisiones, armas y munición portuguesas capturadas en distintos puestos aislados que deberían haber sido retirados o enérgicamente defendidos […] En opinión del Gobierno de Su Majestad, es esencial, debido a la situación descrita arriba y si las hostilidades en África Oriental no tienen que prolongarse indefinidamente, que todas las fuerzas portuguesas de Nyasalandia deberían ponerse bajo las órdenes del general Van Deventer [*sic*] a todos los efectos de las operaciones militares […]

El Gobierno portugués recientemente instalado, dirigido por el antiintervencionista Sidónio Pais desde su afortunado golpe de diciembre de 1917, estaba deseoso de la aprobación internacional y aceptó. La posición subordinada de Portugal en la campaña de África Oriental, obvia para todos desde 1916, se hacía ahora oficial.

En 1918, en Mozambique se jugó una larga partida del ratón y el gato cuando un enorme ejército de los Aliados intentaba —sin éxito— dar captura a las columnas de Von Lettow-Vorbeck, que volvieron a introducirse en África Oriental alemana en septiembre. Las tropas portuguesas, aunque numerosas, eran marginadas por el mando aliado al que estaban subordinadas y eran incapaces de participar en la búsqueda activa de alemanes (aunque los alemanes a menudo abrieron fuego contra ellas); se limitaban a mantener a la población en su sitio y a castigar a los grupos étnicos (ajauas, macondos) de los que sospechaban que colaboraban con el enemigo. En muchos casos, los alemanes pudieron comprar provisiones, algo que los Aliados, dada la hostilidad de la población local, no podían hacer (de ahí, su gran dependencia de los portadores). También se ayudaban con las provisiones que estaban a su alcance de las guarniciones estáticas portuguesas, a menudo consideradas inútiles. Hew Strachan llega incluso a considerar a los portugueses como uno de los obstáculos a los que se enfrentaba el comandante de teatro,

general Jacob van Deventer[27]. Von Lettow-Vorbeck explicaba que uno de sus colaboradores, un bóer, describía la guerra en los siguientes términos: «Nosotros perseguimos a los portugueses y los ingleses nos persiguen a nosotros»[28]. A medida que se movían por la colonia, los alemanes iban desatando pequeñas revueltas, porque les prometían acabar con el pago de la tasa sobre las cabañas y con el trabajo forzado. Pero, en realidad, los alemanes eran también patrullas de reclutamiento de hombres para ser portadores. En un momento dado, amenazaron el río Zambeze antes de volver en dirección al norte. El ataque que perpetraron más al sur, en Namacurra, el 3 de julio de 1918, les permitió apoderarse de 350 rifles modernos, un sinfín de munición y grandes cantidades de alimentos. Entre la guarnición combinada británico-portuguesa que custodiaba este tesoro se desató el pánico y huyó antes de que avanzara la fuerza alemana. Según Von Lettow-Vorbeck, «los ingleses mantenían que se habían contagiado del ejemplo de los portugueses». Las pérdidas de los Aliados fueron enormes, no solo en la batalla, sino especialmente en la derrota, cuando los europeos y también los africanos se tiraron al río Namacurra solo para ahogarse[29].

REPERCUSIÓN DE LA GUERRA: PARÍS

El coronel Freire de Andrade, un oficial con antiguos vínculos con Mozambique y antiguo ministro de Asuntos Exteriores, escribía en 1919 que «todo el mundo ha sufrido desastres, especialmente en África, pero nadie puede negar que es bueno tener algunos éxitos»[30]. No hubo ninguno para Portugal (es decir, ninguno que pudiera celebrarse públicamente), a pesar de la enorme inversión que se hizo. Portugal se vio atrapado en una espiral de desprestigio, con sus territorios, codiciados ya antes de 1914 por las otras potencias coloniales, disponibles para cualquiera. La población indígena podía sentir la debilidad del Estado colonial, y se rebelaba; los aliados de Portugal, que a menudo tuvieron que lidiar con las consecuencias, se ponían en guardia y tomaban nota. Entre bambalinas, Francia, Bélgica (que casi había sido eliminada del mapa de Europa) y, el más importante de todos, Sudáfrica, rivalizaban en sus reclamaciones sobre el territorio portugués, pues la opinión pública

manifestaba que Lisboa tenía la culpa del fracaso de ver a África fuera de la guerra rápidamente[31]. El 25 de julio de 1918, George Curzon escribía que Portugal era «incurablemente incapaz de gobernar o mantener nada, excepto gracias a su debilidad»[32]. Las delegaciones portuguesas —porque, en realidad, había dos, la primera bajo Egas Moniz, que se prolongó solo hasta marzo, antes de ser reemplazada por un grupo de negociación encabezado por Afonso Costa— en las conversaciones de paz de París de 1919 tenía como primera prioridad la conservación del imperio. Esto se veía amenazado no solo por las ambiciones territoriales de los Aliados, sino también por el naciente orden mundial, que conllevaba la idea de los mandatos, que suponía un nivel de gobierno y administración responsable en África al que Portugal podía aspirar, pero no cumplir. En las conversaciones de paz también había reclamaciones respecto a los abusos cometidos por los portugueses cuando intentaban mantener el control en sus territorios.

El 21 de marzo de 1919, Afonso Costa, ahora presidente de la delegación portuguesa para la Conferencia de Paz, se reunió con Lord Milner en París para discutir asuntos relacionados con África. El secretario colonial británico inquiría, entre otros asuntos, sobre la naturaleza y el futuro de las compañías de Mozambique y Nyasalandia, puesto que fue en sus territorios donde la población local había ayudado a las fuerzas alemanas (1917-1918), por lo que la guerra no acabó —aseguraba— antes en África. Costa culpaba de la situación a cualquiera excepto a Portugal, alegando, por ejemplo, que los acuerdos anglo-alemanes de la preguerra respecto a la división del territorio portugués obligaran a Lisboa a incumplir sus préstamos, lo que debilitó el prestigio de su país; también fue el caso de la Compañía de Nyasalandia que, antes de la guerra, pertenecía en parte a inversores alemanes[33]. En abril la delegación británica envió una nota a su homóloga portuguesa, en la que expresaba que Londres respaldaría el punto de vista portugués respecto a su reclamación sobre Kionga solo si los portugueses acometían una «investigación completa e inmediata» sobre todos los casos de abusos de los nativos de los que había sido informado el Gobierno portugués, y si los responsables de estos abusos eran castigados. Costa transmitió esta información al Gobierno portugués y culpó al presidente

antiintervencionista, Sidónio Pais, que lo había depuesto del poder a punta de pistola, de esta exhibición de hostilidad británica. Y cuando en una reunión de la Comisión de Mandatos, en julio, Milner «se refirió a la cuestión de la protección de las razas nativas»,[34] Afonso Costa replicó que se había hecho mucho para corregir esa situación, pero que no deberían creerse todos los informes. Según las actas de la reunión:

> Quejas de este tipo existen contra todas las naciones y pesan más sobre nosotros, un pequeño país con extensos territorios que sobre grandes países con pequeños territorios. El Gobierno británico es perfectamente consciente de que muchas de las campañas que se habían orquestado sobre estos asuntos son siempre más o menos tendenciosas y están impulsadas por motivos ocultos, sobre todo en las que están implicados los alemanes. Se refiere a Morel y a Casement, enemigos al mismo tiempo de Portugal y de Inglaterra. No podemos fiarnos de estas afirmaciones, hay que investigar, y Portugal lo está haciendo, actualmente, en muchos casos[35].

Los esfuerzos de hombres como Egas Moniz, Afonso Costa, Freire de Andrade, Álvaro de Castro y otros que negociaron la posición de Portugal con sus homólogos británicos y sudafricanos compensaron; incluso aunque trabajaran con fines contrapuestos, protegían al imperio de su desmembramiento. Eran infatigables en sus esfuerzos, alternaban promesas de reforma (introduciendo dinámicos Altos Comisionarios en Angola y Mozambique) y menciones a la entrada ejemplar de Portugal en la guerra —debida no a deseos de expansión territorial, sino a su devoción por su viejo aliado, Gran Bretaña— con la explotación de las diferencias entre los Aliados. Los temores británicos respecto a las intenciones de Sudáfrica estaban, sin duda, presentes y eran una ayuda para los proyectos de Portugal[36]. Los representantes de Portugal en París tomaron la ofensiva, con el deseo de utilizar las pérdidas sufridas en las colonias para recuperar los costes en los que se había incurrido en la lucha de la guerra[37]. En mayo de 1920, se hizo circular una memoria entre los principales órganos de la Conferencia de Paz en desarrollo, donde se detallaban las reclamaciones de reparación de Portugal. Se enfatizaba que

Portugal había entrado en el conflicto por motivos de solidaridad con los Aliados y que el conflicto había arruinado una economía que mostraba los primeros signos de recuperación tras décadas de abandono. Después, la memoria detallaba la magnitud del esfuerzo de guerra de Portugal: 34 457 soldados enviados a África y 63 062 enviados a Francia; 3800 muertos en África, junto a 40 000 heridos o mutilados incapacitados para trabajar (incluidos los reclutados localmente); 1787 muertos en Francia, junto a 12 547 heridos o mutilados incapacitados para trabajar. En total, 273 547 civiles africanos perdieron su vida en las colonias debido a la guerra; y, puesto que la conferencia parecía que trabajaba con una cifra de 1050 £ (5000 $) por cada civil muerto, el pago resultante solo por este concepto debería ser de 287 225 000 £. En total, los portugueses planeaban exigir un pago por reparaciones de 432 000 000 £[38]. Como era de esperar, la conferencia rechazó las premisas sobre las que se apoyaba la memoria[39], lo que permitió a Costa acusar a sus destacadas personalidades de prejuicios raciales, pues valoraban menos la vida de los africanos que la de los civiles franceses o belgas.

REPERCUSIÓN DE LA GUERRA: PORTUGAL

Uno de los aspectos más destacados del esfuerzo de guerra portugués en África era lo poco que se sabía en Portugal sobre él, durante e inmediatamente después del conflicto. Los debates de julio de 1917 de las sesiones secretas del Parlamento permanecían cerrados al público. Como norma, los informes oficiales de cada campaña se mantenían fuera del alcance del escrutinio público; una excepción fue el informe sobre la desastrosa campaña de Newala, hecho público durante la presidencia de Sidónio Pais (diciembre 1917-1918) como medio para denigrar a intervencionistas como Afonso Costa. Y cuando, a pesar de todo, se publicaban noticias sobre reveses militares y los peligros en África, no se utilizaban para cuestionar el colonialismo portugués y sus objetivos, sino más bien como armas con las que avergonzar a los partidos del Gobierno[40]. Los soldados (muchos de los cuales eran analfabetos) llegaban a Portugal, eran desmovilizados, y se los enviaba a casa. Se necesitaron muchos años antes de que se constituyera una organización de

veteranos, la Liga dos Combatentes da Grande Guerra, pero incluso cuando esta liga, dedicada a perpetuar la memoria de los soldados caídos al tiempo que se ocupaban de los supervivientes, era más combativa, sus líderes nunca quebrantaron una regla de oro observada en Portugal: nunca criticar públicamente ningún hecho que pudiera dañar el prestigio de Portugal como potencia colonial. Los que se atrevían a hacerlo eran rotundamente criticados como traidores, y se les denegaba la atención —estas eran las campañas de murmuraciones que se mencionaban al principio de este capítulo—. Con Portugal bajo escrutinio de la Liga de Naciones y la Organización Internacional del Trabajo sobre los continuos abusos en sus territorios de ultramar,[41] los grupos de presión coloniales cerraban filas y se mantenían firmes, determinados a deshacerse de otra conspiración «extranjera» pensada para dividir a la metrópoli y a sus colonias. Así, el 13 de noviembre de 1924, *O Século* pudo publicar un artículo muy inverosímil de Álvaro de Castro, uno de los personajes destacados del régimen y, durante un tiempo, gobernador general de Mozambique. Portugal, escribía, ha enviado 40 000 hombres a África, mientras las propias colonias proporcionaron 20 000 soldados y 25 000 portadores; todos ellos dieron muy buena imagen de sí mismos. Castro afirmaba, en términos totalmente fantásticos, que esta experiencia hacía posible que se aspirara a un enorme ejército colonial dirigido por europeos, pero manejado por africanos, una fuerza, si fuera necesario, de 200 000 hombres, que podían traerse a Europa en caso de emergencia. Ese año, en Oporto, durante las celebraciones del Día del Armisticio, se prestó especial atención a la guerra en África. En la catedral de Oporto se ofició una misa, al tiempo que se organizó una exposición en recuerdo de la guerra de África («Exposição das Recordaõés da Guerra em África»): fotografías, vestimentas y armas nativas, material de guerra, literatura de guerra, mapas, etc. Todo se presentaba de tal manera que se reforzara la idea de una victoria honorable y finalmente victoriosa librada principalmente contra un enemigo europeo y contra esos africanos que habían «cambiado de posición» por el oro y las falsas promesas de los alemanes. La importante batalla de Môngua entraba en esta última categoría.

La mayoría de los portugueses que seguían de cerca los asuntos de las colonias sabían que todo esto era falso. Las condiciones que habían padecido las tropas portuguesas en África fueron reveladas en varias importantes obras publicadas después del final del conflicto. La memoria de la campaña de Carlos Selvagem, *Topa d'Africa (Jornal de Campanha dum Voluntário do Nyassa)*, publicado a principios de los años 1920, resulta ser todavía una lectura desgarradora. Otra obra reveladora era una tesis doctoral en medicina, presentada en 1919 en la Universidad de Lisboa por un médico que había servido en una de las expediciones, João Rodrigues Nunes da Costa[42]. Según este veterano, no se prestó ninguna atención a las condiciones médicas de los hombres que se enviaban a África, a los que, para poner las cosas peor, no se proporcionaba el equipamiento adecuado (redes mosquiteras, quinina, uniformes y sombreros adecuados). No hubo un asesoramiento correcto de cómo hacer frente a esas condiciones, especialmente en términos de higiene, y las regulaciones al respecto no se cumplían.

> La palabra «África» producía, en las mentes de los que eran allí enviados, terror. Ir a África —[un lugar] de selvas y fieras, de negros salvajes y mosquitos, de enfermedad y, posiblemente, muerte— se consideraba como una empresa sobrehumana. El ambiente de horror, generado por extrañas visiones y relatos contados por los que acababan de volver, contribuía a la depresión, la desmoralización, de los que se veían obligados a cumplir allí su pena. Y hasta donde yo sé, ¡nadie intentaba levantarles la moral!

Los problemas continuaron después de finalizar la guerra, con soldados apiñados en barcos, sin importar sus condiciones médicas, porque el Gobierno colonial no podía permitirse seguir manteniéndolos.: «El viaje que hizo el Mozambique al principio de este año debe ser recordado por todos. Como un barco fantasma, dejó cientos de cuerpos en su estela». Sin embargo, como hemos visto, este era solo un aspecto —pequeño— de la mucho más terrible tragedia.

Aun así, el Imperio portugués sobrevivió. La Liga de Naciones, que, debido a la ausencia de los Estados Unidos, estaba controlada por las potencias europeas, se mostró inoperante para contener los abusos en la

esfera colonial. Además, con el advenimiento del *Estado Novo* de Salazar, volvió a Portugal y a sus territorios de ultramar una especie de estabilidad política. La insistencia del dictador de que las colonias no suponían una carga financiera para la metrópoli, junto a la clara dependencia administrativa y económica de las colonias a esta última, que impuso Salazar, aseguró que se produjera en África (y Asia) portuguesa un ligero desarrollo real hasta finales de los años 50. Durante décadas, las autoridades coloniales portuguesas gobernaron sobre territorios pacíficos y su misión principal fue la de proporcionar mano de obra barata y aquiescente a las empresas o impulsar el cultivo obligatorio de algodón, del que dependía la industria textil portuguesa local. Las reformas se limitaban a la alta política; los territorios de ultramar fueron rebautizados como «colonias» en el Acta Colonial de 1930, y luego volvieron a la denominación más tradicional de «provincias de ultramar» en la revisión constitucional de 1951. Posteriormente, bajo Marcello Caetano, Angola y Mozambique fueron transformados en «Estados». Solo cuando otras potencias europeas se embarcaron en la descolonización, empezó Portugal a invertir en sus colonias y, tras el estallido de la guerra en Angola en 1961, a permitir a otros que invirtieran en ellas, y solo entonces empezó en serio la emigración a Angola y Mozambique. El atraso y el aislamiento de las colonias quedó también reflejado en la llegada tardía del nacionalismo africano —pero grupos como FRELIMO en Mozambique, y UPA y MPLA en Angola no tuvieron dificultades en hacer corresponder su lucha, que había empezado en los años 60, con antiguas reclamaciones populares, incluidas las de la Primera Guerra Mundial e incluso anteriores.

Capítulo 10

El Japón imperial

Frederick R. Dickinson

Quizá no haya mejor indicio de la dimensión cronológica a largo plazo y de la amplitud de la extensión geográfica de la Primera Guerra Mundial que el alcance de las actividades en Asia Oriental. Mucho antes del asesinato del archiduque Francisco Fernando en 1914, Asia Oriental se había convertido en un escenario crítico en la lucha imperial, pugna que afectaría al discurrir de la Gran Guerra y que también la transformaría irrevocablemente. En 1895, el historiador y nieto de un presidente americano, Brooks Adams, declaró que «Asia Oriental es el premio que codician todas las naciones activas»[1]. Con la derrota militar ese año del principal hegemón político, militar y cultural de Asia, la China Qing, todas las miradas se volvieron al este, hacia lo que era ahora el más reciente escenario de oportunidad imperial. Aunque las grandes potencias europeas nunca colonizaron China, en vísperas de la Primera Guerra Mundial tenían en sus manos la mayor parte de esta economía[2]. Y la posición en China se había convertido en una medida crítica del poder imperial relativo.

La Gran Guerra asestó un golpe fatal al orden establecido del siglo XIX, no solamente por la destrucción de Europa y la implosión de cuatro

imperios próximos al corazón europeo, sino también porque expuso los límites de la expansión en un escenario más recientemente celebrado como el «premio» de la competición imperial. Al final de la guerra, los grandes imperios europeos habían perdido un importante peso en la región de Asia / Pacífico ante el meteórico surgir de dos imperios muy nuevos, los Estados Unidos y Japón. Al recurrir a un conflicto armado mayor, las antiguas rivalidades imperiales que habían incentivado la Gran Guerra habían acelerado, en otras palabras, el movimiento del poder global hacia el este. Los estadistas del enormemente extendido Imperio de Japón estaban afortunadamente preparados para asumir el nuevo liderazgo en la región.

OPORTUNIDADES DE ORIENTE

La victoria militar japonesa de 1895 sobre China había hecho que algunos, como el káiser alemán Guillermo I, temieran el auge de un «peligro amarillo» que destruyera finalmente la hegemonía global europea[3]. A corto plazo, sin embargo, Brooks Adams se dio cuenta acertadamente de la oportunidad que ofrecía la derrota militar de China. Entre 1895 y 1900, Pekín cerró unos acuerdos con todos los principales imperios europeos en los que les garantizaba los derechos exclusivos para construir y dirigir líneas de ferrocarril, puertos, minas e instalaciones militares en toda China[4].

Irónicamente, aunque sus acciones precipitaron esta lucha por la influencia en China, el Japón imperial desempeñaba un papel menor en la competencia en sí[5]. Las energías de Japón imperial se centraban principalmente en explotar los nuevos territorios que había adquirido de China —Taiwán y las islas Pescadores— y en sacar ventaja del área por la que se había luchado en la guerra sino-japonesa: Corea. Esta última empresa llevó finalmente, por supuesto, a la guerra con la Rusia imperial[6]. Y, como consecuencia de su victoria de 1905 sobre el zar, el Imperio japonés incluyó Corea, el sur de la isla de Sajalín y las antiguas concesiones de Rusia en el sur de Manchuria. Desde el final de la guerra sino-japonesa hasta la víspera de la Primera Guerra Mundial, en otras palabras, Asia Oriental se convirtió en una oportunidad tanto para los

antiguos imperios como para los nuevos. Aunque los consolidados imperios europeos explotaban las oportunidades comerciales de un imperio informal en China, había grandes oportunidades para un imperio tanto formal como informal de los recién llegados Japón y Estados Unidos[7].

JAPÓN ENTRA EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Por supuesto, a la rápida adquisición de territorios de ultramar entre 1895 y 1905 por parte de Japón no le faltaban detractores. Incluso al amigo de Japón, el presidente americano Theodore Roosevelt, le preocupaba en 1904 que una victoria japonesa sobre Rusia «posiblemente podría significar un conflicto entre ellos y nosotros en el futuro»[8]. Pero las potencias facilitaban la expansión imperial japonesa y aplaudían la incorporación de Taiwán y de Corea al Imperio japonés como un intento acertado de una potencia «civilizada» por elevar el nivel de una Asia todavía subdesarrollada. Gran Bretaña concedió un influyente voto de confianza al incipiente imperio en 1902, cuando concluyó su «espléndido aislamiento» de las asociaciones para pactar una alianza con Japón[9]. Y no solo no pusieron objeciones, Londres y los demás, a la creación de un protectorado japonés en Corea inmediatamente después de la guerra ruso-japonesa, sino que poco después las potencias concedieron el estatus internacional de ciudadanía a Japón elevando sus delegaciones en Tokio a embajadas[10].

Hay un gran contraste entre esta aquiescencia y la evidencia de la incomodidad que provocaban en las Grandes Potencias las iniciativas japonesas durante la Gran Guerra. Gran Bretaña aludió a la alianza anglo-japonesa para pedir formalmente a Japón ayuda para destruir a los invasores alemanes en las aguas chinas el 7 de agosto de 1914, solo tres días después de haberle declarado a la guerra a Alemania. Pero, inmediatamente, Londres empezó a preocuparse por la escala de la intervención propuesta por Japón y discutió con dicho país durante más de una semana sobre los términos apropiados de su compromiso[11]. Los análisis de las relaciones entre Estados Unidos y Japón también enfatizan las intensas tensiones bilaterales durante la guerra, desde la prolija

respuesta americana a las así llamadas Veintiuna Exigencias al intento de Woodrow Wilson de privar a Japón de una de sus principales ganancias de la guerra, Shandong, en la Conferencia de Paz de París[12].

Los historiadores caracterizan esta nueva tensión después de 1914 como la consecuencia de un nuevo nivel de beligerancia japonesa[13]. Pero, aparte de la absorción de Micronesia alemana (que tuvo pocos detractores occidentales), el Japón imperial no añadió nada, a diferencia de sus actividades desde 1895 hasta 1905, a su imperio formal entre 1914 y 1919. Las graves tensiones entre los japoneses y las Grandes Potencias después de 1914 muestran, más bien, uno de los signos más tangibles de la íntima conexión entre la Gran Guerra y los asuntos imperiales. Si la defensa del imperio tiene un puesto importante entre los motivos que dieron lugar al estallido de la guerra en Europa, los principales beligerantes también se daban cuenta de que el conflicto ponía en peligro lo que, desde 1895, había sido una oportunidad extraordinaria para la expansión comercial en China. La preocupación de las Grandes Potencias con la guerra en Europa dejaba este terreno clave del imperio informal repentinamente vulnerable para un poder regional que, hasta el momento, no había desempeñado ningún papel en China proporcional a sus capacidades o a sus deseos.

Ciertamente, Japón entró en la guerra sin dudarlo tras de la petición de ayuda de Gran Bretaña. Como viejo estadista, el marqués Inoue Kaoru declaró que la guerra en Europa era la «ayuda divina de la nueva era Taishō para el progreso del destino de Japón»[14]. Inoue tenía varios puntos en su lista de deseos para el reinado, que acababa de empezar en 1912, del nuevo emperador Taishō. Pero, entre sus prioridades, y las de muchos políticos japoneses en otoño de 1914, estaba una sistemática promoción de los intereses japoneses en China.

A pesar del extraordinario récord de expansión del Imperio japonés formal desde 1895 a 1905, después de todo, los dramáticos acontecimientos políticos en China en 1911 habían hecho surgir serias preocupaciones respecto a la influencia regional japonesa. Durante varios años, distintos intereses japoneses, desde el Ejército imperial al Ministerio de Asuntos Exteriores y a revolucionarios privados, habían intentado impulsar un cambio político en la China Qing[15]. Pero, en lugar de seguir

los consejos de Tokio para modernizar la dinastía Qing convirtiéndola en una monarquía constitucional como la de Japón, el general chino Yuan Shih-Kai aceptó la mediación de Gran Bretaña y fundó una república según el modelo de los Estados Unidos. Tras la guerra sino-japonesa, el pedagogo americano John Stoddard proclamó a Japón «el pionero del progreso de Oriente»[16]. No obstante, el auge de la China republicana muestra, por primera vez después de las notables victorias militares de Japón sobre China y Rusia, que Tokio no parece ser el agente más poderoso del progreso en la región. Era, advertía el general Terauchi Masatake, el gobernador general japonés de Corea, «un asunto grave para el sistema de gobierno nacional de Japón [*kokutai*]»[17].

En vista de este traumático revés, se desencadenó una riada de solicitudes a la administración de Ōkuma para la rápida acción en China —desde una sugerencia de Inoue de enviar a un alto emisario a Pekín,[18] el llamamiento del viejo estadista Yamagata Aritomo a un «espíritu inseparable» entre China y Japón,[19] o la idea de Terauchi de una «Doctrina Monroe asiática»[20]—. Aunque poco dispuesto a seguir los consejos de ninguno de estos rivales políticos, el ministro de Asuntos Exteriores Katō Takaaki, en cuyas manos estaba en agosto de 1914 la decisión principal japonesa respecto a la guerra, centró igualmente su atención en China. Aunque originalmente sus aliados británicos le habían solicitado ayuda solo para destruir a los invasores alemanes en aguas chinas, Katō envió un ultimátum a Alemania el 15 de agosto exigiendo que el káiser transfiriera a Japón el fruto total de la expansión alemana en China desde la guerra sino-japonesa, la concesión Jiaozhou en la provincia de Shandong[21].

Si en Europa estaban los que se lanzaron en agosto de 1914 a la guerra en defensa del imperio, Japón imperial hizo lo mismo al mismo tiempo, es decir, anticipándose mucho, tanto a la defensa como a una expansión formidable del poderío imperial. Aunque la situación en China constituía un imperio informal, no formal, como hemos visto, la pugna de las Grandes Potencias por las concesiones en China desde 1895 habían marcado una de las grandes fronteras de la actividad colonial desde finales del siglo XIX. Las iniciativas japonesas en 1914 suponen una primera entrada sistemática en este juego.

GANANCIAS DE LA GUERRA PARA JAPÓN IMPERIAL

Aunque los líderes japoneses avistaron oportunidades en 1914, nunca pudieron anticipar las extraordinarias perspectivas que realmente abrirían la guerra en Europa. La conflagración destruiría, finalmente, cuatro imperios dinásticos: Alemania imperial, el Imperio austro-húngaro, Rusia imperial y el Imperio otomano. Pero al Japón imperial no le trajo más que buena fortuna: en China, pero también en el Pacífico Sur, Siberia y, lo más importante, en los negocios mundiales.

En China, al no recibir respuesta al ultimátum del 15 de agosto para transferir Jiaozhou, Japón le declaró la guerra a Alemania el 23 de agosto y desembarcó sus tropas en la provincia de Shandong el 2 de septiembre. Tras la caída de la fortaleza alemana de Qingdao el 7 de noviembre (véase fig. 19), Tokio se preparó para aprovechar al máximo su nueva posición en el continente. Los historiadores describen a menudo una serie de negociaciones con Pekín desde enero de 1915, y los posteriores Tratados Sino-Japoneses de junio de 1915 como un incremento repentino de la agresión japonesa, que predecía la extraordinaria violencia de los años 1930[22]. Pero las Veintiuna Exigencias encajan menos en la empresa de la posterior expansión militar japonesa que en el contexto de una gran potencia que maniobra para ganar influencia en China después de la guerra sino-japonesa. Concebidas en primer lugar como un esfuerzo por conseguir la confirmación oficial china de la posición recientemente asentada en Shandong, las Exigencias se convirtieron, más ampliamente, en una oportunidad para unirse finalmente a la pugna por la influencia en China desencadenada por la guerra sino-japonesa.

Fig. 19.—Esta cubierta de la revista mensual gráfica *Tōkyō Puck* adelanta una rápida victoria japonesa en Qingdao y la celebración bebiendo sake japonés de un casco alemán.

Como hemos visto, Tokio había estado mirando desde el margen cómo los imperios europeos establecían, a través de negociaciones con la debilitada Pekín, zonas económicas exclusivas y bases militares por todo el continente después de 1895. Como los japoneses habían doblegado una

de esas nuevas bases militares en Shandong en 1914, continuaron con las negociaciones por sí mismos. Y, dado que los europeos tenían puesta su atención muy lejos de Asia, Tokio vio acertadamente una oportunidad para consolidar sus ganancias in todas estas áreas de interés continental. Por tanto, además de confirmar su derecho exclusivo sobre la antigua concesión alemana en Sahdong, las Veintiuna Exigencias consolidaban los antiguos intereses de Japón en la provincia de Fujian, el sur de Manchuria, el interior oriental de Mongolia y el valle Yangzi[23]. Con los Tratados Sino-Japoneses de 1915, Japón pasó de ser un jugador secundario en la competición por la influencia en China a convertirse en el árbitro principal de los acontecimientos del continente asiático. No es de extrañar que incluso el principal rival nacional del ministro de Asuntos Exteriores Katō, el mariscal de campo Yamagata Aritomo manifestara «gran satisfacción» en la negociación de estas condiciones[24].

Incluso más sorprendente que este extraordinario empuje a la autoridad japonesa en China fueron las inesperadas oportunidades que se abrieron en zonas que nunca antes se habían contemplado como parte de la órbita imperial japonesa. Dos meses antes de la caída de Qingdao, la Marina imperial se unió al enfrentamiento aliado por los territorios alemanes en el Pacífico Sur, expulsando a la Marina alemana e izando la bandera japonesa en Jaluit, Yap y las islas Palau en septiembre de 1914. En octubre, Tokio y Londres firmaron un acuerdo secreto que establecía el ecuador como línea operativa divisoria entre las fuerzas navales japonesa y británica[25]. En la Conferencia de Paz de París, las potencias concedieron a Japón los mandatos de tipo C de la Liga de Naciones de las islas de Marshall, Marianas y Carolinas. Definidas como tierras que debido a su baja población, a su pequeño tamaño y a su lejanía geográfica, podían ser gobernadas mejor como parte de su territorio,[26] la denominación C significaba que, en 1919, Japón se había convertido oficialmente no solo en un imperio continental, sino también del Pacífico.

La operación militar japonesa más significativa durante la Primera Guerra Mundial fue la expedición a Siberia de 1918. Aunque a menudo se habla de ella como una respuesta defensiva de las potencias ante la Revolución Rusa y la propagación del poder bolchevique del este,[27] si consideramos los objetivos japoneses desde 1914, la intervención aliada

supuso para Tokio otra oportunidad de oro para promover la expansión continental japonesa. Exactamente igual que en vísperas de la revolución china una serie de intereses japoneses pretendían aprovechar la agitación reinante para expandir su órbita de influencia, Japón veía en la Revolución Rusa otra extraordinaria oportunidad. El ministro de Asuntos Exteriores Montono Ichirō instaba a una rápida acción en Siberia y el norte de Manchuria para establecer una «posición dominante en el Oriente»[28]. El ministro de Interior Gotō Shinpei, en diciembre de 1917, pedía un millón de soldados japoneses para ocupar la Rusia al este del lago Baikal con un coste de cinco mil millones de yenes por año[29]. Y el consejero particular del primer ministro Terauchi Masatake, Nishihara Kamezō, empezó en noviembre de 1917 a desarrollar los planes para una Siberia «independiente» bajo tutela japonesa[30]. Pero, con mucho, los defensores más influyentes de una acción en Siberia fueron, sin embargo, el viejo estadista Yamagata Aritomo y sus protegidos en el Ejército imperial. Aunque estos hombres habían desempeñado un papel político y militar central en las guerras de Japón contra China y Rusia, el ministro de Asuntos Exteriores Katō Takaaki y el Gabinete Civil le habían ganado decisivamente la partida, con su rápida declaración de guerra a Alemania y su éxito en la negociación de derechos en China, a la facción de Yamagata durante el primer año de la Gran Guerra[31]. Como primer ministro desde octubre de 1916, el protegido de Yamagata, el general Terauchi Masatake, había cogido las riendas de la política continental en 1917 al negociar una serie de préstamos a Pekín por un total de 145 millones de yenes (los conocidos como Préstamos Nishihara). Por ello, los miembros de la facción de Yamagata veían la intervención en el Extremo Oriente ruso como una oportunidad ideal tanto para expandir la autoridad japonesa en Asia Oriental como para apuntalar la autoridad burocrática y militar nacional[32]. En enero de 1918, un Comité Conjunto de Asuntos Militares inició una serie de conversaciones entre el Estado Mayor y el Ministerio de Guerra para el envío de tropas a Siberia[33]. En abril de 1918, el Ministerio de Guerra decidió apoyar a los generales de la Rusia blanca, Dimitry Leonidovich Horvath y Grigory Mikhailovich Semyonov, que estaban luchando desde Manchuria por una Siberia independiente[34]. En mayo de 1918, el subjefe del Estado Mayor del Ejército, Tanaka Giichi,

negoció un acuerdo militar con China que sentó las bases para un inmediato envío de tropas japonesas al corazón de la presencia rusa en Manchuria, el Ferrocarril Chino del Este[35]. Con la primera llegada de tropas japonesas al Extremo Oriente ruso en agosto de 1918, la intervención siberiana se convirtió en exhibición abrumadora del Ejército imperial, y Yamagata Aritomo y sus protegidos del ejército usarían la ocasión para inundar el Extremo Oriente ruso con 72 000 soldados[36].

A pesar de la escala de sus operaciones en Siberia, la ganancia más significativa de Tokio en la Primera Guerra Mundial fue el efecto acumulativo que todas estas actividades tuvieron sobre su estatus internacional. Aunque entró en la guerra como una potencia regional incipiente, con la Conferencia de Paz de París Japón alcanzó el rango de potencia mundial. Los delegados japoneses formaron parte del organismo oficial de gobierno, el Consejo de los Diez, para participar en las negociaciones de los asuntos más importantes de la paz mundial. Como proclamaba orgulloso el primer ministro Hara Takashi en enero de 1920, «como una de las cinco Grandes Potencias, el imperio [Japón] ha contribuido a la recuperación de la paz mundial. Con esto, el estatus del imperio ha ganado aún más autoridad y su responsabilidad con el mundo ha ganado peso»[37].

La nueva autoridad de Japón en París descansaba, por supuesto, en la gran participación japonesa en la Entente, que se remontaba ya a los primeros días de la guerra en agosto de 1914. Aunque Japón, como ya hemos visto, había decidido aprovechar al máximo la oportunidad de expandir su autoridad en la región de Asia / Pacífico, sus registros de operaciones militares desde 1914 hasta 1918 destacan un nivel sin precedentes de cooperación japonesa con la causa aliada. Japón había sitiado Qingdao en el otoño de 1914 con 29 000 soldados del Ejército imperial conjuntamente con 2800 soldados imperiales británicos[38]. Dos fuerzas especiales de la marina imperial expulsaron los barcos del escuadrón alemán de Asia Oriental y ocuparon finalmente las islas alemanas del norte del ecuador sin ayuda de nadie en septiembre de 1914. Pero las operaciones de la marina imperial en el océano Índico son un ejemplo de la dependencia crítica que tenía el extenso Imperio británico de la ayuda aliada. Los barcos japoneses jugaron un papel clave en la

movilización del Imperio británico entre 1914 y 1918 al transportar a las tropas australianas y neozelandesas desde el Pacífico atravesando el océano Índico hasta Aden, en el mar de Arabia. Y, tras los ataques a navíos mercantes japoneses en el Mediterráneo, tres divisiones de destructores y un crucero (en total trece barcos) se unieron allí en febrero de 1917 al enfrentamiento aliado contra submarinos alemanes[39].

Donde las tropas japonesas no estaban directamente involucradas, la ayuda japonesa fluía sin cesar. Varias unidades de la Cruz Roja japonesa trabajaban en las capitales aliadas durante la guerra, y Japón proporcionaba fletes, cobre y fondos que los Aliados necesitaban urgentemente, incluidos 640 millones de yenes en préstamos. A los rusos, los japoneses les vendieron 600 000 fusiles que necesitaban sin demora[40]. Según un observador occidental contemporáneo, «si se hubiera denegado esta ayuda, el colapso de Rusia se hubiera producido mucho antes de lo que se produjo»[41].

Sin duda, el extremo al que llegaban los miembros de la Entente y de las Potencias Centrales en su impaciente búsqueda de ayuda y de apoyo desde el inicio de la guerra es asombroso y de nuevo muestra el increíble alcance global del conflicto. El embajador alemán en Japón, el conde Von Rex, estaba tan angustiado ante la perspectiva del apoyo japonés a la Entente a principios de agosto de 1914 que en una audiencia con el ministro de Asuntos Exteriores japonés, Katō Takaaki, rompió la silla en la que estaba sentado y casi se cayó al suelo[42]. Los representantes alemanes y austríacos en las capitales europeas se acercaron varias veces a los representantes japoneses durante los dos primeros años de guerra en busca de la posibilidad de firmar una paz por separado[43].

Dado el temprano compromiso de Japón con la Entente, las expectativas de los aliados de Japón eran cada vez mayores. A pesar de los iniciales recelos respecto al objetivo de las acciones japonesas en Asia a primeros de agosto de 1914, Gran Bretaña solicitó en septiembre de 1914 tropas japonesas para el Frente Occidental[44]. Con la caída de Qingdao, las solicitudes aliadas aumentaron. El 6 de noviembre de 1914, el secretario de Asuntos Exteriores británico, Edward Grey, instaba al embajador en Tokio a que pidiera que una fuerza japonesa «tome parte en las principales operaciones de guerra en Francia, Bélgica y Alemania igual

que lo hacía nuestro ejército, y que luche junto a nuestros soldados en el continente de Europa»[45]. Poco después, los periódicos franceses informaban de la petición informal francesa de que 500 000 soldados japoneses participaran en Serbia en las operaciones en la península balcánica[46]. Ya en julio de 1918, la Marina estadounidense declaraba como «un asunto de necesidad vital» que los cruceros de guerra japoneses ayudaran a proteger el transporte de tropas estadounidenses por el Atlántico[47].

Debido a las constantes disputas entre Japón y sus aliados respecto a la intervención en Siberia, los historiadores han querido ver en esta operación el ejemplo más ofensivo de la acción autónoma de los japoneses durante la Primera Guerra Mundial[48]. Sin embargo, en el contexto de los incesantes requerimientos de ayuda japonesa por parte de los Aliados a partir de 1914, la expedición debe también considerarse como otra muestra del inmenso alcance global de la Primera Guerra Mundial. La Revolución Rusa de noviembre de 1917 y la conclusión de una paz por separado con Alemania el mes de marzo siguiente supusieron un serio golpe estratégico a la Entente. No solo significaba el colapso del frente ruso, al haberse instalado ahora en Moscú el régimen bolchevique rabiosamente antioccidental, sino que el futuro de todo el Imperio ruso se puso en tela de juicio. Llevados al límite en el Frente Occidental, Gran Bretaña y Francia acudieron a Estados Unidos para que encabezara el esfuerzo de apuntalar los elementos favorables a los Aliados en el Imperio ruso. Pero en el entorno de cuatro años de requerimientos de más ayuda japonesa por parte de los Aliados, la Entente también ponía muchas esperanzas en la participación japonesa. En el mismo momento en que el secretario americano de la Marina se dirigió al embajador de Japón en Estados Unidos a la posibilidad de contar con cruceros de batalla japoneses en el Atlántico, Washington estaba invitando formalmente a las tropas japonesas a unirse a las fuerzas británica, francesa, italiana, americana y canadiense en Siberia[49].

Es decir, mucho antes de la Conferencia de Paz de París, las inmensas ramificaciones mundiales de la Gran Guerra habían provocado las desesperadas súplicas de ayuda a los japoneses y habían catapultado a Japón a una posición prominente en el escenario mundial. Tal como se

representa en la viñeta de la cubierta del número del 15 de septiembre de 1917 de una revista gráfica mensual japonesa, *Ōsaka Puck*, Japón era un noble soldado solicitado por una joven que representa las potencias aliadas. Inclinada hacia el soldado, una mano sobre su hombro, la mujer susurra (véase fig. 20)[50].

LA GRAN GUERRA Y EL DESTINO DEL IMPERIO JAPONÉS

En la historia de la Segunda Guerra Mundial, Japón es conocido por la organización de todos los recursos de su extenso imperio. Incluía, entre otros, 240 000 nacionales coreanos en las fuerzas armadas japonesas,[51] 38 935 hombres en las fábricas japonesas,[52] 200 000 «mujeres de solaz» de Japón, China, Corea, las Filipinas y Holanda,[53] y cuatro millones de coreanos dispersos más allá de sus fronteras desempeñando distintas funciones en el Imperio japonés en 1944[54]. Al haberse unido solo a principios del siglo XX, en la Primera Guerra Mundial el Imperio japonés no movilizó un número significativo de súbditos. Pero el estallido del gran conflicto hizo surgir cuestiones críticas respecto al control de los súbditos en el Imperio japonés. Aunque China no fue nunca una parte del Imperio japonés formal, Tokio, como ya hemos visto, consideraba el país el escenario principal de oportunidades desde el estallido de las hostilidades en agosto de 1914. Por eso, los dirigentes japoneses estaban especialmente vigilantes desde el inicio respecto a las acciones chinas durante el conflicto mundial. Tokio resistía todos los esfuerzos chinos por mantener la neutralidad de su territorio al enfrentarse sin demora a Alemania en Qingdao[55]. Y, en noviembre, de 1915 la notificación de Gran Bretaña de que China estaba preparada para unirse a la causa aliada provocó una inmediata objeción japonesa que hizo llegar a todos los embajadores aliados el 6 de diciembre de 1915[56]. Pekín maniobraba para unirse informalmente a la guerra a través del primer envío de trabajadores chinos a Francia en agosto de 1916[57]. Pero la beligerancia oficial tuvo que esperar a que se produjera un cambio de administración en Tokio y la convicción del primer ministro Terauchi Masatake y su cuidadosamente escogido negociador Nishihara Kamezō de que la entrada de China en la guerra supondría un beneficio para Japón. China declaró la guerra a

Alemania el 14 de marzo de 1917 como parte del intento de Terauchi de reforzar la influencia japonesa en el nuevo Gabinete de Dian Qirui en Pekín[58]. Los dirigentes japoneses eran, en definitiva, incapaces de impedir un importante flujo de trabajadores chinos a Europa[59]. Pero podían minimizar el impacto diplomático de estos sacrificios chinos gracias a su propia e importante ayuda militar a la causa aliada. El apoyo naval japonés en el Mediterráneo desde febrero de 1917 obtuvo el reconocimiento explícito de Gran Bretaña, Francia e Italia de los derechos japoneses a la antigua concesión alemana en la provincia de Shandong[60]. En vista de las perseverantes insinuaciones por parte de las Potencias Centrales para firmar una paz por separado con Japón, la Entente esperaba también que su apoyo a los intereses continentales japoneses ayudaría a mantener a Japón en el campo aliado[61].

Fig. 20.—«Las jóvenes europeas cortejan a los soldados japoneses». Cubierta de *Ōsaka Puck*. 15 de septiembre de 1917.

Si los dirigentes japoneses procuraban controlar las operaciones chinas durante la guerra, en las colonias formales de Taiwán y Corea eran mucho más metódicos en la dirección de sus súbditos. Durante la Primera Guerra Mundial, Tokio introdujo sistemáticamente las instituciones críticas, políticas, económicas y sociales de un Estado-nación moderno en ambos territorios y llevaba a cabo políticas que restringían severamente las oportunidades de los súbditos de Japón. Entre 1910 y 1919, Japón bloqueó las publicaciones coreanas al no conceder permisos de publicación para periódicos en lengua coreana, excepto el periódico del gobernador general,

el *Maeli sinbo*[62]. Durante cincuenta años de gobierno colonial en Taiwán, Japón solo permitió que un periódico fuera propiedad y estuviera dirigido por un taiwanés[63].

Como Alexis Dudden ha señalado acertadamente, la incorporación de territorios al Imperio japonés suponía algo más que simplemente introducir instituciones políticas, económicas y sociales modernas y mantener oculta la disidencia local. Se necesita, también, una elaborada estrategia para definir, según unos términos de legislación internacional ampliamente aceptados, la condición de súbdito de los pueblos japoneses colonizados[64]. Como hemos visto, las Grandes Potencias accedieron sin reparos a la colonización japonesa tanto de Taiwán como de Corea. Tres representantes del emperador coreano Gojong enviados en junio de 1907 a la II Conferencia Internacional de Paz de La Haya para impugnar el nuevo estatus de Corea como protectorado tras la guerra ruso-japonesa, no fueron siquiera recibidos en audiencia. Tras el acuerdo de protectorado japonés en 1905 con Corea, en opinión de todas las demás Grandes Potencias asistentes en La Haya, los coreanos no tenían derecho a participar en las deliberaciones[65].

Aunque antes de 1919 las autoridades japonesas pudieron controlar bastante fácilmente a los súbditos de sus territorios coloniales y los términos internacionales de su estatus de súbditos, intentaban dominar también a los pueblos de fuera de las fronteras coloniales. Incluso antes del acuerdo de protectorado de 1905, Tokio había conseguido obligar al emperador coreano Gojong a que designara a un nacional japonés como cónsul honorario coreano en Honolulu. Desde este punto de vista privilegiado, las autoridades japonesas podían vigilar de cerca a la pujante población coreana de Hawai. Pero la comunidad local coreana nunca lo aceptó como un hecho consumado. En 1909, fundó la Asociación Nacional Coreana (Kook Min Hur, o KNA), que se convirtió en el corazón del movimiento independentista con base en Hawai. Durante la Primera Guerra Mundial, el ministro de Asuntos Exteriores japonés en Tokio y el gobernador general en Seúl siguieron recibiendo informes de apoyo estadounidense a la KNA[66].

Más preocupantes, tanto para Tokio como para Seúl, eran las actividades de los coreanos en Jiandao, en el sur de Manchuria, la parte de

China contigua a la colonia coreana de Japón. La emigración coreana a esa zona había crecido después del acuerdo de protectorado de 1905, lo que provocó una expedición de tropas japonesas en 1907. En 1909, se retiraron las tropas japonesas y el Tratado de Jiandao reconoció la jurisdicción legal de China sobre la comunidad. Pero la anexión de Corea en 1910 renovó los deseos de los japoneses por controlar la región, y el estallido de la guerra en Europa en agosto de 1914 se vio en parte como una oportunidad para establecer ese control. El grupo dos de las Veintiuna Exigencias de 1915 tenía como objetivo expreso definir sin ambigüedad ninguna el sur de Manchuria como esfera de influencia japonesa política, económica y legal. A pesar de una decisión del Gabinete japonés en agosto de 1915 de que los acuerdos recientemente firmados con Pekín reemplazaban al Tratado de Jiandao, sin embargo, las autoridades chinas locales seguían ejerciendo sus antiguos derechos legales[67]. Tokio estableció el control total sobre la comunidad coreana de Jiandao solo después de la invasión de Manchuria por el Ejército Imperial, en 1931.

El mayor problema de Japón con sus súbitos surgió, evidentemente, en relación con una poderosa consigna de la época de guerra y de posguerra, «autodeterminación». En el preciso momento en que Japón empezó a celebrar en la Conferencia de Paz de París la nueva autoridad japonesa a escala mundial, Asia parecía arder en deseos de que se revisaran completamente los parámetros de poder imperial y nacional. En primer lugar, tras una declaración de independencia, inicialmente a pequeña escala, de un grupo de patriotas coreanos en un restaurante de Seúl y la simultánea asamblea de estudiantes en un parque de la capital el 1 de marzo de 1919, a principios de abril se propagaron los disturbios en cincuenta localidades de once provincias por toda la península y movilizó hasta 40 000 manifestantes[68]. Justo un mes después, el 4 de mayo, 3000 estudiantes chinos se concentraron en la plaza de Tiananmen, en el centro de Pekín, para protestar contra la transferencia a Japón de la concesión alemana de la provincia de Shandong. El incendio de la residencia de un ministro pro japonés y la paliza que se le propinó al embajador de China en Japón provocaron la represión policial; lo que inicialmente era una manifestación a pequeña escala se convirtió en concentraciones a nivel nacional en 200 ciudades. En junio, comerciantes locales y sindicatos de

trabajadores se unieron a una serie de boicots nacionales, algunos de los cuales se mantuvieron durante todo un año[69].

Aunque sin relación con el vertiginoso crecimiento de demandas de «autodeterminación», la enorme expansión de Japón durante la guerra provocó violentas protestas en su contra en lugares más remotos de lo que podían haber imaginado en el Tokio de 1914. Entre febrero y mayo de 1920, los partisanos rusos se unieron al Ejército Rojo bolchevique, rodearon las guarniciones japonesas y del Ejército Blanco en la población siberiana de Nikolayevsk del Amur y llevaron a cabo una matanza. Al finalizar la masacre de Nikolayevsk, habían perdido la vida varios cientos de regulares y civiles del ejército japonés[70].

El Japón imperial no tenía escrúpulos en combatir la violencia con violencia. Los soldados y los policías japoneses reprimieron brutalmente el movimiento del 1 de marzo en dos meses, después de matar a 2000 coreanos y arrestar a 20 000 manifestantes[71]. Y el Ejército imperial utilizó la masacre de Nikolayevsk para prolongar su ocupación de Siberia dos años más. De hecho, el incidente estimuló la última expansión imperial japonesa de la Gran Guerra. Al sentirse profundamente defraudado por haber obtenido solo la parte sur de la isla Sajalín en la guerra ruso-japonesa, los dirigentes del ejército utilizaron la masacre de Nikolayevsk como excusa para ocupar la parte norte de Sajalín en 1920.

En otras palabras, la Conferencia de Paz de París no trajo inmediatamente la paz a Asia Oriental. Por el contrario, al confirmar todas las ganancias de guerra de Japón —en China, Pacífico Sur y Siberia— la conferencia había consagrado una gran trayectoria decimonónica de conquista imperial y bélica. Pero lo que las potencias no lograron concluir en París, apareció en primera línea en Washington en 1921-1922. Convocada explícitamente para encarar el problema de la carrera armamentística naval desatada entre Gran Bretaña, los Estados Unidos y Japón después de la guerra, la Conferencia de Washington se enfrentó más generalmente con el problema geopolítico más apremiante de la posguerra en Asia Oriental, el increíble aumento de poder de Japón durante la guerra.

Si la Primera Guerra Mundial y la Conferencia de París habían superado las expectativas japonesas de conquista imperial, la Conferencia de Washington marcó un punto de inflexión decisivo hacia una nueva

trayectoria nacional. Los delegados japoneses en París dieron un primer paso decisivo hacia la participación en un nuevo orden internacionalista de la posguerra al aceptar ser miembros permanentes de la Liga de Naciones y su órgano gobernante, el Consejo de la Liga. El compromiso con los Tratados de las Cinco, Cuatro y Nueve Potencias en Washington reflejaba la aceptación general japonesa del nuevo orden[72]. A finales del siglo XIX, Tokio se había convertido en el «pionero del progreso en Oriente» al adoptar los parámetros de un Estado-nación y de un imperio modernos. Su nuevo estatus de potencia mundial, posterior a Versalles, estaba, sin embargo, garantizada por determinadas inversiones en una nueva cultura global de paz. Después de haber ampliado rápidamente su potencial militar desde la fundación del Estado moderno, en la Conferencia de Washington Japón se había comprometido por primera vez a reducir su armamento naval y, en 1925, a reducir su ejército de tierra en cuatro divisiones. Después de haber expandido incesantemente desde la guerra sino-japonesa el alcance de su imperio, retiró, también por primera vez, sus tropas de Shandong y de Siberia en 1922 y de Sajalín en 1925.

Estos cambios drásticos constituían el núcleo de lo que los contemporáneos llamaron un «nuevo Japón», un nuevo sistema de gobierno adaptado a las lecciones de la Gran Guerra y estructurado para consolidar una época de paz marcada por el multilateralismo, la expansión comercial sobre la militar, y la democracia[73]. En el periodo de entreguerras, Japón participó con entusiasmo en las principales convenciones multilaterales (la Conferencia de Paz de París, la Liga de Naciones, la Conferencia Naval de Washington, la Conferencia Naval de Ginebra, el Pacto Kellogg-Briand y la Conferencia Naval de Londres), promoviendo activamente la reducción de la fuerza militar naval y de tierra y la retracción imperial, y levantó los cimientos del sufragio universal masculino (1925) y de los Gabinetes de partidos políticos (1924-32)[74]. Como declaró en septiembre de 1919 el delegado japonés plenipotenciario en París, Saionji Kinmochi, Japón, después de Versalles, garantizaría su nuevo estatus convirtiéndose en un colaborador principal del «proyecto de paz mundial»[75] de la guerra.

CONCLUSIONES

Librada en Europa en parte como una defensa del imperio, la Gran Guerra marcaría el principio del fin de la era de los imperios. Como Japón, el núcleo de la vencedora Entente, especialmente Gran Bretaña y Francia, lo comprendieron mucho después de la guerra en términos de territorio y de autoridad. Los dos imperios más extensos antes de 1914, el de Gran Bretaña y el de Francia, alcanzaron su punto culminante entre 1919 y 1939, tras el desmembramiento y la distribución de los antiguos territorios de Alemania imperial, Austria-Hungría y el Imperio otomano. Estamos familiarizados con cómo dos territorios británicos clave —Irlanda y la India— se sumergieron en un ambiente de agitación después de 1919, de tal forma que podría presagiarse el final del Imperio británico después de 1945. Pero el mayor golpe a la era de los imperios y, especialmente, a la hegemonía mundial europea en 1919 vendría probablemente de Asia Oriental.

Después de la guerra sino-japonesa de 1894-1895, Asia Oriental había llegado a considerarse como el «premio» final de la competición imperial. La Primera Guerra Mundial reveló notablemente, sin embargo, que los grandes imperios europeos ya no controlarían los acontecimientos en Asia / Pacífico. Apremiados desde el principio por conseguir la ayuda japonesa, los principales países beligerantes recelaban igual de fervientemente del potencial que tenía Japón de dominar por completo el continente asiático y del Pacífico Occidental. De hecho, a partir de la ocupación de Micronesia alemana pasando por las Veintiuna Exigencias y hasta la Intervención de Siberia, Japón había aprovechado la distracción de las Grandes Potencias, que tenían puesta su atención en Europa, para controlar los acontecimientos que se producían en Asia. Aunque los historiadores a menudo recalcan la naturaleza subordinada de la participación japonesa en París,[76] la falta de habilidad de Woodrow Wilson para contener las energías expansionistas de Japón durante la guerra en la conferencia demuestra la inmensidad de la autoridad en manos japonesas. De hecho, la cantidad de cuestiones que quedaron sin acometer debido al cada vez mayor poder regional y mundial de Japón necesitaron una asamblea internacional completamente nueva en 1921.

Finalmente, la Gran Guerra terminó en Asia después de que Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón y otras seis potencias convocaran la

Conferencia de Washington. Pero, así como efectivamente Washington calmó las energías expansionistas de Japón, sin embargo, hizo muy poco por detener el desplazamiento del poder mundial de Europa a los Estados Unidos y Japón. De hecho, la conmoción de la Segunda Guerra Mundial solo podrá entenderse completamente cuando reconozcamos hasta qué punto depende el nuevo marco de seguridad mundial del apoyo de uno de los más poderosos recién llegados a la escena mundial después de 1919, Japón. La implicación activa en la cultura de paz mundial garantizó una sólida cimentación para una pacífica interacción internacional en los años 1920 y después de 1945. Alternativamente, el desafío japonés entre 1931 y 1945 aceleró enormemente el retroceso del poder europeo en la región de Asia / Pacífico, el fin del imperio y el ascenso de la hegemonía global americana.

Capítulo 11

China y el imperio

Xu Guoqi

La Primera Guerra Mundial fue una guerra de imperios, tanto dinásticos como imperiales. Tras la guerra, se destruyeron cuatro de los imperios existentes (los Imperios alemán, ruso, el austro-húngaro y otomano) y dos (los Imperios británico y francés) se extendieron, aunque también se vieron profundamente debilitados. Pero en Asia emergió considerablemente fortalecido un imperio naciente (el Imperio japonés). Aunque China no puede considerarse como un factor importante en la guerra, o incluso en el relato de la historia imperial moderna, sin embargo, afectó profundamente al destino nacional de China. La Primera Guerra Mundial liberó los fantasmas del propio pasado imperial de China de muchas formas, extrañas y sorprendentes. Más aun, aunque China no era un imperio, se podría afirmar que evitar convertirse en parte del imperio japonés desempeñó un papel primordial en la decisión de China de unirse al esfuerzo de guerra de los Aliados, con una considerable y a menudo olvidada contribución, al fin y al cabo, de 140 000 trabajadores para la guerra en el Frente Occidental. Además, el destino contemporáneo de China se vio profundamente afectado por el colapso del Imperio ruso y el

régimen que lo sustituyó. Pocos investigadores de la Primera Guerra Mundial han prestado atención a la intrincada historia de China y el imperio. Este capítulo intentará llenar ese vacío.

EL AÑO 1895 Y EL DESTINO DE DOS IMPERIOS

Para estudiar el problema de China y el imperio tras la Gran Guerra, hay que retroceder al año 1895. Durante siglos, China había sido uno de los imperios más poderosos del mundo. Aunque la fortuna y la influencia del Imperio chino había declinado considerablemente a finales del siglo XVIII y principios del XIX con el auge de Occidente, y aunque China sufrió una derrota tras otra a manos occidentales a partir de las guerras del Opio, solo su derrota en la guerra sino-japonesa de 1894-1895 obligó a los chinos a pensar seriamente en su destino futuro y en el valor de su civilización. Más importante aun, provocó que se cuestionaran su identidad tradicional. El resultado de esta guerra, además, fue el causante de llevar a los dos países a la Gran Guerra cuando esta estalló en 1914.

La guerra de 1895 repercutió en varios aspectos en China. Sometió al país a un control exterior mucho mayor que hasta entonces. Con la gigantesca indemnización que le impuso Japón como consecuencia de la guerra y las sanciones, como la Indemnización de los bóxer, impuestas por las principales potencias en 1901, el peso de la deuda externa aplastaba a todos los efectos casi cualquier oportunidad de una modernización y de construcción nacional independientes. Pero el impacto psicológico de la guerra fue mayor, si cabe. Como señala Liang Qichao (1873-1929), un influyente autor y pensador de finales de la China Qing y principios de la republicana, la guerra «despertó a China de un largo sueño de cuatrocientos años»[1]. Yang Fu (1853-1921), contemporáneo de Liang y famoso traductor de muchas obras extranjeras influyentes de autores como Adam Smith, Thomas Huxley y otros, escribía en 1895 que el impacto en China de la guerra sino-japonesa «sería tan serio y significativo que se podía afirmar que China no había vivido un trastorno similar desde la dinastía Qin [221-205 a. C.]». Posiblemente, Yan fue el primer chino en emplear expresiones como «salvación nacional» y «hombre enfermo de Asia» para alertar a sus compatriotas de la gravedad de la situación[2]. La

devastadora derrota a manos de Japón fue tanto un punto de inflexión como un punto de encuentro de referencia para la percepción china de sí mismos y del mundo. La guerra puso en movimiento programas que llevaría al colapso total del Imperio chino y decidiría el destino de la dinastía Qing.

Después de la guerra de 1895, las élites chinas, sin importar sus actitudes respecto a la tradición y la civilización chinas, estaban de acuerdo en que, si quería sobrevivir, China tenía que cambiar. El cambio se convirtió en la palabra de moda. El conocido reformista Kang Youwei señalaba que China «no estaría tan entusiastamente dispuesta a las reformas si no hubiera vivido la guerra de 1895, que la golpeó tan fuertemente y le causó un dolor tan exasperante»[3]. Según Kang, China tenía que acometer reformas políticas y constitucionales, similares a las de la era Meiji en Japón, para sobrevivir[4]. Muchos chinos empezaron también a dudar de la concepción tradicional china del orden mundial.

La revolución de 1911 encontró su inspiración en nuevas ideas, fue impulsada por una nueva sociedad, recurrió a la motivación popular por establecer un sistema político completamente nuevo que había ganado fuerza tras la guerra de 1895. Si la guerra sino-japonesa había empujado a China a una búsqueda de alcance nacional por el cambio y a una nueva manera de pensar respecto a los asuntos del mundo, la revolución de 1911 consiguió finalmente esta transformación social, cultural y política[5]. Una de las herencias más importantes de la revolución fue el rápido desmantelamiento de un sistema dinástico de 2000 años de antigüedad y de una concepción tradicional del «Imperio chino». El nuevo sistema de gobierno que adoptó China era el republicanismo, que concordaba con las expectativas de la recién activada sociedad china que gradualmente iba tomando forma después de 1895. La reclamación china por un estatus de Estado-nación, la obsesión por consolidar una posición internacional fiable y el auge de un nuevo concepto de ciudadanía, todo ello abrió el camino para que China enterrara su propio imperio en 1912.

Con la declaración de que China era una república, sus dirigentes señalaban al mundo que había nacido una nueva nación y que estaba preparada para integrarse en el mundo. Tras la revolución de 1911, el nacionalismo pasó a ser una fuerza política definida y muy poderosa. El

nacionalismo chino emergió conjuntamente con el deseo de transformar el país en un Estado-nación moderno y la aparición de una nueva sociedad. Hasta el cambio al siglo xx, los chinos no mostraron un auténtico espíritu nacionalista. El nacionalismo surgió solo después de que la guerra sino-japonesa les brindara un poderoso motivo para prestar atención a los asuntos nacionales e internacionales. Es más, el acceso chino a los asuntos mundiales estaba muy condicionado por el hecho de que, desde el cambio de siglo, las potencias extranjeras tenían casi completamente dominada su economía y los sectores clave de su territorio. La política interna china no podía sino estar íntimamente ligada a la presencia extranjera[6]. La percepción general de *neiyou wihauan* («problemas desde dentro y amenazas desde fuera») influía en la opinión y en las estrategias republicanas. Las demandas y las actitudes de las Grandes Potencias respecto a China limitaban también las opciones de una nueva sociedad y su gobierno.

China había experimentado profundos cambios en el periodo entre 1895 y 1914. Su nueva sociedad había perdido la confianza en el antiguo concepto *Tianxia* y superado el síndrome del reino medio que se había demostrado tan desastroso en las recientes décadas. Durante muchos siglos, los chinos consideraron que su civilización era la mejor civilización del mundo (*todo debajo de Tianxia*) y China era el reino medio. El moderno Estado chino combinó por un tiempo la habitual polaridad del nacionalismo y del internacionalismo, pues el internacionalismo de China se basaba en un fuerte nacionalismo y se apoyaba en él. En este periodo, la búsqueda de una nueva identidad nacional estaba fomentada por una curiosa mezcla de nacionalismo político, antitradicionalismo cultural y un fuerte deseo de formar parte activa de los asuntos mundiales. Aunque esta combinación provocó contradicciones y ambigüedades en los intentos chinos de afirmar la legitimidad nacional, preparó el terreno para que, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, China entrara a formar parte del nuevo orden mundial.

Aunque que la guerra de 1895 abrió el camino a la desintegración del Imperio chino, esa misma guerra ayudó a que Japón pusiera en marcha su nuevo y ambicioso proyecto imperial. Con su derrota, China se vio obligada a pagarle a Japón una indemnización de 360 millones de yenes,

una cantidad no solo sufragaba los gastos de la guerra a Japón (unos 247 millones de yenes), sino que también aportó fondos para la construcción de la Acería Yawata, la primera fábrica moderna construida en la era Meiji[7]. Más importante aun es que la guerra hizo de Japón una gran potencia en Asia Oriental y un imperio con sus primeras colonias, Taiwan y las pequeñas islas circundantes, que China se vio obligada a ceder. La guerra sentó la base para que Japón adquiriera una segunda colonia al obligar a China a abandonar Corea, tradicionalmente un Estado tributario de China. El destino de Japón parecía ser una gran partida militar internacional.

De hecho, la guerra sino-japonesa sembró las semillas para que Japón entrara directamente en la Gran Guerra casi veinte años después. Alemania había tenido un papel preponderante en la llamada triple intervención posterior al conflicto sino-japonés, en la que Alemania «aconsejaba» a Japón que devolviera a China la península de Liaodong, otro territorio que Japón había obligado a China que cediera. Esto enfureció a los japoneses y les hizo tomar la determinación de vengarse de Alemania. El titular de un periódico japonés —«a la espera de otra ocasión»— transmitía claramente este sentimiento[8]. Como preparación para su momento decisivo contra Alemania, Japón dio un golpe maestro diplomático en 1902 cuando firmó un Tratado de Alianza con Gran Bretaña, que en ese momento estaba también preparándose para la guerra contra los alemanes. Este tratado preparó finalmente el camino para la entrada de Japón en la Gran Guerra. Sobre la base de la relación creada por este tratado, cuando estalló la guerra en 1914, Japón consiguió incluirse en el esfuerzo de guerra.

Japón se convirtió en una potencia imperial reconocida cuando empezó a intensificarse el antagonismo entre la Entente y las Potencias Centrales. Los japoneses estaban decididos a ser en un participante destacado de la política internacional, pero sus planes tuvieron que enfrentarse a cierta resistencia por ayuda externa, los obstáculos para que Japón satisficiera sus crecientes ambiciones eran reales, y por ello la crisis del estallido de la guerra en agosto de 1914 fue considerada por muchos japoneses como la «oportunidad esperada durante cien años». Después de haber esperado durante años la ocasión, a los japoneses les llegó su momento con la guerra europea. No es de extrañar que el gran estadista Inoue Kaoru

saludara las noticias como «una ayuda divina de la nueva era Taisho para el desarrollo del destino de Japón»[9]. Cuatro días después de que Gran Bretaña entrara en guerra, el 8 de agosto de 1914, los japoneses decidieron declararle la guerra a Alemania, aunque la declaración oficial no se anunció hasta una semana después.

Por supuesto, vengarse de haberse visto obligados a abandonar la península de era una excusa convincente. Pero el verdadero objetivo de Japón era extender sus intereses en China mientras las principales potencias estaban ocupadas en matarse en Europa. La mayor recompensa para Japón sería echar a los alemanes de Asia y establecerse como el poder dominante en China. Como he comentado anteriormente, China estaba en ese momento en proceso de convertirse en una república como medio para renovarse y fortalecerse frente a las amenazas modernas. Japón estaba determinado a hacer de China una subordinada antes de que se pudiera completar esta transformación. El Gabinete de Okuma declaraba que «Japón tiene que aprovechar la oportunidad del milenio» para «imponer sus derechos e intereses en Asia»[10]. La guerra europea servía también a un propósito en la política interna japonesa, porque la guerra podría utilizarse como un punto de convergencia nacional[11]. La muerte del emperador Meiji en 1912 supuso el fin de una era y del declive del orden político existente. En los años posteriores a Meiji, Japón había perdido su objetivo nacional, y su entrada en la guerra inculcaría en el pueblo japonés un sentimiento de objetivo superior. Le permitiría volver a la «sencillez y la pureza» y redefinir a Japón como una nación. Por eso, unirse a la Gran Guerra ayudaría a Japón a alcanzar sus tres metas: vengarse de Alemania, expandir sus intereses en China y renovar su política interna.

LAS VEINTIUNA EXIGENCIAS Y EL SUEÑO DE UN NUEVO IMPERIO CHINO

Cuando estalló la Gran Guerra, Japón aprovechó inmediatamente la oportunidad para declararle la guerra a Alemania, en nombre de su alianza con Gran Bretaña. En noviembre de 1914, Japón tomó el control de Qingdao —un territorio chino bajo control alemán desde 1898—. Aunque en esos momentos nadie se dio cuenta de ello, la derrota de Alemania en

Qingdao ya en 1914 representó, curiosamente, el principio de la desaparición del Imperio alemán. Pero la auténtica intención de Japón no era enterrar el Imperio alemán o simplemente tomar Qingdao. Al dar este paso, que demostraba su intención y capacidad de controlar China, Japón pudo razonablemente reafirmarse como el imperio relevante en Asia. Por eso, el 18 de enero de 1915, Japón le entregó directamente al presidente chino Yuan Shih-Kai las Veintiuna Exigencias. Las exigencias estaban distribuidas en cinco secciones con un total de veintiún artículos. Estas exigencias eran tan severas que George E. Morrison, consejero entonces del Gobierno chino, las califico de «perores que muchas presentadas por un vencedor a su enemigo vencido»[12]. Obviamente, los japoneses pretendían convertir a China en un Estado vasallo mientras las otras potencias estaban implicadas en batallas europeas.

Las exigencias de Japón ofrecían también las mayores oportunidades para la supervivencia de China como incipiente Estado-nación. En su entrevista con Samuel G Blythe el 15 de abril de 1915, Yuan Shih-Kai comentaba sobre las negociaciones sino-japonesas respecto a las Veintiuna Exigencias: «Todo lo que China pueda conceder, será concedido, pero no puede evitar mantenerse firme respecto a los artículos que vulneran la soberanía de China o que infringen los derechos pactados de otras potencias»[13]. El Gobierno de Yuan se vio obligado a aceptar bajo el ultimátum japonés todas las exigencias excepto las de la sección 5, que eran las más lesivas[14]. Las Veintiuna Exigencias definían los intereses de China en la Gran Guerra y las cuestiones de las relaciones sino-japonesas a largo plazo. Incluso dieron lugar a la tentativa del presidente Yuan Shih-Kai de restaurar el antiguo sistema de Gobierno chino, declarándose él mismo emperador a principios de 1916. ¿Por qué querría Yuan restaurar el imperio que habían enterrado recientemente los chinos? La opinión convencional considera que debido a la ambición personal de Yuan y a su falta de entendimiento del republicanismo. Sin negar el papel que podría tener el interés egoísta de Yuan y el caos de los asuntos internos de China, es posible considerar que otros factores, las Veintiuna Exigencias, en particular, ocuparon un lugar preponderante en su programa monárquico. La Gran Guerra en curso, los desenfrenados intereses japoneses y la agresión sufrida pueden haber forzado a Yuan a considerar medidas

extraordinarias para prevenir la desintegración nacional total de China y que se convirtiera en un país dependiente de Japón. Las exigencias presentadas a Yuan revelaban claramente las intenciones japonesas y lo desesperada que era su posición al enfrentarse a una amenaza exterior. Japón no le dio elección a China. Los chinos tenían que ceder o enfrentarse a la invasión, mientras las principales potencias los abandonaban para centrarse en sus propios asuntos y en su supervivencia. La opinión general de que Yuan se dio por vencido ante las exigencias japonesas, a cambio de apoyo japonés a su plan, es bastante posible que haya llevado las cosas por el camino equivocado. El plan de Yuan de instituir la monarquía fue una respuesta directa a las exigencias japonesas, pues intentaba calcular hasta qué punto podía sobrevivir China en las difíciles circunstancias a las que se enfrentaba tanto dentro como fuera del país. Jerome Chen, un experto en Yuan Shih-Kai, lo señalaba así en su muy crítica biografía de Yuan. Según Chen, Yuan «quería una China fuerte. La fuerza venía de la unidad; la unidad de la obediencia hacia él». Para Yuan, un sistema de gobierno como el republicanismo o la monarquía eran solo medio para llegar a un fin —riqueza y poder nacional—. Su convicción de que era necesario un centro fuerte para la modernización, el fortalecimiento nacional y mantener el orden la compartían otros líderes políticos, incluido Sun Yat-sen, que pensaba que demasiada democracia entorpecería una movilización «rápida, pacífica y ordenada» de recursos[15]. Liang Qichao, un destacado reformista, escribía a Yuan y le aconsejaba «ser el sirviente en apariencia pero el amo en realidad»[16]. Todo esto explica por qué Yuan estaba «más interesado en la fuerza nacional que en el republicanismo»[17]. Para alcanzar esa fuerza nacional no podía dudar en cuanto a instaurar otro sistema de gobierno si pensaba que el republicanismo no estaba funcionando.

Tras la humillación de las Veintiuna Exigencias, Yuan creía aun con más firmeza que un Gobierno central fuerte con un líder fuerte era la única forma de ayudar a China a evitar que en el futuro se produjeran problemas similares. Wellington Koo, que había trabajado estrechamente con Yuan antes de ser designado embajador en Estados Unidos, explicaba en enero de 1916 que la decisión en favor de una monarquía reflejaba la necesidad de un «Gobierno capaz de mantener al país unido, desarrollar su riqueza y

su fuerza y ayudar a alcanzar las aspiraciones profundamente patrióticas de su pueblo»[18]. Como señalaba el investigador contemporáneo Li Jiannong, una de las principales justificaciones para la restauración de la monarquía era que «el republicanismo no se adapta a la condición nacional. […] A no ser que haya un gran cambio en el sistema de gobierno, es imposible salvar a la nación»[19]. Incluso John Jordan, el máximo diplomático británico en China que mantenía contactos muy próximos con Yuan, destacaba este razonamiento. Informaba a su jefe en el Ministerio de Asuntos Exteriores en Londres: «Uno de los motivos que hay detrás de la decisión de los chinos es que estarán en mejor posición para resistir a la agresión japonesa bajo una forma de gobierno monárquica que bajo una republicana»[20]. Jordan, al que no satisfacía el plan monárquico de Yuan, escribía elogiosamente sobre él tras la muerte de Yuan, calificándolo de «un gran hombre y un verdadero patriota»[21].

Además, se dice que entre los personajes clave que apoyaban el plan monárquico de Yuan estaban firmes nacionalistas como Yang Du y un destacado estudioso, el experto político americano Frank Goodnow. Yang Du (1874-1932) era un reformador político que más tarde se convirtió en una figura principal en el programa monárquico de Yuan Shih-Kai. Fue quizá el primer chino en acuñar el término «nacionalismo internacionalista» (*shijie de guojia zhuyi*). A partir de finales de 1906, Yang publicó una serie de artículos bajo la rúbrica *Jintie zhuyi shuo* (la teoría del oro-hierro) en un nuevo periódico (*Zhongguo xinbao*), del que era jefe de redacción. Según su propia definición, la teoría del oro-hierro se refería a cómo hacer que China fuera económicamente rica y militarmente poderosa, donde el oro representaba la riqueza y el hierro el poder. En este largo tratado de la teoría del hierro-oro, le dedicaba mucho espacio a su idea de un nacionalismo internacionalista, afirmando que, puesto que el nuevo orden mundial se basaba en el poder económico y militar, si China quería sobrevivir en este nuevo entorno, tenía que jugar al mismo juego que las Grandes Potencias. Yang aseguraba que este enfoque le proporcionaba a China un plan de acción que le permitía ingresar en el nuevo sistema con éxito. Solo si conseguía riqueza y poder, podría China convertirse en un miembro activo del sistema mundial, y Yang afirmaba que China ya tenía los recursos para poner en práctica sus ideas[22]. Para

Yang y otros partidarios de este enfoque, la clave del internacionalismo nacionalista estaba en la participación como miembro en igualdad de condiciones en los asuntos internacionales. A Yang y a sus seguidores les parecía que se podían servir mejor los intereses nacionales de China con Yuan como emperador. En un largo ensayo titulado *Salvación Nacional por medio de una monarquía constitucional*, publicado en abril de 1915, Yang argumentaba ampliamente que la república se había mostrado ineficiente para China. Si China quería ser rica y poderosa, tenía que cambiar su sistema de gobierno, y solo una monarquía constitucional podía salvarla[23].

Frank Goodnow (1859-1939), un eminente estudioso americano de la constitución, estuvo al servicio de Yuan como consejero constitucional desde 1913 hasta aproximadamente 1915. Fue presidente de la Universidad Johns Hopkins desde 1914 hasta 1929. Goodnow estaba profundamente interesado en adaptar las medidas constitucionales a la realidad social y cultural china. Creía en Yuan, al que consideraba «honestamente deseoso de salvar a su país» y aceptaba la idea de Yuan de que China solo podía salvarse con un «gobierno prácticamente autocrático»[24]. Ser consejero constitucional de Yuan le daba a Goodnow la oportunidad de poner en práctica su teoría. En el verano de 1915, preparó, a petición de Yuan, un informe sobre los méritos relativos de la república y la monarquía para China. Goodnow afirmaba que la monarquía «se adapta mejor a China que la república», porque el republicanismo no encaja en las condiciones actuales del país. Para Goodnow, «la historia y las tradiciones de China, sus condiciones sociales y económicas, sus relaciones con las potencias extranjeras, todo ello hace probable que el país desarrolle el gobierno constitucional que tiene que desarrollar para preservar su independencia como Estado más fácilmente siendo una monarquía que siendo una república»[25].

El respaldo de un estudioso tan destacado procedente de una influyente república justificaba el cambio de Yuan y acentuaba enormemente la respetabilidad de su proyecto monárquico. Liang Qichao sugería que la campaña monárquica de Yuan empezó con el punto de vista de Goodnow o, por lo menos, lo que parecía ser el caso «en la superficie»[26]. Sin importar cuál fue la motivación original para escribir el informe, el

nombre de Goodnow y su prestigio se utilizaron con gran provecho para promover el sueño de Yuan[27].

Sin duda alguna, otros extranjeros habían expresado las mismas o parecidas ideas, pero ninguno recibió la misma atención o era tan influyente. Si bien sus ideas y acciones no representaban necesariamente al sistema de gobierno oficial americano, sin embargo, Goodnow representaba los intereses de varios grupos de la élite americana en China. La Carnegie Foundation, por recomendación de un presidente emérito de la Universidad de Harvard, lo había propuesto para su cargo de consejero.

Pero incluso con el apoyo de personas como Yang Du y Goodnow, el proyecto monárquico de Yuan acabó siendo un desastre, en el que el propio Yuan sufrió la mayor derrota de su vida. Murió poco después, humillado. Tras la revolución de 1911, nadie podía legítimamente autoproclamarse emperador en China. Como nos recuerda Mary Wright, China era un país radicalmente diferente a como había sido quince años antes[28]. Si el proyecto de Yuan nació del deseo chino de afianzamiento nacional, su caída la causaron las mismas fuerzas. Entre los que se oponían al proyecto de restauración de Yuan, el interés por la internacionalización de China era primordial. La razón principal que oponía Liang Qinchao al proyecto de Yuan era su convicción de que un repentino cambio de sistema de gobierno afectaría negativamente a la pretensión de China de unirse al mundo como un miembro igual a los demás. Afirmaba que el proyecto monárquico estropearía los esfuerzos que había hecho China para asistir a la crucial Conferencia de Paz de la posguerra y, por ello, daría más oportunidades a Japón para boicotear los intereses chinos[29]. Liang atacaba lo que él llamaba los siete errores principales de Yuan; el primero era su incapacidad para concebir el Estado-nación moderno[30]. Para Liang y el general Cai E, el primer general que emprendió una acción militar contra Yuan, había que librar una guerra antimonárquica para recuperar la dignidad humana de cuatrocientos millones de chinos[31].

Liang le concedía tanta importancia a las implicaciones del proyecto de Yuan que arriesgó su vida al escribir un artículo extremadamente duro titulado «Qué extraño es este supuesto problema nacional del sistema de gobierno» (*Yi zhai suowei guoti wnti*). Liang le decía a su hija: «A menos que el cielo me confisque mi pluma, escribiré y denunciaré a Yuan y sus

compinches»[32]. Liang no solo usó su pluma, también se unió a la acción militar contra Yuan viajando al sur para trabajar junto a Cai E, que estaba liderando la lucha. Este viaje al sur sería peligroso y difícil. «Iré aunque arriesgo mi vida, porque la suerte y el destino de toda la nación puede depender de ese viaje», escribía Liang a su hija[33].

Uno de los resultados directos de la abierta oposición militar a Yuan fue que China quedó internamente dividida. La muerte de Yuan privó también a la facción del norte de Beiyang de un líder y «causó la disensión interna», y así, incluso muerto, siguió desempeñando un papel en el nacimiento del caudillismo[34]. Este puede ser su legado personal más importante. Como ha señalado Ernest Young, en la estela del colapso del gobierno de Yuan, en 1916, fue cuando «los militares, sin compartir significativamente el poder con los políticos civiles, afirmaron su primacía e independencia en las provincias»[35].

Desgraciadamente, el fracaso de Yuan no impidió que otros intentaran restaurar el Imperio chino. Si la Gran Guerra contribuyó indirectamente al proyecto monárquico de Yuan al dar libertad a los japoneses para que se cumplieran las Veintiuna Exigencias, el programa de 1917 de restaurar el Imperio Qing nació directamente de las consecuencias de esta guerra.

UN SEGUNDO INTENTO DE RESTAURAR EL IMPERIO CHINO

Quizá ninguna iniciativa individual de un sistema de gobierno extranjero haya tenido un impacto más fuerte en la política interior y en la sociedad china que su sistema de gobierno durante la Primera Guerra Mundial. En lugar de disfrutar de los frutos de su primer gran programa diplomático independiente, China conoció el implacable desorden social, el caos político y la desintegración nacional. Las disputas sobre la política de participación en la guerra agravaron los enfrentamientos entre las distintas facciones, fomentó el caudillismo y llevó a la guerra civil. Tras su política de 1917 de entrada en la guerra, China era un escenario dispuesto para un drama trágico. Una serie de extraños episodios, la disolución del Parlamento, la restauración del emperador Qing, las frecuentes idas y venidas de nuevos gobiernos, la destitución y vuelta del primer ministro

Duan Qirui y la dimisión del presidente Li Yuanhong, todo ello tuvo lugar tras la presión de Duan para que China participara en la Primera Guerra Mundial.

Después de que los chinos hubieran protestado ante Alemania por su política de submarinos en febrero de 1917, la participación directa de China en la guerra parecía inminente. La declaración formal de guerra, sin embargo, no llegaría hasta mediados de agosto, seis largos meses después. El primer ministro Duan no previó que la publicación de su nota de protesta desencadenaría un mayúsculo debate sobre su política de guerra. El debate provocó que casi se desbaratara no solo lo que se suponía que tenía que ser una entrada suave en la guerra, sino lo que es más importante, la misma sociedad china. Tal como observaba el presidente Li Yuanhong: «Tras producirse súbitamente la ruptura diplomática, las crisis políticas se sucedieron una tras otra»[36]. Los debates políticos, especialmente los relativos a los problemas más importantes, pueden ser un proceso natural y sano. Pero a principios del siglo XX, China, cuya sociedad y estructura política no estaban todavía preparadas para aguantar la controversia, los debates políticos eran peligrosos y desestabilizadores. En el pasado, la elaboración de las políticas a seguir en este nivel la llevaban a cabo fácilmente los más altos dirigentes sin consulta previa. Y, cuando se producían debates, el emperador tenía la última palabra. Pero en la época de la Primera Guerra Mundial, y especialmente tras la muerte de Yuan Shih-Kai, ningún dirigente chino gozaba de un poder tan supremo; además, una parte cada vez más amplia de la sociedad se interesaba por la política y tomaba parte activa en ella. Sin embargo, a juzgar por su reacción ante las crisis políticas que surgieron como consecuencia de la cuestión de la guerra, la sociedad china no estaba todavía preparada para este papel. La nueva estructura política republicana, tan frágil e inestable que cualquier crisis podía destruir, hizo que la situación fuera aun más grave. Si los políticos encargados no podían lidiar con esta nueva cultura política multidimensional, o no sabían cómo llegar a compromisos o no tenían la habilidad de conducir a China por aguas inexploradas, solo podían sucederse desastres.

A pesar de la existencia de grupos de oposición, la mayoría de la élite social china apoyaba la participación de China en la guerra. Después de

que se hiciera llegar a Alemania la protesta oficial, la mayoría de los chinos apoyaba el paso del Gobierno de declarar la guerra, con el argumento de que ningún país podía mantener la neutralidad mientras intentaba mejorar su estatus internacional. Como señalaba un contemporáneo: «Cualquier sector políticamente importante en la limitada, aunque activa, esfera de la vida pública china estaba a favor de la ruptura con Alemania». En cuanto a declarar la guerra, «sectores aislados se oponían, como un grupo de radicales dirigidos por el famoso expresidente Sun Yat-sen, pero los partidos del sur en conjunto lo aprobaban y lo respaldaban»[37]. Jian Tingfu, que observaba el debate desde cerca, insistía en que, cuando las facciones militares y civiles estaban debatiendo la política de guerra en 1917, «la mayoría de ellos argumentaba que [China] debía unirse al bando de los Aliados. Pocas insistían en la neutralidad. Ninguna sugirió unirse al bando de Alemania»[38]. El hecho de que una mayoría apoyara la ruptura de China con Alemania e incluso su participación en la guerra explica por qué, el 11 de marzo, el Parlamento apoyara la política de Duan Qirui, con el resultado en la votación de 158 contra 37 en el Senado y de 331 contra 87 en el Parlamento. El gobierno de Duan recibió el mandato de romper inmediatamente relaciones con Alemania[39].

Pero pronto se estropeó este consenso y un desacuerdo personal entre el primer ministro Duan y el presidente Li Yuanhong le daría el primer golpe. Duan estaba obsesionado desde el principio en utilizar la guerra europea como vehículo para la renovación de China y albergaba un deseo secreto de que China hubiera entrado en la guerra desde que estallara. Lian Qinchao podía haber sido la fuerza motriz que respaldara el deseo de China de participar en 1917, pero le concernía a Duan llevar a cabo la política. A principios de 1917, con la invitación americana a elevar una protesta y estimulado por Liang Qichao, Duan consideró que había llegado el momento para una acción rápida. Pero, desde el principio, el primer ministro y el presidente Li Yuanhong discreparon respecto a cómo gestionar la guerra. Cuando el Gabinete de Duan decidió romper relaciones con Alemania, decidió averiguar qué respuesta daría Japón a los objetivos de guerra de China. Esto tenía sentido según Duan porque China ya había fracasado en dos ocasiones anteriormente al querer unirse a la

guerra debido a la oposición de Japón. Cuando Duan y todos los miembros de su Gabinete visitaron a Li Yuanhong a principios de marzo para pedirle su firma en un telegrama que se enviaría al Gobierno japonés, Li manifestó que se trataba de asuntos importantes y aconsejaba que previamente se pidiera la opinión del Parlamento. Lo cierto es que al presidente Li no le parecía adecuado informar a un país extranjero de estas decisiones vitales antes de que el Parlamento hubiera dado su aprobación. Puesto que el plan suponía un paso definitivo de China hacia la declaración de la guerra, Li insistía que tenía que tener la aprobación previa del Parlamento, que era el único que tenía facultad para declarar la guerra. En respuesta y como protesta por la falta de cooperación y la falta de confianza de Li en la opinión del Gabinete, Duan renunció a su cargo[40].

¿Por qué Duan decidió renunciar en lugar de negociar con Li? La personalidad de Duan y su relación con Li explican quizá esta decisión. Duan nunca había respetado al presidente Li y consideraba su negativa a firmar como un agravio personal. Además, en ese momento se vivía una gran confusión respecto a la estructura política del Gobierno chino. Duan opinaba que las funciones presidenciales eran fundamentalmente protocolarias y simbólicas, y que el presidente no tenía por qué intervenir en las decisiones del Gabinete. Pero Li Yuanhong pensaba y actuaba de modo muy distinto. Hombre prudente, Li insistía en que el asunto de la guerra era tan importante que debía considerarse con el máximo cuidado. Como presidente, pensaba que debía insistir en dirigir legalistamente la política bélica, informando al Parlamento y obteniendo su aprobación. Li también se sentía consternado por la naturaleza política del debate sobre la guerra. Una vez comentó a los periodistas que «los compañeros chinos de hoy en día tienen la tendencia de ver el asunto [de que China se uniera a la guerra] como una cuestión de diferentes partidos y de relaciones de partido. Esto no es bueno». Li declaraba: «Si China quiere unirse a la guerra, debe hacerse por interés nacional», y advertía de que «nosotros los chinos no deberíamos nunca entrar en la guerra con espíritu de oportunismo arriesgado»[41]. Sin embargo, a Duan no le preocupaban estas cuestiones legales, siempre que pudiera conseguir sus metas. Por su seguridad en sí mismo, Duan creía que si algo tenía que hacerse, él tenía

que perseguirlo sin importar los riesgos. Li podía tener sus propias ambiciones y principios, pero a diferencia de Duan, conocía sus debilidades y sabía cuándo tenía que ceder. De hecho, su capacidad para hacer concesiones permitió salvar este primer obstáculo político respecto a la política de guerra china. Dos días después de que Duan hubiera dimitido, a través de la mediación del vicepresidente Feng Guozhan, Li accedió a la condición impuesta por Duan antes de que asumiera de nuevo sus obligaciones como primer ministro: que Li no interfiriera en asuntos diplomáticos y en la política exterior del Gabinete. Duan volvió inmediatamente a Pekín para retomar sus obligaciones. El 10 y el 11 de marzo, el Parlamento aprobó la ruptura de relaciones con Alemania por un amplio margen. Todo parecía que funcionaba a favor de Duan y con fluidez. Pero pronto surgió otro problema.

Para asegurarse de que su política de guerra sería aprobada, Duan empezó por solicitar el apoyo de los gobernadores militares en abril. Suponía que si ganaba su apoyo, podría utilizarlo para presionar a sus oponentes, especialmente a aquellos del Parlamento, así como al presidente. Con este objetivo, Duan convocó una conferencia de gobernadores militares. El propio Duan presidió la apertura de sesión. Una vez que Duan les garantizó que la participación en la guerra era en interés tanto nacional como de ellos mismos, estos *dujun* o gobernadores militares provinciales pasaron a ser defensores de la política de guerra de Duan e hicieron cuanto estaba en su mano por apoyarla. Pero, durante su estancia en Pekín, también empezaron a intervenir en la política nacional asistiendo a un Consejo de Ministros e incluso en Asuntos de Exteriores visitando colectivamente los Ministerios de los países aliados[42]. Debido al intimidante poder de los *dujun*, la defensa de Duan respecto a la participación en la guerra contra Alemania despertó fuertes pasiones en los círculos políticos chinos en general, y en la camarilla militar de Beiyang en particular. Pronto esta controversia sacudió la totalidad del frágil sistema político. El problema de la participación en la guerra provocó intrigas en el seno del Parlamento, conflictos entre la oficina del presidente y el Gabinete de Duan y una discusión sobre la constitución.

Con el apoyo de los *dujun*, el Gabinete de Duan se sentía lo bastante seguro como para decidir declarar la guerra a Alemania el 1 de mayo.

Sometido a la presión de Duan y de los gobernadores militares, el presidente Li aceptó trasladar la declaración de guerra de Duan al Parlamento para su consideración. El 8 de mayo, la Cámara de Representantes inició el debate sobre la declaración de guerra. Con el apoyo previo de las dos Cámaras, el Parlamento podría fácilmente haber aprobado este plan. Según Tao Juyin, un estudioso de la política en la temprana república China, la mayoría de los miembros apoyaba la declaración de guerra a Alemania de Duan[43]. De hecho, cuando Wang Zhengting, vicepresidente del Senado y miembro destacado del Partido Nacionalista (GMD), escribió en julio de 1917: «La ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania se aprobó en las dos Cámaras por una amplia mayoría. La misma amplia mayoría habría votado a favor de la guerra contra Alemania si no hubiera habido las interferencias de estos gobernadores militares»[44]. Li Jiannong, un destacado estudioso de la historia política de la temprana república China, insinuaba que «si la camarilla militar de Peiyang no hubiera utilizado métodos agresivos, el programa [de participación en la guerra] habría sido aprobado sin problemas»[45].

Pero Duan y sus compinches calcularon mal la situación e intentaron que el programa se aprobara inmediatamente a su manera. Los *dujun* se encargaron del asunto por sí mismos y eligieron utilizar amenazas para garantizarse la aprobación. El 10 de mayo, mientras la Cámara de Representantes celebraba una sesión de la comisión sobre la cuestión, una muchedumbre de varios cientos de personas que se autodenominaban «Cuerpo de Peticiones de los Ciudadanos», «Cuerpo de Peticiones de los Círculos Militares, Políticos y Comerciales», y otros nombres, se reunían frente a la Cámara. Secretamente y bajo la dirección de los generales del Ejército, su objetivo era «persuadir» a los representantes de que aprobaran la declaración de guerra inmediatamente. Distribuían circulares a los miembros en las que había veladas y no tan veladas amenazas, como «estamos preparados para sacrificarnos» y «nos ocuparemos de vosotros si llegara el caso». Una delegación de seis personas que se autoproclamaban representantes de los ciudadanos incluso se dirigieron al presidente de la Cámara y exigieron que la declaración de guerra se aprobara ese mismo día; de otro modo, incendiarían el Parlamento y asesinarían a sus

miembros. Trescientos miembros de distintos «cuerpos peticionarios» rodearon el edificio y se negaron a dispersarse hasta que se aprobara el programa. Diez o más congresistas fueron agredidos y hostigados. ¿Estaba involucrado Duan es este desastre? Aunque sus enemigos lo acusaron de estar directamente involucrado, algunas pruebas sugieren que el incidente se organizó sin conocimiento de Duan. Según una fuente, el asistente directo de Duan, el general Fu Liangzuo, orquestó todo el episodio sin la autorización de Duan[46]. Tanto si Duan estaba o no involucrado en el plan, no pudo evitar la responsabilidad directa y total. Después de todo, sus asistentes y partidarios habían actuado en su favor, y él fue el primero que incentivó la participación militar en la política civil.

Muchos congresistas estaban tan irritados con Duan y los *dujun* que decidieron retrasar la votación sobre la cuestión de la guerra y exigir que Duan explicara el espectáculo de la muchedumbre que rodeaba el edificio del Parlamento. Los miembros parlamentarios del GMD se negaron a asistir a futuras sesiones mientras no tuvieran garantizada la protección frente a la violencia de las masas y la intimidación. Pero Duan seguía jugando a un juego peligroso, involucrando cada vez en mayor grado a los gobernadores militares en la política central y en la de asuntos exteriores. A mediados de mayo, los *dujun* lanzaron nuevas amenazas en una recepción que ofrecieron a los miembros del Parlamento. Estas constantes amenazas indignaron a los miembros del Parlamento y, el 19 de mayo, la Cámara de Representantes aprobó una resolución que establecía que el programa de guerra solo sería aprobado si se reorganizaba el Gobierno de Duan. Esta acción era en realidad un voto de censura a Duan y a todos los efectos era una petición de dimisión. Pronto quedó claro que el bloqueo entre el Parlamento y Duan Qirui no se resolvería fácilmente. Como señala Tao Juyin, tras la espantosa gestión del desastre de los llamados grupos públicos por parte de Duan y su continua utilización de los gobernadores militares, el Parlamento decidió que tenía que dirigirse el Gabinete antes de aprobar el acta de guerra[47].

Esto supuso un duro golpe para Duan. El acta de guerra estaba atascada y su propio Gobierno estaba en grave peligro. Los miembros del Gabinete de Duan renunciaron como protesta por su bochornosa gestión del desastre de los grupos públicos, dejándole al Gobierno de Duan un

«Gabinete de un solo hombre» compuesto solo por él mismo, el primer ministro. Solo y únicamente con los *dujun* como respaldo, Duan se enfrentó a una situación terrible. Como respuesta a esta crisis, Duan recurrió a nuevas amenazas y a la disolución del Parlamento para asegurarse su supervivencia política y su política de guerra. Más de diez gobernadores militares o representantes expresaron su apoyo para dar este paso y, puesto que el Gabinete carecía de poder para disolver el Parlamento, los *dujun* presionaron abiertamente al presidente Li para que lo hiciera[48]. De nuevo Li tuvo que enfrentarse con Duan. Li, impasible ante la presión de los *dujun*, manifestó que el presidente no tenía poder constitucional para disolver el Parlamento. La tarde el 21 de mayo, sin perspectivas de progreso con Li, todos los *dujun* abandonaron Pekín hacia sus respectivas bases de poder. Dos días después, el presidente Li tomó la valiente decisión de destituir a Duan y nombrar a Wu Tingfang para que actuara temporalmente en su lugar para romper el bloqueo entre Duan y el Parlamento. Duan rechazó aceptar su destitución y calificó la acción de ilegal por no contar con la aprobación del primer ministro —concretamente él mismo—; declaró que no se haría responsable de las consecuencias que pudieran derivarse de esta acción[49]. Esto era equivalente a apelar a los gobernadores militares para que organizaran una rebelión. En consecuencia, a finales de mayo ocho gobernadores militares declararon su independencia del gobierno central de Li.

Surgió, pues, una nueva, e incluso más seria, crisis que puso a Li en el punto de mira. El Gobierno del norte se enfrentaba a la división y a la desintegración. Li se dio cuenta de que, irónicamente, solo podía recurrir en busca de ayuda a un señor de la guerra, Zhang Xun (1854-1923), que no había declarado la independencia y que de hecho había ofrecido voluntariamente sus servicios. Zhang, un resuelto enemigo del sistema republicano y gobernador militar muy conservador de la provincia de Anhui, era conocido como el «general coleta» porque su ejército seguía llevando la coleta como gesto de lealtad a los Qing. El 1 de junio, Li pidió oficialmente a Zhang que intermediara. La confianza de Li en Zhang resultó ser una terrible equivocación, como antes lo fue la de Duan al solicitar ayuda colectiva de los *dujun*. En Zhang, Li no encontró un salvador de la república, sino un destructor de la misma. El 7 de junio,

incluso antes de que él y su ejército hubieran llegado a Pekín, Zhang exigió que el presidente disolviera el Parlamento inmediatamente, de otro modo, él no asumiría la responsabilidad de la mediación. Li, cabalgando ahora a lomos de un tigre, aceptó renuentemente. Tras mucha confusión y muchas diatribas, el presidente disolvió el Parlamento el 13 de junio de 1917. Pero este paso no satisfizo a Zhang, porque el verdadero objetivo de Zhang desde el momento en que aceptó el papel de mediador había sido la restauración del emperador manchú. El 1 de julio, por medio de una disposición de Zhang Xun, la reestablecida corte Qing declaró la restauración. Mientras el sueño monárquico había durado menos de tres meses, la restauración de Qing fue aun más corta, aproximadamente una semana. Zhang Xun interpretó evidentemente mal su época. Insistía que la revolución de 1911 había sido el resultado de las alteraciones provocadas por intelectuales que «estaban absortos en la occidentalización» y que no había sido la elección del pueblo[50]. El rápido colapso del programa de Zhang demostraba la amplia presencia del pensamiento republicano, la causa real de la revolución. Pero el fracaso de la restauración de Zhan dañó gravemente a la política republicana. Li Yuanhong no solo no consiguió resolver el problema de la rebelión de los *dujun*, sino que inconscientemente había ayudado a desatar un fantasma aun peor —el del antiguo imperio Qing—. Dimitió inmediatamente con gran vergüenza y preocupación. Además, el programa de la restauración ofreció a Duan una excelente oportunidad para volver al poder como defensor de la república, desafiando militarmente a Zhang. Pero Duan dejó pasar otra vez la oportunidad y pronto él y cus oponentes de las provincias del sur se enzarzaron en una seria disputa sobre la constitución, lo que llevó a la posterior ruptura del consenso sobre la política de la Gran Guerra.

Cuando, finalmente, Duan logró que China entrara en la Primera Guerra Mundial el 14 de agosto de 1917, el país estaba internamente en peores condiciones, erosionado por las crisis políticas provocadas a lo largo del establecimiento de las bases constitucionales de una política de guerra[51]. El presidente Li se había ido, el Parlamento se había disuelto y la nación estaba dividida. Consiguientemente, el objetivo de la declaración de guerra había cambiado. Antes de la crisis política, el motivo de Duan para unirse a la guerra era fomentar los intereses nacionales de China, pero

después de todo lo que había sucedido, la máxima atención se centraba ahora en combatir internamente a sus oponentes.

LA GRAN GUERRA Y SUS GRANDES IMPLICACIONES

Los generalmente definidos como años de la Gran Guerra coincidieron con un periodo de inmensos cambios en China, cuando la antigua civilización confuciana empezó a desmoronarse y China se esforzaba por convertirse en una nación y pretendía acceder a unas relaciones de igualdad con Occidente. Aunque la Gran Guerra desencadenó importantísimos conflictos internos en China, no debemos desestimar el impacto positivo a largo plazo de la guerra en su desarrollo nacional y las contribuciones de China a la guerra. Con la Gran Guerra, China se embarcó en una nueva travesía —concretamente, la de la internacionalización y la renovación nacional—. La nueva trayectoria de China y su gran contribución a la guerra empezó con el viaje de 140 000 chinos trabajadores a Europa durante la Gran Guerra.

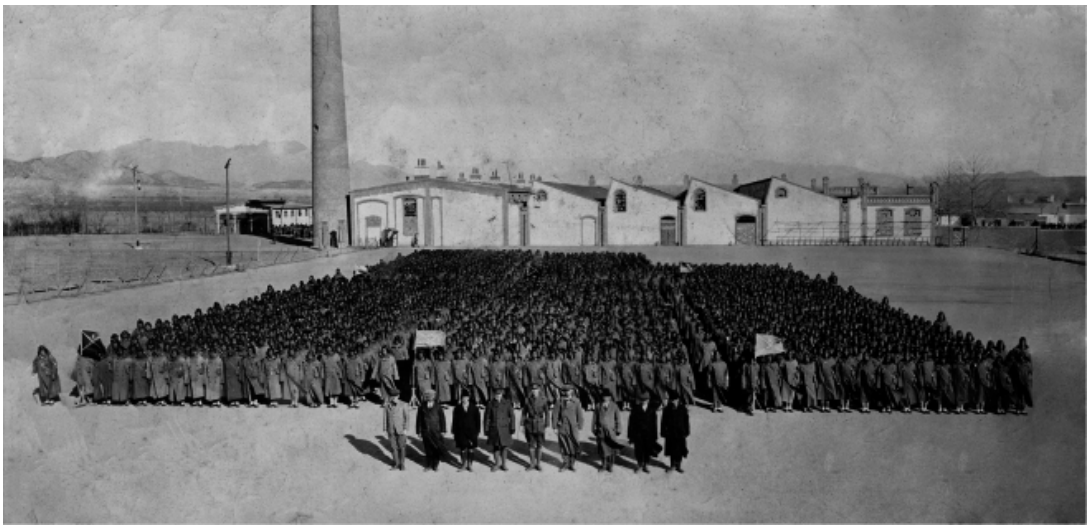


Fig. 21.—Un desfile de voluntarios chinos antes de su partida a Francia.

La Gran Guerra era una guerra total, con combates en el campo de batalla y en el frente interno; que consumía fuerzas de combate y otros recursos humanos. Era también una guerra de trincheras. Los chinos desempeñaron una parte crucial en la guerra de trincheras. Esos trabajadores los reclutaban los Gobiernos de Francia y Gran Bretaña para ayudar a ambos países en su Gran Guerra contra los alemanes después, cuando los Estados Unidos se unieron a la guerra, los americanos también sacaron provecho de su trabajo. Los sudafricanos, indios, vietnamitas y muchos otros trabajadores iban a Francia durante la guerra para apoyar a los británicos y a los franceses. Muchos lo hacían porque procedían de países coloniales y tenían que responder a la llamada de sus señores imperiales. Pero China, que no era colonia de ningún país, envió con mucho el mayor número de hombres, y sus obreros trabajaron en Europa más tiempo que ningún otro. Los chinos fueron voluntarios y sus contribuciones fueron las más significativas (véase fig. 21). Aunque muchos obreros chinos eran granjeros analfabetos sin ideas claras sobre China o el mundo cuando fueron seleccionados para ir a Europa, tomaron parte en el desarrollo de esta nueva identidad nacional y desempeñaron un importante papel en la internacionalización de China. Como resultado de sus experiencias personales en Europa y su trabajo diario con americanos, británicos, franceses y compañeros trabajadores de otros países, los chinos desarrollaron una percepción única de China como nación y como miembro de una familia de naciones. Durante la Gran Guerra, trabajadores de varios países sirvieron en Francia. Venían para responder a la llamada de sus señores coloniales o a buscar un beneficio material personal. Pero ninguno tenía una vinculación directa con la gran estrategia de sus naciones ni influyeron sustancialmente en el desarrollo de sus naciones como lo hicieron los trabajadores chinos en China, que entonces se estaba enfrentando a un importante punto de inflexión histórica. A diferencia de China, ningún país del que venían esos trabajadores había concedido tanta importancia a la Gran Guerra (o tenían tantas expectativas de ella). Sin lugar a dudas, los trabajadores chinos habían ido al extranjero antes, a lugares como California, Sudáfrica y Cuba. Pero los chinos de Francia durante la Primera Guerra Mundial eran completamente diferentes de los grupos anteriores. En primer lugar, su viaje estaba directamente vinculado

a las políticas nacionales de tres países —China, Gran Bretaña y Francia—, que estaban implicados colectivamente en el reclutamiento de trabajadores y en el trato en Francia. Segundo, su llegada a Francia representó el principal impulso de China para la internacionalización y la igualdad de estatus en el mundo. Todas estas características estaban ausentes en los viajes de los grupos anteriores. Su trabajo, sus sacrificios y sus vidas ofrecían a los diplomáticos chinos en París una herramienta fundamental en su batalla por el reconocimiento y la inclusión en el escenario mundial.

Los trabajadores chinos no solo hicieron importantes contribuciones a la guerra, también contribuyeron enormemente en cuanto a lo que sucedió en la Conferencia de Paz de la posguerra y al posterior desarrollo de China. Es importante tener presente que el Gobierno chino y las élites sociales estaban profundamente involucradas en los viajes de los trabajadores a Francia. Desde el principio, las élites chinas, tanto los funcionarios del Gobierno, los intelectuales independientes o los educadores consideraban la idea de enviar trabajadores a Europa desde una perspectiva amplia. En primer lugar, los trabajadores eran partes cruciales y coherentes del gran plan para que China se uniera a la comunidad de naciones como un miembro en igualdad de condiciones. La idea era que tener trabajadores chinos trabajando hombro con hombro con occidentales en Francia forjaría un importante vínculo entre China y Occidente y sería un recuerdo diario al mundo de la relevancia estratégica del programa de «trabajadores como soldados» de China. La clave para entender la intensidad del interés chino en la guerra europea es que se veía como un vehículo efectivo con el que los chinos podían impulsar la internacionalización en el país y situar de nuevo su nación en el extranjero. Por eso, su viaje a Francia simbolizaba la participación activa de China en los asuntos del mundo y suponía un soporte para la poderosa demanda china de igualdad de trato para China y su pueblo en el escenario mundial de la posguerra. El éxito de los trabajadores se refleja también en el hecho de que, aunque nadie les dio ese crédito, son una parte importante de «la mejor generación» china, la generación de los años 1910 y 1920 que cambiaron fundamentalmente la dirección del desarrollo chino durante y después de la Gran Guerra (véase fig. 22).

Fig. 22.—Trabajadores chinos en Francia.

Si no hubiera enviado a sus obreros a Europa y no hubiera intervenido en la guerra, China habría tenido más dificultades en ser invitada a la Conferencia de Paz de la posguerra y, por tanto, no habría tenido la oportunidad de exponer su caso ante la audiencia mundial. Sin sus miembros en la Conferencia de Paz de la posguerra y sin la oportunidad, gracias a la conferencia, de atraer la atención mundial a sus casos, China no habría recuperado Shandong en la Conferencia de Washington que se celebraría en breve. Con los infortunios y los percances que había sufrido China durante sus intentos para involucrarse en la Primera Guerra Mundial, quizá sea sorprendente que los chinos estuvieran tan sinceramente entusiasmados e incluso jubilosos cuando terminó la lucha con la victoria de los Aliados. Sin embargo, cuando llegaron las noticias, el Gobierno de Pekín declaró inmediatamente tres días de fiesta nacional a

partir del armisticio. Treinta mil personas se reunieron ante el palacio presidencial en Pekín el 17 de noviembre para celebrar la victoria; gritaban con una sola voz, «¡Larga vida a la justicia! ¡Larga vida a la independencia nacional!» La excitación y las grandes expectativas se debían a la exaltación china que había en varias declaraciones de Woodrow Wilson respecto al nuevo orden mundial. Aunque no todos los chinos creyeran en él, los sentimientos estaban desbocados con la increíble conclusión de la guerra. Una de las principales razones del atractivo que tenía Wilson para los chinos era la idea de un nuevo orden mundial, especialmente sus planes para formar una Liga de Naciones y de la autodeterminación. Por eso, confiando en Wilson y cautivados por la idea de una Liga de Naciones, los chinos tenían muchísimas esperanzas en la futura Conferencia de Paz, especialmente después de que se supiera que el propio Wilson acudiría a París.

Los objetivos oficiales de los chinos para la Conferencia de Paz de París se inscribían en tres categorías: primero, integridad territorial o devolución a China de las concesiones extranjeras y territorios arrendados; segundo, restauración de la soberanía nacional o abolición de las restricciones impuestas a China por el Protocolo de 1901; tercero, libertad económica o total autonomía tarifaria[52]. Sin duda alguna, el foco de interés inmediato de la delegación china era la recuperación de Shandong. Pero las expectativas chinas en la Conferencia de Paz se vieron decepcionadas cuando las reclamaciones de Japón sobre Shandong fueron apoyadas por Gran Bretaña, Francia e Italia, gracias a un acuerdo secreto que Japón había suscrito con ellos a principios de 1917. La causa china estaba, además, comprometida por los tratados que China había firmado con Japón en 1915 y 1918, respectivamente en relación a Shandong. En una reunión del 22 de abril de 1919, el primer ministro británico Lloyd George, tras admitir que «nunca había oído nada sobre las Veintiuna Exigencias japonesas, por no hablar del ultimátum» que Japón había presentado a China, presionó a Wellington Koo para que eligiera entre permitir que Japón tomara posesión de los derechos alemanes sobre Shandong, como figuraba en el Tratado entre China y Alemania, o reconociera la posición de Japón en Shandong, como estaba estipulado en los Tratados Sino-Japoneses. La razón principal por la que los Cuatro

Grandes presionaban a China para que cediera eran los tratados que China había firmado con Japón en 1915 y 1918. Incluso Wilson, un defensor de la diplomacia abierta en sus Catorce Puntos, se unía ahora a los otros poderes. En la sesión del 22 de abril, replicó a los chinos que la guerra «se había librado fundamentalmente con el propósito de mostrar que los tratados no se pueden violar», y aconsejaba que «sería mejor vivir cumpliendo un mal tratado que quebrantarlo»[53]. El 30 de abril, los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia decidieron permitir que Japón conservara los antiguos intereses alemanes en China, incluido Shandong. El 28 de junio de 1919, todos los miembros de la delegación china decidieron no firmar el tratado y ausentarse de la ceremonia de la firma. Koo recordaba ese día como mucho peor que simplemente triste. «Era un día memorable para mí y para toda la delegación, y también para China. La ausencia de China tuvo que ser una sorpresa, si no una conmoción, para el mundo diplomático reunido en Francia y para todo el mundo en general»[54].

Koo tenía razón. Muchos, incluido Koo, se sorprendieron por el paso que había dado China. Wilson estaba «enormemente afectado por la ausencia de los chinos». Le dijo al secretario de Estado americano, Robert Lansing, que esto era «muy serio. Causará graves complicaciones»[55]. «La traición de Versalles», de hecho, hizo que muchas élites chinas dudaran de la importancia, e incluso de la posibilidad, de que China se identificara con Occidente. La atracción moral y práctica de las ideas occidentales en la búsqueda de China por conseguir talla nacional perdió peso entre muchas élites chinas influyentes. Yan Fu, el conocido intelectual y traductor de muchas obras occidentales, manifestaba que la conducta de Occidente en 1919 mostraba que «trescientos años de progreso evolutivo dependen nada más que de cuatro palabras: egoísmo, masacres, desvergüenza y corrupción»[56]. Algunos concluyeron que el Tratado de Paz de París había sido testigo del «fracaso del wilsonianismo y la victoria del imperialismo». El nuevo sistema mundial, basado en la explotación de Alemania y de China, no podía durar mucho tiempo[57]. Había incluso quien advertía que la Liga de Naciones no podía hacerle ningún bien a China. China tiene que depender de sí misma[58].

Al obligar a que todo el mundo prestara atención a la situación de China, la negativa china a poner su firma en el Tratado de Verallles preparó también el camino a una resolución del problema de Sahdong en la Conferencia de Washington en 1921. En su informe anual de 1920 para el conde Curzon, el sucesor de Jordan en China, Alston, escribía:

> La marea creciente de la estima internacional empezó a agitarse cuando China se negó, débil como era, a dejarse amedrantar para que firmara el Tratado de Versalles. Aunque en ese momento la momentánea victoria política fuera para Japón, la victoria moral seguía siendo de China, y a partir de entonces culminó en la adjudicación de uno de los asientos temporales del Consejo de la Liga de Naciones[59].

Además, la negativa de China a firmar el Tratado de Paz de Versalles dio lugar inmediatamente a que se firmara un nuevo Tratado entre China y Alemania en 1921, para legalizar la abolición de los derechos y establecer una nueva relación. El nuevo Tratado Sino-Alemán fue el primero en igualdad de condiciones que firmó China con un país importante de Europa después de la guerra del Opio. China y Alemania, ambas muy defraudadas por el Tratado de Versalles y habiendo ambas compartido el lazo de la sensación de traición, estaban decididas a pasar página en sus nuevas relaciones mutuas después de 1921. En gran parte, esto explica por qué Alemania gozaba de buenas relaciones con China en los años 1920 y 1930.

Otra influencia directa de la guerra y de la Conferencia de Paz de la posguerra sobre China es que fueron directamente responsables del Movimiento del Cuatro de Mayo, un importante movimiento en la historia de China. Cuando se conoció la noticia de la negativa de las Grandes Potencias de devolver Shandong a China, los estudiantes chinos iniciaron unas protestas el 4 de mayo de 1919. Durante el mes de mayo, mientras la delegación china trabajaba arduamente en París, los estudiantes se manifestaban por toda China, gritando y portando carteles que decían «¡Abajo los traidores!», «¡Justicia para China!», «¡Compra productos nacionales!» y «¡Devuélvannos nuestro Qingdao!», «¡Fuera, luchad por la soberanía nacional, dentro, castigad a los traidores nacionales!» era un

eslogan muy popular en 1919. El Movimiento del Cuatro de Mayo marcó el final de los esfuerzos chinos sin límite para ingresar en el sistema liberal occidental, esfuerzos que habían empezado con su pretensión de unirse a la Primera Guerra Mundial, y dio lugar a la búsqueda china de una tercera vía, una vía entre las ideas occidentales y la cultura tradicional china. El movimiento fue la expresión de la desilusión pública de la nueva política de exteriores con las potencias occidentales al negarse estas a devolver Shandong. «La fe de la juventud china en el idealismo wilsoniano se ha hecho añicos», escribió un chino[60]. Para Chen Duxiu, el intelectual liberal prooccidental y después cofundador del Partido Comunista Chino, Wilson había resultado ser un «cañón sin contenido» cuyos principios «no valían ni un penique»[61]. Por toda China, los estudiantes expresaban libremente su decepción ante el fracaso del wilsonianismo. Los de la Universidad de Pekín se burlaban cínicamente diciendo que Wilson había descubierto una asombrosa nueva fórmula para el idealista orden mundial: «14 [en referencia a los catorce principios de Wilson] = 0»[62]. La humillación que sufrió China en París amortiguó los deseos de una identidad nacional occidentalizada. El fracaso efectivo de la Conferencia de Paz de París distanció a los intelectuales chinos, muchos de los cuales habían estado expuestos a las ideas sobre la decadencia de Occidente de personas como Oswald Spengler. El Movimiento del Cuatro de Mayo, otro punto de inflexión en la búsqueda de China de su identidad nacional, impulsó la búsqueda de una tercera vía, una vía entre las ideas de Occidente y la cultura tradicional china. Tras la desgarradora experiencia en la Conferencia de Paz de París, los chinos percibían la Revolución Bolchevique como el único modelo válido para la construcción del Estado y la Rusia bolchevique era la única potencia que parecía solidaria con sus aspiraciones. En este punto, Mao Zedong, entonces solo otro joven más de la juventud formada, llegó a la conclusión de que Rusia era «el país civilizado número uno en el mundo»[63].

Solo desde la perspectiva de esta «doble traición» podemos comprender totalmente el súbito interés de China por la Revolución rusa y el Imperio soviético que vino a continuación. Cuando tuvo lugar la Revolución bolchevique, en 1917, China no pareció mostrar interés. Pocos, si es que había alguno, prestaron una atención seria al marxismo en

ese momento. Solo después de 1919, tras ser traicionados por Occidente, empezaron los chinos a pensar en el sistema político ruso y a iniciar estudios serios sobre el marxismo. Los resultados de la Primera Guerra Mundial sembraron la simiente de la destrucción del Imperio japonés en la Segunda Guerra Mundial y finalmente originó el nacimiento de un imperio rojo en China (la dictadura comunista), pero esto es otra historia que ha de ser contada en otro momento.

Capítulo 12

El Imperio de los Estados Unidos

Christopher Capozzola

PRÓLOGO:
EL CANAL DE PANAMÁ: 1914

El 16 de agosto de 1914 los periódicos reseñaban la apertura del Canal de Panamá. A primera hora de la mañana anterior, el barco de vapor Ancon salió de Cristóbal en el mar Caribe para hacer una travesía de un día de duración hacia el océano Pacífico, completando en nueve horas un viaje para el que habitualmente se necesitaban dos semanas. Pero un ingeniero del canal, al comprobar la falta de algarabía, comentaba que «un observador extranjero que hubiera venido de pronto a la escena habría pensado que el canal había estado siempre operativo». Las noticias de Panamá habían sido eclipsadas ese día por titulares que relataban acontecimientos que sucedían a cientos de millas de distancia, en Europa, donde las disputas diplomáticas se habían intensificado hasta llegar a la guerra entre las principales potencias, un conflicto que los comentaristas de la época, y los historiadores que desde entonces reflexionan sobre ella, entendieron como una guerra entre rivales imperiales[1].

Dos años y medio después, en abril de 1917, los Estados Unidos entran oficialmente en la guerra en Europa, y sus fuerzas armadas desempeñaron un papel crucial en las etapas finales de la guerra. En el momento del armisticio, los Estados Unidos habían reclutado y entrenado a casi cuatro millones de hombres y mujeres en sus fuerzas armadas, y habían mandado cerca de dos millones a Francia. Estados Unidos movilizó su imperio —del que el recién construido Canal de Panamá era la joya de la corona— como parte del esfuerzo de guerra mundial. Pero este imperio, como el día de la apertura del canal, permanecen en las sombras de la historia, en parte porque el Imperio de los EE. UU. solo tuvo un pequeño papel durante la intervención crítica de 1917-1918 en Europa. Aunque los Estados Unidos no desplegaron grandes ejércitos de soldados coloniales en las trincheras del Frente Occidental —como hicieron Gran Bretaña y Francia—, sin embargo, utilizaron su imperio en la guerra y repensaron los términos de control colonial sobre la marcha. Si bien el imperio territorial tuvo poca importancia para el esfuerzo de guerra de los EE. UU. durante la Primera Guerra Mundial, el tiempo de guerra transformó, sin embargo, el imperio de los EE. UU. en un conjunto de instituciones políticas y mentalidades. En particular, si nos fijamos en las de prácticas de entrenamiento militar y policial tanto en el imperio territorialmente incorporado a EE. UU. como en los lugares de ocupación militar, quedan al descubierto cambios en los acuerdos coloniales que tendrían consecuencias para la generación futura, incluso aunque rara vez fueran motivo de titulares en la prensa.

Entre 1914 y 1924, los Estados Unidos establecieron, armaron, entrenaron y, a veces, administraron directamente las fuerzas militares o policiales de cerca de una docena de territorios dependientes y naciones teóricamente soberanas. Desde una visión imperial de la Primera Guerra Mundial —y con una cronología que se extiende más allá del estricto 1914-1918— se descubre la importancia a largo plazo de los acontecimientos del tiempo de guerra en la periferia del Imperio de los EE. UU. La Primera Guerra Mundial llevó al límite la capacidad del ejército de los Estados Unidos para la administración imperial, tanto por el envío de soldados experimentados a servir en Europa como por poner en duda la autoridad de los Estados Unidos para ejercer un control soberano sobre otras naciones. Cuando los soldados estadounidenses clamaban por

ir a Francia, cuando la agitación mundial hacía que la estabilidad y el orden políticos fueran una cuestión apremiante y cuando los latinoamericanos, caribeños y asiáticos señalaban las contradicciones del imperialismo de los EE. UU. en una época que acariciaba los derechos de la autodeterminación nacional, resultó cada vez más claro que el entrenamiento militar y de la Policía era una solución práctica, retórica y temporal a una crisis que la guerra había provocado[2].

La ambiciosa política policial de Estados Unidos tuvo también consecuencias, a corto y a largo plazo. Llevó a muchos de estos países más firmemente a una órbita cuyo centro era los EE. UU. Distorsionó las prioridades políticas y presupuestarias de pequeñas naciones que estaban mal preparadas para alinear grandes ejércitos armados y llevar a cabo un desarrollo económico. Y estableció relaciones duraderas entre los aparatos de seguridad de estas naciones y las del Imperio de los Estados Unidos que después de 1918 ejercieron el poder más globalmente al tiempo que retrocedían en la adquisición de territorio. El control colonial oficial seguía, pero proliferaron los acuerdos cooperativos informales. La base militar sustituía a la estación carbonera; las maniobras conjuntas complementaban a las aisladas lanchas cañoneras.

EL IMPERIO DE LOS ESTADOS UNIDOS EN EL INICIO DE LA GUERRA

En 1914, el Imperio de los Estados Unidos había vivido una época de transformación, en su tamaño físico, valor estratégico y en su fundamento constitucional. Las guerras devastadoras contra los nativos americanos en 1890 acababan con un largo siglo de conquista militar del continente norteamericano. La guerra con España en 1898 y con Filipinas desde 1899 hasta principios de los 1900 llevó a la anexión de Puerto Rico, Guam, Hawai, Samoa americana y las Filipinas. EE. UU. ejercía también el control efectivo sobre otras partes del Caribe y de América Central por medio de relaciones comerciales coactivas y de intervenciones militares de corto plazo y ocupaciones de largo plazo en Haití y la República Dominicana, Cuba, Nicaragua y México. Así pues, los Estados Unidos no eran novatos en la conquista territorial y la expropiación, pero, sin

embargo, era relativamente un rezagado en la rivalidad imperial en sentido geopolítico. Junto a estas imposiciones de soberanía, emergía también una naciente actitud imperial, influida por las guerras hispano —y filipina— americana y, no menos, por la construcción del Canal de Panamá. El corolario de Theodore Roosevelt de 1904 a la Doctrina Monroe de 1904 anunciaba un «poder de Policía internacional» que «alguna nación civilizada» ejercería en casos «casos flagrantes de infracción», que Roosevelt y su sucesor, William Howard Taft, acostumbraban a utilizar para justificar las intervenciones militares y económicas de Estados Unidos en la cuenca del Caribe. Y, en una serie de decisiones conocida como los Casos Insulares, la Corte Suprema de EE. UU. elaboró el concepto de «territorio no incorporado», que autoriza al gobierno federal a ejercer el poder soberano sobre regiones que nunca se convertirían en parte del territorio de Estados Unidos[3].

Lo que no quiere decir que estos cambios fueran universalmente aceptados. Los años 1900 y 1910 también fueron testigos de un polémico debate sobre el futuro a largo plazo de las posesiones imperiales de Estados Unidos y del estatus de ciudadanía de sus residentes. La elección del presidente Woodrow Wilson en 1912 dio lugar a varias iniciativas para revertir el curso de la política imperial de EE. UU. En un discurso del 28 de diciembre de 1912, en su ciudad natal de Staunton, Virginia, Wilson anunciaba que «Filipinas es nuestra frontera actual, y […] ahora, espero, tenemos que privarnos de esa frontera», una posición que el Partido Demócrata había mantenido ininterrumpidamente en su programa desde las elecciones de 1900. Las medidas que proponían la independencia de Puerto Rico y Filipinas, auspiciadas en el Congreso por el representante de Virginia, William Jones, languidecían, sin embargo, por falta del apoyo de los dos partidos[4].

Pero, en 1915, Wilson explicaba ante el Congreso que su gestión de la cuestión colonial era parte de «medidas políticas más amplias» que la guerra en Europa había hecho particularmente urgentes. «Nuestro enfoque de [los asuntos territoriales de Estados Unidos], y su actitud hacia nosotros son claramente de la máxima importancia en la evolución de nuestras obligaciones en el mundo y en conseguir carta blanca para ejercer estas funciones». Esto estaba, insistía Wilson, «muy íntimamente relacionado

con la cuestión de la seguridad nacional y la preparación para la defensa»[5].

Para Wilson, esto significaba abrir para Filipinas finalmente (si no inmediatamente) la vía de la independencia. El estallido de la guerra en agosto de 1914 acentuó la incertidumbre sobre el estatus de Filipinas. A principios de 1915, el gobernador general de Filipinas, Francis B. Harrison, advirtió al secretario de guerra Lindley Garrison de que no aprobar la ley Jones podría provocar «disturbios». Woodrow Wilson instó a la acción del Senado, invocando «la situación del mundo en general, de la que, en mi opinión, tenemos el deber de eliminar todo elemento de duda o perturbación». No todos estuvieron de acuerdo. El senador de Ohio, Warren G. Harding, atrajo la atención nacional por su intervención en el pleno del Senado en enero de 1916. «No quiero que se diga que esta gran nación, que aspira a un puesto en los Consejos del mundo […] está tan miserablemente asustada que quiere desechar algunas de sus pertenencias para evitar algunos de los peligros de la guerra». Elihu Root, el arquitecto de la política filipina de Estados Unidos y que ostentó después el cargo de senador republicano por Nueva York, rechazó las propuestas de Jones como «irrisorias». Pero se aprobó un proyecto de ley que prometía un mayor autogobierno para Filipinas, Wilson lo firmó el 29 de agosto de 1916 y en Manila se reunieron 40 000 personas para celebrarlo[6].

La guerra en Europa cambió también el papel del imperio territorial de EE. UU. en su estrategia naval y militar. Durante los años de guerra, los EE. UU. exhibían su poder diplomático en América Central y del Sur con varios objetivos en mente: afirmar el dominio de EE. UU. mientras Alemania y Gran Bretaña se dedicaban a la guerra unos contra otros; crear un sentido de unidad hemisférica con los Estados Unidos como voz cantante; y evitar que Alemania pudiera ganar presencia en la cuenca del Caribe, lo que podría amenazar la libertad de acción de Estados Unidos en el recién construido Canal de Panamá. De 1910 a 1916, la Armada de EE. UU. asumía que la guerra contra Alemania culminaría en una batalla naval masiva en el Caribe, y de hecho nunca desde 1913 había supuesto una parte tan contingente del plan de guerra *Black*, su plan para la guerra contra Alemania (los alemanes, por su parte, habían hecho preparativos similares para una guerra naval contra los Estados Unidos). Desconfiando

de la expansión alemana y conocedores de los planes de acción establecidos por el teórico naval Alfred Thayer Mahan, quien vio el Canal de Panamá como un punto de inflexión en la historia de la geopolítica —los Estados Unidos tomaron medidas para hacer valer y defender su supremacía militar en el Caribe mucho antes de entrar en la guerra, y continuaron haciéndolo durante y después del periodo de 1917 hasta 1918 de intervención de los EE. UU.[7]

En ninguna parte las acciones alemanas parecían más amenazadoras que en México, donde el derrocamiento del dictador Porfirio Díaz había desatado la revolución y la guerra civil en la frontera sur de los Estados Unidos. Tomando como referencia el Corolario Roosevelt, Woodrow Wilson envió tropas para una breve ocupación de la ciudad portuaria caribeña de Veracruz en abril de 1914. Durante los siguientes dos años, las autoridades alemanas trataron de ganarse el favor de las principales facciones de la revolución mexicana, y ofrecieron apoyo a los revolucionarios del «plan de San Diego», que pretendían recuperar los territorios mexicanos perdidos en favor de los Estados Unidos en la guerra entre México y Estados Unidos de 1846 a 1848. Mucho antes del telegrama Zimmermann de enero de 1917 —por el que los diplomáticos alemanes recibían instrucciones para ofrecer una alianza militar en tiempos de guerra a México— el Gobierno de EE. UU. (y estadounidenses que vivían en el sudoeste) creían que la intriga de Alemania perturbaría las relaciones fronterizas y arrastraría a los Estados Unidos a la guerra europea[8].

Otro paso importante para la consolidación de la hegemonía de EE. UU. en el Caribe fue la adquisición en 1916 de las Islas Vírgenes de Estados Unidos, que pertenecían a Dinamarca. La idea había estado sobre la mesa desde hacía décadas, pero fue la Guerra Mundial la que lo hizo posible: EE. UU. temía que Alemania conquistara Dinamarca o presionara a los daneses para que le otorgara concesiones territoriales en las Indias Occidentales danesas, lo que supondría una amenaza para los intereses estadounidenses en la región en general, y en el Canal de Panamá más concretamente. De hecho, en septiembre de 1915 el secretario de Estado Robert Lansing llegó a comunicar al Gobierno danés que, si cedía las islas a Alemania (ya fuera por consentimiento o coacción), los EE. UU. las

invadirían y se apoderarían de ellas. Las negociaciones para la transferencia no tuvieron incidentes —los daneses tenían poco interés en mantener su imperio insular, económicamente inviable—, pero la compra de las Islas Vírgenes traía consigo un inconveniente: el Gobierno danés (presionado por los funcionarios coloniales y por los residentes de la isla) insistió en que «los residentes» de las islas debían convertirse en ciudadanos estadounidenses. Lansing aceptó y el acuerdo se selló el 4 de agosto de 1916, poco después fue ratificado por las dos naciones, y la bandera danesa fue arriada el 31 de marzo de 1917. El *New York World* publicó en un editorial que los 25 millones de dólares que habían costado las islas era un precio alto, «pero si se considera como un seguro contra la amenaza de una potencia enemiga, es bastante barato»[9].

Las decisiones tomadas con respecto a las Islas Vírgenes tuvieron consecuencias en Puerto Rico, a solo 50 millas al oeste del territorio más reciente de los Estados Unidos. Ya desde la anexión en 1898, los líderes políticos portorriqueños habían estado presionando para obtener mayor autonomía política, pero la amenaza de la guerra fue la causa de que la administración de Wilson exigiera perentoriamente reformas que aclararan la situación de la isla y sus habitantes. Durante el debate en el congreso sobre el estatus de Puerto Rico, en febrero de 1917, el secretario de guerra Newton D. Baker dijo al congreso que la aprobación de la legislación era «de suma importancia si vamos a enfrentarnos pronto a una crisis internacional». La segunda Ley Jones, firmada el 4 de marzo de 1917, marcó la culminación de cuatro años de conflictos partidistas y maniobras legislativas sobre la cuestión de Puerto Rico. Los miembros del congreso se habían opuesto a las versiones anteriores que concedían la ciudadanía estadounidense a los residentes de Puerto Rico, pero, después de las concesiones que los EE. UU. habían hecho a Dinamarca en las negociaciones de las Islas Vírgenes de Estados Unidos, se hizo políticamente imposible negar a los puertorriqueños lo que las Islas Vírgenes acababan de obtener. Wilson se mostró satisfecho con la aprobación de la ley, al igual que el general de brigada Frank McIntyre, que dirigía la Oficina de Asuntos Insulares del Departamento de Guerra. «La sensatez de estos actos se justifica por ser medidas de preparación para la actual emergencia», explicaba en su informe anual. «Han sido

aceptadas por las personas más afectadas como un oportuno reconocimiento de sus derechos al autogobierno y como una prueba adicional de la generosidad del pueblo estadounidense en sus relaciones con sus territorios más recientes[10].»

Los cambios en la política colonial EE. UU. habrían ocurrido con o sin guerra mundial —Woodrow Wilson y sus compañeros demócratas habrían insistido en revertir las políticas que habían estado en vigor desde el imperialismo sin reservas de William McKinley—. Pero, incluso antes de que los EE. UU. entraran en la guerra, los acontecimientos en Europa cambiaron dos factores claves que acelerarían todo calendario de reformas que pudiera tener en mente Wilson en Staunton, Virginia, en 1912: con la guerra surgieron las preocupaciones sobre los motivos y las acciones alemanas en América Latina y el Pacífico, y la guerra abrió un espacio para que los súbditos colonizados exigieran reformas del Gobierno imperial de los Estados Unidos.

LA MOVILIZACIÓN DEL IMPERIO

La declaración de guerra de los Estados Unidos contra Alemania el 6 de abril 1917 llevó también al Imperio de los EE. UU. a la guerra. La legislatura filipina —recientemente creada por la Ley Jones del año anterior— anunció su apoyo a la política estadounidense, aunque la decisión ya había sido tomada por los filipinos. En la República Dominicana, entonces bajo ocupación militar, no había legislatura y, por lo tanto, la declaración de los EE. UU. llevó efectivamente también a ese país a la guerra. En América Central, aliados cercanos de Estados Unidos, como Cuba y Panamá, declararon la guerra de inmediato; otros, como Nicaragua y Honduras, esperaron con la esperanza de obtener concesiones diplomáticas de su poderoso vecino del norte, pero pronto se adhirieron. Solo México y El Salvador mantuvieron firmemente su neutralidad[11].

Se movilizaron pocos soldados coloniales para servir en combate; los únicos súbditos coloniales que formaron parte del servicio militar en Europa fueron los que ya vivían en el territorio continental de los Estados Unidos en abril de 1917 y que se unieron o fueron reclutados a partir de entonces. Los Scouts Filipinos —una unidad del ejército de EE. UU.

establecida en 1901— no sirvió nunca fuera de las islas. En Manila, funcionarios coloniales y élites filipinas presionaron para que se creara una Guardia Nacional Filipina que esperaban que sirviera en combate en Europa y funcionara como escuela de formación para los futuros oficiales del ejército de una Filipinas independiente. Muchos filipinos manifestaron su entusiasmo por prestar servicio: cerca de Manila, Crisanto Guevara escribió que «no dudé un instante en ser voluntario […] para defender los derechos de la noble nación americana». Otros fueron menos vehementes. En Honolulu, Pablo Manlapit, un miembro filipino de la Guardia Nacional de Hawai, cuestionó el fervor que acompañó el anuncio de que el servicio militar podría ser recompensado con la ciudadanía de EE. UU. «Yo tengo mi propio país que servir», gruñía. En cualquier caso, el retraso, la oposición y la distancia impidieron que la Guardia Nacional de Filipinas prestara servicio oficial. La guerra incrementó sustancialmente el reclutamiento de filipinos en la Armada de los EE. UU., en la que habían servido solo un pequeño número desde 1901. En 1917, el secretario de la Armada Josephus Daniels comenzó a aumentar el reclutamiento de filipinos para puestos inferiores, como limpiadores y auxiliares (eliminando discretamente a los marineros afroamericanos de estos grados), una política que se mantendrá hasta el final del siglo XX (véase fig. 23)[12].

Fig. 23.—Día de inscripción en el territorio de Hawai.

Un regimiento puertorriqueño proporcionó unos 18 000 soldados al ejército de los EE. UU., la mayoría de los cuales fueron enviados a través del Caribe para proteger el Canal de Panamá. Se reclutó casi al mismo número de portorriqueños como trabajadores civiles para construir las dos docenas de campos de entrenamiento militar construidas a toda prisa después de la entrada de EE. UU. en la guerra en abril de 1917, y miles más fueron canalizados a programas laborales agrícolas creados para responder a la escasez de mano de obra agrícola durante los años de guerra. Retenidos en condiciones de trabajo deficientes, presentaron una

protesta después del armisticio. «Creo que la protección de la bandera de Estados Unidos nos pertenece a nosotros», escribió Bacilo Rivera desde una plantación de algodón de Arizona, «porque los porto [sic] riqueños hemos derramado nuestra sangre por ella». Las autoridades navales en Guam reclutaron, asimismo, a unos cientos de chamorros para servir en la milicia de Guam, más tarde incorporados formalmente en las fuerzas armadas de Estados Unidos como los Auxiliares Nativos del Cuerpo de Marines[13].

La guerra reclutó pocos soldados coloniales, pero movilizó soldados estadounidenses que servían en esos emplazamientos y que se trasladaban gran número a nuevas formaciones que se dirigían a Francia. Algunos soldados en Filipinas formaban parte de las únicas tropas del ejército con experiencia, por lo que en los alistamientos se convocaba inmediatamente a estos hombres para destinarlos a Europa. El número de soldados estadounidenses en las Filipinas se redujo de 13 795 en 1917 a 5255 solo dos años después; los súbditos coloniales que prestaban servicio en los Scouts de Filipinas aumentaron de 5702 a 8159 en los mismos años, pero apenas compensaron la diferencia. John J. Pershing, que serviría como comandante en jefe de las Fuerzas Expedicionarias Americanas (AEF) en Francia, había abandonado Filipinas en diciembre de 1913, mientras Europa todavía estaba en paz y había dirigido la intervención de EE. UU. en el norte de México antes de ser designado para el máximo cargo en las AEF[14].

En México, y más tarde en Francia, Pershing recurrió constantemente a antiguos camaradas filipinos como consejeros y funcionarios subordinados. Como joven oficial de la Marina en 1903, James G. Harbord había ayudado a establecer la Policía de Filipinas, la fuerza policial paramilitar colonial. Harbord impresionó a su jefe, John J. Pershing, que se acordó del joven oficial y lo nombró jefe de Estado Mayor de las AEF en mayo de 1917; después, Harbord se encargó de los Servicios de Suministro, la cadena de suministro del ejército de EE. UU. Harry Hill Bandholtz, mariscal de preboste general de las AEF, había sido jefe de la Policía de Filipinas desde 1907 hasta 1913; el comandante fundador de la Policía, Henry T. Allen, aprovechó su experiencia policial como oficial al mando de la ocupación estadounidense del Rin después de la guerra.

Incluso el obispo Charles Henry Brent, antiguo obispo episcopal de Filipinas que había convertido a Pershing a la Iglesia episcopal, llegó a ser jefe del Cuerpo de Capellanes de las AEF[15].

Aunque todos estos personajes importantes —y cientos de oficiales de rango inferior— se conocían de Filipinas, lo que es más reseñable es que no pretendieron replicar sus experiencias del Pacífico en el Frente Occidental, sino que trataron de dejarlas atrás. «Los principios de la guerra como yo los aprendí en West Point se mantienen sin cambios», explica Pershing en sus memorias de la guerra en dos volúmenes, donde se mencionan las Filipinas solo una vez. A pesar de la afirmación de Pershing, la guerra en Europa —y la Ley de Defensa Nacional de 1916, que puso a las fuerzas armadas de Estados Unidos en un pie de casi guerra— transformó radicalmente el ejército de los EE. UU., pasando de una fuerza de combate fronteriza a pequeña escala a un gran ejército permanente con responsabilidades mundiales y recursos tecnológicamente sofisticados[16].

La guerra también trajo cambios en las relaciones entre los Estados Unidos y sus países aliados. Los días 10-11 abril de 1917 los estadounidenses se reunieron con oficiales navales británicos y franceses, y acordaron que la Armada de los EE. UU. asumiría el mando de la defensa naval en el Caribe. La recién creada Fuerza de Patrulla de la Flota del Atlántico era la encarnación de la Doctrina Monroe, que James Monroe nunca había imaginado, y del Corolario Roosevelt, que Roosevelt solo había soñado, y daba carta blanca a los EE. UU. en la región. Antes de la guerra, sin embargo, Estados Unidos siempre tuvo que andar con tiento para no inmiscuirse en terreno británico. Durante la guerra, nunca se materializó la supuesta batalla naval masiva contra Alemania y la zona del Canal nunca estuvo en peligro. Rara vez tuvieron lugar los previstos ataques de submarinos alemanes y las falsas alarmas eran mucho más numerosas que los asaltos reales. El servicio naval en el Caribe o el Pacífico era lo que un oficial describió poco después de la guerra como «mortalmente aburridos», pero tuvo importantes consecuencias a largo plazo[17].

Para los políticos y los estrategas de Washington, la contribución más importante que podía hacer el Imperio de EE. UU. era económica. La

guerra cambió drásticamente las pautas del comercio transatlántico justo cuando la economía de EE. UU. cambió a una economía de guerra; los territorios coloniales que habían ido dando tumbos con ciclos agrícolas de auge y de contracción experimentaron ahora una subida en los precios de las materias primas, que los cubanos recordarían más tarde como la «danza de los millones». Los salarios, sin embargo, rara vez seguían el ritmo de la escalada de precios por lo que, a pesar de las estrictas leyes antirradicales en vigor en todo el Imperio de EE. UU., aumentó el activismo laboral, tanto durante la guerra como después. Las protestas tomaban cada vez un cariz más anticolonial, expresando su resistencia internacionalista ante la explotación de EE. UU., ya fuera por medio del panasiatismo, el garveyismo, o un anticolonialismo modulado con la retórica de Wilson. Por medio del servicio militar y de la organización laboral, los súbditos del imperio colonial de EE. UU. utilizaron cada vez más el contexto temporal de guerra para cambiar los términos del debate político. Lo que ellos vieron como una oportunidad, los funcionarios coloniales lo entendieron como una amenaza diseñada por Alemania y que exigía una respuesta enérgica[18].

MANTENER EL ORDEN: LA VIGILANCIA POLICIAL DEL IMPERIO DE LOS ESTADOS UNIDOS

Como respuesta al predominio demócrata, a los acontecimientos mundiales y a la presión de los movimientos políticos filipinos y puertorriqueños, en unos pocos años se habían reformulado los términos de la política colonial de EE. UU. en sus territorios más grandes. La declaración de guerra de EE. UU. a Alemania en abril de 1917 intensificó los temores de un alzamiento alemán y la preocupación por la lealtad de los súbditos imperiales de Estados Unidos. En comparación con otros imperios en guerra, había relativamente poca agitación política, pero las autoridades coloniales no estaban del todo tranquilas, especialmente cuando la movilización militar para la guerra en Europa llevó a las fuerzas armadas de Estados Unidos fuera de sus puestos coloniales. Desde las Islas Vírgenes de Estados Unidos, el gobernador contralmirante James Oliver

escribía al secretario de la Armada Daniels: «Hay que tener en cuenta que estas islas, como el istmo de Panamá, son un nido y un foco de intriga y, aunque hasta este momento no ha sido posible encontrar la conexión de cualquiera de los disturbios que se han producido con la propaganda alemana, se considera que es muy posible que haya esa conexión». La guerra requería un replanteamiento de los modelos de control militar, tanto en el Imperio estadounidense formal como en el informal. Más que nunca, el imperio se convirtió en algo que debía ser vigilado para mantener las economías extractivas funcionando sin problemas, y la policía indígena —antes que los militares estadounidenses— sería la encargada de la vigilancia[19].

La intervención militar y la ocupación apenas eran elementos nuevos en la política exterior de los EE. UU. en la década de 1910, aunque aumentaron considerablemente durante el gobierno del presidente Woodrow Wilson. Lo que era diferente era la espectacular expansión de la política de dotación de personal y de formación de militares, paramilitares y de fuerzas policiales teóricamente adscritas a otras banderas. Este enfoque no puede realmente denominarse una política, que supone una visión global planteada desde Washington, más bien se trataba de una serie de respuestas improvisadas a las presiones globales y a las políticas locales de América Latina y el Pacífico. Teóricamente, el objetivo que se pretendía con la formación policial en la mayoría de los lugares era crear fuerzas modernas, profesionales y no políticas que prepararan a los jóvenes para un proceso de construcción nacional, que permitieran un equilibrio políticamente estable entre los cuerpos civiles y militares del Estado y que mantuvieran un orden interno favorable para la inversión económica. En la práctica, los objetivos no declarados incluían la expansión de la autoridad militar de EE. UU. y la creación de una infraestructura de vigilancia de todo el mundo por medio de la incorporación no oficial de fuerzas auxiliares entrenadas para actuar como fuerzas militares del mismo y que, a veces, incluso estaban mandadas por militares de EE. UU., aunque se mantenían fuera del centro de atención política y de los presupuestos del país[20].

El modelo para casi todas estas formaciones policiales fue la Policía de Filipinas, una fuerza de Policía colonial cuasi militar que se había creado

en Filipinas en 1901 como parte del esfuerzo de los EE. UU. para reprimir la revolución filipina. Los policías —la mayoría, filipinos que servían bajo las órdenes de oficiales norteamericanos blancos destacados del ejército de los EE. UU.— estaban teóricamente sometidos al control civil del Gobierno colonial, pero se les podía requerir para servir junto al ejército estadounidense. En la práctica funcionaban como una fuerza paramilitar contra la insurgencia en todas las islas, con estrechos vínculos con las unidades de inteligencia militar de los EE. UU. La Policía de Filipinas mantenía el orden por poco dinero y cumplía una función publicitaria en la metrópoli, cuando en los artículos de noticias se alardeaba de su papel como escuela de la civilización y ciudadanía para los súbditos coloniales filipinos[21].

Durante la Primera Guerra Mundial, las estructuras y las prácticas desarrolladas en la Policía de Filipinas se extendieron por el Pacífico, en particular cuando el radicalismo laboral, la agitación anticolonial y el panasiatismo japonófilo inquietaba a los funcionarios coloniales. Al final de la guerra, la Policía de Filipinas había ampliado su tamaño (incluso aunque la Ley Jones hubiese colocado a filipinos en sus puestos más altos). Las fuerzas de vigilancia militares y paramilitares vigilaban a los líderes laborales japoneses en Hawai, a los trabajadores chamorros de las bases navales de Guam, y a los radicales anti-coloniales de Asia del Sur en el Pacífico Noroccidental[22].

El modelo policial del Pacífico fue replicado en el Caribe, especialmente cuando los EE. UU. regentaba múltiples ocupaciones militares, las más grandes en Haití y en la República Dominicana. El 28 de julio de 1915, los marines norteamericanos desembarcaron en Haití para intervenir en los disturbios económicos y políticos. Sin embargo, la situación sobre el terreno no era tan grave como el contexto geopolítico o como la amenaza que suponía de infiltración alemana. Como secretario Lansing explicó al embajador de Haití, si Estados Unidos no hubiera intervenido, «con toda probabilidad alguna otra nación se habría sentido impulsada a hacerlo», y comentaba que «los haitianos inteligentes deben sentirse satisfechos de que fuera Estados Unidos en lugar de alguna otra potencia cuya motivación pudiera no haber sido tan desinteresada como la nuestra»[23].

El Gobierno militar de EE. UU. estableció al poco una fuerza nacional de Policía, la Gendarmería de Haití, bajo control directo de los marines de los Estados Unidos. Al mando de un joven comandante, Smedley Butler, un entusiasta del imperio, la gendarmería funcionó como una herramienta de lucha contra la insurgencia, reprimiendo brutalmente los movimientos anticoloniales en las provincias rurales de Haití, como la rebelión de los *cacos* en 1918. La gendarmería se esforzó poco por aparentar ser una escuela de ciudadanía. Los marines incorporaron la mentalidad de Jim Crow de las fuerzas armadas de los Estados Unidos a sus funciones de supervisión de gendarmes haitianos sin experiencia. Con los hombres, tenían poco respeto; con los insurgentes campesinos, incluso menos. El propio Butler recordaba que él y los gendarmes «cazaban *cacos* como si fueran cerdos»[24].

No mucho después de la intervención de EE. UU. en Haití, los marines estadounidenses ocuparon la otra parte de la isla de La Española. El 5 de mayo de 1916, una importante fuerza desembarcó en la capital dominicana de Santo Domingo en medio de los disturbios civiles y estableció un gobierno militar que permanecería en el lugar hasta 1924. Una de las primeras acciones del Gobierno consistió en el desmantelamiento del Ejército dominicano existente y en la creación de una nueva fuerza para reemplazarlo. El 7 de abril de 1917, un día después de que EE. UU. declarase la guerra a Alemania, el gobernador militar Harry S. Knapp emitió una orden ejecutiva para la instauración de la Guardia Nacional Dominicana. Como en otros lugares, la nueva fuerza reemplazaría totalmente a las unidades militares y policiales existentes y sería dirigida por marines norteamericanos «con el propósito de entrenar a la Guardia y conseguir que alcance un alto grado la eficiencia»[25].

Pero de nuevo —como en otros sitios—, en la práctica el programa no funcionó como se había anunciado. La Guardia Nacional fue siempre una mezcla híbrida de ejército y fuerza policial, «nunca lo suficientemente grande como para cumplir con las funciones que son responsabilidad de un ejército nacional y […] demasiado militar como para dedicarse, salvo esporádicamente, a sus obligaciones policiales», como comentaba después el coronel Rufus Lane, uno de sus oficiales. Mal financiada desde el principio, la Guardia Nacional no estaba bien entrenada, sobre todo

después de que los oficiales de la Armada cualificados abandonaran la República Dominicana para ser trasladados a Francia. Los que se quedaron no ponían mucho entusiasmo en el trabajo de formación policial. Como uno de ellos, Joseph H. Pendleton, señalaba, era desalentador que «cuando en su servicio le llegaba a uno la primera guerra real, lo dejaran aparcado aquí» (véase fig. 24)[26].

Con la soberanía de Estados Unidos sobre las Islas Vírgenes llegó también un gobierno militar administrado por la Armada de los EE. UU. que era el vivo retrato de las organizaciones similares de Haití y Guam. La legislación aprobada de Las Islas Vírgenes, sancionada por el Congreso el 3 de marzo de 1917, describía la administración naval como «un Gobierno provisional», y la emergencia de la guerra inminente (los EE. UU. ya habían roto relaciones diplomáticas con Alemania y no tardarían en declarar la guerra) proporcionaba toda la justificación necesaria para dar a la Armada carta blanca en el control del día a día. El gobernador militar estableció una nueva fuerza policial, lo que exacerbó las tensiones que ya había entre los isleños y los cuerpos de Policía que habían existido durante el período colonial danés. En 1907, los daneses habían eliminado la Policía local y la habían sustituido por soldados daneses como agentes de Policía; los residentes de la isla se resintieron de la pérdida de puestos de trabajo y consideraron como un agravio lo que vivían como un ambiente de estado policial. La Armada reincorporó a los isleños a sus cargos, pero los sometió al control de EE. UU. y a la misma dinámica de segregación racial y subordinación que operaba en la cercana Haití[27].

Y seguían. En febrero y marzo de 1917, los EE. UU. enviaron un pequeño número de tropas a Cuba para intervenir en una elección polémica allí, menos preocupados por el resultado que temerosos porque la situación pudiera abrir una puerta a la acción naval alemana. En un año, los EE. UU. se habían comprometido, bajo el eufemismo de la «cooperación naval» a entrenar, equipar y comandar la Armada de Cuba para cualquier fin práctico. En Puerto Rico, los funcionarios coloniales estadounidenses expandieron la Policía insular y tomaron medidas para vincular a sus funcionarios con la División de Inteligencia militar del ejército de EE. UU.[28]

En junio de 1918, la violencia política y la agitación laboral en Panamá hicieron temer por la estabilidad del Canal de Panamá, y los Estados Unidos intervinieron allí de nuevo. En octubre, funcionarios de Estados Unidos y de Panamá iniciaron una reestructuración completa de la Policía nacional de Panamá. De hecho, la Policía nacional ya estaba bajo control de EE. UU. A raíz de un motín en abril de 1915 en la zona del Canal, el secretario de Estado William Jennings Bryan presionó intimidatoriamente al Gobierno panameño para que desarmara al cuerpo de Policía y lo colocara bajo el control efectivo de las fuerzas militares estadounidenses estacionadas en la zona del Canal. Los soldados estadounidenses permanecerían en la provincia de Chiriquí hasta 1920[29].

La creación de fuerzas de Policía en el Pacífico y el Caribe permitió que EE. UU. desplegara sus esfuerzos propios en otros lugares. Después del armisticio, Estados Unidos destinó 250 000 soldados a la ocupación y la reconstrucción de la Renania alemana. Bajo el mando del general Henry T. Allen, antiguo jefe de la Policía de Filipinas, las tropas estadounidenses llevaron al frente europeo las prácticas de la ocupación y del control imperial[30].

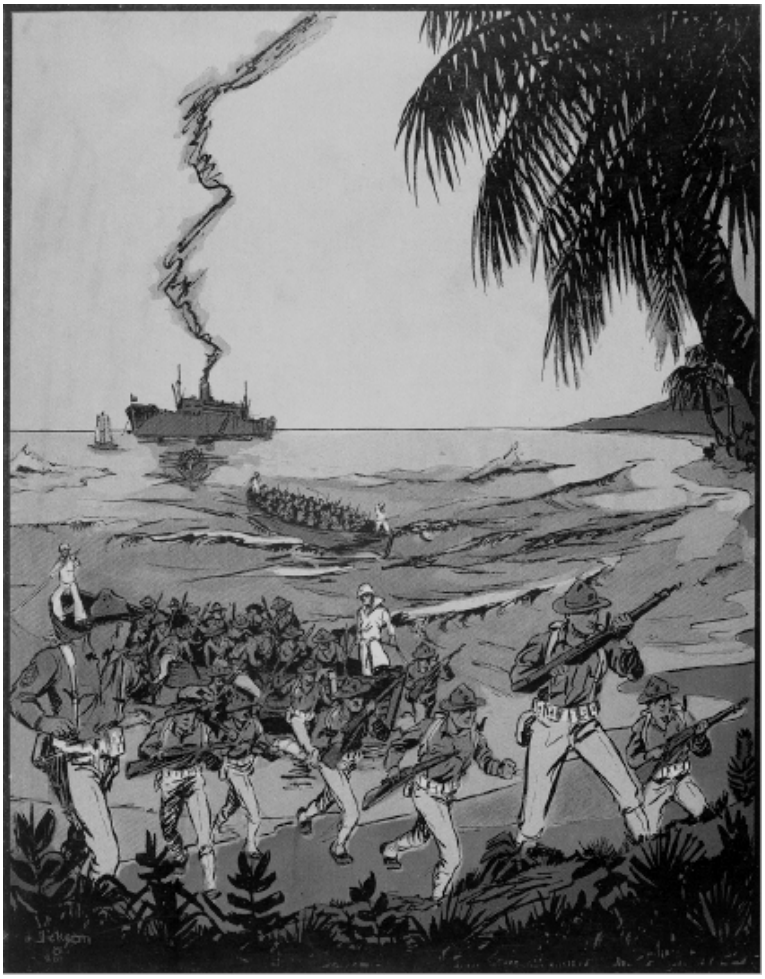


Fig. 24.—Desembarco de marines bajo el fuego en Santo Domingo.

La excepción más visible y polémica a este modelo emergente se dio en México, donde los soldados de los ejércitos nacionalistas revolucionarios y los dirigentes de los sucesivos regímenes rechazaron de manera uniforme la interferencia de EE. UU. Así pues, la Policía de EE. UU. se centró en la seguridad de la propia frontera, primero por medio de la Expedición Punitiva, un incremento de tropas en y una serie de redadas en 1916 en busca del líder revolucionario Pancho Villa, y luego, después del final de la guerra, por medio de una militarización a gran escala de la frontera entre EE. UU. y México. Los soldados que regresaban del servicio en Europa a veces se vieron trasladados a la región fronteriza,

donde el ejército había construido veinticuatro puestos solo en Texas y donde después de 1919 mantuvo una patrulla aérea de frontera. En 1924, se estableció una sección civil, la Patrulla Fronteriza de los EE. UU.[31]

La preocupación de Estados Unidos con la Policía colonial, el orden social y la vigilancia no era exclusiva de la época de la Primera Guerra Mundial, pero la guerra —y sus dos amenazas, la de la invasión alemana y la de la subversión anticolonial— le dio a la actividad policial una intensidad y urgencia que no había tenido antes. Repercutiría también en las experiencias de los estadounidenses en el frente interno, donde la guerra aceleró las tendencias a largo plazo hacia la profesionalización de la Policía, la expansión del poder federal de la Policía, y el desarrollo de la competencia de la inteligencia militar en la vigilancia nacional antirradical. Cuando el fiscal general Thomas W. Gregory señaló en el informe anual de 1918 del Departamento de Justicia que «podemos decir con seguridad que nunca en su historia ha sido vigilado tan a fondo este país», describía el territorio continental de Estados Unidos. Pero sus comentarios podrían haberse aplicado exactamente igual al imperio de EE. UU. y a sus territorios de ocupación militar[32].

Abundaban quienes se oponían a las políticas estadounidenses, incluso aunque la legislación antirradical del tiempo de guerra hacía guardar silencio a muchos críticos, tanto en los Estados Unidos como en su imperio. A finales de la guerra, el escritor dominicano Américo Lugo atacaba los EE. UU. por destruir la Guardia Republicana de antes de 1916 y sustituirla por una copia al estilo estadounidense que reflejaba poco las tradiciones dominicanas y que en absoluto podía conseguir la lealtad del pueblo dominicano. Los nacionalistas filipinos denunciaron el establecimiento de instituciones militares coloniales que servían a las necesidades de seguridad de los colonizadores en lugar de a los objetivos militares de una futura Filipinas independiente. La cultura popular portorriqueña veía con recelo el momento de la aprobación de la Ley Jones, que concedía a sus habitantes la ciudadanía de EE. UU., y de la Ley de Servicio Selectivo que reclutaba a los portorriqueños para el Ejército de Estados Unidos, lo que generó un convencimiento popular de que Washington había maquinado «la ciudadanía para el servicio militar obligatorio». Y, después de la guerra, los pacifistas estadounidenses y

antiimperialistas emprenderían una serie de investigaciones —que culminarían con audiencias en el Congreso— sobre las políticas de ocupación en Haití y la República Dominicana. Había testimonios que documentaban la violencia generalizada perpetrada por las fuerzas de Policía inexpertas, pero la violencia en la que habían incurrido los haitianos o los dominicanos atrajo pocas críticas e incluso menos supervisión[33].

¿Funcionaron las iniciativas de vigilancia policial? La respuesta a esa pregunta depende de lo que se suponga que se pretendía alcanzar. Como escuela de ciudadanía, campo de entrenamiento para una nación soberana y método para separar lo militar de lo civil, estos esfuerzos fracasaron. Pero lograron otros objetivos: tuvieron un papel importante en la represión de la insurgencia y del activismo anticolonial. Al mismo tiempo, ahorraron dinero y permitieron que Estados Unidos retirara sus fuerzas armadas de esos países y las redistribuyera por Europa. Sustituyeron a los ejércitos indígenas, que tenían el apoyo popular y objetivos nacionalistas a menudo antagónicos a los intereses estadounidenses. Y estas fuerzas les resultaron muy útiles a los dictadores emergentes, que encontraron que la formación liderada por Estados Unidos relacionaba a las fuerzas militares y policiales de estos países con los modelos de EE. UU. para el resto del siglo XX. D. P. Calixte, el comandante de la Garde d'Haiti, comentaba en 1939 respecto a su fuerza: «Su espíritu, su moral y su entrenamiento militar son estadounidenses». Mientras que los *gurkhas* coloniales británicos y los *tirailleurs* franceses lucharon en el Frente Occidental, las tropas coloniales de Estados Unidos no lo hicieron. Sin embargo, los dos millones de soldados estadounidenses en Europa dependían en parte de los soldados del Ejército panameño y de los marineros de la Armada cubana, de los Scouts de Filipinas y de la Guardia Dominicana. Y casi un siglo después, todavía sigue siendo así[34].

EPÍLOGO

El final de la guerra, en noviembre de 1918, apenas puso fin a las prácticas de formación de la Policía militar ni a la insistencia de los militares de EE. UU. en su importancia estratégica. Los acontecimientos

de la posguerra —disturbios laborales en el territorio continental de Estados Unidos, la revolución en Rusia, los movimientos nacionalistas radicales en el Caribe, las revueltas anticoloniales en Irlanda y en la India— reafirmaban la convicción de las autoridades de que era necesaria la vigilancia policial de las colonias e integraban los esfuerzos estadounidenses en una emergente red global de prácticas anticoloniales.

En 1921, Warren G. Harding y los republicanos sustituyeron la administración demócrata de Woodrow Wilson, pero poco cambió en la actuación policial en el imperio de EE. UU. La guerra civil y una elección controvertida en Nicaragua en 1924 trajeron otro ejército de ocupación de los marines estadounidenses. Al igual que en intervenciones anteriores, el Gobierno de EE. UU. anunció una retirada rápida de las fuerzas de ocupación y su sustitución por una fuerza entrenada por Estados Unidos y centrada en Estados Unidos, que actuaría por los intereses de EE. UU. sin que ondeara su bandera. Como le explicó el secretario de Estado interino Joseph C. Grew a su homólogo de Nicaragua en 1925: «La Policía colonial tiene que estar armada, equipada y entrenada como un cuerpo de Policía militar para que reemplace totalmente a la Policía nacional existente, a la Armada y al Ejército de Nicaragua. A esta fuerza hay que entrenarla libre de toda influencia política, como una institución nacional, y debe actuar solo para mantener la paz, la ley y el orden»[35]. Una generación después, las cosas tenían un aspecto muy diferente: Estados Unidos se retiró de la República Dominicana en 1924, de Nicaragua en 1933, y de Haití en 1935. En 1934, los EE. UU. establecieron un sistema de gobierno de mancomunidad en la senda hacia la independencia de Filipinas; en 1936 se puso fin a su condición de cuasi protectorado sobre Panamá, y ese mismo año se transfirió el control político de las Islas Vírgenes de la Armada estadounidense a un gobierno civil, todo ello al tiempo que se hablaba de relaciones de buena vecindad. Entre esos vecinos estaban: Harmodio y Arnulfo Arias, que llegaron al poder en Panamá en 1931 y presionaron a los oficiales estadounidenses para que les cedieran el control de la Policía nacional de modo que pudieran utilizarlo como una fuerza política orientada a suprimir a sus oponentes; el dictador nicaragüense Anastasio Somoza García, que encabezó la Guardia Nacional después de que las tropas estadounidenses hubieran salido en 1933 y un

año después usó la fuerza para derrocar al Gobierno de Augusto Sandino; Manuel Quezon, primer presidente de la Mancomunidad Filipina, que llegó al poder dentro del régimen colonial de EE. UU. como informante de la división secreta de la Policía de Filipinas; Rafael Trujillo, que siendo joven dejó su trabajo sin futuro como guardia de seguridad de una central azucarera en enero de 1919 para unirse a la Guardia nacional dominicana y luego ascender hasta la cúpula de la Guardia, y que utilizó la fuerza para tomar el poder en 1930. La Segunda Guerra Mundial vería una movilización mucho mayor de soldados coloniales y transformaciones a largo plazo en el poder militar de EE. UU., tanto en el Caribe como en el Pacífico. Y en el siglo XXI, desde Haití, Timor Oriental y Kosovo hasta Irak y Afganistán, los programas de formación policial —recién rebautizado como «desarme, desmovilización y reintegración»— siguen funcionando como parte de los mecanismos de los poderes imperiales, que se basan en los modelos de la actividad policial, la formación y la cooperación militares que se aplicaron con firmeza durante la Primera Guerra Mundial[36].

Capítulo 13

Los imperios en la Conferencia de Paz de Versalles

Leonard V. Smith

¿Eran los imperios en la Gran Guerra simplemente Estados-nación a gran escala o eran algo más? Durante mucho tiempo, las categorías de la escuela realista de la teoría de las relaciones internacionales nos han alentado a pensar lo primero. Según una visión realista, los imperios, al igual que los Estados-nación, tienen características similares a las humanas[1]. Cuentan los realistas que los imperios tienen apetitos y aversiones. Anhelan los territorios no conquistados y codician los dominios de los imperios rivales. Por encima de todo, viven en perpetuo temor por su propia seguridad en una búsqueda de «seguridad» dentro de un esquema suma cero. Un imperio puede estar seguro si sus rivales están menos seguros. Al igual que los Estados-nación, los imperios se encuentran por lo tanto bloqueados en un dilema de seguridad disfuncional, compitiendo cuando cooperar sería más ventajoso para sus intereses personales[2]. De hecho, bajo el realismo, la tensión estructural de los imperios les confiere una especie de ciclo vital. Nacen, crecen

fuertes, se extienden demasiado, envejecen, se debilitan, y, finalmente, mueren[3]. El realismo ha abogado mucho tiempo por una determinada interpretación de la historia del imperio en la Gran Guerra. La guerra aceleró el proceso de envejecimiento del imperio, no solo entre los vencidos, sino también entre los vencedores. El resultado patente de la guerra parecía demostrar la decrepitud avanzada de los imperios basados en la lealtad dinástica. Los imperios terrestres multinacionales de los Habsburgo, los Romanov y los otomanos se desintegraron, al igual que el de los Hohenzollern. Por otro lado, los imperios «navales», basados en el comercio y la extracción más allá de Europa, sobrevivieron, incluidos los del marginalizado Portugal y la Bélgica ocupada. Los Imperios británico, francés y japonés incluso se expandieron bajo la protección de los mandatos de la Liga de Naciones. Sin embargo, la gloria del engrandecimiento imperial después de la Gran Guerra resultaría fugaz. Después de la guerra, Gran Bretaña y Francia difícilmente podían permitirse sus agitados nuevos dominios de Oriente Medio, sobre todo teniendo en cuenta que la verdadera amenaza para su seguridad vendría de una Alemania que resurgiría inevitablemente. La expansión japonesa en Shandong y las islas del Pacífico alentaría sueños demasiado ambiciosos de dominación sobre Gran Asia Oriental. A su vez, estos sueños solo servirían para hacer más profundas las sospechas de seguridad de otra gran potencia con intereses imperiales, los Estados Unidos. Para los realistas, la lección de la historia parecía ser que la victoria de 1918 agudizó los excesos que hacían envejecer a los imperios. La guerra simplemente aceleró el ciclo de vida del imperio.

La reconsideración de una explicación realista del imperio en la Gran Guerra debe comenzar por no pensar de los imperios como personas. La definición propuesta por Charles Maier, citado en la introducción a este volumen, ofrece una definición más incorpórea, fundamentada en una relación subordinada de la periferia imperial hacia el centro, y en unos intermediarios impuestos y / o designados. Jane Burbank y Frederick Cooper han descrito los imperios como «grandes unidades políticas, expansionistas o con nostalgia de expansión territorial, sistemas de gobierno que mantienen las diferencias y las jerarquías a medida que van incorporando nuevos pueblos»[4]. En este tipo de definiciones

despersonalizadas, casi mecánicas, los imperios existen como estructuras supuestamente permanentes para la gestión jerárquica de la diferencia. La diferencia podría tener un origen dinástico, económico, racial, o cualquier otro. Los imperios podrían combinar distintas diferencias en un número prácticamente ilimitado de maneras. La naturaleza permanente de la diferencia políticamente significativa es lo que distingue el imperio del Estado-nación a gran escala. Los imperios despersonalizados pueden mantenerse intrínsecamente dinámicos. Los imperios siempre están expandiéndose o contrayéndose, aunque las razones pueden ir mucho más allá de las ideas realistas, seguridad o ganancia pecuniaria (el fundamento material de la seguridad). Como han señalado Brubaker y Cooper, el imperio ha demostrado ser una de las formas de la organización política más duraderas de la historia humana. De hecho, los imperios tienen una historia mucho más larga que el Estado-nación territorial, en gran medida una creación de la Europa del siglo XIX.

Los imperios en la Gran Guerra no eran un solo tipo de agente, sino varios, como han mostrado los capítulos de este volumen. Cada uno era una amalgama de tierras y lealtades. Para algunos, la dinastía fue sin duda la característica esencial. Rusia imperial, la monarquía de Habsburgo y el Imperio otomano no significaban nada sin sus casas imperiales. El Imperio alemán era, también, dinástico, por medio de la casa de Hohenzollern. Sin embargo, «Alemania» se reinventó a sí misma como un Estado-nación prácticamente desde el momento en que el kaiser Guillermo cruzó la frontera de los Países Bajos en noviembre de 1918. La pérdida de sus dominios de ultramar en África, China y el Pacífico nunca hizo que Alemania fuera menos alemana, en todo caso, a la inversa. Generaciones de historiadores alemanes apenas parecían recordar que la Alemania imperial incluso había tenido un imperio.

Los imperios navales fueron también conglomerados diversos. Incluso el Imperio británico, el imperio más grande del mundo en 1919, existía como tal gracias a una variedad de vínculos políticos personales con la casa de Windsor. En rigor, el único título «imperial» en poder de Jorge V era emperador de la India. Como veremos, los dominios autónomos podían remar en sentidos contrarios en un momento muy problemático para la metrópoli. Lo que nunca parecía del todo claro es qué fue exactamente lo

que mantuvo unido al Imperio francés, aunque generaciones de críticos internos de la izquierda, la derecha y el centro políticos nunca dejaron de señalarlo. La tercera república no tenía, por supuesto, ninguna dinastía, y lo que pensaba exactamente el pueblo soberano sobre si las colonias contribuían con beneficios o seguridad, seguía siendo motivo de controversia. El Imperio japonés, pretendidamente dinástico, se expandió por el agua y por la tierra con fines generalmente más asimilacionistas que sus homólogos europeos. Los Estados Unidos, originalmente una colección de colonias británicas, exhibían un desdén oficial por el imperio formal. Sin embargo, en 1919 ejercieron diversas formas de soberanía sobre territorios tan diversos como Alaska, Hawai, Puerto Rico, Panamá y Filipinas, por no hablar de la influencia poderosa que tuvieron sobre Estados independientes tan variados como Cuba, Haití y México.

Por definición, el realismo o cualquier otra teoría deben simplificar. Sin duda, la postura más triste, pero más sabia, que ofrece el realismo explique adecuadamente «lo que sucedió», si es que estudiar los imperios en la Gran Guerra significa determinar únicamente cómo se encaminan hacia lo inevitable. Este capítulo, en cambio, no toma como obvios ni a los personajes de la historia ni su resultado. Los imperios en la Gran Guerra fueron tanto los lugares sobre los que se instauró hizo la paz como los actores que la hicieron posible. Los imperios y los pacificadores se interrumpían y se daban forma entre sí, y la naturaleza recíproca de este encuentro es clave para entenderlo.

Además, este capítulo sostiene que la Conferencia de Paz de París contribuyó a la normalización del Estado-nación, por medio de la legitimación de los Estados sucesores de los imperios multinacionales en Europa y Anatolia, y por medio de la creación de los Estados-nación en formación bajo los mandatos de la Liga de Naciones. Sin embargo, las Grandes Potencias encargadas de la conferencia eran también, en una forma u otra, ellas mismas imperios. Como la pacificación se extendió más allá de lo que había sido el Frente Occidental, los imperios vencedores se vieron apoyando entidades políticas nuevas e inestables que minarían su coherencia como imperios. Cuando en la Gran Guerra la pacificación llegó a su fin, los Estados nuevos demarcarían los límites de los imperios «victoriosos», precisamente en el momento en que los imperios victoriosos

parecían estar geográficamente en su cenit. Los imperios se convirtieron en lo que los Estados hicieron de ellos.

EL ASCENSO DEL ESTADO SUCESOR EN LA EUROPA POSIMPERIAL

A partir del armisticio con Alemania, la compleja e inestable amalgama de ideas conocidas como «wilsonianismo» implicaba una transformación radical del sistema internacional. El wilsonianismo legitimaría un tipo específico de agente como el sucesor del imperio en Europa. En el anuncio de los resultados de una extensa correspondencia entre el Gobierno imperial alemán y el presidente Woodrow Wilson, el secretario de Estado Robert Lansing declaró, el 5 de noviembre 1918, que los Gobiernos de las Potencias Aliadas y de las Asociadas declaraban «su voluntad de firmar la paz con el Gobierno de Alemania según los términos de paz establecidos en el discurso del presidente ante el Congreso el 8 de enero de 1918, y los principios de acuerdo enumerados en sus discursos posteriores»[5]. El discurso de Wilson de enero de 1918, conocido entonces en todo el mundo como el discurso de los «Catorce Puntos», se convirtió enseguida en la clave de todo el programa de Wilson. Los «discursos posteriores» se referían a una serie de otros discursos, entre ellos la reprobación de Wilson al realismo, despreciado como «el gran juego, ya para siempre desacreditado, del equilibrio de fuerzas». Los discursos de Wilson dejaban poco lugar a dudas respecto a que la conferencia tendría dos objetivos iguales y simultáneos: la redacción de tratados específicos con las potencias derrotadas y el replanteamiento del propio sistema internacional.

La adopción del wilsonianismo como fundamento ideológico para la paz radicalizó las estructuras institucionales existentes. Durante la guerra, las Grandes Potencias habían fundado el Consejo Supremo de Guerra, integrado por representantes de Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Italia y Japón para coordinar las operaciones militares contra las Potencias Centrales[6]. Después de los armisticios con las distintas Potencias Centrales, el Consejo Supremo de Guerra proporcionó el núcleo de una conferencia de las Grandes Potencias que pondrían en marcha la paz.

Cuando se transformó en el Consejo Supremo de la Conferencia de Paz de París, se autoproclamó soberano de un mundo —con plena autoridad para determinar lo que había que decidir así como la forma de decidirlo—. Pero las Grandes Potencias habían hecho todo esto bajo una estructura discursiva drásticamente nueva, una especie de imperio mundial de Wilson. Esta estructura discursiva daría forma tanto a los agentes como a las estructuras formales de la construcción de la paz, hasta el Tratado de Lausana con la Turquía republicana en 1923. La conferencia se convirtió en la expresión institucional de lo que Erez Manela ha llamado el «momento de Wilson», único en la historia de las relaciones internacionales. La conferencia, en palabras de Manela, «puso en marcha la transformación de las normas y los criterios de las relaciones internacionales, que estableció el Estado-nación autodeterminado como la única forma política legítima en todo el mundo»[7].

El ascenso y la ignominiosa caída de la Liga de Naciones ha ocupado un lugar tan predominante en la historiografía de la Conferencia de Paz de París que podemos olvidar fácilmente todo lo que hizo la conferencia en su conjunto para confirmar el Estado-nación como el *locus* de la soberanía. Sin lugar a dudas, si la Liga hubiera funcionado siempre como se suponía que debía, se habría limitado la soberanía nacional en los asuntos externos. La seguridad colectiva garantizada por la intencionalidad colectiva debía sustituir a las alianzas formales, y se suponía que los mandatos no eran simplemente otra manera de llamar a las adquisiciones coloniales[8]. Pero, incluso en su forma más amplia, el imaginario de Wilson trató de proporcionar una nueva brújula moral y un principio transnacional de legitimidad al Estado-nación. El wilsonianismo nunca quiso reemplazarlo.

Paradójicamente, la conferencia no ofreció ninguna prueba más clara de la inviolabilidad del Estado-nación que el tratamiento que dio a la Alemania posimperial. El Tratado de Versalles certificaba simultáneamente la desaparición del Imperio alemán y la afirmación de Alemania como Estado-nación. Los propios alemanes habían visto cómo se deshacía la casa imperial de los Hohenzollern, incluso antes del armisticio del 11 de noviembre. El tratado privaría a Alemania de los atributos materiales del imperio —sus colonias de ultramar y la flota de alta mar necesaria para protegerlos.

Pero los pacificadores de 1919 habían hecho todo lo posible para preservar la unidad y la independencia de Alemania, sobre todo oponiéndose a los intentos franceses de segregar la Renania. De hecho, se suponía que la pérdida de territorios en favor de una Polonia refundada haría a Alemania más «alemana» que nunca, aunque en este caso, una «frontera imposible» entre Alemania y los Estados sucesores del este hicieran de la República de Weimar un sistema de gobierno multinacional[9]. Como más tarde señalarían con bastante amargura los polacos, el Tratado de Versalles no incluía ninguna protección para las minorías en Alemania. Incluso la criminalización de identidad nacional prevista en el artículo 231 (el Kriegsschuld o cláusula de «culpabilidad de la guerra») sirvió a la causa de la unidad nacional de Alemania. Independientemente de lo que dividiera a los alemanes posimperiales, un odio compartido al Tratado de Versalles los unía como una comunidad nacional de autodeterminación.

Por encima de todo, la Conferencia de Paz de París legitimaba los Estados sucesores étnicamente delimitados como sustitutos de los imperios dinásticos multinacionales del continente europeo. Al final, esto significó la legitimación de un tipo imposible de agente, de hecho, mini-imperios que estructuraban las diferencias étnicas dentro del mismo Estado-nación. La construcción del Estado sucesor comenzó durante la guerra misma —con frecuencia contra los fines imperiales—. Ya en agosto de 1914, el comandante en jefe imperial ruso, el Gran Nicolás, lanzó un llamamiento a los polacos de Alemania y Austria para luchar por una Polonia «unida» bajo el zar[10]. Esto inauguró una verdadera guerra de ofertas, para que una Polonia cuasi soberana se incorporara a uno o más de los imperios multinacionales[11]. Ya en 1915, los empresarios coloniales británicos en Egipto se encargaron de crear un departamento árabe que instigara levantamientos nacionalistas en los dominios otomanos[12]. Gracias a T. E. Lawrence, más conocido como Lawrence de Arabia, la cultura popular conoció el proyecto imperial británico del nacionalismo árabe.

Como señaló Arno Mayer hace muchos años, V. I. Lenin y Woodrow Wilson compitieron para proporcionar una nueva estructura discursiva para las relaciones internacionales[13]. Si bien había mucho que dividía a los visionarios bolchevique y liberal, compartían, sin embargo, el objetivo

de socavar el imperio formal, fuera dinástico o de ultramar. Juntos, la Revolución Bolchevique y los Catorce Puntos radicalizaron la identidad del Estado sucesor. Como han afirmado Erez Manela y otros, la «autodeterminación» wilsoniana se transformó en parte bajo la presión bolchevique en la «autodeterminación nacional», la Caja de Pandora de la construcción de la paz en la Gran Guerra[14].

El «Decreto de Paz» bolchevique de 26 de octubre de 1917 fue un llamamiento no tanto a la paz como a una transformación de la guerra. Discursivamente, el decreto proclamaba un imperio bolchevique, y a su modo continuó con la práctica de tiempos de guerra de utilizar el nacionalismo contra los objetivos imperiales. En el corto plazo, los bolcheviques trataron de instrumentalizar el nacionalismo hacia la interrupción de la soberanía imperial en todas partes, fuera el soberano imperial de la casa de Habsburgo, los Hohenzollern, la casa de Osman, la casa de Windsor, la casa imperial japonesa, o los ciudadanos de las repúblicas francesas o americanas. El decreto postula que el mundo tiene el deber de liberar a cualquier nación que no posea «el derecho de decidir la forma de vida de su Estado mediante el voto libre y sin ninguna presencia de tropas de un Estado anexionador o más fuerte y sin la menor presión[15]».

Los Catorce Puntos de Wilson constituían lo que Mayer llamó un «contramanifiesto» —aunque más prudente y menos consistente que su contraparte bolchevique—[16]. La mayoría germanohablante de Alsacia y Lorena (antes de 1918 un territorio imperial directamente gobernado por el Káiser y su gobierno) iba a ser reintegrada a Francia (punto VIII). El punto XIII pedía un «Estado polaco independiente», que abarcaría «territorios habitados por poblaciones indiscutiblemente polacas», pero con «acceso libre y seguro al mar». La imposibilidad de combinar estas características, teniendo en cuenta la población alemana asentada a lo largo del Báltico, hacía de Polonia el Estado sucesor arquetipo desde el principio. Sin embargo, el contramanifiesto de Wilson nunca pidió explícitamente la disolución ni de la monarquía de los Habsburgo ni del Imperio otomano. Más bien, se mencionaban condiciones vagas como «la oportunidad de desarrollo autónomo» (punto X). Los Catorce Puntos mantuvieron un estudiado silencio respecto a los imperios victoriosos, a excepción de un

llamamiento no muy explícito en el punto V a que se tuvieran igualmente en cuenta los intereses de las personas colonizadas y de los Estados coloniales.

El bolchevismo y wilsonianismo le dieron al Estado sucesor el papel del otro del imperio. Con esto, ayudaron a naturalizar la doctrina de, en palabras de Stéphane Pierré-Caps, «a cada nación, su Estado»[17]. Bajo la «autodeterminación nacional», «nación» llegó a significar el origen étnico, definido principalmente por la combinación de idioma, cultura y religión. Los Estados postimperiales necesitarían límites geográficos. Las fronteras «nacionales» determinaban quién podía pertenecer a una comunidad política y en qué circunstancias, y, por ello, eran fronteras tanto culturales como territoriales. Las fronteras «históricas» eran territoriales, y en su mayoría dinásticas o imperiales en su origen, como «Bohemia» o «Hungría». Por definición, los límites «nacionales» e «históricos» eran artificiales: los primeros, construidos por los políticos, los etnógrafos y los activistas; los segundos, por las casas reales e imperiales. Como tales, todas las fronteras estaban sujetas a interpretaciones mutuamente inconsistentes.

Cuando los vencedores se reunieron en París, el «Estado sucesor» de la Europa multinacional Central y del Este se había convertido en un agente estructurado por una imposibilidad —la imposibilidad de un Estado unitario y soberano que reconciliara las fronteras nacionales o límites «históricos»—. Por ejemplo, una Polonia reconstruida sobre las ruinas de los proyectos imperiales de los Romanov, los Hohenzollern y los Habsburgo podría comprender una amplia mayoría de polacos étnicos o podría reclamar límites territoriales anteriores a las particiones del siglo XVIII. Pero, por definición, la autodeterminación de Polonia no podía hacer las dos cosas. En cualquier sistema regional, la construcción de Estados sucesores resultaría ser, por lo tanto, un juego de suma cero. Un Estado sucesor solo podía realizar plenamente sus fronteras nacionales e históricas a expensas de sus vecinos, una variedad específica del dilema realista de la seguridad.

Al ser el otro del imperio, un Estado sucesor adecuado lógicamente pretendería erradicar diferencias políticamente significativas dentro de sus fronteras. Una solución wilsoniana a los peligros que eso conllevaba

consistió en la protección de las minorías étnicas bajo la vigilancia de la Sociedad de Naciones. La Polonia posimperial se suponía que proporcionaría el modelo con el Tratado de las Minorías Polacas o Tratado del «Pequeño Versalles», firmado el mismo día que su homónimo[18]. Por medio de varias disposiciones muy concretas, por ejemplo, que los judíos podrían convertirse en polacos desde el punto de vista político y seguir siendo cultural y religiosamente judíos. Como ha mostrado Carole Fink, el tratado polaco guiaría todas las declaraciones posteriores de la conferencia sobre el tema, y se aplicarían acuerdos similares a por lo menos siete Estados sucesores más[19].

Lo que realmente sucedió es que los Estados sucesores se convirtieron internamente en mini imperios. Estructuraban jerárquicamente las diferencias étnicas cada vez con mayor celo a medida que se sucedían los años de entreguerras. Inevitablemente, la negación de la solución liberal a la diferencia étnica alimentaba el irredentismo. Los Estados sucesores trataban de expandirse gracias a tierras habitadas por minorías étnicas «exiliadas» a través de Europa Central y Oriental. Para la Alemania del Tercer Reich, los atributos del Estado sucesor sentaron las bases para un proyecto imperial nuevo y abiertamente exterminista[20]. Pese a su odio a la Conferencia de Paz de París, la Alemania nazi le debía mucho a la lógica del Estado sucesor que se alumbró allí.

El Pacto de la Liga de Naciones y el ataque discursivo al Imperio

El Pacto de la Sociedad de las Naciones, publicado como preámbulo a los cinco tratados elaborados por la Conferencia de Paz de París, proporcionaba un boceto para el nuevo sistema de relaciones internacionales. Como he dicho en otro lugar, el pacto tal como estaba escrito implicaba una interpretación radicalmente nueva de la soberanía[21]. De hecho, el pacto tal como figura planteaba un verdadero «imperium» de una idea específica de soberanía popular aplicable en todo el mundo. El individuo racional, moralmente responsable del liberalismo del siglo XIX se convertiría en la piedra angular de la soberanía en cualquier parte del mundo. Este individuo era el «yo» propio de la

«autodeterminación». En última instancia, el «gobierno mundial» podría, pues, existir en el nivel del individuo, a través de una comunidad global de conmensurables, ciudadanos independientes soberanos. Todas las configuraciones de la soberanía, de la aldea hasta el mismo sistema internacional, serían responsables ante una u otra versión de esta comunidad. Aun así, los Estados-nación, las Grandes Potencias, e incluso los imperios no tenían que desaparecer *ipso facto*. Este punto de vista sostenía que las potencias habían conseguido la victoria en 1918 gracias a su combinación histórica de poder y justicia. La Conferencia de Paz afirmaba y ratificaba la «grandeza» de las potencias en este sentido. La Liga de Naciones institucionalizaría su papel central por medio del Consejo de la Liga. Pero en la tierra prometida de Wilson, todos los Estados-nación, incluidas las Grandes Potencias y los imperios, funcionarían conforme a la voluntad de los individuos liberales incluidos en la comunidad política. El liberalismo consideraba siempre la inclusión de todas las personas elegibles para la inclusión, que no eran siempre todos. Colectivamente, la comunidad global de individuos liberales tenía una voluntad soberana por encima de la del Estado-nación o la del imperio.

Al igual que con cualquier otra forma de imperio, el *imperium* mundial imaginado por el wilsonianismo mantenía diferencias políticamente significativas. El propio Wilson, al igual que muchos presidentes estadounidenses antes y después de él, universalizó el ejemplo americano. Algunas formas de diferencia, como la religión y el origen étnico, podrían ser reconocidas y legitimadas, pero permanecerían delimitadas por los valores de la comunidad participante en el pacto. Otras formas de diferencia, en particular la raza, podrían determinar si las personas o categorías de personas tenían siquiera derecho a participar en un pacto. Wilson consideraba que su gestión «exitosa» de la diferencia, había hecho de Estados Unidos un ejemplo universal que serviría para al mundo. Ningún presidente estadounidense apoyó más abiertamente la segregación racial en el país. El corolario internacional fue que la diferencia racial podría determinar si una determinada comunidad merecía la «autodeterminación».

No obstante, el *imperium* liberal imaginado en el pacto sacudió los cimientos mismos de los imperios existentes —un punto que no pasaron por alto ni sus partidarios ni sus detractores—. El silencio que se mantuvo en el pacto sobre los imperios vencedores hablaba por sí mismo. El Sistema de Mandato establecido en el artículo 22 se opone a la idea misma de imperio. La soberanía en los mandatos se convirtió en una «misión sagrada de la civilización». Sin duda, lo que nunca se especificó es dónde residía exactamente la soberanía en esta misión[22]. Pero el pacto por supuesto no implicaba que la potencia mandataria disfrutara de una soberanía sin restricciones.

El pacto establecía los antiguos dominios imperiales de Alemania y Turquía otomana como tierras «habitadas por los pueblos todavía no capaces de soportar por sí mismos las condiciones particularmente difíciles del mundo moderno». La propia expresión término «todavía no capaces» indicaba que con el tiempo estos pueblos adquirirían no solo la capacidad, sino también el derecho a valerse por sí mismos. Mientras tanto, el «deber sagrado» de su soberanía sobre sí mismos debía ser administrado en forma provisional por los poderes mandatarios responsables en cierto sentido ante la Liga. En síntesis, el gobierno del mandato incluía una presunción de independencia y, por lo tanto, una fecha de caducidad implícita.

Sin duda, el sistema de mandatos en el *imperium* liberal mantenía las diferencias raciales. Solo Jan Smuts de Sudáfrica mantuvo algo semejante a la autoridad mandataria de Europa[23]. Los otros constructores de la paz en París convinieron en que los blancos europeos, por definición, podían autogobernarse de inmediato. El pacto incluía una jerarquía racial clara entre los no europeos en los futuros mandatos. «Algunas comunidades que antes pertenecían al Imperio turco», lo que se convertiría en la clase A de los mandatos, se consideraba que «habían llegado a un estado de desarrollo en el que podía ser reconocida provisionalmente su existencia como naciones independientes». Allí, el gobierno del mandato se suponía que era exclusivamente administrativo y presumiblemente de corta duración. Otros, especialmente «los de África Central, están en un estado tal que el mandatario tiene que hacerse responsable de la administración del territorio, en condiciones que garanticen la libertad de conciencia y de

religión». El poder mandatario sería responsable de la prohibición de la trata de esclavos, el tráfico de armas y licores, y la militarización de los territorios en cuestión. La independencia en los mandatos de clase B se produciría en algún momento indefinido en el futuro. Por fin, otros territorios, sobre todo la antigua África Sudoccidental alemana (actual Namibia) y las islas del Pacífico Sur, antes ocupadas por Alemania, se convirtieron en mandatos de clase C. Estos se asemejan más a las colonias de antaño, «mejor administrados bajo las leyes del mandatario como partes integrales de su territorio».

La mera existencia de mandatos de clase A planteaba cuestiones incómodas acerca de los imperios, porque implicaba que los pueblos no blancos tenían derecho a la libre determinación. Incluso antes de 1914, la aceptación del Imperio de Japón como Gran Potencia demostraba que el imperio no tenía por qué ser una construcción política puramente occidental. Los mandatos socavaron aún más las asunciones raciales occidentales del imperio. ¿Qué había en los territorios imperiales de los imperios derrotados que los hacía elegibles para el Sistema de Mandatos, mientras que los territorios de los imperios vencedores no lo eran? El asunto llegó a ser particularmente difícil para los antiguos dominios otomanos de habla árabe en el Medio Oriente. Los franceses habían anexado Argelia (con una gran mayoría árabe y bereber), y habían gobernado sobre protectorados en Marruecos y Túnez antes de la Gran Guerra. Tras ella, adquirieron mandatos en Siria y el Líbano. ¿Solo por eso debía agilizarse la independencia de algunos árabes y la de otros no? El Imperio británico gobernaba la India, y adquirió mandatos en Palestina y Transjordania. ¿Cuál fue la razón para presumir un dominio británico perpetuo en el primer caso y no en el último? ¿Eran los árabes racialmente superiores a los indios? La soberanía imperial nunca fue uniforme. Pero el pacto hizo de su carácter irregular una cuestión de relaciones internacionales.

El pacto amenazaba con la alteración de la autoridad imperial, incluso cuando parecía que no era problemática. El artículo 1 estipulaba simplemente que «todo Estado, dominio o colonia plenamente autónomos» tenía derecho a ser miembro de la Liga. Esta disposición tenía claramente en mente el Imperio británico, que constaba de cinco unidades

políticas soberanas con capacidad para firmar el Tratado de Versalles en su propio nombre[24]. También normalizaba aun más el Estado-nación como el principal agente en las relaciones internacionales. Pero, en ese caso, ¿qué suponía exactamente la autoridad imperial sobre los dominios autónomos?

La unidad racial no podía garantizarse ni siquiera entre las unidades de gobierno «blancas» del Imperio británico. Como ha señalado Naoko Shimazu, la propuesta japonesa de una cláusula de «igualdad racial» en el pacto ya había creado una grieta dentro de la delegación del Imperio británico, fundada en la total oposición en los dominios a la inmigración japonesa. Los australianos, obsesionados con el mantenimiento de Australia como un dominio «blanco», lograron ganar el debate dentro de la delegación del Imperio británico[25]. Durante la Conferencia de Paz de París, los dominios también habían reivindicado su independencia en política exterior. Aunque poco se señaló en su momento, el artículo V del Tratado de Seguridad entre el Reino Unido y Francia, que firmaron el mismo día que el Tratado de Versalles, liberaba específicamente a los dominios de toda obligación de participar en la aplicación del Tratado de Seguridad sin la aprobación de sus Parlamentos[26]. En el momento de la crisis de 1922 Chanak, esta exención tendría relevancia inmediata.

«LOS IMPERIOS SON LO QUE LOS ESTADOS HACEN DE ELLOS»

En un famoso artículo de 1992, el teórico de las relaciones internacionales, Alexander Wendt, reflexionaba sobre la «anarquía», el supuesto fundamental del realismo sobre el que se apoya el dilema de la seguridad[27]. La «anarquía», es decir, la falta de una autoridad central lo suficientemente fuerte como para mantener la paz entre los Estados, llevaba en su seno la lógica de que los Estados por naturaleza competirían antes que cooperar, fuera cual fuera su interés propio objetivo. Por el contrario, Wendt argumentaba que «no hay ninguna “lógica” de la anarquía aparte de las prácticas que crean e ilustran una estructura de identidades e intereses en lugar de otra; la estructura no tiene existencia o poderes causales aparte de proceso». En otras palabras, con una de sus

frases distintivas, «la anarquía es lo que los Estados hacen de ella»[28]. En este capítulo se hace una afirmación análoga sobre el imperio. Más allá de una presunción general aleatoria de expansión, el «imperio» no tenía una lógica coherente. Cuando la construcción de la paz se trasladó más allá de Europa, los imperios podían evocar identidades estatales con fines imperiales, y los Estados podían señalar los límites de los imperios.

Ningún imperio explotó con mayor habilidad la estructura discursiva de las relaciones internacionales de 1919 que Japón —hasta el punto de que el lenguaje del «imperio como persona» resurge para describir cómo lo hizo—. Ningún imperio se apropió con más éxito de la construcción del Estado-nación con fines imperiales, al menos en el corto plazo. Japón, la única Gran Potencia asiática, no había participado en la negociación del armisticio con Alemania, a pesar de haber sido miembro del Consejo Supremo de Guerra. Los historiadores de Japón han tendido a subrayar su marginación en la Conferencia de Paz de París[29].

Pero quizá lo más interesante fue la inclusión de Japón en la conferencia como una de las Grandes Potencias, en primer lugar, teniendo en cuenta su contribución militar limitada a la guerra. En términos realistas, Japón merecía la inclusión debido a su estatus de Gran Potencia antes de la guerra. Japón había hecho una alianza naval con Gran Bretaña en 1902, y por supuesto, había ganado la guerra de 1904-1905 ruso-japonesa. Por otra parte, el ejército imperial había estado luchando contra los bolcheviques en Siberia desde el verano de 1918. En Asia no podría haber ningún acuerdo viable sin Japón. Cuando el Consejo de Grandes Potencias se transformó en el órgano soberano de la conferencia antes de su primera sesión plenaria, mencionó la futura inclusión de Japón en las actas casi de pasada y sin ninguna explicación[30].

Pero el hecho era que Japón nunca había aceptado formalmente el wilsonianismo como fundamento ideológico para la paz. El barón Makino Nobuaki, jefe de la delegación japonesa, tuvo que recordárselo al presidente Wilson en una reunión el 22 de enero[31]. En respuesta, Wilson afirmó que Japón aceptaría el wilsonianismo implícitamente después de los hechos, en particular mediante su inclusión en la futura Sociedad de las Naciones. De este modo, según la lógica de Wilson, Japón se uniría a las

otras Grandes Potencias de antes de la guerra al convertirse en «grande» en un sentido tanto moral y material.

El Imperio del Japón llevaba un tiempo estudiando sus objetivos imperiales de paz. Ya en septiembre de 1915, los japoneses establecieron la Kowa Junbi Iinkai (Comisión de Preparación de la Paz) para coordinar la planificación entre los militares, el Gabinete, y la Dieta[32].

Los delegados japoneses en una conferencia interaliada a finales de 1917 recibieron instrucciones respecto a sus objetivos para la paz que en gran parte, coincidieron con lo que sucedió: cese de los derechos alemanes en Shandong, China; las islas del Pacífico de Alemania al norte del ecuador; y cooperación general con los aliados occidentales en todos los asuntos que no afectaran directamente a los intereses japoneses. Como ha señalado Shimazu, los debates sobre el futuro del imperio giraban en torno a si Japón en tanto que Gran Potencia debía seguir una política *datsu A ron* («escapar de Asia» o prooccidental) o una política *shugi ajia* (panasiática) [33]. Las secuelas de la Gran Guerra parecían ofrecer a Japón la oportunidad de seguir ambas políticas simultáneamente. El imperio podría expandirse en Asia mediante el Sistema de Mandatos, con la aprobación de los aliados occidentales. Su polémica adquisición de mandatos de clase C en las islas del Pacífico al norte del ecuador confirmaba esta idea[34].

La naturaleza problemática de la soberanía en el marco del Sistema de Mandatos ayuda a explicar por qué las valiosas concesiones alemanas en Shandong se dejaron deliberadamente fuera de él, al menos mientras la propia China no se convirtiera en un mandato. Japón ocupó Shandong después de su única participación significativa en tierra en la Gran Guerra, el asedio al enclave alemán, que llegó a buen término en noviembre de 1914. Mantener el control después de la guerra se convirtió en una cuestión de simple y realista expansión imperial, hacia el fin de la ascensión continuada de Japón como gran potencia regional y global. Como Shimazu ha sostenido, desde este punto de vista, la cláusula de igualdad racial no era más que una moneda de cambio imperial, entregada con bastante facilidad cuando Japón logró sus objetivos en Shandong[35].

Pero todos los protagonistas —Japón, China, y las otras Potencias Aliadas y Asociadas— estaban de acuerdo en que Shandong era parte de «China». En la decisión sobre del destino de las antiguas concesiones

alemanas, los japoneses hábilmente se opusieron a cada uno de los otros dos supuestos del nuevo orden internacional, en relación a fines imperiales muy conocidos. La «autodeterminación» colisionaba con la inviolabilidad de los acuerdos internacionales entre Estados nacionales reconocidos. El pacto establecía «un respeto escrupuloso a todas las obligaciones del tratado en las relaciones de los pueblos organizados» como condición indispensable para «la paz y la seguridad internacionales». Debido a la colisión de estos dos principios, la cuestión de Shandong hizo que se pusiera en evidencia el embarazoso silencio del pacto sobre los acuerdos imperiales existentes.

Los tratados firmados en tiempos de guerra entre Japón y China codificaron la mayoría de las veintiuna reivindicaciones de 1915, y concedieron a Japón «todos los derechos, intereses y concesiones que Alemania, en virtud de tratados u otro motivo, poseía respecto a la provincia de Shandong»[36]. A lo largo de la Conferencia de Paz, la delegación japonesa insistiría en que estos acuerdos constituyen acuerdos vinculantes entre dos Estados soberanos. Todas las Grandes Potencias habían mantenido durante décadas el mismo principio en sus propios acuerdos cuasi imperiales en China. Así pues, la postura japonesa exponía la naturaleza incómoda de todos esos acuerdos en el nuevo orden mundial. Como planteó el vizconde Chinda Sutemi, de la delegación japonesa: «La cuestión es simple: existe un acuerdo definitivo entre China y Japón; por lo que no hay motivo de una larga discusión, y no se nos puede convencer de que una solución dilatoria pueda suponer ninguna ventaja en absoluto»[37].

Por supuesto, la delegación china en París, y una buena parte de la opinión pública mundial, al considerar el asunto de acuerdo con el imaginario de Wilson, lo veían de manera muy diferente. Wellington Koo expuso al Consejo el 22 de abril: «El tratado que se firmó fue la consecuencia forzosa del ultimátum [las Veintiuna Exigencias]. Por tanto, es muy diferente de un tratado libremente consentido»[38]. Por otra parte, sostenía que, con la derrota y derrocamiento del Kaiserreich, las concesiones ya no tenían fuerza moral, cualquiera que fuera su personalidad jurídica. Todos, incluyendo a los japoneses, estaban de acuerdo en Shandong era «China». Toda idea razonable de la

autodeterminación tenía que obligar a que la soberanía sobre la provincia volviera indivisa a la república china. Koo concluyó: «Los principios en que debe fundarse la paz son incompatibles con las ambiciones japonesas»[39].

La incómoda elección entre la legalidad de los acuerdos firmados entre los Estados supuestamente soberanos y las ideas wilsonianas más abstractas sobre la moral ponía en tela de juicio toda la empresa imperial en China. Si el Consejo rechazaba las reclamaciones del Imperio japonés que habían sido aceptadas de acuerdo con los procedimientos formales de la diplomacia internacional, ¿qué sucedería con otros acuerdos muy similares suscritos con China por otros miembros del Consejo? Así pues, ¿por qué los tratados «desiguales» entre Japón y China resultaban ser menos legítimos que cualquiera de los tratados desiguales acordados desde las decimonónicas guerras del Opio? El barón Makino expresó sucintamente la cuestión: «En el pasado, las relaciones internacionales con China no siempre se han llevado a cabo de acuerdo con los principios de justicia. Es mejor no tratar de buscar quién fue la primera parte culpable; una empezó, la otra siguió»[40]. El propio Woodrow Wilson, el profeta de la nueva diplomacia, se sintió obligado a apoyar a los japoneses: «Respeto todos los acuerdos internacionales, incluso aunque yo preferiría que no se hubiesen firmado, y no estoy en absoluto proponiendo que se anulen o se dejen sin efecto»[41]. Pero si el nuevo orden diplomático quedaba obligado a respetar los acuerdos desiguales llevados a cabo bajo el antiguo orden diplomático, entonces ¿qué era exactamente lo nuevo en él? Finalmente, el artículo 156 del Tratado de Versalles otorgó a Japón las concesiones alemanas como cese de la soberanía sin fecha de vencimiento[42]. En resumen, el Imperio de China siguió siendo lo que los Estados hicieron de él. Si el asunto de Shandong mostró cómo el imperio podía apropiarse de los fundamentos ideológicos de la construcción de la paz, la disposición de los antiguos dominios otomanos mostró cómo la construcción de la paz podía trastocar los imperios. Durante la guerra, las Grandes Potencias se habían hecho ella varias ofertas para compartir el botín, de manera muy semejante a como lo harían los Estados nacionales realistas a gran escala. El acuerdo Sykes-Picot de mayo de 1916 dividía la mayor parte de los dominios árabes del Imperio otomano entre los británicos y los franceses,

con la posterior inclusión de los italianos como parte del acuerdo de St. Jean de Maurienne del mes de abril de 1917[43].

Pero las motivaciones que había tras la expansión imperial iban mucho más allá del concepto realista de la seguridad. El apego francés a Siria y el Líbano, inexplicable si la «seguridad» significaba protección contra una Alemania resurgente, tuvo mucho que ver con vínculos afectivos enraizados en la religión y en el concepto de una Francia «mediterránea»[44]. Cuando se hizo más clara la vacuidad de la victoria de 1918, «Francia» como Estado-nación tenía que tener algo que mostrar por su victoria, en algún lugar. El simbolismo imperial se convirtió en una preocupación estratégica. Los dilemas de lo que Marjorie Farrar ha llamado «nacionalismo victorioso asediado» se hicieron aun más agudos con Alexandre Millerand, sucesor de Georges Clemenceau como presidente del Consejo de Ministros en enero de 1920[45].

Incluso el Imperio británico, conocido por su coherencia, no resultó inmune a inquietudes que iban más allá de las ideas realistas de seguridad. Independientemente de lo que pudo haber sido, la Declaración Balfour de noviembre 1917 introdujo además política transnacional de los judios europeos en la región (véase. Fig. 25). Al menos parte de la motivación para hacerlo giraba en torno a un deseo sincero, transnacional de que Palestina fuera una patria para los judíos[46]. Si los británicos solo se hubieran preocupado de la «seguridad», incluyendo el interés cada vez mayor de proteger el acceso a la India a través del Canal de Suez, y de la extracción de petróleo en tierras de habla árabe, ¿no hubiera sido más lógico abandonar la patria judía, y llegar a un acuerdo con los árabes?

El fervor milenarista que infundía las últimas semanas de la Gran Guerra hizo más honda la confusión ideológica en torno a la disposición de los dominios otomanos. La Declaración anglo-francesa del 7 de noviembre de 1918 sin duda pretendía respaldar la autodeterminación en la región.

> El objetivo previsto por Francia y Gran Bretaña al continuar en el Este con la guerra desatada por la ambición alemana es la liberación completa y definitiva de los pueblos que han durante tanto tiempo han vivido bajo la opresión de los turcos, y la creación de los Gobiernos y las administraciones nacionales cuya

autoridad emane del libre ejercicio de la iniciativa y la elección de las poblaciones indígenas.

Fig. 25.—El imperio en acción. Puesto de control británico en Palestina.

El propio Woodrow Wilson no pudo haber planteado el asunto de manera más directa. Como la mayoría de los Catorce Puntos y de la Declaración Balfour, la Declaración franco-británica evita una promesa explícita de la plena soberanía nacional. Pero ¿cómo podían reconciliarse intereses imperiales rivales con la nueva estructura de las relaciones internacionales cuya construcción se había fijado la Conferencia de Paz como objetivo? Al igual que en el caso de Shandong, ¿cuál sería la situación de los antiguos acuerdos en el nuevo orden?

En la resolución de estos temas cuando la pacificación traspasó los límites de la propia Europa, se mantuvo la estructura formal de la

Conferencia de Paz de París. El Consejo Supremo continuó aprobando tratados como soberano provisional del mundo. Pero la identidad de los agentes que operaban bajo esta estructura cambió, sobre todo porque la pacificación se trasladó a las tierras otomanas. La ampliación de la construcción de la paz más allá de Europa, significó que aparecieran en el centro del escenario otro tipo de preocupaciones. La salida del presidente Wilson el mismo día de la firma del Tratado de Versalles marcó el comienzo de la larga marcha de los Estados Unidos del proceso de paz. En cualquier caso, los Estados Unidos nunca habían declarado la guerra al Imperio otomano. Finalmente, la conferencia se transformó más o menos explícitamente en una conferencia de los imperios, motivados por intereses imperiales. No obstante, los Estados podrían determinar los límites de la autoridad imperial.

Aunque la persona de Woodrow Wilson abandonara la construcción de la paz después de la firma del Tratado de Versalles, el wilsonianismo no lo hizo. Por encima de todo, la conferencia que había actuado bajo el wilsonianismo había legitimado el Estado sucesor autogobernado como una categoría de identidad. La Declaración franco-británica de noviembre de 1918 y el Pacto de la Liga de Naciones ofrecían todavía una estructura discursiva muy pública del nuevo orden internacional, que los imperios no podían descartar a la ligera. El artículo 22 del pacto había identificado explícitamente al menos algunos de los pueblos de Oriente Medio como merecedores de la total independencia, y más pronto que tarde. Estos pueblos, en su mayoría de habla árabe, no dudarían en recordar a las potencias mandatarias las promesas hechas. Pero la conferencia descubriría que había hablado de una identidad que no podía controlar del todo. La libre determinación por motivos étnicos muy amplios abriría una caja de Pandora, pues diversas entidades pretendieron calificar con el «auto» que las hacía merecedoras de la libre determinación de maneras no previstas en la elevada retórica del presidente Wilson en 1918. En Anatolia, los Estados sucesores turcos y griegos señalarían los límites de la soberanía imperial. Así, el imperio se convirtió en lo que Estados sucesores, y también los Estados imperiales hicieron de él en los antiguos dominios otomanos.

En los territorios de habla árabe, los Estados imperiales intentaron crear pre-Estados satélites en los mandatos, tomando partido por los notables poderosos que se suponía que luego constituirían una élite indígena manejable. Sin embargo, la fiabilidad de los socios indígenas seguiría siendo sospechosa, y seguía estando muy poco claro para las potencias mandatarias si los pactos entre los nuevos imperialistas y sus colaboradores serían suficientes para apropiarse de la soberanía en los mandatos. Mientras que en el imperio de corto plazo se podía reafirmar la soberanía a través de la fuerza militar, la soberanía imperial y estatal en el Medio Oriente se convertiría en un asunto cada vez más confuso.

Durante la guerra, los británicos habían subvencionado dos familias rivales en la península arábiga con la esperanza de socavar el gobierno otomano —los Hachemitas de La Meca y la Casa de Saud—[47]. Cuando la fortuna de los primeros languideció en favor de esta última en la primavera de 1919, la atención británica se centró en utilizar a los hachemitas como instrumento del nacionalismo para sus fines imperialistas en el Levante. Sin embargo, la entronización de Faisal, hijo del emir hachemita de La Meca, entraba potencialmente en conflicto con las reivindicaciones francesas según el Acuerdo Sykes-Picot. Faisal, que había pasado algunos meses en París implorando por la causa árabe, llegó a un acuerdo con Clemenceau en abril de 1919 según la cual Faisal gobernaría una Siria nominalmente independiente, incluyendo el Líbano, en virtud de un mandato francés poco definido[48]. Los británicos aceptaron estos acuerdos, a condición de que los franceses a cambio refrendaran el mandato británico en Palestina, que ayudaría a cumplir con la Declaración Balfour.

Pero pronto se hizo evidente que las cosas no estaban del todo bajo el control de los franceses, los británicos, o incluso de Faisal. Un Congreso Nacional Sirio convocado por Faisal en junio de 1919 trató de resolver la compleja relación entre la religión, la geografía, el origen étnico y el nacionalismo en la región[49]. Aunque dividido por sectas y otras dinastías políticas, el Congreso acordó la existencia de una «Siria» completamente independiente que comprendía todo el Levante. Esto puso a Faisal (en todo caso, un nativo de La Meca, no un sirio) en una posición insostenible. O se enemistaba con sus patronos europeos o lo hacía con sus súbditos sirios.

En marzo de 1920, el Congreso declaró la independencia de Siria con Faisal como rey. Poco después, la Conferencia de San Remo de abril 1920 acordó un mandato francés en Siria (incluyendo el Líbano) y el mandato británico en Palestina y Transjordania. Al menos por el momento, los dos aliados imperiales tenían suficiente fuerza militar para decidir sobre la soberanía de Siria. En julio de 1920, la *Armée du Levant* francesa ocupó Damasco y forzó el exilio de Faisal[50]. La Liga de Naciones aprobó el mandato francés de Siria en julio de 1922. Pero el asunto no podía terminar aquí. Francia había conseguido un trofeo imperial costoso de discutible importancia estratégica o incluso comercial. Además, este nuevo palo en la rueda imperial francesa estaba programado desde el momento de su creación para la independencia.

Los británicos adquirieron un valioso aunque complicado mandato en Mesopotamia / Irak, antes en el extremo del mundo otomano. Desde hacía mucho tiempo, los británicos esas tierras eran objetivo de sus intereses imperiales —la idea recurrente de tener un paso seguro a la India y el acceso al petróleo—. Entonces, como ahora, los nombres de las regiones obtienen se deben a la geografía, más que a la nacionalidad, e incluyen pueblos enfrentados unos contra otros. El término «Mesopotamia» proviene del griego antiguo, y significa «tierra entre ríos», el Tigris y el Éufrates. El término árabe «Irak» significa simplemente «fértil» o «arraigado» de la tierra. Entonces, como ahora, existía una línea divisoria entre suníes y chiíes árabes. Existían muchas más líneas divisorias entre las tribus. Además, una gran población kurda consideraba tener derecho a la autodeterminación.

Susan Pedersen ha argumentado que el mandato británico en Irak comenzó y terminó por la misma razón —una lucha continua para encontrar un medio costosamente efectivo que satisficiera los intereses imperiales rivales—[51]. El Reino Unido de la posguerra tenía asuntos fiscales que estaban en desacuerdo con la expansión de la posguerra del Imperio Británico. El costo potencial de mantener unos 100 000 soldados para asegurar Mesopotamia dio lugar a debates feroces, tanto en el interior de Westminster como entre Westminster y el Gobierno de la India[52]. Cuando el mandato se concretó, la solución política consistió en colocar en un trono iraquí al entonces inactivo Faisal bajo el mandato británico. Los

militares consideraban que las innovaciones tecnológicas, tales como aviones, tanques y vehículos blindados, proporcionaban medios rentables de dominio imperial sobre la base de aterrorizar a la población indígena[53]. Como argumentaba Pedersen, los británicos interpretaron la «independencia» de Irak para 1931 de una forma muy dependiente, como un medio económicamente aun más austero de conciliar los intereses imperiales y estatales en Gran Bretaña, en medio de la Gran Depresión.

Al final, y como se representa en un mapa, la paz en los dominios principalmente de habla árabe del Medio Oriente se parecía bastante a la prevista por el Acuerdo Sykes-Picot. Pero la solución imperial haría surgir más problemas de los que resolvería. Todos estos mandatos pasaron a ser de clase A, es decir, que se esperaba que en poco tiempo se convirtieran en Estados independientes. El mandato difícilmente ofrecía una estructura política estable, ni siquiera el que se presume que es de transición. Pero las autoridades imperiales francesas y británicas se encontraban en permanente competencia, a menudo violenta, por la soberanía en estos Estados en ciernes. Las revueltas árabes y judías en Jerusalén y una gran revuelta tribal en Irak en 1920,[54] seguidas de una revuelta en Siria y el Líbano en 1925,[55] daba a entender que los pueblos de estos territorios perseguirían los diversos significados contradictorios de «autodeterminación» con todos los medios a su disposición. La estructura discursiva wilsoniana presentada en la Declaración franco-británica resultó tener mucha más transcendencia en el largo plazo de lo que la disposición formal de mandatos en la región podría haber sugerido.

En Anatolia, el imperio se convirtió en lo que los Estados hicieron de él de una manera muy diferente. El 19 de agosto de 1920, la conferencia firmó el Tratado de Sèvres con el sultán otomano Mohamed VI. Sèvres fue el último tratado de la Conferencia de Paz de París como tal. Pero, desde el momento de su firma, el tratado escondía literalmente una realidad muy diferente. La soberanía real en Anatolia se había trasladado desde el régimen del sultán hacia dos Estados sucesores antagónicos. Al igual que los Estados sucesores de Europa Central y Oriental, el Estado sucesor griego y el Estado sucesor turco intentaban conciliar los límites étnicos e «históricos» en lo que después de las guerras de los Balcanes se había convertido en el núcleo anatolio del Imperio otomano. La guerra entre los

dos Estados sucesores decidiría la posición relativa entre ellos. El Estado sucesor Turquía delimitaría el poder francés en su nuevo mandato en Siria. Para el Imperio británico, la construcción de la Anatolia posotomana tendría implicaciones más graves. Una guerra a punto de estallar con el Estado sucesor Turquía pondría en duda la existencia del Imperio británico como un agente unitario en el sistema internacional.

Después del armisticio Mudros del 30 de octubre de 1918, una modesta fuerza de unos 3500 soldados aliados (principalmente británicos) entró en Constantinopla, como una fuerza de ocupación no oficial[56]. El sultán y las estructuras formales del Gobierno otomano se mantuvieron en su lugar. El Tratado de Sèvres presentó a la «Turquía» posotomana bajo el sultán como un agente criminalizado. En consecuencia, perdió sus dominios imperiales y se vio obligada a rendir reparaciones. Como los imperios, Gran Bretaña, Francia e Italia se apresuraron a fijar los límites de la Turquía otomana de acuerdo con sus propios intereses imperiales, garantizándose el acceso a los estrechos de los Dardanelos, y la expansión en los territorios de habla árabe.

El Tratado de Sèvres sentó las bases de un protectorado interaliado en Anatolia. Al igual que los otros cuatro tratados elaborados por la conferencia, que se inició con el Convenio de la Liga de Naciones (véase fig. 26). A partir de entonces, se llevaron los principios wilsonianos desvergonzadamente en direcciones imperiales[57]. La Turquía posimperial caería en suspensión de pagos debido a la pérdida de control de sus finanzas. De acuerdo con el artículo 231 del Tratado de Sèvres, al unirse a la guerra al lado de Alemania y Austria-Hungría, Turquía había provocado «pérdidas y sacrificios de todo tipo por los que debía una reparación completa». Al igual que con la cláusula alemana *Kriegschuld*, los Aliados reconocieron que esto estaba muy por encima de la capacidad de pagar que tenía la Turquía posimperial, sobre todo teniendo en cuenta la pérdida de los territorios de habla árabe. Por ello, a fin de «permitir cierto grado de alivio y ayuda a Turquía», el tratado estableció una Comisión Financiera constituida por un representante de Francia, uno del Imperio británico y uno de Italia, con un representante de Turquía cuya función era consultiva. Esta comisión tenía amplios poderes, como el control más o menos completo sobre el presupuesto del Gobierno (artículo 232), y la autoridad

sobre los futuros préstamos del mismo (artículo 234). Ninguna otra Potencia Central derrotada tuvo que someterse a tal cesión de su soberanía, en nombre de las reparaciones o de cualquier otra cosa.

Fig. 26.—El imperio en estado de sitio: retirada de un buzón de correos francés en la Turquía en guerra.

Si bien el tratado conservaba la soberanía al menos nominal turca sobre Constantinopla y no interfirió en la posición del sultán como califa, puso en marcha un proceso que probablemente habría dado lugar a la partición de la península de Anatolia[58]. Una comisión francesa, británica e italiana haría recomendaciones para un Kurdistán autónomo dentro de los seis meses siguientes a la firma del tratado (artículo 62). La soberanía sobre Esmirna (técnicamente todavía turca, según el artículo 69) se determinaría finalmente mediante un plebiscito después de cinco años de gobierno directo por parte de Grecia (artículo 83). El tratado estableció de inmediato una Armenia independiente, aunque no bien definida (artículo

88). Sus límites finales serían determinados mediante arbitraje, por inverosímil que parezca, por el presidente de los Estados Unidos[59]. Las minorías en la Turquía residual recibirían una protección similar a las de los otros tratados (artículos 140-151), salvo que la soberanía definitiva sobre la protección de las minorías podría recaer en los Aliados en consulta con el Consejo de la Liga, en lugar de con la propia Liga.

La aparición de los Estados sucesores antagónicos griego y turco dio al Tratado de Sèvres una cualidad surrealista desde el principio. Ya en mayo de 1919, Mustafa Kemal (más tarde conocido como Atatürk), el héroe de la campaña de Galipoli, ocupó el cargo aparentemente inocuo de inspector del 9.º Ejército. Puso sus cuarteles generales en Samsun lo largo del Mar Negro, bastante lejos de la fuerza militar de los Aliados. En febrero de 1920, el último Parlamento otomano adoptó el Misak-i Milli (Pacto Nacional), una declaración de independencia nacional que desafió directamente la soberanía de los Aliados. Entretanto, Grecia se transformó en un Estado sucesor decidido a llevar a cabo lo que Michael Llewellyn Smith llamaba la «Visión Jónica»[60], con reivindicaciones étnicas e históricas sobre la península de Anatolia. Para esta las fronteras anteriores a 1914 eran simplemente lo que Eleftherios Venizelos llama la «columna vertebral» de una Grecia mucho mayor, que abarcaría la mayor parte del territorio otomano que quedaba en Europa (incluyendo Constantinopla), los territorios a ambos lados del estrecho, y la propia península de Anatolia hasta la Meseta Central.

De unos 160 000 soldados aliados en toda Anatolia en la fecha de la firma del Tratado de Sèvres, unos 90 000 eran griegos[61]. Las fuerzas británicas, francesas e italianas estaban concentradas en torno a los estrechos y Constantinopla, que las potencias consideraban todavía el centro de gravedad estratégico. En efecto, esta configuración del poder militar ligaba las fortunas imperiales aliadas en Anatolia al resultado del conflicto entre los Estados sucesores griego y turco. Después de la fallida Conferencia de Londres del mes de febrero de 1921, las Grandes Potencias consintieron, o incluso alentados, una ofensiva renovada griega en Anatolia. Esta campaña pretendía derrocar el régimen republicano rival y consolidar el Estado sucesor griego en la península[62]. Aunque el éxito inicial de esta campaña llevó a los griegos a unos 60 kilómetros de Angora

(más tarde Ankara), sus fuerzas excesivamente desplegadas pronto se vieron en retirada. En septiembre de 1922, los turcos habían puesto la Esmirna dominada por los griegos en llamas. Más tarde resurgió como Izmir. Los intercambios violentos de la población entre los Estados sucesores griego y turco habían comenzado.

Al mismo tiempo, la conferencia de los imperios se desintegraba. Ya en octubre de 1921, los franceses llegaron a un acuerdo con Kemal que garantizaba efectivamente el reconocimiento de su régimen por una Gran Potencia. Este acuerdo resolvía la frontera entre Cilicia y el mandato francés en Siria[63]. Los intereses imperiales italianos se redujeron a las islas del Dodecaneso, una política inalterada por la Marcha sobre Roma en octubre de 1922. Durante la crisis de Chanak, Francia e Italia habían distribuido durante meses material de guerra al régimen de Ankara[64]. Sus pequeños contingentes de tropas se habían retirado a Constantinopla, dejando el Imperio británico como único defensor de la soberanía «aliada» en los estrechos.

La crisis Chanak del otoño de 1922 fue la muestra de que el Imperio británico había dejado de funcionar como un agente imperial unitario. Mientras las fuerzas de Kemal cercaban a los estrechos después de la derrota de los griegos, Westminster envió un telegrama a los dominios, el 15 de septiembre, solicitando apoyo militar en caso de guerra con Turquía. El secretario de las Colonias, Winston Churchill, entregó el telegrama a la prensa británica el sábado, lo que, teniendo en cuenta la diferencia horaria, significaba que había llegado a la mayoría de los dominios a través de los periódicos locales antes de que pudiera ser oficialmente decodificado el lunes siguiente[65].

El poco señalado aunque mucho tiempo recordado artículo 5 del Tratado de Seguridad 1919 entre Gran Bretaña y Francia, que establece el requisito de la consulta previa con los Parlamentos de los dominios, adquirió de pronto relevancia. Canadá y Australia rechazaron la asistencia militar. Terranova estuvo de acuerdo con la política de hacer frente a Kemal, pero no en enviar tropas. Sudáfrica, bajo el primer ministro Jan Smuts, eligió el silencio. Nueva Zelanda ofreció ayuda, pero solo un batallón con la posibilidad de enviar posteriormente una brigada. Al final, el acuerdo de Mundania el 11 de octubre de 1922 evitó el conflicto armado

entre las fuerzas británicas y turcas, y preparó el camino para renovar las negociaciones de paz y revisar el tratado. El último de los grandes líderes de tiempos de guerra todavía en el poder, David Lloyd George, dimitió el 19 de octubre[66]. El Tratado de Lausana, firmado el 24 de julio de 1923, no fue producto de la Conferencia de Paz de París en sí. Concluyó un acuerdo con el Estado sucesor de Turquía, lo que podría determinar en gran medida sus relaciones con los todavía presentes imperios de Oriente Medio en sus propios términos. En Anatolia, la magnitud de los Estados imperiales se convirtió en lo que los Estados sucesores hicieron de ella.

CONCLUSIÓN

Para volver a la pregunta original de este capítulo, entonces ¿qué *eran* los imperios en la Conferencia de Paz de París? Daniel Nexon y Thomas Wright han argumentado que, en el sistema internacional, los imperios no se comportan como los Estados, menos aun como personas. Más bien, existen como redes de interacción. Cada imperio se constituye a través de «la *contratación heterogénea* entre los núcleos imperiales y las comunidades políticas constituyentes»[67]. Como hemos visto, en una situación dada, las diferentes comunidades dentro de un imperio podían empujar en direcciones diferentes. Siguiendo a Alexander Motyl, Nexon y Wright han postulado una analogía con un sistema «de red radial sin armazón», en el que cada radio está vinculado al núcleo, pero no hay ningún borde que una los radios entre sí[68]. La metáfora de la «rueda sin montura» también hace hincapié en la falta de un límite externo permanente. Los distintos imperios pueden interactuar de tantas maneras por tantas razones diferentes que pueden parecer impredecibles o irracionales. Pueden actuar de manera coherente con las preocupaciones de seguridad del realismo, pero estas acciones no se reducen a esas preocupaciones. En este capítulo se ha tratado de pensar en términos generales acerca de imperio como categoría de análisis en la Conferencia de Paz de París. Los imperios eran tanto agentes constructores de la paz como los lugares sobre los que se construía la paz. El Estado sucesor, con su imperativo de conciliar esas categorías legitimadoras volátiles como «historia» y «etnicidad», mostró tanto la solución al imperio como el

problema del imperio. En Europa Central y Oriental, los Estados sucesores de autogobierno crearon un subsistema regional para reemplazar al imperio, aunque, al hacerlo, dieron lugar a un hervidero de irredentismo y de odios étnicos tóxicos. En el Medio Oriente y Anatolia, los Estados sucesores mostraron los límites del imperio.

Más implícita que explícitamente, en este capítulo también se ha examinado el «problema agente / estructura» de la teoría de las relaciones internacionales. Más de veinticinco años después de que el artículo fundacional de Alexander Wendt reformulara el problema, ya no parece controvertido afirmar en abstracto que los agentes y las estructuras en las relaciones internacionales se construyen entre sí en un diálogo permanente[69]. A finales de 1918, las Grandes Potencias aceptaron el wilsonianismo como estructura discursiva para construir la paz. Aunque el wilsonianismo se refería más a Europa, la estructura que aportó estaba claramente destinada a aplicarse en todo el mundo. El wilsonianismo autorizó y legitimó la identidad del Estado sucesor. Los Estados sucesores desafiarían al imperio en todas partes. Al aceptar el wilsonianismo, las Grandes Potencias habían aceptado una estructura que reformulaba y circunscribía sus funciones como imperios.

En el disputado terreno de la soberanía en el sistema internacional de después de la Gran Guerra, el imperio se convirtió en lo que el Estado había hecho de él en un doble sentido. Los japoneses como Estado explotaron las oportunidades del sistema con tanta habilidad que es difícil de resistir la tentación de describir su intencionalidad en términos humanos. En Shandong y en el Pacífico el imperio japonés se convirtió en lo que el Estado japonés hizo de él. En un sentido opuesto, el imperio llegó a ser lo que los Estados sucesores hicieron de él en el Medio Oriente y Anatolia. Los mandatos de la Liga autorizaron Estados en ciernes problemáticos en Palestina, Siria, Líbano e Irak. Implícitamente, el wilsonianismo como estructura discursiva también legitimó el Estado sucesor Turquía. En Anatolia, esta nueva Turquía venció no solo a su rival, el Estado sucesor griego, sino también los imperios europeos que buscaban hacer de la Anatolia posotomana un protectorado interaliado. Además, durante la Crisis de Chanak, el Estado sucesor turco provocó,

aunque temporalmente, la fractura del Imperio británico como un agente unitario.

Sin embargo, sería un error subestimar la capacidad de recuperación del imperio durante y después de la Gran Guerra. Para bien o para mal, las Grandes Potencias seguían siendo la base del imperio en la entreguerra. Al margen de las cuestiones éticas en juego, se mostraron muy hábiles en la estructuración jerárquica las diferencias, tanto en los mandatos como en los dominios imperiales preexistentes. La burocracia colonial y la fuerza bruta fueron herramientas efectivas en el siglo xx, como lo habían sido en el siglo XIX. Los movimientos nacionalistas de la entreguerras en los aspirantes a ser Estados sucesores podrían haber ganado con el tiempo, tanto si las Grandes Potencias se enzarzaban de nuevo en una guerra entre sí como si no. Pero los movimientos independentistas fueron contenidos en gran medida, no solo antes del comienzo en 1939 de la siguiente Gran Guerra europea, sino también durante la misma. La Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias fracturaron el poder imperial europeo y japonés. Aun así, la descolonización propiamente dicha fue un producto principalmente de finales de los años 1950 y 1960, e incluso hoy persisten muchos vestigios del imperio. La Guerra Fría y la posguerra fría de la Pax Americana han abierto nuevos capítulos en la historia del imperio. Como Burbank y Cooper han argumentado, el imperio como estructura política no es nada si no es duradero. Tal vez mientras haya diferencias políticamente significativas que sea preciso estructurar, el imperio estará ahí para estructurarlas.

Capítulo 14

España neutral: un contraejemplo

James Matthews[1]

En 1919 el escritor Vicente Blasco Ibáñez publicó la novela *Mare Nostrum* que captó, con ecos de una tragedia griega, las tribulaciones de la neutralidad española durante la Primera Guerra Mundial. El personaje principal, el capitán Ulises Ferragut, utiliza su pequeña embarcación para avituallar de forma ilícita a un submarino alemán que se ha adentrado en aguas españolas para este propósito. Sin embargo, sus ambiciones por obtener un rápido beneficio se tuercen cuando el mismo submarino posteriormente torpedea a un buque mercante español en el cual el hijo de Ferragut, quien muere en el ataque, es un tripulante[2].

La novela identifica al escritor como aliadófilo y ejemplifica algunas de las profundas divisiones que causó la Primera Guerra Mundial en las clases políticas de la España neutral.

En las últimas décadas, el estudio de la Primera Guerra Mundial ha experimentado unos provechosos avances historiográficos a caballo entre la historia militar y la historia social y cultural. Los adelantos recientes en el estudio de la guerra se han enfocado sobre todo en la fenomenología y la lógica de la violencia[3], y un entendimiento más matizado de la Primera

Guerra Mundial también ha surgido a través del estudio de las experiencias de guerra y sus representaciones, además de sus legados en la posguerra[4].

Mientras que el estudio de los países beligerantes en la Primera Guerra Mundial ha sido extenso, el de los neutrales ha sido mucho menos minucioso,[5] a pesar de un interés en las políticas de las «pequeñas potencias»[6]. En las historias globales de la Gran Guerra, generalmente solo se ha incluido a los neutrales, si acaso, como fenómenos secundarios a los principales acontecimientos o reunidos en una única categoría analítica que allana sus diferencias geográficas, políticas y sociales, y que subestima las múltiples modalidades de la neutralidad[7].

Esto se debe, en parte, a que los neutrales tradicionalmente han sido considerados al margen de la gran sangría europea. Mientras que claramente era el caso desde el punto de vista militar, el efecto de la Primera Guerra Mundial sobre los países neutrales fue significativo y estos no pudieron mantenerse aislados y pacíficos en un continente devastado por la guerra. Las confrontaciones armadas que los rodearon incrementaron la intensidad de los conflictos domésticos y presionaron a los Gobiernos a enfrentarse a los agravios sociales, políticos y económicos que emanaban de distintos sectores de sus poblaciones. Además, y como ha resaltado la historiografía reciente enfocada en historias nacionales, los neutrales se involucraron en dinámicos y delicados procesos de negociación con los dos bloques en guerra[8].

Este capítulo tiene dos principales objetivos analíticos. El primero es desarrollar los recientes intentos de considerar los conceptos de la neutralidad de una manera transnacional y comparativa. Propone analizar la experiencia de España entre 1914 y 1918 en un marco internacional y contrastar su experiencia con otros países neutrales: sobre todo con Holanda, Suiza y los países escandinavos, pero también con otras naciones europeas que abandonaron su neutralidad en el curso de la guerra, incluyendo Italia, Grecia y Portugal. Esto pretende enfocar una consideración amplia de la neutralidad, además de simultáneamente arrojar luz sobre los rasgos específicos de la condición española.

El segundo objetivo es analizar la neutralidad española utilizando una perspectiva extendida de la Primera Guerra Mundial, que incluye la

Revolución Bolchevique y sus profundas secuelas más allá de 1918. Esta aproximación con un enfoque sobre los países neutrales desarrolla la innovadora investigación de Robert Gerwarth y John Horne, que pone en cuestión las tradicionales interpretaciones políticas y nacionales de la contienda, y que ha expandido la evaluación espacial y temporal de la misma[9]. Como se ha vuelto abrumadoramente evidente, el final formal de las hostilidades no se transformó en una paz generalizada europea, sobre todo al este del río Elba y, particularmente, en los conflictos que se desencadenaron en Rusia, los vestigios del Imperio Otomano y Finlandia[10]. Lo que no se ha examinado aún, sin embargo, es cómo esta visión amplia del conflicto modifica el análisis de la neutralidad, especialmente en lo que respecta a la movilización política, la violencia y la relación de pequeños y medianos Estados con una guerra que no podían controlar. En suma, este capítulo explora cómo los países neutrales experimentaron la Gran Guerra como partícipes involuntarios y víctimas de un conflicto y sus consecuencias revolucionarias de las que no se podían aislar del todo. Esto no es un análisis de las aproximaciones judiciales a la neutralidad, sino más bien un estudio comparativo de las experiencias nacionales de la neutralidad[11]. Por cuestiones de espacio tampoco se considerarán aquí los neutrales no europeos, como los Estados Unidos o Argentina.

ESTABLECIENDO Y DEFENDIENDO LA NEUTRALIDAD

El primer reto para los países neutrales en la Primera Guerra Mundial fue declararse como tales y hacer que los países beligerantes respetasen esa decisión. Los casos de Bélgica y Luxemburgo subrayan que la neutralidad no era una condición conferida de forma automática y tampoco era una decisión unilateral. Los estrategas alemanes detrás del Plan Schlieffen calcularon que los beneficios para sus intereses operacionales, que implicaban rodear Francia por los Países Bajos, superaban los perjuicios de violar abiertamente la neutralidad de estos en agosto de 1914. La indiferencia de Alemania hacia el Tratado de Londres de 1839, que había firmado (como Prusia) y que garantizaba la neutralidad belga, enfatiza una mentalidad práctica, más que legalista, del país hacia la

neutralidad al comienzo de la contienda. Como comentó el canciller alemán Theobald von Bethmann Hollweg al embajador británico en Berlín, el tratado no era más que un «trozo de papel» a sus ojos[12]. Consecuentemente, la pequeña nación fue abrumada antes de que pudiera consolidar su estatus de no combatiente. Su invasión también fue el *casus belli* de Gran Bretaña, que declaró inmediatamente la guerra a la Alemania imperial. La resistencia belga a esta agresión fue inesperadamente tenaz y contribuyó a la desesperada defensa de París por parte de los ejércitos franceses[13].

En este clima de conflicto emergente entre las Grandes Potencias de Europa, no es de extrañar que las potencias menores se movilizasen para declararse fuera de la inminente melé, incluso si esa afirmación solo subrayara tratados existentes. España, bajo el gobierno conservador de Eduardo Dato, rápidamente expresó su estricta neutralidad en el Boletín Oficial del 30 de julio de 1914 y la reiteró una semana más tarde[14]. Sin embargo, España fue una excepción entre los neutrales al no someter esa decisión al debate y al escrutinio parlamentario, incluso en una sesión de emergencia. El Parlamento solo reanudó sus actividades en octubre de 1914, después del receso veraniego y un trimestre entero luego del comienzo de las hostilidades. Fue entonces cuando las diferentes fuerzas políticas del país pudieron reaccionar formalmente ante la decisión de neutralidad tomada por el Gobierno. La gran mayoría de los políticos de los partidos dinásticos apoyaron la decisión enteramente, aceptando que España no estaba en condiciones de emprender una campaña bélica, incluso una corta como la que se anticipaba en 1914. Sus fuerzas armadas se encontraban en un estado deplorable tras la derrota a manos de los Estados Unidos en la guerra de Cuba de 1898 que había costado los vestigios del imperio, incluyendo las Filipinas y Guam. A la postre, la mitad de los efectivos del ejército español, unos 70 000 hombres, se encontraban enmarañados en una cara guerra colonial en el único territorio imperial que le quedaba a España —el protectorado marroquí—, y en donde en 1909 los rifeños habían infligido una resonante derrota a las fuerzas armadas en el Barranco del Lobo[15]. El ejército consumía un porcentaje alto del presupuesto nacional, mucho de ello en los salarios del hipertrofiado cuerpo de oficiales, y la Marina de guerra estaba en peores

condiciones aun a causa del número de buques de guerra hundidos por los Estados Unidos[16].

La principal voz disidente a la decisión del Gobierno español frente a la crisis de julio fue la de Alejandro Lerroux, el líder del partido radical y político populista, quien argumentó en la sesión de apertura que España se debería de haber unido incondicionalmente a los Aliados. «Ese *apresuramiento* con que España se ha precipitado a proclamar su neutralidad es necedad y torpeza, garrulería de política ramplona y marrullera, ineptitud, miedo, desconocimiento absoluto del problema», escribió en un artículo publicado en el periódico *El Radical* en agosto de 1914[17]. El líder del Partido Liberal, el Conde de Romanones, también expuso su crítica a la política de neutralidad en un conocido artículo de autoría debatida, pero que lo asoció enteramente con el campo aliadófilo durante el resto de la contienda[18]. En contraste con el caso español, otros Gobiernos neutrales mantuvieron un sostenido diálogo sobre sus posiciones diplomáticas desde el comienzo de la contienda. En Holanda, el Parlamento conocido como el Tweede Kamer se reunió en una sesión de emergencia el día 3 de agosto de 1914 y votó unánimemente a favor de una estricta neutralidad[19]. Así también lo hicieron los Parlamentos de los países escandinavos, además de Portugal, Grecia e Italia.

La neutralidad era un estatus que necesitaba defenderse, bien por una muestra de fuerza creíble, o bien a través de la diplomacia. En el caso de Suiza, que compartía frontera con los dos bandos combatientes, esto significó una preparación para la guerra y una movilización masiva de las fuerzas armadas. Sus fronteras fueron reforzadas y los hombres suizos, incluyendo obreros y campesinos, experimentaron una militarización organizada por el Estado en un proceso similar a la de los beligerantes. El ejército contó con unos 400 000 hombres bajo el mando del general Ulrich Wille en el otoño de 1914[20]. Otros neutrales también llamaron a sus poblaciones a filas de forma notable. El Ejército holandés, cuyo territorio estaba rodeado por fuerzas alemanas después de la invasión de Bélgica, dispuso de unos 450 000 efectivos a pesar de que su fuerza real era engañosamente débil[21]. La diminuta Dinamarca movilizó unos 64 000 hombres para defender su frontera con Alemania, incluso cuando su

ministro de Asuntos Exteriores afirmó que el país mantendría una neutralidad favorable a las Potencias Centrales[22].

Por tanto, la geografía fue el factor más importante en determinar la naturaleza y la viabilidad de la neutralidad en el conflicto. El malabarismo necesario para mantener una posición neutral fue más sensible para los países que compartían frontera directamente con dos países enfrentados, como en el caso de Suiza y de Italia hasta involucrarse en 1915. Sin embargo, otros países como Noruega, Suecia, Dinamarca y Holanda compartieron zonas de influencia con ambos bandos si se consideran las zonas marítimas además de las fronteras terrestres. Una tercera categoría de neutrales, que incluía a España y Portugal, se encontraba firmemente dentro del campo geoestratégico aliado y limitaba sus posibilidades de maniobra entre los dos bloques. España, en notable contraste con Holanda y Suiza, que practicaron una neutralidad armada para efectos disuasorios, fue uno de los pocos países europeos que no decretó ninguna movilización durante la crisis de julio, ni tampoco posteriormente, con el objetivo de subrayar su no participación. Algunos políticos españoles expresaron su preocupación de que los tratados de Algeciras y Cartagena, firmados respectivamente en 1904 y 1907 con Gran Bretaña y Francia sobre sus territorios atlánticos y mediterráneos, los comprometieran a unirse al bando aliado. Pero el poder informal que ejercían Gran Bretaña y Francia sobre España significó que ambos países, como veremos más abajo, pudieron implementar los objetivos de sus esfuerzos de guerra sin la necesidad de un compromiso formal[23]. La Primera Guerra Mundial, sin embargo, y en contraste con la masiva movilización colonial de los beligerantes, supuso una pausa en la expansión española en Marruecos con el propósito de aplacar a Francia.

LA NATURALEZA DE LA NEUTRALIDAD

La experiencia de la Primera Guerra Mundial que más unió a los ciudadanos civiles de los países beligerantes y de los neutrales fue la económica. Ambos experimentaron economías que se pueden describir como de guerra, ya fuese por una involucración directa en la contienda o por sus efectos colaterales. Estos se caracterizaron por las marcadas

escaseces y una espiral de inflación que encareció los productos de primera necesidad. Los países combatientes aprovecharon las fábricas y la capacidad de producción de los neutrales, y las poblaciones de estos segundos sufrieron la simultánea paralización del mercado global. En el caso de España, las fábricas textiles de Cataluña y la producción de mineral de hierro de Asturias fueron altamente cotizadas, especialmente por el esfuerzo de guerra francés. Por razones geográficas, la gran mayoría del comercio español se realizaba con la Entente, mientras que el que tenía lugar con las Potencias Centrales se redujo a un mero goteo. Como consecuencia directa del conflicto los dueños de las minas y las fábricas españolas experimentaron un aumento considerable de beneficios,[24] pero la distribución de estos se realizó de forma muy poco equitativa. A la par que los empresarios se enriquecían, la inflación elevaba en términos reales los costes de vida del trabajador español medio, ya que las alzas en los salarios no compensaban las subidas de precio de las necesidades básicas. Este fue un fenómeno extendido en Europa, tanto entre los países beligerantes como los neutrales, en los que los precios incluso se llegaron a duplicar entre 1914 y 1918. Por ejemplo, tomando 1914 como 100, los precios de diferentes países en octubre de 1917 eran los siguientes: España 141, Alemania 209, Francia 184, Holanda 188 y Noruega un asombroso 261. Mientras que las alzas españolas parecen comparativamente pequeñas, sus trabajadores estaban más cerca del umbral de la pobreza que la mayoría de sus equivalentes europeos[25]. A este problema también se sumaron los miles de trabajadores españoles repatriados de los países beligerantes.

Las escaseces que sufrían las economías neutrales también fueron propulsadas por la campaña submarina de las Potencias Centrales contra el comercio marítimo de los Aliados, especialmente después de que esta fue declarada «ilimitada» en febrero de 1917. En los últimos años de la guerra los neutrales sufrieron un número importante de hundimientos entre su marina mercante, sin compararse con las de Gran Bretaña o Francia. Los porcentajes de la flota hundida fueron más elevados en el caso de Noruega, que perdió el 26 por ciento, mientras que Dinamarca perdió el 14 y Suecia el 11. España perdió unos 87 navíos que representaban el 16 por ciento de la flota total[26]. Además, los neutrales que compartían frontera

con las Potencias Centrales sufrieron los efectos del bloqueo aliado que tenía como objetivo el estrangulamiento económico de sus enemigos. Los más afectados por las carencias instituyeron el racionamiento, como lo hizo Holanda en agosto de 1916 en reacción al marcado declive de productos importados;[27] Dinamarca también lo implantó en 1917[28].

España, en contraste, no planteó el racionamiento —una medida que pudiera haber calmado las marcadas desigualdades en el país—, pero decretó la Ley de Subsistencias en 1915 en un fallido intento por controlar los precios de los alimentos básicos[29]. Sin embargo, una importante diferencia cualitativa que separaba a los beligerantes de los neutrales en asuntos económicos fue que los segundos no tuvieron que montar un esfuerzo de guerra pese a sus privaciones económicas, y la efectividad de las políticas financieras de sus líderes no era directamente evaluada en el campo de batalla. En este sentido, los neutrales disponían de cierto margen de error en sus gestiones económicas, ya que no dependían directamente de suministros críticos como la entrega de suficientes municiones en los frentes[30].

En el ámbito político, la Guerra Mundial cambió el marco interpretativo a nivel nacional en los países neutrales. En España el áspero debate entre aliadófilos y germanófilos, que se ha descrito como una «guerra civil de palabras», es ampliamente conocido. Este conflicto reflejó las diferencias políticas entre los españoles que no fueron creadas por la guerra pero que fueron enormemente exacerbadas por ella. La Primera Guerra Mundial no movilizó tanto el apoyo hacia uno u otro grupo de beligerantes, sino las antipatías genuinas que diferentes segmentos de la población sentían en contra de otros[31]. Estas versiones de España generalmente se dividieron sobre líneas de fractura políticas y religiosas. Los germanófilos, habitualmente conservadores, provenían de los grupos católicos y tradicionales (incluyendo los carlistas), y favorecían la monarquía, el orden y un mantenimiento de la jerarquía social. Los aliadófilos, por lo general, representaban las fuerzas liberales de la modernización y contaban con un perfil marcadamente anticlerical; la mayoría de los socialistas se contaban entre su número, luego de que la amenaza a las democracias occidentales se pusiera de manifiesto y los apartara de su posición inicialmente pacifista, mientras que los anarquistas

generalmente consideraron la guerra como un conflicto de imperios que solo perjudicaba a las clases trabajadoras[32]. La división del país también tuvo diferencias regionales, como percató el propio Trotski durante su estancia en 1916. En su relato reproduce un diálogo con un comerciante francés en Madrid:

> ¿De parte de quién están [los madrileños]? Más bien de parte de los alemanes. Hay aquí actualmente 35 000 alemanes, que trabajan y tienen influencia. En Barcelona es otra cosa; allí hay espíritu francés; pero aquí todos son germanófilos[33].

Esto además quedó reflejado en el republicanismo, la aliadofilia y el valencianismo de Blasco Ibáñez. España fue tal vez el país neutral que experimentó la neutralidad con mayor división interna, pero los demás neutrales, como se examinará más abajo, vivieron una época menos restringida políticamente que los combatientes por su estatus apartado del combate.

Por lo tanto, la propia neutralidad fue un factor decisivo en fomentar las divisiones internas y la movilización política en algunos países. En los países beligerantes el comienzo de la guerra había acentuado el dilema de los socialistas europeos entre el nacionalismo y el internacionalismo. La lealtad a la nación generalmente prevaleció en esta coyuntura y los partidos socialistas se adhirieron, no sin cierta inquietud, a gobiernos de unidad con el propósito de apoyar los esfuerzos de guerra de países individuales, incluyendo la *Burgfrieden* alemana (tregua cívica)[34] y la *Union Sacrée* francesa (unión sagrada)[35]. Estas medidas acercaron a los partidos socialistas y sus respectivos gobiernos, ayudando a limitar la agitación industrial contraproducente en época de carencias, además de templar los discursos políticos más radicales[36]. En definitiva, la revolución social solamente eclipsó a la obtención de la paz como objetivo para el movimiento obrero radical en los países beligerantes durante 1918-1919, y las revoluciones que se desencadenaron en 1917-1918 derivaron principalmente del esfuerzo de implementar la paz[37].

Incluso en algunos países neutrales septentrionales las fuerzas políticas unieron sus energías para enfrentarse a la situación de emergencia. En Holanda, por ejemplo, el Partido Socialdemócrata de Trabajadores (SDAP)

aprobó, a principios de agosto de 1914, unos créditos militares excepcionales para ampliar el ejército ante la amenaza alemana, y su líder, Pieter Jelles Troelstra, expresó su disposición a colaborar con los partidos burgueses para sobrellevar la tormenta. Muestra de ello fue su apelación a la calma durante los motines por hambre en Ámsterdam durante julio de 1917[38]. Un proceso de unión política parecido tuvo lugar en Suiza, pero, como veremos, la izquierda no perduró en ella más allá de la primera etapa de la contienda.

A pesar de que los efectos de la guerra fueron marcados en España, no hubo un enfoque dominante sobre la paz, ni tampoco se estableció una especie de *Burgfrieden* como en Holanda. Todo lo contrario, el posicionamiento aliadófilo de los socialistas los enfrentó sobre todo con el rey Alfonso XIII, a quien consideraban un autoritario germanófilo[39]. Además, los principales sindicatos españoles, la UGT socialista y la CNT anarquista, vivieron una verdadera explosión en lo que respecta al número de sus afiliados, convirtiéndose por primera vez en organizaciones de masas con poder movilizador. Como consecuencia de la neutralidad, los conflictos políticos en España fueron más extremos y más ideologizados que en las sociedades en guerra. El país se convirtió en un campo de batalla ideológico de una forma imposible en las naciones combatientes por la supresión de puntos de vista opuestos a los oficiales. El Partido Socialista, por tanto, fue capaz de organizar la acción industrial, a diferencia de sus equivalentes en Francia y en Alemania, o incluso en Holanda, por las limitaciones que imponían la lealtad al Estado-nación y a las exigencias directas de la guerra[40].

En combinación, estos factores permitieron la coordinación de los socialistas y los anarquistas españoles que condujo a la huelga general de agosto de 1917. Esta tenía objetivos revolucionarios, incluso si eran burgueses y políticos en vez de sociales para una parte importante de los líderes socialistas. Un manifiesto firmado el 5 de marzo de 1917 por Julián Besteiro y Francisco Largo Caballero afirmó explícitamente que una huelga de «duración ilimitada adquiriría matices políticos y revolucionarios»[41]. Mientras que el ejército y los cuerpos de seguridad controlaron fácilmente la huelga empleando un nivel considerable de violencia, la burguesía creyó que se había encontrado cara a cara con la

revolución. Este miedo lo expresó un editorial del periódico *ABC* en noviembre de 1917: «Esperamos, por tanto, el triunfo de la próxima revolución ya que no habrá Gobierno capaz de contenerla ni de combatirla»[42].

Pero además de la clase obrera políticamente radicalizada, la guerra mundial provocó también otras crisis domésticas que en conjunto parecían indicar a los conservadores que España estaba viviendo una situación potencialmente revolucionaria. Estas incluían la desafección dentro del cuerpo de oficiales del Ejército, una movilización de regionalistas —la Liga Catalanista, bajo el liderazgo de Francesc Cambó, que en el último momento abandonó su apoyo a la huelga de agosto de 1917 por su cariz revolucionario— y las marcadas escaseces detalladas arriba[43]. Finalmente, ya entrado 1918 comenzaron las protestas de labradores andaluces que se extendieron por toda la región durante el llamado Trienio Bolchevique[44]. Incluso algunos políticos establecidos hacían un llamamiento a la profunda reforma del sistema. Como declaró Antonio Maura ante una manifestación de sus seguidores en la plaza de toros de Madrid en abril de 1917:

> Lo que a España le falta no son las propinas de afuera, es sacudir la gusanera caciquil que la ahoga y la deshonra; es volver por sí misma a reconstituir su vida interior y hacer vivir una constitución que sea verdad y no el escarnio de la práctica constitucional que se rige[45].

En conjunto, estos factores apuntaron para muchos reaccionarios que España se estaba volviendo la «Rusia de Occidente», tal como había señalado el político Republicano Marcelino Domingo,[46] incluso cuando Gerald Meaker enfatiza que la situación distaba de ser una «situación revolucionaria» y se define mejor como una «crisis de autoridad» del régimen[47].

Esta exposición a las fuerzas políticas de la izquierda, más o menos radicales, según el país, fue un factor común en otros países neutrales durante la Primera Guerra Mundial. Suiza, por ejemplo, se volvió un centro para la izquierda revolucionaria europea, en parte por su posición geográfica en el centro del continente, además de su condición de neutral.

La muestra más importante de ello fue la Conferencia de Zimmerwald celebrada en septiembre de 1915, organizada por Robert Grimm, dirigente de los socialistas suizos, y que rompió la unidad política que se impuso al estallar la contienda. El evento reunió a los revolucionarios más conocidos de Europa, incluyendo los rusos Lenin y Trotsky y el alemán Karl Rádek[48]. Además, después de la Revolución de Febrero, la Unión Soviética envió una misión oficial al país[49].

En los países escandinavos la crecida capacidad de movilización de las clases trabajadoras y su aumentado poder de negociación durante la guerra condujeron a unos ampliados derechos políticos. La principal diferencia con España fue que los dirigentes de los movimientos obreros subrayaron que sus objetivos eran las mejoras puntuales en las condiciones de trabajo y no la revolución social. En el caso de Holanda, las carencias provocaron una movilización doméstica que consiguió unas importantes concesiones del gobierno conservador de Cort van der Linden en forma de unas reformas constitucionales aprobadas en 1917. Estas no solo decretaron el sufragio universal masculino, sino que también abrieron camino a la implementación del voto femenino en 1921[50]. Además, hubo una marcada mejoría en las condiciones cotidianas de los trabajadores por el creciente poder de los sindicatos, principalmente la Federación Holandesa de Sindicatos (NVV) asociada con la izquierda socialdemócrata, que se expandió de 85 000 miembros en 1914 a 250 000 en 1920, y que organizó generosos convenios colectivos. El Estado también designó fondos de desempleo para que los trabajadores sobrellevasen mejor las condiciones precarias durante la guerra[51]. En Dinamarca hubo una notable expansión de los derechos políticos a raíz de la organización de los trabajadores, incluyendo la institución de una jornada laboral de ocho horas[52].

MANTENIENDO LA NEUTRALIDAD

Así como las Grandes Potencias violaron la neutralidad cuando convenía a sus intereses, también forzaron la intervención cuando les beneficiaba. Esto resulta particularmente visible en el caso de los Aliados, quienes indujeron a casi todos los neutrales meridionales a declararle la guerra a las Potencias Centrales. En este contexto, España fue la gran

excepción sureña como el único país neutral en 1914 que permaneció como tal hasta 1918. Sin embargo, esto representa la sumisión de España a los Aliados más que su capacidad de no dejarse presionar[53].

Ni Francia ni Gran Bretaña querían que España participase directamente en la contienda por la doble razón de que era marginal al equilibrio de poder militar y ya estaba contribuyendo al esfuerzo de guerra económico aliado tan eficazmente como si fuera partícipe. Las fuerzas españolas eran tan débiles que su hipotética participación podría dejar a los Aliados expuestos a una situación parecida a la que causó Portugal cuando el país lusitano abandonó la neutralidad en 1916, y cuyo esfuerzo militar en el Frente Occidental fue considerado un lastre por los franceses y los británicos[54]. Italia abandonó la neutralidad bajo la doble expectativa de forjarse en armas como nación y recuperar territorio del Imperio austro-húngaro que consideraban propio. Pero en este caso, como en el de Grecia, que anhelaba recobrar Dalmacia, su incorporación era bienvenida por los Aliados dada la presión militar que ejercían inmediatamente sobre las Potencias Centrales[55].

Mientras que la realidad geográfica de España supuso una situación en la que solamente los Aliados pudieron beneficiarse de la economía española, también fueron capaces de extraer beneficios políticos y materiales utilizando la misma lógica. Este era el caso de Gibraltar y la importante base naval establecida allí. Desde el 13 de agosto de 1914, España avitualló eficazmente al peñón con carbón y ganado a través de la Línea de la Concepción. Este acuerdo era tan fiable que, desde 1917, Gran Bretaña utilizó la base naval como punto principal de encuentro de los convoyes procedentes del Este de su imperio[56]. Por otra parte, las reivindicaciones territoriales españolas eran, además, demasiado ambiciosas para que los Aliados las concediesen sin ninguna ventaja tangible de la entrada de España en la guerra: incluían no solamente una aspiración de controlar la ciudad internacional de Tánger, sino también un irredentismo sobre el propio Gibraltar y la ambición de controlar Portugal bajo una zona de influencia española[57]. Por tanto, incluso en la última etapa de la contienda, cuando los Estados Unidos se unieron a los Aliados y la victoria de estos parecía más probable, los intentos de España de negociar algunos beneficios de una declaración de guerra a Alemania

resultaron infructuosos[58]. Noruega padeció una posición parecida a España con respecto a su industria pesquera, ya que los Aliados eran el único bando combatiente capaz de suministrarles equipamiento especializado y comprar sus productos. Como consecuencia pudieron imponer un acuerdo bajo el cual adquirían toda la pesca noruega excedente a un precio bajo[59].

La cuestión de la naturaleza de las diversas neutralidades fue, por tanto, un punto de debate a lo largo de toda la contienda. Era en este espacio en el que se abrió para España una pequeña ventana de negociación entre los dos bloques enfrentados que tenían su reflejo en las divididas fuerzas políticas. Mientras que les era imposible unirse al esfuerzo militar de los alemanes, el país y sus líderes, y sobre todo Alfonso XIII bajo el gobierno de Eduardo Dato hasta su dimisión en diciembre de 1915, no dejaron de cortejarlos, aunque solamente fuera para crear un contrapeso a los Aliados. Sin embargo, esta estrategia causó división y resultó potencialmente peligrosa por las reacciones que causaba. En junio de 1916 el rey la llevó al límite cuando un submarino alemán atracó en el puerto de Cartagena bajo su invitación personal. Los Aliados amenazaron con ocupar varios puertos españoles en represalia por la trasgresión de la neutralidad, que prohibía la entrada de buques de guerra en los puertos de estos[60].

Como consecuencia, se debatió enérgicamente si España realmente podía mantenerse estrictamente neutral cuando todas sus interacciones políticas, geográficas y comerciales la situaban firmemente en el ámbito de la Entente. España dependía fuertemente de la inversión de los países Aliados, así como también de las importaciones de carbón británico y de trigo norteamericano. Además, su proyecto imperial en Marruecos requería el beneplácito de los Aliados, quienes no solamente controlaban, en el caso de los franceses, los territorios colindantes, sino también las vías marítimas del Mediterráneo. Tras la inicial cuestión acerca la neutralidad en 1914, el punto de inflexión más significativo para los países no combatientes fue la declaración de la guerra submarina ilimitada por parte de las Potencias Centrales en febrero de 1917. En el caso español, el torpedeamiento del mercante San Fulgencio en abril de ese año provocó una crisis del gobierno del conde de Romanones, quien renunció a causa

de la negativa del rey a romper los lazos diplomáticos con las Potencias Centrales. Desde su nombramiento como jefe del Gobierno en diciembre de 1915, Romanones había abogado por una política que matizara la neutralidad para hacerla menos pasiva y más favorable a los Aliados. Él mismo describió la política de España como un «equilibrio inestable» que era la «más penosa y la menos brillante» que tuvo que implementar por no existir una alternativa dada la fuerza de la germanofilia[61]. Sin embargo, el número de pérdidas de navíos que sufrió el país a manos de los alemanes y el hecho de que la Marina Mercante española únicamente benefició al esfuerzo de guerra de los Aliados ha llevado a algunos comentaristas a cuestionar si España se puede considerar como neutral durante los últimos años de la guerra. Como escribió Fernando León y Castillo, embajador de España en París, en 1916: «Somos neutrales en la *Gaceta*, pero no en el espíritu…»[62].

Alemania, por su parte, intentó mantener a España neutral durante el conflicto y desplegó un esfuerzo diplomático considerable para ello. Aceptaba la realidad geoeconómica de España y, por tanto, propulsó la manutención de una neutralidad estricta que no perjudicara directamente a los intereses de las Potencias Centrales. El principal éxito de esta política permitió que España no abandonase la neutralidad incluso cuando sus buques mercantes eran hundidos en un número cada vez más elevado —unos 35 en 1917—, lo que podría haberse considerado una provocación intolerable[63]. Los esfuerzos diplomáticos alemanes también mantuvieron buenas relaciones con Alfonso XIII, quien sostuvo una solidaridad monárquica con el Káiser, y el pueblo alemán incluso realizó muestras de afecto públicas hacia España. En este sentido, también se diferenció España de los demás países neutrales por la fuerza de su germanofilia sin ser vecino de Alemania, ni contar con una notable población germanoparlante, como en el caso de Suiza. Esto trajo beneficios tangibles para las Potencias Centrales, como la posibilidad de repostar y suministrar clandestinamente a sus submarinos en aguas españolas, además de la creación de una amplia red de agentes que informaron sobre los movimientos marítimos de los Aliados. Estas operaciones en España, que incluyeron la financiación de periódicos y otra propaganda, eran extensas

y más eficaces que los equivalentes de los Aliados, quienes describieron a España como «infestad[a] de alemanes»[64].

En otros países neutrales la proximidad —y, por tanto, la potencial amenaza— alemana tenía más peso, y el proceso de negociación de la neutralidad resultó ser un difícil malabarismo. La situación de Holanda demuestra cómo el pequeño país tuvo que hacer un esfuerzo considerable para no dejar que uno u otro bloque interpretase que estaba favoreciendo al otro, porque esto podía tener consecuencias gravísimas para su independencia y su economía. Era particularmente notable en el caso de los barcos pesqueros holandeses que en 1915 fueron internados en puertos británicos para asegurar que la pesca no se vendiera a los alemanes. Más tarde en la guerra, en 1917, los holandeses tomaron medidas para evitar que los alemanes transportasen arena y gravilla, destinadas a las fortificaciones del frente, a través de los canales holandeses sobre los cuales tenían el derecho de transportar material civil, pero no bélico. En ambos casos, los holandeses subrayaron sus derechos como neutrales para justificar su deseo de no dejarse presionar[65]. Los giros necesarios para mantenerse al pie de la letra de la neutralidad también se desprenden de la creación de la Compañía del Consorcio Holandés de Ultramar (Netherlands Oversea Trust Company, NOT). Mientras que el Estado holandés no pudo garantizar que las importaciones al país de ultramar no se revenderían a las Potencias Centrales, esta comisión de abastos establecida por el sector privado extendía ese convenio a los Aliados sin minar las apariencias de una estricta adhesión a la neutralidad legalista[66].

Los efectos políticos y económicos de la guerra fueron tan impactantes y negativos que, naturalmente, dominaron los discursos contemporáneos de los neutrales. Sin embargo, la gran contienda europea también proporcionó a los neutrales la oportunidad de intentar hacer las veces de mediadores. En este aspecto, España fue uno de los países más proactivos, tanto por su posicionamiento como mediana potencia como por sus relaciones cordiales con los dos bandos beligerantes. El cuerpo diplomático español se convirtió en una red importante a través de la cual los países beligerantes se comunicaban una vez que habían retirado sus propias representaciones. Además, el monarca español personalmente organizó varios intentos de mediación sobre no solamente el final de la

contienda, sino también sobre víctimas civiles, refugiados y prisioneros de guerra, y que valieron para que España fuese incluida en el Consejo de la Sociedad de Naciones instituida en 1919[67]. La neutralidad de Suiza también facilitó la hercúlea labor de la Cruz Roja Internacional durante la guerra[68].

A nivel social y popular, algunos países no combatientes tuvieron que justificar más que otros su posicionamiento neutral. En el caso de España, los análisis históricos y los observadores contemporáneos enfatizan la gran indiferencia que reinó entre las masas españolas —dos tercios de cuyos habitantes eran analfabetos al estallar la contienda— acerca de las causas de la guerra y sus ideologías enfrentadas. Como ha señalado Meaker, más de un periodista francés relató, en tono enfurecido, cómo la mayoría del país se mantuvo ideológicamente indiferente a la sangría del norte[69]. Esta, sin embargo, no era la situación de neutrales más políticamente comprometidos y próximos al conflicto armado. El caso de Suecia demuestra cómo la neutralidad pasó de ser considerada cuestionable por la opinión pública a una política de moralidad loable, que destacaba la sensatez de la nación y su civilización ante la violencia insensata[70].

LA NEUTRALIDAD Y LA POSGUERRA

Mientras que las connotaciones políticas de la Primera Guerra Mundial solo movilizaron a una pequeña franja de la sociedad española —las élites politizadas—, sus efectos corolarios, que incluyeron la Revolución Bolchevique, movilizaron a las masas de forma considerable[71]. El enfoque tradicional historiográfico sobre la violencia política en la Europa de la posguerra tiende a dividir a los países entre los vencedores y los derrotados en la guerra como la variante para explicar la reacción derechista a la percibida amenaza revolucionaria. Asimismo, se ha propuesto la tesis de la «brutalización», que sostiene que la guerra normalizó la violencia y dejó un legado arraigadamente militarista que impulsó la dinámica del conflicto entre la derecha y la izquierda política en la posguerra, además de inspirar el fascismo europeo[72]. Mientras que estos marcos analíticos son útiles para estudiar la violencia y las diferencias entre Francia y Alemania, por ejemplo, han marginalizado a los

países neutrales, que no fueron partícipes directos, y no ofrecen explicaciones convincentes acerca de la situación en España, en donde no hubo ni una derrota, ni un colapso imperial al estilo Romanov, Habsburgo u Otomano. Esto sorprende porque las convulsiones políticas y revolucionarias en este país sucedidas entre 1917 y los principios de los años 20 se sitúan entre los más cruentos conflictos sociales en la Europa Occidental de la posguerra. La movilización estaba concentrada en las zonas donde predominaba el anarquismo y culminó en más de 750 muertes —más de las que se cobró la violencia política de posguerra en las derrotadas Alemania o Austria—, principalmente en Cataluña en el ciclo de violencia entre diferentes sindicatos y patronos, y en cientos de huelgas interconectadas en Andalucía[73].

La extendida Primera Guerra Mundial involucra un análisis de la reacción española al punto de inflexión global que fue la Revolución Bolchevique de octubre de 1917. Mientras que hubo una «movilización cultural» de las élites políticas a favor de la Entente o las Potencias Centrales durante la guerra, fue la Revolución Bolchevique la que movilizó a la sociedad española de forma más vigorosa y que más se acercó al fenómeno que había experimentado la Europa beligerante desde 1914. También fue acompañada por una «brutalización» indirecta —esta no puede haber sido el resultado directo de la guerra[74]— del discurso político, desencadenada tanto por la radicalización del movimiento obrero como por la reacción patronal a los eventos de agosto de 1917.

En 1920 la Revolución Rusa —y sus corolarios en Alemania, Hungría y Finlandia— había asumido una posición tan céntrica en la conciencia española que sus ideologías y su geografía formaban parte del imaginario colectivo, tanto para los que se inspiraban por ella como para los que se horrorizaron ante las noticias del Este. Las clases burguesas creían haber experimentado la revolución en 1917 y esto ancló su reacción e intratabilidad frente a las demandas obreras en la época de la posguerra. Sobre todo, creó una dinámica en la que las clases acomodadas difícilmente diferenciaban entre los agravios basados en las condiciones materiales de los trabajadores y las iniciativas que empujaban una profunda revolución social. Tampoco distinguían entre las diferentes ramas de militancia obrera —que eran tildadas de «extremistas» sin

discernimiento—, ni entre el bolchevismo extranjero y la movilización nacional[75]. Para la burguesía española las amenazas a la sociedad y las reacciones necesarias ante ellas eran, por tanto, absolutas; no existía la posibilidad de la ambivalencia ni la piedad según este discurso «brutalizado». El clima se desprende de la prensa derechista, como ejemplifica un editorial de *ABC* de marzo 1919 en plena huelga de La Canadiense en Barcelona, y que respondía a la situación en Alemania y a clamores en la prensa obrera española sobre la inminente revolución:

> El sindicalismo, como el bolcheviquismo y el espartaquismo, lo que se propone es cambiar la sociedad actual, removiéndola desde sus más hondos cimientos y destruyendo todas sus bases fundamentales […]. Es, por tanto, necesario exterminar al sindicalismo, como él viene exterminando cuanto a su avance se opone[76].

Cuando las negociaciones para concluir la huelga de La Canadiense fracasaron, el capitán general de Barcelona, Joaquín Milans del Bosch, declaró en marzo de 1919 un estado de guerra con suspensión de garantías constitucionales que atomizó a la CNT después de la detención de unos 40 000 militantes en Cataluña[77]. La situación se endureció con el nombramiento del general Severiano Martínez Anido como gobernador civil de Barcelona en noviembre de 1920 y el reclutamiento para el Somatén parapolicial. Estas actitudes apartaron a los líderes anarquistas relativamente moderados y dispuestos a dialogar dentro del sistema existente, como Salvador Seguí y Ángel Pestaña, quienes abogaban por mejoras puntuales para los obreros y que perdieron la iniciativa ante los llamados «grupos de acción» que practicaron la violencia de alto perfil. Aunque sus víctimas fueron notables, como el propio Eduardo Dato, asesinado (inusualmente) en Madrid en marzo de 1921, sus métodos eran muestra de su debilidad y desesperación por conservar su relevancia para el movimiento obrero ante la creciente represión e intransigencia del Gobierno y los patrones[78]. Paralelamente, el ejército obtuvo una considerable autonomía de acción dentro de Cataluña cuando Gobierno tras Gobierno se apoyó en este para el mantenimiento del orden público y que también exacerbó las diferencias entre el centrista y germanófilo

ejército y la más liberal periferia catalana. Asimismo, después de la pausa durante la Primera Guerra Mundial, las fuerzas armadas regresaron a la política expansionista en Marruecos bajo el mando del general Dámaso Berenguer con la intención de apuntalar el declive imperial español. Sin embargo, no fue la gloriosa campaña deseada y se extendió hasta 1926. La derrota de Annual en 1921, que costó la vida a unos 10 000 reclutas, tuvo lugar después de las más notorias huelgas revolucionarias, pero fue una importante causa de la deslegitimación del régimen de la Restauración y el golpe de Primo de Rivera en 1923[79].

A pesar de que los demás países neutrales siguieron el patrón analítico de la falta de «brutalización» más nítidamente que España, las experiencias políticas de la Primera Guerra Mundial también les dieron un marco más reciente que los beligerantes para imaginar la revolución. Aun siendo reales los miedos conservadores, los análisis históricos concuerdan en que la situación no era prerrevolucionaria en los otros países que mantuvieron su neutralidad hasta 1918 —y es cuestionable si lo llegó a ser incluso en España—, por la razón de que la mayoría de las organizaciones obreras tenían sus intereses ligados al sistema político y económico existente, y buscaban mejoras dentro del mismo[80]. Este era el caso incluso de Suiza que, como hemos visto, fue una sede de la izquierda revolucionaria durante la contienda europea y que experimentó una marcada, pero contenible, movilización obrera como consecuencia de la Revolución Bolchevique[81]. Incluso en Holanda, que fue poco conflictivo durante la guerra, hubo una radicalización, cuando Troelstra anunció en el Parlamento durante la revolución alemana de 1918/19 que los partidos burgueses deberían de estar preparados para transferir los poderes estatales a los líderes del proletariado. Sin embargo, el Partido Socialdemócrata se distanció rápidamente del concepto de la revolución y de los comentarios incendiarios de Troelstra. Él mismo incluso pudo seguir como líder del SDAP después de que una conferencia del partido y su sindicato subrayase las ambiciones reformistas por encima de los objetivos revolucionarios[82]. En Dinamarca, las fuerzas políticas conservadoras también temían una revolución, sobre todo cuando eran contiguos a los acontecimientos violentos que afligían a sus vecinos alemanes y, más distantemente, finlandeses. Pero incluso entre la organización sindicalista más radical, el

Fagoppositionens Sammenslutning, hubo reticencias a liderar el movimiento y nunca apelaron a la «huelga general social», interpretada como la antesala a la revolución[83].

CONCLUSIONES

Lo que resulta evidente de este estudio de los neutrales en la guerra es que esta tuvo una capacidad marcada para perturbar la estabilidad política, económica y social de países relativamente distantes de la lucha armada. En el caso de España, los efectos económicos e ideológicos de la contienda y sus secuelas pusieron enormemente a prueba al país y a sus líderes, a pesar de que pudieron mantener su neutralidad durante toda la guerra. La visión de los neutrales como una categoría única no hace justicia a la complejidad de estos y los esfuerzos que tuvieron que hacer para negociar ese camino. Este era marcadamente el caso para los países que se encontraban entre los dos bloques, como Holanda y Suiza, pero también de España donde, según Dato, hablando en 1915, «hubo de emprenderse una gestión diplomática, continua y persistente»[84]. Mientras que las opciones de los neutrales siempre se vieron afectadas por una posición relativamente débil frente a las ambiciones de las Grandes Potencias, esto no debe equipararse con la inacción.

El caso de España refleja esta impotencia. Era demasiado débil militarmente para contribuir eficazmente al esfuerzo de los Aliados, pero demasiado dependiente de estos para, realistamente, actuar de forma que comprometiera sus lazos políticos, económicos e imperiales. Además, las presiones producidas por la propia guerra desencadenaron un proceso de agitación social y política que sirvió para confirmar a los dirigentes que España no estaba en condiciones para compromisos bélicos. En definitiva, todos sus esfuerzos serían necesarios para que la combinación de las fuerzas políticas y las carencias económicas no dieran lugar a la quiebra del sistema actual.

Irónicamente la propia neutralidad permitió una pluralidad de políticas domésticas en España, a diferencia de los países beligerantes y los neutrales ubicados geográficamente entre los dos bloques en guerra. Esta pluralidad permitió que las crisis sociales y políticas de la guerra

alcanzasen un estado crítico que no solamente convenció a los burgueses de que la revolución había llegado a España en agosto de 1917, sino que también moldeó su reacción ante las noticias de la Revolución Bolchevique en Rusia en octubre del mismo año. La violencia en España durante la posguerra, por tanto, se encendió precisamente porque la avenida legalista y reformista fue tempranamente imposibilitada. La asociación del movimiento obrero con la revolución por parte de las clases acomodadas impulsó a los militantes, especialmente de la CNT, al uso de vías alternativas en las que predominaban la fuerza. Esto se produjo en marcada diferencia con los otros neutrales, donde el más inclusivo panorama político pudo contener casi toda violencia mayor.

Una visión extendida de la Primera Guerra Mundial indica que la neutralidad trajo unos beneficios muy tangibles para muchos países, incluyendo la evitación de una contienda extremadamente dañina. Sin embargo, la dinámica de esa neutralidad permitió la movilización política, tanto durante la misma como después de ella. En el caso de España, las fuerzas políticas que la guerra desencadenó finalmente desembocaron en el conflicto social más potente de Europa Occidental, que se cobró cientos de víctimas mortales y contribuyó al golpe primorriverista. En definitiva, y como sugiere la novela *Mare Nostrum* de Blasco Ibáñez, la neutralidad española y los efectos de sus secuelas solamente se pudieron sobrellevar con un alto costo para el sistema político, el movimiento obrero, y para muchos españoles.

LISTA DE COLABORADORES

- MUSTAFA AKSAKAL. Profesor adjunto de Historia en la Universidad de Georgetown. Autor de *The Ottoman Road to War in 1914* (Cambridge University Press, 2008) está actualmente trabajando en un libro sobre la vida militar y civil en la última década del Imperio otomano.
- RICHARD BOSWORTH. Profesor emérito de la Universidad de Australia Occidental e investigador titular asociado en el Jesus College de Oxford. Es autor de varios libros sobre la Italia moderna, en especial de una biografía de Mussolini aclamada por la crítica. Su último libro tiene por título *Whispering City: Rome and its Histories* (Yale University Press, 2011). Su próxima obra, también con Yale, *Awash with its Pasts: Italian Venice, a History*.
- CHRISTOPHER CAPOZZOLA. Profesor adjunto de Historia en el MIT. Sus intereses de investigación se centran en la historia de la guerra, la política y la ciudadanía en la historia moderna de Estados Unidos. Su primer libro, *Uncle Sam Wants You: World War I and the Making of the Modern American Citizen* (Oxford University Press, 2008), ganó el Lois P. Rudnick Book Prize de la Asociación de Estudios Latinoamericanos de Nueva Inglaterra. Su actual proyecto de investigación, *Brothers of the Pacific: Soldiers, Citizens, and the Philippines from 1898 to the War on Terror*, es una historia transnacional de los soldados estadounidenses en Filipinas y de los soldados filipinos en EE. UU. en el siglo XX.
- FREDERICK R. DICKINSON. Profesor de Historia en la Universidad de Pennsylvania, es autor de *War and National Reinvention: Japan in*

the Great War, 1914-1919 (Harvard University Asia Center, 1999), *Taisho tenno* (Minerva Press, 2009 [en japonés]), y *World War I and the Triumph of a New Japan, 1919-1930* (Cambridge University Press, 2013).

- GIUSEPPE FINALDI. Profesor adjunto de Historia en la Universidad de Australia Occidental. Es autor de *Italian National Identity in the Scramble for Africa: Italy's African Wars in the Era of Nation-Building, 1870-1900* (Peter Lang, 2009) y *Mussolini and Italian Fascism* (Pearson, 2008). Actualmente, trabaja en una historia del imperio italiano moderno.
- RICHARD S. FOGARTY. Profesor adjunto de Historia en la Universidad de Albany, Universidad Estatal de Nueva York. Autor de *Race and War in France: Colonial Subjects in the French Army, 1914-1918* (Johns Hopkins University Press, 2008), trabaja actualmente en una investigación sobre los prisioneros de guerra del norte de África durante la Gran Guerra, con especial atención a la posición del Islam y de los musulmanes en Francia y el imperio colonial francés, así como, de manera más general, en la lucha militar e ideológica en Europa y el Oriente Medio.
- STEPHEN GARTON. Profesor de Historia, rector y vicerrector de la Universidad de Sidney, ha escrito sobre la historia de la psiquiatría, el encarcelamiento, la masculinidad, la política social, la eugenesia, y el Harlem. También ha escrito extensamente sobre la historia de la desmovilización y la repatriación, entre otras obras, *The Cost of War* (Oxford University Press, 1996), y más recientemente coautor, con Peter Stanley, del capítulo sobre la «Gran Guerra y sus consecuencias, 1914-1923», en *Cambridge History of Australia*.
- ROBERT GERWARTH. Profesor de Historia Moderna en la Universidad de Dublín y director del UCD's Centre for War Studies. Es autor y editor de varios libros sobre la Alemania moderna y la historia de la violencia, entre otros, una biografía de Reinhard Heydrich (Yale University Press, 2011) (con Donald Bloxham), *Political Violence in Twentieth-Century Europe* (Cambridge University Press, 2011), y (con John Horne) *War in Peace: Paramilitary Violence after the Great War* (Oxford University Press, 2012).

- PETER HASLINGER. Profesor de Historia de la región centro-oriental de Europa en la Universidad de Giessen y Director del Herder-Institut en Marburg. Ha publicado numerosas obras sobre el nacionalismo a finales del Imperio de los Habsburgo.
- HEATHER JONES. Profesora adjunta de Historia Internacional en la London School of Economics and Political Science (LSE) y miembro de la Junta de Directores del Historial de la Grande Guerre, Péronne. Es autora de *Violence against Prisoners of War in the First World War: Britain, France and Germany, 1914-1920* (Cambridge University Press, 2011) y coeditora de *Untold War: New Perspectives in First World War Studies* (Brill Academic Editores, 2008).
- EREZ MANELA. Profesor de Historia en la Universidad de Harvard, donde también dirige el programa sobre Sociedad global y Seguridad. Autor de *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism* (Oxford University Press, 2007) y coeditor de *The Shock of the Global: The 1970s in Perspective* (Harvard University Press, 2010), trabaja actualmente en una obra sobre la erradicación mundial de la viruela en la era de la Guerra Fría.
- JAMES MATTHEWS. Doctor en Historia de España por la Universidad de Oxford. Es colaborador honorífico del Departamento de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos de la Universidad Complutense de Madrid, y autor de *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la Guerra Civil 1936-1939*, publicado por Alianza en el 2013. Actualmente, es investigador del Centre for War Studies en el University College de Dublín.
- FILIPE RIBEIRO DE MENESES. Profesor de Historia en la Universidad Nacional de Irlanda en Maynooth, donde imparte clases sobre la historia europea y africana contemporánea. Es autor de, entre otras obras, *Portugal 1914-1926: From the First World War to Military Dictatorship* (University of Bristol, 2004), forma parte de los autores de la colección de Haus, *Makers of the Modern World*; con *Salazar:*

A Political Biography (Enigma, 2009), y *Afonso Costa: Portugal* (Haus, 2010).

- BILL NASSON. Profesor de Historia en la Universidad de Stellenbosch, Sudáfrica, sus trabajos incluyen historias del Imperio británico (Tempus, 2006), la guerra anglo-bóer (NB Publishing, 2010), así como la experiencia de Sudáfrica en la Primera Guerra Mundial (Penguin, 2007) y la Segunda Guerra Mundial (Oxford University Press, 2012). Su último libro (coeditado con Albert Grundlingh), *The War Comes Home: Women and Families in the Anglo-Boer War* (Tafelberg, 2013). Actualmente, escribe una historia del Imperio británico durante la Gran Guerra.
- JOSHUA SANBORN. Profesor y jefe del Departamento de Historia en la Universidad de Lafayette. Es autor de *Drafting the Russian Nation: Military Conscription, Total War, and Mass Politics, 1905-1925* (Northern Illinois University Press, 2003) y coautor (con Annette Timm) de *Gender, Sex, and the Shaping of Modern Europe: A History from the French Revolution to the Present Day* (Bloomsbury, 2007). Más recientemente, ha escrito varios artículos y ensayos sobre la experiencia de Rusia en la Gran Guerra. Su próximo libro, *Imperial Apocalypse: The Great War and the Destruction of the Russian Empire* será publicado por Oxford University Press.
- LEONARD V. SMITH. Profesor Frederick B. Artz en el Oberlin College. Autor de *The Embattled Self: French Soldiers'Testimony of the Great War* (Cornell University Press, 2007); *France and the Great War, 1914-1918* (con Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker) (Cambridge University Press, 2003), y *Between Mutiny and Obedience: The Case of the French Fifth Infantry Division during World War I* (Princeton University Press, 1994). Coeditor, igualmente, de *France at War: Vichy and the Historians* (Berg, 2000; edición francesa de 2004).
- XU GUOQI. Profesor de Historia en la Universidad de Hong Kong, es autor de *Strangers on the Western Front: Chinese Workers in the Great War* (Harvard University Press, 2011); *Olympic Dreams: China and Sports, 1895-2008* (Harvard University Press, 2008);

China and the Great War: China's Pursuit of a New National Identity and Internationalization (Cambridge University Press, 2005, 2011); *Chinese and Americans: A Shared History* (Harvard University Press, en prensa). El profesor Xu trabaja actualmente en un libro sobre Asia y la Gran Guerra, encargo de Oxford University Press.

LISTA DE MAPAS

- 1. Europa en 1911.
- 2. Europa en 1920.
- 3. Un mundo en guerra, 1917.
- 4. Cambios territoriales en el mundo, 1918-1922: Oriente Medio.
- 5. Cambios territoriales en el mundo, 1918-1922: África.
- 6. Cambios territoriales en el mundo, 1918-1922: China y el Pacífico.
- 7. La guerra en el África portuguesa.

LISTA DE ILUSTRACIONES

- 1. Refugiados en Tracia, *circa* 1915 (Cornelius Van Engert Papers, Special Collections Research Center, Georgetown University, Washington, DC).
- 2. Quema de la langosta en Palestina, *circa* 1915 (Library of Congress Prints and Photographs Division, Washington, DC, LC-DIG-ppmsca- 13201).
- 3. Soldados italianos bailando durante un descanso en Tobruk mayo 1914 (los derechos de autor eran del fallecido Editori Riuniti, Italia).
- 4. Servicio en Eritrea, 1918 (Archivio della Società Africana d'Italia, University of Naples «l'Orientale»).
- 5. Guillermo II en Varsovia.
- 6. Prisioneros de guerra franceses en Verdún.
- 7. Fronteras imperiales bajo ataque I: trincheras austro-húngaras en la provincia rusa de la zona oeste de Volhynia, 1917 (Herder-Institut, Marburg).
- 8. Fronteras imperiales bajo ataque II: la plaza del mercado destruido de la ciudad asediada de Ostrołęka, anteriormente parte del Imperio ruso, mayo 1916 (Herder-Institut, Marburg).
- 9. Trabajadores de Kazajstán en el Frente Oriental (fotografía de Florence Farmborough).
- 10. Soldados reclutados en los campamentos de entrenamiento alemán de prisioneros de guerra como la nueva Primera División del Ejército de Ucrania, 1918.
- 11. Cartel francés de publicidad de préstamos de guerra en las colonias.

- 12. Cartel de publicidad de préstamos de guerra de 1918 (guardado como «Charge»).
- 13. El general Louis Botha (TAB archive, South Africa).
- 14. Opositores de Botha: tropas africanas de la Alemania imperial (Bundesarchiv, Berlin [105-DOA7209, fotógrafo: Walther Dobbertin]).
- 15. Cartel de reclutamiento irlandés, 1915 (Everett Collection, 775751a).
- 16. Cuerpo de camellos, 1918 (Imperial War Museum, Q 1105525).
- 17. Soldados australianos en Egipto (Australian War Memorial Collection CO2588).
- 18. Afonso Augusto Costa (UNOG Library, League of Nations Archives).
- 19. «Qingdao», portada de *Tōkyō Puck*, 1 de octubre de 1914.
- 20. «Las jóvenes europeas cortejan a los soldados japoneses», portada de *Ōsaka Puck*, 15 de septiembre de 1917 (Kyoto International Manga Museum).
- 21. Un desfile de los voluntarios chinos antes de su partida a Francia (Leeds University Library).
- 22. Trabajadores chinos en France (Leeds University Library).
- 23. Día de inscripción en el territorio de Hawai, 31 de julio de 1917(Library of Congress).
- 24. Desembarco de marines bajo el fuego en Santo Domingo (copia de la ilustración de Dickson, *circa* 1916 US National Archives and Records Administration).
- 25. El imperio en acción. Puesto de control británico en Palestina, 1920.
- 26. El imperio en estado de sitio: retirada de un buzón de correos francés en la Turquía en guerra.

Notas

[1] Mussolini tal como aparece cfr.: R. J. B. Bosworth, *Mussolini* (Londres, Arnold, 2002), 121.

[2] Hew Strachan, *The First World War*, i. *To Arms* (Oxford: Oxford University Press), el magistral primer volumen de su proyectada historia, en tres volúmenes, de la Gran Guerra, señala las posibilidades de un enfoque global. Para una historia transnacional de la Gran Guerra, centrada fundamentalmente en Europa, véase Alan Kramer, *Dynamics of Destruction: Culture and Mass Killing in the First World War* (Oxford: Oxford University Press, 2008). Entre las obras recientes que contemplan la guerra desde una perspectiva global: William Kelleher Storey, *The First World War: A Concise Global History* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2005). Para las repercusiones mundiales de la Conferencia de Paz de París, véase Erez Manela, *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism* (Oxford: Oxford University Press, 2007).

[3] Richard Hall, *The Balkan Wars, 1912-1913: Prelude to the First World War* (Londres, 2000). Donald Bloxham and Robert Gerwarth (eds.), *Political Violence in Twentieth-Century Europe* (Cambridge: Cambridge University Press, 2011), 1-10.

[4] Ryan Gingeras, *Sorrowful Shores: Violence, Ethnicity and the End of the Ottoman Empire, 1912-1923* (Oxford: Oxford University Press, 2009).

[5] Charles S. Maier, *Among Empires: America's Ascendancy and its Predecessors* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2006), 31.

[6] Para una exposición más detallada de las controvertidas definiciones de «imperio» y su utilidad como concepto analítico, véase, por ejemplo,

Joseph W. Esherick, Hasan Kayali, y Eric Van Young (eds.), *Empire to Nation: Historical Perspectives on the Making of the Modern World* (Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 2006), and Jörn Leonhard and Ulrike von Hirschhausen (eds.), *Comparing Empires: Encounters and Transfers in the Long Nineteenth Century* (Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2011).

[7] Véase Gordon East, «The Concept and Political Status of the Shatter Zone», en N. J. G. Pounds (ed.), *Geographical Essays on Eastern Europe* (Bloomington: Indiana University Press, 1961), y Donald Bloxham, *The Final Solution: A Genocide* (Oxford y Nueva York: Oxford University Press, 2009), 81. Para una visión de conjunto de la violencia étnica y el concomitante colapso de los imperios multiétnicos, véase Aviel Roshwald, *Ethnic Nationalism and the Fall of Empires: Central Europe, Russia and the Middle East, 1914-1923* (Londres: Routledge, 2001). Para el caos y violencia en el campo ruso, véase Joshua Sanborn, *Drafting the Russian Nation: Military Conscription, Total War, and Mass Politics, 1905-1925* (DeKalb, IL: Northern Illinois University Press, 2003), 170-183. Véase igualmente Omer Bartov and Eric D Weitz (eds.), *Shatterzone of Empire: Coexistence and Violence in the German, Habsburg, Russian and Ottoman Borderlands* (Bloomington: Indiana University Press, 2013).

[8] Sobre la guerra italo-otomana, véase Timothy Childs, *Italo-Turkish Diplomacy and the War over Libya, 1911-1912* (Leiden: Brill, 1990).

[9] Sobre las guerras de los Balcanes, véase Richard Hall, *The Balkan Wars, 1912-1913* (Londres: Routledge, 2000); y William Mulligan y Dominik Geppert (eds.), *The Wars before the War* (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press, forthcoming).

[10] Sanborn, *Drafting the Russian Nation*.

[11] Véase Mustafa Aksakal, capítulo 1 de esta obra. Véase también, Mehmet Besikci, *Ottoman Mobilization of Manpower* (Leiden: Brill, 2012).

[12] Helmut Rumpler, «Grenzen der Demokratie im Vielvölkerstaat», en Helmut Rumpler y Peter Urbanitsch (eds.), *Die Habsburgermonarchie, 1848-1918*, VII. *Verfassung und Parlamentarismus*, pt I: *Verfassungsrecht, Verfassungswirklichkeit, Zentrale Repräsentativköperschaften* (Viena: Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 2000), 1-10.

[13] Robert A. Kann, *Geschichte des Habsburgerreiches 1526 bis 1918* (Viena y Colonia, 1990), 581.

[14] Leszek Belzyt, *Sprachliche Minderheiten im preußischen Staat 1815-1914: Die preußische Sprachenstatistik in Bearbeitung und Kommentar* (Marburg: Herder-Institut, 1998).

[15] Alexander Watson, «Fighting for Another Fatherland: The Polish Minority in the German Army, 1914-1918», *English Historical Review*, 126 (2011), 1137-1166, esp. 1138 n. 6.

[16] Christoph Jahr, *Gewöhnliche Soldaten. Desertion und Deserteure im deutschen und britischen Heer 1914-1918* (Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 1998); Alan Kramer, «Wackes at War: Alsace-Lorraine and the Failure of German National Mobilization, 1914-1918», en John Horne (ed.), *State, Society and Mobilization in Europe during the First World War* (Cambridge: Cambridge University Press, 1997), 105-21.

[17] Jacob Segall, *Die deutschen Juden als Soldaten im Kriege 1914-1918* (Berlín: Philo-Verlag, 1922); Tim Grady, *The German-Jewish Soldiers of the First World War in History and Memory* (Liverpool: Liverpool University Press, 2011).

[18] Claus Bundgärd Christensen, *Danskere pä Vestfronten 1914-1918* (Copenhague: Gyldendal, 2009).

[19] Hansjörg Riechert, «Im Gleichschritt…: Sinti und Roma in Feldgrau», *Militärische Mitteilungen* 53 (1994), 377-397.

[20] Charles Mangin, *La Force Noire* (París: Hachette, 1910); Richard Fogarty, "**Race and War in France: Colonial Subjects in the French Army, 1914-1918**" (Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press, 2008), 15-54.

[21] Fogarty, *Race and War in France*, 27.

[22] G. Shepperson and T. Price, *Independent Africa* (Edimburgo: Edinburgh University Press, 1958), 235.

[23] Bill Nasson, *Springboks on the Somme: South Africa in the Great War, 1914-1918* (Johannesburgo: Penguin Books, 2007).

[24] Strachan, *First World War*, 497; Melvin E. Page, «Black Men in a White Men's War», en Melvin E. Page (ed.), *Africa and the First World War* (Basingstoke: Macmillan, 1987), 14. Richard Fogarty y David Killingray, «Demobilization in British and French West Africa at the End of the First World War», *Journal of Contemporary History* (próximamente).

[25] La referencia al «último shilling» la hizo en un discurso Andrew Fisher, líder del Partido Laborista Australiano (Australian Labor Party) y pronto primer ministro, el 31 de julio de 1914. El comentario al «último dólar» lo hizo el popular novelista canadiense C. W. Gordon, cfr. John Herd Thompson, *The Harvests of War: The Prairie West 1914-1998* (Toronto, McLelland and Stewart, 1978), 32.

[26] Cifras citadas en Santanu Das, *Race, Empire and First World War Writing* (Cambridge: Cambridge University Press, 2011), 4.

[27] Stephen Garton, «Demobilization and Empire: Empire Nationalism and Soldier Citizenship in Australia after World War I», *Journal of Contemporary History* (publicación en 2014).

[28] Jacques Frémeaux, *Les Colonies dans la Grande Guerre: Combats et épreuves des peuples d'Outre-Mer* (París: 14-18 Éditions, 2006); Leonard V. Smith, Stéphane Audoin-Rouzeau, and Annette Becker, *France*

and the Great War (Cambridge: Cambridge University Press, 2003); Alice Conklin, *A Mission to Civilize: France and West Africa, 1895-1930* (Stanford: Stanford University Press, 1997); Fogarty, *Race and War in France*.

[29] Gilbert Meynier, *L'Algérie révélée: La Guerre de 1914-1918 et le premier quart du XXème siècle* (Ginebra: Librairie Droz, 1981), 271-274.

[30] Véase Shane Ryland, «Edwin Montagu in India, 1917-1918: Politics of the Montagu-Chelmsford Report», *South Asia*, 3 (1973), 79-92.

[31] Véase, por ejemplo, David Fromkin, *A Peace to End All Peace: Creating the Modern Middle East, 1914-1922* (Nueva York: Henry Holt, 1989).

[32] Robert Gerwarth y John Horne (eds.), *War in Peace: Paramilitary Violence after the Great War* (Oxford y Nueva York: Oxford University Press, 2012).

[33] Selma Botman, «The Liberal Age, 1923-195», en M. W. Daly, *The Cambridge History of Egypt*, II. *Modern Egypt* (Cambridge: Cambridge University Press, 1998).

[34] D. A. Low (ed.), *Congress and the Raj: Facets of the Indian Struggle*, 1917-1947 (Londres: Heinemann, 1977).

[35] Priya Satia, «The Defense of Inhumanity: Air Control and the British Idea of Arabia», *American Historical Review*, 111 (2006), 16-51.

[36] Véase Martin Thomas, *The French Empire between the Wars: Imperialism, Politics and Society* (Manchester: Manchester University Press, 2005), 211-244.

[37] Gregory Mann, *Native Sons: West African Veterans and France in the Twentieth Century* (Durham, NC: Duke University Press, 2006).

[38] Emmanuelle Saada, «The Empire of Law: Dignity, Prestige, and Domination in the Colonial Situation», *French Politics, Culture and*

Society, 20/2 (Verano 2002), 98-120. Véase también su *Empire's Children: Race, Filiation, and Citizenship in the French Colonies* (Chicago: University of Chicago Press, 2012).

[39] Manela, *The Wilsonian Moment*, 197-214.

[40] Véase L. F. Fitzhardinge, «William Morris Hughes», en Bede Nairn and Geoffrey Serle (eds.), *Australian Dictionary of Biography*, IX. *1891-1939* (Melbourne: Melbourne University Press, 1983), 393-400.

[41] M. S. Careless, *Canada: A Story of Challenge* (Londres: Cambridge University Press, 1953), 339-346.

[42] Véase, por ejemplo, Stephen Garton, *The Cost of War: Australians Return* (Melbourne: Melbourne University Press, 1996); Joy Damousi, *The Labour of Loss: Mourning, Memory and Wartime Bereavement in Australia* (Melbourne: Melbourne University Press, 1999), y Marina Larsson, *Shattered Anzacs: Living with the Scars of War* (Seattle: University of Washington Press, 2009).

[1] Donald Quataert, revista de Kemal H. Karpat, *The Politicization of Islam: Reconstructing Identity, State, Faith, and Community in the Late Ottoman Empire* (Nueva York: Oxford University Press, 2001), *American Historical Review*, 107 (octubre, 2002), 1328.

[2] Feroz Ahmad, «The Late Ottoman Empire», en Marian Kent (ed.), *The Great Powers and the End of the Ottoman Empire*, 2.ª ed. (Londres: Frank Cass, 1996), 5.

[3] Erik J. Zürcher, «The Ottoman Empire 1850-1922: Unavoidable Failure?», en Zürcher, *The Young Turk Legacy and Nation-Building: From the Ottoman Empire to Atatürk's Turkey* (Londres: I. B. Tauris, 2010), 59-72.

[4] Halide Edib, *The Turkish Ordeal: Being the Further Memoirs of Halide Edib* (Nueva York: Century Co., 1928), 3.

[5] Virginia H. Aksan, *Ottoman Wars, 1700-1870: An Empire Besieged* (Nueva York: Pearson Longman, 2007), 7.

[6] Andreas Wimmer, *Waves of War: Nationalism, State Formation, and Ethnic Exclusion in the Modern World* (Cambridge: Cambridge University Press, 2013), 1-5.

[7] BOA, DH. EUM. EMN 85/18, 12 Haziran 1330 (25 junio 1914), y 15 Haziran 1330 (28 junio 1914).

[8] Leon Trotsky, *The Balkan Wars, 1912-1913: The War Correspondence of Leon Trotsky*, trans. Brian Pearce, ed. George Weissman y Duncan Williams (Nueva York: Nonad Press, 1980), 4.

[9] Nader Sohrabi, *Revolution and Constitutionalism in the Ottoman Empire and Iran* (Cambridge: Cambridge University Press, 2011), 114.

[10] Y. Doğan Cetinkaya, «1908 Devrimi ve Toplumsal Seferberlik», en Ferdan Ergut (ed.), *II. Meşrutiyet'i Yeniden Düşünmek* (Estambul: Tarih Vakfı, 2010), 13.

[11] Michelle U. Campos, *Ottoman Brothers: Muslims, Christians, and Jews in Early Twentieth-Century Palestine* (Stanford: Stanford University Press, 2011); Ilham Khuri-Makdisi, *The Eastern Mediterranean and the Making of Global Radicalism, 1860-1914* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 2010).

[12] Cfr. Gökhan Kaya, *II. Meşrutiyet Döneminin Demokratları: Osmanlı Demokrat Fırkası (Fırka-i İbad)* (Estambul: letişim, 2011), 199.

[13] Ali Birinci, *Hürriyet ve İtiâlf Fırkası: II. Meşrutiyet Devrinde İttihat ve Terakki'ye Karşı Çıkanlar* (Estambul: Dergâh Yayınları, 1990), pág. 72.

[14] Timothy W. Childs, *Italo-Turkish Diplomacy and the War over Libya, 1911-1912* (Nueva York: Brill, 1990), 36. Para las respuestas fuera del imperio, véase Firoozeh Kashani-Sabet, *Frontier Fictions: Shaping the Iranian Nation, 1804-1946* (Princeton: Princeton University Press, 1999), 144; Mohammad Hassan Kavousi Araghi y Nasrollah Salehi (eds.), *Jihadieh: The Holy War Fatwas of the Grand Ulama and Mujtaheds in World War I* (Teheran: Unit for Documentary Publication, 1997).

[15] Mehmed Sezai, *Cihad-ı Mukaddes yahud Trablusgarb'da Osmanlı-İtalya Cengi* (Esmirna: Keşişyan Matbaası, 1327/1911); Günver Güneş, «II. Meşrutiyet Döneminde İzmir'de Tiyatro Yaşamı», *Ankara Üniversitesi Osmanlı Tarihi Araştırma ve Uygulama Merkezi Dergisi*, 18 (2005), 151-171; Ö. Faruk Huyugüzel, *İzmir Fikir ve Sanat Adamları (1850-1950)* (Ankara: Külür Bakanlığı, 2000), 400-401.

[16] Hasan Sırrı, *Hukuk-u Düvvel Nokta-i Nazarında Osmanlı-İtalya Muharebesi* (Kostantiniye: Matbaa-i Ebzziya, 1330/1914).

[17] *Report of the International Commission to Inquire into the Causes and Conduct of the Balkan Wars* (Washington: Carnegie Endowment for International Peace, 1914).

[18] Cem Behar, *Osmanlı İmparatorluğu'nun ve Türkiye'nin Nüfusu, 1500-1927* (Ankara: Devlet İstatistik Enstitüsü, 1996), 38, 55-58.

[19] Fikret Adanır, «Non-Muslims in the Ottoman Army and the Ottoman Defeat in the Balkan War of 1912-1913», en Ronald Grigor Suny, Fatma Müge Göçek, Norman M. Naimark (eds.), *A Question of Genocide: Armenians and Turks at the End of the Ottoman Empire* (Oxford: Oxford University Press, 2011), 120; Edward J. Erickson, *Defeat in Detail: The Ottoman Army in the Balkans, 1912-1913* (Westport: Praeger, 2003).

[20] Mustafa Aksakal, *The Ottoman Road to War in 1914: The Ottoman Empire and the First World War* (Cambridge: Cambridge University Press, 2008), 53.

[21] Yavuz Köse, «Between Protest and Envy: Foreign Companies and Ottoman Muslim Society», en Eleni Gari, M. Erdem Kabaday, y Christoph K. Neumann (eds.), *Popular Protest and Political Participation*, Studies in Honor of Suraiya Faroqhi (Estambul: Istanbul Bilgi University Press), 265.

[22] Behar, *Osmanlı İmparatorluğu'nun ve Türkiye'nin Nüfusu, 1500-1927*, 62; Onur YıldırİM, *Diplomacy and Displacement: Reconsidering the Turco-Greek Exchange of Populations, 1922-1934* (Nueva York: Routledge, 2006), 89.

[23] M. Şükrü Hanioğlu (ed.), *Kendi Mektuplarında Enver Paşa* (Estambul: Der Yayınları, 1989), 242.

[24] Cfr. Mark Biondich, *The Balkans: Revolution, War, and Political Violence since 1878* (Oxford: Oxford University Press, 2011), 75.

[25] Enver Pascha, *Um Tripolis* (Múnich: Hugo Bruckmann, 1918).

[26] *Ahenk*, 13 octubre 1912, cfr. Zeki Arıkan, «Balkan Savaşı ve Kamuoyu», en *Bildiriler: Dördüncü Askeri Tarih Semineri* (Ankara: Genelkurmay Basımevi, 1989), 176.

[27] Shakib Arslan, *Sārah Dhāiāyah* (Beirut: Dār Al-Talā'yah, 1969), 236-292.

[28] Sobre la evolución y la persistencia residual del otomanismo, véase Abigail Jacobson, *From Empire to Empire: Jerusalem between Ottoman and British Rule* (Syracuse: Syracuse University Press, 2011); véase también Michael Provence, «Ottoman Modernity, Colonialism, and Insurgency in the Arab Middle East», *International Journal of Middle East Studies*, 43 (2011), 205-225.

[29] Adanır, «Non-Muslims in the Ottoman Army and the Ottoman Defeat in the Balkan War of 1912-1913», 115.

[30] Reseña de una conversación con el Dr. Nazım, cfr. M. Şükrü Hanioğlu, *Preparation for a Revolution: The Young Turks, 1902-1908* (Oxford: Oxford University Press, 2001), 260.

[31] Murat Belge, *Militarist Modernleşme: Almanya, Japonya ve Türkiye* (Estambul: İletişim, 2011).

[32] Kâzım Karabekir, *Cihan Harbine Neden Girdik, Nasil Girdik, Nasil İdare Ettik*, II (Estambul: Tecelli, 1937), 32-86.

[33] ATASE, BDH, Klasör 87, Yeni Dosya 449, Fihrist 1-2 and 1-3, 2 noviembre 1914.

[34] Bundesarchiv-Militärarchiv, N 80-1, fo. 201, 9 noviembre 1914.

[35] Mustafa Aksakal, «“Jihad Made in Germany?” The Ottoman Origins of the 1914 Jihad», *War in History*, 18 (abril 2011), 184-199.

[36] There is a significant range for the casualty numbers of the Third Army at Sarıkamış, as well as its original strength. Véase Hikmet Özdemir, *The Ottoman Army, 1914-1918: Disease and Death on the Battlefield*, trans. Saban Kardaş (Salt Lake City: University of Utah Press, 2008), 50-67; Michael A. Reynolds, *Shattering Empires: The Clash and Collapse of the Ottoman Empires, 1908-1918* (Cambridge: Cambridge University Press, 2011), 125. Reynolds gives the strength of the Third Army as 95 000 men, Özdemir as 112 000.

[37] Beşikçi, *The Ottoman Mobilization of Manpower in the First World War*, 253.

[38] Richard G. Hovannisian, «The Armenian Question in the Ottoman Empire, 1876-1914», en Richard G. Hovannisian (ed.), *Armenian People from Ancient to Modern Times* (Nueva York: St Martin's Press, 2004), II. 234-235; Dikran Mesrob Kaligian, *Armenian Organization and Ideology under Ottoman Rule, 1908-1914* (Nuevo Brunswick: Transaction Publishers, 2009), 227-236; M. Şükrü Hanioğlu, *A Brief History of the Late Ottoman Empire* (Princeton: Princeton University Press, 2008), 197-202.

[39] Ali Rıza Eti, *Bir Onbaşının Doğu Cephesi Günlüğü, 1914-1915* (2000; Estambul: Türkiye İş Bankası, 2009), 104.

[40] G. Pasdermadjian, *Why Armenia Should Be Free: Armenia's Role in the Present War* (Boston: Hairenik Publishing Company, 1918).

[41] Eti, *Bir Onbaşının Doğu Cephesi Günlüğü*, 135.

[42] Erik Jan Zürcher, «Ottoman Labour Battalions in World War I», en Hans-Lukas Kieser y Dominik J. Schaller (eds.), *Der Völkermord an den Armeniern und die Shoah* (Zúrich: Chronos, 2002), 187, 193.

[43] BOA, DH SFR 54A/10, telegrama encriptado, ministro del Interior Talar al comandante de la Tercera Armada, 2 Temmuz 1331 (15 julio 1915). Talat esperaba «un mínimo de cinco mil hombres».

[44] Hagop Demirciyan Mıntzuri, *İstanbul Anıları, 1897-1940* (Estambul: Tarih Vakfı, 1993), 133.

[45] Enver Bolayır (ed.), *Talât Paşa'nin Hâtıraları* (Estambul: Gven Yayınevi, 1946), 64.

[46] Akdes Nimet Kurat, *Türkiye ve Rusya: XVIII. Yüzyıl Sonundan Kurtuluş Savaşına Kadar Türk Rus İlişkileri (1798-1919)* (Ankara: Ankara Üniversitesi Basımevi, 1970), 661-662, cita Talat a Halil Bey,

24 mayo 1918, Foreign Ministry Archives, File 124; citado también en Reynolds, *Shattering Empires*, 210.

[47] BOA, DH EUM 4. Şube 1/4, Governorate of Syria to Interior Ministry, 13 Ağustos 1330 (26 de agosto 1914).

[48] BOA, DH EUM 4. Şube 1/4, *Urgent* (Müstaceldir), Governor Bekir Sami to Interior Ministry, 20 Ağustos 1330 (2 de septiembre de 1914).

[49] BOA, DH EUM 4. Şube 1/4, *Telegrama encriptado* (Şifre), Gobernador Bekir Sami al ministro del Interior, 30 Ağustos 1330 (2 de septiembre de 1914).

[50] BOA, DH EUM 4. Şube 1/4, Comisionado de Siria al ministro del Interior, 19 Ağustos 1330 (1 de septiembre de 1914).

[51] Shākib Arslān, al-Amār, *Sārah Zātiyyah* (Beirut: Dār al-Tāl'iyya lil'taba'a wa al-nashr, 1969), 171.

[52] Hasan Kayali, *Arabs and Young Turks: Ottomanism, Arabism, and Islamism in the Ottoman Empire, 1908-1918* (Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1997), 197.

[53] Elizabeth F. Thompson, *Justice Interrupted: The Struggle for Constitutional Government in the Middle East* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2013), 118.

[54] Najwa al-Qattan, «*Safarbarlik*: Ottoman Syria and the Great War», in *From the Syrian Land to the States of Syria and Lebanon*, ed. by Thomas Philipp and Christoph Schumann (Beirut y Würzburg: Ergon, 2004), págs. 163-173.

[55] Salim Tamari (ed.), *Year of the Locust: A Soldier's Diary and the Erasure of Palestine's Ottoman Past* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 2011), 143.

[56] Tamari (ed.), *Year of the Locust*, 5.

[57] Zafer Toprak, *İttihad-Terakki ve Cihan Harbi: Savaş Ekonomisi ve Türkiye'de Devletçilik, 1914-1918* (Estambul: Homer Kitabevi, 2003), 81-98; Yavuz Selim Karakışla, *Women, War and Work in the Ottoman Empire: Society for the Employment of Ottoman Muslim Women (1916-1923)* (Estambul: Ottoman Bank and Research Center, 2005), y «Osmanlı Ordusunda Kadın Askerler», *Tarih ve Toplum* (junio 1999), 14-24.

[58] Elizabeth Thompson, *Colonial Citizens: Republican Rights, Paternal Privilege and Gender in French Syria and Lebanon*, The History and Society of the Modern Middle East (Nueva York: Columbia University Press, 2000), 19-23; para las citas, véase pág. 22.

[59] Kayalı, *Arabs and Young Turks*, 184.

[60] Michael Twomey, «Economic Change», in Camron Michael Amin, Benjamin C. Fortna, y Elizabeth B. Frierson (eds.), *The Modern Middle East: A Sourcebook for History* (Oxford: Oxford University Press), 528.

[61] Estas estadísticas son rebatibles, pero las tendencias generales que se indican parecen consistentes según las fuentes disponibles. Para estas cifras de población, véase Behar, *Osmanlı İmparatorluğu'nun ve Türkiye'nin Nüfusu*, 65.

[62] Thompson, *Colonial Citizens*, 19.

[1] Para más detalles, véase Richard Bosworth, *Italy and the Approach of the First World War* (Londres: Macmillan, 1983), y *Italy and the Wider World 1860-1960* (Londres: Routledge, 1996).

[2] William H. McNeill, *Arnold J. Toynbee: A Life* (Oxford: Oxford University Press, 1989), 41-44.

[3] *Il Corriere della Sera*, 5 junio 1915.

[4] Véase, por ejemplo, Giuseppe Piazza, *La nostra terra promessa: Lettere dalla Tripolitani marzo-maggio 1911* (Roma: Lux, 1911).

[5] Para los antecedentes, véase R. J. B. Bosworth, *Italy: The Least of the Great Powers: Italian Foreign Policy before the First World War* (Cambridge: Cambridge University Press, 1979), y Gianpaolo Ferraioli, *Politica e diplomazia in Italia tra XIX e XX secolo: Vita di Antonino di San Giuliano (1852-1914)* (Soveria Mannelli [CZ]: Rubbettino, 2007).

[6] S. Agnelli, *We Always Wore Sailor Suits* (Nueva York: Viking, 1975).

[7] Antonio Schavulli (ed.), *La guerra lirica, il dibattito dei letterati italiani sull'impresa di Libia (1911-12)* (Rávena: Pozzi, 2009).

[8] Giuseppe Bevione, *Come siamo andati a Tripoli* (Turín: Bocca, 1912), 178.

[9] Claudio Segrè, *Fourth Shore: The Italian Colonization of Libya* (Chicago: University of Chicago Press, 1974); Francesco Malgeri, *La guerra libica: (1911-1912*) (Rome: Edizioni di storia e letteratura, 1970); Edward Evans-Pritchard, *The Sanusi of Cyrenaica* (Oxford: Clarendon Press, 1949).

[10] Angelo del Boca, *Gli italiani in Libia, Tripoli bel Suol d'Amore* (Milán: Mondadori, 1993), 110.

[11] William Stead, *Tripoli and the Treaties* (London: Bank Buildings, 1911), 59-81

[12] Para un informe patriótico de la diplomacia italiana durante la guerra, véase Luca Riccardi, *Alleati non amici: Le relazioni politiche tra l'Italia e l'Intesa durante la Prima Guerra Mondiale* (Brescia: Morcelliana, 1992).

[13] Del Boca, *Gli italiani in Libia*, 167-74.

[14] Rachel Simon, *Libya between Ottomanism and Nationalism* (Berlín: Klaus Schwarz, 1987), 105, 120-121.

[15] Para su filosofía sobre el imperio en África, que admitía el genocidio, véase Ferdinando Martini, *Nell'Affrica italiana: Impressioni e ricordi* (edición revisada) (Milán: Treves, 1895).

[16] Nicola Labanca, *Oltremare* (Bologna: il Mulino, 2002), 121; Angelo del Boca, *A un passo dalla forca* (Milán: Baldini Castoli Dalai, 2007), 80.

[17] Angelo del Boca, *La disfatta di Gasr Bu Hàdi* (Milán: Mondadori, 2004), 43-67.

[18] Del Boca, *Gli italiani in Libia*, 261.

[19] Del Boca, *Gli italiani in Libia*, 273-283.

[20] Ali Abdullatif Ahmida, *The Making of Modern Libya* (Nueva York: State University of New York Press, 1994), 121.

[21] Mario Isnenghi, *Dieci lezioni sull'Italia contemporánea* (Roma: Donzelli, 2011), 156.

[22] Robert L. Hess, «Italy and Africa: Colonial Ambitions in the First World War», *Journal of African History*, 4 (1963), 105-126.

[23] Bosworth, *Italy, the Least of the Great Powers*, 57-67.

[24] Istituto Coloniale Italiano, *Atti del convegno nazionale coloniale per il dopo guerra delle colonie, Roma, 15-21 Gennaio 1919* (Roma: Tipografia dell'Unione, 1920), 83.

[25] Francesco Caroselli, *L'Africa nella guerra e nella pace d'Europa* (Milán: Treves, 1918), 395.

[26] Para antecedentes historiográficos, véase R. J. B. Bosworth, *The Italian Dictatorship: Problems and Perspectives in the Interpretation of Mussolini and Fascism* (Londres: Arnold, 1998), 99.

[27] Luigi Cadorna, *La guerra alla fronte italiana*, i (Milán: Treves, 1921), 7-8.

[28] Vanni Clodomiro (ed.), *Il diario di Gaspare Colosimo (1916-1919)* (Roma: Istituto Storico Italiano, 2012), 320.

[29] Evans-Pritchard, *The Sanusi*, 145.

[30] Hew Strachan, *The First World War*, i. *To Arms* (Oxford: Oxford University Press, 2003), 751.

[31] Del Boca, *Gli italiani in Libia*, 299.

[32] Gherardo Pantano, *Ventitre anni di vita africana* (Florencia: Casa Editrice Militare, 1932), 323-324.

[33] Para una evocación fascista, véase Rodolfo Graziani, *Pace romana in Libia* (Milán: Mondadori, 1937).

[34] Edward Keefer, «Great Britain, France, and the Ethiopian Tripartite Treaty of 1906», *Albion*, 13 (1981), 374.

[35] Giuseppe Salvago Raggi, «Memorie dell'ambasciatore Giuseppe Salvago Raggi», en Glauco Licata, *Notabili della Terza Italia* (Roma: 5 Lune, 1968), 487-488.

[36] Cf. Bahru Zewde, *A History of Modern Ethiopia 1855-1974* (Londres: James Currey, 1991), 121.

[37] Harold Marcus, *A History of Ethiopia* (Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1994), 114.

[38] Haile Selassie, *My Life and Ethiopia's Progress, 1892-1937: The Autobiography of Emperor Haile Selassie I* (Oxford: Oxford University Press, 1976), cap. 7.

[39] Caroselli, *L'Africa nella guerra*, 209-210.

[40] Strachan, *The First World War*, i. 747.

[41] Douglas Jardine, *The Mad Mullah of Somaliland* (Londres: Jenkins, 1923), 246.

[42] Emilio Bellavita, *La battaglia di Adua* (Génova: Fratelli Melita, 1931), 498.

[43] Salvago Raggi, «Memorie dell'ambasciatore Salvago Raggi», 500-501.

[44] Strachan, *The First World War*, i. 747.

[45] Bellavita, *La battaglia di Adua*, 499.

[46] Véase Harold Marcus, «The Embargo on Arms Sales to Ethiopia, 1916-1930», *International Journal of African Historical Studies*, 16 (1983), 263-279.

[47] Salvago Raggi, «Memorie dell'ambasciatore Salvago Raggi», 500.

[48] Enrico Cerulli, *Somalia, scritti vari editi e inediti*, II (Roma: Istituto Poligrafico dello Stato, 1959), 19-29.

[49] Angelo del Boca, *Gli italiani in Africa Orientale I: Dall'Unità alla marcia su Roma* (Milán: Mondadori, 1992), 782.

[50] Lee Cassanelli, «The Ending of Slavery in Italian Somalia: Liberty and the Control of Labour, 1890-1935», en Susan Miers y Richard Roberts (eds.), *The End of Slavery in Africa* (Madison: University of Wisconsin Press, 1988), 312-313.

[51] Gustavo Chiesi, *La colonizzazione europea nell'Est Africa* (Turín: UTET, 1909), 427-428.

[52] Robert Hess, *Italian Colonialism in Somalia* (Chicago: University of Chicago Press, 1966), 116.

[53] Hess, *Italian Colonialism*, 116.

[54] Jardine, *The Mad Mullah*, 247.

[55] Jardine, *The Mad Mullah*, 247.

[56] Giuseppe Piazza, «Le nostre rivendicazioni coloniali nell'Oriente africano», *Nuova Antologia*, 188 (1917), 179; Savino Acquaviva, *L'avvenire coloniale d'Italia e la guerra* (Roma: Atheneum, 1917); Hess, «Italy and Africa».

[57] P. Carabott, «The Temporary Italian Occupation of the Dodecanese: A Prelude to Permanency», *Diplomacy & Statecraft*, 4/2 (1993), 285-312.

[58] Labanca, *Oltremare*, 181. For a study of the complex reaction of the islanders to Italian rule, véase Nick Doumanis, *Myth and Memory in the Mediterranean: Remembering Fascism's Empire* (Londres: Macmillan, 1997).

[59] Ahmida, *The Making*, 106.

[60] G. Tomasin, «Giuseppe Volpi», *Ateneo Veneto*, 184 (1997), 132.

[61] Del Boca, *Gli italiani in Africa*, 867.

[62] Del Boca, *Gli italiani in Libia*, 453.

[1] Para los debates sobre los orígenes de la guerra, véase William Mulligan, *The Origins of the First World War* (Cambridge, 2010); Holger Afflerbach y David Stevenson (eds.), *An Improbable War? The Outbreak of World War I and European Political Culture before 1914* (Oxford, 2007).

[2] Véase, sobre estos debates, Jürgen Zimmerer, *Von Windhuk nach Auschwitz? Beiträge zum Verhältnis von Kolonialismus und Holocaust* (Münster, 2010); Robert Gerwarth y Stephan Malinowski, «Hannah Arendt's Ghosts: Reflections on the Disputable Path from Windhoek to Auschwitz», *Central European History*, 42/2 (2009), 279-300.

[3] Isabel Hull, *Absolute Destruction: Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany* (Ithaca, NY, 2004).

[4] Timothy Wilson, *Frontiers of Violence: Conflict and Identity in Ulster and Upper Silesia, 1918-1922* (Nueva York y Oxford, 2010).

[5] Véase la exposición sobre la definición de imperio en la Introducción de este volumen.

[6] Véase el prefacio de Sir Valentine Chirol a la traducción de la propaganda británica del libro del Coronel H. Frobenius *The German Empire's Hour of Destiny* (Londres, 1914).

[7] Fritz-Konrad Krüger, *Government and Politics of the German Empire* (Londres, 1915), 13.

[8] Kristin Kopp, «Gray Zones: On the Inclusion of "Poland" in the Study of German Colonialism», in Michael Perraudin y Jürgen Zimmerer (eds.), *German Colonialism and National Identity* (Nueva York y Londres, 2011); Robert Lewis Koehl, «Colonialism inside Germany: 1886-1918», *Journal of Modern History*, 25/3 (1953), 255-272.

[9] Ernest Barker, *The Submerged Nationalities of the German Empire* (Oxford, 1915).

[10] Sebastian Conrad, *Globalisation and the Nation in Imperial Germany* (Cambridge, 2010), 25.Véasetambién Kristin Kopp, «Contesting Borders: German Colonial Discourse and the Polish Eastern Territories», Ph. D. Dissertation, University of California, Berkeley, 2001.

[11] Alexander Watson, «Fighting for Another Fatherland: The Polish Minority in the German Army, 1914-1918», *English Historical Review*, 126/522 (2011), 1137-1166, at pág. 1140.

[12] Phillip Ther, «Beyond the Nation: The Relational Basis of a Comparative History of Germany and Europe», *Central European History*, 31/1 (2003), 45-73, at pág. 54.

[13] Véase Jeffrey Verhey, *The Spirit of 1914: Militarism, Myth and Mobilization in Germany* (Cambridge, 2000); Gerhard Hirschfeld, «"The Spirit of 1914": A Critical Examination of War Enthusiasm in German Society», en Lothar Kettenacker y Torsten Riotte (eds.), *The Legacies of Two World Wars: European Societies in the Twentieth Century* (Oxford y Nueva York, 2011).

[14] Fritz Fischer, *Germany's Aims in the First World War* (Londres, 1967), 98.

[15] Fischer, *Germany's Aims*, 101-104.

[16] Ídem.

[17] Para las cifras de población, véase Ernest Barker, *The Submerged Nationalities of the German Empire* (Oxford, 1915), 7. Alemania tenía también una población de 150 000 daneses en Schleswig del Norte. Sobre la discriminación, véase Watson, «Fighting for Another Fatherland»; Alan Kramer, «Wackes at War: Alsace-Lorraine and the Failure of German National Mobilization, 1914-1918», en John Horne (ed.), *State, Society and Mobilization in Europe during the First World War* (Cambridge, 1997), 110-121.

[18] Watson, «Fighting for Another Fatherland», 1142.

[19] Ibíd., 1144, 1145.

[20] Watson, «Fighting for Another Fatherland», 1156, 1158.

[21] Véase, para un ejemplo de este lenguaje, Emil Zimmermann, *Die Bedeutung Afrikas für die deutsche Weltpolitik* (Berlín, 1917); también Wilhelm Doegen, *Kriegsgefangene Völker*, i. *Der Kriegsgefangenen Haltung und Schicksal in Deutschland* (Berlín 1919 [1921]).

[22] David Ciarlo, «Picturing Genocide in German Consumer Culture, 1904-1910», en Perraudin y Zimmerer (eds.), *German Colonialism and National Identity*.

[23] Daniel Rouven Steinbach, «Defending the "Heimat": The Germans in South West Africa and East Africa during the First World War», en Heather Jones, Jennifer O'Brien, y Christoph Schmidt-Supprian (eds.), *Untold War: New Perspectives in First World War Studies* (Boston y Leiden, 2008), 196.

[24] Conrad, *Globalisation and the Nation in Imperial Germany*.

[25] Roger Chickering, *We Men Who Feel Most German: A Cultural Study of the Pan-German League, 1886-1914* (Londres, 1984).

[26] Sobre esta disputa entre imperio y nacionalismo, véase Niall Ferguson, *The War of the World: History's Age of Hatred* (Londres, 2006); Mark Cornwall, *The Undermining of Austria-Hungary: The Battle for Hearts and Minds* (Basingstoke, 2000).

[27] Véase, por ejemplo, la exposición en Krüger, *Government and Politics*, 260-263.

[28] Lora Wildenthal, *German Women for Empire, 1884-1945* (Durham, NC, y Londres, 2001); Jeff Bowersox, *Raising Germans in the Age of Empire: Youth and Colonial Culture, 1871-1914* (Oxford, 2013).

[29] John Gallagher y Ronald Robinson, con Alice Denny, *Africa and the Victorians: The Official Mind of Imperialism* (Londres, 1961). William

Roger Louis (ed.), *Imperialism: The Robinson and Gallagher Controversy* (NuevaYork, 1976).

[30] Cfr. Annemarie H. Sammartino, *The Impossible Border: Germany and the East, 1914-1922* (Ithaca, NY, 2010), 31.

[31] Andrew Donson, «Models for Young Nationalists and Militarists: German Youth Literature in the First World War», *German Studies Review*, 27/3 (2004), 579-598, at pág. 588.

[32] Sammartino, *The Impossible Border*, 18-44.

[33] Ibíd., 29.

[34] Vejas Gabriel Liulevicius, *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity and German Occupation in World War I* (Cambridge, 2000), 78.

[35] Sammartino, *The Impossible Border*, 19-21; Eugen Weber, *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France 1870-1914* (Stanford, 1976).

[36] Gregor Thum, «Mythische Landschaften: Das Bild vom deutschen Osten und die Zäsuren des 20. Jahrhundert», en Gregor Thum (ed.), *Traumland Osten: Deutsche Bilder vom östlichen Europa im 20. Jahrhundert* (Gotinga, 2006).

[37] Liulevicius, *War Land on the Eastern Front*; Christian Westerhoff, *Zwangsarbeit im Ersten Weltkrieg: Deutsche Arbeitskräftepolitik im besetzten Polen und Litauen 1914-1918* (Paderborn, 2011).

[38] Ibíd., 63.

[39] Ibíd., 76.

[40] Liulevicius, *War Land on the Eastern Front*, 71.

[41] Wildenthal, *German Women for Empire*.

[42] Liman von Sanders, *Five Years in Turkey* (Annapolis, 1927), 13.

[43] Krüger, *Government and Politics*, 274.

[44] Ulrike Lindner, «Transnational Movements between Colonial Empires: Migrant Workers from the British Cape Colony», en the German Diamond Town of Lüderitzbucht, *European Review of History: Revue européenne d'histoire*, 16/5 (2009), 679-695. Hew Strachan afirma también que Gran Bretaña y Alemania cooperaron ampliamente en la colonización de la preguerra en África: Hew Strachan, *The First World War in Africa* (Oxford: Oxford University Press, 2004), 2.

[45] Strachan, *The First World War in Africa*, pág. VI.

[46] Sean McMeekin, *The Berlin-Baghdad Express: The Ottoman Empire and Germany's Bid for World Power, 1898-1918* (Londres y Nueva York, 2010).

[47] Jennifer Jenkins, «Fritz Fischer's "Programme for Revolution": Implications for a Global History of Germany in the First World War», *Journal of Contemporary History*, 48, 2 (2013), 397-417, pág. 401.

[48] Jenkins, «Fritz Fischer's "Programme for Revolution"», 403.

[49] Ibíd., 402-403.

[50] Ibíd., 409.

[51] Jenkins, «Fritz Fischer's "Programme for Revolution"», 399.

[52] Klaus Mühlhahn, «Prisoners of War and Internees (East Asia)», 14-18-Online (próximamente).

[53] Mühlhahn, «Prisoners of War and Internees (East Asia)».

[54] Strachan, *The First World War in Africa*, 1.

[55] Ibíd., 5.

[56] Michael Pesek, «Colonial Heroes: German Colonial Identities in Wartime, 1914-1918», en Perraudin and Zimmerer (eds.), *German Colonialism and National Identity*.

[57] Donson, «Models for Young Nationalists and Militarists», 587.

[58] Steinbach, «Defending the “Heimat”», 188-190.

[59] Strachan, *The First World War in Africa*, 2.

[60] The National Archives, Kew, WO 158/907, General von Lettow’s force: treatment of troops as prisoners of war, diciembre, 1918.

[61] Andrew D. Evans, *Anthropology at War: World War I and the Science of Race in Germany* (Chicago, 2010).

[62] Heather Jones, «Imperial Captivities: Colonial Prisoners of War in Germany and the Ottoman Empire, 1914-1918», en Santanu Das (ed.), *Race, Empire and First World War Writing* (Cambridge, 2011), 175-193.

[63] Christian Koller, *Von Wilden aller Rassen niedergemetzelt: die Diskussion um die Verwendung von Kolonialtruppen in Europa zwischen Rassismus, Kolonial- und Militärpolitik (1914-1930)* (Stuttgart, 2001); Jones, «Imperial Captivities»; Auswärtiges Amt, *Völkerrechtswidrige Verwendung farbiger Truppen auf dem europäischen Kriegsschauplatz durch England und Frankreich* (Berlín, 1915); *Liste über Fälle, die sich auf planmäßige Ermordung und Mißhandlung einer großeren Zahl von deutschen Kriegsgefangenen durch farbige Truppen beziehen* (Berlín, 1919).

[64] Michelle Moyd, «“We Don't Want to Die for Nothing”: *Askari* at War in German East Africa, 1914-1918», en Das (ed.), *Race, Empire and First World War Writing*, 90-107.

[65] Moyd, «“We Don't Want to Die for Nothing”», 100.

[66] General von Lettow Vorbeck, *My Reminiscences of East Africa* (Londres, 1920), 318.

[67] *Der Heldenkampf unserer Kolonien, Nach den amtlichen Mitteilungen des ReichsKolonialAmts zusammengestellt* (Berlín, 1915). Véase también Pesek, «Colonial Heroes: German Colonial Identities in Wartime, 1914-1918».

[68] Bundesarchiv Berlin R 72/1188 13.6.1935, *Deutsche Allgemeine Zeitung*, «Deutsche Frontkämpfer in London. Eine Erinnerung».

[69] Strachan, *The First World War in Africa*, 3.

[70] Jones, «Imperial Captivities».

[71] Le agradezco a Mahon Murphy esta información: Mahon Murphy, «The Geography of Internment», capítulo no publicado.

[72] Edwyn Bevan, «Introduction», a Emil Zimmermann, *The German Empire of Central Africa as the Basis of a New German World-Policy* (Londres, 1918), págs. VII-VIII.

[73] Jenkins, «Fritz Fischer's “Programme for Revolution”», 416.

[74] Heinrich Schnee, *German Colonization Past and Future: The Truth about the German Colonies* (Nueva York, 1926).

[1] De acuerdo con las cifras oficiales del censo de 1910 de austríacos y húngaros, el 23,36 % hablaba alemán, el 19,57 % húngaro, el 16,37 % checo o eslovaco, el 9,68 % polaco, el 8,52 % serbio, croata o bosnio, el 7,78 % ucraniano, el 6,27 % rumano, el 2,44 % esloveno, y el 1,5 % italiano; los restantes 2,3 millones hablaban otras diversas lenguas. Robert A. Kann, *Geschichte des Habsburgerreiches 1526 bis 1918* (Vienna y Colonia: Böhlau, 1990), 581.

[2] Lawrence Cole y Daniel Unowsky (eds.), *Limits of Loyality: Imperial Symbolism, Popular Allegiances, and State Patriotism in the Late Habsburg Monarchy* (Nueva York y Oxford: Berghahn Books, 2007).

[3] Helmut Rumpler, «Grenzen der Demokratie im Vielvölkerstaat», en Helmut Rumpler y Peter Urbanitsch (eds.), *Die Habsburgermonarchie 1948-1918*, VII/1 (Viena: Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften 2000), 1-10, at pág. 1.

[4] En 1868, Croacia-Eslovenia consiguió un estatus de autonomía dentro de Hungría; sin embargo, pronto los Gobiernos húngaros intentaron erosionar esta posición.

[5] E. Drašarová, R. Horký, J. Šouša, y L. Velek (eds.), *Promarněná šance: Edice dokumentů k Česko-německému vyrovnání před prdní světovou válkou. Korespondence a protokoly 1911-1912*, 2 vols. (Praga: Národní archiv 2008); Peter Haslinger, *Nation und Territorium im tschechischen politischen Diskurs 1880-1938* (Múnich: Oldenbourg 2010), 197-207.

[6] Emerich BogoviČ, *Zur bosnischen Frage: Eine Studie* (Zagreb: Leopold Hartman 1880), 61. Cf. también Josef Neupauer, *Wie könnte die europäische Cultur nach Bosnien verpflanzt werden?* (Viena: Selbstverlag, 1884).

[7] Se pueden encontrar ejemplos de este discurso en Johann von Asbóth, *Bosnien und die Herzegowina: Reisebilder und Studie* (Vienna: Hölder, 1888); J. M. Baernreither, *Bosnische Eindrücke: Eine politische Studie*

(Vienna: Hölder, 1908); Moritz Graf Attems, *Bosnien einst und jetzt* (Vienna: Seidel, 1913).

[8] Ivo J. Lederer, «Nationalism and the Yugoslavs», en Peter Sugar y Ivo Lederer (eds.), *Nationalism in Eastern Europe* (Seattle: University of Washington Press, 1969), 396-438, at p. 428.

[9] Aleš Skřivan, *Deutschland und Österreich-Ungarn in der europäischen Politik der Jahre 1906-1914* (Hamburgo: Döllinger und Galitz Verlag, 1999), 314-321.

[10] Graydon A. Tunstall, «Austria-Hungary», en Richard F. Hamilton y Holger H. Herwig (eds.), *The Origins of World War I* (Cambridge: Cambridge University Press, 2003), 112-149, at p. 117.

[11] Manfried Rauchensteiner, *Der Tod des Doppeladlers: Österreich-Ungarn und der Erste Weltkrieg* (Graz y Viena/Colonia: Styria, 1993), 59.

[12] Martin Zückert, «Imperial War in the Age of Nationalism: The Habsburg Monarchy and the First World War», en Jörn Leonhard y Ulrike von Hirschhausen (eds.), *Comparing Empires: Encounters and Transfers in the Long Nineteenth Century* (Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2011), 500-517, at pág. 502.

[13] Ian F. W. Beckett, *The Great War 1914-1918* (Harlow: Longman, 2001), 137-138.

[14] Piotr Wandycz, *The Polish Question* (Berkeley: University of California Working Papers), 4.

[15] Wolfdieter Biehl, *Der Erste Weltkrieg: 1914-1918* (Viena, Colonia, y Weimar: Böhlau, 2010), 135.

[16] Después de que Estados Unidos entrara en la guerra el 6 de abril de 1917 y de que la distribución de la fuerza militar se hubiera desplazado a favor de la Entente, las dos principales Potencias Centrales se reunieron en

secreto en Bad Kreuznach el 23 de abril, y el 17 y 18 de mayo para definir los objetivos de guerra de Alemania y de Austria-Hungría. Según esto, Alemania adquiriría los territorios bálticos y Polonia, mientras que, a cambio, Galitzia del Este se entregaría a Rusia en un intento de neutralizarla. A Austria-Hungría se la recompensaría por esta pérdida de territorio con partes de Rumanía y un Estado de Eslavia del Sur que incluía Serbia, Montenegro y Albania del Norte. Sin embargo, el 5-6 de noviembre del mismo año, en la Conferencia de Berlín, las preferencias habían cambiado hacia la solución austro-polaca, mientras que los territorios bálticos y Rumanía deberían quedar bajo control alemán. Biehl, *Der Erste Weltkrieg*, 159, 163.

[17] Respecto al de Rusia, el ministro de Exteriores, Sazonov, sugería que la monarquía de los Habsburgo adjudicara Galitzia a Rusia, Bosnia-Herzegovina y Dalmacia a Serbia, y, finalmente, Transilvania a Rumanía, mientras que los restantes territorios debían dividirse entre un imperio austríaco y uno húngaro, así como un reino checo que incluiría también a Eslovaquia.

[18] Graydon A. Tunstall, *Blood on the Snow: The Carpathian Winter War of 1915* (Lawrence: University Press of Kansas, 2010), 209.

[19] Tunstall, *Blood on the Snow*, 1, 4-5.

[20] Horst Bauerkämper y Elise Julien, «Einleitung: Durchhalten! Kriegskulturen und Handlungspraktiken im Ersten Weltkrieg», en Horst Bauerkämper y Elise Julien (eds.), *Durchhalten! Krieg und Gesellschaft im Vergleich 1914-1918* (Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht 2010), 7-28, at pág. 7.

[21] Horst Bauerkämper y Elise Julien, «Einleitung: Durchhalten! Kriegskulturen und Handlungspraktiken im Ersten Weltkrieg», en Horst Bauerkämper y Elise Julien (eds.), *Durchhalten! Krieg und Gesellschaft im Vergleich 1914-1918* (Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht 2010), 7-28, at pág. 7.

[22] Showalter, «Mass Warfare and the Impact of Technology», 81.

[23] Hew Strachan, «War and Society in the 1920s and 1930s», en Roger Chickering y Stig Förster (eds.), *The Shadows of Total War: Europe, East Asia, and the United States, 1919-1939* (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press 2003), 35-54, at págs. 35, 54.

[24] Dietrich Beyrau y Pavel P. Shcherbinin, «Alles für die Front: Russland im Krieg 1914-1922», en Bauerkämper y Julien (eds.), *Durchhalten!*, 151-177, at pág. 175.

[25] Jürgen Angelow, «Der Erste Weltkrieg auf dem Balkan: Neue Fragestellungen und Erklärungen», en Bauerkämper y Julien (eds.), *Durchhalten!*, 178-194, at pág. 183. Véase también Alfred Eisfeld, Guido Hausmann, y Dietmar Neutatz (eds.), *Besetzt, interniert, deportiert: Der Erste Weltkrieg und die deutsche, jüdische, polnische und ukrainische Zivilbevölkerung im östlichen Europa* (Essen: Klartext, 2013); Anton Holzer, *Das Lächeln der Henker: Der unbekannte Krieg gegen die Zivilbevölkerung 1914-1918* (Darmstadt: Primus Verlag, 2008).

[26] En Hungría la ratio era ligeramente mejor: 10.5 to 6.5. Biehl, *Der Erste Weltkrieg*, 124, 154.

[27] Jan Galandauer, «Prohláöení Českého svazu z 30. května 1917: Zapomenutá programová revoluce», *Český Časopis historický*, 91 (1993), 582-592, at pág. 587. Véase también H. L. Rees, *The Czechs during World War I: The Path to Independence* (Boulder: East European Monographs, 1992).

[28] Mark Cornwall, *The Undermining of Austria-Hungary: The Battle for Hearts and Minds* (Houndmills y Londres: Macmillan Press, 2000), 118.

[29] Daniel Unowsky, «Dynastic Symbolism and Popular Patriotism Monarchy and Dynasty in Late Imperial Austria», en Jörn Leonhard y Ulrike von Hirschhausen (eds.), *Comparing Empires: Encounters and Transfers in the Long Nineteenth Century* (Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2011), 237-265, at pág. 265.

[30] Deutschnationale Geschäftsstelle (ed.), *Das Verhalten der Tschechen im Weltkrieg* (Viena: H. Schürff, 1918); Richard Lein, *Pflichterfüllung oder Hochverrat? Die tschechischen Soldaten Österreich-Ungarns im Ersten Weltkrieg* (Münster, Viena, y Berlín: LIT, 2011), 9.

[31] *Vznik Československa 1918* (Praga: Ústav mezinárodních vztahů, 1994), 32, 36-37.

[32] Walter John Raymond, *Dictionary of Politics: Selected American and Foreign Political and Legal Terms* (Lawrenceville: Brunswick, 1992), 120.

[33] Ivan T. Berend, *Decades of Crisis: Central and Eastern Europe before World War II* (Berkeley y Los Angeles, y Londres: University of California Press, 1998), 123.

[34] <http://www.lib.byu.edu/index.php/President_Wilson%27s_Fourteen_Points> (accessed 10 July 2013).

[35] Wolfram Dornik y Peter Lieb, «Die Ukrinepolitik der Mittelmächte während des Ersten Weltkrieges», en Wolfram Dornik *et al.*, *Die Ukraine zwischen Selbstbestimmung und Fremdherrschaft 1917-1922* (Graz: Leykam, 2011), 91-128.

[36] Biehl, *Der Erste Weltkrieg*, 214.

[37] Entre enero y mayo de 1917, Carlos inició negociaciones secretas con Francia a través de dos hemanos de su mujer Zita, Sixto de Borbón-Parma y Francisco Javier de Borbón-Parma, que ofrecieron Alsacia-Lorena a Francia. Clemenceau reveló las negociaciones secretas el 12 de abril de 1918, causando gran irritación en el aliado alemán de Austria-Hungría. Tamara Griesser-Pecar, *Die Mission Sixtus: Österreichs Friedensversuch im Ersten Weltkrieg* (Viena y Múnich: Amalthea, 1988); Manfried Rauchensteiner, «Ich habe erfahren, dass mein Kaiser lügt»: «Die Sixtus-Affäre 1917/18», en Michael Gehler y Hubert Sickinger (eds.),

Politische Affären und Skandale in Österreich: Von Mayerling bis Waldheim (Thaur, Viena, y Múnich: Kulturverlag 1995).

[38] Zara S. Steiner, *The Light that Failed: European International History 1919-1933* (Oxford: Oxford University Press, 2007), 80, 82.

[39] Janko Pleterski, «The Southern Slav Question», en Mark Cornwall (ed.), *The Last Years of Austria-Hungary. A Multi-National Experiment in Early Tenteeth-Century Europe* (Exeter: University of Exeter Press, 2002), 119-148, at pág. 145.

[40] Mark R. Hatlie, «Riga und der Erste Weltkrieg. Eine Exkursion», *Nordost-Archiv. Zeitschrift für Regionalgeschichte*, 17 (2008), 13-33, at pág. 13.

[41] Berend, *Decades of Crisis*, 115, 146.

[42] Robert Gerwarth y John Horne, «The Great War and Paramilitarism in Europe, 1917-1923», *Contemporary European History*, 19 (2010), 267-273, at pág. 269.

[43] Para la violencia paramilitar en Europa Central del Este, en general, véase Robert Gerwarth, «The Central European Counter-Revolution: Paramilitary Violence in Germany, Austria and Hungary after the Great War», *Past and Present*, 200 (2008), 175-209; Julia Eichenberg, «The Dark Side of Independence: Paramilitary Violence in Ireland and Poland after the First World War», *Contemporary European History*, 19 (2010), 231-248.

[44] K. T. Wilson, *Frontiers of Violence: Conflict and Identity in Ulster and Upper Silesia, 1918-1922* (Oxford: Oxford University Press, 2010). Véase también Annemarie H. Sammartino, *The Impossible Border: Germany and the East, 1914-1922* (Ithaca, NY, y Londres: Cornell University Press, 2010).

[45] Christoph Mick, *Kriegserfahrung in einer multiethnischen Stadt. Lemberg, 1914-1947* (Wiesbaden: Harassowitz, 2010), 247.

[46] Por ejemplo, Hungría se enfrentó a dos oleadas de terror dirigidas por representantes de la República de Consejos entre marzo y agosto de 1919 (terror rojo) e inmediatamente después la de los escuadrones paramilitares de derechas (terror blanco). Pero, también en Austria, el nuevo Gobierno se «enfrentó a la agitación revolucionaria en las calles de Viena, un desplome casi total de las economías agrícola e industrial y una crisis casi emocional debida al trauma de la derrota», en 1919. Günter Bischof, Fritz Plasser, y Peter Berger (eds.), *From Empire to Republic: Post-World War I Austria* (Nueva Orleans: University of New Orleans Press, 2010), 5.

[47] James M. Diehl, «No More Peace: The Militarization of Politics», en Roger Chickering y Stig Förster (eds.), *The Shadows of Total War: Europe, East Asia, and the United States, 1919-1939* (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press, 2003), 97-112, at págs. 97-98.

[48] Alan Kramer, *Dynamic of Destruction: Culture and Mass Killing in the First World War* (Oxford: Oxford University Press, 2007), 279, 292.

[49] Se calcula que el número de muertes a escala mundial de esta pandemia que comenzó en marzo de 1918 es de 27 millones. Colin Nicolson, *The First World War: Europe 1914-1918* (Harlow: Longman, 2001), 248.

[50] Francesco S. Nitti, *Peaceless Europe* (Londres: Cassell and Company, 1922), pág. VII.

[1] Andreas Kappeler, *The Russian Empire: A Multiethnic History*, trans. Alfred Clayton (Harlow: Pearson/Longman, 2001), 129.

[2] Charles S Maier, *Among Empires: America's Ascendancy and its Predecessors* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2006), 31.

[3] Kappeler, *The Russian Empire*, 220-235; Miroslav Hroch, *Social Preconditions of National Revival in Europe: A Comparative Analysis of the Social Composition of Patriotic Grounds among the Smaller European Nations* (Cambridge: Cambridge University Press, 1985).

[4] Véase Edward C. Thaden, «Russification in Tsarist Russia», en Edward C. Thaden, *Interpreting History: Collective Essays on Russia's Relations with Europe* (Boulder: Social Science Monographs, 1990), 211-220.

[5] Theodore R. Weeks, *Nation and State in Late Imperial Russia: Nationalism and Russification on the Western Frontier, 1863-1914* (DeKalb, IL: Northern Illinois University Press, 1996), 131-151.

[6] Estas cuestiones se tratan ampliamente en Joshua A. Sanborn, *Drafting the Russian Nation: Military Conscription, Total War, and Mass Politics, 1905-1925* (DeKalb, IL: Northern Illinois University Press, 2003).

[7] «Dokladnaia zapiska Nachalínika Neshavskago uezda Statskogo Sovetnika Agafonova», s. f. (pero después de 16/29 de agosto de1914), Gosudarstvennyi arkhiv Rossiiskoi Federatsii (GARF), fond (f.) 217, opis (op.) 1, delo (d.) 304, listy (ll.) 213-15ob.

[8] Estos acontecimientos se tratan más profundamente en Joshua Sanborn, «Military Occupation and Social Unrest: Daily Life in Russian Poland at the Start of World War I», en Golfo Alexopolous, Julie Hessler, y Kiril Tomoff (eds.), *Writing the Stalin Era: Sheila Fitzpatrick and Soviet Historiography* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2011), 43-58.

[9] Eric Lohr, «1915 and the War Pogrom Paradigm in the Russian Empire», en Jonathan Dekel-Chen, David Gaunt, Natan M. Meir, e Israel Bartal (eds.), *Anti-Jewish Violence: Rethinking the Pogrom in East European History* (Bloomington: Indiana University Press, 2011), 41.

[10] Las descripciones más amplias de estas atrocidades las documentó un voluntario judío de entonces. S. Ansky, *The Enemy at his Pleasure: A Journey through the Jewish Pale of Settlement during World War I* (Nueva York: Henry Holt, 2002).

[11] Lohr, «1915 and the War Pogrom Paradigm in the Russian Empire», 47.

[12] Peter Holquist, «The Role of Personality in the First (1914-1915) Russian Occupation of Galitzia and Bukovina», en Dekel-Chen *et al*. (eds.), *Anti-Jewish Violence*, 54.

[13] Holquist, «The Role of Personality»; Mark von Hagen, *War in a European Borderland: Occupations and Occupation Plans in Galitzia and Ukraine, 1914-1918* (Seattle: University of Washington Press, 2007); A. Iu. Bakhturina, *Politika Rossiiskoi imperii v vostochnoi Galitsii v gody pervoi mirovoi voiny* (Moscú: AIRO-XX, 2000).

[14] El mejor trabajo sobre refugiados durante la guerra es Peter Gatrell, *A Whole Empire Walking: Refugees in Russia during World War I* (Bloomington: Indiana University Press, 1999).

[15] Para mayor información sobre esta crisis de mano de obra, véase Joshua A. Sanborn, «Unsettling the Empire: Violent Migrations and Social Disaster in Russia during World War I», *Journal of Modern History*, 77 (junio 2005), 290-324.

[16] Véase, Edward Dennis Sokol, *The Revolt of 1916 in Russian Central Asia* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1953); G. Sapargaliev, *Karatelínaia politika tsarizma v Kazakhstane (1905-1917)* (Alma-Ata: Nauka, 1966); Marco Buttino, *Revoliutsiia naoborot: Sredniaia Aziia*

mezhdu padeniem tsarskoi imperii i obrazovaniem SSSR, trans. Nikolai Okhotin (Moscú: Zvenia, 2007).

[17] Michael A. Reynolds, *Shattering Empires: The Clash and Collapse of the Ottoman and Russian Empires, 1908-1918* (Cambridge: Cambridge University Press, 2011), esp. 134-165.

[18] Estos detalles y estas citas proceden del convincente (y oportunamente titulado) capítulo de Bruce Lincoln «New Men and Old Policies», en W. Bruce Lincoln, *Passage through Armageddon: The Russians in War and Revolution* (Nueva York: Simon and Schuster, 1986), 346-371.

[19] Serhy Yekelchyk, *Ukraine: Birth of a Modern Nation* (Oxford: Oxford University Press, 2007), 69.

[20] Lincoln, *Passage through Armageddon*, 390-1; Richard Pipes, *The Formation of the Soviet Union: Communism and Nationalism, 1917-1923* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1964), 58-59.

[21] Reynolds, *Shattering Empires*, 195.

[22] Jamie Bisher, *White Terror: Cossack Warlords of the Trans-Siberian* (Londres y Nueva York: Routledge, 2005).

[23] Peter Kenez, *Civil War in South Russia, 1918: The First Year of the Volunteer Army* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1971), 236.

[24] Kenez, *Civil War*, 247-250.

[25] O. V. Budnitskii, *Rossiiskie evrei mezhdu krasnymi i belymi* (Moscow: ROSSPEN, 2006), 275-276; W. Bruce Lincoln, *Red Victory: A History of the Russian Civil War* (Nueva York: Simon and Schuster, 1989), 321; Serhy Yekelchyk, *Ukraine: Birth of a Modern Nation* (Oxford: Oxford University Press, 2007), 81.

[26] Lincoln, *Red Victory*, 129.

[27] See Buttino, *Revoliutsiia naoborot*.

[28] Terry Martin, *The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2001), 13.

[29] Para más detalles sobre este proceso, véase Pipes, *The Formation of the Soviet Union*.

[1] Albert Sarraut, *La Mise en valeur des colonies françaises* (París: Payot, 1923), 51.

[2] James Joll, *The Origins of the First World War*, 2.ª ed. (Londres: Longman, 1992), 59.

[3] Charles Mangin, *La Force Noire* (París: Hachette, 1910).

[4] Charles S. Maier, *Among Empires: America's Ascendancy and its Predecessors* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2006), 31.

[5] De ahí el por ahora tratamiento axiomático de los historiadores de los franceses y de otros imperios, de metrópoli y colonia en un «campo analítico único». Véase Frederick Cooper y Ann Laura Stoler, «Between Metropole and Colony: Rethinking a Research Agenda», en su *Tensions of Empire: Colonial Cultures in a Bourgeois World* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1997), 1-56.

[6] En Alemania, algunos describían la guerra desde el principio como *Der Weltkrieg*. Hew Strachan, «The First World War as a Global War», *First World War Studies*, 1/1 (2010), 3-14, mantiene concisa y concluyentemente la consideración de la guerra como una guerra tanto mundial como imperial. Véase también su *The First World War* (Nueva York: Viking, 2003), y *The First World War*, i. *To Arms* (Oxford: Oxford University Press, 2001); John H. Morrow, Jr, *The Great War: An Imperial History* (Nueva York: Routledge, 2004); Michael S. Neiberg, *Fighting the Great War: A Global History* (Cambridge MA: Harvard University Press, 2006); William Kelleher Storey, *The First World War: A Concise Global History* (Nueva York: Rowman & Littlefield, 2010); Lawrence Sondhaus, *World War One: The Global Revolution* (Cambridge: Cambridge University Press, 2011), y Andrew Tait Jarboe y Richard S. Fogarty (eds.), *Empires in World War I: Shifting Frontiers and Imperial Dynamics in a Global Conflict* (Londres: I. B. Tauris, 2013).

[7] Sobre esta autoimagen tranquilizadora que ofrecía la Exposición Colonial de 1931 al público francés, véase Herman Lebovics, *True*

France: The Wars over Cultural Identity, 1900-1945 (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1992), 51-97.

[8] Martin Thomas, *The French Empire between the Wars* (Manchester: Manchester University Press, 2005), demuestra claramente la debilidad estructural que infestaba al Imperio francés después de la Primera Guerra Mundial. Sobre los efectos de la Segunda Guerra Mundial sobre el imperio, véase su *The French Empire at War, 1940-1945* (Manchester: Manchester University Press, 1998). Fredrik Logevall, *Embers of War: The Fall of an Empire and the Making of America's Vietnam* (Nueva York: Random House, 2012), sostiene más contundentemente el papel preponderante de la Segunda Guerra Mundial en el debilitamiento definitivo del control colonial francés en Indochina.

[9] Sarraut, *Mise en valeur*, 45, 50-51.

[10] Pierre Varet, *Du concours apporté à la France par ses colonies et pays de protectorat au cours de la guerre de 1914* (París: Presses modernes, 1927). Véase también Jacques Frémeaux, *Les Colonies dans la Grande Guerre: Combats et épreuves des peuples d'Outre-Mer* (París: 14-18 Éditions, 2006). Túnez y Marruecos eran oficialmente protectorados en los que el Estado francés reconocía la autoridad *de facto* de los gobernadores autóctonos (el bey de Túnez y el sultán de Marruecos), pero ejercía, de hecho, el control colonial por medio del Ministerio de Exteriores. Argelia estaba densamente poblada por colonos franceses y administrativamente absorbida en la Francia metropolitana, dividida en tres departamentos análogos a los departamentos metropolitanos, y gobernada bajo el mando del ministro del Interior.

[11] Leonard V. Smith, Stéphane Audoin-Rouzeau, y Annette Becker, *France and the Great War* (Cambridge: Cambridge University Press, 2003), 65.

[12] Frémeaux, *Les Colonies dans la Grande Guerre*, 87-88.

[13] Marc Michel, *L'Appel à l'Afrique: Contributions et réactions à l'effort de guerre en A. O. F., 1914-1919* (París: Publications de la

Sorbonne, 1982), 450. La obra completa dibuja esta historia con exhaustivos detalles. Recientemente, se ha publicado una versión más breve: *Les Africains et la Grande Guerre: L'Appel à l'Afrique (1914-1918)* (París: Karthala, 2003). Todas las referencias de este capítulo lo son a la versión original de 1982.

[14] Sobre la experiencia de Argelia durante la guerra, véase Gilbert Meynier, *L'Algérie révélée: La Guerre de 1914-1918 et le premier quart du XXème siècle* (Ginebra: Droz, 1981), y sobre Marruecos, véase Mohammed Bekraoui, *Le Maroc et la première guerre mondiale 1914-1920* (Lille: ANRT, 1987).

[15] Maurice Gontard, *Madagascar pendant la première guerre mondiale* (Antananarivo: Editions Universitaires, 1969), 90.

[16] Sarraut, *Mise en valeur*, 45-48.

[17] Frémeaux, *Les Colonies dans la Grande Guerre*, 86; Meynier, *L'Algérie révélée*, 602.

[18] Sarraut, *Mise en valeur*, 50.

[19] Frémeaux, *Les Colonies dans la Grande Guerre*, 80-83.

[20] Ibíd., 91-92, 257-261. «*Tirailleur*», que literalmente significa «escaramuzador» o «fusilero», era un término que los franceses aplicaban a todos los hombres de infantería de las colonias, a lo que añadían «*indochinois*» para los indochinos con uniforme francés, «*algérien*» para los argelinos, «*sénégalais*» para los africanos occidentales, etc.

[21] Jacques Thobie, Gilbert Meynier, Catherine Coquery-Vidrovitch, y Charles-Robert Ageron, *Histoire de la France coloniale, 1914-1990* (París: Armand Colin, 1990), 75.

[22] Frémeaux, *Les Colonies dans la Grande Guerre*, 89, 93.

[23] Véase la investigación pionera y muy concienzuda de Jacques Marseille, en su *Empire colonial et capitalisme français: Histoire d'un*

divorce (París: Albin Michel, 1984). David S. Landes llega a las mismas conclusiones sobre la falta de rentabilidad de los imperios europeos: más generalmente, en su *The Wealth and Poverty of Nations: Why Some Are So Rich and Some So Poor* (Nueva York: W. W. Norton, 1998).

[24] Sarraut, *Mise en valeur*, 51.

[25] Los historiadores relacionados con el Historial de Péronne están más cerca de este enfoque. Smith, Audoin-Rouzeau, y Becker, *France and the Great War*, ofrecen una buena visión de conjunto. Véase también Antoine Prost, «Les Limites de la brutalisation: Tuer sur la front occidental, 1914-1918», *Vingtième siècle*, 1/81 (2004), 5-20; Jay Winter, «P vs C: The Still Burning Anger when the French Talk of the First World War», *Times Literary Supplement*, 16 junio 2006; Leonard V. Smith, «The "Culture de guerre" and French Historiography of the Great War of 1914-1918», *History Compass* 5/6 (2007), 1967-1979; y Pierre Purseigle, «Back from the Trenches», *La Vie des idées* (23 abril 2009) <http://www.booksandideas.net/Back-from-the-Trenches.xhtml?lang=fr> (consultado el 20 de abril de 2013).

[26] Thobie *et al*., *Histoire de la France coloniale*, 75.

[27] Hoover Institution Archives poster collection FR 894: C. Boiry, «Crédit Foncier d'Algérie et de Tunisie, Emprunt national 6 % 1920» (París: Devambez, 1920?). Para una exposición más completa de estas y de otras imágenes, véase Richard S. Fogarty, «Race and Empire in French Posters of the Great War», en Pearl James (ed.), *Picture This: World War I Posters and Visual Culture* (Lincoln, NB: University of Nebraska Press, 2009), 172-206.

[28] Marie-Pascale Presvost-Bault, «Les Collections de l'Historial», en Weill *et al*., *Les Affiches de la Grande Guerre* (Péronne, Somme: Martelle; Historial de la Gran Guerra, 1998), 24.

[29] Thobie *et al*., *Histoire de la France coloniale*, 59.

[30] Stephen H. Roberts, *The History of French Colonial Policy, 1870-1925* (1929; reimp. Hamden, CT: Archon, 1963), 606.

[31] Para un examen completo y detallado de la historia de la idea de *mise en valeur* en la política colonial francesa, véase Alice L. Conklin, *A Mission to Civilize: France and West Africa, 1895-1930* (Stanford: Stanford University Press, 1997).

[32] Para la reacción de Senghor y más datos sobre Banania y las imágenes de *tirailleurs*, Anne Donadey, «"Y'a bon Banania": Ethics and Cultural Criticism in the Colonial Context», *French Cultural Studies*, 11 (2000), 9-29. Véase también Jean Garrigues, *Banania: Histoire d'une passion française* (París: mayo, 1991); John Mendenhall, *French Trademarks: The Art Deco Era* (San Francisco: Chronicle, 1991); Anne-Claude Lelieur y Bernard Mirabel, *Negripub: L'Image des Noirs dans la publicité depuis un siècle* (París: Société des Amis de la Bilbliothèque Forney, 1987). Dana S. Hale, «French Images of Race on Product Trademarks during the Third Republic», y Leora Auslander y Thomas C. Holt, «Sambo in Paris: Race and Racism in the Iconography of the Everyday», ambos en Sue Peabody y Tyler Stovall (eds.), *The Color of Liberty: Histories of Race in France* (Durham, NC: Duke University Press, 2003), 131-146, 147-184, habla sobre la figura de Banania y cómo se adapta al contexto más amplio de la imaginería publicitaria del momento.

[33] Tyler Stovall, «Colour-Blind France? Colonial Workers during the First World War», *Race & Class*, 35/2 (1993), 37, 47.

[34] Tyler Stovall, «The Color Line behind the Lines: Racial Violence in France during the Great War», *American Historical Review*, 103/3 (1998), 737-769. Sobre los trabajadores coloniales en Francia durante la guerra, véase también Bertrand Nogaro and Lucien Weil, *La Main d'oeuvre étrangère et coloniale pendant la guerre* (París: Presses Universitaires de France, 1926), y John Horne, «Immigrant Workers in France during World War I», *French Historical Studies*, 14/1 (1985), 57-88.

[35] Cfr. Michel, *L'Appel*, 7.

[36] Eugen Weber, *The Nationalist Revival in France, 1905-1914* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1968); Gerd Krumeich, *Armaments and Politics in France on the Eve of the First World War: The Introduction of Three-Year Conscription, 1913-1914* (Dover, NH: Berg, 1984).

[37] Jean-Charles Jauffret, «Les Armes de "la plus grande France"», en Guy Pedroncini (ed.), *Histoire militaire de la France*, III. *De 1871 à 1940* (París: Presses Universitaires de France, 1992), 61. El ejército francés empleaba el término *troupes indigènes* para designar a los súbditos coloniales del ejército, aunque una vez fuera de sus colonias de origen, estos hombres ya no fueran técnicamente «indígenas».

[38] Louis Marin, «Rapport sur le Bilan des Pertes en Morts et en Blessés des Nations belligérentes», *Journal Officiel, Documents Parlementaires*, anexo n. 633 (1920); *Données et Statistiques relatives à la Guerre 1914-1918* (París: Imperimerie Nationale, 1922).

[39] Las cifras exactas son extremadamente difíciles de determinar y estas representan los mejores cálculos obtenidos de numerosas fuentes de archivos y publicadas. Las cifras de Sarraut (véase *Mise en valeur*, 38-44) son precisas, pero no totalmente exactas. Para las estimaciones propias del ejército francés, véase Service Historique de l'Armée de Terre (SHAT) 7N440: Note au sujet de la situation actuelle des effectifs en indigènes coloniaux, 11 septiembre 1918.

[40] Richard S. Fogarty, *Race and War in France: Colonial Subjects in the French Army, 1914-1918* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2008), relata esta historia en general. Para tratamientos más detallados y completos de las colonias en particular, véase: Michel, *L'Appel*; Joe Lunn, *Memoirs of the Maelstrom: A Senegalese Oral History of the First World War* (Portsmouth: Heinemann, 1999); Gilbert Meynier, *L'Algérie révélée: La Guerre de 1914-1918 et le premier quart du XXème siècle* (Ginebra: Droz, 1981); Driss Maghraoui, «Moroccan Colonial troops: History,

Memory and the Culture of French Colonialism» (Ph. D. dissertation, University of California, Santa Cruz, 2000); Mohammed Bekraoui, *Les Marocains dans la Grande Guerre 1914-1919* (Rabat: Publications de la Commission Marocaine d'Histoire Militaire, 2009); Chantal Valensky, *Le Soldat occulté: Les Malgaches de l'Armée française, 1884-1920* (París: L'Harmattan, 1995); Jacques Razafindranaly, *Les Soldats de la grande île: D'une guerre à l'autre, 1895-1918* (París: L'Harmattan, 2000); Mireille Favre-Le Van Ho, «Un milieu porteur de modernisation: Travailleurs et tirailleurs vietnamiens en France pendant la première guerre mondiale», 2 vols. (Tesis doctoral, École nationale des chartes, 1986); Henri Eckert, «Les Militaires indochinois au service de la France (1859-1939)», 2 vols. (Thèse de doctorat, L'Université de Paris IV, 1998); y Kimloan Hill, «A Westward Journey, An Enlightened Path: Vietnamese Linh Tho, 1915-1930» (Ph. D. dissertation, University of Oregon, 2001).

[41] Michel, *L'Appel*, 44-54.

[42] Lunn, *Memoirs*, 40.

[43] Ibíd., 40-41.

[44] Allen Douglas, *War, Memory, and the Politics of Humor: The Canard Enchainé and World War I* (Berkeley: University of California Press, 2002), 169-170.

[45] Favre-Le Van Ho, «Un milieu porteur de modernisation», 1: 241-251.

[46] Ibíd., 1: 232; Hill, «Westward Journey», 33-34.

[47] Gontard, *Madagascar*, 66-8; Valensky, *Le soldat occulté*, 299.

[48] Cfr. Favre-Le Van Ho, «Un milieu porteur de modernisation», 1: 208.

[49] Gontard, *Madagascar*, 66-8; Valensky, *Le soldat occulté*, 299.

[50] Michel, *L'Appel*, 50-7, 85-8; Lunn, *Memoirs*, 44, 51 n. 15. On the more serious revolts, see Michel, *L'Appel*, 100-16; Conklin, *Mission*, 148-9; Luc Garcia, «Les Mouvements de résistance au Dahomey,

1914-1917», *Cahiers d'études africaines*, 10/1 (1971), 144-78; Héléne d'Almeida-Topor, «Les Populations dahoméens et le recrutement militaire pendant la première guerre mondiale», *Revue française d'Histoire d'outre-mer*, 60/2 (1973), 196-241.

[51] Michel, *L'Appel*, 49.

[52] Lunn, *Memoirs*, 43.

[53] SHAT 7N2081: SA, «Bulletin Politique, mois d'octobre 1914.»

[54] SHAT 7N443: Lutaud a PC, MG, y MI, telegramas del 5, 6, y 9 de octubre de 1914.

[55] SHAT 7N2081: SA, «Bulletin Politique, mois d'octobre 1914.»

[56] Meynier, *L'Algérie révélée*, 399.

[57] SHAT 7N2081: SA, «Bulletin de Renseignements sur les Questions Musulmanes», 12 novembre 1916; 7N2081 y 17N491: «Bulletins de Renseignements sur les Questions Musulmanes», noviembre 1916-febrero 1917; Meynier, *L'Algérie révélée*, 591-598.

[58] SHAT 7N1001: Informe sobre las operaciones de la comisión militar de control postal de Túnez durante el mes de diciembre de 1916.

[59] SHAT 7N2107: Commission Militaire de Contrôle Postal de Tûnez, Informe sobre las operaciones de la comisión durante el mes de marzo de 1917.

[60] SHAT 7N995: Commission de Contrôle Postal de Marseille, «Annamites en France», 2 de enero de 1917.

[61] SHAT 7N997: Contrôle Postal Malgache, Informe del mes de septiembre de 1917.

[62] Fogarty, *Race and War in France*, aborda todas estas cuestiones con detalle. Véase también Tyler Stovall, «Love, Labor, and Race: Colonial

Men and White Women in France during the Great War», en Tyler Stovall y Georges Van den Abeele (eds.), *French Civilization and its Discontents: Nationalism, Colonialism, Race* (Lanham, MD: Lexington Books, 2003), 297-321.

[63] Smith, Audoin-Rouzeau, y Becker, *France and the Great War*, 124.

[64] «Y'a bon!» podría traducirse literalmente como, «There's good!» Quizá una forma más precisa de pensar en esta frase en inglés sea imaginar a alguien que diga «Is good» con un fuerte acento extranjero.

[65] Véase, por ejemplo, *Le Français tel que le parlent nos tirailleurs sénégalais* (París: L. Fournier, 1916), un manual para enseñar a los oficiales franceses a usar el pidgin-francés con los africanos occidentales que tenían bajo su mando. Véase también Gabriel Manessy, *Le Français en Afrique noire: Mythe, stratégie, pratiques* (París: L'Harmattan, 1994), y Fogarty, *Race and War in France*.

[66] Lucie Cousturier, *Des inconnus chez moi* (París: Éditions de la Sirène, 1920), 105.

[67] Bakary Diallo, *Force-Bonté* (París: F. Reider, 1926), 113.

[68] Laurent Gervereau, «La Propagande par l'image en France, 1914-1918: Thèmes et modes de représentation», en Laurent Gervereau y Christophe Prochasson (eds.), *Images de 1917* (París: BDIC, 1987), 124.

[69] Library of Congress, POS-Fr. C53, n. 2: Georges Clairin, «Pour la patrie: Souscrivez à l'Emprunt: Crédit Foncier d'Algérie et de Tunisie» (París: Devambez, 1918).

[70] Sobre las imágenes que tenían los franceses de los algerianos, véase Patricia Lorcin, *Imperial Identities: Stereotyping, Prejudice and Race in Colonial Algeria* (Londres: I. B. Taurus, 1995), 17-34. Sobre la violencia de la conquista y el gobierno en la colonia, véase Benjamin Claude Brower, *A Desert Named Peace: The Violence of France's Empire in the Algerian Sahara, 1844-1902* (Nueva York: Columbia University Press,

2009), Jennifer E. Sessions, *By Sword and Plow: France and the Conquest of Algeria* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2011), y William Gallois, «Dahra and the History of Colonial Violence in Algeria», en Martin Thomas (ed.), *The French Colonial Mind*, II. *Violence, Military Encounters, and Colonialism* (Lincoln, NE: University of Nebraska Press, 2011).

[71] Sobre el concepto de «desmovilización cultural», véase John Horne (ed.), «Démobilisations culturelles après la Grande Guerre», número especial of *14-18 Aujourd'hui-Heute-Today*, 5 (2002); y su «Kulturelle Demobilmachung 1919-1939: Ein sinnvoller historischer Begriff?», en Wolfgang Hardtwig (ed.), *Politische Kulturgeschichte der Zwischenkriegszeit 1919-1939* (Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2005), 129-150; y «Demobilizing the Mind: France and the Legacy of the Great War, 1919-1939», *French History and Civilization: Papers from the George Rudé Seminar*, 2 (2009), 101-19 http://www.h-france.net/rude/rudeTOC2009.html (consultado el 7 de junio de 2013).

[72] Véase Christopher M. Andrew y A. S. Kanya Forstner, *France Overseas: The Great War and the Climax of French Imperial Expansion* (Londres: Thames and Hudson, 1981).

[73] Daniel Neep, *Occupying Syria under the French Mandate: Insurgency, Space and State Formation* (Cambridge: Cambridge University Press, 2012).

[74] Jennifer M. Dueck, *The Claims of Culture at Empire's End: Syria and Lebanon under French Rule* (Oxford: Oxford University Press, 2010).

[75] Ho Chi Minh, «An Open Letter to M. Albert Sarraut, Minister of Colonies», en *Selected Works of Ho Chi Minh*, i (Hanoi: Foreign Languages Publishing House, 1960). Sarraut y Quoc en realidad se reunieron varias veces para discutir sus diferencias. Véase William J. Duiker, *Ho Chi Minh: A Life* (Nueva York: Hyperion, 2000), y Sophie Quinn-Judge, *Ho Chi Minh: The Missing Years, 1919-1941* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 2002).

[76] Léopold Sédar Senghor, «What is Negritude?» a speech delivered at Oxford University, octubre 1961, en Paul E. Sigmund (ed.), *The Ideologies of the Developing Nations*, rev. edn (Nueva York: Praeger, 1967), 248.

[1] *Independent*, 19 de marzo de 2013.

[2] Según la expresión de John Darwin, véase su *The Empire Project: The Rise and Fall of the British World-System, 1830-1970* (Cambridge: Cambridge University Press, 2009).

[3] John Darwin, *Unfinished Empire: The Global Expansion of Britain* (Londres: Allen Lane, 2012), 330.

[4] Bernard Porter, *The Lion's Share: A Short History of British Imperialism, 1850-2004* (Harlow: Pearson Longman, 2004), 228.

[5] Porter, *Lion's Share*, 228.

[6] Bodleian Library, Oxford, Milner MSS (Add.) c696: Milner to Lloyd George, 9 de junio de 1918.

[7] Cfr. Niall Ferguson, *The Pity of War, 1914-1918* (Londres: Penguin, 1999), 68.

[8] David Olusoga y Casper W. Erichsen, *The Kaiser's Holocaust: Germany's Forgotten Genocide and the Colonial Roots of Nazism* (Londres: Faber and Faber, 2010), 261.

[9] Olusoga y Erichsen, *Kaiser's Holocaust*, 262.

[10] Richard J. Reid, *A History of Modern Africa: 1800 to the Present* (Oxford: Blackwell, 2009), 187.

[11] Bill Nasson, *Springboks on the Somme: South Africa in the Great War, 1914-1918* (Johannesburgo: Penguin, 2007), 90.

[12] David Killingray, «The War in Africa», en John Horne (ed.), *A Companion to World War I* (Londres: Blackwell, 2012), 118.

[13] Jonathan Hyslop, *The Notorious Syndicalist: J. T. Bain: A Scottish Rebel in Colonial South Africa* (Johannesburgo: Jacana, 2004), 264.

[14] Duncan Innes, *Anglo-American and the Rise of Modern South Africa* (Johannesburgo: Ravan, 1984), 78.

[15] Duncan Innes, *Anglo-American and the Rise of Modern South Africa* (Johannesburgo: Ravan, 1984), 78.

[16] *The Agricultural Journal of South Africa* (febrero, 1919), 6.

[17] Philip Murphy, «Britain as a Global Power in the Twentieth Century», en Andrew Thompson (ed.), *Britain's Experience of Empire in the Twentieth Century* (Oxford: Oxford University Press, 2012), 40.

[18] Sir Herbert Baker, *Architecture and Personalities* (Londres: Hodder & Stoughton, 1946), 90.

[19] Paul Kennedy, «The War at Sea», en Jay Winter (ed.), *The Cambridge History of the First World War*, I (Nueva York: Cambridge University Press, 2014).

[20] Hew Strachan, *The First World War* (Londres: Simon & Schuster, 2006), 71.

[21] Timothy Stapleton, «The Impact of the First World War on African People», en John Laband (ed.), *Daily Lives of Civilians in Wartime Africa: From Slavery Days to Rwandan Genocide* (Pietermaritzburg: University of Kwazulu-Natal Press, 2007), 129.

[22] Ian Linden y Jane Linden, «John Chilembwe and the New Jerusalem», *Journal of African History*, 12/4 (1971), 631.

[23] Albert Grundlingh, *Fighting their Own War: South African Blacks and the First World War* (Johannesburgo: Ravan, 1987), 16.

[24] William Beinart y Colin Bundy, *Hidden Struggles in Rural South Africa: Politics and Popular Movements in the Transkei and Eastern Cape, 1890-1930* (Johannesburgo: Ravan, 1987), 201.

[25] *Imvo Zabantsundu*, 8 septiembre de 1914.

[26] *Tsala ea Batho*, 16 de septiembre de 1914.

[27] *APO*, 22 de agosto de 1914.

[28] Risto Marjomaa, «The Martial Spirit: Yao Soldiers in British Service in Nyasaland (Malawi), 1895-1939», *Journal of African History*, 44/3 (2003), 422.

[29] Marjomaa, «Martial Spirit», 425.

[30] Stapleton, «Extra-Territorial African Police and Soldiers in Southern Rhodesia (Zimbabwe), 1897-1965», *Scientia Militaria*, 38/1 (2010), 106.

[31] Killingray, «Africa», 116.

[32] Gisela Graichen und Horst Grunder, *Deutsche Kolonien: Traum und Trauma* (Hamburgo: Ullstein Verlag, 2007), 323.

[33] Gerald L'Ange, *Urgent Imperial Service: South African Forces in German South-West Africa, 1914-1915* (Johannesburgo: Ashanti, 1991).

[34] Antony Lentin, *Jan Smuts: Man of Courage and Vision* (Johannesburgo: Jonathan Ball, 2010), 30-31.

[35] Marion Wallace, *A History of Namibia from the Beginning to 1990* (Johannesburgo: Jacana, 2011), 216.

[36] J. C. Smuts, *War-Time Speeches* (Londres: Hodder & Stoughton, 1917), 85.

[37] Giorgio Meschier, «Arteries of Empire: On the Geographical Imagination of South Africa's Railway War, 1914/1915», *Kronos: Southern African Histories*, 38 (2012), 46.

[38] Andries M. Fokkens, «The Suppression of Internal Unrest in South West Africa (Namibia), 1921-1933», *Scientia Militaria*, 40/3 (2012), 113, 140.

[39] Edward Paice, *Tip and Run: The Untold Story of the Great War in Africa* (Londres: Weidenfeld & Nicholson, 2007), 3.

[40] *Rand Daily Mail*, 28 de noviembre de 1915.

[41] Anne Sansom, *Britain, South Africa, and the East African Campaign, 1914-1918* (Londres: I. B. Tauris, 2006), 95.

[42] «With the British Forces in East Africa», *The Great War*, 148 (1917), 207.

[43] Angus Buchanan, *Three Years of War in East Africa* (Londres: Hammerton, 1919), pág. XVI.

[44] Killingray, «Africa», 124.

[45] Bill Nasson y Albert Grundlingh (eds.), *The War Comes Home: Women and Families in the Anglo-Boer War* (Ciudad del Cabo: Tafelberg, 2013).

[46] Jonathan Hyslop, «The Invention of the Concentration Camp: Cuba, Southern Africa and the Philippines, 1896-1907», *South African Historical Journal*, 63/2 (2011), 263.

[47] Reid, *Modern Africa*, 192.

[48] John Slight, «British Perceptions and Responses to Sultan Ali Dinar of Darfur, 1915-1916», *Journal of Commonwealth and Imperial History*, 38/2 (2010), 241.

[49] Robert Aldrich and Christopher Hilliard, «The French and British Empires», en Horne (ed.), *World War I*, 533.

[50] Sebastian Conrad, *German Colonialism: A Short History* (Cambridge: Cambridge University Press, Cambridge, 2012), 185.

[51] John H. Morrow Jr., *The Great War: An Imperial History* (Oxford: Routledge, 2004), 307.

[52] Michael D. Callahan, *Mandates and Empire: The League of Nations and Africa, 1914-1931* (Brighton: Sussex Academic Press, 2008), 13.

[53] Susan Pedersen, «The Meaning of the Mandates System: An Argument», *Geschichte und Gesellschaft*, 32/4 (2006), 569.

[54] Bill Freund, *The Making of Contemporary Africa* (Basingstoke: Macmillan, 1998), 112.

[55] Albert Grundlingh y Sandra Swart, *Radelose Rebellie? Dinamika van die 1914-1915 Afrikanerebellie* (Pretoria: Protea Boekehuis, 2009).

[56] *Het Volk*, 15 noviembre 1918.

[57] *De Burger*, 29 octubre 1926.

[58] Philip Bonner, «South African Society and Culture, 1910-1948», en Robert Ross, Anne Kelk Mager, y Bill Nasson (eds.), *The Cambridge History of South Africa*, II (Nueva York: Cambridge University Press, 2011), 281.

[1] Hew Strachan, *The First World War: Volume I To Arms* (Oxford: Oxford University Press, 2001), 495.

[2] University of Sydney, *Book of Remembrance of the University of Sydney in the Great War 1914-1918* (Sidney: Australasian Medical Publishing Company, 1939), 403.

[3] Véase Michael King, *The Penguin History of New Zealand* (Auckland: Penguin, 2003), 295-296.

[4] Strachan, *The First World War*, 479. For Madras, Véase Edwin P. Hoyt, *The Last Cruise of the Emden* (Londres: Andre Deutsch, 1967), 98-107.

[5] Strachan, *The First World War*, 479-480.

[6] C. P. Lucas (ed.), *The Empire at War* (Londres: Oxford University Press, 1921-1928).

[7] Véase Barbara Tuchman, *The Guns of August* (Nueva York: Macmillan, 1962), y Marc Ferro, *The Great War 1914-1918*, trad. Nicole Stone (Londres: Routledge and Kegan Paul, 1973. También Robin Winks, *Europe, 1890-1945: Crisis and Conflict* (Nueva York: Oxford University Press, 2003), y Michael Howard, *The First World War* (Oxford: Oxford University Press, 2002). Hay incluso varias historias de campañas navales que ignoran absolutamente el Pacífico, aunque afirman tener una cobertura mundial. Véase, por ejemplo, Paul G. Halpern, *A Naval History of the World War I* (Annapolis: Naval Institute Press, 1994).

[8] Véanse clásicos como Martin Gilbert, *First World War* (Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1994), y John Keegan, *The First World War* (Nueva York: Knopf, 1990), o, más recientemente, Michael S. Neiberg, *Fighting the Great War: A Global History* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2005), y Lawrence Sondhaus, *World War One: The Global Revolution* (Cambridge: Cambridge University Press, 2011).

[9] Strachan, *The First World War*, 441-643.

[10] Strachan, *The First World War*, 815-992. Para partes concretas del imperio, véase David Meredith y Barrie Dyster, *Australia in the Global Economy: Continuity and Change* 2.ª ed. (Melbourne: Cambridge University Press, 2012), 100, y Vincent A. Smith (rev. por Percival Spear), *The Oxford History of India* (Oxford: Clarendon Press, 1958), 779.

[11] Véase F. W. Perry, *The Commonwealth Armies: Manpower and Organization in Two World Wars* (Manchester: Manchester University Press, 1988).

[12] A. G. Butler, *History of the Australian Army Medical Services in the 1914-1918 War*, III (Sidney: Angus and Robertson, 1943), 863-905.

[13] Noel McLachlan, *Waiting for the Revolution: A History of Australian Nationalism* (Ringwood: Penguin, 1989), 197-198.

[14] J. M. S. Careless, *Canada: A Story of Challenge* (Londres: Cambridge University Press, 1953), 328-329. Sobre la respuesta de los indios occidentales, véase Glenford Howe, *Race, War and Nationalism: A Social History of West Indians in the First World War* (Kingston: Ian Randle, 2002).

[15] T. R. H. Davenport, *South Africa: A Modern History*, 3rd edn (Basingstoke: Macmillan, 1987), 271-272.

[16] Jay Winter, *Remembering War: The Great War between Memory and History in the Twentieth Century* (New Haven: Yale University Press, 2006), 160-166. Sobre la mayor proporción de descendientes británicos entre los voluntarios, véase Robert Bothwell, *The Penguin History of Canada* (Toronto: Penguin, 2006), 290-293, y L. L. Robson, *The First AIF: A Study of its Recruitment 1914-1918* (Melbourne: Melbourne University Press, 1970).

[17] Véase Catriona Pennell, «Going to War», en John Horne (ed.), *Our War: Ireland and the Great War* (Dublín: Royal Irish Academy, 2008), 37-48, y Keith Jeffrey, *Ireland and the Great War* (Cambridge: Cambridge University Press, 2000), 9-18.

[18] John Horne, «Our War, Our History», en Horne (ed.), *Our War*, 1-14.

[19] Paul Bew, «The Politics of War», en Horne (ed.), *Our War*, 97-107.

[20] Véase Judith M. Brown, *Modern India: The Origins of an Asian Democracy*, 2.ª ed. (Oxford: Oxford University Press, 1994), 194-207.

[21] Sumit Sarkar, *Modern India 1885-1947* (Madras: Macmillan, 1983), 137-140.

[22] Cfr. Smith, *The Oxford History of India*, 780.

[23] Véase N. Gerald Barrier, «Ruling India: Coercion and Propaganda in British India during the First World War», en DeWitt C. Ellinwood y S. D. Pradhan (eds.), *India and World War I* (New Delhi: Manohar, 1978), 75-108, y Sarkar, *Modern India*, 149-150.

[24] Véase A. C. Bose, «Indian Revolutionaries during the First World War: A Study of their Aims and Weaknesses», en Ellinwood y Pradhan (eds.), *India and World War I*, 109-125; Thomas G. Fraser, «Germany and Indian Revolution, 1914-1918», *Journal of Contemporary History*, 12/2 (abril 1977), 255-272; Giles Brown, «The Hindu Conspiracy, 1914-1917», *Pacific Historical Review*, 17/3 (agosto 1948), 299-310; y Sarkar, *Modern India*, 147-149.

[25] Véase Perry, *The Commonwealth Armies*, 1.

[26] Véase Bothwell, *The Penguin History of Canada*, 290-293, y R. Matthew Bray, «Fighting as an Ally: The English Canadian Response to the Great War», *Canadian Historical Review*, 61 (1980), 141-168.

[27] Véase David Fitzpatrick, «Home Front and Everyday Life», en Horne (ed.), *Our War*, 133-134.

[28] Véase Stephen Garton y Peter Stanley, «The Great War and its Aftermath, 1914-1922», en Alison Bashford y Stuart Macintyre (eds.), *The Cambridge History of Australia*, II (Melbourne: Cambridge University Press, 2013), 51-52, y Robson, *The First AIF*, 62-81.

[29] Philip Orr, «200 000 Volunteer Soldiers», en Horne (ed.), *Our War*, 75.

[30] Peter Stanley, *Bad Characters: Sex, Crime, Mutiny, Murder and the Australian Imperial Force* (Sidney: Murdoch Books, 2010).

[31] Alick Jackomos y Derek Fowell, *Forgotten Heroes: Aborigines at War from the Somme to Vietnam* (Melbourne: Victoria Press, 1993).

[32] Perry, *The Commonwealth Armies*, 187-202.

[33] James Cowan, *Maori in the Great War* (Christchurch: Willsonscott, 2011; publicado por primera vez en 1926).

[34] Véase S. D. Pradhan, «The Indian Army and the First World War», y DeWitt C. Ellinwood, «The Indian Soldier, the Indian Army and Change, 1914-1918», en Ellinwood y Pradhan (eds.), *India and World War I*, 49-67, 177-211.

[35] Véase Garton y Stanley, «The Great War and its Aftermath», 55.

[36] Robson, *The First AIF*, 167-181; Keith Sinclair, *A History of New Zealand*, ed. rev. con material adicional de Raewyn Dalzeil (Auckland: Penguin, 2000), 249-250; Bothwell, *The Penguin History of Canada*, 305-306; Bray, «Fighting as an Ally», 141-168; y Fitzpatrick, «Home Front and Everyday Life», 141-142.

[37] Judith M. Brown, *Modern India*, 204-207.

[38] Véase Jonathan Schneer, *The Balfour Declaration: The Origins of the Arab Israeli Conflict* (Nueva York: Random House, 2010).

[39] Ellinwood, «The Indian Soldier, the Indian Army and Change», 183.

[40] Ellinwood, «The Indian Soldier, the Indian Army and Change», 202-203.

[41] W. F. Elkins, «A Source of Black Nationalism in the Caribbean: The Revolt of the British West Indies Regiment at Taranto, Italy», *Science and Society*, 34/1(1970), 99-103.

[42] Ellinwood, «The Indian Soldier, the Indian Army and Change», 197-204.

[43] Ídem. Véase también Orr, «200 000 Volunteer Soldiers», 65-77.

[44] Garton y Stanley, «The Great War and its Aftermath», 42-47.

[45] Cfr. Jim Masselos, «Some Aspects of Bombay City Politics in 1919», en Ravinder Kumar (ed.), *Essays on Gandhian Politics: The Rowlatt Satyagraha of 1919* (Oxford: Oxford University Press, 1971), 145.

[46] La expresión «entusiasmo inocente» se debe a John Herd Thompson, *The Harvests of War: The Prairie West 1914-1918* (Toronto: McCelland and Stewart, 1983), 12.

[47] Véase Judith M. Brown, «War and the Colonial Relationship: Britain, India and the War of 1914-1918», en Ellinwood y Pradhan (eds.), *India and World War I*, 33-35; Fitzpatrick, «Home Front and Everyday Life», 137-138; y Stuart Macintyre, *The Oxford History of Australia*, IV. *1901-1942* (Melbourne: para complir con Oxford University Press, 1986), 154-155.

[48] Garton y Stanley, «The Great War and its Aftermath», 50.

[49] Sarkar, *Modern India*, 170.

[50] Thompson, *The Harvests of War*, 160-161, y Lucy Taksa, «Defence not Defiance: Social Protest and the NSW General Strike of 1917», *Labour History*, 60 (1991), 16-33.

[51] Krishnan G. Saini, «The Economic Aspects of India's Participation in the First World War», en Ellinwood y Pradhan (eds.), *India and World War I*, 162-163.

[52] Judith Smart, «Feminists, Food and the Fair Price: The Cost of Living Demonstrations in Melbourne, august-september 1917», *Labour History*, 50 (1986), 117-129.

[53] Saini, «The Economic Aspects of India's Participation in the First World War», 162-166.

[54] Fitzpatrick, «Home Front and Everyday Life», 137-138.

[55] Barrier, «Ruling India: Coercion and Propaganda in British India», 93-101.

[56] Ibíd., 75-76. Véase también Sarkar, *Modern India*, 148-150.

[57] Ian Turner, *Sydney's Burning: The Real Conspiracy* (Melbourne: Heinemann, 1967).

[58] Véase Michael McNally y Peter Dennis, *Easter Rising 1916: Birth of the Irish Republic* (Dublín: Osprey, 2007); Peter Hart, *The IRA at War, 1916-1923* (Oxford: Oxford University Press, 2003); y Fearghal McGarry, *The Rising: Ireland, Easter 1916* (Oxford: Oxford University Press, 2010).

[59] Michael McKernan, *The Australian People and the Great War* (Melbourne: Collins, 1984), 94-115.

[60] Véase Gerhard Fischer, *Enemy Aliens: Internment and the Home Front Experience in Australia, 1914-1920* (St Lucia: University of Queensland Press, 1989), y Larry Hannant, *The Infernal Machine: Investigating the Loyalty of Canada's Citizens* (Toronto: University of Toronto Press, 1995).

[61] Véase Thompson, *Harvests of War*, 150-152; Sinclair, *A History of New Zealand*, 249-250; y Bothwell, *The Penguin History of Canada*, 305-307. Sobre sexo y reclutamiento forzoso, véase Glen Withers, «The 1916-1917 Conscription Referenda: A Cliometric Reappraisal», *Historical Studies*, 20/78 (1982), 36-47.

[62] Robson, *The First AIF*, 82-141.

[63] Véase Bothwell, *The Penguin History of Canada*, 313-315; Careless, *Canada: A Story of Challenge*, 356-357; Sarkar, *Modern India*, 174-175; Jane Leonard, «Survivors», en Horne (ed.), *Our War*, 215-217; Garton y Stanley, «The Great War and its Aftermath», 58-59.

[64] Véase Andrew Rothstein, *The Soldiers'Strikes of 1919* (Basingstoke: Macmillan, 1980), y Desmond Morton y Glenn Wright, *Winning the Second Battle: Canadian Veterans and the Return to Civilian Life 1915-1930* (Toronto: University of Toronto Press, 1987), 110-112.

[65] Véase Desmond Morton, *When your Number's Up: The Canadian Soldier in the First World War* (Toronto: Random House, 1993), 269-270, y Stephen Garton, *The Cost of War: Australians Return* (Melbourne: Oxford University Press, 1996), 9-16.

[66] Véase Joanna Bourke, *An Intimate History of Killing: Face-To-Face Killing in Twentieth-Century Warfare* (Londres: Granta, 1999), 345-368.

[67] «Report of the Conference of Representatives of the Commonwealth and State Governments in Respect of the Settlement of Returned Soldiers on the Land», 1914-1917, 1469-1473.

[68] Véase Kent Fedorowich, *Unfit for Heroes: Reconstruction and Soldier Settlement in the Empire between the Wars* (Manchester: Manchester University Press, 1995).

[69] Adam R. Seipp, *The Ordeal of Peace: Demobilization and the Urban Experience in Britain and Germany 1917-1921* (Farnham: Ashgate, 2009), 3-23.

[70] Morton, *When your Number's Up*, 269.

[71] «Report of the Conference of League Delegates with the Prime Minister W. M. Hughes', Returned Soldiers», Sailors'Imperial League of Australia Conference, Melbourne, 1919, 3-9.

[72] Bothwell, *The Penguin History of Canada*, 310-311, y David Jay, *Confrontation at Winnipeg: Labor, Industrial Relations, and the General Strike* (Montreal y Kingston: McGill-Queenís University Press, 1990).

[73] King, *The Penguin History of New Zealand*, 308-313.

[74] Sarkar, *Modern India*, 176-7.

[75] Fiona Skyring, «Taking Matters into their Own Hands: Riots against Disloyalty, 1918-1920 in Australia», Ph. D. thesis, University of Sydney, 1996.

[76] Véase por ej., Seipp, *The Ordeal of Peace*, 21-23; Bothwell, *The Penguin History of Canada*, 310; Morton y Wright, *Winning the Second Battle*, 119-124; y King, *The Penguin History of New Zealand*, 308-313.

[77] Raymond Evans, *The Red Flag Riots: A Study of Intolerance* (St Lucia: University of Queensland Press, 1984). Véase también Skyring, «Taking Matters into their Own Hands».

[78] Véase Robert Gerwarth y John Horne, «Vectors of Violence: Paramilitarism in Europe after the Great War, 1917-1923», *Journal of Modern History*, 83 (septiembre 2011), 489-512. Para Australia, véase Andrew Moore, *The Secret Army and the Premier: Conservative Paramilitary Organisations in NSW, 1930-1932* (Kensington: UNSW Press, 1989), y Michael Cathcart, *Defending the National Tuckshop: Australia's Secret Army Intrigue of 1931* (Melbourne: McPhee Gribble, 1988).

[79] George Mosse, *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars* (Nueva York: Oxford University Press, 1990).

[80] Jon Lawrence, «Forging a Peaceable Kingdom: War, Violence and Fear of Brutalization in Post-First World War Britain», *Journal of Modern History*, 75/3 (septiembre 2003), 557-589.

[81] Erez Manela, *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism* (Oxford: Oxford University Press, 2007).

[82] Careless, *Canada: A Story of Challenge*, 339-341.

[83] Véase L. F. Fitzhardinge, «William Morris Hughes», en Bede Nairn y Geoffrey Serle (eds.), *Australian Dictionary of Biography*, IX. *1891-1939* (Melbourne: Melbourne University Press, 1983), 393-400.

[84] Véase, por ej., John Selby, *A Short History of South Africa* (London: George Allen and Unwin, 1973), 225-227; T. R. H. Davenport, *South Africa: A Modern History*, 3.ª ed. (Basingstoke: Macmillan, 1987), 274-275; Bothwell, *The Penguin History of Canada*, 306-320; y Careless, *Canada: A Story of Challenge*, 341-345.

[85] Winter, *Remembering War*, 154.

[86] Véase Stephen Garton, «Demobilization and Empire: Empire Nationalism and Soldier Citizenship in Australia after World War I in Dominion Context», *Journal of Contemporary History* (próximamente).

[87] Véase K. S. Inglis, *Sacred Places: War Memorials in the Australian Landscape* (Melbourne: Miegunyah Press, 1998); Chris Maclean y Jock Phillips, *The Sorrow and the Pride: New Zealand War Memorials* (Wellington: GP Books, 1990); y Robert Shipley, *To Mark our Place: A History of Canadian War Memorials* (Toronto: NC Press, 1987).

[88] Véase McLachlan, *Waiting for the Revolution*, 197-198, y Graham Seal, *Inventing ANZAC: The Digger and National Mythology* (St Lucia: University of Queensland Press, 2004). Para una importante crítica feminista, véase Marilyn Lake, «Mission Impossible: How Men Gave Birth to the Australian Nation: Nationalism, Gender and other Seminal Acts», *Gender and History*, 4/3 (1992), 305-322.

[89] Véase Garton, *The Cost of War*, 74-117. En Canadá, véase, Morton, *When your Number's Up*, 270.

[90] Véase Richard Smith, *Jamaican Volunteers in the First World War: Race, Masculinity and the Development of National Consciousness* (Manchester: Manchester University Press, 2004); Melvin E. Page (ed.), *Africa and the First World War* (Basingstoke: Macmillan, 1987); y Ellinwood, «The Indian Soldier, the Indian Army, and Change», 177-211. Para los soldados americanos de África, véase Chad Williams, *Torchbearers of Democracy: African-American Soldiers in the World War I Era* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 2010).

[91] Véase Jane Leonard, «Survivors», en Horne (ed.), *Our War*, 211-223, y «Facing the "Finger of Scorn": Veterans'Memories of Ireland after the Great War», en Martin Evans y Ken Lunn (eds.), *War and Memory in the Twentieth Century* (Oxford: Berg, 1997), 59-72. Véase también Jeffrey, *Ireland and the Great War*, 107-143.

[92] Véase, por ej., Joost Augusteijn (ed.), *The Irish Revolution 1913-1923* (Basingstoke: Palgrave, 2002); Hart, *The IRA at War 1916-1923*; D. G. Boyce, *The Irish Question and British Politics, 1868-1996*, 2.ª ed. (Basingstoke: Macmillan, 1996), 59-66; y Conor Kostick, *Revolution in Ireland: Popular Militancy 1917-1923* (Londres: Pluto, 1996).

[93] Véase, por ej., Kumar, *Essays on Gandhian Politics*; Judith M. Brown, *Modern India*, 202-207; Sarkar, *Modern India*, 175-199; Judith M. Brown, *Gandhi's Rise to Power: Indian Politics, 1915-1922* (Cambridge: Cambridge University Press, 1972); y Hari Singh, *Gandhi, Rowlatt Satyagraha, and British Imperialism: Emergence of Mass Movements in Punjab and Delhi* (Delhi: Indian Bibliographies Bureau, 1990).

[1] Fernando Tavares Pimenta, *Portugal e o século XX: Estado-império e descolonização (1890-1975)* (Lisbon: Edições Afrontamento, 2010), 8.

[2] Eduardo Lourenço, «"Requiem" por um império que nunca existiu», en Eduardo Lourenço, *O fascismo nunca existiu* (Lisbon: Dom Quixote, 1976), 97-115, at pág. 99.

[3] Tavares Pimenta, *Portugal e o século XX*, 21.

[4] Respecto al tema de las compañías de Mozambique y Nyasalandia, véase, por ej., Leroy Vail, «Mozambique's Chartered Companies: The Rule of the Feeble», *Journal of African History*, 17/3 (1976), 389-416, y Barry Neil-Tomlinson, «The Nyasalandia Chartered Company», *Journal of African History*, 18/1 (1977), 109-1928.

[5] Maria Cãndida Proença escribe: «Conscientes de la fuerza del imperio en la formación de la unidad y la identidad nacional, los republicanos incorporaron enseguida en su discurso político y cultural la defensa, conservación y desarrollo de los territorios de ultramar […]» («A questão colonial», en Fernando Rosas y Maria Fernanda Rollo (eds.), *História da primeira república portuguesa* (Lisboa: Tinta da China, 2009), 205-228, en pág. 205).

[6] Esta afirmación la hizo Costa en el transcurso de su presentación a una cátedra en la Escuela Politécnica de Lisboa, como consecuencia de lo cual renunció temporalmente al Gabinete. Se puede encontrar una selección de esta tesis y de otros escritos, conferencias y textos clave de legislación en A. H. de Oliveira Marques, *Afonso Costa* (Lisboa: Arcádia, 1972).

[7] El artículo 67 de la Constitución de 1911 decía: «La administración de las provincias de ultramar estará guiada por el principio de descentralización, con leyes especialmente diseñadas para adaptarse al nivel de civilización que haya alcanzado cada una de ellas». Se tendría que llegar a agosto de 1914 para la primera legislación —muy amplia, hay que decirlo— que exponía la concepción republicana para el futuro de las colonias, con directrices fijadas para las futuras «leyes orgánicas» de cada

colonia. Cada colonia tenía que tener un gobernador, que trabajaría junto a un *Conselho do Governo*, elegido / nombrado, que representara a la comunidad local. Cuanto más desarrollada estuviera una colonia, mayor sería la presencia de órganos políticos / administrativos, con gobernadores de distrito, etc., hasta el nivel municipal e, incluso, parroquial. En lugar de los doce meses previstos, llevó casi tres años el borrador de las primeras Leyes Orgánicas: Cape Verde (abril 1917), Guinea portuguesa (31 mayo), India portuguesa (27 julio), São Tomé e Príncipe (11 agosto), Timor (23 agosto), Macao (5 noviembre), y Angola (28 noviembre). Mozambique nunca tuvo una. Todas fueron revocadas por el presidente Sidónio Pais en julio de 1918.

[8] Así, mientras un decreto de mayo de 1911 proclamaba que los miembros de la población indígena eran libres de escoger un trabajo, se veían obligados a trabajar un determinado número de días al año para no ser considerados vagos, un importante tecnicismo que permitía al Estado y a las empresas privadas asegurarse una importante cantidad de trabajadores gratis. Peor aun, apenas se hacían cumplir las leyes que prohibían los castigos físicos a los trabajadores de las colonias.

[9] Pedro Aires Oliveira escribe: «Renunciar al régimen proteccionista de 1892, es decir, permitir a la burguesía colonial que se desarrolle más vigorosamente, conllevaría pérdidas significativas para el Tesoro Público de la metrópoli, algo que estaba fuera de toda cuestión para la clase gobernante en Lisboa» (P. Aires Oliveira, «O factor colonial na política externa da Primeira República», en Filipe Ribeiro de Meneses y Pedro Aires Oliveira (eds.), *A primeira república portuguesa: Diplomacia, guerra e império* (Lisboa: Tinta da China, 2011), 299-332, en pág. 303).

[10] Sobre los abusos laborales en São Tomé e Príncipe, véase Lowell J. Satrem, *Chocolate on Trial: Slavery, Politics and the Ethics of Business* (Atenas, OH: Ohio University Press, 2005); el relevante capítulo en Kevin Grant, *A Civilized Savagery: Britain and the New Slaveries in Africa, 1884-1926* (Nueva York: Routledge, 2005); y Catherine Higgs, *Chocolate Islands: Cocoa, Slavery and Colonial Africa* (Atenas, OH: Ohio University Press, 2012).

[11] El general Luis Augusto Ferreira Martins, en su *Portugal na grande guerra* (Lisbon: Ática, 1935-1958), II. 337, da las siguientes cifras por el esfuerzo de guerra de Portugal en África: 32 000 oficiales y hombres enviados a África; en Mozambique, el ejército portugués soportó 4811 muertos y 1593 heridos, mutilados o desaparecidos; en Angola, las cifras correspondientes eran 810 y 583. El coronel Freire de Andrade, en un informe de fecha 25 de febrero de1919, proporciona distintas cifras para varias campañas, con un total de 1128 oficiales, 19 925 soldados europeos, 10 778 soldados indígenas, 116 381 portadores y cientos de animales. Ministério dos Negócios Estrangeiros (MNE), Arquivo Histórico Diplomático (AHD), Terceiro Piso, Armário 9, Maço 6B.

[12] Las autoridades militares británicas se oponían al envió de CEP al Frente Occidental, temiendo que esto podría suponer un punto débil en la línea de los Aliados. La insistencia portuguesa, junto a la necesidad francesa de hombres tras la sangría de Verdún y de Somme, venció la resistencia. Véase, F. Ribeiro de Meneses, «A grande aposta da república: O Corpo Expedicionário Português», en Ribeiro de Meneses y Aires Oliveira (eds.), *A primeira república portuguesa*, 223-244.

[13] René Pélissier, *Naissance du Mozambique: Résistance et révoltes anticoloniales (1854-1918)*, II. *La conquête* (Orgeval: Pélissier, 1984), 684. Las cifras las adelantó primero E. Azambuja Martins, «A campanha de Moçambique», en General Ferreira Martins (ed.), *Portugal na grande guerra*, II (Lisboa: Ática, 1934). Azambuja Martins era el jefe de Gabinete del general Ferreira Gil durante la campaña de Mozambique.

[14] Para un reciente relato de estos primeros enfrentamientos, véase P. Southern, «German Border Incursions into Portuguese Angola prior to the First World War», *Portuguese Journal of Social Science*, 6/1 (2007), 3-14.

[15] Véase F. Ribeiro de Meneses, «Too Serious a Matter to be Left to the Generals? Parliament and the Army in Wartime Portugal, 1914-1918», *Journal of Contemporary History*, 33/1 (enero 1998), 85-96.

[16] La retención de Kionga tras el final de la guerra se convirtió enseguida en un objetivo portugués, pero en modo alguno lo tenía asegurado. El Subcomité de Cambios Territoriales del Comité de Defensa Imperial, en su segundo informe interno, publicado el 22 de marzo de 1917, señalaba que los «portugueses habían solicitado una pequeña rectificación en la frontera sur, que les daría el derecho sobre el margen derecho del río Rovuma en su desembocadura. El Comité considera que debe proporcionarse información más precisa sobre el valor de la porción del territorio alemán que se encuentra al sur del Rovuma, antes de poder pronunciar una opinión sobre este punto» (TNA: PRO, Cabinet Papers).

[17] Hew Strachan establece una relación entre el deseo de Jan Smuts, en 1915, de intercambiar con Portugal el sur del río Zambeze, en Mozambique, por territorios supuestamente conquistados en África Oriental alemana, y su indecisión, una vez instalado el mando general de las fuerzas del Imperio británico en la zona, en permitir a Ferreira Gil que participara en la conquista de la colonia alemana: «Si los portugueses ganaban por sus propios medios lo que Smuts quería darles, el argumento de entregarles la bahía sudafricana de Delagoa y sus territorios adyacentes perdía peso». Hew Strachan, *The First World War in Africa* (Oxford: Oxford University Press, 2004), 161-162.

[18] Von Lettow-Vorbeck escribiría: «Nos hicimos con un botín verdaderamente importante, incluidos cuatro cañones de montaña, unas cuantas ametralladoras, varios cientos de rifles, mucha munición, varios automóviles, provisiones y todo tipo de equipamiento. Durante las semanas siguientes encontramos continuamente cantidades de provisiones y munición enterradas» (general von Lettow-Vorbeck, *My Reminiscences of East Africa* [London: Hurst and Blackett, 1920], 166). El diputado de la oposición Tamagnini Barbosa describía a Ferreira Gil como un oficial negligente, que jugaba al bridge muy lejos de sus tropas, y que descuidaba la buena conservación de las líneas de comunicación y el reconocimiento efectivo del terreno. Calificaba la actuación del general en Newala como «cobarde e impropia de un oficial» y aseguraba que la derrota había ocasionado la pérdida de 1 radio transmisor, 4 piezas de artillería, 500 proyectiles, 8 ametralladoras, 1500 rifles, 60 000 balas, 5 camiones y 100

carros de municiones. Estas y otras acusaciones se hicieron durante la sesión secreta del Parlamento del 17 de julio en Lisboa. Las actas originales pueden consultarse en la biblioteca de la Assembleia da República o, alternativamente, (y con algunas reservas) en Ana Mira (ed.), *Actas das Sessões Secretas da Cãmara dos Deputados e do Senado da República Sobre a Participação de Portugal na I Grande Guerra* (Lisboa: Assembleia da República/Afrontamento, 2002).

[19] René Pélissier la llama la revuelta Bundas. Véase René Pélissier, *Les campagnes coloniales du Portugal, 1844-1891* (París: Pygmalion, 2004), 280-281.

[20] Pélissier, *Campagnes coloniales*, 293-297.

[21] Malyn Newitt, *A History of Mozambique* (Bloomington e Indianapolis: Indiana University Press, 1995), 417-419. Véase también Pélissier, *Campagnes coloniales*, 284-289.

[22] Esto no se consiguió, pues la revuelta se mencionó en las reuniones del Gabinete de Guerra británico. El *Western and General Report* n. 12, que cubría la semana que acababa el 18 de abril de 1917, señalaba una carta del Alto Comisario para Sudáfrica, quien mencionaba el peligro para la línea de ferrocarril a Beira, añadiendo que había que enviar un tren blindado con 50 hombres, así como una fuerza de 125 europeos para proteger esta línea vital de comunicación. Añadía, según el informe, que «solo debe prestarse ayuda para mantener abiertas las comunicaciones ferroviarias con Beira y para proteger a los europeos, pues otro tipo de medidas harían pensar a los nativos que los británicos estaban ayudando a los portugueses a mantener su sistema de administración» (TNA: PRO, Cabinet Papers).

[23] Pélissier, *Naissance du Mozambique*, 695-697.

[24] Que hicieran esto no era algo totalmente inesperado. Jan Smuts había escrito en octubre de 1916: «El comandante alemán es un resistente compañero, dispuesto a aguantar hasta el final e incluso a retirarse a territorio portugués antes que rendirse» (W. K. Hancock y Jean Van Der

Poel (eds.), *Selections from the Smuts Papers*, III. *June 1910-November 1918* (Cambridge: Cambridge University Press, 1966), doc. 701, letter, Jan Smuts to J. X. Merriman, Morogoro, 27 octubre 1916, 409-410).

[25] Ricardo Marques lo reproduce en su reciente obra sobre la campaña de Mozambique, *Os fantasmas do Rovuma: a epopeia dos soldados portugueses em África na I Guerra Mundial* (Lisboa: Oficina do Livro, 2012), 224.

[26] Von Lettow-Vorbeck, *My Reminiscences*, 232. El comandante alemán añadía: gracias a mensajes intervenidos, hemos sabido que las compañías europeas portuguesas habían llegado a Negomano solo unos días antes para llevar a cabo la imposible orden inglesa de impedir que los alemanes cruzaran el Rovuma. Fue de verdad un auténtico milagro que estas tropas llegaran tan oportunamente para hacer que la toma de la plaza fuera tan provechosa para nosotros. Con un solo golpe, nos hemos librado de gran parte de las dificultades.

[27] Strachan, *The First World War*, 179. Según Strachan, «los portugueses no solo proporcionaban involuntariamente a los alemanes gran parte de su material militar, sino que también se enemistaban con la población local, haciendo cada vez más difícil que los británicos reclutaran portadores».

[28] Von Lettow-Vorbeck, *My Reminiscences*, 264.

[29] Von Lettow-Vorbeck, *My Reminiscences*, 275-276.

[30] MNE, AHD, Terceiro Piso, Armário 9, Maço 6B, Report, Colonel Freire de Andrade, 25 febrero 1919.

[31] Las maquinaciones franco-belgas respecto al territorio portugués, especialmente en lo reslacionado con el enclave de Cabinda, pueden consultarse en *Archives des Affaires Etrangères, La Courneuve, Guerre 1914-1918, Possessions Portugaises, Dossier Général, 1613*, especialmente el informe del 18 de octubre enviado desde el Ministère des Colonies al Ministère des Affaires Etrangères. Más o menos coincide con

las repercusiones en Portugal de una reunión de partidos socialistas en Londres, en la que se discutió sobre la creación de un gran Estado neutral en África que incluyera, entre otros territorios, Angola y la mayor parte de Mozambique (el resto se asignaría a Sudáfrica). El minúsculo partido socialista portugués representado en Londres expresó su oposición a la propuesta, denunciando inmediatamente el espectro de una división impuesta del imperio, a pesar de los sacrificios que habían hecho los portugueses en Francia y en África del Sur Las intenciones de Sudáfrica respecto a los territorios portugueses quedaron claras en la correspondencia entre sus personalidades políticas. Cuando Louis Botha escribió a Jan Smuts, el 26 de febrero de 1918: «Solo tengo un deseo y es estar ahí cuando se discuta la paz, yo le apoyaré en persona para conseguir varias cosas y ver resueltas las dificultades para las que quizá no tengamos otra ocasión —especialmente, la cuestión de Mozambique—. Jannie, no hay duda sobre esto, es un asunto que debemos poner sobre la mesa y resolver a nuestro favor. La región tiene que ser absorbida y nosotros tenemos que pagar por ella» (Hancock y Van Der Poel [eds.], *Selection from the Smuts Papers*, document 815, Traducción al inglés, 606-612, pág. 609).

[32] TNA: PRO, Cabinet Papers, G-218, Secret, «Some Further Remarks on the German Colonies», impreso para el War Cabinet, julio 1918.

[33] MNE, AHD, Terceiro Piso, Armário 9, Maço 6b, Secret report, «Conferéncia extra-oficial que teve lugar no Hotel Majestic às 11 1/2 no dia 21 de Março de 1919».

[34] Esto es lo que se menciona en las actas. En realidad, estaba más detallado, enfatizando que habían visto «cargos muy graves» formulados contra los portugueses, tanto por sus enemigos como por sus amigos, incluidos los agentes de reclutamiento británicos, algo que fundamentalmente influía negativamente respecto a que se le otorgara un mandato a Portugal después del final de la guerra. MNE, AHD, Terceiro Piso, Armário 9, Maço 6B, Informe de alta confidencialidad de Afonso Costa, 27 de septiembre de 1919.

[35] MNE, AHD, Terceiro Piso, Armário 9 Maço 6B, «Conferência de 12 de Julho de 1919».

[36] W. K. Hancock escribe: «Ellos [los otros dominios] no estaban dispuestos, sin embargo, a suscribir todas las demandas o deseos de Sudáfrica, en particular, el Gabinete de Guerra Imperial les había dejado claro ya en 1917 que no se presionaría a Portugal para que cediera la Bahía de Delagoa a la Unión a cambio de territorio en África Oriental alemana» (W. K. Hancock, *Smuts: The Sanguine Years, 1879-1919* [Cambridge: Cambridge University Press, 1962], 498).

[37] Cuando se leyó el tratado completo por primera vez, el 6 de mayo de 1919, Afonso Costa argumentó en contra de dos de sus disposiciones: el no obligar a Alemania a que pagara a los Aliados por el esfuerzo de guerra, que daría como resultado, afirmaba, la bancarrota de Portugal, y la inclusión neutral de España en el Consejo Ejecutivo de la Liga de Naciones, ocupando un asiento que Costa habría deseado para Portugal. Señalaba: «Comparemos a las naciones pequeñas que se lanzaron al fuego enemigo para defender el gobierno de la ley y esas otras que se mantuvieron neutrales. El tratado arruina a las primeras y les da a las últimas tanto la ventaja de aprovecharse de la riqueza amasada mientras otras se sacrificaban y el honor de formar parte del primer Gobierno de la Liga de Naciones […] Solicito que mi país, que mandó sus soldados a Francia, sea tratado cuando menos como esos países que solo mandaron a sus comerciantes» (MNE, AHD, Terceiro Andar, Armário 6, Maço 20, «Discurso do Dr Afonso Costa na Sessão Plenária das Preliminares da Paz de 6 de Maio de 1919»). A Portugal se le adjudicó el disputado triángulo Kionga en septiembre de 1919, un hecho que celebraron los partidarios de Afonso Costa como un gran triunfo para enmascarar la decepción que supuso el que no se le confiara un mandato (lo que hizo de Portugal la única nación Aliada en la lucha en África a la que se negó un territorio anteriormente alemán).

[38] MNE, AHD, Terceiro Andar, Armário 11, Maço 20, «Mémoire des reclamations introduites par le Portugal pour la réparation des dommages

qui lui ont été causés par l'Allemagne et prévus à l'annexe 1 de la Partie VIII du Traité de Paix de Versailles».

[39] MNE, AHD, Terceiro Andar, Armário 11, Maço 20, letter, Paris, 27 Mayo 1920, Sir John Bradbury to Afonso Costa.

[40] Véase, por ej., las cartas publicadas bajo el pseudónimo de *Um Afrikander* en el verano de 1917 por el diario monárquico *O Dia*. Destacaba el peligro que suponía la invasión alemana de la provincia de Nyasalandia en Mozambique, que había provocado levantamientos de los nativos similares a los de Angola en 1914, así como nuevas rebeliones en Angola. El 3 de julio el autor escribe: «Ya no es un caso de luchas de negros dirigidas por negros. Ahora son negros dirigidos por blancos que utilizan armamento muy sofisticado. He leído en los periódicos que los políticos democráticos [Partido Republicano Portugués] son de la opinión de que se dé una instrucción militar completa a la expedición que se envíe a Mozambique. Es un buen consejo. Dentro de un año enviaremos una expedición a… fotografiar las ruinas provocadas por la guerra. ¿Por qué no pensaron en esto en agosto de 1914? […] Si hubiéramos organizado nuestras expediciones inteligentemente, habríamos sido mucho más útiles para nosotros mismo y para nuestro aliado, Inglaterra. Pero Portugal prefirió concentrar su acción en el ejército en Francia, que era mucho más llamativo» (*O Dia*, Lisboa, 3 julio 1917).

[41] Véase Aires Oliveira, «O factor colonial», 317-321.

[42] *Do que eu vi e observei na expedição militar à província de Moçambique 1917-1919* (Lisboa: Faculdade de Medicina da Universidade de Lisboa/Tip. Casa da Cunha, n. d.).

[1] Cfr. Akira Iriye, *Across the Pacific: An Inner History of American East Asian Relations* (Nueva York: Harcourt, Brace, & World, 1967), 77.

[2] Según Chi-ming Hou, los intereses extranjeros eran propietarios del 84 por ciento de todo el transporte en barco de vapor (1907), 93 por ciento de los ferrocarriles (1911), 90 por ciento de la producción de carbón (1914), y 100 por cien de la producción de mineral de hierro y de arrabio (1914) en China antes de la Gran Guerra. *Chi-ming Hou, Foreign Investment and Economic Development in China 1840-1937* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1965), 127-128.

[3] Para los detalles, véase John C. G. Rohl, *The Kaiser and his Court: Wilhelm II and the Government of Germany*, trans. Terence F. Cole (Cambridge: Cambridge University Press, 1994), 203-204.

[4] Para un estudio clásico de estas actividades, véase William L. Langer, *The Diplomacy of Imperialism, 1890-1902* (New York: A. A. Knopf, 1935).

[5] Japón firmó un acuerdo de «no-aislamiento» con China, reservándose la provincia Fujian como zona exclusiva para ser explotada económicamente por los japoneses, pero fue muy lento en llevar a cabo este privilegio.

[6] Para los análisis más recientes en inglés sobre Japón en la guerra ruso-japonesa, véase John W. Steinberg, *et al*. (eds.), *The Russo-Japanese War in Global Perspective: World War Zero*, 2 vols. (Leiden: Brill, 2005).

[7] Como Japón, USA jugaba un papel relativamente menor en la pugna por las esferas de influencia en China para concentrarse en su nuevo territorio imperial obtenido en 1898 en la guerra con España, las Filipinas. Véase Christopher Capozzola, capítulo 12 de este volumen.

[8] Cfr. Michael L. Cooper, *Theodore Roosevelt: A Twentieth Century Life* (New York: Viking, 2009), 208.

[9] Para el estudio clásico de la alianza, véase Ian Hill Nish, *The Anglo-Japanese Alliance: The Diplomacy of Two Island Empires, 1894-1907* (Londres: Athlone Press, 1966).

[10] Oka Yoshitake, «Generational Conflict after the Russo-Japanese War», en Tetsuo Najita y J. Victor Koschmann (eds.), *Conflict in Modern Japanese History: The Neglected Tradition* (Princeton: Princeton University Press, 1982), 202 n. 11.

[11] Estas discusiones se extendieron a las infames Veintiuna Exigencias japonesas. Véase, Peter Lowe, *Great Britain and Japan, 1911-1915* (Londres: Macmillan, 1969), cp. 6-7. Aunque los detalles del libro de Lowe detallan la preocupación a partir de 1911, este malestar se centraba en las iniciativas japonesas en China, no en los territorios oficiales imperiales de Japón.

[12] La nota que envió en marzo de 1915 el secretario de Estado americano William Jennings Bryan a Tokio prevenía de toda coacción a Pekín y la «asunción de la dominación política, militar o económica» sobre China por una potencia extranjera. Véase Russell H. Fifield, *Woodrow Wilson and the Far East* (Hamden: Archon Books, 1965), 38. Más recientemente, véase Noriko Kawamura, *Turbulence in the Pacific: Japanese US Relations during World War I* (Westport, CT: Praeger, 2000).

[13] Andrew Gordon habla de intento japonés de «colonización» de China durante la guerra. Andrew Gordon, *A Modern History of Japan: From Tokugawa to the Present*, 2.ª ed. (Nueva York: Oxford University Press, 2009), 173.

[14] Inoue Kaoru kō denki hensankai, *Segai Inoue kō den* (Biografía del fallecido Inoue), 5 vols. (Tokio: Hara shobō, 1968), v. 367.

[15] Para las tentativas del Gabinete de Sionji de crear una monarquía constitucional en Pekín, véase Usui Katsumi, *Nihon to Chūgoku: Taishō jidai* (Japón y China: The Taishō Era) (Tokio: Hara shobō, 1972), 7-10. Para la tentativa del Ejército imperial de enviar tropas a Manchuria, véase

Kitaoka Shin'ichi, *Nihon rikugun to tairiku seisaku* (The Japanese Army and Continental Policy) (Tokio: Tōkyō daigaku shuppankai, 1978), 93-94.

[16] John L. Stoddard, *John L. Stoddard's Lectures*, 10 vols. (Chicago: George L. Shuman, 1897), III. 116.

[17] En una comunicación de 1911 al Gabinete. Cfr. Shinobu Seizaburō, *Taishō seijishi* (Political History of Taishō), 4 vols. (Tokio: Kawade shobō, 1951), II. 349.

[18] En un comunicado del 10 de agosto al primer ministro Ōkuma y al mariscal de campo Yamagata Aritomo. Inoue Kaoru kō denki hensankai, *Segai Inoue kō den* (Biografía del fallecido Inoue), v. 368.

[19] De la «Opinión sobre el sistema de gobierno chino», de Yamagata, presentado poco después del envío de un ultimátum el 15 de agosto a Alemania. Ōyama Azusa (ed.), *Yamagata Aritomo ikensho* (Written Opinions of Yamagata Aritomo) (Tokio: Hara shobō, 1966), 343.

[20] Terauchi compartía esta propuesta con el nuevo ministro japonés en Pekín, Beijing, Hioki Eki, a mediados de agosto de 1914. Akashi Motojirō monjo 32-11. Terauchi a Akashi, 22 agosto 1914; en Nihon seiji gaikōshi kenkyūkai, «Akashi Motojirō monjo oyobi kaidai» (Papeles de Akashi Motojirō y Bibliografía), *Keiō daigaku hōgaku kenkyū*, 58/9 (septiembre 1985), 96.

[21] Esto comprendía un área de 500 kilómetros cuadrados alrededor de la bahía de Jiaozhou, incluidos una serie de fuertes y de modernos puertos (con un enorme dique seco flotante) en Qingdao y una línea de ferrocarril que conectaba Qingdao con Jinan en Shandong central. El ultimátum exigía Jiaozhou, hay que señalar, «con vistas a una posible restauración de lo mismo a China». Véase Itō Masanori, *Katō Takaaki* (biografía de Katō Takaaki), 2 vols. (Tokio: Katō haku denki hensan iinkai, 1929), II. 83-85.

[22] Andrew Gordon, por ejemplo, afirma que los objetivos originales de Japón con las Exigencias «habría mandado a China por el camino de la

colonización por parte de Japón» (Gordon, *A Modern History of Japan*, 173).

[23] Originalmente, Tokio obtuvo derechos exclusivos en Fujian al mismo tiempo que China cedía Taiwán, justo al otro lado de los estrechos de Fujian, a Japón. Aunque Japón se había apoderado de los arrendamientos de puertos y líneas de ferrocarril después de la guerra ruso-japonesa, en el sur de Manchuria nunca había negociado acuerdos de arrendamiento directamente con China. Japón reclamó el interior oriental de Manchuria en la III Convención ruso-japonesa de 1912, pero China nunca reconoció estos derechos. En el Valle de Yangzi, compañías japonesas habían comprado carbón y mineral de hierro de las minas de hierro de Daye, cerca de Hanyang, desde 1899 y Tokio había intentado negociar la dirección compartida dino-japonesa de la compañía en 1912, únicamente para hacer frente a una tentativa china de nacionalizar las menas de hierro en 1914. Para los detalles de estos acuerdos, véase Frederick R. Dickinson, *War and National Reinvention: Japan in the Great War, 1914-1919* (Cambridge, MA: Harvard University Asia Center), cp. 3.

[24] Comunicación sin título de 1915 de Miura Gorō. En Yamamoto Shirō, *Miura Gorō kankei monjo* (Papers relating to Miura Gorō) (Tokio: Meiji shiryō kenkyū renrakukai, 1960), 17.

[25] Francis X. Hezel, *Strangers in their Own Land: A Century of Colonial Rule in the Caroline and Marshall Islands* (Honolulu: University of Hawaii Press), 148.

[26] Hezel, *Strangers in their Own Land*, 155.

[27] Para el enfoque clásico, véase, James W. Morley, *The Japanese Thrust into Siberia* (New York: Columbia University Press, 1957).

[28] En una serie de comunicados redactados con la ayuda de los secretarios Matsushima Hajime y Matsuoka Yōsuke entre noviembre de 1917 y el Tratado de Brest-Litovsk en marzo de 1918. Morley, *The Japanese Thrust into Siberia*, 53-55.

[29] Tsurumi Yūsuke, *Gotō shinpei* (Biography of Gotō Shinpei), 4 vols. (Tokio: Keisō shobō, 1965-1967), III. 886-888.

[30] Nishihara estaba promoviendo el programa del recientemente formado Comité para el Desarrollo del Destino Nacional. Yamamoto Shirō, *Nishihara Kamezō nikki* (Diary of Nishihara Kamezō) (Kyoto: Kyōto joshi daigaku, 1983), 232-234 (entrada del diario del 6-23 de diciembre de 1917).

[31] Para más detalles sobre la política de la declaración japonesa de guerra contra Alemania y las Veintiuna Exigencias, véase Dickinson, *War and National Reinvention*, chs 2, 3.

[32] Para la política de intervención japonesa de Siberia, véase Dickinson, *War and National Reinvention*, cap. 5. Para la relación entre la inervención y el futuro del Gobierno representativo en Japón, véase Paul E. Dunscomb, *Japan's Siberian Intervention, 1918-1922: «A Great Disobedience against the People»* (Lanham, MD: Lexington Books, 2011).

[33] Usui, *Nihon to Chūgoku: Taishō jidai*, 128.

[34] Morley, *The Japanese Thrust into Siberia*, 102-103.

[35] Dickinson, *War and National Reinvention*, 183-187.

[36] Esta cifra según el Mayor to Major K. F. Baldwin, Office of the Chief of Staff, War Department, Military Intelligence Division, «A Brief Account of Japan's Part in the World War» (16 septiembre 1921), 5. Stanley K. Hornbeck papers, Box 255, «Japan: War Costs and Contributions» file, The Hoover Institution on War, Revolution, and Peace, Stanford, CA.

[37] Hara Takashi, «Hara shushō no tsūchō» (Announcement of Prime Minister Hara Takashi) (Enero, 1920); cfr. Kawada Minoru, *Hara Takashi: Tenkanki no kōsō* (Tokio: Miraisha, 1995), 150.

[38] Eguchi Keiichi, *Futatsu no taisen* (Two Great Wars) (Tokio: Shōgakukan, 1989), 20.

[39] Carta del secretario de la Marina Edwin Denby al secretario de Estado americano, 23 de septiembre de 1921. Stanley K. Hornbeck Papers, Box 255, «Japan: War Costs and Contributions», file, Hoover Institution on War, Revolution, and Peace, Stanford, CA.

[40] Baldwin, «A Brief Account of Japan's Part in the World War» (16 septiembre, 1921), pág. 6.

[41] Payson Jackson Treat, «Japan, America and the Great War», *A League of Nations*, 1/8 (diciembre 1918), 7.

[42] En una audiencia del 9 de agosto de 1914. Matsui Keishirō, *Matsui Keishirō jijoden* (Autobiography of Matsui Keishirō) (Tokio: Kankōsha, 1983), 79.

[43] Frank Iklé, «Japanese-German Peace Negotiations during World War I», *American History Review*, 71 (octubre 1965), 62-76.

[44] Sir Edward Grey al embajador japonés en Gran Bretaña, Inoue Katsunosuke, 2 de noviembre de 1914. Archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores japonés, Expediente 5-2-2-51, «Papers related to Appeals for a Japanese Expedition on the Occasion of the European War», Tokio.

[45] Sir Edward Grey al embajador británico, Tokio, 6 de noviembre de 1914. Archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores japonés, Expediente 5-2-2-51, «Papers related to Appeals for a Japanese Expedition on the Occasion of the European War», Tokio.

[46] Treat, «Japan, America and the Great War», 8.

[47] Secretario de la Marina, Edwin Denby, al secretario de Estado americano, 23 de septiembre de 1921.

[48] Véase, por ejemplo, el trabajo de John Albert White, *The Siberian Intervention* (Princeton: Princeton University Press), 1950.

[49] Leonard A. Humphreys, *The Way of the Heavenly Sword: The Japanese Army in the 1920's* (Stanford: Stanford University Press, 1995),

25.

[50] «Las muchachas europeas cortejan a los soldados japoneses», *Ōsaka Puck*, 12/18 (15 septiembre 1917), 3.

[51] Utsumi Aiko, «Lee Hak Rae, the Korean Connection and "Japanese" War Crimes on the Burma-Thai Railway,» trans. Herbert P. Bix., *The Asia-Pacific Journal: Japan Focus*, 26 August 2007 <http://japanfocus.org/-Gil-Heong_yun/2505> (consulta: 14 de enero 2014).

[52] Esta cifra abarca los años 1943-1945. William Underwood, «NHKís Finest Hour: Japan's Official Record of Chinese Forced Labor», *The Asia-Pacific Journal: Japan Focus*, 8 August 2006 <http://www.japanfocus.org/-William-Underwood/2187> (consulta: 14 de agosto de 2006).

[53] Véase George Hicks, *The Comfort Women: Japan's Brutal Regime of Enforced Prostitution in the Second World War* (Nueva York: W. W. Norton & Company, 1995).

[54] Carter J. Eckert, Ki-Baik Lee, Young Ick Lew, Michael Robinson, y Edward W. Wagner, *Korea Old and New: A History* (Seúl: Ilchokak Publishers, 1991), 322.

[55] Xu Guoqi, *China and the Great War: China's Pursuit of a New National Identity and Internationalization* (Cambridge: Cambridge University Press, 2005), 88.

[56] Xu, *China and the Great War*, 110.

[57] Xu, *China and the Great War*, 120.

[58] Dickinson, *War and National Reinvention*, 169.

[59] Para la historia completa, véase, Xu, *China and the Great War*.

[60] Dickinson, *War and National Reinvention*, 177.

[61] Iklé, «Japanese German Peace Negotiations during World War I», 70-71. La cuarta convención ruso-japonesa en julio de 1916 refleja también, en parte, el deseo aliado por fortalecer la fidelidad de Japón en la lucha contra Alemania y puede considerarse razonablemente una reacción a estos tanteos de paz. Véase Dickinson, *War and National Reinvention*, 138-148.

[62] Michael E. Robinson, «Colonial Publication Policy and the Korean Nationalist Movement», en Ramon H. Myers and Mark R. Peattie (eds.), *The Japanese Colonial Empire, 1895-1945* (Princeton: Princeton University Press, 1984), 320.

[63] Robinson, «Colonial Publication Policy», 323.

[64] Alexis Dudden, *Japan's Colonization of Korea: Discourse and Power* (Honolulu: University of Hawaii Press, 2005).

[65] Dudden, *Japan's Colonization of Korea*, 7.

[66] Por ejemplo, el gobernador estadounidense en Hawai había manifestado su deseo de que la KNA consiguiera sus objetivos, el alcalde de Honolulu había asistido a una celebración del aniversario de la fundación de la KNA, y a un líder de la KNA se le había facilitado que pudiera adquirir un campo de piñas en Windward Oahu expresamente para fundar una escuela militar para «prepararse para la revolución en Corea». En 1917, circularon rumores de que había una trama del KNA para destruir el buque de guerra japonés Izumo en su visita a Hawai. Para una fascinante información sobre esta comunidad coreana en Hawai, véase Wayne Patterson, *The Ilse: First-Generation Korean Immigrants in Hawaii, 1903-1973* (Honolulu: University of Hawaii Press, 2000), cap. 7.

[67] Usui Katsumi, «Nanman, Tōmō jōyaku no seiritsu zengo» (Sobre la conclusión de los Tratados del sur de Manchuria y del interior oriental de Manchuria), en Kurihara Ken (ed.), *Tai-Manmō seisakushi no ichimen* (Tokio: Hara shobō, 1966), 127.

[68] Takakura Tetsuichi, *Tanaka Giichi denki* (Biography of Tanaka Giichi), 2 vols. (Tokio: Tanaka Giichi denki kankōkai, 1958), vol. II, pág. 158.

[69] Usui, *Nihon to Chūgoku: Taishō jidai*, 146.

[70] Dunscomb, *Japan's Siberian Intervention, 1918-1922*, 115-126.

[71] E. Patricia Tsurumi, «Colonial Education in Korea and Taiwan», en Myers y Peattie (eds.), *The Japanese Colonial Empire, 1895-1945*, 302.

[72] Compárese esta interpretación positiva de Washington con el punto de vista más sarcástico de Kenneth Pyle, que manifestaba que «el sistema de Washington era un castillo de naipes», Kenneth B. Pyle, «Profound Forces in the Making of Modern Japan», *Journal of Japanese Studies*, 32/2 (2006), 410.

[73] Como manifestaba el primer ministro Katō Takaaki en 1925, «los japoneses […] tienen que unirse en un gran propósito y esfuerzo por construir los cimientos de un nuevo Japón» (Katō Takaaki, «Meika no sakebi») (Pronouncement of a Celebrity), *Kingu*, 1/5 (Mayo 1925), 1.

[74] Para más detalles sobre el decisivo giro liberal internacionalista del Japón de entreguerras, véase Frederick R. Dickinson, *World War I and the Triumph of a New Japan, 1919-1930* (Cambridge: Cambridge University Press, 2013).

[75] En una conferencia el 8 de septiembre de 1919. Cfr. Ritsumeikan daigaku Saionji Kinmochi den hensan iinkai (ed.), *Saionji Kinmochi den* (Biography of Saionji Kinmochi), 6 vols. (Tokio: Iwanami shoten, 1993), III. 323.

[76] Véase la caracterización clásica de Japón como «socio silencioso» en París en Thomas W. Burkman, «"Sairento patina" hatsugen su» («The Silent Partner Speaks»), *Kokusai seiji*, 56 (1976), 102-116.

[1] Liang Qichao, «Gai Ge Qi Yuan (the Origins of Reform)», en Liang Qichao, *Yinbing shi he ji* (Pekín: Zhonghua shuju, 1989), 113.

[2] Wang Shi (ed.), *Yan Fu Ji (Collections of Yan Fu's Writings)*, III (Pekín: Zhong hua shu ju, 1986), 521.

[3] Tang Zhijun (ed.), *Kang Youwei Zheng Lun Ji (Collections of Kang Youwei's Writings on Politics)*, i (Pekín: Zhong hua shu ju, 1981), 239.

[4] Kang Youwei, «Shang qing di di liu shu» (La séptima carta al Emperador Rey, 29 de enero de1898), en Tang Zhijun (ed.), *Kang Youwei Zheng Lun Ji*, i. 211-12.

[5] Mary Backus Rankin, «State and Society in Early Republican Politics, 1912-1918», en Frederic Wakeman y Richard Louis Edmonds (eds.), *Reappraising Republican China* (Oxford: Oxford University Press, 2000), 6-27.

[6] Zhang Yilin, *Xin taiping shi ji* (Taipei: wen hai chu ban she, 1966), 64.

[7] Akria Iriye, *Japan and China in the Global Setting* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1992), 19.

[8] S. C. M. Paine, *Sino-Japanese War of 1894-1895* (Cambridge: Cambridge University Press, 2003), 290.

[9] Frederick Dickinson, *War and National Reinvention: Japan in the Great War, 1914-1919* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1999), 35.

[10] Ikuhiko Hata, «Continental Expansion, 1905-1941», en John W. Hall (ed.), *The Cambridge History of Japan* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988), VI. 279.

[11] Para la mejor investigación sobre esta cuestión, véase Dickinson, *War and National Reinvention*.

[12] Cyril Pearl, *Morrison of Peking* (Sidney: Augus and Robertson, 1967), 307.

[13] Samuel G. Blythe, «The Chinese Puzzle: A Talk on Policies and Conditions with the President of China», *Saturday Evening Post*, 187/46 (1915), 4.

[14] En agosto de 1916, Japón intentó utilizar el conocido como incidente Zhengjiatong para conseguir lo que quería en el n. 5 de las Veintiuna Exigencias.

[15] Edward Friedman, *Backwards toward Revolution: The Chinese Revolutionary Party* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1974), 169, 78.

[16] Ding Wenjiang (ed.), *Liang Rengong Xiansheng Nianpu Chang Bian Chu Gao* (Life Chronology of Mr Liang Qichao) (Taipei: Shijie shuju, 1959), 579-620.

[17] Jerome Chen, *Yuan Shih-Kai* (Stanford: Stanford University Press, 1972), 164, 201, 210.

[18] *Peking Daily News*, 14 de marzo de 1916.

[19] Li Jiannong, *The Political History of China* (Princeton: D. Van Nostrand Co., 1956) 309.

[20] Jordan to Langley, 20 de octubre de 1915, TNA: PRO WO350/13/101-3.

[21] Para la valoración general de Yuan en opinión de Jordan, véase Jordan a Langley, 13 de junio, 6 de octubre de 1916, TNA: PRO, Jordan Papers, FO350/15.

[22] Yang Du, «Jingtie zhuyi shuo» (Teoría de la Doctrina del Oro y Hierro), *Zhongguo xinbao*, 1-6 (1906, 1907).

[23] Para el ensayo completo, véase Yang Du, *Yang Du Ji* (Collections of Yang Duís Writings) (Changsha: Hunan remin chubanshe, 1986), 566-584.

[24] Goodnow a Nicholas Murry Butler, 26 de febrero de 1914, cita de Noel Pugach, «Embarrassed Monarchist: Frank J. Goodnow and Constitutional Development in China, 1913-1915», *Pacific Historical Review*, 42/4 (noviembre 1973), 507.

[25] «Dr Goodnow's Memorandum to the President», *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States (FRUS): 1915* (Washington: Government Printing Office, 1924), 53-58.

[26] Liang Qichao, «yi zai suo wei guo ti wenti zhe», en Liang Qichai, *Dun bi ji* (Tapei: Wenhai chubanshe, 1966), 138.

[27] «A Statement by Dr Goodnow», *Peking Gazette*, 18 de agosto de 1915, repr. en *FRUS 1915*, 59-60.

[28] Mary C. Wright, *China in Revolution: The First Phase, 1900-1913* (New Haven: Yale University Press, 1968), 51.

[29] Liang Qichao, «Yi zai suo wei guo ti wen ti zhe» (How Strange is this So-Called Polity Issue), en Liang Qichao, *Dun bi ji*, 156; véase también Liang Qichao, *Yinbing shi he ji: zhuang ji*, 33

[30] Liang Qichao, *Yinbing shi he ji: wenji*, 34.

[31] Ibíd., 39, 89.

[32] Zhang Pinxing (ed.), *Liang Qichao Jia Shu* (Cartas familiares de Liang Qichao) (Pekín: Zhong guo wen lian chu ban she, 2000).

[33] Ídem.

[34] Li, *The Political History of China*, 345.

[35] Ernest Young, *The Presidency of Yuan Shih-Kai, Liberalism and Leadership in Early Republican China* (Ann Arbor: University of

Michigan Press, 1977), 242.

[36] Li Yuanhong, «Declaración del presidente sobre su política», *Peking Gazette*, 1 de junio de 1917.

[37] «Zhong de jie jiao shi mu ji qi li hai» (la verdadera historia de la ruptura de las relaciones dipolomáticas de China y Alemania y sus implicaciones) (anónimo, presumiblemente escrito por un alto oficial que formaba parte del Gobierno), 18 de marzo de 1917, en Zhang Bofeng *et al*. (eds.), *Bei Yang Jun Fa, 1912-1928* (Wuhan: Wuhan chu ban she, 1990), III. 61; «Feng Guozhang li zhong de jie jiao shi mu ji qi li hai yi jiang shu gao» (Borrador del Memorando de Feng Guozhang respecto a la ruptura de las relaciones diplomáticas de China y Alemania y su impacto) (18 de marzo de 1917), en *Zhong guo li shi di er dan an guan* (ed.), *Zhong Hua Min Guo Shi Dan an Zhi Liao Hui Bian: Di San Ji: Zhengzhi* (Colecciones de los Materiales de Archivo sobre la Historia de la República China, III. Politics[2]) (Nanjing: Jiangsu guji chubanshe, 1991), 1172.

[38] Jiang Tingfu, *Jiang Tingfu Hui Yi Lu (Memoirs of Jiang Tingfu)* (Taipei: Zhuang ji wen xue chu ban she, 1979), 65.

[39] «Zhong de jie jiao shi mu ji qi li hai» (la verdadera historia de la ruptura de las relaciones dipolomáticas de China y Alemania y sus implicaciones) (anónimo, presumiblemente escrito por un alto oficial que formaba parte del Gobierno), 18 de marzo de 1917, en Zhang Bofeng *et al*. (eds.), *Bei Yang Jun Fa, 1912-1928* (Wuhan: Wuhan chu ban she, 1990), III. 61; «Feng Guozhang li zhong de jie jiao shi mu ji qi li hai yi jiang shu gao» (Borrador del Memorando de Feng Guozhang respecto a la ruptura de las relaciones diplomáticas de China y Alemania y su impacto) (18 de marzo de 1917), en *Zhong guo li shi di er dan an guan* (ed.), *Zhong Hua Min Guo Shi Dan an Zhi Liao Hui Bian: Di San Ji*, 1172.

[40] *Min Guo Ri Bao*, 8 marzo 1917.

[41] *Zhong Hua Xin Bao*, 3 marzo 1917.

[42] Literalmente, *Dujun* significa «supervisor de asuntos militares» un cargo que se utilizó por primera vez en 1916. Para más detalles, véase Arthur Waldron, «The Warlord: Twentieth-Century Chinese Understandings of Violence, Militarism and Imperialism», *American Historical* Review, 96/4 (octubre 1991), 1073-1100.

[43] Tao Juyin, *Du Jun Tuan Zhuang* (Biografías del Cuerpo de los gobernadores militares) (Taipei: Wenhai chubanshe, 1971), 61.

[44] *Millard's Review*, 14 de julio de 1917, 150.

[45] Li, *Political History of China*, 365-366.

[46] Zeng Yujuan, «Li Duan Mao dun yi fu yuan chun tu» (Discrepancias entre Li Yuanhong y Duan Qirui y los conflictos entre la Oficina Presidencial y el Gabinete), en Liu Chunhe, lin Binsheng, y Qiu Quanzheng (eds.), *Bei Yang Jun Fa Shi Liao Xuan Ji* (Materiales seleccionados sobre los señores de la guerra de Beiyang) (Pekín: Zhongguo she hui ke xue chu ban she, 1981). Véase también Ji Yu, *Duan Qirui Zhuan* (Hefei shi: Anhui ren min chu ban she: Xin hua shu dian jing xiao, 1992), 272-273.

[47] Tao Juyin, *Du Jun Tuan Zhuang*, 61.

[48] «Bei fang ge sheng dujun cocheng qing Li Yuanhong jie shang guo hui wen» (Informe de los gobernadores militares de las provincias del norte en que piden a Li Yuanhong que disuelva el Parlamento) (*Dong Fang Zazhi*, 14/7 (1917)).

[49] *Zhong Hua Xin Bao*, 24 de mayo de 1917.

[50] Sun Yao (ed.), *Zhong Hua min guo shi liao* (Taipei: Wenhai chubanshe, 1966), II, pt 4, 3.

[51] Curiosamente, el Parlamento chino aprobó finalmente la declaración de guerra de China a Alemania y a Austria el 6 de noviembre de 1918,

cinco días antes de que terminara la guerra. Para detalles sobre esto, véase Nan hai yin zi, *An fu huo guo ji* (Pekín: Zhong hua shu ji, 2007), 76-79.

[52] Department of State (ed.), *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1919, the Paris Peace Conference*, II (Washington: Government Printing Office, 1942), 492, 509-511.

[53] Wensi Jin, *China at the Paris Peace Conference in 1919, Asia in the Modern World, n. 2* (Jamaica, NY: St. John's University Press, 1961), 14-15.

[54] Koo Memoir (Columbia University Oral History Project), reel. 2, vol. 2.

[55] «Memorandum by the Secretary of state, the signing of the treaty of peace with Germany at Versailles on June 28th, 1919», en Department of State (ed.), *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, the Paris Peace Conference, 1919*, xi (Washington: Government Printing Office, 1945), 602.

[56] James Pusey, *China and Charles Darwin* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1983), 439.

[57] *Taipingyang* (*Pacífico*), 2/1 (1919), 9.

[58] Ibíd., 2/2 (1919), 2-4.

[59] TNA: PRO FO405/229/2.

[60] Hu Shih, «Intellectual China 1919», *Chinese Social and Political Science Review*, 4/4 (diciembre de 1919), 346-347; cita de Zhang Yongjin, *China in the International System, 1918-1820: The Middle Kingdom at the Periphery* (Nueva York: St Martin's Press, 1991), 74.

[61] *Meizhou Ping lun*, 20, 4 de mayo de 1919.

[62] Zhong Guo She hui ko xue yuan Jing dai shi yan jiu so (ed.), *Wu Si Yun Dong Hui Yi Lu* (Remembranzas del Movimiento del Cuatro de Mayo)

(Pekín: Zhong guo she hui ko xue chu ban she, 1979), i. 222.

[63] John King Fairbank y Albert Feuerwerker (eds.), *The Cambridge History of China: 1912-1949,* (Cambridge: Cambridge University Press, 1986), XIII, pt 2, 802.

[1] Julie Greene, *The Canal Builders: Making America's Empire at the Panama Canal* (Nueva York: Penguin, 2009), 337-338, 344-345; David McCullough, *The Path between the Seas: The Creation of the Panama Canal, 1870-1914* (Nueva York: Simon and Schuster, 1977), 608-617 (quotation at p. 609). Para el alcance de las noticias, compárese «The Panama Canal Officially Opened», *New York Times*, 16 August 1914, 14, y «Big Armies Ready on 248-Mile Battle Front», *New York Times*, 16 August 1914, 1.

[2] Pocos investigadores han rastreado las largas historias de los esfuerzos de EE. UU. para entrenar ejércitos militares extranjeros. Para una visión de conjunto, la mayoría centrados en el periodo posterior a 1945, véase Lesley Gill, *The School of the Americas: Military Training and Political Violence in the Americas* (Durham, NC: Duke University Press, 2004), esp. 59-89; Jeremy Kuzmarov, *Modernizing Repression: Police Training and Nation Building in the American Century* (Amherst: University of Massachusetts Press, 2012), esp. 21-52; Chester J. Pach, Jr, *Arming the Free World: The Origins of the United States Military Assistance Program, 1945-1950* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1991), esp. 7-28; y Mark Peceny, *Democracy at the Point of Bayonets* (University Park, PA: Pennsylvania State University Press, 1999).

[3] Theodore Roosevelt, *Presidential Addresses and State Papers* (Nueva York: Review of Reviews Co., 1910), III. 119-189 (quotations at pp. 176, 177). Sobre el imperio de EE. UU. en este periodo, véase Julian Go, *American Empire and the Politics of Meaning: Elite Political Cultures in the Philippines and Puerto Rico during US Colonialism* (Durham, NC: Duke University Press, 2008); Alfred W. McCoy y Francisco Scarano (eds.), *Colonial Crucible: Empire in the Making of the Modern American State* (Madison: University of Wisconsin Press, 2009); Bartholomew H. Sparrow, *The Insular Cases and the Emergence of American Empire* (Lawrence, KS: University Press of Kansas, 2006); Lanny Thompson, *Imperial Archipelago: Representation and Rule in the Insular Territories under US Dominion after 1898* (Honolulu: University of Hawaii Press, 2010). Para más detalles sobre las intervenciones estadounidenses en

América Central y el Caribe, véase George W. Baker, Jr, «The Wilson Administration and Cuba, 1913-1921», *Mid-America*, 46 (Enero 1964), 48-63; Mark T. Gilderhus, *Pan-American Visions: Woodrow Wilson and the Western Hemisphere, 1913-1921* (Tucson, AZ: University of Arizona Press, 1986); Michel Gobat, *Confronting the American Dream: Nicaragua under US Imperial Rule* (Durham, NC: Duke University Press, 2005), 73-201; Lester D. Langley, *The Banana Wars: An Inner History of American Empire, 1900-1934* (Lexington, KY: University Press of Kentucky, 1983); Carlos Pereyra, *El Crimen de Woodrow Wilson* (Madrid: Impr. de J. Pueyo, 1917); Mary A. Renda, *Taking Haiti: Military Occupation and the Culture of US Imperialism, 1915-1940* (Durham, NC: Duke University Press, 2001); Joseph H. Tulchin, *The Aftermath of War: World War I and US Policy toward Latin America* (Nueva York: New York University Press, 1971). Sin importar que la inclusión de lugares como el Caribe en este capítulo habría generado discusiones en el pasado. Sigo aquí un reciente consenso que rompe la falsa distinción mantenida entre imperios «formales» e «informales», y sigo a Paul A. Kramer cuando nos anima a «pensar como imperio» y no preguntarnos qué imperio es, sino «qué hace y qué tipo de análisis permite o excluye» (Kramer, «Power and Connection: Imperial Histories of the United States in the World», *American Historical Review*, 116, junio 2011, 1348-1391. Citas en págs. 1349, 1350).

[4] Woodrow Wilson, «An Address at a Birthday Banquet in Staunton», 28 de diciembre de 1912, en *The Papers of Woodrow Wilson*, ed. Arthur S. Link *et al*. (Princeton: Princeton University Press, 1966-1994), xxv. 635.

[5] Woodrow Wilson, «An Annual Message on the State of the Union», 7 de diciembre de 1915, en *The Papers of Woodrow Wilson*, ed. Link *et al*., XXXV. 293-310 (citas en pág. 303).

[6] Francis Burton Harrison a Lindley Garrison, 20 de enero de 1915, Box 42, Papers of Francis Burton Harrison, Library of Congress Manuscript Division, Washington; Wilson, cfr. Roy Watson Curry, *Woodrow Wilson and Far Eastern Policy, 1913-1921* (Nuva York:

Bookman Associates, 1957), 86; Warren G. Harding, «The Philippine Islands», en Frederick E. Schortemeier (ed.), *Rededicating America: Life and Recent Speeches of Warren G. Harding* (Indianapolis: Bobbs-Merrill, 1920), 236-237; Elihu Root, cfr. Whitney T. Perkins, «The New Dependencies under McKinley», en Paolo E. Coletta (ed.), *Threshold to American Internationalism: Essays on the Foreign Policies of William McKinley* (Nueva York: Exposition Press, 1970), 276. For more on the implementation of the Jones Act, véase Roy W. Curry, «Woodrow Wilson and Philippine Policy», *Mississippi Valley Historical Review*, 41 (diciembre 1954), 435-452; Frank H. Golay, *Face of Empire: United States-Philippines Relations, 1898-1946* (Quezon City: Ateneo de Manila University Press, 1997), 201-206; Maximo M. Kalaw, *The Case for the Filipinos* (Nueva York: Century Co., 1916); Arthur S. Link, *Wilson: Confusions and Crises, 1915-1916* (Princeton: Princeton University Press, 1964), 350-356; Michael P. Onorato, «The Jones Act and the Establishment of a Filipino Government, 1916-1921», *Philippine Studies*, 14 (julio 1966), 448-459.

[7] Greene, *Canal Builders*, 350-351; Dirk Bönker, *Militarism in a Global Age: Naval Ambitions in Germany and the United States before World War I* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2012), 125-148; Holger H. Herwig, *Politics of Frustration: The United States in German Naval Planning, 1889-1941* (Boston: Little, Brown, 1976); Alfred T. Mahan, «The Panama Canal and Sea Power in the Pacific», *Century Magazine*, 82 (mayo-octubre 1911), 240-248; Donald A. Yerxa, «The United States Navy in Caribbean Waters during World War I», *Military Affairs*, 51 (octubre 1987), 182-187.

[8] Patrick L. Cox, «"An Enemy Closer to Us than Any European Power": The Impact of Mexico on Texan Public Opinion before World War I», *Southwestern Historical Quarterly*, 105 (julio 2001), 41-80; Benjamin Heber Johnson, *Revolution in Texas: How a Forgotten Rebellion and its Bloody Repression Turned Mexicans into Americans* (New Haven, CT: Yale University Press, 2003); Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico: Europe, the United States, and the Mexican Revolution* (Chicago: University of Chicago Press, 1981); James A. Sandos, *Rebellion in the*

Borderlands: Anarchism and the Plan of San Diego, 1904-1923 (Norman, OK: University of Oklahoma Press, 1992); Barbara W. Tuchman, *The Zimmermann Telegram* (Nueva York: Viking, 1958).

[9] *New York World*, cfr. George W. Baker, «Robert Lansing and the Purchase of the Danish West Indies», *Social Studies*, 57 (febero 1966), 68. Véase también «Buying Islands for Defense», *Literary Digest*, 53 (30 de diciembre de 1916), 1697-1698; «Buying More Islands», *The Nation*, 103 (3 August 1916), 99-100; «Buying the Danish West Indies», *Independent Review*, 87 (7 August 1916), 175 ff.; Wilfrid H. Callcott, *The Caribbean Policy of the United States, 1890-1920* (Chicago: Octagon Books, 1966 [1942]), 426-429; Maurice Francis Egan, *Ten Years near the German Frontier: A Retrospect and a Warning* (Nueva York: George H. Doran, 1919), esp. 261-264; Robert S. Lansing, «Drama of the Virgin Islands Purchase», *New York Times*, 19 de julio de 1923; «New Islands under the Flag», *Literary Digest*, 53 (5 agosto 1916), 290-291; Charles Callan Tansill, *The Purchase of the Danish West Indies* (Baltimore: Johns Hopkins Press, 1932), 373-516. Para más información sobre las presiones de los isleños de las Islas Virginia, véase Gregory LaMotta, «Working People and the Transfer of the Danish West Indies to the United States, 1916-1917», *Journal of Caribbean History*, 23/2 (1989), 178-195.

[10] Baker, cfr. Arturo Morales Carrión, *Puerto Rico: A Political and Cultural History* (Nueva York: W. W. Norton, 1983), 198; McIntyre, cfr. United States Bureau of Insular Affairs, *Report of the Chief of the Bureau of Insular Affairs* (Washington: Government Printing Office, 1917), 21. Véase también César J. Ayala and Rafael Bernabe, *Puerto Rico in the American Century: A History since 1898* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 2007), 57-59; Truman R. Clark, *Puerto Rico and the United States, 1917-1933* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1975); Frank Otto Gatell, «The Art of the Possible: Luis Muñoz Rivera and the Puerto Rican Jones Bill», *Americas*, 17 (julio 1960), 1-20; Morales Carrión, *Puerto Rico*, 173-199. También tuvieron lugar pequeños avances de autogobierno en Guam en 1917. Véase Don A. Farrell, *The Pictorial History of Guam: The Americanization, 1898-1918* (Tamuning, Guam: Micronesian Productions, 1986), 163.

[11] William D. McCain, *The United States and Panama* (Durham, NC: Duke University Press, 1937), 190-205; Emily S. Rosenberg, «World War I and "Continental Solidarity"», *The Americas*, 31 (enero, 1975), 313-334, esp. 321.

[12] Christopher Capozzola, «Minutemen for the World: Empire, Citizenship, and the National Guard, 1903-1924», en Alfred W. McCoy y Francisco Scarano (eds.), *Colonial Crucible: Empire in the Making of the Modern American State* (Madison: University of Wisconsin Press, 2009), 421-430; «Filipino Offers his Services to Defend "Noble American Nation"», *Philippines Free Press*, 14 de abril de 1917, 13; Ricardo Trota Jose, «The Philippine National Guard in World War I», *Philippine Studies* 36 (Third Quarter 1988), 275-299; Pablo Manlapit, cfr. «Thinks Filipinos Not Inclined to Citizenship», *Honolulu Star-Bulletin*, 28 de marzo de 1916, 2; Ronald H. Spector, «Josephus Daniels, Franklin Roosevelt, and the Reinvention of the Naval Enlisted Man», en Edward J. Marolda (ed.), *FDR and the US Navy* (Nueva York: St Martin's Press, 1998), 24-26.

[13] John Whiteclay Chambers II, *To Raise an Army: The Draft Comes to Modern America* (Nueva York: Free Press, 1987), 231-232; Farrell, *Pictorial History of Guam*, 158; Robert McGreevey, «Borderline Citizens: Puerto Ricans and the Politics of Migration, Race, and Empire, 1898-1948» (Ph. D. dissertation, Brandeis University, 2008), 182-223 (cita en p. 213); Ché Paralitici, *No quiero mi cuerpo pa tambor: El servicio militar obligatorio en Puerto Rico* (San Juan: Ediciones Puerto, 1998), 118-153. Un pequeño número de naturales de las Islas Virginia sirvieron en un grupo naval en la Estación Naval de Santo Tomás, pero aparte de esto eran totalmente excluidos de las fuerzas armadas. Véase William W. Boyer, *America's Virgin Islands: A History of Human Rights and Wrongs* (Durham, NC: Carolina Academic Press, 1983), 116-117.

[14] Edward M. Coffman, *The Regulars: The American Army, 1898-1941* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2004), 324-371; Brian McAllister Linn, *Guardians of Empire: The US Army and the Pacific, 1902-1940* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1997), 253.

[15] Henry T. Allen, *My Rhineland Journal* (Boston: Houghton Mifflin, 1923); Henry T. Allen, *The Rhineland Occupation* (Indianapolis: Bobbs-Merrill, 1927); George Yarrington Coats, «The Philippine Constabulary, 1908-1917» (Ph. D. dissertation, Ohio State University, 1968), 10-11; Henry Gilhouser, «The Moro Province», *Bulletin of the American Historical Collection*, 1 (mayo, 1973), 46; James G. Harbord, *Serving with Pershing: An Address Delivered before the University Club of Port Chester, Port Chester, New York, May 26, 1944* (n. p., n. d.), 5, 7; Michael C. Reilly, «Charles Henry Brent: Philippine Missionary and Ecumenist», *Philippine Studies*, 24 (tercer trimestre 1976), 303-325; Heath Twichell, Jr, *Allen: The Biography of an Army Officer, 1859-1930* (New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 1974), 215-252.

[16] John J. Pershing, *My Experiences in the World War* (Nueva York: Frederick A. Stokes, 1931), i. 11. James G. Harbord, *Leaves from a War Diary* (Nueva York: Dodd, Mead, 1925), guarda el mismo silencio sobre Filipinas. Para los cambios en el ejército de los Estados Unidos, véase Coffman, *The Regulars*; John Dickinson, *The Building of an Army: A Detailed Account of Legislation, Administration and Opinion in the United States, 1915-1920* (Nueva York: Century, 1922), esp. 3-56; Mark E. Grotelueschen, *The AEF Way of War: The American Army and Combat in World War I* (Nueva York: Cambridge University Press, 2007).

[17] Carroll Storrs Alden, «American Submarine Operations in the War», *US Naval Institute Proceedings*, 46 (junio 1920), 820; Yerxa, «United States Navy», 183. Véase también Dean C. Allard, «Anglo-American Naval Differences during World War I», *Military Affairs*, 44 (abril 1980), 75-81; Thomas G. Frothingham, *The Naval History of the World War: The United States in the War, 1917-1918* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1926); David F. Trask, *Captains and Cabinets: Anglo-American Naval Relations, 1917-1918* (Columbia: University of Missouri Press, 1972).

[18] César J. Ayala, *American Sugar Kingdom: The Plantation Economy of the Spanish Caribbean, 1898-1934* (Chapel Hill, NC; University of North Carolina Press, 1999), 71, 85, 87; Jason M. Colby, *The Business of*

Empire: United Fruit, Race, and US Expansion in Central America (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2011), 118-145; Norwell Harrigan and Pearl I. Varlack, «The US Virgin Islands and the Black Experience», *Journal of Black Studies*, 7 (junio 1977), 394-398; Erez Manela, *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism* (Nueva York: Oxford University Press, 2007).

[19] Cfr. Boyer, *America's Virgin Islands*, 115.

[20] Para casos anteriores, véase Donald M. Bishop, «Shared Failure: American Military Advisors in Korea, 1888-1896», *Transactions of the Royal Asiatic Society, Korea Branch*, 58 (1983), 53-76; John P. Dunn, «Americans in the Nineteenth Century Egyptian Army: A Selected Bibliography», *Journal of Military History*, 70 (enero, 2006), 123-136; Robert C. Harding II, *Military Foundations of Panamanian Politics* (Nueva York: Transaction Publishers, 2001), 29-30; Pach, *Arming the Free World*, 7-9; Thomas L. Pearcy, *We Answer Only to God: Politics and the Military in Panama, 1903-1947* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1998), 37-43.

[21] George Yarrington Coats, «The Philippine Constabulary, 1901-1917» (Ph. D. dissertation, Ohio State University, 1968); Charles Sumner Lobingier, «The Peacekeepers of the Philippines», *Review of Reviews*, 42 (septiembre, 1910), 310-314; Alfred W. McCoy, *Policing America's Empire: The United States, the Philippines, and the Rise of the Surveillance State* (Madison: University of Wisconsin Press, 2009).

[22] Kornel S. Chang, *Pacific Connections: The Making of the US-Canadian Borderlands* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 2012), 117-146; Moon-Ho Jung, «Seditious Subjects: Race, State, Violence, and the US Empire», *Journal of Asian American Studies*, 14 (junio, 2011), 221-247; McCoy, *Policing America's Empire*, 293-346; Gary Y. Okihiro, *Cane Fires: The Anti-Japanese Movement in Hawai, 1865-1945* (Filadelfia: Temple University Press, 1991), 102-128. Sobre Guam, véase Henry P. Beers, *American Naval Occupation and Government of Guam, 1898-1902* (Washington: Office of Records

Administration, Navy Department, 1944); Paul Carano y Pedro C. Sanchez, *A Complete History of Guam* (Rutland, VT: C. E. Tuttle, 1964); L. M. Cox, *The Island of Guam* (Washington: Government Printing Office, 1917); Farrell, *Pictorial History of Guam*, 152; Penelope Bordallo Hofschneider, *A Campaign for Political Rights on the Island of Guam, 1899-1950* (Saipan: Division of Historical Preservation, 2001); Roy E. James, «Military Government: Guam», *Far Eastern Survey*, 15 (11 septiembre 1946), 273-277; Robert F. Rogers, *Destiny's Landfall: A History of Guam*, ed. rev. (Honolulu: University of Hawaii Press, 2011).

[23] Lansing, cfr. Lars Schoultz, *Beneath the United States: A History of US Policy toward Latin America* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1998), 232.

[24] Butler, cfr. Hans Schmidt, *The United States Occupation of Haiti, 1915-1934*, rev. edn (New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 1995), 85. Véase también Michel S. Laguerre, *The Military and Society in Haiti* (Londres: Macmillan, 1993), 69-83; James H. McCrocklin, *Garde d'Haiti, 1915-1934: Twenty Years of Organization and Training by the United States Marine Corps* (Annapolis, MD: US Naval Institute, 1956); Renda, *Taking Haiti*, 147-164.

[25] Bruce J. Calder, *The Impact of Intervention: The Dominican Republic during the US Occupation of 1916-1924* (Austin, TX: University of Texas Press, 1984), 55.

[26] Rufus Lane, cfr. Calder, *The Impact of Intervention*, 55; Pendleton, cfr. Valentina Peguero, *The Militarization of Culture in the Dominican Republic, from the Captains General to General Trujillo* (Lincoln, NB: University of Nebraska Press, 2004), 37. Véase también Stephen M. Fuller and Graham A. Cosmas, *Marines in the Dominican Republic, 1916-1924* (Washington: History and Museums Division, US Marine Corps, 1974), 45-52; Melvin M. Knight, *The Americans in Santo Domingo* (Nueva York: Vanguard Press, 1928), esp. 86-118.

[27] Boyer, *America's Virgin Islands*, 118; Knud Knud-Hansen, *From Denmark to the Virgin Islands* (Filadelfia: Dorrance, 1947), 103-109; LaMotta, «Working People», 184, 194 n. 26. Véase también Boyer, *America's Virgin Islands*, 110-138; Isaac Dookhan, «Changing Patterns of Local Reaction to the United States Acquisition of the Virgin Islands, 1865-1917», *Caribbean Studies*, 15/1 (1975), 67-72; Dookhan, «The Search for Identity: The Political Aspirations and Frustrations of Virgin Islanders under the United States Naval Administration, 1917-1927», *Journal of Caribbean History*, 12 (mayo, 1979); Luther Harris Evans, *The Virgin Islands, From Naval Base to New Deal* (Ann Arbor, MI: J. W. Edwards, 1945); J. Antonio Jarvis, *Brief History of the Virgin Islands* (St. Thomas, VI: Art Shop, 1938), 124-125.

[28] José E. Martínez Valentín, *La presencia de la Policía en la historia de Puerto Rico, 1898-1995* (San Juan: José E. Martínez Valentín, 1995), 23, 70-71, 214-216; Louis A. Perez, Jr, «The Military and Electoral Politics: The Cuban Election of 1920», *Military Affairs*, 37 (febrero, 1973), 5-8; Yerxa, «United States Navy», 185.

[29] «America Assumes Control in Panama», *New York Times*, 29 de junio de 1918, 3; George W. Baker, Jr, «The Wilson Administration and Panama, 1913-1921», *Journal of Inter-American Studies*, 8 (abril, 1966), 279-293; Callcott, *Caribbean Policy*, 449-450; Michael L. Conniff, *Panama and the United States: The Forced Alliance*, 2.ª ed. (Athens, GA: University of Georgia Press, 2001), 71-88; Carlos H. Cuestos Gómez, *Soldados Americanos en Chiriquí* (Panamá: Litografía Enan, 1990); Narciso Garay, *Panamá y las guerras de los Estados Unidos* (Panamá: Imprenta Nacional, 1930), 56-7, 61; Harding, *Military Foundations*, 28-33; John Lindsay-Poland, *Emperors in the Jungle: The Hidden History of the US in Panama* (Durham, NC: Duke University Press, 2003), 11-43; McCain, *United States and Panama*, 202-203; Norman J. Padelford, *The Panama Canal in Peace and War* (Nueva York: Macmillan, 1942), 123-146; Renato Pereira, *Panamá: Fuerzas armadas y política* (Panamá: Ediciones Nueva Universidad, 1979), 8-11; «Troops Police Cities in Panama», *New York Times*, 30 de junio de 1918, 8.

[30] Erika Kuhlman, «American Doughboys and German Fräuleins: Sexuality, Patriarchy, and Privilege in the American-Occupied Rhineland, 1918-1923», *Journal of Military History*, 71 (octubre, 2007), 1077-1106; Margaret Pawley, *The Watch on the Rhine: The Military Occupation of the Rhineland, 1918-1930* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2007); Twichell, *Allen*, 215-252.

[31] Jürgen Buchenau, *In the Shadow of the Giant: The Making of Mexico's Central American Policy, 1876-1930* (Tuscaloosa: University of Alabama Press, 1996), 128-139; Don M. Coerver y Linda B. Hall, *Texas and the Mexican Revolution: A Study in State and National Border Policy, 1910-1920* (San Antonio, TX: Trinity University Press, 1984); Kelly Lytle Hernández, *Migra! A History of the US Border Patrol* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 2010); Edwin Lieuwen, «The Depoliticization of the Mexican Revolutionary Army, 1915-1940», en David Ronfeldt (ed.), *The Modern Mexican Military: A Reassessment* (San Diego, CA: Center for US-Mexican Relations, 1984), 51-62; Thomas Rath, *Myths of Demilitarization in Postrevolutionary Mexico, 1920-1960* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 2013), esp. 18-30; Eileen Welsome, *The General and the Jaguar: Pershing's Hunt for Pancho Villa* (Nueva York: Little, Brown, 2006).

[32] United States Department of Justice, *Annual Report of the Attorney General, 1918* (Washington: Government Printing Office, 1919), 14-15, 37-39; Christopher Capozzola, *Uncle Sam Wants You: World War I and the Making of the Modern American Citizen* (Nueva York: Oxford University Press, 2008), 117-143.

[33] Lugo, cfr. Peguero, *Militarization of Culture*, 42; Callcott, *Caribbean Policy*, 478; Schoultz, *Beneath the United States*, 253-271; Lorrin Thomas, *Puerto Rican Citizen: History and Political Identity in Twentieth-Century New York City* (Chicago: University of Chicago Press, 2010), 65; United States Congress, Senate, *Inquiry into the Occupation and Administration of Haiti and Santo Domingo*, 77 Cong., 1st and 2d sess. (Washington: Government Printing Office, 1922).

[34] D. P. Calixte, *Haiti: The Calvary of a Soldier* (Nueva York: W. Malliet and Co., 1939), 29.

[35] Joseph C. Grew, «Plan for the Establishment of a Constabulary in Nicaragua», 17 de febrero de 1925, en *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States: 1925* (Washington: Government Printing Office, 1940), II. 624. Véase también Leo J. Daugherty III, *The Marine Corps and the State Department: Enduring Partners in United States Foreign Policy, 1798-2007* (Jefferson, NC: McFarland and Co., 2009), 54-57; Gobat, *Confronting the American Dream*, 205-221; Bernard C. Nalty, *The United States Marines in Nicaragua*, ed. rev. (Washington: Historical Branch, US Marine Corps, 1961).

[36] Gobat, *Confronting the American Dream*, 262-226; Jeffrey L. Gould and Aldo A. Lauria-Santiago, *To Rise in Darkness: Revolution, Repression, and Memory in El Salvador* (Durham, NC: Duke University Press, 2008); Harding, *Military Foundations*, 33; McCoy, *Policing America's Empire*, 96; Stephanie Hunter McMahon, «You Pay for What You Get: The US Virgin Islands, 1917-1936», *Journal of Caribbean History*, 41/1-2 (2007), 109-141; Richard Millett, *Guardians of the Dynasty* (Maryknoll, NY: Orbis Books, 1977), esp. 15-83; Peguero, *Militarization of Culture*, 44-46; Steve C. Ropp, *Panamanian Politics: From Guarded Nation to National Guard* (Nueva York: Praeger, 1982), 25-26.

[1] Aunque no se refiere específicamente al imperio, Alexander Wendt ha analizado la idea de «Estado humanizado» en «The State as Person in International Theory», *Review of International Studies*, 30 (2004), 289-316.

[2] Para una explicación tradicional del «dilema de seguridad», véase John Herz, «Idealist Internationalism and the Security Dilemma», *World Politics*, 2 (1950), 157-180.

[3] Véase, entre otras muchas obras, Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000* (Nueva York: Random House, 1987).

[4] Jane Burbank and Frederick Cooper, *Empires in World History: Power and the Politics of Difference* (Princeton: Princeton University Press, 2010), 8. Que la «nostalgia» sea del propio imperio o de los individuos a cargo de él, no tiene aquí importancia analítica primordial.

[5] Cfr. Frederick Maurice, *The Armistices of 1918* (Londres: Oxford University Press, 1943), 51-52.

[6] Véase F. S. Marston, *The Peace Conference of 1919: Organization and Procedure* (Londres: Oxford University Press, 1944), cp. 1, «The Supreme War Council», 1-12; y Maurice Hankey, *Diplomacy by Conference: Studies in Public Affairs, 1920-1946* (Nueva York: G. P. Putnam's Sons, 1946), 10-39.

[7] Erez Manela, *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism* (Oxford: Oxford University Press, 2007), 5.

[8] Véase Leonard V. Smith, «The Wilsonian Challenge to International Law», *Journal of the History of International Law*, 13 (2011), 179-208.

[9] Annemarie H. Sammartino, *The Impossible Border: Germany and the East, 1914-1922* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2010).

[10] Véase Robert Machray, *Poland, 1914-1931* (Londres: George Allen & Unwin, 1932), 51.

[11] Véase el decreto de los emperadores de Alemania y Habsburgo del 5 de noviembre de 1916, que establecía un Estado polaco autónomo en Stanislas Filasiewicz (ed.), *La Question polonaise pendant la guerre mondiale*, 2 vols. (París: Section d'Études et de publications politiques du comité national polonais, 1920), II. 57-58.

[12] Véase Aaron Kleiman, «Britain's War Aims in the Middle East in 1915», *Journal of Contemporary History*, 3 (1968), 237-251; y Bruce Westrate, *The Arab Bureau: British Policy in the Middle East, 1916-1920* (University Park, PA: Penn State University Press, 1992), 14-21.

[13] Arno Mayer, *Political Origins of the New Diplomacy, 1917-1918* (New Haven, CT: Yale University Press, 1959), especialmente «Epilogue: Wilson vs. Lenin», 368-393.

[14] Manela, *The Wilsonian Moment*, particularly part II, «The Internationalization of Nationalism».

[15] «The Declaration of Peace (8 noviembre 1917)», en John W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk: The Forgotten Peace, 1918* (Londres: Macmillan and Co., 1938), 376.

[16] Mayer, Mayer, *Political Origins of the New Diplomacy*, cp. 9, «Wilson Issues a Countermanifesto», 329-367.

[17] Stéphane Pierré-Caps, «Karl Renner et l'état multinational: Contribution juridique à la solution d'imbroglios politiques contemporains», *Droit et société*, 27 (1994), 423. See also Ernest Gellner, *Nationalism* (Nueva York: New York University Press, 1997).

[18] Para el texto, véase «Treaty of Peace between the United States of America, the British Empire, France, Italy, and Japan and Poland», *American Journal of International Law*, 13, Supplement, Official Documents (octubre, 1919), 423-440.

[19] Carole Fink, «The Minorities Question at the Paris Peace Conference: The Polish Minority Treaty, June 28, 1919», en Manfred Boemeke, Gerald Feldman, y Elisabeth Glaser (eds.), *The Treaty of Versailles: A Reassessment after 75 Years* (Cambridge: Cambridge University Press, 1998), 249-274.

[20] Véase Mark Mazower, *Hitler's Empire: How the Nazis Ruled Europe* (Nueva York: Penguin Press, 2008).

[21] Leonard V. Smith, «The Wilsonian Challenge to International Law», *Journal of the History of International Law*, 13 (2011), 179-208. Véase también, Leonard V. Smith, «Les États-Unis et l'échec d'une seconde mobilisation», en Stéphane Audoin-Rouzeau y Christophe Prochasson (eds.), *Sortir de la Guerre de 14-18* (París: Tallandier, 2008), 69-91.

[22] Véase Quincy Wright, «Sovereignty of the Mandates», *American Journal of International Law*, 17 (1923), 691-703.

[23] J. C. Smuts, *The League of Nations: A Practical Suggestion* (Londres: Hodder and Stoughton, 1918), esp. 11-12.

[24] El Reino Unido, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica y el Gobierno de la India.

[25] Naoko Shimazu, *Japan, Race and Equality: The Racial Equality Proposal of 1919* (Londres: Routledge, 1998), esp. cp. 5, «Australia Overwhelms the British Empire Delegation», 117-136.

[26] «Agreement between England and France Providing for Assistance to France in the Event of Unprovoked Aggression by Germany», *American Journal of International Law*, 13/4, Supplement: Official Documents (octubre, 1919), 416.

[27] Alexander Wendt, «Anarchy is what States Make of It: The Social Construction of Power Politics», *International Organization*, 4 (1992), 391-425.

[28] Wendt, «Anarchy», 394-395.

[29] Véase Frederick R. Dickinson, *War and National Reinvention: Japan in the Great War, 1914-1919* (Cambridge, MA: Harvard University Asia Center, 1999), cp. 6; y Thomas W. Burkman, *Japan and the League of Nations: Empire and World Order, 1914-1938* (Honolulu: University of Hawaii Press, 2008), cp. 4.

[30] «Secretary's Notes of a Conversation Held in M. Pichon's Room at the Quai d'Orsay on Sunday, January 12, 1919, at 4 p. m.», en *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1919: The Paris Peace Conference*, 13 vols. (Washington: Government Printing Office, 1942-1947), III. 506. Subsequently cited as *FRUS: PPC*.

[31] «Secretary's Notes of a Conversation Held in M. Pichon's Room at the Quai d'Orsay, Paris, January 22, 1919, at 15 Hours 15», en *FRUS: PPC*, III. 678-679.

[32] Véase Thomas W. Burkman, *Japan and the League of Nations: Empire and World Order* (Honolulu: University of Hawaii Press, 2008), 30-31.

[33] Naoko Shimazu, *Japan, Race and Equality: The Racial Equality Proposal of 1919* (Londres: Routledge, 1998), 92-95.

[34] Mark. R. Peattie, *Nan'yô: The Rise and Fall of the Japanese in Micronesia, 1885-1945* (Honolulu: University of Hawai Press, 1988), 56.

[35] Shimazu, *Japan, Race, and Equality*, especially cp. 4, «Japan's Status as a Great Power», 89-116.

[36] Documento n. 1, «Japan's Twenty-One Demands», en *The Shantung Question: A Statement of China's Claim together with Important Documents submitted to the Peace Conference in Paris* (San Francisco: Chinese National Welfare Society in America, 1919), 33.

[37] «Conversation between President Wilson and M. M. Clemenceau and Lloyd George», 22 de abril de 1919, 11 a. m., en Arthur Link (ed. y trad. al inglés.), *The Deliberations of the Council of Four (March 24-June 28, 1919): Notes of the Official Interpreter, Paul Mantoux*, 2 vols. (Princeton: Princeton University Press, 1992 [originalmente publicado en francés en 1955], i. 322. En adelante, *Deliberations*.

[38] «Conversation between President Wilson and M. M. Clemenceau and Lloyd George», 22 de abril de 1919, 4 p. m., *Deliberations*, i. 331.

[39] Ibíd., 334.

[40] «Conversation between President Wilson and M. M. Clemenceau and Lloyd George», 22 de abril de 1919, 11 a. m., *Deliberations*, i. 325.

[41] Ibíd., 323.

[42] Por la Conferencia Naval de Washington de 1921-1922, Japón devolvió la soberanía a China, en medio de la inestabilidad crónica de la era de los señores de la guerra. Véase, Brian T. George, «The State Department and Sun Yat-sen: American Policy and the Revolutionary Disintegration of China, 1920-1924», *Pacific Historical Review*, 46 (1977), 387-408.

[43] Sobre el Acuerdo Sykes-Picot Agreement, véase David Fromkin, *A Peace to End All Peace: The Fall of the Ottoman Empire and the Creation of the Modern Middle East* (Nueva York: Henry Holt and Company, 1989), 188-199. El texto del Acuerdo St Jean de Maurienne está en, René Albrecht-Carrié, *Italy at the Paris Peace Conference* (Nueva York: Columbia University Press, 1938), 345-346. Estos acuerdos también otorgaban a los italianos una parte no especificada de las colonias alemanas en África.

[44] Para una comprensión profunda contemporánea de la presencia de Francia, véase Conde Roger de Gontaut-Biron, *Comment la France s'est installé en Syrie, 1918-1919* (París: Plon, 1922), esp. 1-10.

[45] Marjorie M. Farrar, «Victorious Nationalism Beleaguered: Alexandre Millerand as French Premier in 1920», *Proceedings of the American Philosophical Society*, 126 (1982), 481-519.

[46] Sobre la lucha de intereses que había tras la Declaración Balfour, véase Jonathan Schneer, *The Balfour Declaration: The Origins of the Arab Israeli Conflict* (Nueva York: Random House, 2010).

[47] Hussein en un momento se quejó de que tenía que gastar la mitad de su 12 000 libras mensuales de renta para defenderse de los ataques de las fuerzas saudíes. Fromkin, *Peace to End All Peace*, 424.

[48] Meir Zamir, «Faisal and the Lebanese Question, 1918-1920», *Middle Eastern Studies*, 27 (1991), 409-410.

[49] Para una visión general amplia, véase Moshe Ma'oz, «Attempts at Creating a Political Community in Modern Syria», *Middle East Journal*, 26 (1972), 389-404.

[50] Dan Eldar «France in Syria: The Abolition of the Sharifian Government, April-July 1920», *Middle Eastern Studies*, 29 (1993), 487-504.

[51] Susan Pedersen, «Getting Out of Irak in 1932», *American Historical Review*, 115 (2010), 975-1000.

[52] Véase Briton Cooper Busch, *Britain, India, and the Arabs, 1914-1921* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1971), esp. cps. 8-9.

[53] Sobre el papel de la the Royal Air Force, véase David E. Omissi, *Air Power and Colonial Control: The Royal Air Force, 1919-1939* (Manchester: Manchester University Press, 1990), y Priya Satia, «The Defense of Inhumanity: Air Control and the British Idea of Arabia», *American Historical Review*, 111 (2006), 16-51. Los británicos consideraron seriamente emplear gas venenoso, sin embargo, contrariamente a la creencia generalizada por parte de la posteridad, no lo

hicieron. R. M. Douglas, «Did Britain Use Chemical Weapons in Mandatory Irak?», *Journal of Modern History*, 81 (2009), 859-887.

[54] John J. McTague, Jr, «The British Military Administration in Palestine», *Journal of Palestine Studies*, 7 (1978), 55-76.

[55] Joyce Laverty Miller, «The Syrian Revolt of 1925», *International Journal of Middle East Studies*, 8 (1977), 545-563.

[56] Andred Mango, *Atatürk: The Biography of the Founder of Modern Turkey* (Woodstock: Overlook Press, 1999), 196.

[57] Para un resumen de la diplomacia que condujo al tratado, véase, A. E. Montgomery, «The Making of the Treaty of 10 August 1920», *Historical Journal*, 15 (1972), 775-787.

[58] Los importantísimos estrechos se internacionalizarían, abiertos a todos los buques en la paz y la guerra (artículo 36).

[59] Sobre la enmarañada política de Armenia a finales del gobierno de Wilson, véase Lloyd E. Ambrosius, «Wilsonian Diplomacy and Armenia: The Limits of Power and Ideology», en Jay Winter (ed.), *America and the Armenian Genocide of 1915* (Nueva York: Cambridge University Press, 2004), 113-145. Puesto que los Estados Unidos no le habían declarado la guerra al Imperio otomano, no firmaron el Tratado de Sèvres.

[60] Michael Llewellyn Smith, *Ionian Vision: Greece in Asia Minor: 1919-1922* (Londres: Allen Lane, 1973).

[61] Paul C. Helmreich, *From Paris to Sèvres: The Partition of the Ottoman Empire at the Paris Peace Conference of 1919-1920* (Columbus, OH: Ohio State University Press, 1974), 279-280.

[62] Para un eficaz relato narrativo, véase Peter Kincaid Jensen, «The Greco-Turkish War, 1920-1922», *International Journal of Middle East Studies*, 10 (1979), 553-565.

[63] Véase, Yücel Güçlü, «The Struggle for Mastery in Cilicia: Turkey, France, and the Ankara Agreement of 1921», *International History Review*, 23 (2001), 580-603, esp. 593-603.

[64] Nur Bilge Criss, *Istambul under Allied Occupation, 1918-1923* (Leiden: Brill, 1999), 141.

[65] David Walder, *The Chanak Crisis* (Londres: Hutchinson, 1969), 215-216.

[66] Véase J. J. Darwin, «The Chanak Crisis and the British Cabinet», *History*, 65 (1980), 32-48.

[67] Daniel H. Nexon y Thomas Wright, «What's at Stake in the American Empire Debate», *American Political Science Review*, 101 (2007), 253 (cursiva en el original).

[68] Véase la definición de imperio en Alexander Motyl, *Imperial Ends: The Decay, Collapse, and Revival of Empires* (Nueva York: Columbia University Press, 2001), 4.

[69] Véase Alexander Wendt, «The Agent-Structure Problem in International Relations Theory», *International Organization*, 41 (1987), 335-370.

[1] Agradezco a Francisco Pina Polo y a Nicolás Sesma Landrin sus provechosos comentarios sobre un borrador previo de este texto, y también la retroalimentación de los participantes del coloquio «Navigating Neutrality: Neutral Countries in the First World War» celebrado el 11 de abril de 2014 en el Centre for War Studies del University College de Dublín.

[2] Vicente Blasco Ibáñez: *Mare Nostrum* (Valencia: Prometeo, 1919). Accedido vía The Project Gutenberg eBook of Mare Nostrum.

[3] Véase, por ejemplo, Joanna Bourke: *An Intimate History of Killing: Face-To-Face Killing in Twentieth-Century Warfare* (Londres: Basic Books, 1999) y Stathis N. Kalyvas: *The Logic of Violence in Civil War* (Cambridge: CUP, 2006).

[4] Véase, por ejemplo, Santanu Das: *Touch and Intimacy in First World War Literature* (Cambridge: CUP, 2005) y Robert Gerwarth & John Horne (eds.): *War in Peace. Paramilitary Violence in Europe after the Great War* (Oxford: OUP, 2012).

[5] Entre estos se destacan Hans A. Schmidt (ed.): *Neutral Europe between War and Revolution 1917-1923* (Charlottesville: UP of Virginia, 1988); Johan Den Hertog & Samuël Kruizinga (eds.): *Caught in the Middle. Neutrals, Neutrality and the First World War* (Ámsterdam: Aksant, 2011) y Samuël Kruizinga: «Neutrality», en Jay Winter: *The Cambridge History of the First World War* (Cambridge: CUP, 2014), págs. 542-575.

[6] Véase, por ejemplo, Efraim Karsh: *Neutrality and Small States* (Londres: Routledge, 1988).

[7] Esto lo ha señalado Carolina García Sanz en su excelente *La Primera Guerra Mundial en el estrecho de Gibraltar: Economía, política y relaciones internacionales* (Madrid: CSIC, 2011), pág. 33. Argumenta que la Primera Guerra Mundial se ha estudiado en España como canalizador de las crisis políticas, económicas y sociales de la restauración, que como un

fenómeno internacional. Para esta omisión, en términos generales, véase Marc Frey: «The Neutrals and World War One», *Defence Studies* 3, 2000, págs. 3-39. La mejor visión de conjunto para el caso español es Francisco J. Romero Salvadó: *Spain, 1914-1918: Between War and Revolution* (Londres: Routledge, 1999). Gerald H. Meaker: «A Civil War of Words: Civil War: The Ideological Impact of the First World War on Spain, 1914-18», en Hans A. Schmidt: *Neutral Europeo*, págs. 1-66, y Javier Ponce: «La política exterior española de 1907 a 1920», en *Historia Contemporánea* 34, 2007, págs. 92-115 ofrecen perspectivas reveladoras.

[8] Esto es especialmente evidente en los ensayos reunidos en Johan Den Hertog & Samuël Kruizinga (eds.): *Caught in the Middle…*

[9] Robert Gerwarth & John Horne (eds.): *War in Peace…*

[10] Martin Conway & Robert Gerwarth, «Revolution and counter-revolution», in Donald Bloxham & Robert Gerwarth (eds.), *Political Violence in Twentieth-Century Europe* (Cambridge: CUP, 2011), págs. 150-155.

[11] El referente para este tema es Nils Ørvik: *The Decline of Neutrality 1914-1941: With Special Reference to the United States and the Northern Neutrals*, 2a ed. (Londres: Frank Cass, 1971).

[12] R. B. Mowat, Reseña de «Memoirs of Prince Von Bülow», trad. F. A. Voight, *The English Historical Review* 47/188, octubre de 1932, pág. 690.

[13] Para la invasión de Bélgica y las acciones alemanas, véase John Horne & Alan Kramer: *German Atrocities, 1914: A History of Denial* (New Haven: Yale UP, 2001).

[14] *Gaceta de Madrid*, 30 de julio y 7 de agosto de 1914.

[15] María Rosa de Madariaga: *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos* (Madrid: Alianza, 2005).

[16] Para la situación de las fuerzas armadas, véase Fernando Puell de la Villa: *Historia del Ejército en España* (Madrid: Alianza, 2005).

[17] Reproducido en Alejandro Lerroux: *España en guerra* (Madrid: Viuda de Pueyo, 1915), pág. 118.

[18] «Neutralidades que matan», *El Diario Universal*, 19 de agosto de 1914.

[19] Erik Hansen: «Between Reform and Revolution: Social Democracy and Dutch Society, 1917-1921», en Hans A. Schmidt: *Neutral Europe…*, pág. 186.

[20] Gordon E. Sherman: «The Maintenance of Swiss Neutrality in the Present War», en *University of Pennsylvania Law Review and American Law Register*, 65/4, feb. de 1917, págs. 316-317.

[21] Hubert P. van Tuyll: *The Netherlands and World War I: Espionage, Diplomacy and Survival* (Leiden: Brill, 2001), págs. 344-345.

[22] Bent Blüdnikow: «Denmark during the First World War», *Journal of Contemporary History* 24, octubre 1989, págs. 683-703.

[23] Gerald H. Meaker: «A Civil War of Words…», pág. 5.

[24] Para un estudio del efecto económico regional, Vicente Soler: *Guerra i expansió industrial: País Valencià, 1914-1923* (Valencia: Editorial Alfons el Magnànim, 1984).

[25] Gerald H. Meaker: *The Revolutionary Left in Spain 1914-1923* (Stanford: Stanford UP, 1974), pág. 38.

[26] Enric García: *¿España neutral? La Marina Mercante española en la I Guerra Mundial* (Madrid: Real del Catorce, 2005), pág. 226.

[27] Erik Hansen: «Between Reform and Revolution…», p. 184.

[28] Carol Gold: «Denmark…», pág. 89.

[29] *Gaceta de Madrid*, 7 de marzo de 1915. Para las mejoras en la calidad de vida de los más pobres a causa del racionamiento, véase Gerard J. de Groot: *Blighty: British Society in an Era of Great War* (Londres: Longman, 1996), pág. 211.

[30] Véase, por ejemplo, David French: «The Military Background to the "Shell Crisis of May 1915"», *Journal of Strategic Studies*, 2/2, 1979, págs. 192-205.

[31] Fernando Díaz-Plaja: *Francófilos y germanófilos* (Madrid: Alianza, 1981); Gerald H. Meaker: «A Civil War of Words…», pág. 9.

[32] Para el Partido Socialista durante la guerra, véase Carlos Forcadell: *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español 1914-1918* (Barcelona: Crítica, 1977).

[33] Leon Trotski: *Mis peripecias en España* (Madrid: Ediciones Endymion, 2007), pág. 29. Agradezco a Nicolás Sesma esta cita.

[34] Jeffrey Verhey: *The Spirit of 1914: Militarism, Myth, and Mobilization in Germany* (Cambridge: CUP, 2006), págs. 156-161.

[35] Jean-Jacques Becker: «L'union sacrée, l'exception qui confirme la règle?», *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 5 (1985), págs. 111-122.

[36] Estos acuerdos no pudieron eliminar las huelgas por completo. Para la agitación industrial en Alemania en 1918, véase Stephen Bailey: «The Berlin Strike of January 1918», *Central European History* 23/2, 1980, págs. 158-174.

[37] Agradezco a John Horne su esclarecimiento sobre este punto.

[38] Erik Hansen: «Between Reform and Revolution…», pág. 188.

[39] Francisco J. Romero Salvadó: «"Fatal Neutrality": Pragmatism or Capitulation? Spain's Foreign Policy during the Great War», *European History Quarterly*, 23/3 (2003), pág. 305.

[40] Carlos Forcadell: *Parlamentarismo y bolchevización*…

[41] Citado en Gerald H. Meaker: *The Revolutionary Left.…*, pág. 49.

[42] *ABC*, 14 de noviembre de 1917.

[43] Estas presiones sobre el Gobierno se resumen en Gerald H. Meaker: «A Civil War of Words…».

[44] El estudio clásico es de Juan Díaz del Moral: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas* (Madrid: Alianza, 1995).

[45] Antonio Maura: *Discurso de D. Antonio Maura Montaner pronunciado en la Plaza de Toros de Madrid el 29 de abril de 1917* (Ciudad de México: Imprenta de M. León Sánchez, 1917), pág. 37.

[46] Citado en Gerald H. Meaker: *The Revolutionary Left.…*, pág. 126.

[47] Gerald H. Meaker: «A Civil War of Words…», pág. 43.

[48] Heinz K. Meier: «The Swiss National General Strike of November 1918», en Hans A. Schmidt: *Neutral Europe.…*, págs. 73-74.

[49] Alfred Erich Senn: *Diplomacy and Revolution: The Soviet Mission in Switzerland, 1918* (Notre Dame: UP of Notre Dame, 1974).

[50] Erik Hansen: «Between Reform and Revolution…», pág. 177.

[51] Ibíd., pág. 184.

[52] Rolf Hobson *et al*., «Introduction», en Claes Ahlund (ed.): *Scandinavia in the First World War: Studies in the War Experience of the Northern Neutrals* (Lund: Nordic, 2012), pág. 46.

[53] Para un reciente análisis que argumenta que España no fue *de facto* neutral, véase Fernando García Sanz: *España en la Gran Guerra: espías, diplomáticos y traficantes* (Barcelona: Galaxia Gutemberg, 2014).

[54] Filipe Ribeiro de Meneses: «“All of Us are Looking Forward to Leaving”: The Censored Correspondence of the Portuguese Expeditionary Corps in France, 1917-1918», *European History Quarterly*, 30/3, (2000), págs. 333-355. Esto también anticipó lo que la Alemania nazi opinara sobre la participación de la España franquista en la Segunda Guerra Mundial.

[55] Patrizia Dogliani: «Los intelectuales italianos en la Gran Guerra: Intervencionismo, patriotismo, neutralismo (1914-1918)», *Ayer* 3/91, 2013, págs. 93-120; George B. Lyon: *Greece and the First World War: From Neutrality to Intervention, 1917-1918* (New York: Boulder, 1990).

[56] Carolina García Sanz: *La Primera Guerra Mundial*…, pág. 290.

[57] Hipólito de la Torre Gómez: *Antagonismo y fractura peninsular. España-Portugal, 1910-1919* (Madrid: Espasa-Calpe, 1983).

[58] Javier Ponce: «Spanish Neutrality During the First World War», en Johan den Hertog & Samuël Kruizinga (eds.): *Caught in the Middle…*, pág. 58.

[59] Johan den Hertog: «Dutch Neutrality and the Value of Legal Argumentation», en Johan den Hertog & Samuël Kruizinga (eds.): *Caught in the Middle*…, págs. 19-20.

[60] Javier Ponce: «La política exterior…», pág. 107.

[61] Citado en Carolina García Sanz: *La Primera Guerra Mundial*…, pág. 338.

[62] Citado en Javier Ponce: «La política exterior…», pág. 103.

[63] Enric García: *¿España neutral?*…, pág. 226. Y casi fue la causa del rompimiento de las relaciones con Alemania. Para un aviso a los alemanes sobre estos ataques, véase *Gaceta de Madrid*, 10 de agosto de 1918. Además, Alemania cedió seis buques mercantes a España para compensar sus pérdidas.

[64] J. Felicien Court: *Chez les Neutres*. En *Espagne* 2.ª ed. (París: Giard & Brière, 1916) págs. 173-174. Véase también, Javier Ponce: «Propaganda and Politics: Germany and Spanish Opinion in World War I», en Troy R. E. Paddock (ed.), *World War I and Propaganda* (Leiden: Brill, 2014), págs. 292-321.

[65] Johan Den Hertog: «Dutch Neutrality…», págs. 28-32.

[66] Samuël Kruizinga: «NOT Neutrality: The Dutch Government, the Netherlands Oversea Trust Company and the Entente Blockade of Germany, 1914-1918», en Johan den Hertog & Samuël Kruizinga (eds.): *Caught in the Middle*…, págs. 85-103.

[67] Carlos Seco Serrano: «Alfonso XIII y la diplomacia española de su tiempo», en VV. AA.: *Corona y diplomacia. La monarquía española en la historia de las relaciones internacionales* (Madrid: Biblioteca diplomática española, 1988), págs. 185-226; Julián Cortes-Cavanillas: *Alfonso XIII y la Guerra del 14* (Madrid: Alce, 1976).

[68] Caroline Morehead: *Dunant's Dream: War, Switzerland and the History of the Red Cross* (Nueva York: Carroll & Graf, 1999).

[69] Gerald H. Meaker: «A Civil War of Words…», pág. 1.

[70] Lina Sturfelt: «From Parasite to Angel». Narratives of Neutrality in the Swedish Popular Press during the First World War», en Johan den Hertog & Samuël Kruizinga (eds.): *Caught in the Middle*…, págs. 105-120.

[71] Lo que aquí se expone se desarrolla más ampliamente en James Matthews: «Battling Bolshevik Bogeymen: Spain's *Cordon Sanitaire* against Revolution from a European Perspective, 1917-1923» (investigación en curso).

[72] La tesis de la «brutalización» está vinculada a George Mosse: *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars* (Oxford: OUP, 1990), cap. 8. Uno de sus críticos más destacados es Richard Bessel: *Germany*

After the First World War (Oxford: OUP, 1993). Para el miedo al bolchevismo, véase Hugo García: «Historia de un mito político: el peligro comunista en el discurso de las derechas españolas (1918-1936)», *Historia Social* 51 (2005), págs 3-20 y Rafael Cruz: «¡Luzbel, vuelve al mundo!: las imágenes de la Rusia soviética y la acción colectiva en España», en Manuel Pérez Ledesma y Rafael Cruz (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea* (Madrid: Alianza, 1997), págs. 273-303.

[73] Los mejores análisis de esta violencia son Eduardo González Calleja: *El Maúser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931* (Madrid: CSIC, 1999) y Fernando del Rey Reguillo: *Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923)* (Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992). Del Rey enfatiza que muchas de las fatalidades eran víctimas de luchas intersindicales, especialmente la CNT y los Sindicatos Libres. Los socialistas españoles se apartaron de las intentonas revolucionarias y la violencia tras el fracaso de 1917. Ibíd., págs. 867-868.

[74] Los hombres españoles fueron reclutados para las guerras en Marruecos, pero aun cuando estas fueron violentísimas no se comparan con la Primera Guerra Mundial en intensidad o el número de hombres a los que afectaron. Sin embargo, el proceso de reclutamiento para las guerras coloniales exacerbó la lucha de clases.

[75] Para el miedo que representaban los rusos, Mikel Aizpuru: «La expulsión de refugiados extranjeros desde España en 1919: exiliados rusos y de otros países», *Migraciones y Exilios* 11 (2010), págs. 107-126.

[76] *ABC*, 26 de marzo de 1919, citado en Hugo García: «Historia de un mito político…», pág. 8.

[77] Para el estado de guerra, véase *ABC*, 25 de marzo de 1919.

[78] Para la intransigencia de los industrialistas, véase Ángeles Barrio Alonso: «La oportunidad perdida: 1919, mito y realidad del poder sindical», *Ayer*, 63/3 (2006), págs. 153-184. Como señala Fernando del

Rey, que los patronos asociasen las huelgas con la violencia solamente reforzó su atrincheramiento. Fernando del Rey: «El empresario, el sindicalista y el miedo», en Manuel Pérez Ledesma y Rafael Cruz: *Cultura y movilización…*, pág. 242.

[79] Para el ejército y la política, Carolyn Boyd: *Praetorian Politics in Liberal Spain* (Chapel Hill: UP of North Carolina, 1979), cap. 4 y Stanley Payne: *Politics and the Military in Modern Spain*, (Stanford: Stanford UP, 1967), cap. 8; para el protectorado Pablo la Porte: «Marruecos y la crisis de la Restauración, 1917-1923», *Ayer* 53/3 (2006), págs. 53-74.

[80] Para el miedo, véase Robert Gerwarth and John Horne: «Bolshevism as Fantasy: Fear of Revolution and Counter-Revolutionary Violence, 1917-1923», en Robert Gerwarth and John Horne (eds.): *War in Peace…*, págs. 40-51.

[81] Heinz K. Meier, «The Swiss National General Strike…», págs. 66-86.

[82] Erik Hansen: «Between Reform and Revolution…», pág. 191.

[83] Carol Gold: «Denmark…», pág. 87.

[84] Eduardo Dato: *Discurso pronunciado por el Excmo. señor don Eduardo Dato, presidente del Consejo de Ministros, en el Senado el día 3 de febrero de 1915* (Madrid: sin editorial, 1915), pág. 12